

LOS
AJOS DEL PUEBLO,

SUS CONQUISTAS, SUS MARTIRIOS, SUS GLORIAS, SUS LUCHAS,
SUS TRIUNFOS Y MERECEMIENTOS.

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS,

PUBLICADA

CON LOS MANUSCRITOS DE UN INTERÉS EXTRAORDINARIO QUE DEJÓ INÉDITOS

el malogrado

Eugenio Sue,

ARREGLADA AL CASTELLANO

por D. G. Llanusa Macías Gaston.

ESPLÉNDIDA EDICION Y ÚNICA TRADUCCION

autorizada por el propietario y legatario universal del autor, Sr. Baron de La Caste,

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS EN ACERO.

Entregas 32 y 33.

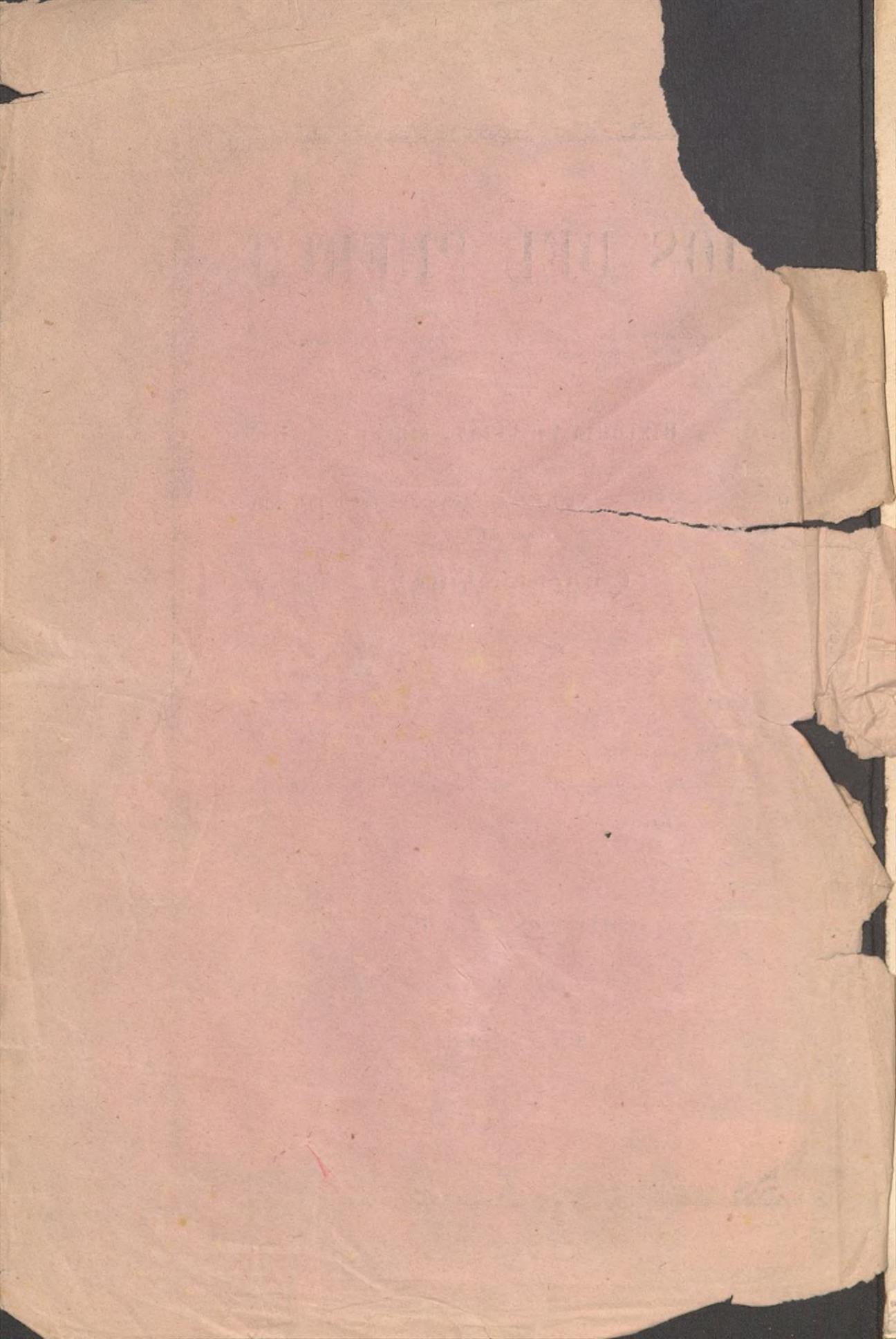
Barcelona.

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,

calle de Escudillers, n.º 57.

1858.

L47
667



28-29 (bis)

L47-667

HIJOS DEL PUEBLO,

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.

LOS

HIJOS DEL PUEBLO,

Judicial ó cada uno

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.

TOMO II.

5772

104

LOS DIOS DEL PUEBLO

Esta obra es propiedad.

ESTADO DE TEXAS

1880

LOS
HIJOS DEL PUEBLO,

SUS CONQUISTAS, SUS MARTIRIOS, SUS GLORIAS, SUS LUCHAS,
SUS TRIUNFOS Y MEREcimientos.

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS,

PUBLICADA

CON LOS MANUSCRITOS DE UN INTERÉS EXTRAORDINARIO QUE DEJÓ INÉDITOS

el malogrado

EUGENIO SUE,

ARREGLADA AL CASTELLANO

por D. G. Laureano Macías Gastón.

ESPLÉNDIDA EDICION Y ÚNICA TRADUCCION

autorizada por el propietario y legatario universal del autor, Sr. Baron de La Châtre,

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS EN ACERO.

TOMO II.

Barcelona.

IMPRESA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
calle de Escudillers, n.º 57.

1858.

HIJOS DEL PUEBLO

LOS DEPORTES, LOS MUSEOS, LOS BARRIOS, LOS BOSQUES,
LOS ANIMALES Y LOS VEGETALES.

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS

TERCERA

DE LOS MUSEOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE LOS REYES CATÓLICOS

de la imprenta

EL MUNDO

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA

Por D. F. de los Rios y D. J. de los Rios

TERCERA EDICIÓN Y ÚNICA TRADUCCIÓN

de la obra de los señores de los Rios, que se publicó en el año 1858.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE LOS REYES CATÓLICOS

TOMO III.

Impreso en

IMPRESA DE D. JUAN OLIVERA, EDITOR

Calle de San Juan, n.º 27.

1858.

HIJOS DEL PUEBLO,

ó

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.

EL MANGO DEL PUÑAL.

KARADOC EL BANDIDO Y ROMAN EL PROSCRITO.

PRÓLOGO.

LAS KORRIGANAS

395-529.

El viejo Araim. — Baile mágico de las *Korriganas* y de los *Dus*. — El buhonero. — Los reyes francos. — *Karadoc*, favorito del viejo Araim, desea ir en busca de las *korriganas*.

Larga es á veces la vida de los descendientes del buen Joel que habitan hace mas de quinientos cincuenta años cerca de las piedras sagradas de la selva de Karnak, si, porque yo, Araim, el que escribo hoy estas líneas á la edad de setenta y siete años, ví morir hace cincuenta y seis á mi abuelo Gildas que tenia entonces noventa y seis, despues de haber escrito en su primera juventud las últimas líneas que preceden á las mias en nuestra leyenda.

Mi abuelo Gildas vió morir á su hijo *Goridek* (mi padre). Tenia diez años cuando le perdí, y nueve despues murió mi abuelo... Mas adelante me casé, sobreviví á mi esposa *Marta*, y ví casar á mi hijo *Jocelin* que tiene ahora una hija de diez y ocho años llamada *Roselik*, y dos hijos, el mayor que tiene tres años mas que su hermana y se llama *Kervan* y el menor, llamado *Karadoc* que tiene diez y siete y es mi favorito.

Cuando leas esto dirás sin duda, hijo mio: «¿Porqué mi bisabuelo Gildas no escribió en nuestra crónica mas que la fecha de la muerte de su padre *Amael*? ¿porqué no escribió mas mi abuelo *Goridek*? ¿porqué mi padre *Araim* ha esperado tan-

«to... tanto á cumplir la voluntad de nuestro antepasado Joel?

Te responderé, Jocelin, diciéndote:

«Tu bisabuelo Gildas tenia horror á los escritos y á los pergaminos, y lo mismo que su padre Amael tenia costumbre de aplazar para el dia siguiente lo que podia haber hecho aquel dia. La vida de labrador era sin embargo tan pacífica y laboriosa como la de sus padres desde el regreso de Scanvoch á la cuna de nuestra familia, y despues de un gran número de generaciones alejadas de su pais por las vicisitudes de la conquista romana y de la antigua esclavitud.

Tu bisabuelo Gildas decia con frecuencia á mi padre:

«Aun me queda tiempo de añadir algunas líneas á nuestra leyenda, y me parece además (confieso que es una necedad) que escribir: *«He vivido, se asemeja mucho á decir: Voy á morir. Ahora bien, soy tan feliz, que estoy tan apegado á la vida como las ostras de nues- tras costas á los peñascos.»*

De modo es que de en dia en dia tu bisabuelo Gildas llegó á la edad de noventa y seis años sin haber añadido una palabra á la historia de nuestra familia, hasta que viendo que iba á morir, me dijo:

«Mi abuelo Gildas y mi padre Goridek vivieron en nuestra casa «tranquilos y felices como buenos labradores, amando fielmente «la Galia, observando la religion de sus padres y bendiciendo á He- «so por haberles permitido nacer y morir en Bretaña, única pro- «vincia donde tantos años ha no se han sentido los trastornos que «conmueven el resto de la Galia, porque todas las turbulencias han «espirado en las fronteras impenetrables de la Armórica bretona «como se estrellan al pié de nuestras rocas las furiosas olas del oc- «ceáno.»

He aqui porque, hijo mio, no escribieron una sola palabra en nuestros pergaminos tu abuelo ni su hijo Goridek.

— «¿Y porqué, me dirás, vos que sois ya tan viejo y teneis hijos «y nietos, habeis tardado tanto en pagar vuestro tributo á nuestra «crónica?»

— Tenia dos razones para tardar tanto: la primera es que no tenia bastante que decir, y la segunda, que tenia que decir *demasiado*.

— «¡Muy bien! dirás al leer esto; veo que la vejez ha ofuscado la «razon al buen Araim, pues confiesa á un tiempo que tenia *dema- «siado y demasiado poco* que contar. ¡Cómo chochea el pobre vie- «jo! Si tiene demasiado y si tiene bastante, tiene bastante, no tiene demasiado.»

— Ten un poco de paciencia, hijo mio, y no te apresures á creer que tu padre se ha vuelto niño de puro viejo... Voy á explicarte como tengo á un tiempo *demasiado* y *no bastante* qué escribir en nuestra leyenda.

En lo relativo á mi vida de labrador, lo mismo que mis antepasados desde Scanvoch, no tengo bastante que contar, porque todo se reduciría con poca diferencia á lo siguiente:

El año pasado las semillas de otoño dieron mas planta que las de este invierno, y este año ha sucedido lo contrario; ó bien, la *vaca* negra dá seis pintas diarias de leche mas que la *vaca castaña*; la cria de corderos de enero ha dado mas lana que la de marzo del año pasado; el trigo estaba tan caro hace dos años que el *moyo* de trigo se vendía á *doce y trece dineros* (1); desde entonces va en aumento el precio del ganado y de las aves, pues pagamos ahora *dos sueldos de oro* (2) por un buey de labranza, *un sueldo de oro* por una vaca de leche y *seis* por un caballo de tiro... Tambien podria decir: ¿Nuestra descendencia tendrá una satisfaccion en saber que en estos tiempos un cerdo vale por otoño *doce dineros* (3), y que sacamos este invierno una *libra de plata* en el mercado de Vannes de cien ána-des? (4) ¿Interesará á nuestra descendencia el saber que pagamos un dinero de jornal (5) á los trabajadores que tomamos durante la siega? He aquí lo único que podriamos escribir en nuestra leyenda.

Por otra parte, ¿se enorgullecerá nuestra descendencia cuando le diga que Jöcelin es un excelente labrador, su esposa *Madalen* una mujer hacendosa, una niña amable y graciosa mi nieta Roselik y unos mozos laboriosos y honrados mis nietos Kervan y Karadoc? Este especialmente es un muchacho travieso, malicioso y valiente. ¿Si lo vierais á los diez y siete años de edad domar los potros salvajes de nuestros prados, nadar en el mar como un pez, no errar una flecha en cada diez cuando tira al vuelo á los cuervos de mar en la playa en los dias tempestuosos, y manejar el palo! ¿Es tan robusto, tan agil, tan diestro y sobre todo tan hermoso con sus cabellos rubios que caen sobre sus hombros, sus ojos de color azul de cielo y sus

(1) El moyo constaba en aquella época de seiscientos veinte y seis libras.—12 á 13 dineros valian 28 á 30 libras de la actual moneda franca

(2) El sueldo de oro valia 90 libras.

(3) Doce dineros 28 libras.

(4) Una libra de plata valia 563 libras.

(5) Un dinero, 2 libras y 7 sueldos—Véase el interesante estudio del sabio M. Guerard sobre el *Polyptico de Irminon* (t. 1.º, p. 147 y siguientes)

mejillas tostadas por el aire de los campos y la brisa del mar!

No, á buen seguro que el brenn de la tribu de Karnak, nuestro antepasado Joel, no podía estar tan orgulloso de sus tres hijos Guilhern el labrador, Mikael el armero y su hermosa hija Hena, la virgen de la isla de Sen, isla actualmente desierta que estoy viendo desde mi ventana, allá... en alta mar, ahogada en la bruma, como yo, el viejo Araim, estoy orgulloso con mi familia? Pero sus hijos combatieron como valientes y sucumbieron en defensa de su patria, y su hija Hena, cuyo nombre venerado ha llegado hasta nosotros cantado de siglo en siglo, ofreció heroicamente su vida á Heso, mientras los hijos de mi hijo morirán oscuros como su padre en este rincón de la Galia. Pero al menos morirán libres, porque los francos, que han llegado dos veces hasta nuestras fronteras, no se han atrevido á penetrar en nuestro país.

¡Ah! por fin se han realizado despues de dos siglos los siniestros vaticinios de la hermana de leche de Scanvoch... Los francos han conquistado por fin toda la Galia menos la Armónica bretona.

Lee el siguiente relato que escribo en este momento á la caída de la tarde, mientras tú, tu esposa y tus hijos os preparáis á pasar la velada en la gran sala de la quinta, esperando que vuelva mi favorito Karadoc que ha salido á caza al amanecer. Lee este relato que te recordará la *velada de ayer*, hijo mio, y te dirá lo que ignoras. De este modo no volverás á preguntarme:

«¿Porque el buen Araim ha tardado tanto en escribir?»

Cae la nieve á copos, el viento silva, el mar brama á lo lejos y llega con su espuma hasta las piedras sagradas de Karnak; son las cuatro de la tarde y ya es de noche; el ganado está encerrado en los establos bien provistos de heno; estan cerradas las puertas del patio por temor á los lobos; brilla y chisporrotea un buen fuego en el hogar; el viejo Araim está sentado en su silla de brazos en el rincón de la chimenea, teniendo tendido á sus piés su enorme perro de cabeza enblanquecida por los años, y el buen hombre está componiendo una red de pescar; su hijo Jocelin arregla un mango de arado, Kervan pone correas nuevas en un yugo, Karadoc afila en una piedra la punta de sus flechas, y la borrasca durará hasta la mañana y tal vez mas porque el sol se ha ocultado rojo como la escarlata detrás de los densos nubarrones que envolvian la isla de Sen. Si, cuan-

do el sol tiene este color al ocultarse y sopla el viento de poniente, la borrasca dura dos, tres y á veces hasta cuatro ó cinco días. Mañana irá por consiguiente Karadoc á tirar á los cuervos de mar en la playa cuando pasen con sus robustas alas sobre las olas enfurecidas. Es su diversion favorita... ¡Es tan diestro, tan buen arquero mi Karadoc! Mientras afila sus flechas, su hermana Roselik y su madre van de un lado á otro preparando la mesa y los manjares para la cena.

El mar brama á lo lejos como el trueno, el viento sopla rabioso y hace bambolear la casa y el granizo cae en la chimenea. ¡Brama, tempestad; sopla viento del mar; cae, granizo! ¡Oh! ¡qué grato es oír rugir el huracan que remolina la nieve cuando se está en familia en torno de un fuego abundante! Los niños y sus hermanas dicen en voz baja cosas que les hacen estremecer y sonreír al mismo tiempo, porque en verdad de dos siglos á esta parte todos los brujos y todas las hadas de la Galia se han refugiado en Bretaña.

¿No es verdad que se siente un grato placer al oír contar en las veladas de invierno mientras brama el huracan, esos prodigios que se creen en parte cuando no se han visto y que se creen mas si los vemos?

He aquí lo que decian mis nietos. Kervan principia moviendo la cabeza:

—El viajero extraviado que pasara esta noche cerca de la caverna de *Peumarch* oiria mas de lo que quisiera resonar los martillos...

—Si, los martillos que caen á compás mientras los herreros del infierno entonan su cancion con el estrivillo de *uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, lunes, martes, miércoles*...

—Dicen que han añadido *jueves, viernes y sábado*, pero nunca dicen *domingo* porque es el día de la misa de los cristianos (1).

—Y puede darse por dichoso el viajero si los pequeños Dus, dejando sus martillos de falsos monederos para bailar, no obligan al desgraciado á que baile con ellos hasta que espire de cansancio...

(1) M. de la Villemargué dice en su escelente y curiosa obra, *Cantos populares de Bretaña*, á proposito de los *Dús* ó pequeños genios:

«Son negros, asquerosos, velludos y regordetes; sus manos estan armadas de uñas largas y afiladas, llevan continuamente encima una bolsa de cuero que dicen está llena de oro; bailan por la noche al compás de una cancion cuyo estrivillo primitivo era *lunes, martes y miércoles* al cual añadieron despues *jueves y viernes*, pero se guardaron de llegar hasta el *sábado* ni al *domingo*, día de misa. Desgraciado del viajero que pasa, pues es arrastrado al circulo y ha de bailar hasta que muere de cansancio. Los bretones suponen que los *Dús* son monederos falsos y hábiles herreros que ocultan sus invisibles fraguas en sus grutas de piedra.» (Introd., p. XLIX.)

— ¡Qué peligrosos son esos Dus á pesar de no tener mas que dos piés de altura ! ¡ Pícaros enanos ! Me parece que los estoy viendo con su cara arrugada y fea , sus uñas de gato , sus piés de macho cabrio y sus ojos brillantes como ascuas... De pensarlo tan solo me estre- mezco.

— ¡ Cuidado , Roselik , cuidado !.. Mira que tienes uno en las rodillas.

— ¡ Qué imprudente eres , Karadoc ! ¡ Atreverte á reirte de ese modo de los Dus , de esos enanos vengativos !.. Estoy temblando , y casi he dejado caer el plato en el suelo.

— Pues si yo encontrase una cuadrilla de esos enanos , cojeria dos ó tres pares que ataria por los piés como conejos , y si en el camino pasase junto algun barranco bien profundo...

— ¡ Oh ! Karadoc , nada te da miedo...

— Es preciso confesar en honor de los señores Dus que , aunque hacen moneda falsa en las cavernas de *Peumarch* , son escelentes albeítares y sin rivales en poner herraduras á los caballos.

— Si , fiate en sus herraduras ; el caballo que ha sido herrado por uno de esos endiablados enanos , al momento principia á arrojar fue- go por las narices , y á correr... á correr sin detenerse jamas... ni de dia ni de noche. Figurate que cara pondrá el ginete.

— Hijos míos ¡ qué borrasca ! ¡ qué noche !

— Buena noche para los Dus , madre mia , porque son muy aficio- nados á la tempestad y á las tinieblas , pero mala noche para las lin- das Korriganas , (1) que solo desean las noches serenas del mes de mayo...

— Confieso que me dan mucho miedo esos enanos velludos , ar- mados de uñas , con su bolsa de moneda falsa en el cinto y su marti- llo de herrero al hombro , pero mayor seria mi susto si encontrase á la orilla de una fuente solitaria una Korrigana de dos piés de estatura , peinándose y mirando en el agua cristalina sus rubios cabellos de que estan tan orgullosas.

— ¡ Cómo ! ¿ tienes miedo , Kervan , de unas hadas tan chiqui- tas ? Pues has de saber que muchas veces he tratado de encontrarlas,

(1) « Nuestras tradiciones , dice M. Villemargué , atribuyen á las Korriganas una gran «pasion por la mú-ica y las buenas voces , y las representan por lo regular peinándose «los rubios cabellos que cuidan con particular esmero. Su estatura no tiene mas que dos «piés , y su forma , admirablemente proporcionada , es tan diáfana y aérea como la de la «avispa.» (*Introd.*, p. XLVI).

y como dicen que se reúnen en la fuente de *Lirwac'h-Hen*, en lo mas espeso del bosque de encinas que dan sombra á las piedras drúidicas, he ido allí tres veces, pero nada he visto.

— Pues has tenido suerte en no ver nada, Karadoc, porque dicen que las Korriganas se reúnen cerca de las piedras sagradas para sus bailes nocturnos, y ¡desgraciado del que las encuentra!

— Creo que son muy aficionadas á la música y que cantan como ruisiñores.

— Dicen tambien que son muy glotonas.

— ¿Glotonas las Korriganas?

— Lo mismo que gatos. Si, Karadoc, y por mas que te rias, has de saber que es la pura verdad. Cuentan que en sus fiestas nocturnas estienden sobre el césped cerca de alguna fuente un mantel blanco como la nieve y tejido con esos hilos casi imperceptibles que se ven en el verano en los prados. En medio del mantel ponen una copa de cristal llena de licor maravilloso que esparce una claridad tan viva... tan viva, que sirve de antorcha á las badas. Añaden que una gota de ese licor haria á un hombre tan sabio como Dios (1).

— ¿Y sabes tú, Karadoc, que tanto te gustan las Korriganas, qué es lo que comen sobre ese mantel blanco como la nieve?

— ¡Pobrecillas! Muy poco basta para alimentar sus cuerpos de color de rosa y transparentes que apenas tienen dos pies de altura. Mi hermana Roselik dice que son glotonas, y ¿sabeis lo qué comen? El zumo de las flores nocturnas servido en hojas de *yerba de oro*.

— ¿No es esa *yerba de oro* la qué, pisándola por descuido, adormece y enseña la lengua de las aves? (2)

— La misma.

— ¿Y qué beben las Korriganas?

— El rocío del cielo en la azulada cáscara de los huevos del reyezuelo. ¡Qué golosas! Pero en el momento que oyen ruido de pasos... todas desaparecen y se hunden en el agua de la fuente, para esconderse en su palacio cristalino de coral. ¡Hermosas enanas! ¡graciosas hadas! ¿no os veré jamás? Daria diez años, veinte de mi vida por ver una Korrigana.

— Karadoc, hijo mio, no hagas esas promesas impias en una noche tan borrascosa. Mira que te sucederá alguna desgracia porque nunca he oido bramar el mar con tanta furia... Parece un trueno...

(1) *Ibid.* M. de la Villemargué, XLVI.

(2) *Ibid.*

— Querida madre, arrostraría la noche, la tempestad y el trueno por ver una Korrigana.

— Calla, atrevido, calla porque me aterran tus palabras... Hablar así es tentar á Dios.

— ¡Qué muchacho tan travieso es mi nieto!

— Abuelo, reprended también á mi hermano Karadoc, en vez de animarle en sus deseos peligrosos. No sabeis...

— ¿Que? ¿qué he de saber, hermosa Roselik?

— ¿No sabeis, abuelo, que las Korriganas roban los niños á las pobres madres y ponen en su lugar pequeños monstruos? Así lo dice la cancion.

— ¿Qué cancion es esa, Roselik?

— Oidla, abuelo:

¿Porqué lloras, pobre *Mary*?

¿Porqué estás tan afligida?

— ¡Ay! que me robó mi hijo

La Korrigana maldita!

Por agua fuí una mañana

A la fuente cristalina,

Dejando á mi hijo en la cuna

Donde en santa paz dormía.

Cuando volví, en vez de mi hijo,

Hallé en la cuna querida

Un monstruo que había puesto

La Korrigana maldita;

Un monstruo horrible, asqueroso,

Que con rojos ojos mira,

Que salta sobre mi pecho

Y llora, solloza y grita.

— ¿Porqué lloras, pobre *Mary*?

¿Porque estás tan afligida?

— ¡Ay! que me robó mi hijo

La Korrigana maldita.

— Esta es la cancion, abuelo. ¿Tendrá aun ganas Karadoc de ir á encontrar esas infames Korriganas, esas ladronas de niños?

— ¿Qué puedes decir, Karadoc, en defensa de tus hadas?

— Abuelo, mi hermana da crédito á las malas lenguas, porque todas las madres que tienen los hijos feos ponen el grito en el cielo diciendo que tenian un angel en la cuna y que las Korriganas se los

han robado y les han puesto en su lugar un monstruo.

— ¡Bien respondido, Karadoc!

— Pues yo sostengo que las Korriganas son por el contrario muy serviciales y amables. ¿Habeis estado, abuelo, en el valle de Helé?

— Si, muchas veces.

— Habia en otro tiempo en ese valle la yerba mas hermosa del mundo...

— Es verdad, hijo mio.

— ¿Y sabeis porqué?

— ¿Porqué?

— Porque lo cuidaban las Korriganas.

— ¿Será cierto?

— Si, abuelo; cuando llegaba la época de cortar la yerba, las Korriganas corrian á la cima de los peñascos para vigilar los prados. Si durante el dia habia habido demasiada sequedad, hacian caer un abundante rocío, y luego que estaba cortada la yerba, alejaban las nubes para que se secase. Un enemigo de las Korriganas mandó encender un gran fuego en los peñascos á la caída de la tarde, y cuando estuvieron bien calientes, hizo barrer la ceniza. Cuando llegó la noche, las pobres hadas llegaron para cuidar los prados sin sospechar nada, pero al momento se quemaron los piececitos en las rocas candentes. Entonces exclamaron llorando: *¡Mundo infame! ¡mundo infame!*. Y desde entonces no han vuelto mas, y todos los años se ha podrido la yerba con la lluvia ó secado con el sol en el valle de Helé. Considerad, abuelo, qué consecuencia ha tenido el hacer mal á las pobrecillas Korriganas... No, no moriré contento si no encuentro alguna...

— Hijo mio, hijo mio, no creas en esas supersticiones y sobre todo no desees ver los hechizos de las Korriganas.

— ¿Porqué, madre mia?

— Porque acarrearán desgracias.

— ¡Cómo, madre mia! ¿Me ha de suceder alguna desgracia porque deseo ver una Korrigana?

— Solo Heso lo sabe, pero has de saber, hijo mio, que tus palabras llenan de angustia mi corazón.

— ¡Qué noche mas terrible! La casa tiembla...

— ¡Y en una noche como esa se atreve decir Karadoc que daría su vida por ver Korriganas!

— Advierte, mujer, que tu alarma es una debilidad.

—Las madres son débiles y temerosas, Jocelyn. No se debe tentar á Dios...

El viejo Araim deja de trabajar en su red, inclina la cabeza sobre el pecho, y se queda pensativo.

—¿Qué teneis, padre? ¿porqué estais tan pensativo? ¿Creeis como Madalen que amenaza una desgracia á Karadoc porque desearia ver una Korrigana en una noche borrascosa?

—Jocelyn, no pienso en las hadas sino en esta noche borrascosa. Ya sabes que te he leído, lo mismo que á tus hijos, los relatos de nuestro antepasado Joel que vivia quinientos y tantos años ha, sino en esta casa, al menos en el sitio donde estamos.

—Es verdad, padre.

—¿Sabes en qué estaba pensando?

—¿En qué, abuelo?

—¿En qué me preguntas Karadoc, mi diestro arquero? Pensaba que el buen Joel y sus hijos, que como galos eran muy curiosos, en un dia como hoy de tempestad...

—Detuvieron por fuerza á un viajero en el barranco del *Chraig'h* (esta mañana he pasado por allí, dijo Kervan), y despues de atarlo le condujeron á su casa para que les contase lo que habia visto en sus viajes.

—Y aquel viajero era un héroe... *el gefe de los cien valles!*

—¡Oh! ¡cómo brillan tus ojos, Karadoc, al hablar de aquel ilustre guerrero!

—Si brillan es porque los humedecen las lágrimas, abuelo. ¿Quién oye pronunciar sin enternecerse el nombre del *gefe de los cien valles*?

—¿Qué es eso, padre? ¿No veis como gruñe vuestro viejo *Erer* y endereza las orejas?

—Abuelo, ¿no oís cómo ladran los perros en el patio?

—Algún estraño se acerca á nuestra casa...

—¡Ah! si los dioses quieren castigar á mi hijo por su loco deseo no se hace esperar su cólera... Karadoc, ven... ven á mi lado.

—¿Qué es eso, Madalen? Lloras y abrazas á tu hijo como si le amenazase alguna desgracia... Vamos, mujer, no seas tan pusilánime.

—¿No oyes con qué furia ladran los perros? Mira, mira como corre *Erer* gruñiendo hácia la puerta... Repito que algún estraño se acerca á nuestra casa.

— Tal vez sea un lobo que haya venido huyendo de la borrasca.
¡ Dame el arco!

— No te muevas, Karadoc... No, hijo mio; tu madre te lo manda.

— Madalen, no temas de ese modo por tu hijo, ni tú, hermosa Roselik, por tu hermano... No digo que sea prudente insultar á los diablos y á las hadas en una noche borrascosa, pero son vanos vuestros temores... En primer lugar no es un lobo el que se acerca á nuestra casa, porque haria ya mucho rato que Erer hubiera corrido á morder los cerrojos de la puerta para salir á recibir á semejante huésped...

— Mi abuelo tiene razon... tal vez es un viajero extraviado.

— Ven, Kervan, salgamos á la puerta del patio á ver quien es...

— Mo te muevas de mi lado, Karadoc.

— Pero advertid, madre, que no puedo permitir que Kervan vaya solo.

— ¡ Escuchad... escuchad! Me parece haber oido entre los silvidos del viento una voz que llamaba.

— ¡ Ah! madre mia ¡ que razon teniais en decir que nos amenazaba una desgracia!

— Roselik, hija mia, no asustes mas á tu madre. ¿ Qué tiene de extraño que un viajero llame desde fuera para que le abran la puerta?

— Esa voz no tiene nada de humano... estoy temblando de miedo...

— Ven conmigo, Kervan, ya que tu madre se empeña en que no te acompañe Karadoc... Aunque el pais está tranquilo, dame el palo y toma el tuyo, hijo mio.

— ¡ Kervan! ¡ Jocelyn! ¡ no salgais... os lo suplico!

— Pero, mujer... ¿ y si es un extranjero? ¿ le hemos de dejar á la intemperie en una noche como esta? Ven, Kervan...

— ¡ Ah! os digo que esa voz no tiene nada de humano... ¡ Jocelyn! ¡ Kervan!.. No me escuchan... Han salido... ¡ Desgraciados de nosotros!

— Mi padre y mi hermano se esponen, y yo estoy aquí...

— ¡ No patees de ese modo, Karadoc! Tal vez eres causa de todo lo que sucede... Recuerda tus palabras impías.

— Tranquilízate, Madalen; y tu, Karadoc, no pongas esa cara de rebelde y obedece sin murmurar á tu madre.

— Oigo pasos... Ya se acercan... ¡ Oh ! abuelo...

— ¿ Porqué tiembles, Roselik ? ¿ porqué te aterra el ruido de esos pasos ? ¡ Magnífico ! ¿ No oyes como se rien á carcajadas ? ¿ Estás tranquila, Madalen ?

— ¡ Carcajadas en una noche tan horrible !

— ¿ Son muy aterradoras... no es cierto, Roselyk, especialmente cuando los que se rien son tu padre y tu hermano ? Mira, ya están aquí. Ola, hijos míos, ¿ porqué venis tan alegres ?

— La desgracia que amenazaba nuestra casa...

— La voz que nada tenia de humano...

— Acabad, y no os riáis como locos... Tanto juicio tiene el padre como el hijo... ¿ Qué sucede ?

— La gran desgracia es un pobre buhonero estraviado...

— La voz sobrehumana era la suya...

Y padre é hijo reían á carcajadas como quien, esperando ver un lobo, tropieza con una liebre.

Pero la pobre madre seguía inquieta y no se reía, al mismo tiempo que todos, hasta Roselik, gritaban gozosos:

— ¡ Un buhonero ! ¡ un buhonero !

— Traerá cintas hermosas y agujas finas.

— Y flechas y cuerdas para los arcos.

(¿ Quién podía hablar así mas que mi favorito Karadoc, el diestro arquero ?)

— Y tijeras para esquilas las ovejas.

— Y anzuelos porque viene hácia la costa.

— Y nos contará lo que ha visto en otros países si viene de tierras lejanas.

— ¿ Donde está, donde está ese buen buhonero que Heso nos envía para pasar agradablemente la velada ?

— ¡ Qué gusto tendremos en ver todas sus mercancías !

— Está sacudiéndose en el patio la nieve de que está cubierto.

— Madre ¿ es esta la desgracia que nos amenazaba porque deseo ver una Korrigana ?

— Calla, hijo mio... No tientes á Dios.

— Ya está aquí el buhonero ! ¡ ya está aquí !

Era él... Sacudió en el umbral de la puerta su calzado de viaje tan cubierto de nieve que parecia que llevaba sandalias blancas: era un hombre robusto, de mediana estatura, en la fuerza de la edad, de aspecto jovial, resuelto y animado.

Madalen no apartaba del huesped la mirada y dos veces mandó á Karadoc que no se moviese de su lado. El buhonero se quitó la capucha de paño en donde brillaban las gotas de escarcha, descolgó de los hombros su pesada carga que parecia llevar como si fuera un peso ligero, y se acercó á Araim como al mas anciano de la familia, diciéndole:

— ¡Larga vida y felices noches para las gentes hospitalarias! Así lo desea para tí y tu familia *Hevin*, el buhonero. Soy breton; me dirigia á Kalgoet cuando la noche y la borrasca me sorprendieron en la playa; vi á lo lejos la luz de esta casa, y vine, llamé y me han abierto... Repito las gracias á las gentes hospitalarias.

— Madalen ¿porqué estás tan triste y pensativa? ¿no te tranquilizan el aspecto y las palabras de este buhonero? ¿Crees que lleva alguna Korrigana escondida en la manga?

— Padre mio, solo Dios puede decir lo que sucederá mañana... Estoy mas pesarosa desde que entró aqui este buhonero.

— Habla mas bajo.. mas bajo, hija mia, pues el pobre hombre podría oírte y enojarse. ¡Oh! ¡las madres... las madres!

— Y continuó dirigiéndose al estrangero:

— Acércate al fuego, buen hombre, porque hace una noche de perros. Karadoc, trae para nuestro huesped un jarro de hidromiel.

— Acepto, abuelo; el fuego me calentará por fuera y el hidromiel por dentro.

— Veo que gastas buen humor.

— Es cierto; el buen humor es mi compañero, y por largo y penoso que sea el camino, nunca deja de seguirme.

— Toma, bede...

— ¡A vuestra salud y á la mia!

Y haciendo dar un chasquido á la lengua con el paladar, añadió:

— Jamás bebí mejor hidromiel. La buena hospitalidad aumenta el mérito de las mejores bebidas.

— ¿Y viene de muy lejos el buen buhonero?

— ¿Hablas de la jornada de hoy ó del principio de mi viaje?

— Si, del principio de tu viaje.

— Hace dos meses que salí de Paris.

— ¿De Paris?

— ¿Te estraña, abuelo?

— ¿Cómo has podido atravesar la mitad de la Galia, siendo breton, sin caer en poder de los francos?

— ¡Oh! soy perro viejo, y hace veinte años que recorro la Galia en todas direcciones. ¿Hay peligro en la carretera? Tomo el atajo. ¿Es espuesta la llanura? Voy por el monte. ¿No puedo viajar de día? Viajo de noche.

— ¿Y no te han quitado nunca los francos tus mercancías?

— Te he dicho que soy perro viejo. ¿A qué no adivinas el ardid á que recurrí antes de entrar en Bretaña?

— Quien sabe...

— Me disfracé de monje y así me respetaron.

— ¡Ea! la cena está preparada... ¡á la mesa! dijo Araim, y dirigiéndose á la mujer de su hijo que continuaba pensativa y triste, le preguntó en voz baja.

— ¿Qué tienes, Madalen? ¿Piensas aun en las Korriganas?

— Este desconocido que se viste de sacerdote sin serlo va á acarrear la desgracia á nuestra casa... La tempestad arrecia y el mar y el viento braman con mas furor desde que entró aquí...

Imposible es tranquilizar el corazon de una madre, y por eso desistió el buen anciano.

Todos se sentaron á la mesa, comieron y bebieron, especialmente el buhonero que dió pruebas de robustez en las mandíbulas y en el estómago. Despues de comer y beber, las lenguas se soltaron, y el viejo Araim no se quedó corto en la conversacion, pues no se tiene todos los días un buhonero recién llegado de Paris para amenizar la velada.

— ¿Y que hay de nuevo en Paris, buen buhonero?

— Lo mas notable que ví en aquella ciudad fue el entierro del rey de los francos.

— ¿Murió su rey?

— Hace mas de dos meses... el 25 de noviembre del año pasado.

— ¿Cómo se llamaba?

— Hlode-Wig.

— ¡Qué nombre tan endiablado! exclamó Karadoc.

— Y su mujer *Chrotechild*, y sus cuatro hijos, *Clotacario*, *Theu-
dever* y...

— ¡Qué nombres tan revesados!

— Los galos los pronunciamos con mas dulzura, y decimos Clodoveo, Clotilde y Clotario.

— ¿Y quien ha heredado el trono de ese Clodoveo?

— Cuando murió, segun la costumbre germánica, se dividieron

el reino en partes iguales sus hijos Teodorico, Clodomino, Childeberto y Clotario. El primero reina en Aquitania y en Auvernia, el segundo es rey de Orleans hasta los Pirineos, Childeberto es rey de Paris y Clotario de Soissons y de Aquitania.

—¿Y son dignos de reinar en los países que han conquistado?

—El relato de sus crímenes te aterraria, buen anciano, y á buen seguro que á no ser por los obispos que refrenan sus pasiones con el temor de la cólera divina, esos bárbaros hubieran sido la causa de la destruccion de toda la Galia.

—Serán muy desgraciados los galos de esos países conquistados por los bárbaros.

—Si hubieras recorrido como yo aquellas comarcas tan florecientes antes de la invasion de los francos, saqueadas é incendiadas... si hubieras visto la multitud de hombres, mujeres y niños atados de dos en dos cuando los bárbaros conquistaron el país de *Amiens* donde me hallaba entonces... habrias vertido lágrimas de sangre.

—¿A donde conducian á aquellos pobres esclavos?

—A las orillas del Rhin donde los francos tienen un gran mercado de esclavos galos.

—¿Y los que han quedado en la Galia?

—Muchos se han hecho aliados de los conquistadores y hasta han olvidado su nombre y su patria, pero la mayor parte de los campesinos son esclavos y cultivan los campos que el rey Clodoveo repartió entre sus *Leudos* despues de la conquista. Respetan, sin embargo, á los sacerdotes desde que abrazaron el cristianismo, y estos son los que con sus consoladoras palabras hacen mas llevaderas las penalidades de la esclavitud. Pero aun quedan por fortuna algunas gotas de sangre generosa en las venas de la Galia, y si ha de durar el reinado de los francos, no gozarán al menos en paz de su conquista...

—¿Qué quieres decir?

—¿Habeis oido hablar de la *Bagaudia*?

—Si, algunas veces... Mi abuelo me contaba que pocos años despues de la muerte de la gran Victoria...

—¿La augusta madre de los campamentos?

—¿Tambien ha llegado hasta tí su nombre, buen buhonero?

—¿Quién es el galo que no pronuncia con respeto el nombre de aquella heroína aunque murió hace mas de dos siglos? ¿Quién ha olvidado los nombres mas antiguos aun de *Sacrovir*, *Civilis*, *Vindex*, y *Vercingetorix*?

— Ten cuidado, porque al pronunciar esos nombres heroicos se despierta el entusiasmo bélico de mi favorito Karadoc, cuya ambicion se cifra en empuñar las armas contra los conquistadores de la Galia.

— Tu nieto es valiente como buen breton, y hacen falta en la *Bagaudia* jóvenes osados y robustos...

— ¿Y qué es la *Bagaudia*, abuelo?

— Te lo explicaré cuando haya acabado de contar á nuestro huésped lo que me decia mi abuelo Gildas. A este le había contado su padre que pocos años despues de la muerte de Gran Victoria se habia levantado en algunas provincias la primera *Bagaudia* (1). Exasperada la Galia al verse nuevamente convertida en provincia romana á consecuencia de la traicion de Tetrik y de los enormes impuestos que pagaba al fisco, manifestó sin embozo su descontento, la plebe se sublevó, y los sublevados alcanzaron con sus violencias y crímenes el nombre de bandidos. Aquellas turbas aterraron de tal modo al emperador *Diocleciano*, que envió un ejército para esterminarlas, pero al mismo tiempo rebajó los impuestos y concedió casi todo lo que pedian los bandidos.

— ¡Oh! ¡quien fuera bandido ahora para hacer la guerra á los francos! exclamó Karadoc con entusiasmo.

(1) M. Amadeo Thierry nos da en su *Historia de la Galia bajo la administracion romana*, t. II, p. 474, los siguientes pormenores sobre el origen de los *Bagaudos* y de la *Bagaudia*.

«Apremiados por los propietarios que apremiaban á su vez los agentes del fisco, los campesinos (*galos*) abandonaron en tropel sus cabañas para mendigar un pan que no podian procurarse. Desgraciados en todas partes y espulsados por las milicias de las ciudades, se hacian bandidos ó *Bagaudos*, palabra gala equivalente á la primera, é iban á la *Bagaudia*, segun la espresion admitida. Vióse en comarcas enteras reunirse los colonos, matar y comerse su ganado, y montados en sus caballos de labranza y armados con hoces y arados, arrojarse sobre los campos como una tempestad asoladora. Nada se libraba de aquellas turbas hambrientas que dejaban por donde pasaban estéril y desnuda la tierra que debian fecundar sus sudores. Cuando habian asolado los campos, pasaban á las ciudades donde el populacho, aficionado al pillage y no menos miserable, les abria con frecuencia las puertas. Esta miseria era tan general en la Galia y existian tantos hábitos de desorden y tantos instintos violentos, que los *bagaudos* formaron en pocos meses un ejército que se organizó y dió á sus dos principales gefes los titulos de Cesar y de Augusto. Aquellos estraños *Césares*, cuyo pueblo se componia de ladrones, y que tenian por imperio la tierra que devastaban, por manto harapos y por palacio los bosques y la bóveda del cielo, se llamaban Eliano y Amando, y hasta se dejaron arrastrar por el orgullo de mandarse acuñar medallas de las que se conservan algunas. Una de ellas representa la testa radiada de Amando, emperador, Cesar, Augusto, piadoso y feliz, con este lema: *Esperanza*.»

—Hijo mio, le dijo su madre aterrada; ¿es posible que abrigues tan culpables ideas? Tú bandido... ¡qué horror!

—Dime, buhonero, preguntó el anciano ¿los bandidos de qué hablas son tan atrevidos como los que se alzaron contra los romanos?

—¿Son en gran número? ¿están bien armados? añadió Karadoc.

—¡Karadoc, hijo mio... calla por Dios!

—¡Qué travieso es este muchacho! exclamó el buhonero. Por vida mia que haria su papel en esa vida de aventuras.

Madalen dijo en voz baja al anciano Araith:

—¿Qué necesidad tenia este buhonero de hablar de tales cosas delante de mi hijo? ¡Ah! padre mio, ya os dije que este hombre nos ha traído la desgracia.

—¿Crees, Madalen, que está de acuerdo con los Dus y las Korriganas?

—Creo, padre, que amenaza á esta casa una desgracia... ¡Oh! quisiera que hubiese pasado la noche...

Y alarmada la madre, suspiró mientras el buhonero respondia á Karadoc que estaba como pendiente de las palabras del extranjero:

—Los nuevos bandidos son osados y valientes.

—¿Hace mucho tiempo que los habeis visto?

—Hace tres semanas, al pasar por el Anjou para venir á Bre-

taña.

—¿Y os robaron?

—¡A mí! ¡á un pobre buhonero! No, su ambicion raya mas alto. Un dia perdí el camino y me sorprendió la noche en medio de un bosque. Hacia mucho rato que andaba internándome cada vez mas en la espesura, cuando ví á lo lejos un vivo resplandor que salia de una caverna. Corro hácia aquel parage, y encuentro albergados bajo un enorme peñasco ennegrecido por el humo, un centenar de joviales bandidos comiendo y bebiendo con sus mujeres en rededor de una inmensa hoguera...

—¿Con sus mujeres?

—Si, tambien tienen los mas mujeres resueltas que combaten como ellos, y son unas verdaderas heroínas. Las noches anteriores habian sorprendido un *burgo*, que es el nombre que dan los francos á sus castillos, habian saqueado dos iglesias y habian asesinado y robado á los empleados del fisco real. Los bandidos no roban á po-

bres vagabundos como yo; sus hazañas consisten por lo comun en matar y saquear á los francos y en dar libertad á los esclavos que encuentran encadenados á rebaños. ¡Qué vida tan alegre llevan los bandidos! Es verdad que roban y matan, pero solo es á los conquistadores y á los galos que los adulan y defienden. A buen seguro que si no hubiera vuelto á Bretaña para ver á mi anciana madre, hubiese corrido con ellos algunos meses la Bagaudia en Anjou.

—¿Y qué es preciso hacer para entrar en la Bagaudia?

—Es preciso, mozo travieso, hacer antes el sacrificio de la piel, ser agil, robusto, valiente, jurar odio á los condes francos, acordarse del diablo mas que de los santos, dormir de dia y correr de noche.

—¡Qué horror! exclamó Madalen.

—No os alarmeis, buena madre, dijo el buhonero. Vuestro hijo está demasiado bien en su casa para que se tiente á abrazar una vida tan azarosa. El bandido es perseguido como una fiera, y es preciso gran dosis de abnegacion para correr tales aventuras.

—¿Y donde están sus guaridas?

—Pregunta á las aves del cielo donde duermen y á las fieras del bosque donde se albergan. Ayer en el monte, mañana en el bosque; tan pronto haciendo diez leguas en una noche, como permaneciendo ocho dias en su guarida; la Bagaudia ignora hoy donde estará mañana...

—Mirad á Karadoc, dijo el anciano, qué ojos tiene tan brillantes y qué mejillas tan inflamadas al oír hablar de las aventuras de los bandidos. A buen seguro que si esta noche no sueña con las Korri-ganas soñará con la Bagaudia; ¿me equivoco, hijo mio?

—Abuelo, esos bandidos son enemigos de los francos, y los francos son enemigos de la Galia. Si no fuera breton quisiera ser bandido.

—Calla, hijo mio.

—Déjale, Madalen, que todo se le pasará durmiendo. Te deseo un buen sueño de bandidos, hijo mio. Vete á acostarte porque es tarde y llenas de inquietud á tu madre con tus palabras.

Hace tres dias interrumpí este relato.

Lo escribia al espirar el dia en que el buhonero se preparaba á continuar su viaje despues de haber pasado la noche en nuestra casa. Cuando partió por la mañana la borrasca se habia apaciguado,

y dige á Magdalen señalándole al buhonero que desde lejos nos saludaba por última vez con la mano:

— ¿Qué dices ahora, pobre loca, madre meticulosa? ¿Han castigado los dioses á Karadoc por querer encontrar una Korrigana? ¿Donde está la desgracia que debia atraer ese extranjero sobre nuestra casa? La borrasca se ha apaciguado, el cielo está sereno, el mar tranquilo y azul... ¿pero porqué se revela aun en tu rostro la tristeza? Ayer decias: «Solo Dios sabe lo que sucederá mañana...» Ya hemos llegado á ese día sin que sea menos feliz que los otros.

— Teneis razon, padre, y conozco que mis presentimientos me engañaban; sin embargo, estoy triste y siento aun que mi hijo haya hablado sin prudencia de las Korriganas.

— Mira á nuestro Karadoc; mírale seguido de su perro con el arco en la mano. ¡Qué hermoso es! ¡qué agraciado! ¡qué ademan tiene tan osado y resuelto!

— ¿A donde vas, hijo mio?

— Madre, ayer dijisteis: Hace dos días que no tenemos caza... El tiempo es magnífico, y voy á ver si puedo matar un gamo en el bosque de Karnak. Como la caza puede detenerme mucho me llevé provisiones en mi zurrón.

— No, Karadoc, no irás hoy á cazar, no quiero que vayas...

— ¿Porqué, madre?

— No lo sé... pero puedes estraviarte ó caer en algun barranco del bosque.

— No temais, madre mia, porque conozco todos los barrancos y todas las sendas del bosque.

— No, no irás hoy á cazar.

— Abuelo, interceded por mi...

— Con mucho gusto, porque deseo sobremanera saborear un cuarto de gamo, pero prométeme que no te acercarás á las fuentes donde pudieras encontrar Korriganas.

— Os lo juro, abuelo.

— Vamos, Madalen, permite que mi diestro arquero vaya hoy á cazar; no se lo niegues... Ya ves que jura que no pensará en las hadas.

— Si lo deseais, padre, si lo quereis...

— Te lo suplico... ¿No ves qué triste está Karadoc?

— Dadme un abrazo, madre.

— No quiero, hijo inobediente; déjame...

—Un abrazo, madre mia; os lo suplico...

—Madalen, ¿no ves cómo brilla una lágrima en sus ojos? ¿tendrás valor para negarle un abrazo?

—Toma, hijo; tenia mas deseo que tú... Parte, pues, pero vuelve luego.

—Otro abrazo., ¡y adios, querida madre... adios!

Karadoc ha salido enjugándose las lágrimas... dos ó tres veces ha vuelto el rostro para mirar á su madre y ha desaparecido.

Pasa el dia y mi favorito no vuelve... La caza le habrá alejado, pero le obligará á volver por la noche. Me pongo á escribir este relato que ha interrumpido el dolor.

Las últimas luces del dia luchaban con las sombras de la noche cuando Jocelyn y Madalen entraron en mi aposento gritando:

—¡Padre... padre! ¡qué desgracia!

—¡Ah! padre mio, bien decia yo que las Korriganas y el extranjero serian funestos á mi hijo... ¿Porqué cedí á vuestras instancias? ¿porqué dejé partir esta mañana á mi querido Karadoc? No volveré á verle mas... ¡Qué madre tan desventurada!

—¿Qué tienes, Jocelyn? ¿qué sucede, Madalen? ¿porqué estais tan pálidos? ¿porqué llorais? ¿que ha sucedido á mi Karadoc?

—Leed, padre mio, leed este pergamino que acaba de traer Yvon el porquero.

—¡Maldito... maldito sea ese buhonero con su Bagaudia! Ha hechizado á mi pobre hijo... Las Korriganas son la causa de esta desgracia.

Mientras mi hijo y su mujer se desconsolaban leí lo siguiente:

«Queridos padres, cuando leais esto vuestro hijo Karadoc estará «muy lejos de nuestra casa... He dicho á Yvon el porquero, á quien «encontré esta mañana en el campo, que os entregará este pergamino por la noche con objeto de tener doce horas adelantadas y «evitar vuestras pesquisas. Voy á correr la Bagaudia contra los francos... No puedo permanecer tranquilo en un rincon de Bretaña, «único pais de la Galia que se conserva libre de sus invasores, cuando tantos valientes abandonan la paz de sus hogares para vengar «la desgraciada suerte de sus hermanos. Ya sé que voy á ser un bandido, un hombre sin ley ni religion, terror del mundo y objeto del «desprecio general, pero si abrázo una vida tan odiada, no es para «saciar viles venganzas ni ser un cobarde asesino, sino para hacer «una guerra mortal á los francos. Os quedan, padres mios, mis her-

«manos Kervan y Roselik ; no me guardéis rencor... Y vos, abuelo querido, que tanto me amabais, alcanzadme el perdón de mis padres para que no maldigan á su hijo

«**KARADOC.**»

¡Ah! inútiles han sido todas las pesquisas para encontrar á mi infortunado nieto.

No tengo valor para continuar este relato... Mas adelante lo terminaré si alguna buena noticia de mi favorito Karadoc me da esperanza de volver á verle... ¡Ah! tal vez no volveré á verle jamás. ¡Pobre Karadoc! ¡Partir solo, á los diez y siete años para vivir entre bandidos!

¿Será verdad acaso que los dioses castigan nuestro deseo de ver los malignos espíritus? ¡Ah! También digo como su pobre madre que corre sin cesar como una loca á la puerta de casa para ver si vuelve su hijo:

«¿Los dioses han castigado á Karadoc porque quiso ver las Korriganas?»

—
Mi padre Araim murió de pesar poco tiempo despues de partir mi segundo hijo, y me legó la crónica y las reliquias de nuestra familia.

Escribo diez años despues de la muerte de mi padre sin haber recibido noticias de mi pobre Karadoc, que habrá encontrado sin duda una muerte ignominiosa.

La Bretaña conserva su independencia porque los francos no se atreven á invadirla. Los reyes que han heredado el poder de Clodoveo son sus hijos Thierry, Childeberto y Clotario; el cuarto, Clodomiro, ha muerto este año.

Ignoro los años que me restan de vida y los acontecimientos que me esperan, pero te lego, hijo mio, la leyenda de nuestra familia en el año quinientos veinte y seis de la muerte del Dios de los cristianos.

—
Yo, Kervan, hijo de Jocelyn, que murió siete años despues de haberme legado esta leyenda, añado á ella el siguiente relato que ha traído *Ronan*, uno de los hijos de Karadoc, y que contiene las aventuras de mi hermano y de sus dos hijos *Loysyk* y *Ronan*. Está escrito

por este en el primer ardor de su juventud bajo una forma distinta de los demás relatos de la familia.

La Bretaña continua gozando de envidiable paz y gobernada por gefes electivos. Los francos la respetan. ¡ No permitan los dioses que sucumba como las demás provincias de la Galia !

FIN DEL PRÓLOGO.

EL MANGO DEL PUÑAL.

KARADOC EL BANDIDO Y RONAN EL PROSCRITO.

(Año 529 á 615)

PARTE PRIMERA.

LOS PROSCRITOS.

I. — Ronan y su cuadrilla.

Era de noche.

La luna brillaba en el firmamento sembrado de estrellas, y reflejaban su amarillento fulgor los desnudos peñascos. Una suave brisa agitaba los árboles sombríos y acompañaba con su rumor al vocinglero arroyo que bajaba chocando locamente contra las peñas, deseando sin duda llegar cuanto antes á las verdes y floridas praderas que se veían á lo lejos en un estrecho valle.

El verano habia despertado de su letargo á millares de insectos, y aunque algunos dormían bajo el musgo de las raíces y de los peñascos, lo mismo que las aves, que descansaban para saludar al alba cuando empezase á asomar su rosada faz por el oriente, el grillo continuaba su monótono canto, mariposas nocturnas revoloteaban sin dirección fija buscando las tinieblas del bosque y de las cavernas, el buho hacia oír á intervalos su grito agorero, y las flores cerraban su caliz para guardar su aroma y su rocío para las auras de la mañana.

De vez en cuando reinaban largos momentos de silencio sepulcral en aquellos valles y cordilleras agrestes de la Auvernia, de ese hermoso país de los grandes recuerdos, patria del *gefe de los cien valles y de Vindex*, y humillada hoy bajo el yugo de Clotario, hijo de Clodoveo.

¿Qué rumor es ese que traen los vientos desde el camino montuoso que conduce á la ciudad de Clermont? ¿Quién turba en las altas horas de la noche el silencio y la soledad?

Hace un instante era un rumor que se confundía con el murmullo

del arroyo y con el suspiro de la brisa, pero crece, crece hasta convertirse en un estruendo, hasta distinguirse el eco de muchas voces robustas que entonan una cancion estraña.

La noche crea á veces entre sus tinieblas y el resplandor indeciso de la luna objetos fantásticos, de forma vaga, que ora parecen seres humanos, ora arbustos, ora peñascos, pero que se mueven, que cambian de sitio y de color, llenando de terror al viajero extraviado.

Pero no; por el camino de Clermont aparecen treinta hombres de siniestro aspecto... Se han visto dibujarse sus cuerpos y sus armas al través del firmamento bañado en la luz dorada del astro de la noche, cuando llegaban á la cima de un collado desnudo de árboles, y han desaparecido otra vez en la sombra de la falda donde crecen los arbustos entre dispersos pinos.

Ya se acercan. ¿Quiénes serán esos viajeros nocturnos?

Oigamos su canto, porque ya llegan al puente rústico compuesto de dos troncos de árboles, y pueden distinguirse sus voces.

« ¡ Mueran los francos, y viva la antigua Galia !

« Bandido, proscrito (1), corre á las cavernas donde nunca entró el sol, y espia desde tu guarida á los que esclavizaron tu patria.

« No temas á las fieras que allí se esconden, porque ellas tambien son proscritas, y tambien ellas duermen de dia para lanzarse de noche sobre su presa.

« Lobos somos, lobos carniceros; el mundo nos arroja de su festin, pero en vez de acudir como humildes perros á recoger las migajas y los huesos roídos, asaltamos la sala del banquete turbando la paz de los poderosos, vertiendo su sangre y arrebatándoles sus riquezas.

« Vestido va el proscrito con andrajós, curtida está su piel por el sol del verano y las heladas brisas del invierno, pero vive libre, sin pensar en mañana, teniendo por techo de su palacio el ancho firmamento, y por lecho el cespèd de los bosques.

¿ Qué mas deseas, proscrito? ¿ No tienes en el verano la sombra de los árboles y en el invierno las calientes cavernas?

« ¿ No tienes la riqueza de los francos?

« ¡ Ea, proscrito! ¡ Regocíjate! cuando tengas hambre, cuando va-

(1) *Warg*, que significa cabeza de lobo, era el nombre que se daba en la antigua Germania al *proscrito*. El vago que andaba errante sin hogar, aunque no proscrito, era llamado en las leyes germánicas *vargando*, y á veces *vargus* ó proscrito. (Véase, Grimm, *Origen del derecho francés*.)

yas desnudo, allí están las ciudades opulentas y los ricos castillos. Lanza tu grito de guerra; empuña la espada y el puñal, y no te faltarán manjares ni vestidos.

«¡ Esclavos, regocijaos! ¡ Vencidos, venid á luchar al lado de los proscritos!

«¡ Mueran los francos y viva la antigua Galia!»

¿Quién cantaba así? Ronan el proscrito. ¿Dónde? En el escabroso camino que conduce á la ciudad de Clermont.

Al canto de Ronan respondian varias voces á coro. Las aves nocturnas huían aterradas lanzando agudos y prolongados gritos.

Contemplad á esos treinta bandidos capitaneados por Ronan. ¡Qué aspecto tan pintoresco y terrible presentan esos treinta hombres aguerridos y feroces que dejan por donde pasan un reguero de sangre y de lágrimas! No preguntéis como van vestidos: su vestuario se halla en los castillos de los señores y en los palacios de las ciudades. Este empuña una lanza romana, aquel una espada franca; uno ostenta el traje galo, otro se adorna con una coraza enmohecida, un casco germano, y una túnica, recuerdo de un magnate romano, pero todos hacen alarde de sus harapos, todos rien, cantan, blasfeman, y siguen al que enarbola su bandera que es un ramo de encina verde.

Llegan á una pequeña llanura donde el camino se divide en dos; uno al mediodía y otro al oriente. Ronan hace alto, y se alza una voz, la de *Diente de Lobo*, un hércules de seis piés de estatura para quien no serviría de cinturón el círculo de una cuba.

— Ronan, dijo con voz bronca y ademán resuelto: nos has mandado que nos armáramos, y á pesar de que todos estábamos en lo mejor de nuestro sueño, nos hemos armado; nos has dicho que te siguiéramos y te seguimos... Te paras, y nos paramos.

— Diente de Lobo, estoy meditando mi plan. Decid, amigos ¿qué preferís: la mujer de un galo traidor á su patria ó una condesa franca?

— La mujer de un galo huele á esencias y perfumes, pero la del franco trasciende á vino porque su marido se embriaga.

— Te equivocas, Diente de Lobo; el galo renegado es astuto y tendrá mejor provista la bodega que el estúpido franco.

— Tiene razón, Ronan.

— ¡Viva el vino!

— ¡Viva el vino de Clermont! El gran jefe de la Auvernia, el inolvidable *Luern*, hacía llenar en otro tiempo hoyos como estanques de vino de Clermont para apagar la sed de los guerreros de su tribu.

— Eres muy instruido en historia, Diente de Lobo, aunque nunca supiste deletrear, pero tu cita nos aparta de la cuestion. ¿Qué preferis? ¿la mujer de un galo renegado ó la de un conde franco?

— ¡Prefiero la bodega del galo!

— ¡No, no; las riquezas del franco.

— Amigos, no riñamos por tan poca cosa. Visitemos primeramente al galo y vayamos despues á ofrecer nuestros respetos al franco.

— ¡Bien dicho, Ronan!

— Es preciso saquear la ciudad y el castillo.

— ¿Por dónde principiamos? ¿Vamos á la ciudad? ¿vamos al castillo? El señor galo bebe menos y saborea el vino como inteligente; el franco bebe mas y se embriaga.

— A media noche, que es la hora propicia de los proscritos, el conde Neroweg ronca como un fuelle tendido en su blando lecho, pero el rico galo Colbiac estará aun con los codos apoyados en la mesa, cara á cara de una ánfora romana y oyendo las lisonjas de algun esclavo favorito.

— Vamos primero al castillo del conde.

— Vamos antes á casa de Colbiac. Es mas heróico, y sobre todo menos impolítico, visitar á un galo que está despierto que interrumpir el sueño de un conde ebrio.

— Bien dicho, Ronan: yo os serviré de guia.

¿Quién hablaba asi? Un proscrito de bella y arrogante figura que apenas contaba veinte y cinco años. Pertenezia á una familia ilustre de Auvernia, y una aventura amorosa le habia obligado á correr la Bagaudia. Los compañeros le llamaban el *Arquero* porque era diestro en manejar el arco, y su parecer era oido con respeto entre los demás bandidos, porque su inteligencia, su nobleza, su valor y especialmente su exterior distinguido eran prendas que le grangeaban el aprecio de la cuadrilla.

La historia era muy sencilla, y la esplicaremos en breves palabras.

Amaba á Gilda, la hija del rico Colbiac, aliado y defensor de los francos, y era correspondido. El padre rechazó en su orgullo las pretensiones del arquero, y una noche, hallándose los dos amantes en un jardin en dulce coloquio, fueron sorprendidos por el primogénito de Colbiac. Los dos jóvenes desnudaron las espadas, y el hermano de Gilda cayó con el corazon traspasado.

Colbiac era favorito de Clotario y juró vengar la muerte de su heredero.

Sangrienta fué la venganza de Colbiac. Incendió la modesta morada del *Arquero*, quitó bárbaramente la vida á sus ancianos padres, y el desventurado amante se libró de la muerte huyendo de Auvernia, donde se habia puesto á precio su cabeza.

Un dia se reunió con la cuadrilla de Ronan; y en su vida aventurera, el lamentable fin de sus padres y el amor á Gilda lucharon en su corazon, y aun duraba la lucha de sentimientos tan opuestos.

— Sí, yo os serviré de guia, dijo el *Arquero*. Mas de una vez he cruzado las puertas de su casa y hasta he escalado mas de una noche las paredes de su jardin.

— ¿Es decir que has dado ya algunos golpes?

— Nunca entré como bandido.

— Pues si no entraste como bandido, entrarías como amante. Solo los amantes y los bandidos tienen derecho para escalar de noche las paredes de los jardines.

— Tal vez dices bien.

— ¿Entraste como amante?

— Sí.

— ¿De alguna esclava...

— No; de Gilda, de su hija.

Los bandidos prorumpieron en una prolongada carcajada.

— ¿Y eras correspondido?

— Así lo creía.

— En ese caso eres dichoso, porque hoy vas á ser dueño de esa hermosa. Pero dime, *Arquero*; hablemos como proscritos, no como galanes nocturnos. ¿Qué aspecto tiene esa casa?

— Malo para nosotros. Ventanas altas, recias puertas, robustas paredes.

— *Arquero*, dijo Ronan con acento jovial, entraremos en casa de Colbiac sin pasar por la puerta, por la ventana ni por la pared... del mismo modo que entraste tú en el corazon de tu querida. ¡Ea, proscritos! La noche será magnífica.

— Compañeros, dijo el *Arquero*, sean vuestros los tesoros... pero ayudadme á que llegue Gilda á mis brazos.

— Respetaremos tu Gilda.

— ¡A Clermont, pues, amigos! dijo Ronan tomando uno de los caminos.

— ¡A Clermont! gritaron los bandidos.

Y siguieron á su gefe.

II.—Gilda.

El opulento Colbiac, el galo poderoso, el privado del rey Clotario, vivía durante el verano en una quinta situada cerca de la ciudad de Clermont donde poseía inmensas haciendas, debidas á la pródiga protección de los conquistadores. Veíanse allí magníficos jardines, aguas cristalinas, sombríos bosquecillos, frescos céspedes, ricas praderas, mieses doradas, vides de color de púrpura, estanques bien provistos de pescado y largas caballerizas, y cultivaban sus bienes mas de cien esclavos de ambos sexos, sin contar el hornero, el carnicero, el cocinero, el copero, el pescador, el zapatero, el bañista, el sastre, el carpintero, el albañil, el guarda-bosque y otros empleos mas ó menos secundarios desempeñados por esclavos (1). El buen Colbiac bendecía á la fortuna que habia traído á la Galia los bárbaros guerreros de Germania, y se olvidaba de su origen para ensalzar al franco que habia pagado tan generosamente su cooperación en la época de la conquista.

¿Quién es esa jóven hermosa, alta y de ademan resuelto, como la Diana cazadora, que está asomada á la galería de la quinta con el cuello y los brazos desnudos, vestida con una sencilla túnica de lino y con sus negros cabellos medio destrenzados? Sus ojos, ardientes á la par que lánguidos, ora se elevan al cielo estrellado, ora parece que se esfuerzan en penetrar las lejanas sombras de aquella noche tan propicia para los bandidos que se acercan silenciosamente á la opulenta quinta de Colbiac.

Esa mujer tan hermosa es Gilda, la rica heredera del afortunado galo, la amada del arquero.

— Noche sombría, decía Gilda, luna tranquila, testigos de mi pasada ventura, ¿de qué me sirve respirar el perfume de las flores, oír en las hojas el murmullo de las brisas nocturnas que parecen el estremecimiento de besos misteriosos? Pasa la noche, aparece la rosada aurora, se oculta el sol en sepulcro de nubes de oro, y Elia-

(1) Copiamos de una memoria inédita de nuestro sabio y excelente amigo Janowski (memoria premiada por el Instituto), la siguiente nomenclatura de los diversos cargos de los esclavos dependientes de una quinta ó casa de recreo: *arator*, *bubulus*, *porcarius*, *caprarius*, *taberferrarius*, *aurifices*, *argentarius*, *sutor*, *tornator*, *carpentarius*, *susator*, *acripitores*; (los esclavos que hacían la cerveza y la cidra); *qui facient cervisiam pomaticulum*, *pistor*, *retiator*, *venator*, *molinarines*, *forestarius*, *majordomus*, *infesor* (el que lleva los platos á la mesa): *scautio*, *marescaulus*, *strator*, *seneschalus*.

no no vuelve! Un año ha pasado desde que le ví por última vez aquella noche funesta en que mi hermano cayó allí... al pié de ese árbol, bañado en su sangre, un año... y he contado sus eternos días con mis lágrimas. Presa en esta quinta, presa en la ciudad en el gineceo (1) por mandato de mi padre, mi vida pasa en negra soledad, y el amor que me inspiró Eliano, en vez de apagarse, crece y se convierte en una hoguera que me abrasa. ¡Eliano! ¡Eliano! ¿Donde estás? ¿No llevan las brisas de la noche mis gemidos hasta tí? ¡Eliano!

Y la hermosa Gilda inclinó la cabeza sobre su mano y se abismó en profunda melancolía.

— ¿Y no podré romper mis cadenas? Vivir así es imposible. Huiré... le buscaré... aunque me prendan y me vendan como esclava. Pasar días y días en esta opulenta quinta, sepulcro dorado, rodeado de verdor y flores, ¿es acaso vivir? No, no; por la memoria de mi pobre madre que murió víctima de la crueldad mas inaudita, juro que saldré de este sepulcro helado. Quiero el aire libre, el sol, el espacio; quiero gozar del amor y la libertad. ¡Oh! si volviera á ver á mi Eliano que en días mas venturosos distinguía á lo lejos entre aquellos árboles... ¡Qué brillo habia en sus miradas! ¡qué fuego respiraban sus dulces palabras! Tal vez gime en la esclavitud... ¡Esclavo...! ¡esclavo! ¿Y qué importa? Es jóven, hermoso, me amaba y le juré eterna fidelidad.

Reinó un momento de silencio.

Gilda levantó de pronto la cabeza y dirigió los ojos con ansiedad hácia la pared del jardín, hácia un espacio sombrío que cubrian con sus ramas dos árboles gigantescos.

— ¿Será un sueño? ¿Habrá escuchado Dios mis súplicas? Oí un extraño rumor en el sitio donde en otros tiempos veia aparecer á mi Eliano. No... no; Eliano descansa en su sepulcro... No, no; es una ilusion.

La luna, que habia estado oculta hasta entonces tras una parda

(1) Llamábase gineceo la habitacion de las mujeres.

El gineceo era un taller donde se fabricaban los vestidos destinados á toda la familia. Además de los trabajos que se hacian allí en beneficio del amo se hacian otras labores para el sustento y el servicio de las mujeres que lo habitaba. Las mujeres de los señores ó las dueñas de casa no dirigian siempre los trabajos de sus gineceos, porque el concilio de Nantes acusa á algunas de ellas de faltar á las leyes divinas y humanas frecuentando sin cesar las asambleas y los tribunales públicos, en vez de quedarse entre las mujeres de sus gineceos para hablar sobre lanas, telas y demás labores de su sexo.

nube que cubria una gran parte del horizonte, asomó entre blanquecinas franjas y llenó de luz dorada las colinas, la ciudad que se distinguía á lo lejos y los árboles del jardín.

De pronto llegó hasta el pié de la galeria un jóven ágil, esvelto, con el arco pendiente del hombro y vestido con el pintoresco trage galo.

Gilda lanzó un grito al verle.

— ¡Eliano! ¡Eliano! No ha muerto...

— Gilda... No grites... Soy yo.

— ¡Dicha del cielo! Pero ¿qué trage es ese? ¿porqué vas armado?

— Gilda, tu Eliano es indigno de tí...

— Te amo aun y te esperaba...

— Tu padre causó la desdicha de mi casa... Su persecucion me ha arrojado del mundo... y soy proscrito.

— ¿Qué me importa? Yo te amo.

— Gilda, vengo á anunciarte que hoy podré al fin romper tus cadenas.

— Mi padre es poderoso...

— Si me amas, nada temas.

— Si te amo... ¡oh! tu ausencia, mi soledad y mi desconsuelo, la desesperacion que me causaba el creer en tu muerte, ha aumentado mi amor. ¿Dónde has estado, cruel, tanto tiempo sin verme?

— Perseguido como una fiera, buscando como ella un asilo en las cavernas, odiado de los hombres, abrigando insensatos deseos de venganza, y esperando este momento delicioso. La Galia gime oprimida bajo el yugo de los francos; pero todos los que se resisten á llevar el peso de una cadena ignominiosa, vagan por los desiertos que han dejado los feroces conquistadores, y siendo horror de Dios y de los hombres, esparcen el estrago y la desolacion por donde pasan. Yo soy uno de esos desventurados sellados con el sello del crimen y del oprobio, uno de esos bandidos sin ley ni Dios, que no respetan el sagrado de los templos, que saquean al rico, libertan á los esclavos y encuentran por fin por término de su carrera el patíbulo y el tormento.

— ¿Y ha sido acaso mas feliz mi existencia? Vivir llorando, oír las acusaciones de mi padre que maldice mi amor, y me llama fratricida; esperar un dia y otro dia, pero esperar en vano; pedir al sepulcro que me devuelva á mi Eliano; verter raudales de lágrimas;

tender continuamente mis miradas creyéndote ver á lo lejos en las colinas: he aquí cual ha sido mi vida durante un año. Pero todo lo olvido; tu presencia en esta noche feliz desvanece todas mis penas, y me siento animada para vivir, aunque sea proscrita como tú, como viva á tu lado.

—Adios, pues, Gilda.

—¡Te vas...!

—Es forzoso separarnos... Me esperan mis compañeros. Si oyes el estruendo de la batalla dentro de esta quinta, no temas por tí ni por tu padre... Los bandidos te respetarán...

—Adios, Eliano! Te espero...

—Adios, Gilda.

Y el arquero desapareció entre los árboles sombríos.

Gilda alzó los ojos al cielo como para darle gracias, prorumpió en llanto... llanto de alegría, y exclamó con acento apasionado:

—¡No ha muerto... no ha muerto!

La luna volvió á ocultarse tras los densos nubarrones.

III.—Colbiac y el conde Neroweg.

¿Qué hace el poderoso Colbiac mientras su hija está en dulce diálogo con el proscrito? El buen galo bebe y charla con el conde Neroweg, que aquella noche es su huésped. La sala del banquete, construida según estilo romano (aquella quinta había pertenecido en otro tiempo á un prefecto romano) es vasta, adornada con columnas de mármol, enriquecida con dorados y pinturas al fresco algun tanto deterioradas por los dientes de los caballos de los francos, porque estos bárbaros convirtieron en caballeriza la sala del festín al conquistar la Auvernia. Los vasos de oro y plata están colocados sobre armarios de marfil, el pavimento está formado de ricos mosaicos, obra de algun artista romano, y la larga mesa ostenta aun copas y ánforas medio llenas de espumoso vino. Los *leudos*, compañeros de guerra de Neroweg, y sus iguales durante la paz (1), después de haber cenado según costumbre en la misma mesa que el conde, se han

(1) Los *leudos* eran los compañeros de guerra del jefe franco, que cada tribu escogía y á quien juraban fidelidad (en alemán *treue*, *trust*); se les llamaba *leudos*, *fiel* ó *antrustiones*, pero esta última denominación se daba casi exclusivamente á los compañeros de guerra del rey. Clodoveo y sus sucesores repartieron después de la conquista, bajo el título de *beneficios*, una parte de las tierras á los jefes de tribus, sus compañeros de guerra. Veas, M. Guizot, *Historia de la civilización en Francia* (t. I, p. 249).

retirado á jugar á los dados con los curiales (1), y leudos del privado del rey Clotario bajo los arcos del vestíbulo. Se ven colgadas en las paredes las toscas armas de los leudos: escudos de madera, paños con puntas de hierro, *franciscas* ó hachas de dos filos, y *haugones* ó medias picas guarnecidas de garfios. En el escudo del conde se ven pintadas dos *garras de águila*. Colbiac, que continua sentado á la mesa con su huesped, le induce á apurar una copa tras otra para embriagarle, pero el conde está dotado de una constitucion de hierro, y su inteligencia se oscurece dificilmente.

¿Qué figura tiene el conde Neroweg? En el cuerpo y en su ademán se parece á un jabalí y en la cara á una ave carnícera, con su nariz aguileña, sus ojillos hundidos, ya atontados, ya feroces, sus cabellos ásperos y rojos, atados en la parte superior del cráneo con una correa y volviendo á caer sobre la espalda como una melena, porque hace doscientos años que no ha cambiado el peinado de los francos. Lleva afeitadas la barba y las mejillas, pero sus largos vigotes rubios caen hasta su pecho, cubierto con una chaqueta de piel de gamo; sobre sus botines de recia tela se cruzan largas tiras de cuero que suben desde los gruesos zapatos herrados hasta las rodillas, y ha sacado de su cinturón su pesada espada, colocándola á su lado sobre un taburete. Tal es el huesped del opulento señor Colbiac, tal es el conde Neroweg, uno de los nuevos poseores de la Galia.

¿Y el privado del rey Clotario? ¡Oh! Colbiac se parece á un zorro bien comido. Ojos lascivos y astutos, orejas encarnadas, nariz movable y puntiaguda, adornada con rojas erupciones, indicios del excelente vino de su bodega, y ¡qué vientre! Parece un odre bajo un vestido.

Colbiac obliga al franco á beber y le dice:

(1) A principios de aquel siglo, en que la administracion romana introducida en la Galia subsistió aun durante algunos años á pesar de la invasion de los francos, la clase de los *curiales* comprendia todos los ciudadanos habitantes de las ciudades que hubiesen nacido en ellas ó hubieran ido á establecerse y poseyeran cierta riqueza territorial. Los *curiales* ejercian los cargos siguientes: 1.º administrar los negocios de la ciudad, sus gastos y sus rentas, y bajo esta doble situacion no solo respondian de su gestion individual, sino de las necesidades de la ciudad á que estaban obligados á atender en el caso de no bastar las rentas municipales; 2.º, recaudar los impuestos públicos bajo la responsabilidad de sus bienes en caso de no efectuar la recaudacion; 3.º ningun curial podia vender, sin permiso del gobernador de la provincia, la propiedad que le constituía curial, ni ausentarse de la ciudad, sin esponerse á ver confiscados sus bienes. (Veas. *Código de Teodosio*, lib. VI, tit. XXII; lib. II. *Teoria de las leyes políticas de Francia*, etc.)

— Conde... te lo repito... veinte sueldos de oro y el prado, y es tuya la esclava.

— Entrégame antes la esclava.

— ¿Te chanceas?

— Colbiac, aunque el rey te defiende y te ha colmado de riquezas por haberle ayudado á conquistar la Auvernia, volveré con todos mis leudos á saquear tu casa, y te arrancaré la esclava. Sé que la tienes oculta, pero mandaré que te tiendan en un brasero encendido, y cantarás, galó!

— ¡Y te atreves, franco rústico y feroz, á amenazar á Colbiac?

— Por voluntad ó por fuerza me entregarás la esclava.

— ¿Crees que la fuerza te dará derecho? También yo soy poderoso, y si alzas la voz, te hago prisionero con todos tus leudos, y no te libras de mi poder sin pagar un crecido rescate.

— ¡Tu... Colbiac! Eres incapaz de atreverte...

— El astuto galó se sonreía al ver la turbacion del conde.

Neroweg conoció entonces que tal vez habia caido en un lazo, é instintivamente cogió la espada.

— Hablemos como buenos amigos... y como parientes, Neroweg, dijo Colbiac al ver la accion involuntaria del conde.

— ¡Y solo me han acompañado veinte leudos! murmuró el conde.

— Neroweg, dijo Colbiac que no entendió las palabras del conde, pero que adivinó sus temores, tengo cien esclavos que acudirán á mi voz, y el rey Clotario me dió con la ciudad de Clermont doscientos leudos francos que me juraron fidelidad, porque aunque nací en la Galia, gozo de todos los derechos de los conquistadores.

— Habla, pues, como amigo y como pariente.

— ¿Que dirias si llamase á mis leudos y te hiciese prisionero?

— ¡Por el *Águla terrible*, mi noble antepasado! exclamó Neroweg, que antes que llegasen, hundiria mi espada en tu corazon traidor.

— ¡Traidor!

— Si, traidor á tu patria.

— ¿Y qué hubiera sido de vosotros, bárbaros francos, sin los galos que os facilitaron la conquista y á quienes das injustamente el nombre de traidores?

— Nuestras armas vencedoras hubieran triunfado tambien sin vuestro auxilio.

— No dudo que sois valientes, pero la barbarie que os hizo el ter-

ror del mundo cuando amenazabais la Galia desde los bosques de Germania, no os ha abandonado aun desde que abrazasteis el cristianismo, y los crímenes que cometéis sin temor á Dios ni á sus castigos eternos, revelan vuestro origen. Cuando el rey Clotario te nombró conde, viendo que yo presidía los curiales de la ciudad de Clermont, y que mis riquezas y mi poder me hacían casi igual á un monarca en Auvernia, deseaste enlazarte con mi hermana Aurelia...

— Y convertí á la gala en condesa franca...

— Y luego que te apoderaste de los feudos que te llevó en dote, pereció á tus manos de muerte violenta... Esa víctima de tu ferocidad clama venganza desde el fondo de su sepulcro...

Neroweg empuñó la espada.

— Deja esa arma, conde. La venganza que temes no vendrá de mí sino del cielo enojado de tu horrible crimen.

— ¿Qué dices?

— Si, del cielo. Las esclavas que presenciaron el horrible atentado dicen que murió sin confesion, y que han visto durante la noche el alma de mi infeliz hermana...

El conde palideció y apenas pudo pronunciar una palabra en medio de su supersticioso terror.

Los francos, recién convertidos al cristianismo, conservaban aun las creencias de la religion feroz que habian dejado al asegurar la conquista de la Galia, y apesar de los esfuerzos de los obispos en instruirles en las santas máximas del Evangelio, solo veian en el Dios misericordioso que murió en la cruz, una imágen de sus antiguas divinidades, vengativas y sombrías como ellos. Su ignorancia les abismaba en negras supersticiones, y el temor á los castigos eternos era el único dique contra sus salvages pasiones. Por esta razon, la idea de que el alma de Aurelia podia aparecérsese como á las esclavas de su castillo en medio de las sombras de la noche, le causó una consternacion visible, y preguntó á Colbiac:

— ¿Y qué he de hacer para evitar...?

— Habiendo dado muerte violenta á mi hermana, los bienes que te llevó en dote no te pertenecen, y hasta que los devuelvas á su legítimo poseedor, no tendrás un sueño tranquilo...

— Me hablas así para intimidarme. Mandaré que en mi capilla se rece noche y dia por el alma de aquella infeliz...

— ¿Y crees que así se apaciguará la cólera de Dios? No; tu crimen es hijo de la codicia, y ha de castigarse en la vil pasion que em-

puñó tu arma... Restituye los bienes que posees injustamente.

— ¡No... nunca!

— No cuentes, pues, con mi esclava, y advierte además que no saldrás de esta quinta hasta que firmes la escritura de restitución que tengo ya preparada.

— ¿Es decir que caí en un lazo?

— Tu ambición y tu lujuria te trajeron á mi casa, y por Dios que serás mi prisionero hasta que me pagues como te exijo la muerte de mi hermana.

— ¡Mienten los que dicen que la maté! Y juro por Dios...!

— No añadas la mentira á la blasfemia.

— Pero no fué por codicia... Me provocó... Estaba airado...!

— Y hoy pagas tu bárbara ira.

— Te restituiré la mitad de su dote.

— ¡Todo... todo!

Neroweg permaneció un momento pensativo, miró en torno suyo para asegurarse de que estaban solos, pero la sonrisa que contraía el rostro de Colbiac le hizo sospechar que tal vez había escondidos cerca de allí hombres armados que le veían y espían sus acciones.

— Eres, pues, mi prisionero.

— No, consiento, dijo el conde que deseaba salir de aquel lance apurado con el designio de vengarse algún día del ultraje y de la humillación á que se veía espuesto en aquel momento.

Colbiac llamó y apareció uno de sus esclavos.

— Sigefrido, trae el pergamino que escribió mi capellan esta mañana cuando recibimos la fausta noticia de la visita del conde.

— ¿Y la esclava? preguntó Neroweg.

— Despues que haya puesto el conde su firma al pié de la escritura, irás al gineceo y mandarás que venga á mi presencia la esclava Odila.

Los ojos del conde brillaron de feroz alegría al pensar que iba á poseer la esclava que tanto codiciaba, y firmó sin vacilar el pergamino.

— Ahora, al gineceo, Sigefrido: vuelve al momento. El conde desea llegar esta misma noche á su castillo.

El esclavo salió, y Colbiac y Neroweg llenaron por última vez las copas.

IV. — El subterráneo de las Termas.

Los bandidos han llegado cerca de la quinta de Colbiac.

— Ronan, dijo el Arquero saliendo de entre los árboles que se alzaban en las márgenes del camino, he entrado en el jardín, pero las puertas están cerradas, y aunque no faltaría quien las abriera, prefiero que cumplas lo que nos prometiste. ¿No has dicho que entraríamos en la casa como había entrado yo en el corazón de mi amada?

— Lo prometí, y cumpliré mi promesa. ¿Veis, amigos míos en la falda de esa colina un pequeño edificio rodeado de columnas? —

— Lo vemos... la noche es muy clara.

— Ese edificio era antiguamente una sala de baños de aguas termales, cuyo cálido manantial bajaba de aquellos montes... Desde la quinta á donde vamos se llegaba hasta las termas por un largo subterráneo. Colbiac ha desviado el manantial y el edificio se ha convertido en una capilla dedicada á San Lupo... Pues bien, amigos míos, entraremos en la quinta del galo renegado por ese subterráneo sin abrir las paredes ni romper puertas ó ventanas. Si prometí ¿dejo de cumplir mi promesa?

— Ronan, cumples como siempre lo que prometes.

Los bandidos se dirigieron en silencio hasta la desierta capilla.

Una lámpara de bronce pendiente de la bóveda ardía delante de la imagen del santo, pero los proscritos que en su mayor parte profesaban las creencias drúidicas, ó eran cristianos escomulgados é impíos, entraron sin descubrirse y llegaron hasta el pié del altar donde se veía una enorme losa circular en cuyo centro había una argolla de hierro enmohecida.

Apareció entonces una sombra y dijo una voz:

— ¿Eres tu, Ronan?

— Yo y los míos... Simon, enséñanos la entrada del subterráneo.

— Necesito dos hombres robustos.

— ¿Para qué, Simon?

— Para levantar esta losa.

Se acercaron dos bandidos de estatura hercúlea y asieron de la argolla.

— ¡La maldita se resiste! exclamó uno de ellos cuyo rostro estaba rojo y lleno de venas inyectadas pues hacia esfuerzos terribles para levantar la losa.

— ¡Ya abrió la boca el subterráneo! dijo su compañero que logró apartar la pesada losa del círculo que la sugetaba.

— Los años habian formado con el polvo una adherencia superior á las fuerzas del hombre, pero los proscritos eran superiores en vigor á los demás hombres, y no habia para ellos obstáculos insuperables.

La entrada del subterráneo estaba oscura, y las primeras gradas que se distinguian al resplandor de la lámpara brillaban con la humedad como si fueran de jaspe.

— Encended las antorchas, dijo Ronan.

Los bandidos iban á obedecer á su gefe, pero Simon, el esclavo de Colbiac, les dijo:

— Es preciso esperar.

— ¿Porqué?

— El conde Neroweg está en la quinta con sus leudos.

— Mejor... Magnífica será la caza! Un zorro y un jabalí...

— El conde tiene en la quinta veinte leudos bien armados.

— Somos treinta... Con quince proscritos hay de sobras para dar el golpe... Marcha, Simon; te seguimos.

— No está aun libre el paso.

— ¿No está libre este paso subterráneo que conduce desde aquí hasta la sala del festin?

— Colbiac, que ha atraído al conde á su quinta para cogerlo en un lazo, ha colocado dos de sus leudos mas fieles dentro del subterráneo para que salgan cuando les haga una señal convenida de antemano y se arrojen sobre el franco.

— ¿Con qué objeto?

— Colbiac quiere arrancar del conde una concesion y recurre á la fuerza para conseguirlo. Como es cobarde y astuto, teme que el franco se arroje sobre él al amenazarlo, y en caso de apuro los dos leudos escondidos saldrán como abortos del averno desde el centro de la tierra.

— ¡Soberbio plan! La astucia de Colbiac es digna de un proscrito.

— Es preciso esperar que el conde se resista ó acceda. Entonces partirá á su castillo con sus leudos, y cuando la quinta esté silenciosa, os introduciréis tú y los tuyos.

— Y será mia la hermosa Gilda.

— Y nuestros los cofres, los vasos de oro y plata y los sacos de

dinero. Hoy los proscritos nadarán en oro... nuestros vacíos bolsillos sonarán con dulce armonía.

—Y serán nuestros los odres llenos, las cubas, los sacos de trigo, los jamones y las aves. Hoy se hartará el proscrito que tanta sed y hambre padece.

—Y serán nuestros los ricos vestidos. Hoy se abrigará el proscrito que tanto frío padece en los bosques y las cavernas.

—Y después... ¡á las llamas la quinta de Colbiac!

—¡Y libertad á sus esclavos!

—Pero advierte, Ronan, que si sale mal tu empresa, serás ahorcado, quemado ó descuartizado.

—Como tantos otros cuyos huesos blanquean en la antigua Gallia. Moriré contento, buen Simon.

—¡Qué vida tan horrible es la que llevas, Ronan!

—Vida alegre y feliz.

—Vivir siempre en los bosques...

—¡Es tan alegre el verdor de los árboles!

—En el centro de las cavernas...

—Donde hace calor en el invierno y frío en el verano.

—Siempre con el oído atento al menor rumor, siempre por montes y valles... vagando sin casa ni hogar...

—Pero viviendo libres... libres, buen Simon, en vez de vivir esclavos bajo el látigo de un franco. Ven con nosotros... huye de esta quinta.

—Soy demasiado viejo.

—¿No odias á tu señor?

—En otro tiempo fui joven, rico y feliz. Cuando los francos invadieron á Turena, me defendí hasta que caí vencido y bañado en mi sangre. Los vencedores saquearon mi casa, me vendieron como esclavo, y de amo en amo he llegado al poder de Colbiac. Tengo por consiguiente motivo para odiar á los francos, pero aborrezco aun mas, si es posible, á los galos que secundaron á los francos en su conquista.

—Pero la noche pasa, Simon, y si tardamos podrá frustrarse nuestra empresa.

—Sígueme, Ronan.

Y los bandidos desaparecieron por el subterráneo que desde las antiguas termas conducía á la opulenta quinta.

El conde y Colbiac continuaban apurando las copas de espumoso vino.

Neroweg temblaba en su supersticioso terror, y á cada instante creía ver el alma de Aurelia, su inocente víctima.

—¿Crees, Colbiac, dijo el conde mirando en torno suyo con azorados ojos, qué Dios permite á las almas de los difuntos volver á este mundo?

—¡Si! dijo una voz robusta que parecia salir de las entrañas de la tierra.

El conde lanzó un grito y corrió hácia la puerta de la sala mientras Colbiac, que creía que aquella voz descubria su plan cuando ya no era necesario, exclamó con ira:

—¡Imprudentes!

Al mismo tiempo que el conde huía aterrado, apareció en la puerta el leudo que habia ido al gineceo y dijo:

— Conde, aquí teneis á Odila.

Neroweg se lanzó afanoso hácia la esclava, pero al mismo tiempo que estendia su mano para apoderarse de su presa, otra mano vigorosa salió por una trampa que se abrió en el mosaico del pavimento, cogió al conde por la pierna, y dijo una voz de trueno.

—¡Detente!

Colbiac, que se habia levantado, volvió á caer en su sillón, y cuando el conde se volvió para ver quien le hablaba, vió con espanto á Ronan y á sus compañeros que salieron del subterráneo lanzando horribles gritos é imprecaciones. El conde creyó que aquellos hombres, salidos del centro de la tierra, eran apariciones del averno, y huyó hasta la caballeriza, montó sin detenerse un instante en su fogoso corcel y se alejó á todo escape de la quinta de Colbiac. Sus leudos le imitaron, saltaron sobre sus caballos, abandonando las armas en la sala del festín, y huyeron en pos de su señor entre las sombras de la noche.

V. — El tribunal de los bandidos.

¡Qué resplandor inmenso se alza al través de los árboles del jardín! Es el resplandor del incendio de la quinta de Colbiac.

¿Qué hacen los bandidos en la capilla de San Lupo?

Vense sobre las losas amontonadas en desórden las riquezas de Colbiac: vasos de oro y plata, enormes sacos de cuero de donde caen las monedas formando armonioso sonido, ricas telas de color de púrpura, pieles negras como el cuervo y blancas como la paloma; y en los cuatro ángulos del espléndido botín las hachas, los escudos y

las lanzas de los leudos fugitivos. Oro, plata, acero, telas y pieles, todo brilla y centellea á la rogiza luz de las antorchas.

— ¿Qué hacen allí los bandidos?

— Lo que hacen siempre despues de haber bebido, saqueado é incendiado. Unos roncan y duermen su embriaguez sobre las losas, otros se deleitan en contemplan el rico monton del botin y se balancean sobre sus vinosas piernas.

— Y esos otros bandidos que están apoyados en las paredes de la capilla, y cuyos ojos están tan serenos como seguras sus piernas ¿no han saboreado tambien los vinos de la quinta de Colbiac?

— Esos han bebido dos, cuatro, diez veces mas que los otros, y Ronan es uno de ellos, pero son bandidos aguerridos, que tienen el estómago tan empedernido como su corazon, y que apuran un odre sin bambolearse al andar al través de un incendio.

— Ronan se sienta en un banco de piedra rodeado de cuatro feroces bandidos entre los cuales se distingue Diente de Lobo, aquel gigante cuyo talle no abarcaria un círculo de cuba.

— Amigos, dice el gefe ¿estamos todos aquí?

— Solo falta el Arquero. En medio del incendio se lanzó animoso hácia el aposento de la hija de Colbiac, y uno de vosotros le vió despues cruzar entre las llamas y dirigirse al jardin llevando en los brazos á su amada.

— Sin duda está esperando que su hermosa recobre los sentidos. Se habrá desmayado, y en tales casos debemos creer en la verdad del desmayo.

— ¿Os parece bien que juzguemos á Colbiac?

— El poderoso galo ha juzgado desde su tribunal, como gefe de la ciudad de Clermont, á tantos compañeros nuestros, que es razonable que le juzguemos ahora nosotros.

— ¡Si, si! ¡juzguemos á Colbiac!

— ¡Que traigan el reo! gritó Ronan con ademan de gravedad irónica.

— Dos bandidos salieron á buscar al galo que fué introducido, atado, pálido y airado, ante el gefe de aquella turba feroz y desapiadada.

— ¿Cómo te llamas? le preguntó Ronan.

— ¿Con qué derecho te atreves á interrogarme? dijo Colbiac haciendo un esfuerzo de valor para presentarse con dignidad ante los que con razon creia que iban á ser sus asesinos.

— No respondas con injurias. Tu vida está en mis manos.

— Lo sé. Mátame, pero no me maltrates.

— ¿Qué quejas tienen contra este hombre los habitantes de Clermont?

— Repetiré lo que he dicho antes, dijo el viejo Simon, el traidor esclavo que habia introducido á Ronan y su cuadrilla en la quinta. Si los francos nos esclavizan y nos abruman con tormentos y humillaciones, están en su derecho porque son vencedores, y nosotros somos vencidos; pero que galos como nosotros se unan á los francos para tiranizarnos y repartirse nuestros despojos, es un crimen de traicion que merece castigo.

— ¿Qué tienes que responder, Colbiac, á las acusaciones de este esclavo?

— Que si fuí traidor cooperando á la conquista de los francos que han libertado la Galia de la dependencia de Roma y la han alzado á la categoria de una gran nacion; que si obré mal desistiendo de una inútil defensa y uniéndome á los que, traídos por la mano de Dios desde los bosques de Germania, han rejuvenecido con su heroismo la degradacion en que se hallaba abismada mi patria; que si soy culpable por unirme á los que han abrazado la religion cristiana y por su triunfo pelean; que si merezco un castigo por sostener la esclavitud, que es una necesidad de nuestra época, y finalmente si me juzgais por haber condenado al patíbulo á los que, como vosotros, incendiáis los templos, robais, saqueais, inducís á la plebe á la rebelion, y no teneis mas Dios ni mas ley que el asesinato y la feroz venganza; ¿qué castigo merece este anciano traidor que ha introducido en mi casa, fingiendo lealtad y resignacion, á los que me van á asesinar cobardemente despues de haberme robado?

— Tal vez tengas razon, Colbiac, en algo de lo que dices en tu defensa; pero debiste morir en auxilio de tu patria, y fuiste traidor uniéndote á sus enemigos. Te se acusa de otra iniquidad. Neroweg ha sido el asesino de tu hermana, y en vez de vengar su muerte, le has perdonado por vil interés, y en tu trato vergonzoso ibas á entregar en poder de ese conde bárbaro una inocente criatura.

Y dirigiéndose á los bandidos, añadió:

— ¿Donde está la esclava?

— Cerca de aqui, estaba aterrada con nuestro aspecto y con el incendio, y yace tendida en el cespéd vertiendo amargo llanto.

— Traedla!

Introdujeron en la capilla á la esclava.

Odila era casi una niña pues apenas tenia quince años. Sus rubios cabellos, separados en dos largas trenzas, caian hasta sus piés que estaban descalzos, y se veian descubiertos sus brazos y sus hombros. El bárbaro leudo, al ir á buscar al gineceo, escasamente le habia dado tiempo para vestirse, de modo que al verse en presencia de aquellos hombres de aspecto salvaje, sus rasgados ojos azules miraban con terror y temblaba. Sus mejillas habian sido sin duda en otro tiempo frescas y sonrosadas, pero estaban pálidas y hundidas, y su rostro infantil revelaba prolongados padecimientos. Ronan la miró con interés y le preguntó con voz conmovida:

— ¿Cómo te llamas?

— Odila.

— ¿Donde naciste?

— Lejos de aqui, en uno de los valles de Monte de Oro.

— ¿Qué edad tienes?

— Mi madre me decia esta primavera: Hace catorce años que formas la alegría y la ventura de mi vida.

— ¿Como has llegado á ser esclava de Colbiac?

— Mi padre murió jóven. Vivía en la montaña con mi abuelo, mi hermano y mi madre, y nos manteniamos con el producto de nuestro ganado. Un dia invadieron los francos nuestras montañas, y mi hermano se unió cono tres pastores para combatir contra ellos. ¡Vano esfuerzo! Fueron vencidos. Su resistencia exasperó tanto á los francos que nos ataron y nos obligaron á seguir su ejército. Mi hermano y mi abuelo habian muerto en el combate. La primera noche dormimos en un bosque mi madre y yo, pero el dia siguiente me separaron de sus brazos, y el gefe me dijo que me guardaba para venderme á un conde franco.

— ¿Oyes, Colbiac? dijo Ronan. Los francos, tus aliados, han vendido á los galos como acémilas despues de incendiar sus moradas y de arrebatar sus bienes. ¿Qué respondes?

— Qué asi lo exige la dura ley de la guerra.

— Continua, Odila.

— El conde franco que me compró me hizo sufrir muchas humillaciones, y de amo en amo, llegué al poder de este hombre que no vaciló en entregarme al mas cruel de los francos, al conde Neroweg.

— Compañeros, dijo Ronan ¿qué castigo merece este hombre?

— ¡Que sea ahorcado!

— ¡Si... si! ¡que sea ahorcado!

—¿Que te parece, Colbiac, de la sentencia?—

—Que es digna de los jueces que la pronuncian. Egecutadla sin tardanza. No trataré de implorar la piedad de vuestros corazones porque leo en vuestros ojos que estais sedientos de mi sangre. La sentencia me parece justa.

—Y yo, hermanos míos, os pido el perdon de este hombre en nombre de Jesucristo, dijo una voz detrás de los bandidos.

Presentóse entonces en la capilla, seguido de varios esclavos de Colbiac, un hombre de treinta años, de rostro pálido, apacible á la par que severo, barba rubia, frente calva ya, y vestido con una larga túnica de paño burdo.

—¿Es el ermitaño labrador, exclamaron los esclavos; el amigo de los pobres!

—¿El consuelo de los que lloran!

Los bandidos se quedaron absortos al ver al ermitaño.

—¿Quién eres? preguntó Ronan.

—El protector de los pobres, respondió uno de los esclavos. ¡Cuántas veces ha empuñado en los campos el arado de alguno de nuestros compañeros y ha terminado la tarea del cautivo para evitarle el castigo!

—Un dia, dijo otro esclavo, se me perdieron dos ovejas. El ermitaño labrador las buscó por todas partes durante toda una noche, y me las devolvió. A no ser por él, me hubieran muerto á latigazos.

—Nuestros hijos le aman como á un padre.

—Y luego que le ven corren á asirse de su túnica.

—Y aunque es tan pobre como nosotros, les regala frutas del bosque, panales de miel silvestre y las avéculas que se caen del nido.

—Con sus palabras nos alienta en nuestras penalidades.

—Y nos dice para animarnos: Hermanos míos, llevad vuestros trabajos con resignacion que cuanto mas padezcáis en este valle de lágrimas mayor será vuestra recompensa en la vida eterna. Amaos como hermanos y olvidad las injurias.

—Y lo mismo os repito ahora: Amaos como hermanos, perdonad y olvidad las injurias.

—¡No, no! gritaron los bandidos. ¡Que muera Colbiac! ¡que muera!

—Concededme su vida.

—¡No! ¡no! ¡no!

Y se arrojaron furiosos sobre Colbiac que gritaba:

— ¡Socorredme, ermitaño!

Pero este había cubierto ya con su cuerpo al galo diciendo:

— Matadme, pues, á mí también, matadme! Pobres bandidos errantes por los bosques, impelidos por el deseo criminal de la venganza, os compadezco. El dolor y el odio han ahogado en vuestro corazón los sentimientos nobles y yaceis sumidos en el fango del crimen porque aun no os ha iluminado en vuestra desesperación la luz de la verdad divina, pero no matareis á ese hombre porque no sois cobardes verdugos.

— Colbiac ha hecho padecer á sus hermanos. Llegó el día de su castigo.

— ¿Y una venganza cobarde borrará los padecimientos pasados? Bandidos sois y cobardes... si así lo haceis, y razón tienen los hombres pacíficos y honrados en perseguiros como fieras.

Bandidos y esclavos permanecieron silenciosos ante la imponente voz del ermitaño, y no amenazaron más á Colbiac.

— Ermitaño, dijo Ronan conmovido, tienes razón; la venganza nos ciega y no seremos hoy cobardes asesinos. Te concedemos la vida de este hombre, pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Que ha de seguirnos.

— Y yo os acompaño.

— ¡Vivir tú con bandidos! dijo Ronan sorprendido.

— Si. No necesitan médico los que están sanos, sino los enfermos.

— ¡Pobre ermitaño! ¿Piensas acaso que lograrás apartarnos de la senda á donde nos arrastra la fatalidad de nuestro destino?

— He principiado ya.

— Serán vanos tus esfuerzos.

— Veremos... teneis aun otras heridas que deseo curar, y confío en que recobrareis al fin la dignidad de hombres.

— ¿Será cierto, buen ermitaño? preguntó Colbiac. ¿No me abandonaréis? ¿Me protegeréis contra estos malvados?

— Mi deber es conducirlos á mejor senda.

— ¿A mejor senda á estos bandidos?

— El cielo me ayudará.

— Ea, compañeros, dijo Ronan; el alba empieza á asomar. Llevad el botín á los carros de Colbiac, y volvamos á nuestras montañas. Pero ¿donde está el arquero?

- ¡Miradle! dijeron los bandidos saliendo de la capilla.
- ¡Qué veo! exclamó Colbiac. Mi hija... no ha muerto... ¡Gracias, Dios mio!
- Padre mio, dijo Gilda arrojándose á los piés del galo. Si no perecí en las llamas, dad gracias á Eliano que me salvó esponiendo su vida.
- ¡Eliano! gritó el galo enfurecido al ver al matador de su hijo.
- Perdonad, señor... balbuceó el arquero.
- ¡Todo lo comprendo ahora! ¡Hija infame... te maldigo!
- ¡Deten la lengua, Colbiac! dijo el ermitaño. La maldición de un padre es terrible, y algun dia te arrepentirás de haberla pronunciado.
- No... no me arrepentiré jamás. Ese hombre... ese asesino es el amante de mi hija... ese hombre robó mi dicha y mi esperanza...
- Y os vengasteis cruelmente, dijo Eliano.
- ¡Mataste á mi hijo!
- Lo maté en combate leal.
- Seduces á mi Gilda.
- Ella me ama.
- No, es imposible que ame al asesino de su hermano.
- ¡Padre! decia Gilda sollozando y sin alzarse del suelo.
- ¿Y como os vengasteis vos, cómo? dijo Eliano con amargura. Robándome á mis padres que os maldicen desde su sepulcro... reduciéndome á la miseria y á la desesperacion. Y sin embargo, todo lo olvido porque amo á vuestra hija.
- Colbiac, dijo el ermitaño. Perdonadles.
- ¡Nunca!
- No permita Dios, dijo el ermitaño, que cuando imploreis perdon ante el Juez supremo en la otra vida, oigais esa palabra terrible... ¡nunca!
- Gilda cayó en brazos de Eliano vertiendo un mar de lágrimas, y Colbiac se alejó de la capilla sin lanzarle una mirada compasiva.
- El ermitaño alzó las manos al cielo exclamando:
- ¡Dias de llanto han llegado para la pobre humanidad! Dios misericordioso, calmad vuestras justas iras y no nos abandonéis.

Ronan se acercó á Odila que estaba sentada en la grada del altar escuchando con asombro y sin apartar los ojos del gefe de los bandidos.

—Pobre niña sin padre ni madre, le dijo Ronan con bondad, ven con nosotros y no temas. ¿Te da miedo nuestra vida aventurera? Este santo ermitaño te conducirá á la Bretaña que es el único pais donde vencidos y vencedores no se hacen una guerra á muerte. Allí encontrarás la paz en el seno de una familia honrada.

—Te seguiré, Ronan. Al principio te tuve miedo, pero me hablas y me miras con tanta bondad, que ya no temo á tu lado. Soy esclava y huérfana, añadió llorando ¿qué quieres que haga? ¿A donde iré?

—Ven, pues, y enjuga tus lágrimas, Odila.

La aurora iluminaba con sus dorados resplandores la tierra y el cielo, y la naturaleza se despertaba al beso de la luz del nuevo dia como el niño que despierta sonriendo de su tranquilo sueño al beso de su amorosa madre.

Cuatro carros de la quinta tirados por bueyes se alejaban lentamente de las ruinas humeantes y cargados de botin: de vasos de oro y plata, de cortinages y alfombras, de colchones de pluma y sacos de trigo, de odres llenos, jamones, caza, pescados y fiambres mezclados confusamente con pesadas piezas de tela de lino, mantas, capas y vasijas de cobre y de estaño. Los bandidos iban detrás cantando y riendo á carcajadas.

Veíanse en la delantera de uno de los carros, sentadas sobre un opulento almohadon, á Odila y á Gilda. La pobre esclava miraba con asombro y timidez en torno suyo, y por vez primera despues de tanto tiempo respiraba con libertad el aire fresco y puro de la mañana, que le recordaba el de sus montañas, de donde la habian arrebatado para tenerla presa hasta entonces en los gineceos.

Ronan y el Arquero iban al lado del carro. El primero se acercaba á intervalos y decia á Odila:

—No temas, pobre niña.

El Arquero dirigia amorosas miradas á Gilda que instintivamente miraba á su padre, pero ya no humedecian las lágrimas sus hermosos ojos, y su carácter osado y jovial habia triunfado casi del todo del dolor que le causara el enojo de su padre.

La cuadrilla continuó su camino, y al ocultarse el sol llegó á las gargantas de Allange, una de sus guaridas. Habiéndose reunido en el camino un gran número de esclavos, artesanos, labradores y colonos, Ronan mandó que matasen cuatro de los bueyes de los carros para celebrar su hazaña en un gigantesco banquete.

¡Qué tumultuosos y alegres eran los banquetes de los bandidos! Gansos, ciervos y jabalies muertos el día anterior por los proscritos en el bosque de Allange fueron como los cuatro bueyes destinados al horno. ¡Como! ¿un horno dentro del bosque? ¿un horno capaz de contener bueyes, gansos, ciervos y jabalies? Si, la naturaleza abrió para los bandidos varios hornos en las profundas gargantas de Allange, volcan estinguido como otros muchos de la Auvernia. ¿No son verdaderos hornos esas grutas profundas donde puede un hombre estar de pié? Llenad, pues, una de ellas de ramas secas ó con una ó dos encinas, prended fuego á la hoguera, dejad que se consuma y se convierta en ascuas, y no tardarán en caldearse las paredes y la bóveda de lava. Poned entonces en aquella boca de infierno gansos, ciervos, jabalies enteros y cuartos de buey, cerrad despues la boca de la gruta con piedras de lava bajo un monte de ceniza caliente, y aun no habrán trascurrido cinco horas cuando todo estará cocido, humeante, y dispuesto para servirse en la mesa. Pero qué... ¿tienen mesa los bandidos? Si, en verdad, y cubierta de la mas rica alfombra verde. ¿Qué mesa? ¿qué alfombra? El césped del bosque que sirve al mismo tiempo de blando asiento. Forman las colgaduras las gigantescas encinas; son los adornos las armas colgadas de las ramas; el techo es el cielo estrellado; la lámpara la luna en su plenilunio, los perfumes el aroma nocturno de las flores silvestres, y los músicos los ruseñores.

Varios bandidos puestos de acecho en el linde del bosque, cerca de los desfiladeros de Allange, velan para que la banda no sea sorprendida en el caso de que, llegando á noticia de los condes y duques del pais el saqueo y el incendio de la quinta, hayan salido con sus leudos en persecucion de los proscritos.

Dos convidados tomaban poca parte en el banquete: el ermitaño labrador y la esclava Odila que estaba sentada al lado de Ronan. Este comia con un apetito digno de un aventurero, pero el ermitaño meditaba con los ojos alzados al cielo, y Odila estaba pensativa sin apartarlos de Ronan. Circulaban de mano en mano los vasos de oro y plata, los odres se vaciaban á medida que se llenaban los estómagos de los bebedores, y se oian los chistes y las carezadas, pero á veces se suscitaba una disputa entre dos compañeros lo mismo que en los antiguos banquetes galos, y se descolgaban entonces las armas de los árboles para combatir por alarde de valor pero no por odio.

— ¡Recibe este golpe! gritaba uno de los combatientes.

— ¡Toma! respondía el otro.

— ¡Hiere!

— ¡Responde!

— ¡Estoy herido!

Y el vencido caía en brazos de sus compañeros que curaban sus heridas.

El ermitaño labrador escuchaba en silencio la ruidosa algazara de los bandidos, y estaba sentado junto á Odila como si quisiera defenderla con una proteccion fraternal. La pobre niña, con la barba apoyada en una de sus manos y los ojos elevados hácia la luna que brillaba en medio de un cielo sereno, parecia estraña á cuanto pasaba en torno suyo.

Despues que Ronan, al terminar el convite, fué á invitar á los bandidos y á los esclavos fugitivos á que se alejasen á una pradera inmediata á cantar y bailar, se acercó al ermitaño labrador y á la esclava, que continuaba sentada, con la barba apoyada en la mano y los ojos elevados al cielo, y dijo jovialmente:

— ¿No vas á bailar, Odila?

La esclava movió melancólicamente la cabeza sin responder ni dejar de mirar al cielo.

— Odila ¿en qué piensas al mirar asi la luna?

— Me vence el sueño, y estoy pensado en la antigua balada que me cantaba mi madre para que durmiera cuando era niña.

— ¿Qué balada es esa?

— ¡Oh! es muy antigua, muy antigua; decia mi madre que hace mas de seiscientos años que se canta en la Galia.

— ¿Cómo se llama?

— La balada de HENA, *la vírgen de la isla de Sen*.

— ¡La balada de Hena! exclamaron á un tiempo estremeciéndose el ermitaño y Ronan.

Despues permanecieron en silencio en tanto que Odila, admirada de la emoción que se pintaba en sus rostros, les miraba diciendo:

— ¿Tambien sabeis el canto de Hena?

— Cántalo, hija mia, dijo el ermitaño con voz conmovida.

— Canta esa balada, Odila, dijo Ronan con un acento tan dulce que asombró á la esclava.

El osado y jovial bandido estaba pensativo y grave.

— Cántanos, hija mia, esa balada, repitió el ermitaño, pero

alejemonos de aqui porque el tumulto de la orgia no nos dejaria oir tu voz.

— Tiene razon el ermitaño... Ven con nosotros, Odila, á sentarte al pié de aquella encina gigantesca cuyo tronco rodea una blanda alfombra de césped. Allí podrás dormir abrigada con una capa.

Desde el pié de la encina donde la esclava se sentó entre Ronan y el ermitaño, solo se oia el lejano rumor de la loca embriaguez de los bandidos. La luna iba á ocultarse y enviaba sus plateados rayos por debajo del sombrío verdor de los árboles iluminando casi como en medio del dia al ermitaño, al bandido y á la esclava, que empezó á cantar con voz pura é infantil las primeras palabras de la balada.

Era jóven, hermosa y santa.

Dió su sangre á Heso para libertar á la Galia.

Se llamaba Hena... Hena la vírgen de la isla Sen.

El ermitaño y Ronan inclinaron la cabeza, y sin que el uno viese las lágrimas que el otro derramaba, ambos lloraron.

Odila cantó la segunda estrofa, pero rendida por el cansancio y el sueño, y cediendo al compás melancólico de aquella balada que tantas veces la habia mecido en su infancia y adormecido sobre el regazo de su madre, no cantaba ya mas que con voz débil, en tanto que los bandidos entonaban á lo lejos á coro y con robustas voces otra antigua balada de la Galia...

El ermitaño y Ronan se estremecieron otra vez cuando llegaron á sus oidos estas palabras mientras oian el canto de Odila:

*¡Corre, corre, sangre del cautivo! ¡Cae, cae, rocío sangriento!
¡Germina, crece, mies vengadora!*

Ronan y el ermitaño quedaron asombrados ante el extraño contraste que formaba el canto de guerra y sangre á lo lejos con la voz angelical de la esclava que cerca de ellos cantaba á Hena, una de las glorias mas apacibles de la Galia armórica.

Pero Odila sucumbió por fin al sueño, y murmuró palabras ininteligibles; su cabeza se inclinó sobre el pecho, y se durmió recostada en el tronco del árbol y sentada sobre el césped.

— ¡Pobre niña! dijo Ronan cubriéndola cuidadosamente con su capa; está rendida de sueño y de cansancio.

— Ronan, dijo el ermitaño lanzando á su compañero una mirada penetrante, el canto de Hena te ha hecho llorar.

— Es verdad.

— Quien llora , hijo mio , puede abrigar la esperanza de convertirse. Las lágrimas son un rocío fecundo para los corazones empedernidos. ¿ Porqué te ha conmovido ?

— Ha despertado en mi alma un recuerdo de familia... si es que un bandido , una fiera , un proscrito tiene familia.

— ¿ Qué recuerdo es ese ?

— Esa Hena de quien habla la balada era una de mis antepasadas.

— ¿ Como lo sabes ?

— En otro tiempo me lo dijo mi padre que me contaba en mi infancia historias de los siglos pasados.

— ¿ Donde está ahora tu padre ?

— Lo ignoro. Era bandido y aun lo será tal vez si no ha muerto como moriremos todos... en el combate ó en el patíbulo. Lo sabré cuando nos volvamos á ver en la otra vida.

— ¿ En donde ?

— En los mundos desconocidos.

— Es decir que conservas la religion de la antigua Galia.

— Ella nos consuela con otra vida mejor.

— Para los buenos , pero no para los malos. ¡ Oh ! yo lograré que creas en esa vida futura como nos la enseñó Jesucristo. Pero dime : ¿ hace mucho tiempo que estás separado de tu padre ?

— No me hables de eso... me entristeces , y mi jenio es jovial y ama la alegría. Sin embargo , tu eres triste , y me atrae hácia tí una tierna simpatia.

— Vivimos en una época en que para estar alegre es preciso tener el alma muy fuerte ó muy débil...

— ¿ Me crees débil ?

— Te creo fuerte y débil á un mismo tiempo. Pero tu padre...

— ¿ Te interesa el saber de él ?

— Mucho.

— Pues bien , mi padre era bandido en su juventud , y mas adelante , cuando los francos nos llamaron proscritos , se hizo proscrito.

— ¿ Y tu madre ?

— En nuestra vida aventurera pocos conocen á su madre , y por eso jamás conocí á la mia... Mis recuerdos mas lejanos alcanzan á cuando tenia ocho años. Acompañaba á mi padre en sus correrias , ya en Provenza , ya en Auvernia , y cuando estaba cansado , los ban-

didos mas robustos me llevaban sobre sus hombros. Asi crecí en edad en medio del peligro y de las privaciones. Con frecuencia teniamos dias de descanso forzoso. Los condes francos, exasperados contra nosotros, se reunian á las veces con sus leudos para darnos caza, y avisados por los habitantes del campo, que nos amaban ó tal vez nos temian, nos retirábamos á nuestras inaccesibles guaridas mientras los francos daban la batida sin encontrar la sombra de un proscrito. Durante estos dias de tregua en medio del desierto ó en el centro de una cueva, mi padre me contaba historias de los siglos pasados, y de este modo supe que nuestra familia era oriunda de Bretaña donde vivia, y vive aun quizás, libre y pacífica, porque nunca lograron los francos penetrar en aquella provincia.

— Pero ¿porqué abandonó su casa para lanzarse á una vida criminal y cercada de tantos peligros?

— Mi padre tenia diez y siete años y era de carácter resuelto y exaltado... Su familia dió un dia hospitalidad á un buhonero que habia recorrido toda la Galia, y contó las desgracias del pais y habló de la vida aventurera de los bandidos. La vida del campo no saciaba la ambicion turbulenta de mi padre, y además tenia el corazon muy ardiente y habia mamado en la cuna el odio á los francos. La descripcion de las hazañas de los bandidos exaltó á mi padre, el cual vió una ocasion escelente de guerrear contra los francos uniéndose á los bandidos, y abandonando el techo paterno, corrió en busca del buhonero que le esperaba. Los dos marcharon á Anjou donde se hallaban los bandidos mas famosos de la Galia. Mi padre era jóven y robusto y fué recibido con regocijo. De provincia en provincia llegó hasta la Auvernia de donde no volvió á salir porque el pais era propicio para hacer la guerra. La Auvernia es el verdadero pais de los proscritos con sus bosques, sus montes, sus peñascos, sus cavernas, sus torrentes y sus volcanes.

— ¿Y como te separaste de tu padre?

— Hace tres años algunos *antrustiones* ó leudos del rey recaudaban en Auvernia las rentas del dominio real, y aunque eran numerosos y estaban bien armados, solo viajaban de dia. Esperábamos que hubiesen terminado la recaudacion para atacarlos. Una noche se detuvieron en Sifour, pequeña ciudad abierta, y la ocasion tentó á mi padre. Marchamos, pues, creyendo sorprender á los francos, pero estaban alerta, y tras un combate encarnizado, fuimos derrotados y perseguidos. Me separé de mi padre en medio de aquel ataque noc-

turno, y desde entonces no he sabido, á pesar de los esfuerzos que he hecho, si murió ó cayó prisionero. Mis compañeros me eligieron por gefe, y continuo viviendo entre bandidos porque así lo quiere mi destino. Ya sabes mi historia y ya me conoces.

— Mas de lo que te figuras. Tu padre se llamaba Karadoc.

— ¿Cómo lo sabes?

— Tu abuelo se llamaba Jocelin, y si vive aun en Bretaña con sus hijos Kervan y Roselik, habita en la casa de sus antepasados cerca de las piedras sagradas de Karnak...

— ¿Quién te ha dicho...?

— Uno de tus antepasados se llamaba Joel y era *brenn* de la tribu de Karnak... Hena, la heroína de la balada, era hija de Joel, cuya familia se remonta hasta el *brenn* galo que hace cerca de ochocientos años hizo pagar rescate á Roma.

— ¿Quién eres tú que tan á fondo conoces mi familia?

— Tambien podria hablarte de Sylvest que se libró en Orange de las fieras del circo, de Scanvoch que peleó en las orillas del Rbin en la gran batalla de Maguncia al lado de Victorino, hijo de la gran Victoria, la madre de los campamentos...

— Solo mi padre pudo contarte esos acontecimientos. ¿Has conocido á mi padre?

— Si.

— ¿En donde?

— ¿No advertias que tu padre se ausentaba á veces durante algunos dias?

— Si, y jamás supe el objeto de sus ausencias.

— Tu padre iba á ver cerca de Tulla una pobre esclava de los dominios del obispo de aquella ciudad. Hace treinta años que tu padre, que era entonces gefe de bandidos, cayó herido en medio del camino; la esclava le encontró casi moribundo, se compadeció de él y le ayudó á arrastrarse hasta la cabaña donde vivia con su madre. Karadoc tenia entonces veinte años y la esclava era casi de la misma edad que esa desventurada que duerme á nuestro lado. Los dos se amaron. Apenas convalecia tu padre de sus heridas, cuando le sorprendió un dia en la cabaña el mayordomo del obispo y quiso conducirle como esclavo á Tulla. Tu padre se resistió, venció al agente, y corrió á reunirse con los bandidos.

— ¿Y la esclava?

— Llegó á ser madre y dió á luz un hijo...

— ¡ Ah ! ¿ tengo un hermano ?

— Si.

— ¿ Le conoces ? ¿ donde está ?

— El hijo de un esclavo nace esclavo y pertenece al amo de su madre. Cuando aquel niño , á quien tu padre puso el nombre de *Loysik* en memoria de su estirpe bretona , llegó á la edad de cinco años , el obispo de Tulla se prendó de su precoz despejo y le envió al colegio episcopal donde fué educado con otros esclavos jóvenes destinados al sacerdocio. Cuando los bandidos pasaban por las cercanías de Tulla , *Karadoc* iba por la noche á ver á la madre de su hijo , y avisado este por la pobre esclava , buscaba algun pretexto para ir á la cabaña. El padre y el hijo hablaban allí largas horas sobre los acontecimientos de los siglos pasados , pero aunque odiaba á los francos , no quería que *Loysik* trocarse la paz del colegio y la virtud del sacerdocio por la vida aventurera que en los devaneos de su juventud habia emprendido. Asi transcurrieron los años... Tu hermano hubiera podido hacer carrera en el sacerdocio , pero su carácter tímido y escrupuloso le impidió recibir las órdenes sagradas , y partiendo de la casa episcopal , fué á reunirse en las fronteras de la Provenza con varios ermitaños labradores. Le estimulaba á tomar esta resolucion la amistad que le unia con uno de ellos á quien habia conocido en Tulla.

— ¿ No han fundado esos ermitaños una especie de colonia ?

— Varios de ellos se reunieron en un óculto desierto para cultivar las tierras devastadas y abandonadas desde la conquista. Vivian en el celibato pero no hacian voto alguno , y permanecian laicos sin ningun caracter sacerdotal. En la época á que me refiero , la vida de aquellos ermitaños labradores era pacífica y laboriosa , se amaban como hermanos , cultivaban las tierras en comun , y las defendian con valor si algunas turbas francas se atrevian á arrebatarles el producto de sus sudores.

— ¡ Bravos ermitaños , labradores á la par que soldados , que tan heroicamente se defendian ! ¿ Estaban tambien armados ?

— Tenian armas... armas poderosas.

— ¿ Qué quieres decir ?

— Mira , dijo el ermitaño sacando de debajo de su túnica un largo puñal con mango de acero , mira esta arma , pero te advierto que no constituye su fuerza la hoja.

— ¿ Pues que es lo que constituye su fuerza ? preguntó *Ronan* exa-

minando el puñal. El arma parece sin embargo bien templada.

— No tiene valor por su hoja sino por las palabras que hay grabadas en el mango.

— Leo en un lado, dijo Ronan, la palabra GHILDE y en el otro las dos palabras galas AMISTAD—COMUNIDAD. ¿Es la divisa de los ermitaños labradores?

— Tal vez...

— ¿Qué significa la palabra GHILDE?

— Es una palabra sajona.

— ¡ Ah ! es una palabra de la lengua de esos piratas que vienen de los mares del norte, siguen las costas y penetran con frecuencia por el Loira para saquear sus riberas. ¡ Terribles bandidos son pero tambien marineros intrépidos ! Parece increíble como vienen desde los mares lejanos en barcos tan ligeros. Cuentan que varias veces han llegado por el Loira hasta Tours.

— Si, porque la Galia se halla invadida por mar y tierra por los bárbaros.

— ¿ Y la palabra GUILDE grabada en el acero constituye la fuerza de esta arma ?

— Si... esta palabra puede hacer prodigios.

— Explícate...

— Uno de los solitarios vivia en la ribera del Loira antes de reunirse con nosotros. En una de las invasiones de los piratas fué arrebatado siendo niño y conducido á los remotos países del Norte. Mientras permaneció entre los bárbaros advirtió que varias tribus eran temidas por sus asociaciones en las que cada cual era solidario de todos y todos de cada uno por la fraternidad, la asistencia, los bienes, las armas y la vida si era preciso. Estas asociaciones, que parecen hijas de la fraternidad cristiana, se practicaban en aquellas comarcas muchos siglos antes de Jesucristo y se llamaban GUILDE (1). Mas adelante cuando el cautivo de los piratas pudo regresar á su patria y se reunió con nosotros...

— ¿ Porque te interrumpes ?

— No puedo decir mas... un juramento me lo impide.

— Respetaré tu secreto, pero te aseguro que me inspiras la misma confianza que te inspiro, aunque somos extraños... ¿ Extraños ? No... ¿ no sabes como yo la historia de mi familia ? Pero me has dicho

(1) Veas. varios textos de *Childes sajonas* en los documentos justificativos de la *Historia de Francia en la época merovingia* por Agustín Thierry, t. I, p. 1.

que mi hermano era uno de esos ermitaños labradores, y debes conocerle intimamente, porque solo él ha podido hablarte con tanta exactitud de los descendientes de Joel. ¿Callas? ¿Porqué me miras así? Tu silencio me turba y me conmueve á pesar mio... ¿Porqué vierten lágrimas tus ojos?

— Ronan... tu hermano nació hace treinta años... y esa es mi edad...

— ¿Qué dices?

— Tu hermano se llama *Loysik*... y ese es mi nombre.

— ¡Loysik! ¿Y ese hermano...?

— Soy yo...

— ¡Hermano mio!

El ermitaño y el proscrito permanecieron largo rato abrazados.

Después de su primer desahogo de cariño, Ronan preguntó á Loysik:

— ¿Y mi padre?

— Ignoro como tú su suerte... No desesperemos... Le volveremos á ver... ¿No te he encontrado?

— ¿Me conociste en la quinta?

— No te conocí hasta que te enterneceste al oír el canto de Hena. No dudé entonces que pertenecíamos á la misma familia, y el relato de tu vida me ha demostrado que éramos hermanos.

— ¿Y no me aborreces al verme gefe de proscritos?

— ¡Aborrecerte! No, porque confío que abandonarás la vida criminal que llevas desde niño y me seguirás á donde te guíe.

— Si soy bandido es por vengar á mi patria de sus opresores.

— ¡Vengarla! ¿Y acaso, hermano mio, no es la Galia que devastas con tanto encarnizamiento como sus conquistadores nuestra patria querida, nuestra madre? ¿Debemos sus hijos unirnos á los bárbaros para abrumarla de males y de miserias?

— ¿Preferes doblegar el cuello al yugo infame?

— Quiero vencer á los conquistadores quitando su barbarie con la santa doctrina del Evangelio; quiero...

Una terrible gritería interrumpió á Loysik.

Los bandidos corrían á las armas tumultuosamente y gritando:

— ¡Alerta! Nos han sorprendido... ¡Alerta! ¡Ya llegan los leudos del conde Neroweg!

— ¡El mismo conde los guía!

— ¡Los leudos del conde Neroweg! Los centinelas los han visto en la entrada del bosque.

Odila se despertó con el tumulto, y al oír las palabras de los bandidos, exclamó con terror, abrazándose con Ronan:

— ¡El conde Neroweg! ¡Sálvame!

— No temas, pobre niña! El es quien ha de temer.

Y Ronan añadió dirigiéndose á Loysik:

— Hermano mio, el destino nos envia un descendiente de la familia de Neroweg que combatió con Scanvoch, nuestro antepasado, hace dos siglos en las orillas del Rhin... Quiero matar á ese bárbaro, y asi su descendencia no será funesta á la nuestra.

— Mátame tambien, murmuró Odila arrodillándose á los piés del proscrito y cruzando las manos, prefiero la muerte á caer en poder de ese hombre.

Enternecido Ronan con la desesperacion de la esclava y no pudiendo prever el resultado del combate, permaneció un momento pensativo, pero viendo despues sobre su cabeza una gruesa rama de encina, se lanzó á ella de un salto, la cogió por un extremo, y volviendo á caer en el suelo la sostuvo doblada con sus robustas manos.

— Loysik, dijo al ermitaño, sienta á Odila sobre esta rama que, al volverse á alzar, la ayudará á albergarse en lo mas espeso del ramaje donde podrá esperar hasta el fin del combate. Voy á reunir los proscritos... ¡Animo, Odila! No temas: volveré.

Y corrió hácia sus compañeros mientras la esclava, colocada en la rama por Loysik, desaparecia en medio de las hojas tendiendo los brazos hácia Ronan.

VII. — El combate.

El alba naciente inundaba de luz nacarada el bosque, los altos peñascos, la espuma de los torrentes y las nubes. Los proscritos se alejaron entre las malezas por una senda intransitable para los caballos de los francos, y mucho mas corto que el que estos habian de seguir para llegar á la pradera donde estaba el botin. La mayor parte de los bandidos, cansados de beber, de cantar y bailar, se habian dormido sobre la yerba pocos momentos antes de amanecer, pero se despertaron y corrieron á las armas. Los esclavos, las mujeres y los colonos que habian seguido á los bandidos, al saber la llegada de los francos, unos empezaron á temblar y otros huyeron á lo mas espeso del bosque, en tanto que un gran número, haciendo un esfuerzo de valor, se armaban apresuradamente, á falta de otra arma

mejor, de gruesos palos nudosos cortados de los árboles.

Los bandidos contaban unos doce excelentes arqueros, y los demás estaban armados de hachas, de mazas de armas, de lanzas y de espadas. Reuniéronse en torno de Ronan para decidir si podrian combatir á los leudos ó huir. La mayor parte condenó el parecer de la fuga y optó por el combate.

El Arquero habia concebido la misma idea que Ronan, y Gilda le tendia los brazos llorando desde la copa de una encina.

Llegaron entonces otros bandidos que habian salido al desfiladero de descubierta y habian podido contar el número de los enemigos ocultándose en los matorrales. Los leudos del conde eran veinte bien armados, pero les acompañaban mas de cien hombres á pié con lanzas y palos: unos eran francos, y los otros pertenecian á la ciudad de Clermont que, requerida en nombre del rey por el conde Neroweg, habia enviado aquel refuerzo para perseguir á los bandidos. La cuadrilla de Ronan, incluso los esclavos que se habian decidido á combatir, apenas contaria ochenta hombres.

Vamos á ver muy pronto lo que se decidió en el consejo de guerra presidido por Ronan.

Los bandidos desaparecieron.

Habia trascurrido media hora desde que los centinelas anunciáran la llegada del conde y de sus leudos; en medio del prado donde habian celebrado su banquete los proscritos solo quedaban los odres vacios, y vasos de oro y plata esparcidos sobre la yerba pisoteada; veíanse cerca de aquel sitio los carros de la quinta, y á cierta distancia los huesos de los bueyes cerca de una hoguera casi apagada.

Profundo es el silencio del bosque... De pronto aparece entre los matorrales un esclavo de la ciudad, uno de los guias de los leudos; se adelanta con paso incierto y desconfiado, prestando atento oido y mirando en torno suyo como si temiera alguna emboscada, pero al ver los restos del festin, hace un movimiento de sorpresa y se vuelve vivamente. Iba á llamar sin duda á la tropa que precedia de lejos, mas al ver los vasos de plata y oro esparcidos sobre la yerba, reflexiona, se para, le tienta la codicia, se apodera de un vaso de oro que oculta entre sus harapos, y despues llama á los leudos gritando:

— ¡ Por aqui! ¡ por aqui!

Se oye primeramente á lo lejos, y aproximándose por momentos, un grande estruendo en el bosque; crujen las ramas secas bajo el

casco de los caballos; varias voces se llaman y se responden, y sale por fin de entre los árboles el conde Neroweg á caballo y al frente de sus leudos.

Al oír los gritos del esclavo, Neroweg creyó que habia sorprendido á los bandidos, pero solo vió al esclavo que se le acercó diciendo:

— Señor conde, los bandidos que saquearon la quinta de nuestro amo han huido por el bosque.

Neroweg levantó su larga espada y la descargó de plano sobre la espalda del esclavo gritando:

— Perro, me has engañado; estabas de acuerdo con los bandidos.

El esclavo cayó en la yerba aturdido del golpe pero sin soltar el vaso de oro que llevaba oculto.

Cuando Neroweg vió el rico botín, brillaron sus ojos de codicia, y dijo á uno de sus leudos:

— Carlos, recoge esos tesoros. Son míos, me pertenecen.

El leudo desmontó para apoderarse de los vasos de oro y plata, pero una voz robusta que parecia bajada del cielo, gritó:

— ¡Detente, usurpador!

El conde Neroweg palideció de espanto, y al mirar en torno suyo sin ver al que le dirigía aquellas palabras, se apoderó de él un terror supersticioso.

Crugieron entonces las ramas de una encina corpulenta, y el rico galo Colbiac, el poderoso señor de la ciudad de Clermont cayó como una masa inerte á los pies del conde.

— ¡Colbiac! exclamó el conde con asombro.

— ¡Huid, amigos míos! Los bandidos os acechan desde los árboles.

Y uniendo el ejemplo á las palabras, se alejó dejando absortos á los leudos y se albergó detras de los villanos que habian salido de Clermont.

Apenas habia acabado de hablar el señor de Colbiac cuando una nube de flechas, disparadas desde la copa de los árboles por los proscritos, acribilló á los guerreros de Neroweg; el señor de Clermont se albergó debajo de un carro al oír el silvido de las flechas que cruzaban por todas partes.

Al verse descubiertos, los proscritos no vacilaron en combatir, y dispararon con tan buena punteria que cada flecha encontró su aljaba en la profunda herida que hizo á su enemigo.

—Neroweg, dijo desde la copa de un árbol el osado Ronan, el mejor arquero de la cuadrilla, un descendiente de Scanvoch te envía esa ofrenda á tí, descendiente del *Aguila terrible*.

Pero á pesar de la destreza de Ronan, su flecha se embotó en el casco de hierro del conde.

Los proscritos que habian permanecido ocultos hasta entonces en los matorrales salieron con espantosa griteria y acometieron con intrepidez á los guerreros de Neroweg.

Trabose una terrible pelea.

¿Quién venció en el combate? ¿los bandidos ó los francos?

Casi todos los bandidos fueron esterminados tras una lucha encarnizada; algunos se salvaron de la muerte, y los que heridos no pudieron huir, cayeron en poder de Neroweg.

Ronan fué uno de los prisioneros.

¿Y Loysik? ¿y Odila? ¿y Gilda?

Prisioneros tambien. Colbiac no quiso reclamar á su hija. Aunque el conde le ofreció la libertad, Gilda dijo con ademan resuelto que no abandonaria á sus compañeros de desgracia. Habia visto huir con vida á su Eliano, y abrigaba la esperanza de que la salvaria del poder del conde, asi como la habia arrancado de la dura esclavitud de la quinta de Clermont.

Gilda tenia un corazon varonil, y el amor, que la arrastraba á preferir la pobreza y la vida aventurera de los bandidos á la opulencia de su casa, le inspiraba además valor y alegría.

VIII — El castillo del conde Neroweg.

El castillo del conde Neroweg ocupaba el centro de un antiguo campo romano fortificado que se alzaba sobre la planicie de una colina desde donde se dominaba un bosque inmenso; entre este bosque y el castillo se estendian vastas praderas regadas por un rio de corriente sosegada y profunda, y se veian sobre los árboles sombríos los altos montes volcánicos de la Auvernia.

La morada señorial, destinada al conde y á sus leudos, estaba construida al estilo germánico: en vez de paredes, maderos unidos entre si, descansaban sobre anchos cimientos de piedra, y á intervalos se alzaban pilastras cuadradas de mamposteria hasta el tejado, compuesto de tablas de encina de un pié cuadrado de anchura, sobrepuestas y apoyadas sobre robustas vigas. Este edificio, que for-

maba un cuadrilongo adornado de un ancho pórtico de madera, se apoyaba por cada lado en otras construcciones iguales, cubiertas de bálago y destinadas á las cocinas, á graneros, á los talleres de los esclavos tejedores de lana, sastres, zapateros, carpinteros, etc., y se hallaban allí tambien las caballerizas, los gallineros, las perchas de los falcones, los establos y los inmensos pajares llenos de heno para los caballos y los animales de labor.

En el edificio señorial estaba el *gineceo* (habitacion de las mujeres) reservado para Godisela, quinta esposa del conde, que pasaba allí tristemente sus dias, saliendo raras veces y trabajando en medio de las esclavas de la casa, que se ocupaban en diversas labores.

Un foso de circumvalacion, antiguo vestigio del campamento romano de la época de la conquista de César, rodeaba aquel conjunto de edificios, asi como el jardin y un vasto hipódromo cercado de árboles, destinado á los ejercicios militares de los leudos y de los peones, libres tambien y de raza franca. Los parapetos se habian derruido en parte bajo la mano destructora de los siglos, pero ofrecian aun una respetable línea de defensa. Solo se habia conservado una de las cuatro entradas de aquel recinto fortificado, abiertas segun costumbre romana al norte, al mediodia, á oriente y á poniente; era la del mediodia, donde habia un puente levadizo construido de vigas y que servia durante el dia para el paso de los carros y los caballos; pero el conde, que era desconfiado y receloso, mandaba alzar el puente por la noche, y el castillo quedaba completamente defendido por un foso profundo lleno de agua estancada y verdosa. No lejos del hipódromo y á bastante distancia de los edificios, pero dentro del recinto fortificado, se veia el *ergástalo*, especie de subterráneo construido de ladrillo y destinado para encerrar los esclavos. Hacia un mes que estaban presos en el ergástalo Ronan, Loysik, Odila y varios bandidos.

La posicion del castillo del conde era excelente bajo el punto de vista estratégico, y las fortificaciones romanas lo hacian inexpugnable. Si el señor feudal deseaba solazarse con la caza mayor, el bosque estaba tan inmediato al castillo, que en las primeras noches de otoño se oian á lo lejos los bramidos de los ciervos y los gamos; si deseaba dedicarse á la cetrería, las llanuras que rodeaban su morada ofrecian á los falcones bandadas de perdices, y á corta distancia, inmensos estanques servian de guarida á sabrosos pescados.

Los esclavos del conde no pertenecian exclusivamente á la clase

de los labradores y artesanos, hombres rústicos, acostumbrados desde la infancia á los mas rudos trabajos; tambien se veian entre ellos propietarios, acostumbrados á las comodidades y al lujo, que habian sido despojados de sus bienes en la época de la conquista, y hasta comerciantes, poetas ó retóricos que perdieron su libertad en los montes ó en los caminos públicos al huir de las ciudades para libertarse de los francos.

Entremos en el castillo del conde.

Doce troncos de encina forman las columnas del pórtico que conduce á la sala del *Mahl*, que es el nombre que dan los francos al tribunal donde ejercen su justicia, sala inmensa donde se ven sobre un tablado la silla del conde y el banco de los leudos (1), donde celebra su *mahl*, donde se juzgan los delitos perpetrados en su dominio y donde se ostentan los instrumentos de tortura.

¿Qué puerta es esa, recia como la palma de la mano y forrada de planchas de hierro sujetas con enormes clavos? Es la del tesoro del conde, y él solo tiene la llave. Allí están, en grandes arcas cubiertas de planchas de hierro, las monedas de oro y plata, las pedrerías, los brazaletes, los collares, la espada con empuñadura de oro, la brida con freno de plata y la silla adornada de planchas y estrivos del mismo metal.

¡Que algazara se oye en el aposento inmediato, separado de la sala del tribunal por grandes cortinages de piel curtida! ¡qué ruidosas carcajadas!

Entremos en la sala del banquete.

Diez esclavos, colocados en dos filas á ambos lados de una mesa, permanecen inmóviles como estatuas sosteniendo gruesas hachas de cera encendidas que apenas bastan para alumbrar el inmenso recinto.

Entre dos hileras de columnas de encina que sostienen el techo se estiende la mesa del conde y de los leudos sus pares, y á derecha é izquierda, dos mesas mas, destinada la una para los guerreros de una categoría inferior, y la otra para los principales servidores del conde, su mayordomo, su escudero, su copero y demás empleados porque los señores francos tienen tambien una parodia de corte. En los cuatro ángulos de la sala, cubiertos, segun la costumbre germá-

(1) Guizot, *De las Instituciones políticas de Francia*, p. 179; Hulmann, *Historia de origen de las órdenes*, p. 10-18.

nica, de hojas verdes en el verano y de paja en el invierno, se ven cuatro grandes cubas, dos de hidromiel, una de cerveza y otra de vino de Auvernia. A lo largo de las paredes están colgados los trofeos de caza del conde y las armas: cabezas de ciervo y de gamo con sus cuernos y cabezas de osos, lobos y jabalíes con sus dientes y colmillos, lanzas, cuchillos, trompas de caza, redes de pescar, espadas, flechas y escudos pintados de vivos colores.

La mesa está cubierta de manjares, y los leudos vacian las copas con frecuencia, no dejando un momento de descanso á los escanciadores que van y vienen de la mesa á las cubas. ¿Creeis que las copas de aquellos bárbaros son de plata ú oro? No; son astas de toro silvestre, segun costumbre germánica, y la que sirve para el conde debió servir de adorno al testuz de algun búfalo monstruoso, y es negra y está adornada con círculos de oro y plata.

—¿Qué piensas hacer, conde, preguntaba uno de los leudos, de esos bandidos que hemos conducido al castillo después del combate de los desfiladeros de Allange?

—Serán juzgados en Clermont pues los reclama el poderoso señor Colbiac por haber sido presos en su jurisdiccion. Tal vez lo hace para evitar á su hija la deshonra del suplicio, ó para saciar su ira y sus deseos de venganza.

—¿Y accedes á su reclamacion?

—Si.

—No te fies de ese galo.

—¿Temes que dé libertad á los bandidos?

—Colbiac te odia, y es un traidor.

—No le odio yo menos, pero es poderoso y privado de Clotario, nuestro rey.

—Desconfia de esos galos que se unen á los francos para usurparles los despojos de su conquista.

—Colbiac es el defensor mas leal de los francos.

—¿Colbiac?

—Si; porque su vida y su riqueza dependen de la fortuna de nuestras armas.

Terminado el banquete, el conde se retiró al aposento de su esposa Godisela á quien en vez de amor inspiraba miedo, porque la esposa del gefe franco recordaba de dia y de noche la muerte de Octavia, y temia ser víctima de los celos ó de la codicia de Neroweg.

IX. — El rey Chram.

— ¡ Conde Neroweg, despertaos ! Pero ¿ porqué estais despierto cuando la aurora empieza á dorar la selva y los altos montes ? ¿ porqué permanecéis arrodillado al pié de ese crucifijo, orando y mirando en torno vuestro con terror ? ¿ El remordimiento ha ahuyentado el sueño de vuestros ojos, y creéis ver á cada instante la sombra de vuestra esposa... la sombra de Octavia que clama venganza desde su sepulcro ? ¡ Levantaos !

El rey Chram, uno de los cinco hijos de Clotario, el que gobierna la Auvernia en nombre de su padre, se dirige á vuestro castillo con sus tres favoritos y un crecido número de antrusiones. ¡ Levantaos, conde ! Ya se acerca á los fosos el rey Chram. ¡ Qué brillante y numerosa cabalgata ! Mirad al frente de esos guerreros á *Imnacario*, á *Spatacario* y al *Leon de Poitiers*, los tres privados que conducen á su señor á la senda del mal y acarrearán su perdicion (1).

Mandad á vuestros leudos que monten en sus briosos corceles, y salid á rendir homenaje al hijo de vuestro monarca.

— ¡ Maldita sea la llegada de Chram ! decia el codicioso Neroweg. Por pocos dias que él y su séquito permanezcan en mi castillo, agotarán mis provisiones y tal vez insultarán á mis leudos para suscitar una contienda y apoderarse de mis tesoros. Los cortesanos odian á á los condes montañeses y se burlan de nuestros castillos, humildes viviendas si se comparan con los palacios de las ciudades.

Asi decia el conde Neroweg al partir del castillo con sus leudos para recibir al rey Chram cuya cabalgata se hallaba ya á dos tiros de flecha del foso.

El rey Chram, aunque jóven, no podia ostentar el distintivo de la estirpe régia de los francos, la cabellera, porque era calvo, y unicamente la nuca y las sienes estaban adornadas con trenzas tan cla-

(1) Vivía en la corte de Chram un galó llamado *Leon de Poitiers* que le agujoneaba para cometer toda clase de escesos, y que, mereciendo su nombre, desplegaba la crueldad de un *leon* para saciar todos sus deseos. Se asegura que un dia se atrevió á decir mal hasta de los santos y que salian de su boca horribles blasfemias, etc.» (Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, lib. IV, cap. XVI).

Imnacario y *Spatacario* eran los privados íntimos del rey Chram. Un dia les dijo: Id y arrancad por fuerza de la iglesia á Fermin y á Cesaria, su madrastra. Chram residia en Clermont, reuniendo personas de la mas baja ralea, y en el ardor de su juventud, los adoptaba por amigos y consejeros, y les permitia todo género de violencias. El obispo Cautin salió de ciudad vivamente afligido y temiendo alguna desgracia en el camino porque el rey Chram le amenazaba tambien, etc. (Idem, lib. IV, cap. XVI).

ras como largas porque le llegaban hasta la cintura. Su larga dalmática de color de púrpura, abierta por cada lado desde las rodillas, ocultaba en parte la grupa de su caballo negro; cintas de cuero dorado, que principiaban en el calzado, se cruzaban en sus estrechos calzones y subían hasta las rodillas; apoyaba sus piés armados de espuelas en estrivos dorados; su larga espada con empuñadura de oro y vaina de tela blanca, (1) pendía del cinto lujosamente bordado, y llevaba en la mano un baston de madera preciosa con puño de oro cincelado y en el cual se apoyaba al andar, porque los escesos le habían envejecido.

Iba á su lado el señor Colbiac, el privado del rey de los francos, y miraba de vez en cuando á Chram con aire temeroso y ceñudo, pues si odiaba á Chram, este le odiaba tambien porque gozaba de la privanza de su padre y era un obstáculo para entregarse á sus escesos en su gobierno de Auvernia. A la derecha del príncipe se veía al Leon de Poitiers, á aquel malvado empedernido que, con Imnacario y Spatacario, que seguían detrás, formaba la comitiva de favoritos que causaron la perdición de Chram y de toda su familia.

Aquellos tres señores de rostro insolente y burlon llevaban, segun la moda franca, ricas túnicas con mangas cortas encima de sus justillos, calzado estrecho y botines de cuero preparado, con el pelo por la parte exterior. Detrás del rey y de sus amigos iban su senescal, el conde de sus escuderos, su mayordomo, su copero y otros dignatarios, pues aunque solo era gobernador de la Auvernia en nombre de su padre Clotario, tenía una completa servidumbre real. Seguía por fin á estos personajes su mesnada, formada de sus leudos y antrusiones armados de guerra, con sus cascos adornados de penachos, sus corazas y sus armas brillantes que reflejaban los rayos del sol, sus caballos espumosos que se encabritaban haciendo alarde de sus ricos arneses, las banderolas de sus lanzas que ondeaban al soplo del viento, y con sus escudos dorados y pintados que se balanceaban pendientes del arzon de las sillas.

Pero si la comitiva real era esplendente y lujosa, la tropa de los leudos del conde era por el contrario miserable, grotesca y pobremente armada, porque si la mayor parte de sus hombres de guerra llevaban armaduras incompletas y enmohecidas, otros iban vestidos con túnicas de pieles, algunos, que poseían una coraza, llevaban la

(1) *Vida privada de los francos*, por E. de la Bedolliere.

cabeza cubierta con un gorro de lana, y no solo las espadas, no menos enmohecidas que las corazas, eran en su mayor parte viudas de su vaina, sino que las astas de las lanzas guardaban la corteza y los nudos como cuando salieron del bosque, y los caballos eran por su apariencia dignos de sus ginetes. Como aun no habia llegado la estacion de la labranza, un gran número de los compañeros de Neroweg, á falta de caballos de guerra, montaban los de tiro ó de labor llevando cuerdas por riendas. Era por consiguiente interesante el contraste que formaban las dos comitivas y el ver las miradas envidiosas y hoscas que los leudos del conde lanzaban á la brillante cabalgata de Chram, y las miradas insolentes y burlonas que la orgullosa mesnada real dirigia á la haraposa tropa del conde. Detrás de las gentes de guerra del príncipe iban los pages, los servidores y los esclavos á pié, conduciendo carros tirados por bueyes ó caballos y cargados con esceso: caballos y carros que los habitantes del pais habian proporcionado gratuitamente al rey y á su mesnada (1).

El conde Neroweg se adelantó á caballo hácia su régio huésped, que parando el caballo, dijo al conde:

— Conde, al pasar por Clermont para dirigirme á Poitiers, he resuelto detenerme en tu castillo uno ó dos días.

— ¡Sea bien llegada tu gloria (2) á mi dominio que se compone en parte de tierras *sálicas* que me concedió tu padre. Tienes derecho para hospedarte en tus viajes en los castillos de los condes y feudatarios del rey, y es para ellos un placer el recibirte.

— Conde, preguntó insolentemente el Leon de Poitiers ¿es muy bella tu mujer?

— No te estrañe la pregunta, dijo Chram haciendo á su favorito un ademan para que se reportase; Leon de Poitiers es naturalmente jovial y galante.

— En ese caso, responderé al Leon de Poitiers que no podrá cer-

(1) Caballos, mulas, bueyes y diversos géneros de carruages, sostenidos á espensas del fisco, hacian el servicio ordinario para el transporte de los dignatarios y de los mensajes públicos, y en general de todos los que viajaban en nombre del rey; pero cuando los medios ordinarios no bastaban, los particulares tenian obligacion de prestar sus animales, tanto de tiro como de carga. Los carruages debian llevar dos pares de bueyes, y la carga no podia exceder de quinientas libras romanas. Era una especie de transporte público extraordinario impuesto á los particulares y que se designaba con el nombre de *angaria* cuando se verificaba en las carreteras, y con el de *parangaria* cuando recorria los caminos de segundo orden. La ley de los bávaros mandaba que solo se obligase á las *angarias* á hacer cincuenta leguas de camino. (Guerard, *Político de Irminon*).

(2) «Su gloria el rey Chram.» (Gregorio de Tours, lib. IV, cap. XIX.)

ciorarse de la verdad porque mi esposa está enferma y no saldrá de su habitación...

— Lo cual quieré decir que eres celoso.

— Conde, no te ofendas de las bromas de mi amigo.

— No me ofendo; Chram... Vamos al castillo.

— Vamos, conde.

— Durante el camino continuó la misma conversacion.

— Neroweg, dijo otro de los favoritos, nos ocultas tu esposa y estás en tu derecho, pero tambien estaremos en el nuestro descubriendo su escondite.

— Chram, ¿ tambien tiene el genio jovial este caballero?

— Si, conde, y es uno de mis mejores amigos... se llama Imnacario.

— Y yo que me llamo Neroweg, preguntaré á Imnacario ¿ qué castigo merecen los que insultan á las mujeres?

— Neroweg, entonces te responderé, que es tan cierto que lo descubriremos como yo soy el Leon de Poitiers.

— Y yo te digo, que es tan cierto que soy rey en este pais de Auvornia, exclamó Neroweg, como que mataré á un leon lo mismo que á un perro si se atreve á hacer en mi casa alarde de leon.

— ¡ Con qué entereza hablas, conde! ¿ Te inspira acaso tanta audacia el brillante ejército que te guarda la espalda? dijo el favorito del rey designando con la mano á los leudos de Neroweg. Si esta tropa vale lo que parece estamos perdidos.

Dos ó tres leudos del conde que se habian aproximado oyeron las insolentes burlas de los favoritos de Chram y dijeron en voz alta:

— ¡ Atreverse á burlarse de Neroweg!

— Los leudos de un conde no son menos que los leudos reales.

— No forma el temple del acero el brillo que le da el ocio.

Uno de los leudos de Chram se volvió hácia sus compañeros, y les dijo riendo y designando con el cuento de la lanza la comitiva del conde:

— ¿ Si serán esclavos labradores disfrazados de guerreros, ó guerreros disfrazados de esclavos labradores?

La mesnada real respondió á este chiste con estrepitosas carcajadas, y de una y otra parte se miraban con ademan de reto, cuando Chram espoleó el caballo para llegar al castillo, y dijo al conde:

— ¡ Soberbio edificio! Dudo, Neroweg, que pueda rendir este castillo un ejército especialmente si lo defiendes tú con el auxilio de tus esforzados leudos.

Las dos comitivas se vieron obligadas á seguir al trote al conde y al rey, y cesaron los chistes de la mesnada y el enojo de los leudos de Neroweg.

X. — Proyectos de Chram.

Mientras algunos esclavos de Chram cuidaban de los caballos y otros colocaban en un vasto pajar los carros y las acémilas, sus leudos comian y bebian como hombres robustos y que viajan desde el amanecer.

Chram, que honraba con sus favoritos la mesa del conde, le dijo:

— Guíame á un aposento donde pueda hablar contigo en secreto. Importa sobremanera que nadie nos oiga. Supongo que tendrás un sitio reservado donde guardes tu tesoro... Ese seria el sitio mas á propósito.

Neroweg permaneció un instante indeciso y sin contestar, pues temia introducir al hijo de su rey en el santuario de su codicia, y Chram añadió al ver la indecision del conde:

— Si hay en tu castillo un parage mas retirado que el aposento donde guardas tus tesoros, condúceme á él, aunque sea la habitacion de tu esposa.

— No, no; permíteme únicamente que dé antes algunas órdenes para que nada falte á tu servidumbre.

Neroweg llamó entonces aparte á uno de sus leudos y le dijo:

— Es preciso que Bertefredo y tú, Ausovaldo, me esperéis bien armados en la puerta del aposento donde voy á entrar con Chram... Estad prontos á acudir luego que os llame.

— ¿Qué temes?

— El rey Clotario tiene alejado de su corte á su hijo porque le teme, porque conoce que su corazón es capaz de las acciones mas viles, y yo, que no soy su padre, debo temerle aun mas, y recelo que su venida al castillo es motivada por la fama de mis tesoros.

— Nada temas.

— Dí además á Rigomer y á Berturam que se coloquen armados en la puerta del gineceo, y que maten sin compasion á los que intenten introducirse en el aposento de Godisela. Desconfio del Leon de Poitiers, ese audaz sacrilego tan célebre por su impiedad y su insolencia. ¿Has contado el número de los guerreros que acompañan á Chram?

Solo ha traído la mitad de sus leudos.

— Me parece, Neroweg, dijo Berturam acercándose al conde, que va á verterse sangre hoy si esos insolentes continúan burlándose de nosotros.

— Felizmente los leudos, los peones y los esclavos que podríamos armar son tan numerosos como los guerreros de Chram.

— No os exalteis, amigos míos, les dijo el conde; si se arma contienda son capaces de prender fuego al castillo despues de saquearlo.

— Neroweg, antes que el interés es el honor.

— No hay duda, pero es inútil provocar disputas... Contentaos con estar alerta y que se custodie la puerta del gineceo.

— Se cumplirá tu mandato.

Algunos instantes despues el rey Chram y el conde se hallaban solos en el abovedado aposento de los tesoros.

— Conde ¿cuál es el valor de las riquezas que encierran estas arcas?

— Poco... muy poco; están casi vacias.

— Peor para tí, conde... Quisiera triplicar el valor que encierran.

— ¿Te chanceas?

— No, deseo aumentar tu poder y tus riquezas mas de lo que ambicionas en tus mas lisongeras esperanzas.

— ¿Y porqué deseas hacerme tan poderoso y rico?

— Porque me interesa mas que á tí.

— Explicáte con mas claridad.

— ¿Quieres poseer dominios iguales á los del hijo del rey?

— Lo quisiera.

— ¿Quieres tener, en vez de esas arcas medio vacias, segun dices, cien arcas rebosando de oro, piedras preciosas, vasos, copas y armaduras que envidiaria un soberano?

— Si, respondió el conde mientras brillaba en sus ojos el fuego de la codicia.

— Y en vez de ser conde de una aldea de Auvernia ¿quieres gobernar una provincia?

— ¿Juras por el Redentor que hablas con formalidad?

— Lo juro.

— Explicáte pues.

— Mi padre Clotario se halla ahora fuera de la Galia peleando con los sajones... Quiero aprovecharme de la ocasion para ceñirme su corona. Varios condes y duques de las comarcas vecinas apoyan mi proyecto... ¿Quieres defender mi causa?

—¿Y tus cuatro hermanos?

—Pronto dejarán de oponerse á mi ambicion.

—¿Cómo...?

—Lo sabrás luego. ¿Quieres comprometerte bajo juramento á combatir por mí al frente de tus leudos? Yo me comprometeré tambien bajo juramento á hacerte duque de una provincia á tu eleccion y entregarte los bienes, los tesoros, los esclavos y los dominios de los señores que peleen contra mí en defensa de mi padre.

—Es decir que quieres que te prometa en mi nombre y en el de mis leudos que *obedeceremos tu boca* como decimos en Germania.

—Si, eso es lo que te pido.

—Pero... ¿y tu padre?

—Su ejército se rebeló contra él antes de partir á la guerra y se salvó por un milagro.

—Lo sé.

—Pienso decir que mi padre ha sucumbido en la guerra contra los sajones, y como seré su hijo único, la Galia me dará su corona (1).

—¿Y que harás cuando vuelva de Sajonia con su ejército?

—Combatiré, y venceré ó moriré combatiendo.

—¿Y has pensado cual seria mi suerte?

—¿Tu suerte, conde?

—Si eres vencido en la guerra contra tu padre, perderé como traidor las tierras que poseo como *beneficios* y solo me quedarán las tierras *sálicas*.

—¿Quieres ganar sin esponerte en el juego?

—Lo preferiria; pero te diré, Chram, que si los condes y duques del Poitou, del Limosin y del Anjou siguen tu causa, yo y mis leudos te obedeceremos, advirtiéndote que no me declararé en tu favor hasta que los otros se hayan declarado tomando las armas.

—Accedo. Prestemos, pues, mútuo juramento.

—Espera.

—¿Qué vas á hacer? ¿porqué abres esa arca? Deja la tapa levantada para que pueda admirar tus tesoros.

—Te aseguro que está vacia.

(1) «Chram se dirigió desde Clermont á Poitiers, donde residia ejerciendo una absoluta soberania seducido por los consejos de un malvado, y trató de urdir una conspiracion contra su padre... Esparció la falsa noticia de la muerte del rey, redujo el Lemosin á su dominacion, y marchó al frente de un ejército hasta Chalons-sur-Saona, talando los dominios de los señores que no le reconocieron por soberano de los francos, etc.» (Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, lib. IV, cap. XVI).

—¿Vacía, y sacas de ella ese libro magnífico con las cubiertas adornadas de oro, rubies, perlas y diamantes?

—Son los santos Evangelios.

—¿Libro magnífico, digno del rey mas poderoso!

—Vamos á jurar sobre estos Evangelios.

—Juremos.

Y el rey y el conde juraron formar causa comun contra el rey Clotario segun la fórmula que se usaba entre los francos desde su conversion al cristianismo, pero Neroweg impuso al jurar la condicion de que no tomaria las armas hasta que lo hicieran los condes y duques que antes habia mencionado.

—Nuestro juramento nos liga, Neroweg, y puedo hablarte ya sin reserva. Tengo tres hombres resueltos para desembarazarme de los rivales que me disputarán el trono, pero me falta otro.

—¿Y donde podrás hallarle?

—Aquí.

—¿En mi castillo?

—Si, tal vez...

—Espílicate...

—¿Sabes porqué me acompaña Colbiac, el amigo de mi padre, á pesar de que le odio tanto como él me odia y me teme?

—Lo ignoro.

—Porque está deseoso de juzgar, condenar y ejecutar á los bandidos que tienes presos en tu castillo, quiere vengarse de los que echaron un baldon en su nombre seduciendo á su hija... aunque abandona á Gilda, y va á juzgarla como si fuera una esclava.

—No te entiendo, Chram. Esos bandidos deben ser juzgados en la ciudad de Clermont, y espero que se hayan curado sus heridas para entregarlos á Colbiac como me lo ha exigido.

—Segun rumores muy creibles que han llegado hasta nosotros, el amigo de mi padre teme con razon que el populacho de Clermont se subleve para libertar á esos bandidos cuando lleguen á la ciudad: siendo juzgados en tu castillo, no hay que temer ese peligro.

—Colbiac teme con razon.

—Yo, como rey por mi padre en Auvernia, mando que los bandidos sean juzgados, condenados y egecutados ante tu tribunal...

—No me opongo; serás obedecido.

—Me interesa sin embargo la suerte de uno de esos bandidos.

—¿De cual?

— ¿Está curado de sus heridas Ronan el proscrito?

— Si.

— ¿Es hombre resuelto?

— Es el espíritu maligno en figura de hombre.

— ¿Crees que si se digera á ese bandido, despues de haberle condenado á un suplicio terrible: «Te perdono la vida con condicion de que has de dar muerte á quien te designe... y recibirás despues veinte sueldos de oro,» rechazaria la oferta?

— Chram, ese infame Ronan y su cuadrilla han muerto nueve de mis leudos mas esforzados y han saqueado é incendiado la quinta de Colbiac. ¿Tan osado bandido ha de quedar impune?

— ¿Quien te dice lo contrario?

— Dices que le perdonarás la vida.

— Cuando el instrumento es inútil se arroja; asi haré con ese bandido. El dinero que le ofrezca se convertirá para él, despues que me haya servido, en el suplicio que tan justamente merece.

— No me ocurrió jamás esa idea.

— Los hombres arrojados y decididos son muy pocos, y si ese bandido se porta como espero, antes de ocho dias habré llevado á cabo mi empresa. Te interesa como á mi el servicio de ese hombre.

— Pero si Colbiac ha venido al castillo para presenciarse el suplicio de Ronan, no consentirá en que se le perdone la vida.

— Colbiac obedecerá al hijo de su rey... Pero tengo otro plan?

— ¿Y si el bandido promete matar y no mata?

— Lo hará por el cebo de los veinte sueldos de oro.

— ¿Será preciso que salga del castillo?

— Si. Reune tu tribunal. Hoy son juzgados y condenados los bandidos, y aplazas para mañana el suplicio... Desde hoy á mañana nos queda la noche. Mientras Colbiac duerme, haz salir del ergástulo al bandido y condúcelo á donde esté mi favorito Spatacario... Me encargo de lo demás, y mañana diremos al amigo de mi padre: Ronan ha huido...

— Antes de dos horas estará reunido mi tribunal.

— Adios, Neroweg, confio que pronto serás duque de Turena ó de Anjou, y uno de los mas poderosos señores francos.

— El cielo te escuche, y te dé la corona que deseas.

XI.— El titiritero y su oso.

— El sol se oculta y se acerca la noche: un hombre de barba y cabe-

llos canosos, de cincuenta á sesenta años de edad, pero ágil y robusto, vestido con el traje galo, un saco sobre la espalda, gorro de pieles y calzado polvoriento, sale del bosque y se dirige al camino que conduce al castillo del conde Neroweg. Aquel hombre de canosa barba tiene el aspecto de uno de esos titiriteros que enseñan animales en las ciudades y las aldeas. Sobre sus hombros lleva una jaula donde se ve un mono, y por medio de una larga y fuerte cadena de hierro guia un oso de respetable corpulencia y que parece un pacífico compañero de viaje pues sigue á su amo tan docilmente como un perro.

El titiritero se detiene un momento en la parte mas elevada de aquel camino escabroso desde el cual se descubre la llanura y la colina donde se alza el castillo, y al mismo tiempo dos esclavos de cabeza rasa, inclinados bajo el peso de una carga enorme, suspendida de un remo de barco, cuyos extremos descansan sobre sus hombros, llegan por un sendero que á algunos pasos de distancia termina en el camino que sigue el titiritero, el cual acelera el paso para reunirse con los esclavos; pero estos se paran con temor al ver el oso que sigue á su amo.

—Amigos, no tengais miedo; mi oso es muy docil y está domesticado. Y acortando entonces la cadena, dijo al oso:

—¡Aquí... á mi lado!

Y el oso obedeció á su amo acercándose y sentándose modestamente sobre su cuarto trasero. Despues se levantó y dirigió con aire sumiso la cabeza hácia su amo que estaba en pié delante de él y ocultándole en parte á la vista de los esclavos. Tranquilizados estos, continuaron andando y se pusieron á respetuosa distancia del oso y del titiritero.

—Amigos ¿qué edificio es aquel que se ve en aquella colina?

—Es el castillo del conde Neroweg.

—¿Está hoy en el castillo?

—Si, obsequiando á regios huéspedes.

—¿Qué régios huéspedes?

—Chram, el hijo del rey de los francos, ha llegado esta mañana con su mesnada, y venimos de pescar en el estanque para la cena de esta noche.

—¡Bendigo mi suerte! He aquí una excelente ocasion para un pobre hombre como yo: voy á ganar un buen jornal enseñando á esos señores mi mono y mi oso. ¿Creeis que me dejarán entrar en el castillo?

— Será difícil, porque ningún extraño pasa el foso del castillo sin permiso del señor conde. Es tan desconfiado, que el puente está custodiado durante el día y levantado por la noche.

— Sin embargo, este invierno vino también un titiritero y el conde se divirtió en extremo con los animales que enseñaba.

— En ese caso, no dejará de proporcionar esta noche una diversión igual á su régio huésped.

— Tal vez... y la diversión de esta noche les animará á esperar la diversión que se les prepara mañana.

— ¿Qué diversión?

— El suplicio de los bandidos, entre los cuales están Ronan su gefe, un ermitaño, una esclava llamada Odila y la hija del señor de Clermont.

— ¡Ola! ¿han caído algunos bandidos en el garlito? Me alegro. ¿Han sido condenados hoy?

— El tribunal del conde se reunió esta mañana, y han sido puestos en el tormento, delante del hijo del rey, Ronan y el ermitaño...

— ¿Se negaban á confesar que eran proscritos?

— No... el feroz Ronan se vanagloriaba de ser su gefe.

— ¿Pues con qué objeto les han aplicado el tormento?

— Eso mismo decía el hijo del rey que se oponía á que se diese tormento al gefe de los bandidos.

— Pero el señor Colbiac se empeñó, y nadie se atrevió á oponerse.

— De modo que han puesto los piés del proscrito y del ermitaño en aceite hirviendo... y estos han confesado segunda vez.

— Después se han visto obligados á llevarlos en hombros de esclavos al ergástulo porque no podían dar un paso.

— Y mañana los llevarán al suplicio que, según dicen, será terrible... pero nunca bastante terrible para espiar sus crímenes. Especialmente Ronan...

— ¿Qué ha hecho Ronan?

— Saquear é incendiar la quinta del señor Colbiac á la cabeza de su cuadrilla.

— ¿También han puesto en el tormento á las mujeres?

— La esclava está aun enferma, y la hija del señor de Clermont solo está condenada á presenciar el suplicio, porque su padre trata de intimidarla y encerrarla después en un monasterio.

— ¿Y donde esperan la muerte esos malvados?

- En el subterráneo del castillo.
- ¿Y no pueden huir?
- Aunque estuvieran libres, Ronan y el ermitaño no podrían dar un paso.
- Me olvidaba del tormento, amigos míos.
- Y además, el ergástulo está construido con ladrillos y cimiento romano tan duro como la roca, tiene por puerta una reja de hierro cuyas barras son tan gruesas como el brazo, y noche y día está custodiado por leudos armados.
- Veo, amigos míos, que esos infames no podrán libertarse del suplicio, y conozco por vuestra alegría que no perteneceis á esos esclavos rebeldes que están dispuestos á defender á los proscritos.
- Los proscritos son fieras en figura humana que tanto respetan á su Dios como á sus señores, son hombres sin ley ni conciencia, impíos...
- ¿Y todos los esclavos del castillo piensan como vosotros?
- No; de ciento que somos, destinados al servicio de la casa, solo unos veinte se atreven á quejarse de su suerte.
- Gran dicha será la mía, amigos míos, si logro pasar algunas horas entre personas tan dignas y humildes, y ya que vais al castillo y llegareis antes que yo, hacedme el favor de anunciar mi llegada al mayordomo del conde. Si este señor se digna divertirse con mi oso, dará orden para que me permitan entrar en el castillo.
- Vamos á anunciar tu llegada, y el mayordomo decidirá.
- Y los esclavos que, inundados de sudor, habian dejado un instante en el suelo su red cargada de gruesos pescados de estanque que se veían aun rebullir al través de las mallas, volvieron á ponerse el remo sobre los hombros y se dirigieron hácia el castillo.
- Cuando desaparecieron detrás de una colina, el oso se alzó sobre sus patas traseras, irguió la cabeza y exclamó:
- ¡Se llevarán mañana á mi Gilda... y nuestro valiente Ronan sucumbirá en el suplicio! ¿Lo sufriremos, Karadoc?
- Vengaré á mis hijos... ó moriré á su lado. ¡Loysik! ¡Ronan!... Hoy en el tormento... y mañana en el patíbulo... Oh! no... no es posible!
- La llegada de Chram y el tormento frustran nuestros proyectos. En vez de ser trasladados á Clermont, Ronan y su hermano morirán mañana, y aunque quisieran huir no podrían... Además, los leudos de Chram y los del conde con sus hombres de á pié forman

una guarnicion de mas de trescientos hombres de guerra ¿y cuantos somos nosotros para libertar á Ronan y á Loysik que no pueden moverse, á la esclava que está casi moribunda y á mi hermosa Gilda? Tu y yo... Ah! Karadoc, si sé como saldremos de este atolladero, que me convierta en oso verdadero y deje de ser oso de las Kalendas de enero (1). Si alguien me hubiera dicho, cuando celebraba disfrazado de oso la noche del primero de año, que celebraria las Kalendas de invierno en medio del verano ¿no le hubiese respondido que deliraba? Y sin embargo, hubiese dicho la verdad. La rabia me ahoga, y siento dentro de esta piel mas calor que en un horno encendido... Pero estás mudo... ¿En qué piensas?

— En mis hijos... ¿Qué haremos? ¿qué haremos?

— Soy mejor para obrar que para dar consejos, especialmente en este instante en que la ira me enloquece. ¡Pobre Gilda! ¿Porqué me ví obligado á separarme de ella en las gargantas de Allange cuando combatiamos con los leudos del conde? La creia muerta ó prisionera. Nuestra derrota era tan completa que fué imposible averiguar la suerte de Gilda, y aun tuve la dicha de librarme de la muerte con algunos de mis compañeros, de internarme en lo mas escabroso del bosque y de llegar á los peñascos del pico de Monte Dorado, una de nuestras antiguas guaridas. Algunos días despues nos reunimos alli doce proscritos salvados como yo de la persecucion de los leudos, y pronto te encontramos en compañía de dos esclavos fugitivos.... ¡Hacia tres años que te creiamos muerto ó encerrado en algun ergástulo! Nos dijiste entonces que Loysik y Ronan eran tus hijos... ¡Pobre ermitaño! No es digno, no, de tal suerte...

— ¡Mis hijos! ¡mis hijos!

— Si para salvarlos y salvar á Gilda fuera preciso dar mi piel, no esta sino la verdadera, juro que la daria gustoso. Cuando me esplicaste tu proyecto, y me propuse representar el papel de oso que tantas veces habia representado con aplauso en la fiesta de las Kalendas brilló en tu rostro la alegria, y no vertías como ahora lágrimas como una mujer ó un niño.

(1) La fiesta de las *Kalendas* (*Kalendæ*, *festum Kalendorum*) se celebraba á principios de año y era una costumbre gentilica que se perpetuó entre los cristianos. Hombres y mujeres se disfrazaban y se entregaban á los bailes mas obscenos. La *Iglesia* trató de reprimir los desórdenes de las *Kalendas*, pero no lo consiguió, y convertida esta fiesta en sacrilego espectáculo que se conocia con el nombre de fiesta de los *Inocentes* ó de los *Locos*, no cayó en desuso hasta que terminó la edad media. Véase Ducange, *ad verbum Kalendæ*, edic. Henschel.

— ¡Lloro la próxima muerte de Loysik y de Ronan!

— ¿Qué se ha de hacer para salvarlos? Habla y te seguiré hasta exhalar el postrer aliento. Cuando quedamos acordados en que tu serías titiritero y yo oso, ya sabes que empuñé el hacha y el cuchillo, y me interné en las oscuras quebradas del Monte Dorado para buscar un compañero de mi estatura. La casualidad me fué propicia, y no tardé en tropezar con un oso que tomándome indudablemente por un amigo, salió á recibirme con los brazos abiertos. Temiendo deteriorar su hermosa piel con el hacha, le clavé el cuchillo en el corazón, lo desnudé con todo el cuidado que exigía tan obsequioso amigo, volví á nuestra guarida llenándoos de sorpresa con mi disfraz, y nos hallamos ya en la llanura decididos á esponer la vida para libertar á tus hijos, á Gilda y Odila. En vista de los nuevos obstáculos que se presentan ¿qué plan debemos adoptar? Habíamos pensado que lo mas acertado seria introducirnos en la ciudad de Clermont durante la noche que precediera al dia del suplicio, y sublevar una parte de los esclavos y del pueblo, pero es preciso renunciar á este proyecto, lo mismo que á la idea de emboscarnos en el camino para atacar la escolta que conduciría los presos á Clermont. Ibamos á introducirnos en el castillo para cerciorarnos del momento de su partida y del camino que debían seguir, en tanto que diez compañeros nos esperaban ocultos en el bosque donde están prontos á seguirnos á Clermont, á pelear en el camino, ó á aproximarse esta noche á los fosos del castillo si les hacemos la señal convenida. ¿Qué haremos? ¿En qué piensas, Karadoc? ¿Aun no has meditado tu plan?

— Si, sígueme...

— ¿Al castillo? Aun es de dia...

— Será ya de noche antes que lleguemos.

— ¿Cual es tu proyecto?

— Te lo explicaré por el camino. No te detengas...

— Vamos. Pero olvidaba la túnica...

— ¿Qué túnica?

— La que debo ponerme encima para mayor disimulo. La medida es prudente porque la capucha caída ocultará la union defectuosa de la piel del cuello con la cabeza de oso. ¿No crees que los leudos del rey no serán tan estúpidos como esos dos esclavos?

Mientras el amante de Gilda hacia esta pregunta, Karadoc sacaba del saco que llevaba sobre la espalda una túnica corta. El falso oso se la puso, y la capucha que le caía hasta los ojos solo dejaba descu-

bierto el hocico al mismo tiempo que las anchas mangas llegaban casi hasta el extremo de las patas.

—Voy á esconder mi puñal debajo de la túnica. Mira, Karadoc; casualmente es el cuchillo sajón de Loysik que cogí del suelo al huir de las gargantas de Allange. Las dos palabras gravadas en el mango de esta arma *Amistad* y *Comunidad* me parecen de feliz agüero. La amistad y el amor me guían al castillo.

—Sígueme... ¡Salvaré á mis hijos ó moriré á su lado!

XII.—El ergástulo.

Cuando los romanos poseían cinco siglos ha la Galia, conquistada pero no sometida, construyeron sólidamente los ergástulos donde durante la noche encerraban á los esclavos galos cargados de cadenas. Contemplad por ejemplo ese subterráneo, antigua dependencia del campamento romano: los ladrillos y el cimiento están tan íntimamente unidos, que forman un solo cuerpo mas duro que el mármol, y aunque muchos hombres armados con palancas, mazas y escoplos de acero trabajasen desde el amanecer hasta la noche, apenas llegarían á hacer una abertura en los muros de esa prision. La bóveda es baja y está cerrada por enormes barras de hierro, y en la parte exterior la custodian un gran número de francos armados de hachas. Unos están en pié, otros reclinados ó tendidos en el suelo, y de vez en cuando dirigen una mirada de envidia hácia el castillo, que está separado del subterráneo por un espacio de quinientos pasos, pero el edificio principal permanece oculto á las miradas de los francos por las paredes de las granjas y caballerizas, construidas en rededor de la morada señorial donde se apoyan.

—¿Porqué dirigen hácia el castillo miradas de envidia los francos que custodian el subterráneo? Porque llega hasta sus oídos al través de las abiertas ventanas la alegre griteria de los convidados, y á intervalos, el rumor de los tambores y de las trompas de caza; porque el conde Neroweg está obsequiando á sus huéspedes y reina la alegría y la algazara en el castillo.

Una lámpara de hierro, abrigada del viento por el pórtico del antiguo ergástulo, alumbrá la entrada del subterráneo.

—Se oye rumor de pasos... y aparece un leudo seguido de varios esclavos que llevan sobre sus hombros cestas y cántaros.

—Amigos, aquí teneis cerveza, vino, caza y pan de trigo puro. Comed, bebed y alegraos porque hoy es dia de regocijo.

- ¡ Viva Sigefrido !
- ¡ Viva el vino y la caza que nos trae !
- Pero no perdais de vista á los presos, ni nadie se aleje de su puesto.
- ¡ Oh ! no temais ; esos perros están tan quietos y silenciosos como si durmieran bajo la tierra fria donde estarán mañana.
- A escepcion del rey, del conde ó del señor Colbiac, cualquiera que se acerque á la reja para hablar con los presos...
- Caerá bajo nuestras hachas, Sigefrido, y están bien afiladas.
- Si ocurre alguna novedad, tocad con la trompeta la señal de alarma, y al momento estaremos aquí.
- Buenas son esas precauciones, Sigefrido, pero inútiles. El puente está levantado, los fosos son profundos é invadeables y el castillo está guardado por trescientos hombres de guerra contando la mesnada del rey. ¿ Quién se atreverá á libertar á esos bandidos ? Y además, ¿ no sabeis que pueden correr lo mismo que liebres á las que se han cortado las cuatro patas ? Os repito, Sigefrido, que las precauciones son buenas y que las tomaremos, pero son inútiles.
- Velad con rigor hasta mañana ; solo os queda una noche de guardia.
- Y la pasaremos alegremente bebiendo y cantando.
- ¿ Reina tambien la alegria en la sala del festin, Sigefrido ?
- El sol de mayo absorve con menos avidez el rocío que nuestros huéspedes el vino ; montes de manjares desaparecen en los abismos de sus estómagos ; ya no hablan, sino que gritan, y creo que pronto no se gritará sino que se ahullará. Los leudos de Chram hacian al principio de la comida melindres cortesanos, pero sus bocas se abren ahora como si fueran cavernas para reir, comer y beber... Son joviales y francos, y aunque la envidia nos inspiró contra ellos un odio infundado, esta rivalidad se ha ahogado en el vino. No hace un momento que el viejo Bertefredo, que está ébrio como una cuba, abrazaba llorando como un becerro á uno de los lujosos y jóvenes guerreros de la comitiva real y le llamaba hijo con la mas patética ternura.
- ¡ Qué escena tan graciosa !
- Finalmente, para completar la fiesta, dicen que acaban de dejar entrar en el castillo á un titiritero que enseña un oso y un mono. Neroweg ha propuesto esta diversion á Chram, y el mayordomo va á introducir al hombre y á los animales en la sala del festin. Me doy

prisa á volver para disfrutar de la diversion.

— ¡Qué dichoso es Sigefrido!... va á ver el oso y el mono.

— Amigos, os prometo pedir al conde que envíe aquí el titiritero.

— Sigefrido, te lo agradeceremos.

— No os olvideis de vigilar á los presos.

— No temas y bebe sin cuidado.

XIII. — El festin.

Neroweg obsequiaba á su régio huésped. En un principio habia vacilado en sacar de sus arcas la vagilla de oro y plata que habia ganado en la guerra, porque temia escitar la codicia de Chram y de sus favoritos, pero cediendo á su vanidad de bárbaro, el conde no pudo resistir al deseo de ostentar sus riquezas, y exhumó por consiguiente de sus arcas sus grandes ánforas, sus copas, sus platos y sus vasos de oro ó de plata maciza y de forma griega, romana ó gala. Tambien sacó copas de jaspe, de pórfiro y de ónice, enriquecidas con piedras preciosas, y unas especies de cubetas de madera rara, adornadas con cercos de oro incrustados de diamantes. Pero los huéspedes del conde no pudieron servirse de aquellos preciosos objetos, porque estaban amontonados sin órden y como un monton de botin en medio de la ancha mesa, y á una distancia respetable de los convidados que solo debian recrearse contemplándolos con alegría ó con envidia.

Chram y el señor Colbiac gozaban la distincion de tener en el espacio de mesa que ocupaban un pedazo de tela de púrpura, bordada de oro y plata y parecida á la que momentáneamente habia cubierto sus asientos; se servian además de una gran copa de jaspe, enriquecida de pedreria, y comian en un ancho plato de oro macizo. Los demás convidados solo tenian platos y vasos de madera, de estaño, de barro ó de cobre estañado.

El conde, para honrar con su traje al hijo del rey á quien trataba de hacer traicion, se habia adornado con una antigua dalmática de paño, bordado de abejas de oro, regalo que habia hecho á su padre el rey Clodoveo, y llevaba además dos pesados y largos collares de oro, en los cuales se veian colgados pendientes de mujer llenos de piedras preciosas. Un pavo real no hubiera estado tan orgulloso con su plumage cual lo estaba con su dalmática y sus joyas aquel señor franco, de barba sonrosada, con largos vigotes rubios y con la cabellera levantada y atada en la parte superior de la cabeza con un bra-

zalete de oro cubierto de rubies (otra invencion de adorno del señor conde) desde donde caian los rudos é incultos cabellos hasta la espalda como las crines de un caballo.

El aspecto de la sala era una mezcla de lujo, de barbarie y de desaseo: circulaban en torno de aquella mesa de tosca madera, cubierta únicamente en el sitio ocupado por Chram y Colbiac con un pedazo de rica tela, y adornada en su centro con un monton de vagilla preciosa, esclavos mal vestidos y hasta andrajosos bajo la vigilancia del senescal, del mayordomo y otros principales servidores del conde. Se habia duplicado el número de esclavos que sostenian las hachas de cera destinadas á iluminar el festin, y se habia duplicado tambien y triplicado el número de toneles en los ángulos del salon y que colocados unos sobre otros formaban como unas gruesas columnas. Esta colocacion tan poco ingeniosa ocasionaba el que los esclavos tuvieran que servirse de una escala para llenar los vasos en los toneles superiores, pero hacia largo rato que estos se hallaban vacios, y el vino de Clermont que habian contenido, alegraba y enardecia á los convidados.

— Conde, dijo Colbiac, que, como buen gastrónomo, habia hecho un estrago en los platos mas delicados, estoy seguro de que tu hospitalidad es sincera y que tus obsequios salen directamente de tu corazon, pero debo decir en honor de la verdad que tu comida es mas abundante que selecta... No se ve mas que carne y pescados hervidos ó tostados, servidos profusamente y sin arte... es un verdadero festin de guerrero montañés que se mantiene con su ganado, su caza y su pesca, pero no se encuentra aqui ningun guisado apetitoso, ninguna salsa preciosa. Hemos comido y nos hemos saciado ¿pero se reduce á esto el objeto de un banquete? ¿No sois de mi opinion, Chram?

— Nuestro huésped y amigo Neroweg nos ha obsequiado dignamente, dijo Chram que deseaba grangearse la fidelidad del conde para llevar á cabo sus indignos proyectos; y admiro tanto su cordial hospitalidad que me llama muy poco la atencion el banquete.

— No trato de contradeciros, replicó Colbiac, pero vuestras palabras son mas corteses que francas, y en materia tan importante no transijo con nadie. Cien veces he dicho al conde que tiene detestables cocineros, que gasta el dinero en cosas inútiles y descuida las mas esenciales... Dime, pues, Neroweg ¿cuánto te cuesta el esclavo gefe de tus cocineros?

— Nada: mis leudos le encor traron fugitivo en el camino de Clermont.

— ¿Y sin mas recomendacion le entregaste tu cocina?

— Es preciso que le disimuleis hoy, señores; no ha muchos dias que fué puesto en el tormento por sospecha de hurto y se le cortó la lengua en castigo de su crimen y de las blasfemias que arrojó delante de mi tribunal, y he tenido que echar mano de esclavos menos hábiles para preparar esta cena.

— Conozco que teniendo la lengua cortada no habrá podido probar sus salsas, pero de todos modos es un cocinero ignorante. Pero ¿qué tiene de extraño? Un cocinero que se encuentra sin casa ni hogar en medio de un camino no puede ser un portento... ¡Cuando pienso que el mio, que no es perfecto, me cuesta cien monedas de oro! No se encuentra un buen cocinero ni por un ojo de la cara. Los mejores echan á perder los guisados mas vulgares. Por ejemplo: ¿á quien le ocurre servirnos las perdices, unas aves tan suculentas y esquisitas, las reinas de la comida por escelencia... á quien le ocurre, repito, servir las cocidas con agua?

— No te exaltes, Colbiac, otro dia se mandarán asar...

— ¡Asar!... ¡Que blasfemia, conde! ¿Has visto jamás perdices asadas?

— Pues si no se cuecen ni se asan ¿cómo se guisan?

— ¿Quieres saberlo?

— Si.

— Ven aqui, mayordomo, y escucha con atencion. Darás al cocinero mi receta si es capaz y digno de egecutarla.

— No temais, señor Colbiac; el látigo sabe hacer milagros...

— Pues bien, mayordomo, la receta es como voy á decirte. Debo antes declarar humildemente y en honor de la verdad que no soy el autor de este guiso de perdices, sino que lo he leído y aprendido en los escritos de *Apicio*, célebre gastrónomo romano que murió hace muchos años, pero cuya gloria se perpetuará mientras existan perdices en el mundo.

— Veamos, Colbiac... al grano! Tu receta...

— Es como sigue: Se lava la perdiz, se pone dentro de una cazuela de barro con agua, sal y *eneldo*...

— Eso mismo hace el cocinero; la cuece con agua y sal...

— Déjame acabar, y verás que ese perezoso se para al principio del camino sin llegar hasta el fin. Prosigo, pues: se deja que el agua

se reduzca á la mitad en que se ha principiado á cocer la perdiz ; se pone despues en un caldero con aceite de oliva y un ramo de *orégano* y de *coriandrio* , y cuando la perdiz está á punto de cocer , se añade vino mezclado con miel y *apio montano* , un poco de *comino* , un escrúpulo de *benjuí* , un átomo de *rueda* y un poco de *alcarabea* machacada con vinagre. Tómese un poco de almidon para dar consistencia á la salsa , y cuando esta adquiriera un color oscuro dorado , se vierte sobre la perdiz despues de colocar graciosamente el ave en medio de un plato con el cuello inclinado y llevando en el pico un ramo de hinojo verde. Pregunto ahora á su gloria el rey Chram , y pregunto á nuestros ilustres convidados... ¿ existe la menor analogia entre una perdiz guisada de este modo y esa cosa sin forma , sin color ni sabor que parece ahogada en un mar de grasa ?

— Colbiac , si no fueras señor de Clermont , te envidiaria por tu talento culinario , dijo con zumba el Leon de Poitiers.

— No te desanimes , Neroweg , añadió Spatacario con no menos ironia , sigue las lecciones de Colbiac , y otro dia nos darás un banquete mas delicado presidido por tu esposa.

— Y te prometo respetarla aunque sea hermosa , dijo el Leon de Poitiers.

— Y en ese festin , añadió Imnacario , á pesar de los vanos guiños de Chram para contener la insolencia de sus favoritos , no nos obligarás á comer y beber como hoy en platos y vasos de cobre , en tanto que ostentas tu vagilla de oro y plata en medio de la mesa... á respetuosa distancia... como si temieras que te la robemos.

— Neroweg ofrece la hospitalidad como le conviene , respondió con acento enojado Sigefrido , uno de los leudos del conde , y los que comen y beben en su casa... no debieran quejarse de los platos y de los vasos...

— ¿ Se nos echa en cara á los leudos del rey lo que comemos y bebemos en este castillo ?

— Seria una queja injusta porque antes de sentarme á la mesa estaba ya harto con solo ver esa montaña de toscos manjares.

— Y ademas seria un insulto , exclamó otro de los convidados , insulto que no sufririamos porque somos leudos de la mesnada real.

— ¿ Y os creeis superiores á nosotros porque somos leudos de un conde ? En ese caso podriamos medir la distancia que nos separa midiendo la longitud de nuestras espadas.

— No se han de medir las espadas sino el valor.

— ¿Y tenemos menos valor que vosotros los leudos de Neroweg? Si es un reto...

— Sea reto si así lo quereis, rústicos guerreros...

— Un rústico guerrero vale mas que un afeminado cortesano. Vais á verlo ahora mismo si quereis...

— Si, lo veremos... Seis contra seis... ó mas si os conviene...

— ¡ Si! si!

Este altercado principi6 de un extremo á otro de la mesa con un acento poco elevado, pero como el vino habia turbado las cabezas, acab6 con tal ímpetu, que Chram, Colbiac y el conde se apresuraron á interponerse para pacificar á los convidados, y lo lograron tras súplicas y reconvenciones, aunque la embriaguez, el orgullo y la envidia continuaron demostrándose por una y otra parte con miradas provocadoras y airadas.

Karadoc y su oso, precedidos del mayordomo, se hallaban en la puerta del salon cuando se apacigu6 la contienda.

El mayordomo se acerc6 al conde y le dijo:

— Señor conde...

— ¿ Qué quieres?

— Estan aqui el titiritero, su oso y su mono.

— ¡ Como, conde! ¿ tienes osos en tu castillo?

— Si, Chram, es de un titiritero que recorre las ciudades y los castillos. He creido que esta diversion seria de tu agrado despues del banquete, y he mandado que dejen entrar á ese hombre.

— Que venga, conde, que venga... Veamos las habilidades del oso.

La noticia de esta diversion, acogida con júbilo por todos los francos, hizo olvidar su contienda y su desafio, y unos se levantaron y otros subieron sobre los bancos para ver mejor al titiritero, el oso y el mono. Cuando se presentó Karadoc, resonaron las carcajadas germánicas con tanta fuerza que temblaron las paredes del salon, no porque fuera muy gracioso el aspecto del anciano proscrito, sino por que era imposible imaginar una figura mas grotesca que la que hacia el amante de Gilda bajo la piel del oso. Se adelant6 lentamente, cubierto con su túnica y con la capucha caída, y parecia deslumbrado por el resplandor de las antorchas, aunque las veinte hachas de cera solo despedian una claridad vacilante y dudosa en aquel salon inmenso. Gracias á la luz poco brillante y á la ancha túnica que envolvia la mitad del cuerpo del proscrito, era completa su apariencia *ursi-*

na. Además, Karadoc dijo acortando la cadena con que conducía al animal para alejar á los curiosos :

— Señores, no os acerqueis al oso porque es maligno y feroz.

— Titiritero, sujeta á tu animal, porque si llegara por desgracia á herir á alguno, lo mandaría hacer pedazos y tu recibirías además cincuenta latigazos.

— Señor conde, compadeceos de mí, de un pobre anciano que no tiene otro medio para sustentarse que sus animales... He suplicado á vuestros nobilísimos huéspedes que no se acerquen al oso...

— Acércate, acércate porque quiero ver de cerca á tu compañero; supongo que no se atreverá á hacer daño al hijo del rey Clotario.

— Príncipe gloriosísimo, dijo Karadoc con acento respetuoso, estos infelices animales privados de inteligencia no pueden distinguir entre los grandes señores y los esclavos...

— Acércate... acércate mas.

— Tened cuidado, príncipe gloriosísimo... Menos peligroso sería ver de cerca el mono... ¿ Quereis que lo saque de la jaula ?

— Deja á un lado tu mono... Bastantes tengo yo con mis pages. ¡ Qué oso tan ridículo y gracioso ! ¡ Bravo ! ¡ Qué bien le sienta la túnica ! ¡ Qué aire tan hurraño y feroz ! ¿ Sabes á quien se parece, Imnacario ? Al Leon de Poitiers con traje de casa cuando mi digno amigo ha pasado una noche sin hacer alguna de las suyas.

— No hago mas que imitarte, Chram.

— Gracias por la lisonja.

— Si lo mandais, glorioso príncipe, este animal va á montar á caballo sobre mi palo, y guiándole sugeto con la cadena, dará una vuelta al salon galopando con gracia.

— Veamos esa habilidad.

— ¡ Atención, Monte Dorado !

— ¿ Cómo le llamas ?

— Monte Dorado, príncipe glorioso... le doy este nombre porque lo cacé de jóven en uno de los picos del Monte Dorado.

— Ya no me admiro de que sea tan feroz habiendo nacido en una de las guaridas mas famosas de esos proscritos, de esos lobos, de esos hombres malditos que solo duermen en los peñascos, en los bosques y en las cavernas. Juro que, asi como hemos mandado poner esta mañana en el tormento á uno de esos bandidos, los esterminaremos todos, imitando al conde Neroweg que esterminó á la cuadrilla de Ronan en los desfiladeros de Allange.

— ¡Dios nos libre, glorioso príncipe, de los malditos bandidos que infestan la Galia! ¡Ojalá los vea á todos en el patíbulo como el único y el último que ví, así al menos lo espero, porque es una vision horrible!

— ¿Donde has visto á ese proscrito en el patíbulo?

— En las fronteras del Limosin. En su cadalso habia un létrero que decia: *Este es Karadoc el proscrito... Asi serán tratados todos sus iguales.*

— ¿Karadoc, ese viejo bandido que durante tantos años ha llenado de espanto la Auvernia y el Limosin?

— ¿Saqueando los castillos y las ciudades, asesinando á los francos y sublevando á los esclavos?

— Digno ejemplo seguido por Ronan, ese otro perro rabioso que morirá mañana en el suplicio.

— Por fin nos vemos libres de Karadoc. Se creia que andaba haciendo la guerra á los francos en otras provincias, y se temia su regreso.

— No volverá, glorioso príncipe; á no ser que ese malvado baje del patíbulo, lo cual no es muy probable, porque cuando le ví, su cadáver estaba ya medio comido de los cuervos y tenia cortados los piés y las manos...

— ¿Estás seguro de haber leído el nombre de Karadoc en el patíbulo? Seria en verdad una dicha para el pais.

— Glorioso príncipe, su nombre me llamó la atencion porque no es muy comun en esta provincia y por eso lo retuve en la memoria.

— Es un nombre breton, dijo Colbiac, un nombre de ese pais rebelde á los francos y á la doctrina de Jesucristo. Has de saber, Chram, que nuestros reyes no gobernarán en paz en la Galia hasta que hayan sojuzgado la salvaje Armórica.

— Empresa es esa dificil, Colbiac, pues siempre que nuestros antepasados han invadido desde Clodoveo esa tierra maldita han perdido la flor de sus guerreros. Los bretones indómitos no son hombres sino fieras. Si toda la Galia se hubiera resistido como Bretaña, no hubiésemos salido de los bosques de Germania. Pero ¿qué tienes, titiritero?

— ¿Yo, príncipe glorioso?

— He visto brillar una lágrima en tus ojos.

— Si solo habeis visto brillar una es porque los ojos de los ancianos son avaros de lágrimas...

— ¿Y porqué llorarías mas ?

— Porque me desespera el pensar que la obcecacion de los bretones es la causa de que toda la Galia no sea feliz.

— Titiritero , dijo Colbiac , tus sentimientos son dignos de alabanza.

— Te juro , buen hombre , añadió Chram , que mientras conserve intacta mi cabellera no tendré tregua ni descanso hasta que los rebeldes armoricanos sucumban bajo las armas victoriosas de los francos.

— ¡ Dios escuche vuestro juramento , gran príncipe !

— Y ahora , titiritero , volvamos á tu oso nacido en una de las guaridas de los feroces proscritos.

— ¡ Ea , Monte Dorado ! En pié... en pié , y que admiren tus habilidades el ilustre príncipe Chram , el piadoso Colbiac , el nobilísimo conde y todos sus clarísimos huéspedes y leudos que están aqui presentes. Toma este palo... que te servirá de caballo , y galopa con la gracia que sabes al rededor de esta mesa. ¡ Ea , Monte Dorado , á caballo ! Sitio , sitio , señores ; y sobre todo no os acerqueis demasiado. ¡ A galope , gallardo ginete !

El amante de Gilda se montó sobre el palo que cogió entre sus patas delanteras , y guiado por la cadena de Karadoc , comenzó á correr con grotesca lentitud al rededor de la sala , en medio de estrepitosas carcajadas.

El viejo proscrito le guiaba mientras decia para sí :

— Cuando oí hablar á este rey franco del valor de la raza bretona , mi corazon latia con tal fuerza que casi he descubierto mi secreto... Pensaba ademas en mi buen abuelo Araim , que en otro tiempo me llamaba su favorito , y en mis padres... que han muerto sin duda en el pais que abandoné hace mas de cuarenta años , y donde viven tal vez aun mi hermano Kervan y mi querida hermana Roselik... Entonces , brotó á pesar mio una lágrima de mis ojos... ¡ Ronan ! ¡ Loy-sik ! Hijos míos... ya estoy cerca de vosotros... ¿ Pero como os salvaré , cómo ? Inspiradme , Dios mio.

El Arquero seguia montado en el palo , y alentado con la favorable acogida de los francos y acordándose de sus antiguos triunfos en las noches de las Kalendas de enero , daba saltos y piruetas que recreaban á aquellos rústicos teutones y les hacia reir estrepitosamente. El conde en especial se reia tanto y con tanto gusto puestas las manos sobre el vientre , que casi reventó su hermosa dalmática de paño bordado de plata.

- De pronto dijo á Chram sin dejar de reir :
- Príncipe ¿quieres divertirte aun mas ? ¡Ja ! ¡ja ! ¡ja !
- Acaba , conde... Vas á reventar de tanto reir.
- Es que... mi proyecto... ¡ja ! ¡ja ! ¡ja ! ¡ja !
- ¿Qué proyecto ?
- Tengo dos perros enormes y muy feroces para la caza del lobo y del javalí... Vamos á atar el oso en una de las columnas de la sala...
- ¿Y á arrojarle alguno de tus perros ?
- Si , Chram... ¡ja ! ¡ja ! ¡ja !
- ¡ Viva el conde Neroweg ! Aplaudo tu idea. Vengan al momento los perros. Cuanto mas feroces sean mas completa será la diversion.
- ¡ Si ! ¡ si ! gritaron los francos pateando de alegría... ¡ Los perros ! ¡ Los perros !
- ¿ Dónde está Gondulfo ? ¡ Que venga al momento mi montero !
- Señor conde , aqui estoy...
- Trae á esta sala á *Mirf* y á *Morf*... Que me sirva este vino de veneno si mis perros dejan un hueso sano al oso.
- Señor , voy á traer los perros : vuelvo al instante con *Mirf* y *Morf*.
- Quando el amante de Gilda oyó la proposicion del conde , universalmente recibida con aclamaciones , se paró repentinamente olvidándose de representar al natural el papel de oso , y ya iba á espre-sar con ademanes imprudentes su negativa de esponerse á los dientes de *Mirf* y *Morf* ; pero afortunadamente una ligera sacudida dada á la cadena por Karadoc recordó la prudencia al proscrito , y este continuó saltando con la mayor indiferencia.
- Karadoc se postró entonces humildemente á los piés de Neroweg , y dijo sin soltar la cadena :
- Señor conde , nobilísimo señor...
- ¿Qué quieres ?
- Mi oso es mi único medio de subsistir... y si me lo matan...
- ¿Y no me espongo yo á ver mis dos mejores perros despedazados por tu oso ? ¿No dices que es tan feroz ?
- Señor , vuestros perros no os dan la subsistencia , en tanto que mi oso...
- ¿Te atreverás á oponerte á mi voluntad ?
- ¡ O gran príncipe ! añadió Karadoc sin levantarse y dirigién-

dose hácia Chram con ademan suplicante, un pobre anciano reclama vuestra intercesion. Hablad en mi favor á este nobilísimo señor que os respeta como hijo de su rey y haced que desista de su proyecto. Os juro por mi salvacion que las habilidades que hará mi oso os divertirán cien veces mas que ese combate sangriento que va á dejarme sumido en la miseria.

— Levántate, buen hombre; yo intercederé por tí.

— ¡Gracias, gran príncipe! Habeis salvado á mi oso.

Las palabras de Chram suscitaron violentos murmullos entre los leudos del conde, pues no solo se veian privados de un espectáculo divertido, sino que se creian nuevamente humillados en la persona de su señor.

— Neroweg, responde á Chram que en este castillo no hay mas rey que tú, dijo Sigefrido, uno de los provocadores de la disputa apenas ahogada en el momento que entraran Karadoc y su oso. No; el rey Chram no puede privarnos por un capricho de la diversion que te place darnos y que nos place disfrutar.

— ¡No, no! añadieron en voz alta los demás guerreros del conde; queremos ver morir el oso. ¡Los perros! ¡Los perros! Aquí no manda nadie mas que Neroweg.

— Si; y el que se oponga sabrá si están bien templados nuestros aceros, gritó Sigefrido.

— Rústicos campesinos son tan solo capaces de insultar á un huésped... cuando es el hijo del rey, replicó el Leon de Poitiers con ademan amenazador. ¿Son estos los ejemplos de cortesania que das á tus leudos? Asi lo creo, Neroweg, al ver que tu mayordomo se apresura á llevarse la vajilla de oro y plata cuando apenas ha terminado el banquete, y temiendo sin duda que te la robemos.

— ¡Caballeros... caballeros! gritó Colbiac. ¿Va á renovarse la contienda por un motivo tan necio?

— Tienes razon, Colbiac; no vale la pena el reñir por tan poca cosa, dijo Chram. Pero estos esforzados leudos creen que me opongo á esta diversion y se equivocan, lo único que he dicho á este buen hombre es que no quiero privarle de su subsistencia.

— Gracias, señor, gracias.

— ¿Cuanto vale tu oso?

— Para mí no tiene precio.

— Valga lo que valiere, te lo pagaré si lo matan los perros.

Este arreglo, acogido con las aclamaciones de los francos, apaci-

guó la nueva contienda, pero Karadoc volvió á arrodillarse y exclamó:

— Gran príncipe, ningún precio reemplazaria para mí este oso. ¡ por favor... renunciad á vuestro proyecto!

— ¡ Los perros! ¡ Ya están aqui los perros!

— En mi vida he visto animales mas soberbios, dijo Chram. Conde, si toda tu trahilla es asi, puede rivalizar con la mia que creia que no tenia igual en toda la Galia.

— ¡ Qué cabeza! ¡ qué patas tan enormes! ¿ No es cierto, Chram? Si oyeras sus ladridos!... Los mugidos de un toro son como el canto del ruiseñor comparados con sus ahullidos cuando acometen un lobo ó un jabalí.

— Apuesto á que uno de ellos basta para acabar con el oso, dijo Spatacario.

— ¡ Ea, titiritero! Ata el oso á una columna, y principiemos... Ya te he dicho que si muere el animal te lo pagaré.

— Príncipe ilustre, compadecéos de un pobre anciano...

— Basta... basta! Ata el oso y acabemos.

— Insistir mas era descubrir el secreto. Asi lo conoció Karadoc que añadió dirigiéndose á Chram:

— Glorioso príncipe, hágase vuestra voluntad, pero permitidme tan solo...

— ¡ Habla! ¡ Habla!

— Si mi oso está atado, el espectáculo será muy poco divertido.

— ¿ Qué quieres, pues?

— ¿ Quieres, viejo imbécil, que nos devore?

— No, no, príncipe; permitidme tan solo que le arme con este palo.

— ¿ No tiene uñas?

— Se las limé por precaucion... Podeis verlo, gran príncipe.

— Te creo, te creo... Bien: que se arme con un palo... ¿ pero crees que sabrá hacer uso de él?

— El miedo de ser devorado le obligará á defenderse como pueda, y en toda vuestra vida habreis visto un espectáculo semejante.

— ¿ Qué dices, Neroweg? preguntó Sigefrido que era el leudo mas quisquilloso en cuanto á la dignidad del conde. ¿ Concedes que el oso se arme de un palo? Tú solo eres quien tiene derecho aqui de decir: quiero.

— Si, si, le concedo el palo, y me parece que el ver á un oso

descargando golpes contra perros será un espectáculo chistoso. Sin embargo, hubiera preferido verlo estrangulado por Mirf y Morf, pero esto hubiese durado poco rato. Esclavos, tocad las trompas y los tambores, y vosotros, acercad las antorchas al círculo que va á formarse. Levantadlas para que veamos el combate. Tocad, tocad para animar á los perros.

— ¡A la columna el oso... á la columna!

Karadoc condujo al amante de Gilda á uno de los extremos de la sala, lo ató á una de las vigas que formaban la columnata, y le dijo al darle el grueso y nudoso palo sobre el cual había montado:

— ¡Animo, Monte Dorado! Defiéndete como puedas para divertir á estos nobles señores.

Formóse un gran círculo iluminado por las antorchas que enarbolaban los esclavos. Se hallaban en primera fila el rey Chram y sus favoritos, el conde, Colbiac y varios leudos, y los demás espectadores se subieron sobre la mesa. El proscrito-oso estaba en el centro del círculo con su grotesca túnica y con una serenidad intrépida; se había sentado sobre su cuarto trasero como un oso que no recela ningun daño, sosteniendo maquinalmente el palo con las patas delanteras, y dejándolo á intervalos para rascarse con movimientos que revelaba la mayor indiferencia.

De pronto resonaron con estruendo los tambores y las trompas de caza, y Gondulfo, el montero del conde, entró en el círculo conduciendo los dos enormes perros. Su cuello era enorme; sus ojos sangrientos estaban medio ocultos bajo sus largas orejas colgantes, y el color negro, el leonado y el blanco matizaban su pelo que se erizó sobre el espinazo cuando vieron al oso. Empezaron entonces á ladrar de un modo formidable, y de un salto rompieron la cuerda con que Gondulfo los sujetaba y se precipitaron sobre el amante de Gilda.

— ¡Animo, Mirf! ¡ánimo Morf! gritaba el conde palmoteando ¡Sus! ¡al oso! ¡no le dejéis un pedazo de carne sobre los huesos!

— A no ser por un prodigio de fuerza y de destreza, van á hacer pedazos á mi amigo, se descubre nuestro ardid, y pierdo la única ocasión de salvar á mis hijos... ¡Ah! si sucedé como me lo temo, mataré á puñaladas al conde, dijo para sí Karadoc, y mientras pensaba en esto se puso la mano debajo de su traje, asió el puñal y se preparó á acometer á Neroweg.

El oso continuó representando su papel con presencia de ánimo al

ver los perros; hizo un movimiento de sorpresa, y arrimándose á la viga, se preparó con el palo levantado á rechazar el ataque de los perros. En el momento que Mirf se lanzaba para asirlo del vientre, mientras Morf daba vueltas ladrando, el Arquero le descargó en la cabeza tan certero y furioso golpe, que el palo se hizo tres pedazos y Mirf cayó como herido del rayo exhalando un terrible abullido.

— ¡ Maldicion! gritó el conde... ¡ Un perro que me habia costado tres sueldos de oro! ¡ Oh! ¡ traspasad el oso con vuestras espadas!

Las imprecaciones del conde no se oyeron en medio de las aclamaciones frenéticas de los espectadores, que mas desinteresados que Neroweg en el combate, aplaudian el valor del oso y esperaban con curiosa ansiedad el resultado de la lucha. El proscrito-oso estaba desarmado y luchando cuerpo á cuerpo con el otro perro que, en el momento de romperse el palo, habia asido con sus dientes formidables á su adversario de una pierna derribándole con el impetuoso choque. La sangre del compañero de Karadoc brotaba copiosamente y enrojecia la paja que cubria el pavimento. El oso y el perro rodaron dos veces, pero el proscrito sujetó con el peso de su cuerpo á su enemigo que, como *Deber-Trud*, no soltaba la presa, empezó á estrangularlo, y lo ahogó por fin apretándole violentamente el cuello con sus robustas manos.

Durante esta lucha terrible bajo dos conceptos, porque no solo el mordisco del perro habia atravesado la pierna del proscrito y le causaba un dolor atroz, sino que se esponia á morir, lo mismo que Karadoc, si se descubria su disfraz, el amante de Gilda representó con tanta exactitud su papel *ursino*, que no arrojó mas gritos que algunos sordos gruñidos. Terminado el combate, el digno animal se sentó al pié de la viga entre los cadáveres de los dos perros, y bajando la cabeza, hizo ver que se lamia la sangrienta herida, en tanto que Chram, sus favoritos y varios leudos del conde aclamaban con vivas y aplausos el triunfo del oso.

— ¡ Pobre de mi! murmuraba el viejo Karadoc, acercándose á su compañero, mi oso está herido de muerte tal vez... ¡ pobre de mi!

— ¡ Traed picas! ¡ traed hachas! gritaba el conde furioso. ¡ Haced pedazos á ese feroz animal que acaba de matar á Mirf y á Morf, los dos mejores perros de mi trabilla! ¡ Por el *águila terrible* mi abuelo que ha de morir al momento ese condenado oso! ¡ No me oyes, Gondulfo? añadió dirigiéndose á su montero pateando de rabia, toma unade las picas que hay colgadas en la pared y mata el oso!

Gondulfo corrió á armarse de una pica en tanto que Karadoc esclamaba tendiendo hácia Chram sus manos suplicantes:

— ¡ O gran príncipe ! vos sois mi única esperanza... Imploro vuestra compasion y me pongo bajo vuestra proteccion y la de vuestra mesnada , terrible é invencible en la guerra. Valerosos guerreros , no permitireis , no , la muerte de este oso , que vencedor pero herido en la lucha , ha combatido sin traicion... Vosotros , que sois tan esforzados en la batalla como generosos despues de la victoria , teneis como vuestro glorioso rey gran nobleza de alma para que dejeis de indignaros de una brutal cobardia , aunque se cometa contra un pobre animal. O guerreros , tan brillantes por la armadura y la gracia militar como formidables por el valor , me pongo bajo la proteccion de vuestro rey... y espero que este nobilísimo príncipe pedirá la vida del oso al señor conde que nada puede negar á tan ilustres huéspedes.

El franco es vanidoso , y placen á su orgullo las alabanzas mas exageradas. Karadoc lo sabia , y esperaba tambien que dirigiéndose solamente á la mesnada real reanimaria entre ella y los leudos del conde las últimas contiendas apenas apaciguadas. Sus palabras fueron acogidas favorablemente por los guerreros de Chram , y este dijo acercándose á Neroweg :

— Conde , yo y todos tus huéspedes te pedimos el perdon de este valeroso animal en nombre de la antigua costumbre germánica , segun la cual , como sabes muy bien , nunca se desecha la peticion de un huésped.

Rey , no ignoro esa costumbre , pero á pesar de ella y del mundo entero , vengaré la muerte de Mirf y de Morf que me costaron seis sueldos de oro... Gondulfo , picas , hachas , y que se haga pedazos al momento á ese animal.

— Conde , este pobre titiritero se ha puesto bajo mi proteccion... y no puedo ni debo abandonarle.

— Chram , que protejas ó no á ese malvado , vengaré la muerte de Mirf y de Morf...

— Escucha , Neroweg ; tengo una trahilla que no es inferior á la tuya... ya la viste cazar en el bosque de Margevist... Envia tu monterero á mi quinta , y que elija seis de mis mejores perros para reemplazar á los que has perdido.

— No necesito tus perros... te he dicho que vengaré la muerte de Mirf y de Morf ! esclamó el conde rechinando los dientes con furor

¡Si; vengaré la muerte de Mirf y de Morf! ¡Gondulfo, picas... hachas!

— Salvage montañés, faltas á todos los deberes de la hospitalidad negándote á la peticion del hijo de tu rey, dijo el Leon de Poitiers á Neroweg, así como nos has ultrajado impidiendo á tu mujer que asistiese al festin y mandando retirar la vajilla antes de terminar la cena. Luego eres mas oso que este animal, que no matarás, pues yo lo defiendo desde el momento que el titiritero se puso bajo la proteccion de Chram y de sus guerreros.

— Compañeros, gritó Sigefrido ¿permitiremos que se insulte por mas tiempo al conde de quien somos leudos y compañeros?

— ¿No oís á esos rústicos? dijo uno de los guerreros de Chram ¿No veis cómo ladran sin atreverse á morder?

— Yo, Neroweg, rey en mi castillo como el rey en su reino, mataré á ese oso, y si dices una palabra mas tú, á quien llaman *Leon*, te humillaré á mis pies como á un descarado zorro palaciego.

— ¿Me injurias, torpe jabalí? gritó el gallo renegado, pálido de ira, sacando la espada con una mano y cogiendo con la otra al conde del cuello de su dalmática ¿Quieres acaso que tu garganta sirva de vaina á este acero?

— ¡Te entiendo, bandido; quieres arrancarme mis collares de oro! gritó Neroweg no pensando mas que en defender sus alhajas, y creyendo al ver el ademan de su adversario que trataba de robarle. Razon tenia en poner mi vajilla al abrigo de vuestras manos rapaces, osados leudos reales.

— ¡Nos trata de ladrones! ¡A las espadas, hombres de la mesnada real! ¡á las armas! Vengamos nuestro honor... ¡Mueran estos rústicos!

— ¡Perros bastardos! gritó Neroweg, separado del Leon de Poitiers por Sigefrido que se habia arrojado entre ambos ¿hablais de espadas?... aqui teneis una, y de buen temple. Vas á probarla, lujurioso blasfemo, tú que no eres leon mas que de nombre... ¡A mí, mis leudos! ¡Han puesto la mano sobre vuestro compañero de guerra!

— ¡Neroweg! gritó Chram interponiéndose porque su favorito se habia desembarazado de Sigefrido y volvía á acometer al conde con la espada levantada. ¿Estais locos? Leon, te mando que envaines la espada.

— ¡Bendito sea mi patron San Martin que me ofrece una ocasion

de castigar á ese sacrilego que desde que entró en mi castillo no ha cesado de burlarse de mí! dijo el conde sin escuchar á Chram y tratando de luchar con su adversario del que por segunda vez le habian separado en medio del tumulto.

— ¡Leudos, defendamos á Neroweg! gritó Sigefrido. La ocasion es escelente para demostrar á estos fanfarrones que nuestras espadas enmohecidas valen mas que sus aceros cortesanos. ¡A las armas! ¡á las armas!

— ¡Y nosotros tambien... á las armas! Hagamos callar á estos perros.

— Se creen fuertes porque están en su choza.

— ¡Defendamos al favorito de nuestro rey Chram!

— Nobles guerreros, gritaba Colbiac esforzándose en dominar el tumulto y la griteria que crecian por momentos, envainen todos; no peleéis por tan futil motivo. ¡Paz! ¡paz!

— Amigos míos, gritaba Chram sin poder ser oido, envainad las espadas. Imnacario, Spatacario, contened á nuestros hombres; y tú, Neroweg, manda á los tuyos que cesen de pelear.

¡Vanas palabras! Y por otra parte, Neroweg no podia oirlas porque una oleada de la tumultuosa multitud le habia alejado nuevamente del Leon de Poitiers á quien buscaba y llamaba con furiosos gritos.

Los guerreros de Chram y los del conde se acometieron despues de haberse injuriado, provocado y amenazado con la voz y el ademán, y despues del primer golpe que se descargó, se travó una contienda insensata, furiosa, ébria, y tanto mas terrible cuanto que los esclavos que sostenian las antorchas que iluminaban la sala, creyendo sucumbir en la contienda, huyeron arrojando las antorchas que se apagaron en el pavimento. Al cabo de algunos momentos la sala quedó sumida en las tinieblas y la lucha continuó con ciego encarnizamiento.

¿Y Karadoc? ¿Y el amante de Gilda? ¿Se quedaron en medio de aquella carniceria? No, no; el viejo Karadoc, despues de haber lanzado la tea de la discordia entre la mesnada real y los leudos del conde, no tardó en ver reanimada la rivalidad de aquellos bárbaros, apenas apaciguada ya dos veces, de modo que olvidaron completamente á él y á su oso. Asi pues, cuando el furor inflamó todos los corazones y el tumulto llegó á su colmo, el viejo bandido dijo en voz baja á su compañero:

— ¿Te impide tu herida seguirme y defenderme ?

— No.

— ¿Tienes el puñal ?

— Si.

— No te separes de mí é imítame.

Travábase en aquel momento la pelea , y algunos esclavos dejaban, ya huyendo, ya arrojando sus antorchas, la sala del festin en una oscuridad casi completa. Karadoc, seguido del Arquero, se arrojó debajo de la maciza mesa que no habian derribado durante el combate, porque segun la costumbre habitual de los francos, estaba clavada en el suelo. Puesto asi al abrigo de los combatientes, quitó la argolla al amante de Gilda, y arrastrándose ambos por debajo de la mesa y guiados por el postrer resplandor de las antorchas que se extinguian en el pavimento, se dirigieron hácia una de las puertas de la sala del festin que dejaba libre la oleada de los combatientes; salieron, y casi al mismo tiempo se hallaron frente á frente de dos esclavos que, habiendo huido por otra salida, corrian despavoridos con las antorchas en la mano.

Cada proscrito cogió á un esclavo por la garganta y le puso el puñal en el pecho.

— Apaga la antorcha, dijo Karadoc, y guíame al ergástulo ó mueres.

— Dame la antorcha, dijo el amante de Gilda, y guíame á las granjas ó mueres.

Los esclavos obedecieron y los dos proscritos se separaron.

XIII. — Salvacion inesperada.

Los presos del ergástulo estaban cerca de la reja.

La tierna Odila, que dormia en el regazo de Gilda, se despertó sobresaltada diciendo;

— Ronan ¿quién es? ¿Vienen ya á buscarnos para llevarnos al suplicio ?

— No, Odila: apenas ha trascurrido la mitad de la noche. Pero no sé qué sucede en el castillo; todos los francos que nos custodiaban han abandonado su puesto para acompañar á uno de los suyos que ha venido á buscarles. Hace bastante rato que han partido corriendo y empuñando las armas.

— Ronan, presta el oido en direccion de la morada señorial... Me parece oír un ruido extraño...

- ¡Silencio!
- Son gritos tumultuosos... se diría que se oyen chocar espadas...
- Loysik, los restos de mi banda, unidos á otros proscritos, atacan sin duda el castillo. Hermano mio, van á libertarnos... vamos á vengarnos.
- Si, Ronan; vienen á libertarnos, dijo Odila.
- ¡Vana esperanza, hija mia! Los presos abrigan insensatas ilusiones. Y además, seria preciso que nuestros valientes compañeros nos llevasen en hombros á mí y á mi hermano... porque no podríamos dar un paso.
- ¡Fuego! ¡fuego!
- ¡Hay fuego en el castillo!
- ¿Veis aquel resplandor qué sube hasta el cielo?
- ¡Incendio y batalla! Son mis proscritos.
- ¡Mas fuego! ¡allá... más lejos!
- El incendio principia por dos lados.
- El tumulto crece... ¿Oís como gritan: fuego, fuego?
- El incendio se extiende... Ved, ved delante de nuestro subterráneo... ¡Qué claridad! Parece que es de día.
- Un hombre corre hácia aquí...
- ¡Mi padre!
- ¡Ronan... Loysik, hijos míos!
- Vos, mi padre, aquí...
- ¿Cómo se abre esta reja?
- Por fuera... con ese enorme cerrojo.
- ¡La llave... la llave!
- Se la habrán llevado los francos.
- ¡Maldicion! El cerrojo es fuerte... Ronan, Loysik, ayudadme para romper esta reja.
- No podemos movernos, padre mio... el tormento nos ha quitado las fuerzas...
- ¡Qué desgracia! Ver allí á mis dos hijos... y no poder salvarlos... Pero si; es forzoso... los salvaré.
- Padre mio, no lograreis vuestro deseo... dadnos la mano al través de la reja para que la besemos, y no penseis mas que en huir... Al menos hemos tenido la dicha de volver á veros.
- ¿No les veis? Ya vienen.
- ¡Es un oso!

— ¡Aquí, Arquero! Libertemos á mis hijos.

— ¡Gilda... hermosa Gilda! ¿Me conocés ahora? dijo el Arquero quitándose la cabeza de oso.

— ¡Eliano!

— Vengo á salvarte. Dame tu mano al través de la reja.

— ¡Toma... pero sálvanos!

— Mis labios han tocado tu mano, y me siento ya con fuerzas para sostener el mundo. Ayudadme, Karadoc; derribemos esta reja.

— Arquero, ¿estais solos tú y mi padre?

— Solos, Ronan.

— Y uniendo sus esfuerzos á los del viejo bandido para derribar la reja, el Arquero añadió:

— He dado fuego al castillo por sus cuatro costados, y establos, caballerías y granjas, todo ardé como una antorcha. La casa del conde, llena de francos que se matan está construida de madera y parece en medio del incendio un tizon en un horno encendido. ¡Maldición! ¡No es posible derribar esta reja!

— Sálvate, Eliano, y así moriré con tu recuerdo. Decid, Loysik, ¿puedo avergonzarme de mi amor!

— ¡Huid, padre mio!

— ¡Huye, Eliano!

— Hijos míos, antes de caer bajo el hacha de los francos, moriré de rabia si no puedo libertaros.

— Eliano ¿quieres que te maten en mi presencia?

— Hermosa Gilda, estrecharé tu mano al través de la reja, y ni siquiera sabré si los francos me matan.

— Eliano, la muerte nos espera; ¿me prometes en este instante supremo ser mi esposo?

— Te lo juro.

— ¿Le ois, Loysik?

— Gilda, ese amor es desde hoy sagrado, y si salimos de aquí con vida debéis uniros al momento ante Dios.

— ¡Gracias por vuestras palabras, Loysik!

— Pero esa llave... esa llave... Estará oculta en alguna parte.

¡Hijos míos!

— A fé de Arquero que el castillo arde como paja. ¡Ah! si nuestros proscritos pudieran ver á tiempo ese incendio que es la señal convenida...

— ¿No habeis venido solos?

— Una docena de los nuestros bien armados deben estar en el bosque ó rodando como verdaderos lobos al rededor de los fosos...—

— ¡ Los fosos no pueden vadearse!

— En ese caso, haced el último esfuerzo, Karadoc. Los francos que custodiaban el ergástulo no piensan ahora mas que en apagar el fuego. Cavemos la tierra debajo de la reja con nuestros puñales.—

— ¡ Los francos! Vienen hácia aqui...—

— Se ven brillar sus armas al resplandor del incendio.

— ¡ Padre mio, ya no hay esperanza... estais perdido!

— ¡ Perdido... y nosotros aqui sin fuerza para defenderos!

— Eliano, por la postrera vez te lo suplico... ¡ huye! ¿ Te niegas?

Unos veinte hombres de á pié y algunos leudos corrian armados hácia el ergástulo. Uno de los leudos decia:

— Una parte de esos perros de esclavos se aprovecha del incendio para rebelarse, y tratan de venir á libertar al gefe de los bandidos y á los presos. Pronto, démosles muerte pronto... y despues estermi-
naremos los esclavos. ¿ Donde está la llave de la reja?

— Aqui.

En el momento que Sigefrido tomaba la llave vió á Karadoc y gritó:

— ¡ El titiritero aqui! ¿ Qué haces en este sitio, miserable?

— Noble leudo, mi oso se ha escapado huyendo del fuego, y corro en su busca. Creo que está aquí cerca de la reja en un rincon.

— Sigefrido, ya está abierta la reja, dijo uno de los francos. ¿ Principiamos por los hombres?

— Yo principio por los hombres, dijo Karadoc hundiendo su puñal en medio del pecho de Sigefrido á quien se habia acercado mientras le respondia. El leudo entraba en el ergástulo cuando abrieron la reja con el hacha en la mano, y el anciano bandido se arrojó sobre él para morir si era preciso al lado de sus hijos.

— ¿ Qué te parece el oso? dijo el Arquero clavando el puñal en el pecho de otro franco y defendiendo á Gilda.

— ¡ Vivan los proscritos! gritaron varias voces tumultuosas y lejanas, no en medio de los edificios que ardian sino en el espacio que separaba el ergástulo del foso.

Y acercándose por momentos las voces, repetian:

— ¡ Mueran los francos!

— ¡ Los proscritos! exclamaron los francos absortos é inmóviles

tras la muerte de los dos leudos. ¡ Los proscritos ! ¿ Salen acaso del infierno ?

— ¡ Aquí ! gritó Ronan con voz de trueno ; ¡ aquí , próscritos !
Eran los doce proscritos que atraídos por el resplandor del incendio , que era la señal convenida , habían cruzado el foso. ¿ Pero cómo ? ¿ No estaba el foso lleno de una agua cenagosa tan profunda que se tragaba al que se atrevía á atravesarlo ? Es verdad , pero los proscritos , que desde el anochecer rodaban en torno del castillo como lobos al rededor de un redil , habían sondeado el foso , y viendo que la empresa era imposible , cortaron con las hachas dos álamos rectos como flechas y les quitaron las flexibles ramas con las cuales ataron los dos troncos por los extremos. Echaron entonces al través del foso , no lejos del ergástulo , tan frágil y angosto puente , y ligeros y diestros como gatos , se arrastraron uno tras otro sobre los troncos para llegar á la margen opuesta. Dos proscritos cayeron en este aéreo y peligroso paso y desaparecieron en el fondo del agua. Sus compañeros encontraron dentro del recinto unos treinta esclavos , armados de palos , hoces y picas , que se habían sublevado para correr al ergástulo á libertar á los presos.

Los guerreros de Chram y los de Neroweg , despues de haber combatido en medio de las tinieblas en la sala del festin , olvidaron su contienda y dejaron los cadáveres y los heridos en el sitio del combate ; los del conde corrieron á apagar el fuego , y los de Chram á salvar los caballos y bagages de su amo y sacarlos de las caballerizas medio abrasadas.

Los francos que se dirigieron al ergástulo para dar muerte á los presos eran unos veinte , y todos fueron cercados y muertos por los proscritos despues de una tenaz resistencia. Era urgente y forzoso que no sobreviviese uno solo porque podria este correr á dar aviso á los leudos que se hallaban á quinientos pasos de distancia.

Dos esclavos cogieron en hombros á Ronan , otros dos á Loysik , y Eliano dió la mano á Gilda y á Odila.

El viejo Karadoc seguía á sus hijos dispuesto á morir en su defensa.

La triunfante lucha del ergástulo habia pasado en menos tiempo del que se necesita para describirla ; pero faltaba que vencer muchos obstáculos para salir del recinto del castillo. Era preciso llegar al puente , única salida posible á causa de Ronan , Loysik , Gilda y Odila que apenas podían dar un paso , y para llegar al puente tenían

que seguir largo rato el recinto por debajo de los árboles del hipódromo y atravesar el terreno completamente descubierto que se extendía en frente del incendio.

— El viejo Karadoc, que era prudente y animoso en el consejo, mandó hacer alto á su tropa debajo de los árboles y dijo:

— Si saliéramos juntos del castillo no quedaria uno solo de nosotros con vida, pues la mayor parte de los francos abandonarían el incendio para esterminarnos. Soy de parecer que al llegar al terreno descubierto que tenemos que recorrer nos separemos y nos arrojemos en medio de los francos que están dispersos y ocupados en trasportar lo que pueden salvar de las llamas. Reunámonos con esa multitud aterrada, hagamos ver que nos ocupamos en salvar alguna cosa corriendo de una parte á otra, y así saldremos de este peligroso paso y llegaremos aisladamente al puente que será el punto de reunión.

— ¿ Pero como podremos, padre, evitar que nos vean cuando pasemos en hombros de estos buenos esclavos?

— No importa que os vean; creerán que estos esclavos trasladan dos hombres heridos por los escombros del incendio. Tratad únicamente de taparos el rostro con las manos y de exhalar dolorosos gemidos. Lo mismo puede hacerse con Gilda y Odila que el Arquero y un proscrito llevarán en brazos como si fueran jóvenes que acaban de salvar de las llamas en el gineceo. ¿ Lo habéis entendido?

— Si.

— ¿ Lo aceptais?

— ¡ Si... si!

Ejecutóse exactamente el plan de Karadoc.

¡ Qué espectáculo tan terrible presentaba aquel vasto castillo devorado por las llamas! Los techos de las granjas y de las caballerizas se hundían con estruendo lanzando hácia el cielo estrellado inmensas llamaradas, y el viento del norte, que soplaba con violencia, inclinaba hácia el sud las crestas de las grandes olas de fuego que se extendía como un mar sobre los edificios medio derruidos. En el momento que Ronan pasaba en hombros de los dos esclavos por delante de la morada señorial, construida casi enteramente de madera y cubierta con tablas de encina, vió el techo, abrasado y sostenido hasta entonces por algunas gruesas vigas carbonizadas, abismarse con el estrépito del trueno en medio de las paredes y cimientos de piedra volcánica, que eran los únicos que habían quedado en pié, así como

algunos enormes maderos negros y humeantes que parecían espectros. Veíanse brillar al resplandor del incendio los cascos y las corazas de los leudos de Chram que corrían de un lado á otro, imitando á los de Neroweg, y que se esforzaban en hacer salir de las caballerizas los caballos y los mulos cargados apresuradamente. Algunos leudos y esclavos del conde trasportaban en hombros y arrojaban lejos del fuego los objetos que habían podido arrancar de las llamas, y volvían á los edificios para disputar otros restos al incendio.

— ¡Qué tumulto tan infernal! ¡Qué música tan horrible formaban los relinchos de los caballos, las imprecaciones de los francos y los gritos de los heridos que los escombros abrasaban ó despedazaban al hundirse con estruendo!

Los proscritos lograron pasar el puente después de cruzar felizmente entre la multitud de los francos que hormigueaban en torno del incendio.

— ¡Pronto, pasad pronto! dijo Karadoc. ¿Estamos todos fuera del recinto?

— ¡Sí; ¡todos! ¡todos!

— Tiremos ahora todos del puente; he roto las cadenas que lo sujetan por el lado del castillo, y si los francos intentan perseguirnos, tendremos sobre ellos una inmensa ventaja, pues no es fácil construir un puente en medio del tumulto y del espanto en que se encuentran.

— Bien pensado, Karadoc. Ya está el puente en este lado del fosó.

— ¡Hijos míos, nos hemos salvado!

— Gilda, dijo Ronan, ya no nos separaremos jamás.

— Si, respondió Gilda, seré tuya hasta la muerte.

— Odila, preguntó Ronan á la esclava ¿se ha calmado tu terror? ¿eres feliz á mi lado?

— Ronan, respondió la pobre esclava, mientras existas y estés á mi lado, olvidaré mis pesadas penas para no pensar mas que en mi dicha.

XIV. — Muerte de Neroweg.

Los proscritos y los esclavos sublevados se dirigieron apresuradamente hácia el bosque.

El Arquero llevaba en sus brazos á Gilda que volvió el rostro

oyendo á los pocos pasos á dos proscritos y dos esclavos que iban detrás y que decían respirando anhelosamente:

— ¡ Como pesa ! ¡ como pesa !

— Si ese jabalí pesa mucho relevaos para llevarlo. ¡ Oh ! no es una carga ligera y grata como tu, Gilda... Pasa el brazo al rededor de mi cuello y estarás con mas comodidad.

— ¿ De qué jabalí hablas, Eliano ?

— De la parte de botin del viejo Koradoc.

— ¿ Qué botin ? Pero ¿ qué veo ? ¿ No es un hombre eso que llevan nuestros amigos ?

— Si, un hombre atado y que pesa como un jabalí.

— ¿ Quién es ese hombre ?

— Alegrate, Ronan ; es el conde.

— ¡ Neroweg !

— El mismo... diestramente arrebatado no ha mucho en medio de sus leudos por tu padre y dos compañeros mas.

— ¡ Neroweg en nuestro poder ! Parece increíble.

— Ven hácia aquí, Karadoc ; tu hijo se resiste á creer el rapto del jabalí franco.

— Si, hijo mio ; ese hombre con la cabeza envuelta en una túnica es Neroweg... es mi parte de botin.

— Te pertenece, Karadoc, dijeron los esclavos del conde que habian seguido á los bandidos, pero con la condicion de que ha de morir á tus manos.

— Hijos mios, dijo Loysik, el conde está vencido, pero debeis respetarle y perdonarle.

— ¿ Cómo lograsteis apoderaros del conde ? preguntó Ronan.

— Os seguia gritando : « Haced sitio á dos heridos que acabamos de sacar de entre los escombros, » y mientras me confundia con tres de los nuestros entre la multitud azorada, me acercaba lentamente al foso. De pronto ví á lo lejos al conde solo, que llevaba penosamente en sus brazos varios sacos de piel llenos sin duda de oro ó plata, y se dirigia á una cisterna abandonada. Como Neroweg estaba solo y bastante lejos del incendio, me acudió la idea de apoderarme de él. Me arrastré seguido de mis dos compañeros por detrás de los arbustos que rodean la cisterna en la cual acababa de arrojar el conde algunos de sus sacos, temiendo sin duda que se los robasen en medio del tumulto y con la esperanza de volverlos á hallar en el escondite ; nos arrojamos los tres sobre él de improvisó, le vencimos,

le sujetamos, le puse las rodillas sobre el pecho y la mano en la boca para impedir que llamara en su auxilio á los leudos, uno de los nuestros se quitó la túnica, envolvió con ella la cabeza á Neroweg, los otros le ataron de pies y manos con sus cintos, y habiendo recogido los sacos que aun no habia arrojado en la cisterna, nos llevamos al señor conde. El puente estaba inmediato... y hé aquí como hice mi parte de botín.

— Es bien pesada. ¿Tendremos que llevarla mucho rato, Karadoc?

— Ya no pueden oirse desde aquí los gritos del conde; quitadle la túnica que le envuelve la cabeza.

— Te obedecemos.

— Conde Neroweg, te dejaremos los pies libres, pero continuarás con las manos atadas. ¿Quieres andar por el bosque? Si te resistes te llevaremos como te han llevado hasta aquí.

— ¿Vais á asésinarme en el bosque?

— ¿Quieres seguirnos? Responde.

— Te seguiré, titiritero maldito. Viles esclavos, vais á ver con cuánta firmeza espera la muerte un noble franco.

Llegaron al bosque cuando sonreía el alba.

Veíase á lo lejos luchando con los primeros resplandores del día una claridad inmensa: eran las ruinas del castillo envueltas en las llamas.

Los esclavos que conducian á Ronan y á Loysik los depositaron en el verde césped, y Odila y Gilda se sentaron á su lado. Los proscritos y los esclavos sublevados se colocaron en círculo, y el conde les lanzaba miradas intrépidas á pesar de verse atado y en medio de sus enemigos sedientos de venganza, porque los francos eran valientes en presencia de la muerte. El viejo Karadoc demostraba en su semblante la alegría que experimentaba al ver salvados á sus hijos y en su poder á un Neroweg, á un descendiente de los antiguos y encarnizados enemigos de su familia.

— Vamos á ser vengados, dijo Ronan; vas á ser vengada, Odila.

— No pido para mí venganza, respondió la esclava; Loysik me decia en la cárcel que es mas noble y mas digno el perdon que la venganza, y no quiero por consiguiente turbar mi dicha con el rencor y volviendo mal por mal.

— ¡Bendito sea tu labio, Odila! dijo el ermitaño; pero no temas, que mi padre no matará á un hombre desarmado.

— ¿Qué no le matará? exclamó Ronan arrojando una imprecación horrible, mi padre matará á ese franco que nos puso sin piedad en el tormento, que queria la deshonra de esta pobre niña. ¡Sangre y venganza!

— Perdon y olvido, Ronan; mi padre no matará á este hombre indefenso.

— ¿Porqué tardais en matarme, perros galos? gritó el conde; ¿que esperais? Y tú, titiritero, gefe de bandidos, ¿porqué me miras de ese modo en silencio?

— Al mirarte de este modo, Neroweg, estaba pensando en lo pasado... me acordaba...

— ¿De qué te acuerdas?

— De tu antepasado.

— ¿Cual de mis antepasados?

— De Neroweg, el *Aguila terrible*.

— ¡Era un gran gefe, dijo el franco con acento de orgullo, era un gran rey, uno de los mas valientes guerreros de mi valiente estirpe! Noble Neroweg, duerme en tu sepulcro y no te levantes á presenciar tu deshonra. Uno de tus descendientes se halla en poder de asesinos, de bandidos, de esclavos rebeldes... ¡Oh! matadme... matadme luego!

— Oye, Neroweg: hace tres siglos ya, tu antepasado era gefe de una de las hordas francas reunidas á la otra parte del Rhin y que amenazaban entoncés la Galia.

— Que conquistamos por nuestro valor y vuestra cobardia.

— Oye, Neroweg: mi antepasado era un oscuro guerrero que se llamaba Scanvoch.

— ¡Por vida mia que estos miserables saben los nombres de sus antepasados como si fueran de estirpe ilustre! Si tú conoces á tus antepasados extraño cómo no conocian á los suyos mis dos perros Mirf y Morf que mató ese bandido disfrazado de oso.

— El *Aguila terrible* puso cobardemente en el tormento á Scanvoch la víspera de la gran batalla del Rhin.

— Si aquel dia vencieron los galos fué por traicion.

— En aquella gran batalla del Rhin Scanvoch combatió con el *Aguila terrible*. Fué una lucha encarnizada en la cual se decidia, no la suerte de dos guerreros tan solo, sino la de dos familias enemigas. Scanvoch presentia que la descendencia de Neroweg seria funesta á la nuestra y queria matarle por esta razon. No le engañaban los pre-

sentimientos á mi antepasado... Por segunda vez se encuentran las dos familias al través de los siglos. Has puesto en el tormento á mis hijos, y hoy debias entregarlos al suplicio...

— ¡ Calla , bandido ! ¿ Quieres matarme para impedir que mi noble y vencedora estirpe domine á tu raza de esclavos ?

— Si... y contigo quedará estinguida tu familia.

Los ojos del franco brillaron con alegría funesta.

— Mátame , pues , respondió.

— ¡ Desatadlo !

— Ya está , Karadoc , pero le sujetamos y nuestras manos suplirán las ataduras.

— Propongo , dijo un proscrito , que se le ponga en el tormento.

— Si... si... ¡ al tormento ! ¡ al tormento !

— Y que después sea descuartizado.

— Si , con nuestras hachas.

— Proscritos , este hombre es mio... es mi parte de botin.

— Es tuyo , Karadoc.

— Pues dejadle libre.

— ¿ Libre ?

— Si ; pero formad en torno de él un círculo para que no huya como un cobarde.

— Formaremos un círculo de espadas y de lanzas que no traspasará.

— Veo en vuestro semblante que teneis sed de mi sangre , y conozco que es inútil la defensa , pero antes de morir , deseo confesarme. El ermitaño que veo con el rostro triste y abatido , apartando la vista de un espectáculo que le repugna , puede venir á oír mis últimas palabras.

Los bandidos , que en su mayor parte eran idólatras prorumpieron en estrepitosas carcajadas , pero Loysik se acercó al círculo de los bandidos y dijo al conde :

— ¡ Padre mio ! no matareis á este hombre...

— Loysik , debe morir...

— ¡ Concededme su vida , padre !

— ¿ Crees que voy á asesinarle ?

— No te pido la vida , bandido , dijo el conde. Despues de mi deshonra , mi vida seria un continuo tormento.

— Toma esta hacha , Neroweg.

— ¿ Le armas , Karadoc ? gritaron los bandidos.

- Toma esta hacha. Yo tengo la mia : ¡ defiéndete !
- Ved , padre , dijo Ronan , que sois viejo y él jóven y robusto.
- No temas , hijo mio : aun hay fuerza en mi brazo... Tengo fe en mi valor , y estinguiré en este franco la raza de los Neroweg.
- ¡ Oh ! no poder pelear por tí..! exclamó Ronan.
- Hijo mio , es mas justo que muera un viejo que un jóven. Defiéndete , Neroweg...
- Un franco no puede combatir con un bandido... con un esclavo rebelde.
- ¿ Te niegas ?
- Si ; ¡ asesiname !
- Proscritos , si es noble y yo villano , rapadle la cabellera como á un esclavo , y seremos iguales.
- ¡ Quedar sin cabellera como un esclavo ! ¡ Un Neroweg sufrir tan vil ultraje !
- Defiéndate ó quedas rapado como un esclavo.
- No... no ! Dame el hacha...
- Toma , conde... Proscritos , apartaos.
- Ermitaño labrador ¿ prometes bendecirme si en el combate recibo una herida mortal ?
- Pelea como bueno y leal y no temas la muerte. Si eres buen cristiano y te arrepientes , Dios será para tí misericordioso.
- No temo la muerte.
- Y el franco se lanzó furioso contra el bandido.
- El combate fué terrible y encarnizado. Loysik , Ronan , Gilda y Odila seguian los movimientos de los combatientes con inquietud ; pero fué corta la lucha. Razon tenia el viejo bandido en decir que el hacha no era pesada para su brazo , pero fué muy pesada para la frente de Neroweg que cayó en el césped bañado el rostro en sangre.
- ¡ Muere pues ! dijo Karadoc con alegría triunfante ; la raza del *Aguila terrible* no perseguirá mas á la de Joel.
- ¡ Vana esperanza ! dijo el conde con risa sarcástica... Tengo un hijo de mi segunda esposa en Soissons , y Godisela está en cinta.
- Y Neroweg cayó en los brazos del ermitaño que mandó á los proscritos que se alejasen y consoló su agonía con palabras de sublime resignacion.
- El conde lanzó su última mirada hácia las ruinas de su castillo.
- Los leudos de Neroweg creyeron sin duda que su señor habia de-

saparecido entre los escombros, y si salieron á buscarle fuera del castillo, hallarian su cadáver en el bosque, con la cabeza partida de un hachazo y tendido al pié de un árbol cuya primera corteza arrancó Karadoc para gravar en el tronco con la punta de un puñal estas palabras:

— *KARADOC el bandido, descendiente del galo Joel, el brenn de la tribu de Karnak, ha muerto á este conde franco, descendiente del*

AGUILA TERRIBLE.

XV. — Dos años despues.

2. Dos años han trascurrido desde la muerte del conde Neroweg.

Era el invierno: silvaba el viento y nevaba, en una noche como aquella en que, hace ya cincuenta años, el nieto de Araim, el impetuoso Karadoc, habia partido de la casa de su padre para ir á combatir á los francos, seducido por las palabras del buhonero.

— Trasladámonos á la casa situada cerca de las piedras de Karnak.

— El anciano Araim habia muerte muchos años hacia, llorando hasta su postrer suspiro á su favorito Karadoc; tambien murieron Jocelyn y Madalen, padres del bandido, y su hermano mayor Kervan y su tierna hermana Roselik vivian aun en la casa de sus antepasados. Kervan tenia sesenta y ocho años; se habia casado siendo viejo; su hijo, de quince años de edad, se llamaba Ivon; la rubia Roselyk, hermana de Kervan, tenia la cabeza cana, no se habia casado y vivia con Kervan y su esposa *Marta*.

El viento silvaba y la nieve caía arremolinándose.

— Kervan, su hermana, su esposa, su hijo y algunos parientes, que cultivan con ellos los mismos campos que cultivaban seiscientos años ha Joel y su familia, están ocupados en rededor del hogar en las tareas propias de una velada.

— El viento sopla con estruendo haciendo bambolear la casa y penetrando por la chimenea con agudos silvidos, y Kervan dice á su hermana:

— ¿Te acuerdas, Roselyk, de aquella noche igual á esta en que hace muchos años ya vino aquel maldito buhonero?

— Si, me acuerdo; y el dia siguiente nuestro pobre hermano Karadoc partió para no volver jamás... Su desaparicion causó tanto pesar á nuestro abuelo Araim que murió llorando á su nieto... Poco tiempo despues perdimos á nuestra madre Madalen, que casi se habia vuelto loca de dolor... Solamente nuestro padre Jocelyn resistió

mas tiempo el pesar... ¡Ah! Bien ha castigado el cielo á Karadoc por el deseo de ver *Korriganas*...

— ¿Las *Korriganas*, tia *Roselyk*? dijo *Ivon*, hijo de *Kervan* ¿aquellas hadas de que nos habla tantas veces el viejo *Gildas*? Muchos años hace que no se ven *Korriganas* ni *Dus* en *Bretaña*.

— Felizmente, hijo mio, el pais se ve libre de esos genios maléficicos... A no ser por ellos, tu tio *Karadoc* estaria aun á nuestro lado.

— ¿Jamás habeis tenido noticias de él, padre mio?

— Jamás, hijo mio. Habrá muerto sin duda en medio de esas bandas de galos que hacen la guerra á los francos.

— ¡Dios quiera que *Bretaña* ignore por muchos años los males que afligen á las demás provincias!

— Nuestra antigua *Armórica* ha podido conservar hasta ahora su independencia y rechazar la invasion de los francos. ¿Porqué hemos de temer, pues, por nuestro porvenir? Nuestros gefes de tribus son valientes, y el gefe de los gefes, el anciano *Kanao* que custodia las fronteras, es tan intrépido como esperto. ¿No ha rechazado ya victoriosamente los ataques de los francos?

— Y tres veces ya te han llamado á las armas, *Kervan*, y has dejado á la familia en la mas dolorosa angustia.

— ¿De ese modo habla á su esposo la que descende de heroínas como *Margarid*, *Meroe* y *Ellen*?

— Ellas sucumbieron con sus esposos en el campo de batalla.

— Y ellos murieron en tanto que yo solo fuí herido una vez combatiendo con los francos que esterminamos en las fronteras.

— ¿Olvidas, hermano mio, el peligro á que te espusiste en las últimas vendimias? ¿Estrañas vendimias á donde se va con la espada en el cinto y el hacha en la mano!

— Por el contrario; es una expedicion de recreo... Salimos alegremente de nuestras fronteras para ir cantando y armados á vendimiar las viñas de los francos hasta el pais de *Nantes* (1). ¿Puedes figurarte un espectáculo mas gracioso que el que presentan nuestras tropas volviendo á pasar las fronteras, escoltando los carros llenos de morados racimos? Los verdes pámpanos adornan los yugos de los bueyes, las bridas de los caballos y los hierros de nuestras lanzas, y todos cantamos á coro las siguientes estrofas:

(1) Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, lib. IV, cap. XVII. Se hallarán allí los permenores de esta curiosa vendimia armada.

No beberán los francos
 El espumoso vino,
 Que es el néctar divino
 Que á la Galia benéfico
 Heso potente dió.
 La sangre sus lagares
 En vez de vino inunda,
 Y hallan solo una tumba
 Que el breton á los bárbaros
 Junto á la vid abrió.

— Padre, cumpliré diez y seis años en la próxima vendimia...
 ¿No podré ir con vos á Nantes?

— Calla, Ivon; no hagas una peticion que me aterra, hijo mio.

— Roselyk, ¿oyes á mi mujer? ¿No te parece estar oyendo á nuestra pobre madre cuando decia á Karadoc, reprendiéndole por su deseo de ver Korriganas: Calla, hijo mio, que me aterra!

— ¡Ah! hermano mio, todos los corazones de las madres son iguales.

— Padre, oigo ruido fuera de casa... Estoy seguro de que es Gildas, el viejo esquilador. Me habia prometido que vendria esta noche á contarme una leyenda que le ha enseñado un sastré ambulante. Si; es él... ¡Buenas noches, Gildas!

— ¡Buenas noches, hijo mio! ¡Buenas noches, buenos amigos!

— Cierra la puerta, Gildas, que el viento es muy frio.

— Kervan, no vengo solo.

— ¿Quién te acompaña?

— Un extranjero. Hacé un instante que llamó en mi cabaña y me preguntó donde vivia Kervan, el hijo de Jocelyn. Este viajero viene de Vannes y de mas lejos aun.

— ¿Porqué no entra?

— Está sacudiéndose el vestido que lleva cubierto de nieve.

— Gildas, dijo Marta con temor ¿es algun buhonero?

— Roselyk, ¿no oyas á mi mujer? Tienes razon: todos los corazones de las madres son iguales.

— No, Marta; esé jóven no me parece un buhonero: por su ademan resuelto mas bien tiene trazas de soldado. Miradle... aquí está.

— Acércate, viajero. ¿Has preguntado donde vive Kervan, el hijo de Jocelyn? Kervan soy yo...

— Te saludo á tí y á los tuyos, Kervan. Pero ¿porqué me miras asi sin responderme? ¿cuál es la causa de tu turbacion?

— Roselyk, mira con atención á este jóven... repara en su frente, en sus ojos y en la espresion de su fisonomía...

— Hermano, hay semejanzas tan estrañas... Me parece que estoy viendo á nuestro pobre Karadoc.

— Roselyk, este jóven se lleva la mano á los ojos y llora. Dime, extranjero, ¿eres hijo de Karadoc?

El proscrito Ronan, que era el viajero, respondió abrazando al hermano de su padre, y estrechó tambien con ternura en sus brazos á Marta, á Roselyk y á Ivon.

Cuando cesaron las lágrimas y se apaciguó la primera emociion, las primeras palabras que salieron del corazón y de los labios de Roselyk y de Kervan fueron estas:

— ¿Y mi hermano?

— ¿Y Karadoc?

Ronan no respondió, inclinó la cabeza y sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas... pero aquellas lágrimas no fueron ya de alegría sino de amargura.

Reinó un profundo silencio entre los descendientes de la familia de Joel, y todos acompañaron en su llanto al proscrito.

Kervan fué el primero en romper el silencio preguntando á su sobrino:

— ¿Hace mucho tiempo que murió mi hermano?

— Tres meses...

— ¿Y ha sido tranquila su muerte? ¿Se acordó de mí y de Roselyk que le amábamos tanto?

— Las últimas palabras que pronunció fueron estas: «Muero sin haber podido cumplir el deber impuesto por Joel á su descendencia. Prométeme, hijo mio, tu que sabes mi vida y la de tú hermano Loysik, que cumplirás por mí este deber, y que escribirás, sin ocultar ni el bien ni el mal, lo que hemos hecho los tres... Cuando termines el relato, irás si te es posible á la cuna de nuestra familia, cerca de las piedras sagradas de Karnak... Confio que mis padres viven aun, pero si murieron como recelo, entregarás tu escrito á mi buen hermano Kervan, si ha sobrevivido á mis ancianos padres, ó al primogénito de mi hermano. Si hubiera muerto sin dejar posteridad, sus herederos ó los de su esposa te entregarán, segun la voluntad de nuestro antepasado Joel, la leyenda y las reliquias de nuestra familia, y las transmitirás á tu descendencia. Si, por el contrario, Kervan y Roselyk viven aun, les dirás que muero pronun-

«ciando sus nombres queridos á mi corazón.

— ¿Y traes la historia de la vida de mi hermano y de la tuya?

— Aquí está, respondió Ronan quitándose el saco de viaje.

— Y sacó un rollo de pergamino que entregó á Kervan.

Este tomó el escrito con emoción, en tanto que Ronan sacaba del cinto el largo puñal de acero que había llevado Loysik y después el Arquero y sobre cuyo mango se veían grabadas las palabras *Ghilde, Amistad, Comunidad*.

— Mi padre desea, dijo, que unais este puñal á las reliquias de nuestra familia. Cuando hayais leído este relato y cuando os haya contado algunos acontecimientos que lo completan, os convencereis de que esta arma puede ocupar un lugar entre los objetos que nos legaron nuestros antepasados; piadosas reliquias que contemplaré con respeto.

— ¿Te quedarás á nuestro lado?

— Partiré pasado mañana.

— ¿Tan pronto?

— Os explicaré la causa de tan pronta partida. Os suplico, pues, que empecéis á leer esta noche el relato que os he entregado y mañana os contaré lo que no he tenido tiempo de escribir, porque es forzoso que parta de Bretaña antes de lo que deseaba. Mientras leais, desearia conocer la leyenda de nuestra familia, cuyos principales hechos me ha contado tantas veces mi padre.

— Ven, dijo Kervan tomando una luz.

Ronan le siguió, y ambos entraron en uno de los aposentos de la casa.

El proscrito vió en una mesa el cofrecillo de oro que Victoria había regalado á Scanvoch y del cual sacó Kervan las reliquias y los pergaminos que contenían la crónica de la familia de Joel.

Ronan contemplaba con profunda y religiosa emoción aquellos objetos preciosos, y viendo Kervan á su sobrino sumido en tanto recogimiento, le dejó y fué á reunirse con su familia, que estaba tan impaciente como él de saber la historia de Karadoc el bandido y de sus hijos.

El proscrito se quedó solo...

Aquella larga noche de invierno trascurrió mientras leía las leyendas de su familia... La luz de su lámpara luchaba con los primeros albos del nuevo día cuando Ronan terminó su lectura. Cuando asomó el sol el descendiente de Joel buscó á lo lejos con la mira-

da, asomado á la ventana, los peñascos de la isla de Sen, isla en otro tiempo tan famosa por su colegio de sacerdotisas, donde Hena habia pasado los primeros años de su vida que terminó con un sacrificio heróico. Entonces lanzó otra mirada á la *segur de oro*, ennegrecida por los siglos, y que la casta vírgen llevaba hacia mas de seiscientos años.

Despues salió de casa.

Kervan y su esposa habian prolongado su lectura hasta media noche, y contra su costumbre, no se levantaron al amanecer.

Ronan, bajo la impresion que le habia causado la historia de su familia, fué á visitar las cercanias de la casa. A cada paso encontró el recuerdo de sus antepasados: seguia ostentando su verdor el vasto prado donde Joel y sus hijos Guilhern y Mikael se entregaban á los varoniles ejercicios militares de la *mar hek-adroad*, y seguia corriendo el arroyuelo en cuyas orillas habian construido Sylvest y Siomara una choza para ponerse al abrigo del calor en el verano. Ronan buscaba en la orilla de aquel arroyuelo el sitio de los dos viejos sauces donde Sylvest se libró de la esclavitud algunos años despues.

La voz de Kervan sacó al proscrito de su profunda meditacion.

— Ronan, le dijo, el hielo ha endurecido la tierra y los ganados no pueden salir de sus establos. Vamos á limpiar el grano en casa. Ven; mientras trabajemos nos contarás los acontecimientos que completan tu relato. Te prometo que luego que partas escribiré fielmente la continuacion de la historia de tu vida.

Ronan y la familia de Kervan se reunieron en el cuarto principal de la casa donde despues del almuerzo las mujeres hilaban ó se ocupaban de sus quehaceres domésticos y los hombres limpiaban el grano que sacaban de grandes sacos y ponian en otros. Troncos de olmo y de encina ardian en el inmenso hogar porque el frio era intenso; Ronan se preparó á hablar; el amo de la casa impuso silencio, y cada cual miraba de vez en cuando con curiosidad al hijo del bandido sin dejar el trabajo.

— Tio, dijo Ronan; ¿ habeis leído este relato?

— Todos los que estamos aqui lo hemos leído.

— ¿ Qué os parece?

— Que las hazañas de los bandidos y proscritos son indignas de hombres honrados... No te ruborices, sobrino. ¿ Qué culpa tienes de haber nacido en medio de la vida errante y de no haber conocido las dulzuras de la familia?

- Las represalias de los proscritos son legítimas...
- Pero estériles y sangrientas.
- Los francos habian asolado la Galia al conquistarla...
- Y los proscritos la asuelan sin libertarla.
- ¿ Vituperáis nuestros esfuerzos ?
- Son tardíos. Pero dejemos esta cuestion y dime : ¿ Como murió mi pobre hermano Karadoc ?
- Para responderos tendré que contaros antes lo que pasó despues del incendio del castillo del conde Neroweg.
- Te escuchamos.
- El triunfo de nuestro ataque aterró en un principio á los francos de la comarca porque se reunieron con nosotros muchos esclavos y colonos oprimidos por los conquistadores.
- ¿ Y tu hermano Loysik ?
- Deseoso de alejarnos de nuestra vida aventurera , aunque no logró su anhelo , contribuyó con su bondad , su elocuencia y sus exhortaciones á que hiciéramos una guerra leal é impidió los desastres inútiles y las sangrientas represalias. Luego que se curó de las heridas que le habia causado el tormento , se alejó durante algun tiempo y nos pidió , sin decirnos el motivo , que nos acercáramos á los confines de Borgoña , donde debia reunirse otra vez con nosotros. Nos hizo prometer , tras vivas instancias y copiosas lágrimas , que no incendiáramos los castillos y las aldeas , y desde entonces nos respetaron y nos recibieron en todas partes con temor pero sin hostigarnos.
- ¿ No se armaron contra vosotros los francos ?
- El rey Clotario mandó que los señores saliesen á perseguirnos , pero estos temiendo que al separarse de sus leudos dejarian sus castillos á merced de los esclavos , ó espuestos á caer en nuestro poder , enviaron pocos soldados , de modo que dos veces vencimos en batalla campal á los francos , pero segun el deseo de Loysik , continuamos aproximándonos á las fronteras de Borgoña.
- ¿ Y Odila ?
- La tomé por esposa y me amaba con ternura.
- ¿ Y la noble y rica Gilda ?
- No se separó mas de su esposo , el noble y esforzado Eliano.
- ¿ Y aquel príncipe malvado que proyectaba destronar á su padre ? ¿ Ha llevado á cabo su parricida intento ?
- Hace tres dias que dirigiéndome á vuestra casa encontré á

Chram y á su padre en las fronteras de Armórica.

— ¿El padre y el hijo en nuestras fronteras?

— Si, y el hijo ha tenido el desastroso fin que merecian sus crímenes. Terribles escenas he presenciado desde que hago la guerra á los francos como proscrito, pero ninguna iguala en horror á la que presencié en las fronteras de Armórica.

— Ese recuerdo te hace palidecer.

— Si, porque me aterra. Pero ya os lo contaré despues. Cumpliendo la promesa que hicimos á Loysik, nos acercamos á los confines de Borgoña. Esta comarca es una de las primeras que conquistaron antes de Clodoveo otros bárbaros de Germania llamados *burgondos* que dieron el nombre á la provincia. Llegamos á la ciudad de Marcigny á principios de otoño. En aquellos climas afortunados esta estacion es tan suave como el verano. El sol se ocultaba; habiamos andado todo el dia al través de comarcas en otro tiempo fecundas y pobladas y entonces incultas y casi desiertas. Algunos esclavos se reunieron con nosotros, y otros se refugiaron en la ciudad de Marcigny sembrando la alarma. Esperábamos el regreso de Loysik, y para mayor prudencia, nos habiamos acampado en una colina desde donde se domina á lo lejos la ciudad defendida por arruinados murrallones. Al anochecer vimos llegar á mi hermano, á quien habian guiado unos esclavos fugitivos. Aun me parece que le estoy viendo subir la colina precipitadamente y con el rostro radiante de alegria. Despues de responder á las muestras de cariño con que le honrábamos á porfia, dijo que deseaba hablar, y subiendo á una eminen- cia donde crecia un gigantesco castaño, todos los proscritos se reunieron en torno suyo, sentándose á sus piés un gran número de mujeres que nos acompañaban en nuestra vida de aventuras. Loysik nos habló entonces de la próxima realizacion de un proyecto que nos habia ocultado por temor de verlo frustrado prematuramente, nos aconsejó que abandonásemos la vida errante, que desistiésemos de una guerra inútil que solo contribuia á aumentar las desgracias de la patria, nos suplicó que abrazáramos el cristianismo que era la única religion verdadera y la que daba mas dulces y eficaces consue- los á los desgraciados, y nos dijo que si no desistiamos de nuestro deseo culpable de venganza, tarde ó temprano sucumbiriamos no dejando por huellas mas que llanto y ruinas.

— Seguid mis consejos, nos dijo, y sereis felices.

— ¿Qué nos aconsejais? le preguntamos.

—Decid, amigos míos, nos respondió ¿quién os hizo proscritos? ¿quién os lanzó á la rebelion? ¿No ha sido la miseria, el odio y la esclavitud?

—Si, si, dijimos; por eso nos hicimos proscritos.

—Pero si ós dijeran: Renunciad á esta vida errante, y vuestro trabajo os asegurará con abundancia las necesidades de la vida y vuestro valor garantizará el reposo y la libertad; si echais de menos ó deseais la paz del hogar y los goces de la familia, las obtendreis... Decid ¿qué responderiais?

—¿Y quién puede hacernos esa promesa?

—Yo. Despues de separarme de vosotros, fui á la ciudad de Margigny que depende de la diócesis de Chalons y donde vive el obispo durante el verano. Este virtuoso prelado es íntimo amigo del rey Clotario. Me presenté á él y le dije si habia oido hablar de los proscritos de Auvernia. — ¡Ah! me dijo, si... porque hacen espantosos estragos en aquel pais, pero á Dios gracias se ha librado hasta ahora Borgoña de esos terribles bandidos. —Habeis de saber, pues, añadí, que no tardarán en llegar y que antes de quince dias estarán en las fronteras de vuestra diócesis. — ¡Desgraciados de nosotros! exclamó. ¿Qué haremos para precaver los males que nos amenazan?

—Señor, le pregunté ¿no está situado en vuestra diócesis el valle de Charolles?

—Si, y me pertenece por donacion del glorioso rey Clotario.

—¿No sois amigo del monarca?

—Este gran príncipe me profesa una amistad que no merezco.

—Pedidle para mí la donacion del valle de Charolles. Fundaré en él una comunidad de monges labradores y en torno del monasterio una colonia laica; una parte de las tierras se reservará para los monges y la otra para la colonia, pero deseo que la donacion sea absoluta, hereditaria y exenta de cargas y tributos, y que los colonos sean declarados de derecho y hecho hombres libres lo mismo que su descendencia. Alcanzad esta donacion, y los proscritos que os amenazan se establecerán en ese territorio para vivir pacíficamente.

El santo prelado envió un mensagero al rey Clotario que se hallaba en Bourges y le escribió una carta esplicando y recomendando mi peticion. Ayer volvió el mensagero con la donacion concedida y que está concebida en estos términos:

«CLOTARIO, guerrero ilustre, rey de los francos. El oficio y el deber de un monarca consiste en ausiliar á sus súbditos y acoger favorablemente lo que piden. Por otra parte, como permanecemos poco tiempo en esta vida, conviene reunir pronto riquezas para la eternidad. Por esto accedemos á la peticion de nuestro venerable padre en Cristo, Florencio, obispo de Chalons, y hacemos saber á todos nuestros leudos presentes y futuros que cierto monge llamado *Loysik* nos ha pedido por conducto de dicho Florencio nuestro amigo una tierra donde pueda habitar libremente, orar é implorar por nos la misericordia divina; ha añadido que le sigue un gran número de hombres que queria apartar de los desórdenes y de las miserias del siglo, y que estos hombres han prometido establecerse á su lado y entregarse á una vida pacífica y laboriosa. Por lo tanto, considerando que la peticion del monge es prudente, y creyendo además que si la acogemos favorablemente haremos una cosa grata á Dios y meritoria para la remision de nuestros pecados, concedemos á *Loysik* la posesion del valle de Charolles, situado en la diócesis de Chalons y lindante por norte con los peñascos llamados *Rocas negras*, por mediodia con el rio de Charolles, por occidente con el barranco llamado de *Epidorix* y por oriente con los bosques llamados de *las Cabras* que lindan con las tierras de Marcigny. Concedemos á dicho *Loysik* todo lo que encontrará en dichas tierras, esclavos, animales domésticos, casas, campos cultivados, viñas, prados y bosques, usando de todo libremente y pudiendo, sin que nadie tenga á derecho á impedirselo, arar, plantar y edificar. Eximimos á él y á los que se establezcan con él en el valle de Charolles de todo lo que pertenece á nuestro fisco, y prohibimos á todos nuestros leudos, obispos, duques, condes y otros exigir para sí y para su comitiva dinero, regalos, alojamiento ni tributo de dicho *Loysik* ni de los que se establezcan en el territorio que les hemos concedido, teniéndoles y reconociéndoles como hombres libres. Nadie se atreva á faltar á nuestro mandato, pues queremos que *Loysik*, sus compañeros y sus sucesores vivan libres y tranquilos bajo nuestra proteccion. Y para que la presente acta tenga mas fuerza, la firmamos con nuestra mano y la sellamos con nuestro sello.

CLOTARIO.» (1)

El obispo me dijo al entregarme la donacion:

(1) Coleccion de Marculfo.

— He ocultado á nuestro glorioso rey Clotario que los que se establecian con vos son proscritos, porque me hubiera negado la donacion por orgullo y venganza, pero cuando sepa que por ella se ha libertado esta provincia de esos hombres resueltos y temibles, no se arrepentirá de haber otorgado su concesion. Fio, pues, Loysik, en tu palabra y espero que conseguirás trocar en pacíficos labradores los proscritos que tantos desastres han causado hasta ahora en la Galia.

El obispo me hablaba de este modo cuando algunos esclavos fugitivos vinieron á anunciar la llegada de vuestra tropa. El prelado me dijo entonces con voz suplicante:

— Sal al encuentro de esos proscritos, anunciales esta donacion, apaciguales, y diles que si la cosecha de este año no basta como creo para sus necesidades, mientras llega la del venidero, les enviaré trigo, vino y animales; mis esclavos carpinteros les ayudarán á construir casas de madera con los árboles del bosque para vivir hasta que puedan construir las de piedra... No tardes; yo haré todos los esfuerzos posibles para secundarte en tan noble y caritativa empresa.

Ya lo veis pues, hermanos y amigos míos, de vosotros depende ahora el vivir pacíficos, felices y libres. Los que quieran entrar conmigo en nuestra comunidad de labradores, que me sigan y hagan voto de castidad, y los que deseen vivir en familia y unirse á una esposa de su eleccion, recibirán tierras hereditarias y fundarán la colonia. He visitado el valle: un rio caudaloso cruza sus vastos prados, rodeando bosques seculares, y tiene campos feraces que cultivan esclavos del fisco real. ¿Tengo necesidad de deciros, hermanos míos, que daremos libertad á los esclavos que vamos á poseer? No somos señores francos para usar como ellos del derecho que nos da la concesion de Clotario, y por otra parte, el valle es tan inmenso, que aunque fuéramos tres veces mas numerosos, la fertilidad de su suelo bastaria para nuestras necesidades. He de advertiros que, como en los tiempos aciagos que alcanzamos, los poderosos no respetan las leyes ni las concesiones de los monarcas y como impera en el mundo la ley de la fuerza, debemos estar prontos á rechazar la fuerza con la fuerza. El valle está defendido al norte por peñascos casi inaccesibles, al mediodia por un rio profundo, y á oriente y occidente por densos bosques, y nos será facil fortificarnos en nuestra posesion y defender nuestros derechos.

— Ronan, preguntó Kervan despues de haber oido atentamente al proscrito. ¿ Siguieron tus compañeros á Loysik ?

— Si... la mayor parte de los proscritos aceptaron su oferta, y algunos continuaron su vida de aventuras, pero prometieron á Loysik que no entrarían en Borgoña, y desde entonces no hemos oido hablar mas de ellos... Muchos de los que pueblan actualmente el valle de Charolles han preferido el celibato y han adoptado la regla de los monges labradores bajo la direccion de Loysik, pero la mayor parte de nuestros compañeros, que forman la colonia laica establecida al rededor del monasterio, se han casado, ya con mujeres que nos habian acompañado durante la guerra, ya con hijas de los colonos vecinos. Yo me casé con Odila y el Arquero con Gilda. Los artesanos, que la esclavitud y la miseria habian arrastrado á tomar las armas, ejercen sus antiguos oficios y trabajan para la colonia, y otros se dedican á cultivar los campos y viñas y á la cria de ganado. Yo soy labrador, y mi querida Odila, acostumbrada desde su infancia á cuidar el ganado en los montes donde nació, se dedica á las mismas tareas. Gilda y Eliano dirigen el hospicio fundado por Loysik en el monasterio, en el cual mi hermano es árbitro absoluto en todas las contiendas que se alzan entre nosotros. Has de saber, pues, Kervan, que al cabo de seis meses de permanencia en el fertil valle de Charolles, los proscritos errantes, los bandidos feroces y turbulentos, eran por los consejos y exhortaciones de Loysik hombres de paz, de trabajo y de familia. Allí vivimos felices, cultivando nuestros campos, partiendo como hermanos los frutos de nuestro trabajo y siguiendo las máximas reunidas en las dos palabras grabadas en el mango del puñal que os he traido: *Amistad, comunidad.*

— ¿ Y mi hermano Karadoc ha disfrutado al menos de esa vida pacífica y afortunada despues de tantas aventuras ?

— Si... hasta el dia de su muerte vivió feliz en nuestra casa, á nuestro lado, y pudo bendecir al primero de mis hijos...

— ¿ Cómo murió mi hermano ?

— ¿ Habéis visto por estos relatos cuan cruel y criminal era Chram, el hijo del rey Clotario ?

— Si, es un monstruo de iniquidad... un hijo perverso.

— Habiendo fracasado en Poitou y en Auvèrnia sus proyectos de rebelion, penetró en Borgoña al frente de algunas tropas para sublevar á este pais contra su padre. Los condes y duques de Clotario combatieron á Chram en la nueva guerra civil, pero el príncipe re-

belde pasó á sangre y fuego una parte de la provincia, y una partida de guerreros de Chram llegó cerca de nuestro valle. Mi padre y Loysik, previendo la eventualidad de estos tiempos de desorden y turbulencias, habian mandado fortificar por medio de fosos y troncos de árboles los puntos del valle que no estaban defendidos, ya por el rio, ya por los peñascos inaccesibles, y los colonos de la comunidad ocupaban alternándose y armados estas posiciones desde la invasion del hijo de Clotario. Mi padre mandaba uno de esos puestos avanzados cuando los guerreros de Chram se acercaron á nuestro valle.

—Indudablemente se trabó un combate y mi pobre hermano...

—Cayó herido de muerte rechazando á los francos al frente de nuestros hombres... Mi padre murió despues de pronunciar las palabras que os he repetido. Durante aquel combate llevaba el puñal sajón de Loysik, y me suplicó que os lo trajese para unirlo á las reliquias de nuestra familia.

—Mi hermano ha muerto dignamente. ¡Maldito sea ese infame Chram! Pues si no hubiese invadido la Borgoña, Karadoc existiria tal vez...

—Teneis razon, Kervan... ¡Maldito Chram! Al menos ha encontrado en las fronteras de Bretaña el justo castigo de sus crímenes...

—¿Te refieres á esa aventura horrible cuyo recuerdo te ha hecho palidecer?

—Si. En los aciagos tiempos que atravesamos es empresa difícil y peligrosa hacer un largo viaje, pues el viajero se espone á cada paso á ser llevado cautivo por las cuadrillas armadas de los duques, condes, señores y obispos que guerrear de provincia á provincia y de dominio á dominio, saqueándose unos á otros ó invadiendo recíprocamente su territorio para aumentar sus posesiones. Asi pues, todos los que se deciden á viajar no salen jamás de las ciudades sin reunirse en gran número para poder rechazar el ataque de las bandas armadas que se encuentran continuamente. Habiendo sabido que salia una espedicion de viajeros desde Marcigny á Moulins, quise aprovechar una ocasion tan propicia, y partí del valle despues de terminar el relato que os he entregado. Salimos de Marcigny cerca de trescientas personas, hombres, mujeres y niños, unos á pié y otros á caballo ó en carro, para ir primeramente á Moulins, desde cuya ciudad debian partir otros viajeros para Bourges. Esperaba que encontraria compañeros de viaje para llegar á Tours, y continuar

despues mi camino hasta nuestras fronteras por Saumur y Nantes. Mientras me dirigia desde Bourges á Tours, los viajeros que me acompañaban tuvieron que combatir á cada instante con cuadrillas armadas. Recibí una ligera herida en uno de aquellos ataques, varios de mis compañeros sucumbieron y otros cayeron prisioneros, pero la mayor parte tuvimos la suerte de llegar á Tours.

— ¡ Qué tiempos tan aciagos ! ¡ Pobre Galia ! Menos peligroso sería viajar por un pais enemigo.

— Las guerras han trocado en ruinas nuestras ciudades, y los campos están desiertos. En medio de la horrible anarquía que reina en todo el pais ocupado por los conquistadores, cada señor ha tratado de defender su dominio cortando los caminos, abriendo fosos inmensos y destruyendo los puentes, de modo que nos veiamos obligados á hacer largos rodeos para llegar al término de nuestro viaje; pásabamos muchas noches á la intempérie en los campos, teniamos que cortar árboles en los bosques vecinos á los rios para construir almadias que nos servian de puente, y viajábamos, en fin, como si fuéramos proscritos.

— ¡ Pobre Galia !

— Cuando llegué á Tours supe que el rey Clotario reunia en aquella ciudad tropas para marchar en persona contra su hijo, que acababa de atravesar la Turena dirigiéndose á las fronteras de Bretaña. La ocasion me pareció escolente para terminar mi viaje, y seguí las tropas reales, compuestas de leudos y de hombres de guerra que los señores francos, poseores de beneficios, tenian obligacion de armar y sostener en defensa de su rey. Clotario y su mesnada se reunieron en Nantes con las tropas de los leudos.

— ¿ Viste al rey de los francos ?

— Le ví. Llevaba una larga dalmática de color de púrpura, bordada de oro, y sobre su rico trage una túnica de pieles con una capucha que le caia hasta la frente, de modo que sus ojos brillaban en la sombra de la capucha como los del gato silvestre, y su rostro pálido estaba rodeado además de largos bucles de cabellos canosos que le llegaban hasta la cintura. Montaba un brioso caballo de guerra negro y con arneses de color de púrpura, y le acompañaban su condestable y el obispo de Nantes. Sus facciones espresaban una profunda tristeza y revelaban la reñida lucha que se trababa en su alma entre el amor partenal, el enojo y el deber de soberano.

— ¿ Partisteis aquel dia ?

— Si. Como el ejército de Chram era reducido, el rebelde príncipe se había visto precisado á huir ante las fuerzas superiores de su padre, y se dirigió á Bretaña cuyas fronteras custodiaba Kanao.

— Y las custodiaba bien, porque Kanao es uno de los guerreros más esforzados de la Armórica.

— Chram se presentó á Kanao y le propuso que uniera las tropas bretonas á las suyas para combatir á su padre. Acompañaba al infame príncipe su digno amigo Spatacario, pues el Leon de Poitiers había muerto en uno de los recientes combates. Kanao respondió á Chram que tenía una satisfacción en que los francos estuviesen divididos por la guerra civil, pero que era tal el horror que le inspiraban sus proyectos parricidas, que no quería hacer con él alianza alguna, y que bastaban las tropas bretonas para vencer á Clotario si intentaba pasar las fronteras que no había pasado aun ningun guerrero franco. Chram obtuvo al menos la neutralidad de Kanao, y como se hallaba acorralado en los confines del Armórica como un lobo en su cueva, se preparó para dar el día siguiente un combate desesperado. Supe sin embargo posteriormente que había tomado la precaución de proporcionarse una nave que debía esperarle cerca del puerto de Croisik para embarcarse en el caso de ser derrotado.

— ¡ Un hijo contra un padre! ¡ Qué crimen tan horrible!

— Llegué sano y salvo hasta los límites de Bretaña, y como me importaba muy poco el resultado del combate, seguí mi camino sin acordarme de Chram ni del rey de los francos. Encontré por casualidad cerca de Nantes dos bretones de aquella comarca que habían sido heridos en vuestra última vendimia á mano armada, y habían permanecido ocultos hasta su curacion en la choza de un esclavo. Aquellos dos armoricanos deseaban regresar á Vannes, y como las piedras sagradas de Karnak no están distantes de esta ciudad, me decidí á acompañarles, y partimos antes de amanecer el día en que Clotario debía dar el combate á su hijo. Para abreviar el camino y no vernos envueltos en la pelea, nos dirigimos á la orilla del mar, con objeto de llegar á la bahía de Morbilan. Por otra parte, os confieso, Kervan, que tenía deseo de contemplar aquellos sitios que hace más de seis siglos fueron testigos de la gran batalla de Vannes, dada á un tiempo en mar y en tierra, batalla sangrienta en que nuestro antepasado Joel y sus hijos pelearon tan heroicamente contra el ejército de César.

— Si; en aquella gran batalla se apoderó Guilhern de César. ¡ Ter-

rible batalla que decidió de la suerte de la Galia!

— Era ya mas de mediodía y seguíamos la costa por las cercanias del puerto de Croisik, cuando vimos una choza de pescadores construida junto á un peñasco. Nos dirigimos á ella para descansar un rato, pero antes de llegar ví con sorpresa en rededor de la morada del pescador varios mulos de viaje con enormes cargas y caballos ricamente enjaezados y custodiados por varios esclavos.

— ¡ Singular encuentro en un pais tan solitario! ¿ A quien pertenecian aquellos caballos?

— A Chram... Su mujer y sus dos hijas estaban dentro de la choza... Veíase una barca cerca de la playa y á tres tiros de flecha una nave estaba pronta á darse á la vela.

— Nos has dicho que el hijo de Clotario se habia preparado medios de fuga en caso de ser derrotado. ¿ Esperaba acaso aquella nave al rebelde y á su familia?

— Si, aquella nave le esperaba. Mis dos compañeros y yo vacilá- bamos en entrar en la choza cuando se abrió la puerta, y apareció en el umbral una dama ricamente vestida y acompañada de dos niñas: la de menos edad, que tendria cinco ó seis años, se asia del vestido de su madre, y la otra, que tendria doce, le daba la mano. La dama parecia profundamente abatida; sus ojos estaban bañados en lágrimas. Detrás de ella ví á uno de los tres favoritos de Chram, á Imnacario, el que presenció el tormento que padecí en el castillo de Neroweg.

— ¿ Era esposa de Chram aquella dama?

— Si; la contemplaba con atencion cuando, al ver sobre nuestros hombros los sacos de viaje, aquella mujer nos preguntó con ansiedad:

— ¿ Venis de las cercanias de Nantes?

— Si, señora, le respondí acercándome.

— ¿ Teneis noticia del éxito de la batalla?

— No.

Volviéndose entonces hácia Imnacario añadió con mayor ansiedad:

— ¿ Es bueno ó adverso indicio la ignorancia de estos viajeros?

Y dijo despues inclinándose para besar á sus dos hijas:

— ¡ Hijas mias! ¡ hijas mias!

De pronto acudió uno de los esclavos que habia estado sin duda de acecho en los peñascos y gritó:

— ¡ Soldados! Se ven á lo lejos en una nube de polvo varios guer- reros á caballo que se dirigen hácia aqui á escape.

— ¡Maldicion! dijo Innacario palideciendo. ¡Es Chram!... Se perdió la batalla.

Al oír estas palabras, la dama cayó de rodillas, estrechó á sus hijas contra su seno, y no oí mas que los gemidos y sollozos de la madre y de las niñas.

— ¡Pronto... pronto... á la nave! gritó Innacario. Esclavos, descargad los mulos, trasladad á la barca todo lo que llevan, y vos, señora, preparaos á huir, y ved que el llanto es inútil.

Se oyó entonces á lo lejos el precipitado galopar de los caballos, el choque de las armaduras y gritos confusos y furiosos.

— ¡Es mi esposo! exclamó la dama estremeciéndose; pero su padre le persigue. ¿Oís esos gritos de muerte? ¡Oh! está perdido... Innacario prestó atento oído, y el viento trajo hasta nosotros estas palabras:

— ¡Muera! ¡muera!

— ¡Son los guerreros de Clotario! exclamó Innacario. ¡Huid, señora, huid! Corramos á la barca, y á fuerza de remos... Dentro de un instante será demasiado tarde...

— ¡Huir sin mi esposo... jamás! respondió la dama estrechando convulsivamente á sus hijas contra su seno. No abandonaré á Chram.

— Los gritos: ¡muera! ¡muera! se oían por instantes mas cerca, y los que gritaban solo estaban quizás á trescientos ó cuatrocientos pasos de distancia:

— Desventurada... por la postrera vez ¿venis? dijo Innacario cogiéndola por el brazo, ¿venis?

— No, no... respondió ¡no!

— ¿Ignorais la suerte que os espera?

— Lo sé... la muerte.

— ¡La muerte! repitió Innacario con terror.

Y desapareció.

Mis compañeros y yo, temiendo el encuentro de Clotario y de su mesnada, solo tuvimos tiempo para correr á los peñascos de la orilla y ocultarnos en un hueco junto á las olas. Desde el sitio donde me hallaba descubria sin embargo la choza, y al cabo de algunos momentos ví la barca cargada con las arcas que llevaban las mulas, y que sin duda contenian los tesoros de Chram, y despues la ví cruzar las olas á fuerza de remos en direccion á la nave.

— ¿Y aquella desventurada mujer? ¿y sus hijas? preguntó Kervan.

— Las abandonaba Innacario que, sentado en la proa y dirigién-

do el timon, animaba con las palabras y el ademan á los remeros.

— El cielo fuera injusto, dijo Kervan, si hombres tan malvados como Chram encontraran amigos fieles. El miserable favorito entregaba á su señor á una muerte merecida; ¿pero qué culpa tenia aquella muger... qué culpa tenian aquellas niñas?

— Oid, Kervan, oid... Os he dicho que desde mi escondite descubria la choza y sus cercanias. Aunque estaba lejos de la horrible escena que voy á contaros, podia oir distintamente la voz de los francos que por momentos se aproximaban. Casi al mismo tiempo que Innacario se alejaba de la orilla, vi á la esposa de Chram dar algunos pasos arrastrando tras sí á sus dos hijas, pero faltándole las fuerzas, cayó de rodillas asi como las niñas estendiendo las manos con ademan suplicante y aterrado... Apareció entonces Chram con la cabeza descubierta, pálido, con la armadura abollada y manchada de sangre, andando hácia atrás, con la espada en la mano y esforzándose en parar los golpes que le descargaban tres guerreros. De pronto oí la voz de Clotario que gritaba:

— ¡No le mateis... Esperad!

Los guerreros cesaron de atacar al príncipe que, con el rostro bañado en sangre, dió dos ó tres pasos bamboleando, y cayó en los brazos de su esposa que se lanzó hacia él y le abrazó convulsivamente.

Clotario se acercó á su hijo, le contempló un instante en silencio, mientras los leudos rodeaban á Chram y á su familia, y dijo con voz turbada y con los ojos bañados en lágrimas:

— ¡Hijo mio!

Chram alzó la cabeza, miró á su padre con altivez y murmuró con voz sorda:

— Me vencisteis, rey Clotario... Gozaos en vuestro triunfo... Vuestra es mi vida. No mireis en mí un hijo sino un enemigo. Quise quitaros la corona, y el cielo me condena, pero no me humillaré al morir.

Clotario lanzó un grito de dolor y exclamó dirigiendo sus ojos al firmamento:

— Señor, miradme desde lo alto del cielo y juzgad mi causa, porque he sido indignamente ultrajado por mi hijo. Mirad, y juzgadnos con equidad, y que vuestro fallo sea el que pronunciasteis entre Absalon y su padre David (1).

(1) Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, lib. IV, cap. XX.

Y se alejó de la choza.

Chram le siguió con la mirada y lanzó una maldición que llegó á los oídos del desgraciado padre.

Los leudos del rey, que deseaban vengar antiguos agravios recibidos del príncipe, ataron entonces á Chram, á su esposa y á sus dos hijas, á pesar de su desesperada resistencia, y les obligaron á entrar en la choza. Llegaban hasta mí sus gritos desgarradores y las imprecaciones del hijo rebelde. Los leudos del rey salieron algunos momentos despues de la choza y cerraron la puerta. Uno de ellos llevaba en la mano un tizon encendido que habia cogido sin duda en el hogar.

— ¡Adivino el horrible suplicio en que murió aquel desventurado! exclamó Kervan.

La choza estaba construida de vigas y tablas y cubierta con un techo de paja. Los leudos la rodearon con juncos secos y matorrales que habia hacinados cerca de allí para servir de combustible durante el invierno; el que llevaba el tizon lo avivó soplando; brotó la llama; los juncos y los matorrales se encendieron, y la choza desapareció en medio de un inmenso torbellino de llamas. Los gritos de los desgraciados que iban á perecer con una muerte tan atroz fueron entonces tan espantosos, que llegaron hasta mí, y aun que la puerta de la choza estaba cerrada, volví el rostro por un impulso de horror invencible. Mirando entonces casualmente hácia el mar, vi á lo lejos la nave que conducia á Imnacario y los tesoros de Chram y que desaparecia en el horizonte...

— Ese Chram, dijo Kervan, no era digno de compasion, pero... ¡su esposa y sus hijas! ¡qué castigo tan horrible é injusto!

El dia siguiente Ronan partió de nuestra casa y sus últimas palabras fueron estas :

— Kervan, parto con el placer de haber cumplido el último deseo de mi padre y de nuestro antepasado Joel; el recuerdo que llevo en mi corazon de los dias que he pasado en la cuna de mi familia solo se extinguirá cuando exhale el postrer suspiro.

Ronan el proscrito partió, pues, al amanecer para regresar al valle de Charolles, y me prometió que si le aconteciera algun suceso importante, me lo noticiaria si hallaba algun viajero que se dirigiera á Bretaña, y que me enviaria el relato á mi, ó á tí, hijo mio, Ivon, si en aquella época hubiese dejado de existir en este mundo.

¡Heso permita que Ronan llegue sano y salvo al valle de Charolles y encuentre á su familia feliz y tranquila como la dejó!

Si antes de mi muerte no tengo que añadir nada á nuestra crónica, yo, Kervan, te lego á tí, Ivon, estos pergaminos y las reliquias de nuestra familia.

La choxa estaba construida de vigas y tablas y cubierta con un techo de paja. Los leños la rodearon con junco seco y materiales que habia guardados cerca de allí para servir de combustible durante el invierno; el que llevaba el tizon lo avivó soplando; pronto la llama; los junco y los morteros se encendieron, y la choxa desapareció en medio de un inmenso torbellino de llamas. Los gritos de los desgarrados que iban á perder con una muerte tan atroz fueron entonces tan espantosos, que llegaron hasta mí, y aun que la puerta de la choxa estaba cerrada, volví el rostro por un impulso de horror inextinguible. Mirando entonces casualmente hacia el mar, vi á los lejos la nave que conducía á Imancario y los tesoros de Ghrim y que desaparecía en el horizonte. ¡Qué espectáculo tan horrible! ¡Qué dolor! — Ese Ghrim, dijo Kervan, no era digno de compasión; pero... ¡su esposa y sus hijas! ¡qué castigo tan horrible é injusto!

El día siguiente Ronan partió de nuestra casa y sus últimas palabras fueron estas: ¡qué dolor tan grande! ¡qué dolor tan grande! ¡qué dolor tan grande! Kervan, partió con el placer de haber cumplido el último deseo de mi padre y de nuestro antepasado Joel; el recuerdo que lleva en mi corazón de los días que he pasado en la casa de mi familia solo se extinguirá cuando exhale el postrer suspiro. Ronan el proscrito partió, pues, al amanecer para regresar al valle de Charolles, y me prometió que si le acontecía algún suceso importante, me lo notificaría si hallaba algún viajero que se dirigiera á Bretaña, y que me enviaría el relato á mí, ó á mi hijo Ivon, si en aquella época hubiese dejado de existir en este mundo.

EL MANGO DEL PUÑAL.

KÁRADOOC EL BANDIDO Y RONAN EL PROSCRITO.

PARTE SEGUNDA.

EL VALLE DE CHAROLLES Y EL PALACIO DE LA REINA BRUNEGILDA.

(AÑO 560 A 615)

I.—El valle de Charolles.

Han trascurrido cerca de cincuenta años desde que murió el príncipe Chram.

Olvidemos el espectáculo desconsolador que presenta la Galia conquistada, para descansar nuestras miradas en el valle de Charolles.

¡Qué cuadro tan magnífico de paz y felicidad! Mirad esas lindas casas construidas en la falda de las collados, medio veladas por los emparrados que tapizan sus paredes y cuyas hojas y racimos han enrojecido el sol de otoño, rodeadas de un huerto con frondosos árboles frutales y oreadas por la brisa embalsamada que baja de los cercanos montes. ¡Qué risueña y pacífica es la aldea que se extiende al pie del monasterio! Pero ¿porqué la hemos de llamar aldea? ¿No es mas bien una ciudad? ¿No cuenta al menos setecientas u ochocientas casas, además de las granjas cubiertas de bálago y situadas en medio de los prados que riega el rio caudaloso que cruza por un extremo del valle?

No; jamás tierra alguna prometida ofreció mayores encantos ni producciones mas ricas y variadas. En las faldas, los purpúreos viñedos; debajo de las viñas, los campos donde humean los rastros de la última cosecha, y en la parte superior los espesos matorrales que se extienden hasta los bosques que coronan las cimas entre los cuales está encajonado el valle. Numerosos rebaños de ovejas y de terneras pacen en los inmensos prados que ocupan la llanura, y se oyó el monótono ruido de las campanillas y cencerros de los carneros y de las vacas. Mientras los arados tirados por bueyes abren en

diversos puntos lentamente una parte del suelo cuyos rastros se quemaron el día anterior, bajan desde las viñas carros de cuatro ruedas llenos de racimos y se dirigen al lagar comun situado, lo mismo que los establos, los rediles y los pajares, en edificios construidos cerca del rio. Alzanse en su orilla los lavaderos, las granjas donde se prepara el cáñamo y donde se lavan los vellones de las ovejas que mas adelante se convierten en abrigados vestidos, y allí están tambien los hornos, los molinos, los talleres y los graneros. Todo respira en aquel valle paz, seguridad, alegría y trabajo: el ruido de las palas de las lavanderas, el estruendo de los martillos de los herreros, los alegres gritos de los vendimiadores, el acompasado canto de los que guian los carros ó las yuntas de bueyes que arrastran los arados y la flauta rústica de los pastores; todos estos rumores tan diversos, desde los mas lejanos y vagos hasta los mas próximos y estrepitosos se confunden en una armonia grata é imponente: es la voz del trabajo y de la felicidad elevándose hácia el cielo como una eterna accion de gracias.

— ¿Qué sucede en aquella casa construida como las demás pero que, mas cercana á la cima del collado, ocupa el punto culminante de la aldea y domina el valle? Los habitantes de aquella morada, ataviados con sus trajes de fiesta, van y vienen, entran y salen, amontonan á bastante distancia de la puerta una especie de hoguera de sarmientos, y se ve á los niños y niñas llevar alegremente manojos de ramas secas, para volver corriendo en busca de otro combustible. Una viejecilla con los cabellos de color plateado, aseada y ligera á pesar de sus años, dirige la formacion de la hoguera, y como todas las ancianas, gruñe y sermonea aunque está de buen humor y se sonríe.

— ¡Qué niñas! ¡qué niñas! dice. Sois unas locas. Daos prisa en vez de reir y charlar. La hoguera no es aun bastante elevada. ¿Para qué os habeis levantado al amanecer? Para jugar, correr y reir sin hacer nada de provecho. ¿No es una vergüenza que aun no hayais acabado de arreglar la hoguera? Estoy segura de que mas de una mirada impaciente se dirige desde el valle hácia aquí y que mas de una boca habrá dicho: ¿Qué hacen allá que aun no han dado la señal? ¿Están acaso durmiendo? Hé aquí á qué justas sospechas os esponéis, holgazanas. ¿No cesarán las risas? Ya conozco que vuestra algazara es propia de la edad, pero no debiera deciroslo. Además, los días son tan cortos en otoño que apenas hay tiempo para nada,

y antes que nuestras gentes hayan vuelto con sus ganados, sus bueyes de labor y sus carros y se hayan puesto su traje de gala, se habrá ocultado el sol, de modo que todos llegaremos al monasterio cuando sea de noche á pesar de esperarnos para una hora antes de ponerse el sol.

— Solo faltan unos manojos mas de sarmiento, Odila, para poder prender fuego á la hoguera, respondió una hermosa jóven de diez y seis años de ojos azules y cabellos negros; yo me encargo de encenderla... ya vereis que pronto arrojará las llamas hasta el cielo.

— ¡Qué razon tiene mi amiga Gilda tu abuela en decir que de nada te espantas, hermosa Fulvia, y que eres un diablillo... una loquilla!

— Mi buena abuela es como vos, Odila: sus reprensiones son caricias, y ama á las jóvenes alegres y resueltas...

— ¿Acaso eres tan loquilla para darnos gusto?

— Si, Odila, porque me cuesta tanto... tanto tener buen humor! Y lanzaba á cada palabra una franca carcajada con tanta gracia que la viejecilla no pudo menos de acompañarla en la risa y de decir:

— En mi vida he visto una niña de carácter tan jovial como tú... Es tan cierto como que hoy celebramos el quincuagésimo aniversario de nuestro establecimiento en este valle de Charolles.

— ¡Cincuenta años! Me parece, Odila, que es imposible que llegue yo á vivir cincuenta años.

— Asi me lo parecia á mi tambien cuando tenia tus hermosos diez y seis años, pero el medio siglo ha pasado para mí, Fulvia, en medio de la dicha y de la paz como un sueño... á escepcion de aquel año maldito en que murió el padre de Ronan y perdí á mi primer hijo.

— Mirad, Odila; ya vuelven del campo vuestros consuelos.

Estos *consuelos* eran Ronan y su segundo hijo *Gregor*, hombre ya de edad madura, acompañado de sus dos hijos *Guenek*, áiroso jóven de veinte años, y *Asilik*, linda jóven de diez y ocho. Ronan el proscrito, apesar de su barba y de sus cabellos canos y apesar de sus setenta y cinco años, era aun ágil, robusto y como siempre de buen humor.

— ¡Buenas tardes! dijo á su mujer abrazándola.

Y despues la abrazaron Gregor y sus dos hijos diciendo:

— ¡Buenas tardes, madre!

— ¡Buenas tardes, abuela!

— ¿Pero en qué piensas, Odila? ¿Aun no se ha encendido la hoguera? dijo Ronan. Ven, Gregor, y vosotros, hijos míos, venid, vamos á ponernos el vestido de fiesta y apresurémonos á ir ver á mi hermano Loysik.

Fulvia, la nieta de Gilda, salió entonces de la casa llevando en la mano una antorcha encendida. Seguíanla varias jóvenes y niños de ambos sexos que lanzaron alegres gritos saludando la llama clara y brillante que brotó de la hoguera y subió hasta el cielo debajo de una nube de humo.

Los habitantes del valle que estaban ocupados aun en las faenas del campo, al ver la señal se retiraron á sus casas, y una hora despues hombres, mujeres, niños y ancianos se dirigian en alegres cuadrillas al monasterio de Charolles.

II.—El monasterio.

La comunidad de Charolles es un inmenso edificio de piedra, sólido pero sin ornato, que contiene, además de las celdas de los monjes, los edificios de la explotación agrícola, una capilla, un hospicio para los enfermos del valle y una escuela para los niños. Los monjes labradores han elegido siempre por superior á Loysik, y se han conservado durante cincuenta años con el carácter de laicos, bajo una regla adoptada en comun y rigurosamente observada. Loysik rechazó constantemente la regla de San Benito que era la que se habia adoptado universalmente en toda la Galia, y la institución que habia creado formaba un contraste con el espíritu y las tendencias del siglo en que vivia.

Loysik dirigia los trabajos de la comunidad en los cuales habia tomado parte hasta que la vejez debilitó sus fuerzas, y cuidaba de los enfermos, enseñaba á los niños del valle, ayudado por varios monjes, y por la noche, despues de las rudas faenas del día, reunia la comunidad en el verano bajo los arcos de la galeria que rodeaba el patio interior del claustro, y en el invierno en el refectorio. Allí, les exhortaba á todas las virtudes cristianas, les hablaba de las antiguas glorias de la Galia, les recordaba los padecimientos de nuestro Salvador, y les decia que debian tenerse por felices viviendo pacíficamente en aquel retiro en tanto que bramaban furiosamente en el mundo las más deshechas borrascas.

La comunidad vivia en efecto laboriosa y pacífica bajo la dirección de Loysik que raras veces se veia obligado á castigar las disensiones

de sus hermanos. Habian turbado algunos disturbios la paz del monasterio , pero los habia ahogado al momento el ascendiente del anciano monje labrador. Hé aquí la causa de estos disturbios. La comunidad de Charolles , aunque absolutamente libre é independiente en lo relativo á su regla interior , estaba sometida á la jurisdiccion del obispo de la diócesis de su superior y el beneficio y usufructo del territorio que cultivaba , y como en aquel siglo de hierro llegaban á veces al sacerdocio hombres de duro corazon y de crasa ignorancia , que conseguian los obispados y prebendas despues de haber servido á los reyes como guerreros , al empuñar el báculo , se acordaban de que habian empuñado una espada y peleaban con los condes y señores vecinos con un ardor que revelaba su origen belicoso. Los obispos de Chalons de quienes dependia el monasterio habian sido mas de una vez durante los últimos cincuenta años hombres de la índole que acabo de indicar , y el que ocupaba la silla en la época en que tenian lugar las escenas que referimos , habia sido uno de los favoritos del rey de los francos , guerrero célebre por sus hazañas , hombre de corazon de hierro , celoso de su poder y que miraba con enojo la independenciam de los colonos del valle de Charolles. Como Loysik poseia el territorio y los edificios del monasterio en virtud de una donacion auténtica del rey Clotario , el prelado guerrero se veia obligado á respetar tan sagrado derecho , pero trató de conseguir su fin por medios que se revelarán mas adelante.

Aquel dia se celebraba una fiesta en la colonia y la comunidad de Charolles. Los monjes labradores se disponian á recibir dignamente á sus amigos del valle que acudian , segun costumbre adoptada hacia medio siglo , á dar gracias á Loysik por la existencia feliz que le debia aquella descendencia de proscritos , aventureros feroces é impios que habian convertido las exhortaciones de Loysik. Unicamente una vez al año se infringia la regla que prohibia á las mujeres la entrada en el monasterio. Los monjes preparaban , pues , largas mesas en el refectorio , en las salas donde trabajaban de diferentes oficios manuales , debajo de las galerias cubiertas que rodeaban el patio interior , y hasta en medio del patio , abrigado para esta solemnidad con lienzos tendidos sobre cuerdas , y hasta se veian mesas en la sala de armas. ¡ Cómo ! ¿ un arsenal en un monasterio ? Si , habian depositado alli las armas de los proscritos fundadores de la colonia y de la comunidad. Esta medida aconsejada por Loysik fué muy útil para monjes , labradores y colonos cuando atacaron el valle las tropas de

Chram, y aunque no se habia renovado despues un caso tan estremo, el arsenal continuaba siendo un recuerdo y un medio de salvacion en aquella época anárquica y turbulenta.

Los monjes colocaban sobre las mesas animados de inocente orgullo los frutos de su trabajo, rico pan de trigo de sus campos, vino generoso de sus viñas, pedazos de vaca y de carnero de sus establos, frutas y legumbres de sus huertos, leche y manteca de sus ganados y miel de sus colmenas. Debian aquella abundancia á su laboriosidad y sentian una legítima satisfaccion en manifestar á sus amigos del valle que eran como ellos buenos viñeros, hábiles labradores y excelentes hortelanos y pastores.

Sucedia á veces en aquellos aniversarios, en que las mujeres y las doncellas podian entrar en el interior del monasterio, que algun monje labrador, al ver la impresion que le causaba alguna hermosa jóven y no habiendo hecho aun voto de castidad, comunicaba su nuevo sentimiento á Loysik, que exigia tres meses de reflexion al novicio, y si este insistia en su vocacion conyugal, al momento se veia al superior salir apoyado en su báculo hácia la aldea. Hablaba entonces con los padres de la jóven acerca de la conveniencia del enlace, y casi siempre, algunos meses despues, la colonia contaba un matrimonio mas y la comunidad un hermano menos.

Hacia largo rato que se habian terminado en el interior del monasterio los preparativos de la fiesta, y se ocultaba el sol cuando los monjes oyeron un estruendo de voces y de pasos: era que llegaba toda la colonia. Iban al frente de la multitud Ronan y el Arquero, Odila y Gilda, que eran los cuatro habitantes mas ancianos del valle, seguianles algunos antiguos proscritos de menos edad, y aparecian por fin los hijos, nietos y biznietos de aquellos bandidos en otro tiempo tan feroces y turbulentos.

Loysik salió á recibir á sus amigos á la puerta del recinto del monasterio vestido, lo mismo que todos los monjes de la comunidad, con una túnica de paño burdo ceñido al cuerpo con un cinturon de cuero. Su frente estaba completamente calva, su larga barba blanca como la nieve le caia sobre el pecho; su cuerpo era recto, y agil su andar aunque contaba mas de ochenta años, y unicamente sus manos venerables se agitaban con un ligero temblor.

La multitud se paró, y Ronan se acercó y dijo:

— Loysik, hoy hace cincuenta y un años que una multitud de proscritos determinados te esperaba en los confines de Borgoña: vinis-

te, nos dirigiste sabios consejos, nos predicaste las virtudes del trabajo y del hogar doméstico, y despues nos ofreciste la ocasion de practicarlas dándonos el libre goce de este valle... Un año despues, hace ya cincuenta, nuestra colonia naciente celebraba el primer aniversario de su establecimiento en este pais, y hoy venimos nosotros, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos á decirte por mi boca: ¡Eterna gratitud y amistad para Loysik!

—Si, si, gritó la multitud, gracias sean dadas á nuestro amigo, á nuestro padre.

Estas palabras conmovieron profundamente al anciano monje labrador; suaves lágrimas brotaron de sus ojos, hizo un ademan de que queria hablar, y dijo en medio de un respetuoso silencio:

—Amigos y hermanos míos que viviais hace cincuenta años, y vosotros los que solo habeis conocido aquellos terribles tiempos por lo que os contaron vuestros padres, grande es mi júbilo en este día... Los fundadores de esta colonia, despues de haberse hecho temer, supieron hacerse amar y respetar mostrándose hombres de trabajo, de paz y de familia... La Providencia ha permitido que en medio de los desastres y las guerras civiles que hace tantos años llenan de luto nuestra patria, Borgoña se haya preservado hasta ahora de tantas desgracias, y que vivamos aquí pacíficos y libres como en una isla cercada de borrascosas olas, donde solo á lo lejos se oyen sus bramidos. Este año hemos podido rescatar de la servidumbre algunas pobres familias que yacian bajo el yugo de la esclavitud en los condados vecinos. Aun nos quedan tierras para darles, y hasta que les hayamos construido casas, encuentran en nosotros hermanos y amigos que las hospedan. Miradles... Amadlos como nos amamos entre nosotros... Son pobres y sin hogar como lo éramos nosotros hace cincuenta años.

Apenas pronunció Loysik estas palabras salieron del monasterio varias familias compuestas de hombres, mujeres, niños y ancianos que lloraban de alegría. Todos los colonos ofrecieron á porfia su hogar y sus cuidados á los reciénvenidos, y fué preciso la intervencion de Loysik para calmar aquella tierna y entusiasta rivalidad de ofertas de servicios. Repartió, pues, segun su habitual prudencia los futuros colonos en ciertas casas, y se habló, aunque en voz baja, de la parcialidad del anciano pues le acusaban de haber favorecido en exceso á Ronan y á su amigo el Arquero. En efecto, á la viejecilla Odila le encargó nada menos que una viuda con cuatro hijos y á Gilda

todo un matrimonio, marido, mujer y tres niños. ¡He aquí hasta donde llegaba su parcialidad!

Loysik tenía cuidado de llenar su bolsillo todos los años algunos días antes de la fiesta del aniversario, y destinaba esta suma, fruto de los ahorros de la comunidad, así como de los donativos voluntarios de los habitantes de la colonia, para rescatar un gran número de esclavos. Algunos monjes labradores resueltos y bien armados acompañaban á Loysik hasta Chalons donde se celebraba á principios de otoño un gran mercado de esclavos bajo la presidencia del conde de aquella ciudad, capital de la provincia. Desde la plaza del mercado se veía el espléndido castillo de la reina Brunegilda. Loysik rescataba esclavos hasta que se vaciaba su bolsillo, y de esta suerte aumentaba el número de nuevos colonos, que al pisar el territorio del valle de Charolles, encontraban la acogida que hemos visto, y después trabajo y bienestar.

Terminada la *distribucion* de los nuevos libertos entre los habitantes del valle (Loysik había hecho la parte del león quedándose un gran número de hombres en el monasterio), monjes labradores y colonos se sentaron á la mesa.

¡Qué banquete!...

—Nuestros banquetes de proscritos no eran tan opíparos como este, dijo Ronan. ¿Te acuerdas, Arquero?

—¿Te acuerdas entre otros de aquel que celebramos en nuestra guarida de los desfiladeros de Allange?

—¿Aquel que tan inoportunamente terminó con la llegada de los guerreros de Neroweg y de la ciudad de Clermont?

—¿Te acuerdas, Odila, de la primera vez que te oí cuando llegué en brazos de Eliano el bosque después del incendio de la quinta?

—Si, Gilda: ¡qué radiante de felicidad estaba tu rostro al verte al lado de tu Arquero cuando le creías en el sepulcro!

—Aquella noche supe por vez primera, Loysik, que éramos hermanos.

—¡Ah! Ronan ¡qué arrojó tuvo mi padre cuando, disfrazado de titiritero, consiguió arrancarnos del ergástalo del conde Neroweg!

¿Te acuerdas? ¿os acordáis? He aquí las preguntas con que principiaban siempre las interminables conversaciones de los proscritos cuando se hallaban reunidos. Así hablaban de los pasados tiempos Ronan, Loysik, el Arquero, Odila y Gilda sentados en un extremo de la mesa, mientras los jóvenes hablaban del tiempo presente.

Inmenso era el júbilo que reinaba aquella noche en el monasterio de Charolles.

En medio del festin un monje labrador preguntó á uno de sus compañeros :

— ¿Donde estan los dos curiales que representan en el valle al obispo de Chalons, nuestro señor feudal ?

— Habrán creído que la fiesta es demasiado profana.

— O que no debian participar de ella como estraños.

— Así lo creo por lo que acaban de hacer.

— ¿Qué han hecho ?

— Ya sabes que por orden de Loysik van todas las noches dos colonos á custodiar la barca.

— Lo sé.

— Pues para que ningun colono se privase hoy de la fiesta, los dos curiales se han ofrecido á custodiar la barca esta noche.

— Ese rasgo les honra y desvanece mis sospechas.

— ¿Qué sospechas ?

— Esos curiales me han parecido siempre, mas que representantes, espías de su señor.

III.— La barca.

El rio que bañaba con sus aguas el valle de Charolles, se dividia en dos brazos que servian de límites y de defensa natural al territorio de la colonia en la parte que no estaba custodiada por montes inaccesibles, y Loysik habia tomado siempre la precaucion de atar todas las noches en la orilla del valle la barca que servia de medio de comunicacion con las tierras que se estudian á la parte opuesta de la vega y que pertenecian á la diócesis de Chalons. Cerca de la barca se habia construido una choza que servia de abrigo á los que custodiaban el paso del rio.

La luna se reflejaba en la cristalina corriente, que era muy ancha en aquel parage, y los dos curiales que se habian ofrecido fraternalmente aquella noche á remplazar á los colonos como centinelas, iban y venian con inquietud desde la choza al rio.

— ¿No oyes nada, Felibiano ?

— Nada.

— La luna está sin embargo muy elevada... será ya cerca de media noche y nadie aparece.

— No perdamos la esperanza... es imposible que tarden,

— Si faltasen á su palabra, sería una lástima, porque en mucho tiempo no se nos presentaría otra ocasión como esta noche de encargarnos de la custodia de la barca.

— Y no se ve nadie aun...

— Nadie... nadie.

— ¿Oyes algun rumor?

— Me habia equivocado, es el murmullo del rio y el rumor del viento que agita las ramas de los árboles de la orilla.

— El obispo de Chalons, nuestro señor, habrá renunciado á su proyecto.

— Es imposible, porque ha alcanzado el consentimiento de la reina.

— Escucha... escucha... Ahora si que no me engaña mi oido. ¿Ves allá en la otra orilla unos puntos brillantes?

— Si... es el reflejo de la luna en la armadura de los guerreros.

— ¡ Son ellos! ¡ son ellos! Desatemos la barca y pasemos á la otra orilla.

La barca cruza el rio dirigida por los dos curiales y llega á la opuesta orilla, donde se ve montado en una mula un hombre de elevada estatura, vestido con un traje negro y de rostro imperioso y duro. Se ve á su lado un gefe franco á caballo, escoltado por veinte ginetes cubiertos con armaduras de hierro, y llega tambien á la orilla un carro lleno de equipage, arrastrado por cuatro bueyes y seguido de varios esclavos.

— Respetable mayordomo, dice Felibiano al hombre del traje negro, principiábamos á desesperar de vuestra llegada, pero aun tenemos tiempo para pasar el rio, porque la orgia debe ser á esta hora completa. Toda la colonia, hombres, mujeres y niños, está reunida en el monasterio, y Dios sabe las abominaciones que se cometen en presencia de Loysik que tolera festines tan sacrílegos.

— Estas abominaciones han de tener un término y un castigo. Pero decidme: ¿ se pueden embarcar sin peligro los caballos de estos guerreros y el carro que lleva mi equipage?

— Respetable mayordomo, esta caballeria es numerosa, y será necesario al menos hacer tres ó cuatro viajes.

— Gondowaldo, dijo el mayordomo al gefe franco ¿ os parece bien que dejemos en esta orilla los caballos, mi mula y mi carro y nos dirigamos sin tardanza al monasterio? Vuestros soldados nos acompañarán á pié.

—A pié ó á caballo, serán constantes para ejecutar las órdenes de mi gloriosa reina Brunegilda, y los cuentos de nuestras lanzas para intimidar á esos monjes y á esa plebe si se atreven á resistirse...

—Respetable mayordomo, ignoras de cuanto son capaces los monjes y los habitantes del valle, y nos parece que veinte guerreros es una fuerza muy débil si se oponen á las órdenes de nuestro señor el conde de Chalons.

Gondowaldo miró al curial con ademan desdeñoso y ni siquiera respondió á su observacion.

—No participo de vuestros temores, dijo con altivez el mayordomo y tengo razones para creerlo así. Ya estamos embarcados... ¡Pronto á la otra orilla!

El mayordomo, Gondowaldo, chambelan de Brunegilda, y los veinte guerreros de la reina armados de cascos, corazas, lanzas, espadas y escudos dorados llegaron á la orilla del valle.

—¿Hay mucha distancia desde aquí al monasterio? preguntó el curial al saltar en la orilla.

—No, señor mayordomo, una media hora.

—Id delante y os seguiremos.

—¡Ignoran los impios de esta comunidad que la cuchilla de la ley pendé sobre sus cabezas!

—Apresurad el paso.

—Hermanfredo, preguntó el gefe de los francos volviéndose á uno de sus guerreros, ¿traes las cuerdas y las esposas de hierro?

—Si, señor Gondowaldo.

IV. — El mensaje.

Continuaba el banquete en el monasterio y reinaba la mas cordial alegría. La conversacion continuaba animada en la mesa donde estaban Loysik, Ronan, Eliano y su familia, y hablaban entonces de los terribles sucesos que pasaban en aquella época en el palacio de la reina Brunegilda.

De pronto se acercó á Loysik uno de los monjes labradores y le dijo:

—Llaman en la puerta exterior del monasterio, y una voz me ha respondido que es un mensaje del conde de Chalons y de la reina.

Este nombre causó en aquel momento profundo asombro y vago temor.

— ¿Un mensaje del conde y de la reina? repitió Loysik levantándose y dirigiéndose hacia la puerta exterior del monasterio. La barca está atada todas las noches en la orilla y los que la custodian tienen orden de no cruzar el río hasta salir el sol. Ese mensajero habrá tomado sin duda una barca en *Noisan* para subir por el río.

Y mientras hablaba así, el superior de la comunidad se acercaba á la puerta cerrada por dentro, seguido de varios monjes con antorchas. Le acompañaban también Ronan y el Arquero y un gran número de colonos. Mandó abrir la puerta que giró lentamente sobre sus quicios, y se vieron á corta distancia iluminados por la luna el mayordomo del conde y el chambelán de la reina, y detrás de ellos los veinte guerreros con los escudos en el brazo, las espadas al costado y las lanzas en la mano.

— ¡Traición! dijo en voz baja Loysik volviéndose hacia Ronan. Y añadió dirigiéndose á los monjes: ¿Quién custodiaba la barca esta noche?

— Los dos curiales... Se ofrecieron á prestar este servicio para que nadie se privara de la fiesta.

— Todo lo adivino, dijo Loysik con amargura.

Reinó un momento de silencio.

— ¿Quiénes sois? ¿qué queréis? preguntó Loysik al mayordomo y al jefe de los francos que se habían parado en el umbral de la puerta mientras la escolta permanecía á algunos pasos de distancia.

— Me llamo Salviano, soy mayordomo del conde de Chalons y sobrino del venerable Sidonio, obispo de esta diócesis, y te traigo un mensaje de tu señor.

— Y yo soy Gondowaldo, chambelán de nuestra gloriosa é ilustre y gloriosa reina Brunegilda, la cual me ha encargado que preste auxilio al enviado del conde.

— He aquí una carta del conde mi señor, añadió el mayordomo presentando un pergamino á Loysik; léela al instante.

— Los años han debilitado mi vista; uno de los hermanos la leerá en voz alta en presencia de todos.

— Puede ser que la carta contenga alguna cosa secreta, dijo el mayordomo; te aconsejo que la hagas leer en voz baja.

— En nuestra comunidad no tenemos secretos. Léela en alta voz, hermano.

Y Loysik entregó el mensaje á uno de los miembros de la comunidad que ejecutó el mandato de su superior.

La carta decia que el conde de Chalons, á instancia del obispo, mandaba á la comunidad de Charolles que en adelante obedeciese al abad que dicho prelado habia nombrado con objeto de poner término á los escándalos que durante tantos años estaba dando Loysik; que en lo sucesivo se regiria la comunidad por la regla de San Benito; que los monjes laicos que lo mereciesen por su sumision á las órdenes del nuevo abad, alcanzarian el favor de la clerecía, y que en virtud del canon 7 del concilio de Orleans, celebrado dos años antes (611) que mandaba que «los dominios, tierras, viñas y esclavos que se diesen á las parroquias habian de pertenecer al obispo,» todos los bienes del monasterio y de la colonia que formaban la parroquia de Charolles, cuyo sacerdote habia sido elegido hasta entonces por los colonos, fuesen puestos en posesion del mayordomo del conde de Chalons como representante del obispo de la diócesis para entregarlos al nuevo abad cuando se encargase de la direccion del monasterio. El conde mandaba á su vasallo Loysik que se presentase inmediatamente en la ciudad de Chalons para ser juzgado por su obispo y padre espiritual y padecer humildemente la penitencia ó castigo que se le impusiera. Finalmente, como era posible que Loysik cometiese el enorme crimen de despreciar las órdenes de su señor feudal y de su obispo, el noble Gondowaldo, chambelan de la gloriosa reina Brunegilda, estaba encargado de hacer cumplir dichas órdenes recurriendo á la fuerza si fuese necesario.

Apenas acababa de leer el monje este mensaje cuando Gondowaldo añadió con ademan altivo y amenazador:

— Si, yo, chambelan de la gloriosa reina Brunegilda, estoy encargado de decirte que si tú y los tuyos tuvieseis la audacia de desobedecer las órdenes del conde, como podrá suceder si he de juzgar por los insolentes murmullos que acabo de oír, os mandaré atar á tí y á los rebeldes á la cola de los caballos, y os conduciré así á Chalons haciendooos andar de prisa con los cuentos de las lanzas.

En efecto, los murmullos de indignacion de la multitud habian interrumpido varias veces la carta del conde, y fué precisa la imponente autoridad de Loysik para alcanzar de los monjes y colonos el silencio necesario para terminar la lectura; pero cuando el franco Gondowaldo pronunció con ademán de reto sus insolentes amenazas, la multitud respondió con gritos de ira y carcajadas irónicas.

Ronan, el Arquero y algunos antiguos proscritos fueron los primeros en rebelarse contra las órdenes del conde que se dirigian á desposeer á los monjes labradores y á los colonos de sus bienes en beneficio del obispo, que no se habia atrevido sin duda á pedir directamente una cosa tan injusta. Aunque encanecidos por la edad, los proscritos sintieron renacer en su corazon su antiguo ardor bélico y su espíritu turbulento, y Ronan, acordándose de su antiguo oficio de gefe de bandidos, dijo en voz baja al Arquero:

— Toma veinte hombres resueltos, armalos en el arsenal, y corre á la barca para cortar la retirada á los francos. Yo me encargo de lo que falta que hacer aquí, porque te aseguro que me siento rejuvenecido y tan animoso como hace cincuenta años.

— Y yo te confieso, Ronan, que durante la lectura de esa carta, y especialmente cuando hablaba este altivo palaciego, mas de una vez he puesto la mano en el costado creyendo que llevaba aun una espada.

— Reune nuestros hombres en medio de este tumulto y yo voy á hacer lo mismo: el arsenal contiene armas suficientes para todos.

Y los dos viejos proscritos iban de un lado á otro, pronunciando una palabra á ciertos colonos, que desaparecieron sucesivamente en medio del tumulto que crecia por momentos, y que á duras penas dominaba la voz firme y sonora de Loysik que respondia al mayor-domo:

— El obispo de Chalons no tiene derecho para imponer á esta comunidad una regla particular ó un abad; elegimos libremente nuestros gefes del mismo modo que adoptamos la regla que nos place seguir, con tal que sea cristiana y no se oponga á lo que mandan los concilios: tal es el derecho anterior y original que ha presidido á la fundacion de todos los monasterios de la Galia. El obispo no tiene sobre nosotros mas jurisdiccion que la espiritual que ejerce sobre los demás laicos, y somos dueños de nuestros bienes y de nuestras personas en virtud de una donacion del difuntó rey Clotario que prohíbe formalmente á sus duques, condes y obispos que se nos turbe en nuestra posesion. Tenemos un sacerdote nombrado por el obispo para el servicio de la parroquia y hasta permitimos que vengan á vivir entre nosotros curiales de la ciudad de Chalons, delegados para velar en la parte de jurisdiccion que tiene sobre nosotros nuestro señor feudal, pero nunca accederemos á una espropiacion injusta.

— Si el conde y el obispo se han decidido á dar este paso es porque

tu monasterio es una nueva Babilonia, dijo el mayordomo. ¿Me lo podrás negar? Veo mujeres de todas edades en este santo lugar que debía estar dedicado á la austeridad, á la oracion y al retiro; veo todos los indicios de una torpe orgia que iba á prolongarse tal vez hasta el dia, en medio de monstruosos escesos...

— ¡Silencio! gritó Loysik indignado; yo, gefe de esta comunidad, te prohibo que sigas mancillando los oidos de estas esposas y de estas doncellas reunidas aquí con sus familias para celebrar pacíficamente el aniversario de nuestro establecimiento en esta tierra libre, que continuará libre como los que la habitan.

— ¡Menos palabras, mayordomo! dijo Gondowaldo. ¿Para qué te has de cansar discutiendo con estos villanos? ¿No tienes mis guerreros para hacerte obedecer?

— Quiero hacer el último esfuerzo para abrir los ojos de estos infelices, respondió el mayordomo, alucinados por el indigno Loysik. ¿Sabeis á lo qué os espondeis si no obedecéis las órdenes de mi señor el conde? ¡Temblad... temblad!

— Salviano, dijo Loysik, tus palabras serán vanas y tus amenazas se estrellarán ante nuestra firme resolucion de sostener la justicia de nuestros derechos. Pongamos término á una discusion inútil. La puerta de este monasterio está abierta para los que se presentan como amigos, pero se cierra para los que se presenten como enemigos. ¡Alejaos de aquí!

— ¡Sí... sí! ¡fuera! ¡fuera! gritaron algunos colonos.

— ¡Una rebelion!... ¡Amenazas! exclamó el mayordomo. Gondowaldo, añadió esforzándose para dejar penetrar en el interior del patio al gefe de los guerreros francos, cumplid las órdenes de la reina...

— Tus inútiles palabras me han impedido cumplirlas antes. ¡A mí, guerreros! Atad á este monje y esterminad á estos villanos si se resisten.

— ¡A mí, colonos! ¡Mueran los francos!

¿Quién hablaba así? El anciano Ronan seguido de treinta colonos, hombres resueltos, robustos y armados de lanzas, hachas y espadas. Habian salido sin ruido del recinto del monasterio por el patio de los establos, guiados por Ronan, y habian dado vuelta á los edificios exteriores hasta el ángulo que formaba la pared del monasterio cerca de la puerta principal donde estuvieron emboscados hasta que Gondowaldo llamó á sus guerreros. Salieron entonces de su em-

boscada y se arrojaron sobre los francos. Gregor salió al mismo tiempo de los edificios interiores del monasterio acompañado de una turba determinada, tan numerosa y tan bien armada como la de su padre, y penetró entre la multitud que inundaba el patio. El mayordomo, Gondowaldo y su escolta de veinte guerreros se vieron de improviso cercados por sesenta hombres resueltos, y viendo la inutilidad de su resistencia, se rindieron.

Sin embargo, Gondowaldo alzó la espada en el primer ímpetu de sorpresa y de ira sobre Loysik, é hirió á uno de los monjes que había defendido con su cuerpo al anciano. El chambelan de la reina, á pesar de su elevada categoría, cayó vencido y fué maltratado por los colonos que se contentaron con descargarle golpes con los cuantos de las lanzas y las empuñaduras de las espadas. Loysik le salvó de las manos de los colonos, y gracias á su intervencion no se derramó mas sangre que la del monje ligeramente herido por Gondowaldo.

— ¡Ronan! ¡Ronan! ¡Amigos míos! gritaba Loysik, no useis de violencia. Estos estrangeros han venido como enemigos y han sido los primeros en verter sangre. Les habeis desarmado, pero lo habeis hecho defendiendo vuestros derechos.

Esta decision no fué del gusto de los antiguos proscritos, cuyo pasado ardor bélico se habia despertado al ver los guerreros francos.

— Conducid á estos soldados y á su gefe á una de las salas del monasterio, añadió Loysik, y que los custodien algunos colonos armados.

— ¿Te atreves á encarcelarme? ¿Ignoras quien soy? dijo Gondowaldo pálido de ira; ¡Oh! toda tu sangre no pagará esta audacia. Teme mi venganza.

— El conde de Chalons ha obrado injustamente al enviaros y ha sorprendido á la reina con falsas acusaciones.

Los monjes condujeron á una sala á los guerreros francos, pero fué preciso arrastrar por fuerza á su gefe que se resistia y arrojaba terribles amenazas.

Loysik dijo entonces al mayordomo que estaba aterrado y miraba en torno suyo creyendo ser víctima de los colonos:

— Salviano, debo ante todo asegurar la tranquilidad de la colonia y de la comunidad, y me veo por consiguiente obligado á mandarte que quedes preso en el monasterio.

— ¡Tambien yo!

— No temas, serás tratado con consideracion y tendrás por cárcel

el recinto del monasterio... Antes de tres ó á cuatro dias... cuando haya regresado yo de Chalons , serás libre.

Cuando el mayordomo desapareció , Ronan dijo á Loysik :

—Has dicho á ese hombre que le darás libertad cuando regreses de Chalons... ¿ Vas á partir ?

—Al momento... Veré al obispo , veré á la reina.

—¿ Qué dices , Loysik ? preguntó Ronan con dolorosa ansiedad. ¿ Vas á presentarte á Brunegilda , á esa reina terrible ? ¡ Considera que vas en busca de una muerte cierta !

Los monjes labradores y los colonos , llenos de inquietud como Ronan , le dirigieron las mas tiernas súplicas para desviar á Loysik de su temerario proyecto ; pero el anciano permaneció inflexible en su resolucion , y mientras uno de los monjes que debia acompañarle hacía apresuradamente algunos preparativos de viaje , se dirigió á su celda para tomar la donacion del rey Clotario.

Ronan y su familia acompañaron á Loysik que les dijo tristemente.

—Nuestra posicion está cercada de peligros , pues no solamente se trata de la suerte de este monasterio sino de toda la colonia. Habis vencido facilmente á veinte guerreros , pero tratar de oponer resistencia por medio de la fuerza al inmenso poder de la reina seria desechar el esterminio y la esclavitud de toda la colonia. Esta donacion demuestra nuestro derecho , pero ¿ lo reconocerá Brunegilda ?

—En ese caso ¿ qué vas á hacer , hermano mio , en Chalons ?

—Pediré justicia.

—¿ Y si la reina te condena á muerte ? ¿ y si no alcanzas la justicia que pides ?

— ¡ Cumplase la voluntad de Dios ! Moriré al menos con el consuelo de haber hecho lo que debia.

— ¡ Pero no puedes ir solo... no ! ¿ Qué haremos aqui sin tu apoyo ?

—Ronan , ¿ eres tu aquel valeroso proscrito que arrostraba la muerte por una causa menos justa ? Me asombra tu temor. Manda que se ocupen esta noche todos los puntos fortificados como cincuenta años ha cuando Chram invadió la Borgoña. Por otra parte , no debes temer ningun ataque durante cuatro ó cinco dias. Necesito dos para llegar á Chalons , y doble espacio de tiempo es necesario á las tropas de la reina para llegar aqui en el desgraciado caso de que quiera recurrir á la violencia. Hasta el momento que llegue á Chalons ignorará Brunegilda si se han cumplido las órdenes del conde. Os prohibo formalmente que maltrateis á los dos curiales que nos han

hecho traicion, añadió con voz severa dirigiéndose á los monjes que entraron entonces en la celda.

— Se cumplirán vuestras órdenes, Loysik.

Triste fué la despedida de Loysik y de los habitantes de la colonia; vertieronse copiosas lágrimas y muchas manos infantiles se asieron de la túnica del anciano, pero todas las súplicas fueron vanas, y partió acompañado por Ronan y su familia hasta la barca, donde encontró al Arquero que se habia encargado de cortar la retirada á los francos.

Al ocupar aquel punto con sus hombres habia visto en la orilla opuesta los esclavos que guardaban los caballos de los guerreros y los bagages del mayordomo, y creyendo prudente apoderarse de ellos, dejó la mitad de su gente y al frente de los demas cruzó el rio en la barca. Los esclavos no opusieron resistencia alguna, y en dos viajes fueron trasladados á la orilla de la colonia esclavos, caballos y carros. Loysik aprobó la medida del Arquero, porque los esclavos, viendo que no volvian Gondowaldo y el mayordomo, hubieran regresado sin duda á Chalons, y convenia al anciano para sus proyectos que se ignorase lo que habia pasado en el monasterio.

Ronan y Gregor acompañaron á Loysik hasta la opuesta orilla. El anciano abrazó por vez postrera á su hermano, y se dirigió montado en una mula y acompañado de un monge labrador á la ciudad de Chalons.

V. — Brunegilda.

Entramos en la regia morada de Brunegilda.

¡Qué esplendido palacio! No era tan rustico como el castillo del conde Neroweg que los proscritos redujeron á cenizas, no, porque la reina era aficionada á la arquitectura y amaba las artes de Grecia é Italia. El magnífico alcazar que habia mandado construir en Chalons, capital de Borgoña, rodeado de hermosos jardines que se extendian hasta el Saona, tenia á la vez aspecto de palacio, por que en aquellos siglos de batallas los reyes y los señores solo se creian seguros tras robustas murallas defendidas por sus guerreros. El palacio de Brunegilda estaba rodeado de recios muros flanqueados de torres macizas, y se entraba en su recinto por una bóveda profunda cerrada en sus dos extremos por puertas enormes. Velaban noche y dia en aquella bóveda los guerreros de Brunegilda, armados de piés á

cabeza, y en los patios interiores se veían cuarteles para un gran número de ginetes y peones. Las salas del palacio son inmensas, y tienen pavimentos de mármol ó de mosaico y columnas de jaspe, de pórfiro y de alabastro oriental con capiteles de bronce dorado, y estas magnificencias artísticas, obras maestras de genios ignorados, despojos de los templos y de los palacios de la Galia romana, han sido trasladadas en carros hasta la morada de la reina. Aquellas salas inmensas, adornadas con muebles de márfil, oro ó plata, estatuas gentílicas del mas esquisito labor, vasos preciosos y tripodes, preceden á la habitacion particular de Brunegilda.

Aparece apenas el dia, y ya los grandes salones se llenan de esclavos domésticos de la reina, de oficiales de sus tropas, de altos dignatarios de su casa, chambelanes, escuderos, mayordomos y condestables que esperan las órdenes de su soberana.

Un aposento de forma circular construido en una de las torres del palacio, es la antesala de la estancia donde se halla habitualmente la reina; se ven tres puertas: una conduce á la sala donde se reúnen los oficiales del palacio, otra á la estancia donde duerme Brunegilda, y la tercera, que cierra una cortina de cuero dorado, da á una escalera de caracol practicada en el espesor de la muralla. Este aposento está amueblado suntuosamente, se ven sobre una mesa cubierta de un rico tapiz bordado, pergaminos preparados para escribir y un cofrecillo de oro enriquecido con piedras preciosas; en rededor de la mesa hay colocados asientos con almohadones de tela de púrpura, y junto á las columnas se alzan sobre pedestales de mármol vasos de ónice ó de bronce de Corinto mas preciosos que el oro ó el alabastro de color de rosa. Sobre un zócalo antiguo se admira un magnífico grupo de mármol de Paros de esquisito labor que representa al Amor gentílico acariciando á Venus, y se ven á su lado dos figuras de bronce ennegrecido por los siglos que presentan la imagen obscena de un fauno y de una ninfa.

Abramos la puerta de la cámara de Brunegilda.

La reina tiene setenta y seis años de edad, y se hallan en sus facciones las huellas de una hermosura notable, marchitada, mas que por la edad, por el fuego devorador del odio ó de la ambicion. Su rostro pálido y arrugado, parece iluminado por el sombrío brillo de sus rasgados ojos, hundidos y negros como sus cejas; sus cabellos son blancos como la nieve, y su frente erguida, sus labios impasibles, su mirada profunda y su ademan orgulloso, porque su talle se ha con-

servado recto y esvelto, revelan las pasiones que tan borrascosa hicieron su existencia.

La reina estaba sola con la frente apoyada en sus manos y abismada al parecer en honda meditacion.

Entró entonces una anciana ricamente vestida y de fisonomia helada, sardónica y astuta. Era Crotequilda, noble dama franca y confidenta antigua de la reina.

— Señora, dijo la anciana, acabo de saber que el alcalde de palacio, el duque Warnacario ha salido de Germania.

— ¿Tan pronto?

— ¿Le temeis acaso?

— Su presencia es para mi importuna. Ya sabes, Crotequilda, que reino hace muchos años como tutora de mis nietos, y que los duques y condes del reino, me acusan de que prolongo la infancia de los príncipes para conservar un poder que tantos me disputan. Pues bien, el duque hace esfuerzos para grangearse la amistad de Sigiberto, el heredero de la corona.

— ¿Pues como habeis encargado vuestro nieto á ese hombre si desconfiais de él?

— Tienes razon; cometí un error. Pero ¿no son todos traidores? ¿no he tenido que luchar toda mi vida con falsos amigos?

— ¿No os queda Aimoino que os es fiel?

— Le escribí que viniera acompañando al duque Warnacario, y si el alcalde de palacio alza su ambicion á la altura que recelo, la rivalidad de Aimoino le cortará las alas. Estoy cansada de luchar con el orgullo de los condes y duques enriquecidos por la generosidad de los reyes. ¡Oh! ¡si la vida no fuese tan corta! Me faltan años, no fuerza y voluntad, pero yo detendré con la energia de mi alma el curso fatal del tiempo. Las tribus de la otra parte del Rhin han respondido á mi llamamiento y se unirán á mi ejército. ¡Daria todo lo que me resta de vida porque cayera en mis manos Clotario II, el hijo de Fredegonda! Reinaria entonces en toda la Galia y realizaria la ilusion que he abrigado tantos años.

Para comprender el sentido de estas palabras, es forzoso narrar sucintamente los acontecimientos que tienen relacion con los hijos de Clotario y que tuvieron lugar despues de la fundacion de la colonia de Charolles.

Clotario dejó cuatro hijos: Chariberto, que reinaba en Paris, Gontran, que era rey de Orleans y de Bourges; Sigeberto, rey de

Ostrasia, que residia en Metz, y Chilperico, rey de Neustria, cuya corte era Soissons.

Chariberto y Gontran murieron sin hijos. Chilperico, aunque casado con Audowera, vivia con una esclava de portentosa hermosura y de seducciones irresistibles que se llamaba Fredegonda, y la amó con tal pasion que repudió á su esposa la cual murió en un convento. Chilperico se cansó no obstante de su amada, y quiso imitar á su hermano que se habia casado con una princesa real llamada Brunegilda, hija de Atanagildo, rey de los godos en España. Chilperico pidió, pues, y alcanzó la mano de la hermana de Brunegilda, llamada Galeswinta... Decian que era imposible figurarse una hermosura tan admirable como la de aquella princesa, y la bondad de su corazon era igual á la dulzura angelical de sus facciones. Cuando partió de España para venir á la Galia á casarse con Chilperico, la desventurada Galeswinta tuvo un presentimiento de muerte!.. No se engañaba. Seis años despues murió ahogada en el lecho.

Chilperico, cuyo amor hacia Fredegonda se habia despertado mas ardiente que nunca, se casó con ella despues de la muerte de Galeswinta, y la esclava llegó á ser una de las reinas de la Galia. Brunegilda, la hermana de la desventurada princesa, era una mujer ambiciosa y cruel y quiso vengar la muerte de Galeswinta. Trabóse entonces entre Fredegonda y Brunegilda una lucha á muerte que originó la mas desastrosa guerra civil. Chilperico pasó á sangre y fuego las provincias sometidas á Sigeberto, y este devastó tambien las posesiones de Chilperico, y los dos hermanos, impelidos por el odio de sus esposas, combatieron entre sí hasta que fueron asesinados.

Fredegonda murió á la edad de cincuenta y cinco años, dejando el reino intacto á su hijo Clotario que heredó con la corona el odio que abrigaba su madre contra la esposa de Sigeberto.

El hijo de Brunegilda, Childeberto, murió tambien asesinado y dejó bajo la tutela de su madre á sus hijos Thierry y Teydewerto.

Continuaré ahora la conversacion de la reina Brunegilda y de su confidenta, la noble anciana Crotegilda.

—Reinareis, señora, en toda la Galia, dijo la anciana, y Dios os dará aun muchos años de vida para gozar esa felicidad.

—Lo creo... y lo quiero! ¡Reinar!... Ambicion de las grandes almas... ¡Reinar como reinaban los emperadores de Roma! Si; quiero imitarles en su omnipotencia soberana, contar por millones los

instrumentos de mi voluntad ; imponer la obediencia á la muchedumbre con un ademan temido ; ensanchar mis reinos hasta lo infinito ; ver doblegados bajo mi yugo á todos los pueblos del mundo ; decir : quiero , y ver razas diversas sometidas á una sola ley... á la mia ; decir : quiero , y ver alzarse en toda la Galia esas maravillas del arte con que he adornado la Borgoña: castillos, palacios espléndidos, basilicas portentosas , calzadas inmensas , prodigiosos monumentos que repitan á los futuros siglos el nombre de Brunegilda !

Oyose entonces rumor de pasos en la sala circular... Era el duque Warnacario, alcalde del palacio de Borgoña acompañado de Sigeberto, viznieto de Brunegilda y heredero de la corona. Aquel niño, que apenas contaria once años, era enfermizo y pálido como sus tres hermanos Childeberto, Corvo y Meroveo.

La reina se quedó sola con el duque Warnacario que era un hombre de elevada estatura y rostro frío, impenetrable y resuelto; llevaba una rica armadura con adornos de oro á la moda romana, y pendia de su costado una ancha espada y un largo puñal del cinto.

VI. — El alcalde de palacio.

— ¿ Qué noticias traeis , duque ? preguntó la reina despues de lanzar á Warnacario una profunda mirada y de invitarle á que se sentase junto á la mesa.

— Buenas y malas , señora.

— Decid primero las malas.

— No es ya dudosa la traicion de los duques Arnolfo y Pepino, así como la defeccion de otros muchos grandes señores de Austrasia que se han presentado con sus guerreros en el campamento de Clotario II.

— Hace mucho tiempo que sospechaba esa traicion. ¡ Qué ingratitud ! Pero prefiero la guerra franca á la perfidia y el disimulo , y los dominios, tierras sálicas ó beneficios de esos traidores, ingresan en mi fisco. Continua.

— Clotario II ha levantado los reales de Andernach y ha penetrado en Austrasia. Habiendosele intimado que respetase les reinos de sus sobrinos cuya tutela teneis , señora, ha respondido que apelaria el fallo de los grandes de Austrasia y de Borgoña.

— El hijo de Fredegonda espera sublevar contra mi los pueblos y señores de mis reinos , pero se engaña porque ejemplos prontos y terribles van á cortar de raiz el espíritu de rebelion. ¡ Ay de los trai-

dores... de todos los traidores! ¿Oyes, Warnacario?... De todos.

— Entiendo, señora, hasta lo que no decís.

— ¿Lees en mi pensamiento?

— ¿Si, me creéis traidor... Sospechais de mi especialmente desde vuestro reciente viaje á Worms.

— Siempre he sospechado.

— Habéis escrito á Aimoino, y adivino vuestros proyectos.

— Y sin embargo, no has vacilado en volver á mi presencia.

— Vengo para probaros la injusticia de vuestras sospechas.

— O para venderme mejor.

— Señora, si hubiese querido haceros traicion me hubiera presentado á Clotario II como tantos otros señores de Borgoña, hubiera entregado en rehenes á vuestro nieto, y me hubiera quedado en el campamento de vuestro enemigo con las tribus que conducia desde Germania.

— Esas tribus son fieles á mi causa y no te hubieran seguido; esas tribus vienen á reforzar mi ejército...

— Esas tribus, señora, vienen tan solo para saquear, y les importa muy poco ser auxiliares de Brunegilda ó de Clotario. Ora sea el pais de Soissons, ora el de Borgoña ó de Austrasia; esos francos pelean con valor y contribuyen á alcanzar la victoria con la única esperanza de saquear el pais vencido, hacer un gran botin y llevarse numerosos esclavos á la otra parte del Rhin.

— ¿No han prometido defender á mi nieto?

— Esas tribus son salvages, y he tenido que hacer desesperados esfuerzos para impedir que saqueasen los paises que atravesábamos. Todos los dias me pedian sus gefes que les condujese á la batalla para estar de vuelta en Germania con su botin y sus esclavos antes de principiar el invierno.

— ¿Y en donde están esas tribus?

— Las dejé en Montsarran.

— ¿Porqué tan lejos de Chalons?

— A pesar de mis exhortaciones, esos bárbaros han pasado á sangre y fuego el pais como si fuera conquistado, y si los hubiera permitido entrar en Borgoña para enviarlos despues á otra comarca, segun las necesidades de la guerra, los desastres que causaran hubiesen exasperado á los pueblos. Estas nuevas desgracias podrian aumentar el descontento, porque ya sabéis, señora, que en esta parte de Borgoña fermenta cierta agitacion entre la plebe...

— Si; á instigacion de esos traidorés que han abrazado la causa del hijo de Fredegonda, tratan de sublevar el pueblo contra mí, contra la *Romana* como me llaman ¡ Oh! señores y plebe sabrán lo que pesa el brazo de Brunegilda.

— Los enemigos de Brunegilda temblarán siempre ante ella, pero he temido aumentar su número haciendo á nuestros pueblos víctimas de la barbarie de vuestros nuevos aliados. El territorio que van á devastar será al menos limitado. Por otra parte, la posicion es bastante céntrica para que esos auxiliares puedan dirigirse á donde convenga segun los movimientos del ejército de Clotario II. He obrado pues, señora, con prudencia y prevision.

— ¿ Y en qué estado se halla el espíritu de esas tropas?

— Están animadas del mayor entusiasmo y desean combatir. El recuerdo de las dos últimas victorias de Toul y de Tolbiac, y especialmente el inmenso botin y el gran número de esclavos que hicieron en la pasada campaña, redoblan su deseo de combatir con el hijo de Fredegonda. Estas son, señora, las buenas noticias que, segun mi parecer, compensan las malas. ¿ Creéis aun qué mis esfuerzos son pruebas de traicion?

— ¿ Quién sabe?

— Pues yo no lo ignoro, señora.

— Pero sabéis tambien que escribí á Aimoino con objeto de que os vigilase, y no creo que os sea muy grata mi desconfianza.

— Brunegilda castiga luego que sospecha, pero es generosa con los que le sirven con lealtad.

— ¿ Tienes qué pedirme alguna cosa?

— Si, señora, pero lo haré despues de la guerra, ó mas bien, despues de la victoria... si llevo á ganarla peleando contra Clotario II, si consigo traeros prisionero al hijo de vuestro rival.

— ¡ Warnacario! exclamó la reina estremeciéndose de alegria á la idea de tener en su poder al hijo de la mujer que tanto odiaba.

Se contuvo, empero, lanzó una mirada penetrante al duque, y añadió:

— Si tu promesa es un lazo que me tiendes para desvanecer mis sospechas, Warnacario, confieso que eres maestro en la astucia.

— Creed, pues, que soy un traidor, llamad, y al instante acudirán vuestros escuderos que me matarán en vuestra presencia. Pero ¿ qué sucederá despues? ¿ De quién dejareis de sospechar? ¿ A quién tomareis por general? ¿ Acaso al duque *Aleteo*? ¿ al duque *Roccon*?

— ¡No!

— ¿Al duque *Sigowaldo*?

— ¿Te burlas de mí?

— ¿Al duque *Aubelano*?

— Tal vez... ¿Pero no es antiguo amigo de los traidores Arnolfo y Pepino? ¡No: jamás me fiaré en Aubelano!

— Ellos son, sin embargo, señora, los únicos capaces de mandar el ejército... ellos son los únicos hombres de guerra.

— Si, pero nunca he tratado de privarles de mi amistad tan solo por una sospecha, ó al menos lo ignoran... en tanto que he intentado perderte, Warnacario.

— Señora, hablemos friamente...

— ¿Y puedes hablar de otro modo, hombre impasible é impenetrable?

— Impenetrable á la traicion, señora.

— Palabras... palabras....

— Hé aquí hechos. ¿Me creéis animado de odio contra vos porque habeis intentado, segun decís, mi pérdida? Pues ese caso, señora, ¿quién me impide poner la mano sobre esta campanilla para impedir que llameis en vuestro auxilio?

Y el duque hizo lo que dijo.

— ¿Quién me impediría sacar este puñal?

Y el duque hizo brillar el acero á los ojos de Brunegilda cuyo primer movimiento fué retroceder hasta tocar con el respaldo del sillón.

— ¿Quién me impediría por fin mataros de un golpe con esta arma envenenada como eran los puñales de los pajes de Fredegonda?

Y al pronunciar estas palabras, Warnacario se aproximó de tal modo á Brunegilda, que podia haberla herido sin darle tiempo para lanzar un grito.

La reina, á escepcion del primer movimiento de temor ó de sorpresa, permaneció inmóvil, con la mirada indomable clavada en los ojos del alcalde de palacio, y desviando despues con un ademán desdeñoso la hoja del puñal, continuó algunos instantes inmóvil y pensativa, y dijo haciendo un esfuerzo:

— Preciso es, sin embargo, creer en alguna cosa. Es verdad que podrias haberme asesinado y no lo has hecho... ¿Cómo podré negarlo? Luego no quieres vengarte de mí... á no ser que me reserves una suerte mas terrible que el morir de una puñalada; pero un

hombre que odia con firmeza, pocas veces se detiene en atormentar á su víctima. A nadie pertenece el porvenir; cuando se encuentra una ocasion favorable para acabar con el enemigo, se le mata pronto, y por lo tanto no creo que me guardes rencor. Conservarás, pues, el mando del ejército. Escucha, Warnacario: has dicho que Brunegilda es implacable en sus sospechas y en su odio pero generosa con los que la sirven fielmente. Caiga en tu poder el hijo de mi rival... de aquella vil esclava, de la odiada Fredegonda, y mi favor sobrepujará tus esperanzas... Olvidemos lo pasado.

— Ya está olvidado, señora.

— ¿Es cierto?

— Es cierto.

— Te confesaré, pues, Warnacario, que he tratado de libertarme de tí porque te creí ambicioso, porque creí que eras un obstáculo para mis proyectos. No hubieras sido tú la primera víctima de mis sospechas ó de mi ambicion, porque hace muchos años que estoy luchando con el destino, y la esperanza de ver realizadas mis esperanzas da tal vértigo á mi mente, que no reparo en los medios que elijo como conduzcan al fin que apetezco. Además, las desgracias de mi familia han enconado mi corazon, y deseo vengarme. Mis enemigos... ó por mejor decir, Fredegonda y sus hijos, han muerto á mi hermana Geleswinta, á mi esposo, á mi hijo y á mis mas fieles servidores; estoy sola para defender mis reinos de mi hijo y de mis nietos contra reyes que han jurado mi pérdida; he ganado brillantes victorias, he protegido las artes, he construido magníficos monumentos y mi nombre está cercado de una aureola de gloria que desearian extinguir los que envidian mi inmenso poder. Y sin embargo, me odian, los señores francos se alzan contra mí, y la plebe vil, sordamente escitada contra mí, se rebelaria tal vez á no ser por el terror que le inspiro...

Brunegilda se interrumpió repentinamente y exclamó:

— ¿Quién es ese hombre? ¿quién ese hombre?

Y se levantó bruscamente indicando con la mano á un anciano que, en pié en el umbral de la puerta que daba á la escalera de caracol construida en el muro, levantaba con una mano el cortinaje que le había ocultado hasta entonces de la reina y del alcalde del palacio de Borgoña.

Aquel anciano era Loysik.

VII.—Loysik y Brunegilda.

Warnacario dió algunos pasos hácia el viejo ermitaño labrador que se acercaba lentamente y le preguntó :

—¿Cómo es que te encuentras aquí? Grande ha sido tu audacia... ¿Ignoras que nadie puede entrar sin permiso en el aposento de la reina? ¿Quién eres?

—El superior del monasterio del valle de Charolles.

—Mientes, dijo Brunegilda, porque he enviado á uno de mis chambelanes á ese monasterio para que se apoderease de Loysik.

—Vuestro chambelan, añadió el monje con voz turbada, vuestro chambelan, el mayordomo del conde y vuestros guerreros están prisioneros en el monasterio.

Pareció tan osado y exorbitante á la reina que el mismo superior de la comunidad se presentase á anunciar una noticia tan inverosímil como ofensiva para el orgullo despótico de Brunegilda, y se espusiera á una muerte segura, que no dió crédito á las palabras de Loysik, de modo que se encogió de hombros con ademan de compasivo desden y dijo al alcalde de palacio :

—Duque este anciano es un loco... Pero ¿cómo ha podido introducirse hasta aquí este mendigo?

Otras circunstancias debian aumentar pronto la creencia de Brunegilda respecto de la falta de juicio del anciano. Loysik habia continuado acercándose lentamente á la reina, pero apesar de la firmeza de alma de que tantas pruebas habia dado durante su larga existencia, á medida que se aproximaba á aquella mujer terrible, perdió poco á poco su serenidad, sintió que vacilaban sus rodillas, y se vió precisado á pararse y apoyarse un momento en una mesa de marfil que halló al alcance de su mano. Aquella emoción profunda é insuperable era debida mas á la idea de la terrible posicion en que se encontraba que al horror que le inspiraba la reina. ¿Qué le importaba la vida? ¿No la habia sacrificado ya dirigiéndose al palacio de Brunegilda? Pero queria salvar á sus hermanos del valle de un horrible desastre aunque se resistieran con heroismo, de modo que á pesar de que tenia una firme confianza en el medio que esperaba emplear para conseguir su objeto, la turbacion desbarató momentáneamente la coordinacion de sus ideas, y permanecia, con la cabeza inclinada

y lamentando su debilidad, haciendo esfuerzos para reanimar su espíritu abatido.

Mientras reflexionaba en silencio, su mirada se fijó por casualidad en una gran medalla de bronce que habia sobre la mesa de marfil en que se apoyaba, y le llamó especialmente la atención porque era la única de aquel metal en medio de otras muchas efigies de plata y oro. Loysik la contempló primero maquinalmente, pero atraído poco á poco y á pesar suyo por un interés inexplicable, se inclinó, la observó con más atención, y leyó una inscripción grabada debajo del rostro augusto que parecia desprenderse del bronce. El anciano se estremeció, sintió una impresión súbita y extraordinaria en que el entusiasmo se confundia con el estupor y la esperanza, cesó la turbación de su espíritu, se tranquilizó, y cobró aliento como si hubiera encontrado un apoyo tan inesperado como poderoso. Veia por fin cierta cosa providencial en la comparación terrible que encerraban estas palabras: *La imagen de Victoria en el palacio de Brunegilda*. Si, aquella medalla era la de la madre de los campamentos: debajo de su efigie se leia: VICTORIA, EMPERADOR.

Loysik se habia inclinado para contemplar desde más cerca las facciones de la heroína gala, y cuando la reconoció, dobló una rodilla, y murmuró alzando las dos manos hácia la imagen augusta:

— ¡Victoria! Santa guerrera de la Galia, tu presencia en este sitio fortalece mi espíritu y mi valor, pues me parece que me dará fuerzas para salvar á la descendencia de Scanvoch, aquel soldado fiel á quien llamabas hermano y que fué uno de mis antepasados. Si, salvaré á nuestros hermanos del valle donde es honrado aun tu augusto recuerdo.

Brunegilda y Warnacario, asombrados de la estrañeza de aquel anciano que por otra parte nada tenia de ofensivo, ora le seguian con la vista, ora se miraban en silencio durante los pocos instantes que bastaron á Loysik para reconocer la efigie de Victoria.

La reina, cada vez más convencida de que el anciano era un loco, perdió al fin la paciencia y dijo dando un golpe con el pié en el pavimento:

— Duque, llama mis pajes y que arrojen de aquí á palos á este loco viejo que pretende ser abad del monasterio de Charolles, y viene á arrodillarse delante de esas medallas antiguas dirigiéndoles no sé qué insensatas invocaciones. Por vida mia que mandaré castigar como se merecen á los que han dejado entrar aquí á este vagabundo.

Brunegilda hablaba aun cuando entró uno de sus pajes por la puerta de la sala principal, y dijo despues de doblar la rodilla:

—Gloriosa reina, acaba de llegar del ejército un mensajero que trae cartas urgentes para el señor Warnacario.

—Eso es importante, duque: corre á recibir al mensajero y vuelve pronto á comunicarme las noticias que trae.

Y dirigiéndose despues al paje é indicándole á Loysik que se acercaba hácia ella con la frente erguida y la mirada firme, añadió:

—Llama á dos ó tres de tus compañeros y arroja de aquí á palos á este monje loco; la falta de juicio le libra de otro castigo.

La reina se levantó entonces y se dirigió al aposento donde dormía diciendo al alcalde de palacio:

—Warnacario, vuelve pronto á comunicarme las noticias que trae el mensajero.

—Voy á recibirle al instante, señora, pero este loco...

—Los pajes le arrojarán de aqui al momento.

El alcalde del palacio salió, y en el momento que el paje abría la puerta, este, sin salir de la sala, llamó á varios de sus compañeros que estaban reunidos en el aposento inmediato. Viendo Loysik que la reina entraba en su estancia haciendo tanto caso de él como de un loco, corrió hácia Brunegilda, y presentándole un pergamino que acababa de sacar de su túnica, le dijo con voz robusta:

—No soy loco... Esta donación del difunto rey Clotario I os demostrará que soy el superior del monasterio de Charolles donde han quedado prisioneros por orden mia vuestro chambelan y sus soldados.

—¡Loysik! exclamó uno de los pajes que acababan de acudir á la voz de su compañero; ¡Loysik en palacio!

—¡Como!... ¿este monje... dijo Brunegilda con asombro, es Loysik... el abad del monasterio de Charolles?

—Si, gloriosa reina.

—¿Como le conoces?

—Me lo enseñaron y nombraron en el último mercado de esclavos, donde compraba cautivos para emanciparlos. Esta mañana le he visto cruzar por uno de los patios del palacio en compañía del judío Samuel que todo el mundo conoce en Chalons.

Brunegilda mandó á los pajes con un ademan que se retirasen, pero dijo despues de reflexionar un instante dirigiéndose á uno de ellos:

— Dirás á Pog que baje á su cueva con los ayudantes, que encienda el brasero y que espere.

El paje se inclinó palideciendo, pero antes de retirarse lanzó al anciano una mirada de compasion y de terror.

La reina se paseó por la sala en silencio durante algunos momentos con agitacion y luchando con la ira que ardia en su pecho, y dijo despues con voz sorda y breve al ermitaño labrador :

— ¡ Luego eres tu Loysik ?

— Soy Loysik, superior del monasterio de Charolles.

— Dime en primer lugar cómo lograste llegar hasta aqui.

— Encontré esta mañana en las cercanias de este castillo á un mercader de esclavos llamado Samuel, á quien no hace muchos días compré varios cautivos, y sabiendo que era empresa dificil penetrar en palacio, y que Samuel os traia dos esclavas, le pedí que me acompañase. En un principio vaciló, pero le decidieron dos monedas de oro.

— ¡ Esos judios ! Pero los soldados que custodian las puertas tenían órden de introducir á Samuel con sus esclavas.

— He entrado con ellas.

— De modo que mientras el judio me presentó las esclavas permanecias en la sala baja.

Loysik hizo con la cabeza un ademan afirmativo.

— ¿ Y qué has hecho cuando ha salido Samuel ?

— Habiéndome dicho el judio que desde la sala baja se subia hasta aqui por esa escalera, subí y no pude menos de oir vuestra conversacion con Crotequilda y con el duque Warnacario.

— ¿ Desde donde ?

— Oculto detras de ese cortinaje.

Brunegilda dió un salto sobre su asiento, y mirando despues con aspecto amenazador al anciano, le dijo :

— ¿ Has oido nuestra conversacion ?

— Si ; iba á entrar creyendo que estabais sola, y habiendo llamado mi atencion las primeras palabras que oí, no pasé adelante. Confieso que mi accion ha sido baja y traidora, pero...

— Pero todo es permitido en el palacio de Brunegilda ; no es cierto ?

— Tal vez.

— Anciano, me gusta tu valor, y veo que sufrirás heroicamente el tormento. ¿ Conoces á Pog y á sus ayudantes á quienes

envio á decir por mis pajes que preparen el brasero?

— Supongo que es el verdugo y sus ayudantes.

— Lo acertaste. Dime : ¿ qué edad tienes ?

— La de un hombre que va á morir.

— ¿ Esperas la muerte ?

Loysik se encogió de hombros sin responder.

— Es verdad , dijo Brunegilda con horrible sonrisa ; ser mensajero de tales nuevas es ir en busca de la muerte.

— Vine aqui voluntariamente despues de dejar prisioneros en el monasterio á vuestro chambelan y sus soldados : no se les hará daño alguno.

— Te engañas , anciano... ¡ Oh ! les aguarda un terrible castigo... ¡ Infamia , cobardia , mengua y traicion ! ¡ Un oficial... hombres de guerra de Brunegilda , vencidos por un puñado de villanos ! Pog y sus ayudantes tendrán mas ocupacion de lo que creia.

— Vuestros hombres de guerra no son cobardes , pues aunque hubieran venido en doble número , no hubiesen podido resistirse de las gentes del monasterio y del valle de Charolles.

— ¿ Qué decis ?

— No , porque mis hermanos han resuelto vivir ó morir libres. Si desconocéis los derechos que les garantizó una donacion del difunto rey Clotario I...

— ¿ Te atreves á invocar ante mí una donacion de Clotario I ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Y aun me lo preguntas ? ¡ Una donacion del padre del marido de Fredegonda... del abuelo de Clotario II mi mas mortal enemigo ! Anciano , te creia un hombre peligroso y astuto pero me equivocaba ; lo veo en tu indiscrecion de venir á hablarme de una donacion firmada por el abuelo del hombre á quien perseguiré hasta el sepulcro. ¿ No sabes , viejo imbecil , que mandaria quemar el árbol que hubiera prestado su sombra al hijo de Fredegonda , que mandaria envenenar la fuente en que hubiera apagado su sed ? Y no se trata de objetos inanimados , sino de hombres , de mujeres y de niños que deben la libertad al abuelo del hijo de Fredegonda. Puedo hacer padecer en su alma , en su carne y en su estirpe á esos libertos de Clotario I... ¡ Oh ! te doy las gracias , anciano , te doy las gracias. Mañana mismo serán enviados todos los habitantes de ese valle como esclavos á las feroces tribus que vienen en mi auxilio de Germania... Será un adelanto del saqueo prometido.

—Muy bien, señora; vais á enviar numerosas tropas al valle donde penetrarán á viva fuerza y pasarán á cuchillo á sus moradores apesar de su heroica resistencia; pero hombres, mujeres y niños sabrán morir y vuestros soldados, tras un combate encarnizado, no encontrarán en el valle mas que cenizas y cadáveres! Oid, pues, ahora lo que voy á deciros. El momento es supremo, porque se ha declarado la guerra entre vos y el hijo de Fredegonda, y teneis necesidad de todas vuestras fuerzas. Odiada del pueblo y de los grandes, de los cuales los mas notables estan ya en el campamento de Clotario II, desconfiando de vuestros generales y no pensando mas que en su traicion, apenas estais segura de la fidelidad de vuestro ejército, pues os veis precisada á llamar como auxiliares tribus bárbaras y prometerles el saqueo... Oid mas aun. Nuestro desgraciado pueblo está enervado por la servidumbre y la miseria, pero guiado por su instinto y viendo acrecentarse de día en día el poder de vuestros alcaldes de palacio, hace votos en su favor, y estad persuadida de que se alzar á su voz, y que en la sangrienta lucha bamboleará vuestro trono...

— ¡Ah! Veo que sabes que solo se perece de una vez en el tormento y por eso eres tan audaz, dijo Brunegilda sorprendida á pesar de su furor al oír los terribles vaticinios de Loysik. Continua: veamos hasta donde llega tu insolencia.

— Los moradores del valle de Charolles sucumbirán á pesar de su heroica resistencia ¿pero creéis que tan duro castigo no indignará á vuestro pueblo? ¿No teméis que tan sangrienta ejecucion puede determinar á sublevarse á la voz de los grandes que os odian?

— ¡Insensato! ¿Y qué ventajas sacará mi pueblo de sublevarse contra mi en favor de los grandes?

— Ninguna, porque lo reducirán á la esclavitud despues de disputaros el poder, pero la indignacion ciega, la ignorancia arrastra á esfuerzos inútiles y desesperados. Lo sé; el pueblo quedará como antes. ¿Pero no considerais que una rebelion en vuestro reino en el momento que vuestro implacable enemigo amenaza vuestras fronteras, en el momento en que os rodea la traicion, sería en el día la causa de vuestra pérdida, y os entregaria á vos y vuestros reinos en poder del hijo de Fredegonda?

Brunegilda se estremeció de furor al oír pronunciar este nombre, y desde entonces escuchó con la frente inclinada y con la mirada fija y pensativa las palabras de Loysik que continuó con amargo desden:

—¿Esta es la reina célebre por su política audaz, la que no ha tubeado en verter sangre y legar un nombre odioso á la historia solo por asegurar su poder y realizar las ilusiones de su ambicion? No; ¿arriesgaria acaso sus reinos y su existencia por odio á un puñado de hombres inofensivos? ¿La han ultrajado? No: los desconocia hasta ahora. ¿Son tal vez para ella peligrosos enemigos esos hombres que quiere reducir al heroismo de la desesperacion? No; solo piden que les permita continuar viviendo libres, pacíficos y laboriosos, pero esta mujer quiere sacrificarlos, aunque sea esponiéndose á una sublevación de que seria la primera víctima. ¿Pues porqué desea su muerte? Para vengarse por que garantizó su libertad un rey que murió hace medio siglo. ¡Qué vértigo da el culpable afan de la venganza! Dios mio, tú que eres tan misericordioso, dí á esta mujer que solo entran en tu reino los que olvidan las injurias; dile que la venganza es hija del orgullo, y que el orgullo y la rebeldia lanzaron á Luzbel á los abismos.

Brunegilda escuchó á Loysik con atencion profunda, guardó un momento de silencio, y dijo:

—Anciano, lástima es que tengas la edad de los que van á morir. No me burlo: seguiré tus consejos. Evitaré por ahora la destruccion y la muerte al valle de Charolles... Tienes razon; en este momento en que amenaza la guerra, en que los grandes esperan una ocasion favorable para rebelarse contra mi, incurriria en un error si redujera á la desesperacion á los habitantes de ese valle.

—Logré mi deseo: no os pido promesa alguna respecto del monasterio y de los habitantes del valle de Charolles, porque vuestro interés es para mi la mejor garantia. Quisiera ahora una hoja de pergamino para escribir...

—¿A quien?

—A mi hermano... y á su mujer... algunas lineas tan solo; podreis leerlas. Es mi última despedida á mi familia. Deseo tambien suplicar á los miembros de la comunidad que dejen libres á vuestro chambelan, al mayordomo del conde y á vuestros soldados. ¿Os dignareis enviar mi carta?

—Si: en esa mesa encontrarás todo lo necesario para escribir. ¡Siéntate!

Loysik se sentó y empezó á escribir con serenidad; pero era tan inmenso su júbilo por haber salido con tan feliz exito de su difícil empresa que su mano vacilaba un poco. Brunegilda le observaba sombria y silenciosa, y le preguntó:

— ¿Tiemblas?

— Es verdad : la satisfaccion que siento al pensar que he libertado á mis hermanos de la muerte me conmueve y tiembla mi mano.

— ¿Has acabado?

— Aquí está la carta... Leed.

Brunegilda leyó y añadió arrollando el pergamino :

— Esta despedida es sencilla , digna é interesante. Ahora conozco á fondo la potente y poderosa influencia que ejerces en aquellos colonos... Ellos son el brazo y tú la cabeza. Pronto no serán mas que un cuerpo sin cabeza, y los reduciré mas fácilmente por medio de la guerra. ¿ Tienes que pedirme alguna cosa ?

— Nada... que apresureis mi suplicio.

— Seré generosa. Tu inalterable firmeza me gusta, y te evitaré el tormento. Te dejo la eleccion de la muerte.

— Mandad que me corten la cabeza.

— ¿ Como ?

— Con el hacha. Enseñaré á Pog el modo de matarme sin hacerme padecer.

— Quedarás satisfecho... ¿ Nada mas tienes que pedirme ? Reflexiona...

— Si, respondió Loysik dirigiéndose lentamente hácia la mesa de marfil donde estaban las medallas ; quisiera llevarme esta gran medalla de bronce para conservarla el escaso espacio de vida que me resta... Seria grata mi muerte si tuviera los ojos fijos en esta gloriosa efijie.

— ¿ Esa medalla á la que dirigiste al entrar aqui no sé qué invocacion y que me ha inducido á creerte loco ?

— Si.

— Es una curiosidad antigua. ¿ No es cierto que esta mujer es hermosa y altiva con su casco de guerrero ? ¿ Qué hay grabado debajo ? *Victoria, emperador.* ¿ Una mujer emperador ? ¿ Será una equivocacion ?

— No ; le dieron ese título despues de su muerte.

— Era tarde... ¿ Qué hizo pues durante su vida para merecerlo ?

— Amaba á su hijo.

— ¡ Ah ! ¿ tenia un hijo ? Era sin duda de estirpe real.

— No ; de raza plebeya.

— Pero ¿ cual fue su vida ?

— ¡ Sencilla, austera é ilustre ! Su alma grande se retrataba en sus

facciones de una austeridad grave... Rostro augusto que el bronce ha reproducido para la posteridad.

— Lo veo... lo veo. Pero ¿cual fué su vida?

— La de una casta esposa... la de una madre sublime... de una valerosa gala. Solo salia de su modesta morada para seguir á su hijo á la guerra ó á los campamentos: los soldados la adoraban y la llamaban madre: educaba virilmente á su hijo en el santo amor de la patria, y le daba el ejemplo de las mas elevadas virtudes. Su ambicion...

— ¿Era ambiciosa esa mujer austera!

— Cuanto puede serlo una madre para su hijo. Tenia la ambicion de hacer de su hijo un gran ciudadano, y el vehemente deseo de hacerle digno de ser un dia elegido gefe de la Galia por el pueblo y por el ejército.

— Y educado por una madre... tan incomparable ¿ fué elegido?

— Ciudadanos y soldados le aclamaron unánimemente. Al elegirle honraban á su madre... á la noble Victoria. Las brillantes cualidades que admiraban en él eran obra suya, y la eleccion del hijo sancionaba la influencia soberana de la madre. Si; era verdaderamente soberana por el valor, por el genio y por la bondad. Principió entonces para el pais una era de gloria y de prosperidad. La Galia, emancipada del yugo de Roma, y libre, fuerte y unida, rechazó á los francos de sus fronteras y gozó por fin de los beneficios de la paz, de modo que el nombre de Victoria era pronunciado con idolatria de un confin á otro del pais. Era el primer nombre que las madres enseñaban á sus hijos despues del de Dios; era un nombre popular y rodeado de amor y veneracion.

— Es decir que esa mujer reinaba por su hijo.

— Si; como la virtud reina en el mundo, invisible á los ojos y á los corazones. La gran Victoria, tan modesta en sus gustos como la mas oscura matrona, huia del fausto y los honores; retirada en su humilde casa de Tréveris ó de Maguncia, gozaba de la gloria de su hijo y de la prosperidad de la Galia, pero rechazaba los títulos vanos de los que reinan.

— ¿Cuál era la causa de ese alivio desden?

— Victoria decia que los títulos y el poder arbitrario deslumbran y pervierten las almas mas puras, y que solo eran dignos de poseerlos en el mundo los que los merecen por su virtud y su talento. Por esta razon se negó á admitir el derecho hereditario para su nieto.

— Hubiera sido lástima que se hubiese estinguido tan gloriosa familia. ¿Es decir que esa mujer tenía un nieto?

— Si, como vos... Victoria era abuela.

Y Loysik miró fijamente á la reina. El anciano habia acentuado de tal modo estas palabras, que encerraban una acusacion contra Brunegilda, la cual enervaba á sus nietos para poder reinar en su nombre, que la reina no pudo sostener las miradas del anciano y bajó los ojos.

— Si, Victoria era abuela, continuó Loysik, y mientras reinaba en la Galia con su genio, cuya fama se estendia hasta las naciones vecinas, se dedicaba á los quehaceres domésticos, velaba junto á la cuna de su nieto, como habia velado por el padre de aquel niño, con tierna solicitud, y con la esperanza de hacer un buen ciudadano y un soldado valiente; pero se frustró su esperanza porque una horrible trama envolvió al hijo y al nieto de aquella mujer augusta, y sucumbieron en una sublevacion popular.

— ¡Una sublevacion popular! repitió Brunegilda prorumpiendo en una carcajada sardónica y gozosa, como si hubiese saciado su odio contra la heroina gala. Mucho debió padecer... ¡Tal es, pues, anciano, la justicia de Dios!

— ¡Tal es la justicia de Dios... porque ese crimen permitió á Victoria legar á la admiracion de los siglos un noble ejemplo de abnegacion y de patriotismo! Despues de la muerte de su hijo, se negó á gobernar la Galia á pesar de las súplicas del pueblo, del ejército y del senado.

— ¡Se negó! exclamó Brunegilda con sorpresa, porque esta mujer no reparó en los medios para reinar.

— Si, añadió Loysik; Victoria se negó dos veces, designó á los que creia mas dignos de ser elegidos gefes del pais, ofreciéndoles el omnipotente apoyo de su popularidad y los consejos de su elevada prudencia por el bien del Estado, continuó viviendo modestamente en su retiro, y mientras duró su vida, la Galia fué grande y temida. Victoria murió...

— Por fin... Tambien mueren las heroinas. Continua.

— La muerte de Victoria coronó la série de crímenes de que habian sido víctimas su hijo y su nieto... Aquella mujer ilustre murió envenenada.

Brunegilda prorumpió en otra carcajada sardónica y exclamó:

— Ya lo ves... ¡la justicia de Dios!

—Si... la justicia de Dios, porque la muerte del genio mas eminentemente que haya ilustrado el mundo no fué llorada jamás como la muerte de Victoria. Las lágrimas corrian de todos los ojos en las ciudades mas populosas como en las mas oscuras aldeas, y en todas partes se oian estas palabras en medio de sollozos: ¡Hemos perdido á nuestra madre! Los soldados, aquellos rudos guerreros de las legiones del Rhin tostados por el sol de cien batallas, lloraban como niños... Era un luto universal é imponente como la muerte. Maguncia, donde murió Victoria, presentaba un espectáculo de dolor sublime.

—¡Basta...! murmuró Brunegilda con furor, ¡oh! basta...

—Sí; fué un espectáculo de dolor sublime. Victoria, reclinada en un lecho de marfil cubierto de ricas telas bordadas de oro, estuvo espuesta durante ocho dias; hombres, mujeres, niños, el ejército y el senado, inundaban las cercanias de su humilde morada: todos iban á contemplar por vez postrera con piadoso recogimiento las facciones augustas de la que fué la gloria mas querida y admirada de la Galia...

—Anciano... exclamó Brunegilda cogiendo del brazo á Loysik, los verdugos esperan... Ven... presenciare tu muerte.

Loysik opuso la resistencia de la inercia á la reina; y permaneció inmóvil continuando con voz tranquila y solemne:

—Los restos de la Gran Victoria fueron trasladados á la pira y desaparecieron en una llama pura y esplendente como su vida. Finalmente, el pueblo de las Galias quiso honrar la memoria de su augusta madre al través de los siglos, y le concedió el título soberano que constantemente habia rechazado por una modestia sublime. Si; hace mas de cuatro siglos que se acuñó ese bronce donde se ve la efigie inmortal de *Victoria, emperador*.

Y Loysik tomó la medalla al pronunciar estas palabras, pero Brunegilda cuya rabia habia llegado á su paroxismo, arrancó la augusta imagen de las manos del anciano, la arrojó en el suelo y la pisoteó con ciego furor.

—¡Victoria! ¡Victoria! exclamó Loysik con el rostro radiante de entusiasmo; mujer emperador, heroina de las Galias, ya puedo morir! Tu vida habra sido un castigo para Brunegilda.

Y volviéndose despues hácia la reina que continuaba poseida de su vértigo frenético, añadió:

La gloria inmortal de la gran Victoria se mofa de tu impo-

tente rabia ; lo mismo que ese bronce que pisotéas.

De pronto entró Warnacario en la sala diciendo :
— ¡ Señora... señora... desastrosa noticia ! Acaba de llegar un segundo mensage del ejército. Clotario II ha cercado nuestras tribus germanas con una hábil maniobra ; la esperanza de un pronto saqueo ha seducido á las tropas aliadas y vienen con nuestros enemigos á marchas forzadas contra Chalons. Es indispensable en este momento tan grave que os presenteis con vuestros príncipes en el campamento. Acabo de dar las órdenes necesarias para vuestra partida. Venid , señora , venid ; se trata de la salvacion de vuestros estados , de vuestra vida tal vez... porque ya sabéis que el hijo de Fredegonda os odia á muerte y quiere vengarse.

Brunegilda quedó inmóvil de asombro al oír á Warnacario. Tenia aun el pié sobre la medalla de Victoria , pero habiéndose desvanecido su primer estupor , exclamó con voz terrible como el rujido de una leona :

— ¡ A mí , mis leudos ! ¡ Un caballo... un caballo ! Brunegilda sucumbirá al frente de su ejército , ó el hijo de Fredegonda ballará la muerte en Borgoña. Envía á buscar los príncipes , y ¡ á caballo ! ¡ á caballo !

VIII. — Los nietos de Brunegilda.

La aldea de Ryone está situada en las márgenes del rio Vigenne á tres jornadas de Chalons , y en sus cercanias se ven acampadas las tropas de Clotario II , el hijo de Fredegonda. La tienda del rey se alza á la sombra de un grupo de árboles que hay en la plaza. Acaba de asomar el sol ; no lejos de la tienda real se ve un edificio mas espacioso que las demás cabañas y cuya puerta está cerrada y custodiada por dos guerreros francos ; una sola ventana angosta da luz al interior de aquel edificio , y de vez en cuando uno de los guerreros puestos de centinela escucha ó mira por la ventana ; el mueblage de aquella morada se reduce á un arcon carcomido , dos ó tres bancos , algunos utensilios caseros y una especie de caja llena de ramas secas y sobre la cual descansan tres niños vestidos con sus trajes de seda bordados de oro y plata.

¿ Qué niños son esos tan magníficamente vestidos y acostados como hijos de esclavos en aquel rústico lecho ? Son los hijos de Thierry , difunto rey de Borgoña , son los biznietos de la reina Brunegilda.

Los tres duermen abrazados ; Sigeberto , el mayor , está acostado

en medio de sus hermanos apoyado sobre el pecho de Meroveo, que es el mas joven, y abrazado por Corbo, el segundo hermano. Las facciones de aquellos príncipes sumidos en profundo sueño están medio ocultas por sus largos cabellos, símbolo de estirpe régia, y los niños duermen pacíficos y risueños. El suave rostro del mayor tiene en especial una espresion de serenidad angélica. El sol, que lentamente ascendia por el horizonte, lanzó sus dorados rayos en aquel grupo de niños dormidos. Sigeberto fué el primero á quien despertó el ardor de tan viva luz, se pasó sus blancas manos sobre sus rasgados ojos entreabiertos, los abrió, miró en torno suyo con sorpresa, se incorporó en el lecho, y acordándose despues de la triste realidad, volvió á recostarse. Las lágrimas inundaron entonces su rostro pálido, y apoyó la mano sobre sus labios para comprimir sus convulsivos sollozos, temiendo el pobre niño despertar á sus hermanos que dormian; pero á pesar del movimiento de Sigeberto que al levantarse habia apartado la cabeza de Meroveo, no se interrumpió su profundo sueño. Corbo, á quien despertó tambien el ardor de los rayos del sol, se frotó los ojos y murmuró:

— Crotequilla... tengo hambre...

— Corbo, dijo Sigeberto con el rostro inundado en lágrimas y los labios palpitantes, hermano mio, despierta... ¡ Ah! no estamos ya en nuestro palacio de Chalons...

Corbo se despertó enteramente al oír las palabras de su hermano y respondió exhalando un suspiro.

— Es verdad... creía que estábamos aun en nuestro palacio...

— No estamos ya, hermano mio... por nuestra desgracia.

— ¿ Porqué dices por nuestra desgracia? ¿ No somos hijos de rey?

— Pobres hijos de rey porque estamos presos. ¿ Donde está nuestra abuela? ¿ Donde está nuestro hermano Childeberto? Tal vez presos tambien.

— ¿ Y quien tiene la culpa? El ejército que hizo traicion á nuestra abuela, exclamó Corbo con ira. Asi lo decian en alta voz los soldados cuando huían sin combatir. El infame duque Warnacario habia preparado tan vil traicion.

— Habla mas bajo... mas bajo, dijo Sigeberto con voz abogada. Vas á despertar á Meroveo. ¡ Pobre niño! ¿ quien pudiera dormir como él para no pensar en nada!

— ¡ Lloras, Sigeberto. ! ¿ Crees que nos espera alguna desgracia?

— ¿No estamos acaso en poder del enemigo de nuestra abuela?

— No temas: pronto vendrá á libertarnos con otro ejército y matará á Clotario. ¿Tienes hambre?

— ¡No... no!

— Hace mucho tiempo que salió el sol, y sin duda nos van á traer el almuerzo. ¿Qué razon tenía nuestra abuela cuando decia que la guerra es fatigosa y acarrea privaciones, aun cuando no se está prisionero! Pero ¡cómo duerme Meroveo! ¿No quieres despertarle?

— No, hermano mio; deja que duerma... Tal vez se cree en sueños en el palacio de Chalons.

— ¡Peor! ¿No estamos nosotros despiertos? No quiero que duerma.

— Corbo, lo que dices revela tu mal corazon.

— ¡Sigeberto... Sigeberto! Abren la puerta... ¿No lo ves? Ya nos traen, como pensaba, el almuerzo.

La puerta se abrió en efecto, y entraron cuatro hombres. Dos de ellos iban vestidos con cortas túnicas de pieles y llevaban en la mano unas cuerdas, y les acompañaban Clotario II y Warnacario: el duque vestia su brillante armadura de guerra y el rey una larga túnica de seda forrada de ricas pieles.

— Señor rey, le dijo Warnacario en voz baja ¿estais resuelto á no esperar el regreso del condestable Herpon?

— ¿Sabemos acaso si volverá en todo el dia?

— Reflexionad que sus caballos están descansados y que los de Brunegilda estan rendidos de fatiga. Es imposible que no haya alcanzado á la reina en la falda de los montes del Jura donde no se habrá atrevido á internarse, y el condestable puede llegar de un momento á otro.

— Warnacario, es fuerza dar cuanto antes el paso que he decidido. Mi impaciencia no me permite esperar á la odiada rival de mi madre... En medio de mis sueños he visto toda la noche su sombra que salia del sepulcro para decirme: «¡Hijo mio, véngame!» Te lo juro, madre mia, mi venganza asombrará al mundo.

El rey hizo un ademan á los dos hombres que se acercaron á los niños. El sueño de la infancia es tan profundo que Meroveo continuaba durmiendo. Sus hermanos asombrados y llenos de terror al ver el siniestro aspecto de los dos hombres vestidos con túnicas de pieles, retrocedieron hasta el extremo del lecho, y se abrazaron temblando y sin pronunciar una palabra. Uno de aquellos hombres desató las

cuerdas y se acercó á los niños en tanto que su compañero sacaba del cinto un cuchillo ancho, largo, recto y agudo como el de un carnicero, y probaba ligeramente con el extremo del dedo el filo de la hoja recientemente afilada. Al mismo tiempo le decia el hijo de Fredegonda:

—Date prisa.

El verdugo respondió al rey haciendo un ademán con la mano que parecia indicar:

—No os impacientéis; luego quedareis servido.

El otro hombre se habia acercado á los dos príncipes que estaban pálidos y mudos de terror, temblando de tal modo que se oían chocar sus dientes. El verdugo aplicó sobre cada uno de ellos su ancha mano y dijo sin volver la cabeza:

—Señor... por cual principiare? ¿Por el mayor, por el segundo ó por el que duerme?

—Principia por el mayor, respondió Clotario con voz sorda y breve.

Los dos niños se refugiaron en el ángulo de la pared donde estaba el lecho y se abrazaron estrechamente.

—¡Perdon! gritó Sigeberto con voz quejumbrosa y ahogada; ¡perdon para mi hermano! ¡perdon para mi!

—¡Somos hijos de rey! dijo Corbo con mas ira que miedo. Si nos haceis daño mi abuela os matará á todos.

En aquel momento se despertó Meroveo con los gritos de sus hermanos, se incorporó y miró en torno suyo con sorpresa. Aquel niño de seis años no podia comprender lo que pasaba, y frotándose los ojos, volvía á todos lados la cabeza con ojos medio entorpecidos por el sueño, mirando alternativamente á los cuatro recién llegados y á sus hermanos como para preguntarles la causa de su presencia y de sus gritos. Cuando el rey dijo al verdugo que principiase por el mayor, el sayon se apoderó de Sigeberto. La pobre criatura, que estaba mas muerta que viva, no opuso la menor resistencia, se dejó atar los pies y las manos como se deja atar el cordero cuando va á rescatarlo el carnicero, y únicamente murmuró con voz doliente esforzándose en volver el rostro hacia Clotario II:

—Señor, no nos mateis... ¿Porqué quereis matarnos? Seremos vuestros esclavos; enviadnos lejos de aqui, os obedeceremos en todo, pero concedednos la vida, señor!

Clotario se estremeció al oír la súplica del príncipe, pero se acor-

dó entonces de su madre, y exaltado por la venganza, gritó:

— ¡ Pronto... haz tu deber !

Sigeberto pasó de las manos de uno de los verdugos á las del otro. El niño tenía los brazos atados por la espalda y su terror no le permitía sostenerse, de modo que cayó de rodillas delante del verdugo. Este cogió al niño por su larga cabellera, adelantó una de sus rodillas, apoyó en ellas con fuerza el cuello del niño, y empuñó el cuchillo mientras Sigeberto murmuraba con voz ahogada lanzando una mirada moribunda al alcalde del palacio.

— Warnacario, vos que me llamabais vuestro *hijo querido* ¿ por qué no intercedéis por mi ?

Estas fueron las postreras palabras de la inocente víctima.

El verdugo acercó el cuchillo al cuello del niño, pero sintiendo sin duda á pesar suyo un impulso de piedad efímera, volvió la cabeza y cerró los ojos como para no encontrar la mirada agonizante de Sigeberto. Dominó por fin su involuntario sentimiento de compasión y cortó la cabeza del niño... Dos chorros de sangre roja brotaron de la ancha herida que salpicaron como un rocío la túnica del hijo de Fredegonda y los pies del duque Warnacario.

El niño había cesado de existir. El verdugo apartó la rodilla que le había servido de tajo, dejó caer el cadáver por su propio peso, y después de breves estremecimientos, el príncipe permaneció inmóvil en medio de una balsa de sangre (1).

Meroveo había permanecido en tanto sentado sobre el lecho y llorando amargamente porque veía que *hacían mal* á su hermano, pero la idea de la muerte no podía aparecer con claridad en la mente de un niño de tan tierna edad. Corbo, cuyo carácter era violento y vengativo, no imitó la resignación de Sigeberto, pues hizo esfuerzos, lanzó agudos gritos y trató de arañar y morder al verdugo encargado de atarle, de modo que acababa este de hacer los últimos nudos cuando cayó exanime la primera víctima.

— ¡ Perros ! ¡ asesinos ! gritó Corbo con voz chillona mientras sus ojos brillaban en medio de su pálido rostro, y se retorcía tan convulsivamente queriendo romper los lazos que apenas podía contenerle el verdugo.

Clotario II se volvió hácia el alcalde del palacio de Borgoña y le dijo designando al príncipe mientras luchaba :

(1) Clotario mandó matar en su presencia á los dos biznietos de Brunegilda, Sigeberto y Corbo, pero envió á Neustria al tierno Meroveo. FREDEG., *Cron. c. LXII. p. 429.*

— Warnacario, hubiera sido imprudente dejar con vida á este niño feroz y rebelde.

Los dos verdugos sujetaron facilmente á Corbo á pesar de sus gritos y contorsiones, pero como se agitaba con tanta violencia, uno de ellos se arrodilló sobre el pecho del niño para contenerlo, en tanto que el otro, arrollando en rededor del puño la larga cabellera del príncipe, atrajo hacia si con fuerza la cabeza, y por segunda vez brotó la sangre, y el cadáver de Corbo cayó sobre el de su hermano (1).

Meroveo continuaba sentado en el lecho, y ora ignorase el peligro, ora fuese de carácter tímido y humilde, se levantó al ver acercarse el verdugo, se dirigió hacia él con ademan sumiso, y queriendo hablar sin duda de la resistencia de Corbo, dijo con voz infantil esforzándose en contener su llanto:

— Mi hermano Sigeberto no se ha resistido, y seré bueno como él.

Y el niño inclinó hacia atras su rubia y graciosa cabeza ofreciendo el cuello al verdugo.

Un guerrero cubierto de polvo entró gritando con voz ahogada por el regocijo:

— Gran rey, me he adelantado al condestable Herpon para anunciaros que trae presa á Brunegilda. Despues de dos dias de encarnizada persecucion pudo alcanzarla en Orbe, mas allá de los primeros montes del Jura...

— ¡Madre mia, rejocijate desde tu sepulcro! Ya está en mi poder la que tantas lágrimas te hizo derramar: exclamó el hijo de Fredegonda.

Y dirigiéndose á los verdugos que tenian sujeto á Meroveo, añadió.

— Bastante sangre se ha vertido... No mateis á ese niño, y conducidle á mi tienda. Le perdono... No olvido que le sostuve en mis brazos cuando recibió el agua del bautismo. Tal vez ignorais la gloria que os espera.— Warnacario, dijo al duque, vamos á recibir á Brunegilda, la reina de Borgoña y de Austrasia.

IX.—Clotario II y Brunegilda.

¿Qué rumor es ese?

Inmensa es la multitud que se dirige hácia la aldea de Ryonne

(1) *Ibid.*

donde estan acampados los guerreros de Clotario II ¿ De donde viene esa multitud ? Viene de lejos , de los montes del Jura primeramente y despues se aumentó en el camino con un gran número de habitantes de las comarcas por donde pasaban , con esclavos , colonos , moradores de las ciudades , mujeres , niños y ancianos que dejaban sus campos , sus chozas y sus ciudades , esponiéndose los primeros á la cárcel y al látigo á su regreso , y los ciudadanos al cansancio de un viaje rápido que para unos duraba dos dias y para otros uno , medio , dos horas , una , segun se habian unido mas ó menos pronto á la multitud . ¿ Pero porqué acudia con tanto afan esa multitud ? Porque oia estas palabras repetidas de boca en boca :

— ¡ Es la reina Brunegilda que pasa..! ¡ La llevan presa para entregarla al hijo de Fredegonda !

Si ; era tal el odio , la repugnancia y el horror que inspiraban en Francia los nombres de Fredegonda y Brunegilda , que un gran número de personas no habia podido resistir á la curiosidad de ver y saber el resultado de la derrota de la reina de Borgoña .

Cincuenta guerreros á caballo abrian la marcha y precedian al condestable Harpon armado de todas armas , y detrás de él se veia á Brunegilda entre dos ginetes que sujetaban las riendas de su hacaña . La anciana reina estaba atada en la silla , con las manos detrás del cuerpo ; su largo vestido bordado de oro , cubierto de polvo y lodo , caia casi en girones , pues aquella mujer indómita se habia resistido desesperadamente cuando la alcanzó el condestable Harpon con sus soldados ; una de las mangas y la mitad del corpiño estaban abiertas dejando desnudos uno de sus brazos , el cuello y los hombros cubiertos de cardenales lívidos y azulados , medio ocultos por sus largos cabellos canos , destrenzados y revueltos .

En la lucha brutal y encarnizada del condestable Herpon y sus soldados contra Brunegilda le habian maltratado con los piés y con las manos , y le habian magullado los brazos , los hombros , el pecho y el rostro ; uno de sus ojos llevaba aun la señal de un golpe violento ; los párpados y una parte de la mejilla desaparecian bajo una contusion negruzca ; su labio inferior , partido é hinchado á consecuencia de un golpe que le habia roto dos dientes , estaba cubierto de sangre seca , y sin embargo , era tanta la energia de aquella mujer , que su frente seguia erguida y brillaban sus ojos de orgullo . Brunegilda , aunque atada , magullada , llena de girones y cubierta de polvo y lodo , imponia respeto , y no habian podido doblegar su alma inflexi-

ble los gritos, la mofa y las amenazas de la multitud durante el largo camino...

Clotario II salió de la aldea afanoso de recrearse con el abatimiento de su víctima y seguido del duque Warnacario y de otros señores de Borgoña y Austrasia que habian abrazado su causa, como los duques Pepino, Arnolfo, Aleteo, Eudelano, Roccon y Sigowaldo. Cuando el condestable Herpon vió al rey partió á escape, y al llegar á donde esperaba Clotario, desmontó y dijo á sus soldados designando á la reina:

— Dejadla en el suelo con las manos atadas.

Los ginetes obedecieron y desataron las cuerdas que sujetaban á la reina en la silla, pero la ruda opresion de las ataduras habia entumecido de tal modo sus miembros que, no pudiendo sostenerse en pié, cayó al momento de rodillas. Temiendo, sin embargo, que se atribuyese su caída á debilidad ó miedo, exclamó:

— Tengo los miembros doloridos pues á no ser asi permanecería en pié... ¡Brunegilda no se arrodilla!

Los guerreros francos levantaron á la reina y la sostuvieron. Su hacanea predilecta, que montaba el día de la batalla y de la que acababa de bajar, alargó su cabeza inteligente y lamió suavemente las manos de la reina atadas por las espaldas... Por vez primera y durante un momento las facciones de Brunegilda cesaron de espresar el orgullo ó la rabia concentrada, y volvió como pudo la cabeza y dijo á su jaca con voz casi enternecida:

— ¡Pobre animal! Te esforzaste en salvarme con la rapidez de tu carrera, pero tus fuerzas no igualaron tu valor; ahora te despides de mí á tu modo... Tú eres el único ser que no siente odio contra Brunegilda, pero Brunegilda está enorgullecida al ver que todos la odian, porque es temida de todos...

Clotario II se acercó lentamente á la reina. Formose en torno del hijo de Fredegonda y de su mortal enemiga un círculo inmenso, compuesto de los señores francos, de los guerreros del ejército y de la multitud que habia seguido á la reina. El aspecto del hijo de su rival y la voluntad de no desmayarse ante él, á pesar de que sentia su alma desfallecida, dieron á Brunegilda una energia y una fuerza sobrehumanas, y gritó con ademan altivo dirigiéndose á los guerreros que la sostenian por debajo del brazo:

— ¡Atrás!.. ¡Sabré tenerme en pié!

Y se sostuvo en pié en efecto y hasta dió dos pasos hácia el rey co-

mo para demostrarle que no sentía debilidad ni temor. Clotario y Brunegilda se encontraron pues frente á frente en medio del círculo que por momentos se iba estrechando.

Reinó un profundo silencio en aquella multitud; todos los alientos estaban suspensos, y se esperaba con ansiedad el resultado de aquella entrevista. El hijo de Fredegonda contemplaba en silencio á su víctima, con los brazos cruzados sobre el pecho que palpitaba con violencia á impulso de la alegría que le causaba su triunfo. Brunegilda, con la frente erguida y la mirada intrépida, dijo con voz sonora que se oyó desde lejos:

— Te saludo, duque Warnacario, cobarde soldado... que mandaste huir á mi ejército sin pelear... te saludo á tí primero porque tu infame traición que me ha perdido merece un galardón... merece mis elogios. Me engañaste, me has entregado á mi enemigo, y consigues la gloria de ver atada, escarnecida y maltratada á la hija, esposa y madre de reyes.

Calló un momento y añadió:

— ¡Triunfa, hijo de Fredegonda la esclava, la cortesana! Hace dos días que el pueblo me llena de mofa, desprecio y lodo, pero advierte que el pueblo humilla en mi persona la monarquía franca, que es la tuya... la de tu familia. ¡Triunfa! Pero el trono no se levantará del empuje que le has dado. ¡Triunfa, hijo de la vil esclava!

— ¿Y te atreves á insultar á mi madre cuando te espera la muerte, justo castigo de la sangre que has derramado?

— Es verdad... he derramado sangre por vengarme de la cortesana que asesinó á mi hermana Galeswinta. Pero responde: ¿qué has hecho de mis nietos? Veo en tu vestido gotas de sangre reciente. ¿Es la sangre inocente de tres niños cuyos reinos acabas de usurpar, asesino!

— Glorioso rey, dijo en voz baja Warnacario á Clotario II, creedme: no dejéis hablar á esta mujer diabólica porque su lengua es mas venenosa que un aspid.

Dos leudos, que oyeron el consejo del duque, se apresuraron á tapar la boca á Brunegilda poniéndole un lienzo que ataron por detrás de la cabeza.

El rey entonces acusó á la reina de espantosos crímenes y la sentenció á muerte en medio de los gritos de la multitud que la escarnecían y victoreaban á Clotario II. (1)

(1) « Brunegilda fué presa por el condestable Herpon en Orbe, aldea allende el Ju-

X. — Tres días de suplicio.

Tres días han trascurrido desde que Brunegilda cayó en poder de Clotario II. El día empieza á declinar, y un hombre de larga barba blanca, vestido con un saco de lana con capucha y montado en una mula sigue el camino por el cual llegó á la aldea Brunegilda acompañada de su escolta y de la multitud. Aquel hombre es Loysik: se ha libertado de la muerte que le destinaba Brunegilda, olvidado por aquella reina cuando se vió precisada á partir precipitadamente de Chalons para ponerse al frente de su ejército y salir al encuentro de Clotario II. Uno de los monjes de la comunidad acompaña á pié al anciano y guía su mula por las riendas. Un guerrero armado con todas sus armas subia al paso de su caballo la senda pendiente que Loysik bajaba al paso de su mula, y cuando el franco estuvo á algunos pasos del anciano, este le preguntó:

— ¿Sois de la comitiva del rey Clotario?

— Si, buen monje.

— ¿Se halla aun en la aldea?

— Estará hasta la noche... Voy á mandar que preparen alojamiento en el camino.

— ¿El duque Roccon se halla entre los señores que acompañan al rey?

— Si. ¿Le conoces?

— Le conozco... Dicen que la reina Brunegilda ha sido conducida presa á Clotario que se ha apoderado tambien de sus nietos.

— Es una noticia muy vieja. ¿De donde vienes?

— De Chalons, donde he sabido estas nuevas por las gentes que

ra, y conducida á Clotario con Teadelaria, hermana de Teodorico, á Ryone, aldea situada junto al Vigenne. Clotario hizo matar á Sigeberto y á Corbo, hijos de Teodorico, y compadecido de Meroveo que habia sostenido en las fuentes bautismales, mandó que le llevasen secretamente á Neustria y se lo encargó al conde Ingobado. Meroveo vivió algunos años en este país.

Habiendo conducido á Brunegilda á su presencia, era tal el odio que contra ella le animaba, que le imputó la muerte de diez reyes francos, es decir, Sigeberto, Meroveo, su padre Chilperico, Teodoberto y su hijo Clotario, Teodorico y sus tres hijos que acababan de morir. La atormentó despues durante tres días con diversos suplicios, mandó que la pasearán al través del ejército montada en un camello, y que la ataran e seguida por los cabellos, por un pié y por un brazo á la cola de un caballo fo oso; sus miembros fueron dislocados por las coces y la rapidez de la carrera del ca' allo.» (FRED. Cron., cap. 4 XII, p. 669).

llegan del ejército. ¿Qué ha hecho el rey de Brunegilda y de los niños?

— Mi caballo necesita tomar aliento despues de subir esta rápida cuesta, y voy á responderte con tanto mayor gusto si es cierto, como dicen, que es un buen augurio el encontrar un sacerdote al principiar un viaje.

— Te suplico que me respondas: ¿qué ha sido de Fredegonda y de sus cuatro nietos?

— En primer lugar, solo cayeron prisioneros tres niños en las orillas del Saona, porque el cuarto, Childeberto, no pudo encontrarse. Se ignora si murió en la batalla ó huyó...

— ¿Y los otros tres?

— El mayor y el segundo han sido muertos...

— ¿En la batalla?

— No, no... en la aldea, por mano del verdugo. El rey ha querido que se ejecutase la sentencia en presencia suya para cerciorarse de su muerte, no queriendo que esos niños se presentasen algun dia á reclamar su reino. Dicen, sin embargo, que ha perdonado al menor de los tres... Me parece que ha hecho mal. Pero ¿quién eres, buen anciano? ¿Porqué te estremeces? ¿Tienes frio acaso?

— Tengo frio, si... ¿Y la reina Brunegilda?

— Llegó aquí con una magnífica escolta. Era un verdarero triunfo, con lodo por incienso é injurias por vítores.

— Me lo han contado en el camino. Clotario la habrá condenado á muerte sin tardanza...

— No; aun vive.

— Si la ha tenido presa durante tres dias, Clotario se habrá compadecido de su desgracia.

— ¡Compadecerse Clotario de Brunegilda! Forzoso es, buen anciano, que vengas de muy lejos para hablar de ese modo. Hace tres dias que Brunegilda fué conducida á la aldea de Ryonne; la encerraron en la casa donde murieron sus nietos, dos verdugos muy espertos y cuatro ayudantes, provistos de toda clase de utensilios se encargaron de torturar á la reina, y aunque han trascurrido tres dias, aun no ha dejado de existir (1). Debo advertir que por la noche la permiten descansar. Pero ¿qué tienes, buen anciano? ¿Te estremeces otra vez!

(1) Ibid.

—Es el frío... el cansancio. ¿Ha presenciado Clotario ese tormento de tres días?

—Lo ha presenciado, lo mismo que sus duques y los leudos favoritos, mirando por una ventana á donde se asomaban de vez en cuando. Te aconsejo, buen anciano, que te des prisa si tienes curiosidad de asistir á un espectáculo que no has visto ni verás jamas. Se habla de los preparativos extraordinarios que se estan haciendo, y hasta se cuenta que el rey ha enviado á buscar un camello que tiene en el campamento. Todos preguntan en qué van á emplear el camello, pero es aun un secreto que sabrás si llegas pronto. Adios; dame la bendicion.

—Te deseo un viaje feliz.

—Gracias, padre; pero apresúrate porque cuando salia de la aldea acababan de sacar el camello de la caballeriza donde ha pasado la noche.

Y el guerrero se alejó rápidamente.

Poco tiempo despues Loysik llegó á la entrada de la aldea. El anciano bajó de la mula y suplicó al monje que le esperase. Un leudo, á quien Loysik preguntó la morada del duque Roccon, le condujo á la tienda de este señor franco que estaba inmediata á la del rey. Casi al momento fué introducido á la presencia del duque que le dijo con acento de deferencia respetuosa:

—¡Vos aquí, padre!

—Vengo á pedirte una cosa justa.

—Hablad... si está en mi mano, os la concedo desde ahora.

—¿Eres amigo de Clotario? ¿tienes sobre él alguna influencia?

—Si teneis que pedir alguna gracia no podeis llegar en ocasion mas oportuna porque está muy gozoso. Ya sabeis que Brunegilda...

—Lo se, dijo el anciano apresurándose á interrumpirle. No quiero ninguna gracia de tu rey... quiero justicia. He aqui una donacion otorgada por su abuelo Clotario I; segun derecho, no necesita ratificacion porque la concesion es absoluta, pero el obispo de Chalons nos inquieta, y pretende que es dueño de los bienes y personas del valle y del monasterio. Sabriamos resistirnos en caso necesario por medio de las armas si la donacion fuese nuevamente confirmada por tu rey, porque en estos tiempos turbulentos los derechos mas sagrados necesitan ratificacion. ¿Quieres pedir á Clotario, actualmente rey de Borgoña, que ponga su sello en esta donacion otorgada por su abuelo?

— ¿No pedís mas que eso del rey? Dadlo por conseguido... El rey honra la memoria de su glorioso abuelo y tendrá un placer en confirmar una donacion otorgada por aquel gran príncipe. Clotario está ahora en su tienda. Esperadme aquí, padre; luego vuelvo.

Durante la corta ausencia del señor franco, Loysik oyó á lo lejos el tumulto y los gritos de la multitud impaciente de los guerreros que pedían la muerte de Brunegilda. El duque Roccon volvió pocos momentos despues con la donacion en la cual Clotario habia estampado su sello debajo de estas palabras recientemente escritas:

« Queremos y mandamos á todos los leudos, duques, condes y obispos que dicha donacion, firmada por nuestro glorioso abuelo Clotario, sea observada y respetada en todo lo que contiene, ahora y en lo sucesivo, creyendo honrar con esto la memoria de nuestro glorioso abuelo. Mantengan pues los que me sucedan esta donacion inviolablemente, y que Dios se lo demande á los que no obedezcan nuestro mandato. — CLOTARIO II. »

— ¿Quién ha escrito estas palabras? preguntó Loysik.

— El venerable obispo de Troyes.

— ¿No habeis hablado al rey de las pretensiones del obispo de Chalons?

— No lo he creído necesario. He dicho al rey: Te suplico que ratifiques esta donacion otorgada por tu abuelo en favor de un santo siervo de Dios. «No puedo negarte nada,» me ha respondido, y ha pedido al obispo que escribiera lo que faltaba. Despues ha firmado y ha estampado su sello real.

— Te doy las gracias, Roccon, dijo el anciano, y me despido...

Pero Loysik reflexionó un instante y añadió:

— Me has dicho que la ocasion es favorable para alcanzar un favor del rey... Prometeme que le pedirás la emancipación de algunos esclavos del fisco real y los enviarás á mi monasterio del valle de Charolles.

— ¡Ah! santo anciano, seguro estaba de que no partiriais sin hacerme esa peticion.

— Roccon, tienes esposa, hijos... los azares de la guerra son variables. Brunegilda está presa y vencida, pero si esa reina altiva y cruel, tantas veces victoriosa en las batallas, no hubiera sido vendida por su ejército y sus auxiliares y hubiera vencido á Clotario ¿cuál hubiese sido la suerte de los señores de Borgoña que habeis abrazado la causa de ese rey? ¿qué hubiese sido de tu esposa y de tus hijos?

— Brunegilda hubiera mandado que me cortaran la cabeza y hubiera entregado mi esposa y mis hijos á la esclavitud de las feroces tribus de Germania. ¡ Maldicion ! ¡ esclavas mis dos hijas Batilde y Hermangarda ! Padre , no hablemos de esto : el pensarlo tan solo me hiela el corazon.

— Hablemos por el contrario de eso porque entre los esclavos cuya libertad te pido hay tal vez hijas á quienes aman tanto como tú á las tuyas... Juzga pues de la alegría que les causará su libertad por la que experimentarías tú y tus hijas si siendo esclavos os emanciparan. Roccon , dos palabras tuyas dirigidas al rey pueden dar tan inefable alegría á pobres cautivos.

— Y es dar alegría á poca costa. Bien , Loysik ; os prometo diez esclavos... No me los negará Clotario.

— Señor duque , dijo un guerrero entrando precipitadamente en la tienda , va á principiar el paseo del camello.

— ¡ Oh ! es el mejor espectáculo de la fiesta... ¿ Venís , padre ? Haré que os coloquen en un sitio de preferencia.

— ¡ No ! exclamó el anciano con horror , no quiero permanecer mas tiempo donde se satisfacen venganzas tan abominables. Adios , Roccon... Confio en tu promesa.

— Si , padre , pero en cambio rogad por mí para que alcance el cielo

— El cielo se alcanza haciendo bien , Roccon. Pediré á Dios que te inspire con frecuencia ideas caritativas... ¡ Adios !

— ¡ Adios , padre ! Recordaré vuestras palabras... Corro á ver el camello.

Loysik salió de la tienda del duque esperando verse pronto lejos de la aldea , pero se frustró su esperanza , porque á los pocos pasos se halló en un angosto callejon que separaba dos hileras de chozas y estaba cortado trasversalmente por una calle mas ancha.

Loysik se dirigia hácia este lado para reunirse con el monje que guardaba la mula , cuando resonaron con estruendo los gritos que habia oido desde la tienda , y casi al mismo tiempo una oleada de la multitud que habia seguido á Brunegilda para presenciar su suplicio , invadió en tumulto la calle trasversal , se encontró con Loysik y le arrastró en su corriente á pesar de sus esfuerzos. Hombres , mujeres y niños , andrajosos y de aspecto feroz ó estúpido , eran esclavos y de raza gala.

— ¡ Ya viene !.. ¡ ya viene Brunegilda ! gritaban.

Loysik no trató de luchar en vano contra aquella multitud, y no tardó en verse arrastrado á pesar suyo casi á la primera fila, viéndose obligado á detenerse en las inmediaciones de una especie de plaza, en medio de la cual se alzaba la tienda de Clotario II. Varios guerreros de á pié formaban un círculo, amenazando con la lanza á la multitud que se agitaba como un mar proceloso.

He aquí lo que vió Loysik. En frente de él, una especie de calle bastante ancha y completamente desierta; á la izquierda, la entrada de la tienda real; delante de la tienda, á Clotario II rodeado de los señores de su comitiva. Dos esclavos acababan de traer á presencia del rey un potro fogoso que apenas podían contener por medio de dos ronzales atados en el freno, y que se encabritaba con violencia á pesar de tener los dos piés trabados; sus ojos sangrientos miraban de reojo, sus narices humeaban, y hacia tales esfuerzos para liberarse de los esclavos, que su piel de color negro bronceado estaba cubierta de espuma en los costados y el pecho. No llevaba silla, su larga crin, ora ondeaba al viento desordenada por los enormes saltos del animal furioso, ora ocultaba casi enteramente su cabeza feroz. Los esclavos consiguieron sin embargo llevarlo hasta algunos pasos de distancia de Clotario, el cual hizo un ademán, y al instante aquellos desgraciados, arrastrándose de rodillas y esponiéndose á ser despedazados, pasaron al rededor de las piernas del caballo el nudo corredizo de una larga cuerda, y otros esclavos, estrechando los lazos, impidieron los saltos del animal que sus compañeros pudieron libertar entonces de sus primeras trabas. Durante esta peligrosa maniobra fué tal el furor del potro, que se encabritó de nuevo con fuerza irresistible, y con uno de los cascos hirió en la cabeza á uno de los esclavos.

Resonaron nuevos gritos, primeramente á lo lejos y por momentos mas cercanos. La calle, que habia estado hasta entonces desierta y terminaba en la plaza en frente de Loysik, se llenó de una multitud innumerable de soldados de á pié, y no tardó en aparecer á los ojos del anciano un camello que dominaba con su cuerpo aquella multitud armada. Los soldados francos lanzaban clamores furiosos.

— ¡Brunegilda! ¡Brunegilda! gritaban millares de voces.

La anciana señora, aunque moribunda y rendida por el tormento de tres dias, volviendo en sí al oír aquellos gritos feroces, tuvo fuerza para alzarse por última vez sobre el lomo del camello donde la habian atado. En aquel momento se hallaba á algunos pasos de

Loysik que se horrorizó al verla. Tenía el rostro ensangrentado, las manos ennegrecidas por las quemaduras, y aunque sus ojos lanzaban un brillo vidrioso y cadavérico, se fijaban aun con orgullo en la inhumana turba que se gozaba en su suplicio. Su mirada altiva se fijó por casualidad en Loysik en el momento que Brunegilda pasaba junto á él. Al ver al monje, cuya túnica, su larga barba blanca y su elevada estatura habian atraído sin duda la mirada moribunda de la reina, pareció conmoverse súbitamente, y reuniendo la escasa fuerza que le quedaba, exclamó con acento de desesperacion y casi de arrepentimiento:

—Anciano, tenías razon... hay justicia en el cielo. ¿Sabes en qué pienso ahora? En la muerte de la GRAN VICTORIA... de aquella mujer emperador, llorada de todo el pueblo.

Los clamores de la multitud ahogaron la voz de Brunegilda, pero su último esfuerzo para incorporarse y hablar á Loysik habia agotado sus fuerzas, y cayó de espaldas y su cuerpo inerte ondeó sobre la grupa del camello.

Loysik habia luchado largo rato para dominar el horror que le inspiraba aquel espectáculo, mas apenas cesaba de hablar Brunegilda cuando sintió que huía la luz de sus ojos y que sus rodillas se doblaban, y á no ser por dos pobres mujeres que, compadecidas de su vejez, le sostuvieron, el monje hubiera sido pisoteado.

Loysik permaneció largo rato desmayado... Cuando recobró los sentidos, se halló acostado en un lecho de paja, dentro de una cabaña, y estaba á su lado el monje que le acompañaba y que habia logrado reunirse con él preguntando á todos si habian visto un monje labrador de barba blanca. Dos pobres mujeres esclavas habian hecho trasladar á Loysik á su miserable vivienda.

La primera palabra que pronunció, bajo la impresion aun de la horrible escena de que habia sido testigo, fué el nombre de Brunegilda.

—Cuando la reina ha bajado del camello, dijo una de las mujeres, no era mas que un cadáver, y el potro furioso á cuyas piernas la han atado, no ha tardado en hacer pedazos aquel cuerpo que ocupó un trono y gozó desde la cuna de la régia opulencia.

El monje labrador dijo entonces á Loysik enseñándole en el umbral de la puerta un resplandor causado sin duda por el reflejo de una gran llama lejana:

—Padre ¿oís esos gritos? ¿Veis ese resplandor?

— Ese resplandor es el de la hoguera, dijo la anciana, y esos gritos son de los que bailan alegremente en rededor del fuego.

— ¿Qué hoguera? preguntó Loysik estremeciéndose ¿de qué hoguera habláis?

— Cuando el caballo fogoso hizo pedazos á Brunegilda, los que la siguieron para verla morir pidiendo al rey que se entregase al fuego el cadáver de la reina, y Clotario ha consentido antes de partir, porque el rey acaba de partir... Pero mirad, padre, mirad... ¿qué llama tan brillante arroja esa hoguera! La han formado en la plaza y su resplandor llega hasta aquí. Nos vemos como si estuviéramos en medio del día... ¿Oís esos gritos?

Y el viento de la noche trajo á Loysik los gritos lanzados por la multitud en la embriaguez de su venganza.

— ¡Arded... arded, huesos malditos! gritaban. (1)

Loysik exclamó entonces:

— ¡Qué lección para la historia! ¡La pira de BRUNEGILDA... la pira de la gran VICTORIA!

XI—Regreso al monasterio.

Ronan, Odila, el Arquero y Gilda se paseaban por la orilla del río de Charolles en frente de la choza destinada á los monjes del monasterio y á los habitantes del valle que iban alternativamente á custodiar por la noche la barca. Desde el mensaje del conde de Chalons diez monjes y veinte colonos bien armados guardaban aquel paso y se acampaban bajo una cabaña de tablas.

— Amigo Arquero, decía tristemente Ronan, han trascurrido ya siete días desde que partió Loysik y aun no ha vuelto; no puedo dominar mi inquietud...

— ¡Miradle allá! gritó con júbilo Odila. ¿No veis su mula blanca? Baja de la colina y se dirige hácia el río.

En efecto, era Loysik.

Ronan, el Arquero, Odila, Gilda y algunos monjes y colonos entran en la barca, pasan el río, saltan á la orilla y todos corren al encuentro del anciano. La buena Odila y la respetable Gilda se sintieron aquel día tan ágiles como cuando tenían quince años. Apenas

(1) ... «Y los huesos de la reina fueron arrojados al fuego.» (Aron., *Clor. script. rer. gall. et franc.*, t. II, p. 669.)

... «Después del suplicio del caballo, el pueblo quemó el cuerpo de Brunegilda: el fuego fué su suplicio.» *Cronica de Marius. Apend. Script. rer. gall.*, t. II, p. 19.

dan tiempo á Loysik para bajar de la mula : se forma un confuso grupo en rededor del anciano hácia quien se dirigen manos solícitas ; todos quieren abrazarle , y el buen monje no sabe á qué caricias responder. Se calma por fin aquella tempestad de cariño , la alegría no ahoga ya la voz , se puede hablar mientras todos se dirigen al monasterio , y Loysik cuenta entonces á sus amigos la horrible muerte de Brunegilda , y les anuncia la confirmacion de la donacion de Clotario I.

— Finalmente , añadió Loysik , partí de Royonne y fui á encontrar al obispo de Chalons... La confirmacion de nuestra donacion era un paso importante pero no decisivo.

— Hermano mio , dijo Ronan , hemos tenido noticias del obispo y del conde de Chalons... Luego que partieron los soldados de Brunegilda , á quienes dimos libertad , segun nos mandaste luego que te hubieres salvado de la muerte que te reservaba Brunegilda , el mayordomo tuvo la audacia de volver aquí al frente de unos cincuenta soldados del conde y de otros tantos esclavos del obispo. Venian muy mal armados á declararnos la guerra si nos negábamos á obedecer las órdenes de su señor.

— ¡ Magnífica jornada ! dijo riendo el Arquero. Aquella tropa habia traído en carros una barca para pasar el río... Estaba yo casualmente de guardia con unos treinta de los nuestros , y vimos echar al agua la barca y entrar en ella al mayordomo con dos esclavos por remeros. Como tres hombres nos causaban poco miedo , les dejamos pasar. El mayordomo saltó en tierra con su casco , su coraza y su larga espada , y nos dijo con acento y ademan patéticos :

— Si os negais á someteros á las órdenes del obispo de Chalons , vuestro señor espiritual , y del noble conde , mi tropa va á entrar en el valle para reducirlo á viva fuerza. Os concedo un cuarto de hora para reflexionar.

— No necesito tanto tiempo , esforzado guerrero , para decidirme , le respondí. Escucha lo que voy á decirte. Te hemos dejado con vida una vez ya á pesar de tu insolencia , pero vas á recibir el castigo que mereces.

— ¡ Siempre serás proscrito ! dijo Loysik moviendo la cabeza. Esas violencias no me gustan... Si me hubiera hallado aquí no hubieseis hablado de ese modo.

— Advertid , padre , dijo el Arquero riendo que solo queria escarmentarle y castigar su insolencia. Nos apoderamos al momento de

nuestro intrépido guerrero, le desnudamos, le sacudimos de lo lino con los cintos de nuestras espadas, le obligamos á volver á la barca donde entramos todos, y nos formamos en batalla en la otra orilla en frente del ejército del mayordomo. Cinco ó seis de sus soldados llevaban arcos y nos envían una lluvia de flechas muy mal apuntadas, pero quiere la casualidad que matan á uno de los nuestros y hieran á dos. Acometemos entonces á los esclavos sin reparar en la desigualdad del número, y no tardan en enseñarnos las espaldas y en correr hácia la colina arrojando las armas para aligerar los piés. El glorioso capitán mayordomo monta en su mula, parte á galope, quedan en el campo cuatro cadáveres que enterramos y algunos heridos que llevamos al monasterio para curarlos, y desde aquel día no hemos visto mas ejércitos en la orilla.

—Lo sabia, y apruebo vuestra conducta, á escepcion del ultraje que hicisteis al mayordomo, dijo Loysik, porque difícilmente he logrado calmar el justo enojo que ha causado al obispo de Chalons. Habeis obrado como debiais rechazando la fuerza con la fuerza en defensa de vuestro derecho. El obispo estaba indignado: apenas bastó para tranquilizarle la firma de Clotario II puesta al pié de la confirmacion, pero tras largos debates, no solo he conseguido que reconociese la donacion confirmada por su nuevo monarca, sino que me ha entregado la concesion que voy á leeros.

Y Loysik sacó un pergamino del cual pendia un sello, y leyó lo siguiente:

«Al santo y venerable hermano en Christo Loysik, superior del «monasterio de Charolles, construido en el valle de este nombre, «concedido al dicho hermano Loysik en propiedad perpétua, en virtud de una donacion otorgada por el ilustre rey Clotario el año 558 «y confirmada por el ilustre Clotario II en este año de 613, Salvia- «no, obispo de Chalons: Creemos deber insertar en esta hoja lo «que nos y nuestros sucesores deberán hacer con el auxilio del Es- «píritu Santo: 1.º el obispo de Chalons, por respeto al lugar y sin «recibir precio, bendecirá el altar del monasterio de Charolles y «concederá, si se lo piden, el santo oleo todos los años; 2.º cuando por la voluntad divina el superior pase del monasterio á Dios, «el obispo, sin esperar recompensa, elevará á la dignidad de superior ó de abad al monje notable por los méritos de su vida que haya «sido elegido por la comunidad; 3.º ni nuestros sucesores obispos, «arcedianos, administradores y persona alguna de la ciudad de

« Chalons no se arrogarán ningún otro poder sobre el monasterio de
 « Charolles, ni sobre sus bienes y personas concedidos por el glo-
 « rioso rey Clotario I y confirmados por el ilustre rey Clotario II;
 « 4.º nuestros sucesores no se atreverán tampoco á pedir á título de
 « regalo al monasterio ó á las parroquias del valle; 5.º nuestros su-
 « cesores, á no ser suplicados por el superior y la comunidad á que
 « vayan á hacer oracion al monasterio, no entrarán jamás en su in-
 « terior ni pasarán el recinto de sus límites, y despues de celebrar
 « los santos misterios y de recibir las gracias breve y simplemente,
 « el obispo regresará á su morada sin necesidad de que nadie se lo
 « pida; 6.º si alguno de nuestros sucesores (lo que Dios no quiera)
 « lleno de perfidia é impulsado por la codicia quisiera infringir te-
 « merariamente lo que se manda en este documento, caiga sobre él
 « la venganza divina y anatema sea. Y para que esta constitucion
 « sea siempre vigente, la corroboramos con nuestra firma y sello. —
 « SALVIANO.

« En Chalons, octavo dia de las calendas de noviembre del año de
 « la Encarnacion 613. » (1)

— Loysik, ese documento garantiza nuestros derechos. Te da-
 mos gracias por haberlo obtenido, ¿pero no teniamos espadas para
 defender nuestros derechos?

— ¡Espadas... espadas! Veo que fermentan aun en vuestro cora-
 zon los sentimientos de rebeldia que logré apagar al atraeros á este
 valle. Se recurrirá á la fuerza cuando se defiende la independenciam
 de la patria ó la religion, pero Dios no quiere que se derrame san-
 gre, y por eso envió á su Hijo á la tierra para hacer que los hom-
 bres fuéramos hermanos y predicar la paz y el amor al prójimo.
 Es cierto que hemos alcanzado una época calamitosa en que la
 espada impera en el mundo y la guerra es la única ley de los hom-
 bres, pero ¿hemos de olvidar por eso qué es preferible la súplica á
 la rebeldia y la humildad al orgullo? ¿No he sido yo, un débil an-
 ciano, el que ha triunfado con la persuasion y los ruegos de los
 poderosos que querian esclavizarnos? Esta concesion me infunde la
 risueña esperanza de que se inaugura por fin para los desgraciados
 una época mas feliz, pues se atienden ya el derecho y la justicia y
 se accede á reclamaciones que algunos años atrás hubieran sido re-
 cibidas con el desprecio ó el castigo.

La noticia del regreso de Loysik voló de boca en boca y atrajo es-

(1) Marculfo, *Formul.*, lib. III.

pontáneamente al monasterio á todos los habitantes del valle, y se celebró su llegada con alegre cordialidad porque aseguraba de nuevo el reposo, los bienes y la libertad de los monjes del monasterio y de la colonia de Charolles.

Yo, Ronan, hijo de Karadoc, he acabado de escribir este último relato dos años despues de la muerte de la reina Brunegilda, á fines de las kalendas de octubre del año 615. Clotario II continua reinando en toda la Galia, y han sido respetadas hasta ahora la donacion real y la constitucion otorgada por el obispo de Chalons. Mi hermano Loysik, Odila, el Arquero y Gilda desafian la edad con su salud.

Encargo á mi hijo que lleve este relato á los descendientes de Kervan, hermano de mi padre, y como él hijo de Jocelyn. La Bretaña es aun la única provincia de la Galia que sigue independiente, y ha rechazado las tropas francas de Clotario II como habia rechazado los ataques de los reyes sus antecesores.

Apunto en este relato un hecho importante para nuestra familia, dividida en dos ramas, habitando la una en Borgoña y la otra en Bretaña. Como vivimos desgraciadamente en una época de guerra civil y de desórden y podria suceder muy fácilmente que volviéramos á sucumbir en la esclavitud y á partir á paises lejanos, seria conveniente que todos los de nuestra familia, asi como los hijos de Gregor, llevasen una señal indeleble impresa en el brazo por medio de la punta de un alfiler candente y empapado en el zumo de las bayas de ligustro. Deberian grabarse las palabras galas *Brenn* y *Karnak* que despiertan los gloriosos recuerdos de nuestros antepasados, y de este modo podrian reconocerse al través de los siglos los individuos de nuestra familia, dividida actualmente en dos ramas, y prestarse mutuamente auxilio.

Lee, hijo mio, con atención estos relatos y procura conservar el santo amor á Dios, á la patria y á la familia que he tratado de inculcarte siguiendo las consejos del noble y virtuoso Loysik.

EL BÁCULO ABACIAL

6

BONAIK EL ARTÍFICE Y SEPTIMINA LA ESCLAVA.

(615—793.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Los árabes. — Saquean la Borgoña y el Limosin, toman á Burdeos y llegan hasta Blois, Tiers y Poitiers.
 — Abd-el-Melek. — Abd-el-Kader y sus cinco hijos en Narbona. — Rosen-aer. — Llega Cárlos Martel.
 — El monasterio de San Saturnino. — Septimina la esclava — El último vástago de Clodoveo.

Yo, *Amael*, he escrito los relatos siguientes para cumplir la voluntad de nuestro antepasado *Joel*, *el brenn de la tribu de Karnak*. Nací el año 712; mi padre era *Guen-ael*, hijo de *Warnoch*, nieto de *Alan* y biznieto de *Gregor*, el hijo de *Ronan el proscrito* muerto en 616 en el valle de Charolles, pacífica colonia donde la descendencia de *Ronan* vivió libre y feliz, al abrigo de las guerras civiles que asolaban la Galia, hasta el año 732. En aquella época, los árabes, que hacia muchos años se habian establecido en el mediodia de la Galia, invadieron la Borgoña, saquearon é incendiaron á Chalons, asolaron el valle de Charolles y se llevaron esclavos los pocos habitantes que habian sobrevivido á una defensa desesperada. Durante los ciento veinte años que han trascurrido desde la muerte de *Ronan* hasta el 737 en que principia este relato, diez reyes de la estirpe de Clodoveo imperaron en la Galia: *Clotario II*, que murió en 628; *Dagoberto*, en 638; *Clodoveo II*, en 660; *Childerico*, en 673; *Thierry III*, en 690; *Clodoveo III*, en 695; *Childeberto III*, en 711; *Dagoberto II*, en 715; *Chilperico II*, en 720, y *Thierry IV*, en 736.

Despues de la muerte de *Dagoberto I* principió el verdadero reinado de los *alcaldes de palacio*, cargos que se hicieron hereditarios casi siempre, entre otros en la familia de *Pepino de Heristal*, descendiente de *Arnulfo*, y cuyos inmensos dominios abarcaban una gran parte del este de la Galia. Casi todos los reyes descendientes de Clodoveo, desposeidos del ejercicio del poder real por la am-

bicion de los alcaldes de palacio, solo fueron reyes de nombre, y por eso les llamaron *reyes holgazanes*. A escepcion de Bretaña, que continua rebelde al yugo de los francos, y la Borgoña, que debe su seguridad á la distancia que la separa de las comarcas que los francos de Ostrasia y los de Neastria se disputan en sangrientas batallas, la Galia sigue entregada á todas las miserias y desastres de las guerras civiles que llegaron á su colmo en 719 en la primera invasion de los árabes venidos de Africa al través de España, su primera conquista. Los hijos de Mahoma, despues de establecerse en Languedoc, en Provenza y en el Rosellon, asolaron la Borgoña, llegaron hasta el Loira, tomaron la ciudad de Burdeos, saquearon á Tours, Blois y Poitiers, y fueron derrotados cerca de esta ciudad en 772 por Carlos Martel, alcalde del palacio de Thierry y bastardo de Pepinó de Heristal. A pesar de esta derrota, los árabes conservaron el Languedoc donde viven pacíficamente hace mas de veinte años.

Los primeros acontecimientos de esta leyenda de nuestra familia pasan en el Languedoc, pais para nosotros de gratos recuerdos, porque el esposo de Siomara, aquella valerosa gala, abuela de Margarid, esposa de Joel, era gefe de una de las tribus oriundas de esta comarca que fueron al Asia á fundar el imperio oriental de las Galias, y mas adelante, gran número de pueblos del mismo pais acompañaron á Breno en aquella campaña de Italia, en que obligó á pagar rescate á Roma. Las funestas divisiones suscitadas por los descendientes de los gefes que venció Ritta-Gaur entregaron al Languedoc al yugo romano, pues á pesar de combatir entonces sus habitantes mandados por *Budok*, aquel guerrero gigante que, despreciando la muerte, se presentaba en las batallas medio desnudo y armado de una maza de hierro, y por *Biluit*, uno de los guerreros mas valientes de Auvernia, aquel gefe que daba por comida á su trahilla de guerra una legion romana, fueron anonadados por el número, y los romanos establecieron su primera colonia, cuya capital fué Narbona. ¡Triste recuerdo! No lejos de Narbona fué arrojado Sylvest á las fieras en el circo de Orange, y se libertó de una muerte casi cierta para oír los gritos desgarradores de su hermana Siomara la cortesana al espirar en los tormentos en la quinta de la patricia Faustina. *Vindex* se alzó en el Languedoc contra los romanos, y en la época en que vivia la gran Victoria esta provincia era rica y civilizada; las artes y las letras florecian en sus ciudades, donde se crearon escuelas cuya fama se estendió hasta los confines

del mundo conocido, y se lanzaron al mar innumerables naves mercantes que surcaban el Mediterráneo ó navegaban por el Garona y el Ródano.

Cuando las hordas que vivian en los bosques de Germania invadieron la Galia, los francos conquistaron el norte y los visigodos el mediodia, y estos se establecieron tras desastres sin cuento en el Languedoc por los años de 460 en el reinado de Teodorico. Los pueblos del mediodia de la Galia profesaban el arrianismo; Clodoveo espulsó de este pais en 508 á los godos, y tras sangrientas guerras que le dieron por soberanos en 561 á los tres hijos de Clotario I, fué á parar en 613 al dominio de Clotario II, el vencedor de Brunegilda. Mas adelante, el rey *Dagoberto* cedió á su hermano *Chariberto* una parte del Languedoc, la Aquitania y la Septimania (llamada así por las siete ciudades principales de esta provincia). Murió *Chariberto*; su hijo fué asesinado en la cuna por orden de *Dagoberto*; posteriormente, este rey cedió la Aquitania con título de ducado hereditario á dos hermanos de *Chariberto*; su descendiente *Eudo*, duque de Aquitania, se alzó entonces contra los reyes francos del norte, que eran gobernados ya por los alcaldes de palacio, y crueles guerras intestinas devastaron el pais hasta la invasion y conquista de los árabes en 719. Estos arrojaron ó esclavizaron á los visigodos, ganando en cierto modo en el cambio porque los conquistadores del mediodia fieles á la religion de Mahoma eran mas civilizados que los del norte á pesar de su ardor guerrero.

Un gran número de galos del mediodia abrazaron el mahometismo para no ser víctimas del espíritu de feroz proseliteismo de los árabes; las mezquitas se alzaron al lado de las basílicas, y los conquistadores toleraron por fin á los cristianos el culto de su religion como un medio político y para consolidar su poder.

La ciudad de Narbona, capital del Languedoc, presentaba en 737 un aspecto enteramente oriental, tanto por la pureza del cielo y el ardor del sol, como por el traje y los hábitos de un gran número de sus moradores. Los laureles reales, las encinas verdes y las palmeras recordaban la vegetacion africana; las mujeres sarracenas iban á las fuentes con sus ánforas de arcilla encarnada, puestas con elegancia sobre su cabeza y vestidas con turbantes y flotantes túnicas blancas; camellos de largo cuello, cargados de mercancías, salian de la ciudad para dirigirse á Nimes, á Beziers, á Tolosa ó á Marsella; estas carabanas encontraban en los campos, ora chozas de barro

cubiertas de cañas habitadas por los campesinos galos, esclavos antes de los visigodos y entonces de los musulmanes; ora las tiendas de una tribu de *bereberes*, montañeses árabes venidos de las cimas de los Atlas y que conservaban en la Galia sus costumbres nómadas y guerreras, prontos siempre á montar sus infatigables y rápidos caballos para ir á combatir al primer llamamiento del emir de la provincia; y de vez en cuando se veían en las cimas de los montes las elevadas torres donde los sarracenos encendían hogueras en tiempo de guerra para llamar al arma durante la noche.

En la ciudad casi musulmana de Narbona había, lo mismo que en las demás ciudades de la Galia, mercados públicos donde se vendían esclavos, pero la diversidad de raza de los cautivos que ofrecía á los compradores, daba al mercado de Narbona un carácter particular. Veíanse allí gran número de negros de Etiopia de color de ébano, mestizos de tez cobriza, hermosos jóvenes y hermosos niños de Atenas, de Creta ó de Samos, cautivos hechos en las numerosas correrías de los árabes en quienes Mahoma había desarrollado como habil político la pasión á las expediciones marítimas.

El creyente que muere en tierra siente un dolor que apenas puede compararse con la picadura de una hormiga, dice el Koran, pero el que muere en el mar experimenta por el contrario la deliciosa sensación que sentiría el que, abrasado por la sed, lograra agua helada mezclada con limón y miel.

En rededor del mercado de esclavos se alzaban numerosas tiendas árabes llenas de objetos fabricados en Granada y Córdoba, centros entonces de las artes y la civilización sarracena: eran armas brillantes, tazas de oro y plata adornadas de delicados arabescos, cofrecillos de marfil esculpido, copas de cristal, ricas telas de seda, botines bordados, collares y brazaletes preciosos. Delante de estas tiendas se agrupaba una multitud tan variada por su raza como por su traje: aquí los galos oriundos del país con sus anchos calzones, vestido que había dado hacia muchos siglos á aquella parte de la Galia el nombre de *Bracciata*; allá los descendientes de los visigodos conservando, fieles á la antigua moda germánica, sus vestidos de pieles á pesar del calor del clima, y más allá se veían los árabes con túnicas y turbantes de colores variados. De vez en cuando los gritos de los sacerdotes musulmanes que llamaban á los creyentes á orar desde los minaretes de las mezquitas, se confundían con el tañido de las campanas de las basílicas que llamaban á los cristianos.

— ¡Perros cristianos! decían los árabes á los galos musulmanes.

— ¡Malditos gentiles! ¡renegados! respondían los cristianos, y cada cual iba, sin embargo, pacíficamente á ejercer su culto.

Abd-el-Kader, uno de los gefes mas esforzados de los guerreros de *Abd-el-Rhaman*, que murió en las llanuras de Poitiers donde libró una gran batalla á Cárlos Martel, ocupaba una de las casas mas opulentas de la ciudad de Narbona. Había arreglado su morada segun la moda oriental tapiando las paredes exteriores y plantando naranjos y limoneros en el patio interior en medio del cual brotaba una fuente cristalina. El serrallo ocupaba una de las alas de la casa, y en uno de los aposentos de este harem tapizado con ricas telas, rodeado de divanes de seda y alumbrado por una ventana cerrada por una rejilla dorada, se hallaba una mujer de una rara belleza aunque tenia cerca de cuarenta años. Era facil reconocer por la blancura de su tez, el color rubio de sus cabellos y el azul de sus ojos, que no era de raza árabe, y leíase en sus facciones pálidas y melancólicas el hábito de un pesar profundo. Se alzó el cortinaje que cubria la puerta del aposento y entró *Abd-el-Kader*: aquel guerrero de tez tostada tenia unos cincuenta años, y su barba y su bigote canoso y su rostro tranquilo y grave le daban una espresion de suave dignidad. Dió algunos pasos lentamente hácia la mujer y le dijo:

— *Rosen-Aer*; nos vemos hoy quizás por vez postrera.

La matrona gala le miró con sorpresa y respondió:

— Si no he de volver á veros lo siento, porque aunque soy vuestra esclava, habeis sido conmigo generoso y compasivo. Nunca olvidaré que cuando los árabes invadieron seis años ha la Borgoña y fueron á asolar el valle de Charolles, donde mi familia vivia libre, pacífica y feliz hacia mas de un siglo, me respetasteis; cuando fuí presa por vuestros soldados y conducida á vuestra tienda, os declaré que á la menor violencia me mataria, y me creisteis y desde entonces me habeis tratado siempre dignamente como mujer libre y no como esclava.

— *La misericordia es la herencia de los creyentes*, dice nuestro Koran, y no he hecho mas que obedecer el precepto del profeta, pero tú, *Rosen-Aer*, poco tiempo despues de haberte traído aqui cautiva, cuando mi hijo menor *Ibrahim* estuvo á las puertas de la muerte, le prodigaste los cuidados de una madre y le velaste durante largas noches como si hubiera sido tu propio hijo. Asi pues, te ofrecí la libertad en recompensa de tus servicios.

— ¿Qué hubiera hecho? ¿A donde hubiera ido? He visto morir á mis ojos á mi hermano y á mi esposo en su resistencia desesperada contra vuestros soldados en el ataque del valle de Charoles, y ya en aquella triste época lloraba á mi hijo Amael que habia desaparecido seis años hacia... le lloraba ¡ah! como le lloro aun todos los dias.

Rosen-Aer no pudo contener las lágrimas al pronunciar estas palabras, y fueron tan abundantes que inundaron su semblante. Abd-el-Kader la miró tristemente y le dijo:

— Tu dolor de madre me ha enternecido muchas veces, pero desgraciadamente no puedo consolarte ni darte esperanza alguna. ¿Cómo has de encontrar á tu hijo que desapareció cuando apenas tenia, como dices, quince años?

— Sí, y ahora tendrá veinte y cinco; pero no hablemos mas de mi hijo, porque ya está perdido para siempre, añadió Rosen-Aer enjugándose las lágrimas. ¿Porqué deciais que nos vemos hoy quizás por última vez?

— Cárlos Martel, el gefe de los francos, avanza á marchas forzadas al frente de un ejército formidable para arrojarnos de las Galias. Ayer nos dieron la noticia de su llegada, y antes de dos dias quizás estarán los francos debajo de los muros de Narbona. Abd-el-Malek, nuestro nuevo emir, que acaba de llegar de España, piensa, y soy de su misma opinion, que nuestras tropas deben salir al encuentro de Cárlos... Partimos: la batalla será sangrienta: tal vez Alá querrá enviarnos la muerte en este combate, y por eso vengo á decirte, Rosen-Aer, que quizás no volveremos á vernos nunca. Si tal es el designio de Dios ¿qué será de tí?

— Ya sabeis que la muerte de mi hermano y de mi esposo han sumido mi alma en un abismo de dolor, y que la esperanza insensata de hallar á mi hijo es el único lazo que me une á la vida. Mas de una vez me habeis ofrecido generosamente no solamente la libertad, sino riqueza y un guia para viajar al través de las Galias en busca de mi hijo, pero me han faltado las fuerzas y el valor, ó mas bien mi razon me ha demostrado la locura de semejante empresa en medio de las guerras civiles que asuelan nuestro desventurado pais. Asi pues, paso dias y noches lamentando la insensatez de mis esperanzas y esperando sin embargo á pesar mio. No sé lo que será de mí; si no debo veros unas ó si saldré de esta casa donde al menos he podido llorar en paz al abrigo del baldon y de las miserias de la esclavitud, pero conozco que la desesperacion me matará...

—No quiero que la que fué para mi hijo una segunda madre se desespere de tal modo. Rosen-Aer, lo mas prudente es que durante mi ausencia partas de Narbona.

—¿Porqué?

—Vamos á combatir con los francos; nuestro ejército es valiente, pero la voluntad de Alá es inmutable, y pueden vencernos, perseguirnos, poner sitio á la ciudad y tomarla. Entonces tú, como todos los habitantes, os veriais espuestos á la suerte de los que se encuentran en una ciudad tomada por asalto, es decir, á la muerte ó á la esclavitud. Para que no te espongas á tal desgracia, te ofrezco mandarte conducir á algunas leguas de aqui, á un sitio apartado, á la casa de uno de los colonos galos que cultivan mis tierras.

—¡Vuestras tierras! repitió Roser-Aer con amargura, decid mas bien las que vuestros guerreros arrebataron con la fuerza y la violencia.

—Tal ha sido la voluntad de Alá...

—¡Ah! deseo para vos y vuestra familia, Abd-el-Kader, que la voluntad de Dios os evite el dolor de ver algun dia los campos de vuestros padres á merced de los conquistadores.

—Solo Alá sabe sus designios... y el hombre debe someterse á ellos. Si Alá quiere que en la próxima batalla contra Cárlos Martel salgamos victoriosos, volverás á Narbona, y si somos vencidos, si muero en el combate ó somos arrojados de las Galias, espero que nada tendrás que temer en la soledad á donde te envio. El colono es como tú de raza gala y honrado. Vivirás á su lado como una hija ó una hermana... He aqui un saco de monedas de oro; aunque vivieras cien años no serias gravosa á ese colono, y te acordarás de mí como de un amigo.

—Me acordaré de vos, Abd-el-Kader, como de un amigo generoso á pesar del mal que vuestra raza ha hecho á la mia.

—Alá nos ha enviado aqui para que triunfe la religion predicada por Mahoma que es la única verdadera.

—La única religion verdadera es la cristiana.

—No trataré de imponerte mis creencias porque respeto las tuyas que te inspiran virtud y nobleza de alma. Has de saber sin embargo que la fé musulmana, á pesar de que aun no hace un siglo que fué proclamada, ha sometido ya casi todo el Oriente, la España y una parte de la Galia. Te repito que somos los instrumentos de la voluntad divina. Si ella quiere que muera en la próxima batalla, no

nos volveremos á ver, y si á pesar de mi muerte triunfan nuestras armas, mis hijos, si me sobreviven, cuidarán de tí... Ibraim te ama y respeta como á una madre.

— ¡Cómo! ¿le llevais tambien á la guerra siendo casi un niño?

— El jóven que puede sujetar un caballo y sostener un alfange está en edad de pelear. ¿Aceptas mis ofertas, Rosen-Aer?

— Acepto... Me horroriza la idea de caer en poder de los francos. ¡En qué época tan triste vivimos! Solo tenemos la eleccion de la esclavitud. ¡Felices al menos los que como yo encuentran corazones compasivos!

— Haz pues los preparativos de viaje... Voy á partir dentro de una hora al frente de una parte de nuestras tropas. Volveré á buscarte, y saldremos juntos de esta casa, tú para ir á la morada del colono, y yo para ir al encuentro de los francos.

Quando Abd-el-Kader volvió á buscar á Rosen-Aer tenia puesto su traje de batalla; llevaba una coraza de acero brillante, un turbante encarnado arrollado en torno de su casco dorado, y pendia del costado un alfange de prodigiosa labor, pues la vaina, de oro macizo lo mismo que la empuñadura, estaba adornada de arabescos, de coral y de diamantes.

El guerrero árabe dijo á Rosen-Aer con reprimida emocion:

— Permíteme que te abrace como á una hija.

Resen le tendió los brazos y respondió:

— Pediré al cielo que vuestros hijos conserven muchos años á su padre.

El árabe y la gala salieron juntos del harem. Fuera de la casa encontraron á los cinco hijos del anciano: *Abd-Allah*, *Hasem*, *Abul-Casem*, *Mahomed* é *Ibrahim* que era el menor, armados todos y á caballo, llevando encima de sus armas largas y ligeras capas de lana blanca. El mas jóven de la familia, mancebo de quince años á lo mas, bajó del caballo al ver á Rosen-Aer, fué á tomarle la mano, se la besó respetuosamente y le dijo:

— Has sido para mi una madre, permíteme, pues, que te salude como un hijo.

La matrona gala respondió con los ojos bañados en lágrimas y pensado en su hijo Amael que tenia tambien quince años cuando desapareció del valle de Charolles:

— Dios te proteja, hijo mio, que á tan tierna edad vas á la guerra.

Y — *Creyentes, los que marchais contra el enemigo, sed firmes*, dice el profeta, respondió el mancebo con voz grave y dulce. Vamos á pelear con los francos, los malditos infieles. Combatiré con valor al lado de mi padre. Alá sabe tan solo el término de nuestra vida.

Y el jóven árabe, despues de volver á besar respetuosamente la mano de Rosen-Aer, la ayudó á montar en una mula conducida por un esclavo negro que sostenia las riendas. Oyose entonces á lo lejos el bélico sonido de los clarines. Abd-el-Kader dió con la mano y la mirada el postrer adios á Rosen-Aer, y como los años no habian debilitado su vigor, saltó sobre el caballo y partió á escape precediendo á sus cinco hijos. Rosen-Aer siguió durante algunos momentos con la mirada los blancos alquiceles que levantaba el rápido galopar del árabe y de sus hijos, y cuando hubieron desaparecido en medio de una nube de polvo, dijo al esclavo negro que dirigiese la mula hácia la puerta de Narbona para tomar el camino de la morada del colonó.

Cerca de un mes habia trascurrido desde la partida de Abd-el-Kader y sus hijos al frente del ejército árabe que iba á pelear con los francos de Cárlos Martel.

Un niño de once á doce años, encerrado en el convento de San Saturnino en Anjou, estaba asomado á una angosta ventana situada en el primer piso de uno de los edificios de la abadía que daba á la campiña. El aposento abovedado donde estaba aquel niño era frio, vasto, desnudo y enlosado; en un ángulo se veia un pequeño lecho, y sobre una mesa varios juguetes toscamente labrados en madera; algunos taburetes y una arca eran los únicos muebles de aquella sala. El niño, vestido con un traje de sarga negra muy usada y con varios remiendos, tenia un aspecto enfermizo; sus facciones de palidez biliosa, tenian una espresion de tristeza profunda; miraba á lo lejos los campos, y corrian lentamente las lágrimas por sus huecas mejillas.

Mientras permanecia sumido en triste meditacion, se abrió la puerta del aposento y entró despacio una jóven de quince años, de tez morena pero de extrema frescura, de boca de carmin, de cabellos de negro de jaspe asi como sus rasgados ojos y sus cejas finalmente arqueadas. Era imposible imaginarse una niña mas graciosa á pesar de su vestido de lana y su delantal de tela ordinaria, levantado por los estremos, atado á la cintura y lleno de cáñamo dis-

puesto para hilar, porque Septimina llevaba la rueca en una mano y en la otra un cofrecillo de madera. Al ver al niño, tristemente asomado á la ventana, la jóven suspiró y dijo con acento compasivo:

— ¡Pobrecillo!.. siempre triste... No sé si esta noticia será para él un mal ó un bien...

Después se acercó con tiento al niño, que no habia oido sus pasos, le puso con graciosa familiaridad la mano en el hombro, y le dijo con acento de reprension:

— ¿En qué estais pensando?

El niño se estremeció de sorpresa, volvió el rostro bañado en lágrimas hácia Septimina, y respondió dejándose caer con abatimiento en un taburete que habia cerca de la ventana:

— ¡Ah! ¡me fastidio... me aburro de muerte!

Y sus lágrimas siguieron brotando de sus ojos fijos y enrojecidos.

— ¡Ea! enjugad esas necias lágrimas, le dijo afectuosamente Septimina. Vengo precisamente para divertirlos; he traído una buena provision de cáñamo para hilar á vuestro lado hablando, á no ser que prefirais una partida de dados. ¿Qué preferís?

— Nada me divierte...

— Por eso os reprendo; nada os divierte, nada os gusta, estais siempre abatido y taciturno y no haceis caso de nadie... ni aun de vuestra persona. ¡Qué despeinados llevais los cabellos! ¡qué rota está vuestra ropa! ¿No os avergonzais? ¿Porque no pedís otro vestido al padre Clemente?

— ¿Para qué?

— Estariais al menos limpio, y por otra parte si vuestros cabellos cayesen en dos trenzas sobre la frente en vez de llevarlos tan enmarañados y revueltos, no pareceriais un hijo del campo. Ya hace dos días que no habeis querido dejaros peinar, pero hoy no os valdrán las excusas.

— No... no quiero, dijo el niño pateando con impaciencia febril; déjame...

— ¡Oh! no penseis que me haceis miedo, respondió jovialmente Septimina; yo tambien soy terca, y me obedecereis. Acercad el taburete á la luz; traigo en este cofrecillo todo lo necesario para peinaros.

— Septimina, déjame... te lo ruego.

Pero la jóven acercó á la ventana el taburete del rebelde, y con

la autoridad de una *hermana mayor*, le obligó á dejarse peinar el desordenado cabello. Mientras le prodigaba estos cuidados con tanto afecto como buen deseo, Septimina, que estaba en pié detrás, le decía:

— Os pregunto si no estais así cien veces mas bello.

— ¡Qué me importa! Me fastidio tanto en este convento... No poder salir jamás de aquí... Dios mio... ¿qué he hecho para que sea tan desgraciado?

— ¡Ah! ¿qué habeis hecho?... Sois hijo del rey.

El niño no respondió, se tapó el rostro con las manos y prorumpió otra vez en amargo llanto diciendo con voz ahogada:

— ¡Padre mio! ¡padre mio!

— ¡Oh! si principiáis á llorar y especialmente á hablar de vuestro padre, me hareis llorar también, porque si os reprendo por vuestra incuria, me inspiran compasion... mucha compasion vuestros pesares. Venia hoy para daros tal vez una buena esperanza.

— ¿Qué tienes que decirme, Septimina?

Cuando la jóven terminó el peinado del niño, se sentó á su lado, tomó la rueca y, empezando á hilar, le dijo con ademan grave y misterioso:

— ¿Me prometeis ser discreto?

— ¿A quién quieres que hable? Tengo aversion á todos los que viven en el convento.

— Excepto á mí... ¿no es verdad?

— Si, Septimina; tú eres la única que me inspiras un poco de confianza.

— ¿Qué desconfianza puede inspiraros una pobre esclava como yo? ¿No vivo en la servidumbre lo mismo que mi madre, esposa del portero exterior del convento? Cuando os trajeron aquí hace diez y ocho meses, apenas tenia catorce años y era una niña aun; me pusieron á vuestro lado para distraeros participando de vuestros juegos, y desde entonces hemos crecido en edad juntos y os habeis acostumbrado á verme y hablarme. ¿No es natural, pues, que me manifesteis alguna confianza?

— Decias que venias hoy para darme una buena esperanza. ¿Qué esperanza puedes darme, pobre Septimina?

— ¿Me prometeis antes ser discreto... muy discreto?

— Te lo prometo.

— Prometedme también que no volvereis á llorar... porque es

preciso que os hable del rey, vuestro padre...

—No lloraré mas, Septimina.

—Hace diez y ocho meses que el rey Thierry, vuestro padre, murió en su dominio de Compiègne, y el alcalde de palacio, ese pícaro Cárlos Martel, os hizo conducir aquí preso...

—Y sin embargo mi padre me decía: «Chilperico, serás rey como yo, tendrás perros y falcones para cazar, hermosos caballos, carrozas para pasearte y esclavos para servirte.» Y aquí no tengo nada de eso. Dios mio ¡qué desgraciado soy!

—¿Vais á volver á llorar á pesar de vuestras promesas?

—No, Septimina... no lloro.

—Ese pícaro Cárlos Martel os envió á este convento para reinar á sus anchas como hacia, segun cuentan, en vida de vuestro padre.

—Y sin embargo hay en Galia bastantes perros, falcones, caballos y esclavos para contentar á Cárlos y á mí.

—Si, si el reinar consiste tan solo en tener esas cosas, pero yo soy una pobre esclava que ignora lo que es reinar, y lo único que sé es que vuestro padre tenía amigos que son los enemigos de Cárlos Martel y que desearian veros en libertad.

—Y yo tambien, Septimina, quisiera salir de aquí.

La jóven se paró de hilar, y despues de vacilar un momento, dijo al príncipe con voz mas baja aun y mirando en torno suyo como si temiera que la escuchasen:

—¿Quereis salir de este convento? Eso depende de vos.

—¿De mí! exclamó Chilperico. ¿Cómo he de hacer..?

—No alceis tanto la voz, dijo Septimina con inquietud lanzando hácia la puerta una mirada recelosa. Siempre estoy temiendo que alguno nos espie desde allí.

Y se levantó, fué de puntillas á escuchar en la puerta y á mirar por la cerradura, y tranquilizada con su examen, volvió á ocupar su asiento, se puso otra vez á hilar, y dijo á Chilperico:

—¿Podeis pasearos durante el dia por el jardin?

—Si, pero el jardin está cercado de altas paredes, y siempre me sigue un monje; por eso prefiero quedarme en este cuarto.

—Por la noche os encierran aquí...

—Y un monje duerme detrás de la puerta...

—Mirad por esa ventana.

—¿Para qué?

—Para ver si no os parece muy terrible la altura que hay desde ella hasta el patio.

Chilperico miró por la ventana, y respondió moviendo la cabeza:

— Está muy alta, Septimina.

— ¿Muy alta? ¡Si apenas hay ocho ó diez piés! Suponed una cuerda llena de nudos gruesos atada á esa barra de hierro... ¿Tendriais valor para bajar de noche á lo largo de la cuerda?

— Yo, Septimina... ¡Cielos!

— ¿Tendriais miedo?

— ¡Ah!

— Sois poco valiente... Yo soy mujer y no tendria miedo.

El niño volvió á mirar por la ventana y añadió reflexionando:

— Tienes razon, es menos elevado de lo que me habia parecido en un principio. ¿Pero cómo nos proporcionaremos esa cuerda? Y cuando llegue abajo por la noche ¿qué haré? ¿á donde iré?

— Encontrareis debajo de la ventana á mi padre que os cubrirá con la manta de capucha que llevo habitualmente. Yo no soy mucho mas alta que vos, y envolviéndoos en la manta y tapándoos el rostro con la capucha, mi padre podria en medio de la noche hacer ver que soy yo, cruzar el interior del convento y llegar á la porteria. Amigos de vuestro padre os esperarían allí con caballos, partiriáis pronto, tendriais toda la noche para alejaros, y cuando al dia siguiente reparasen en vuestra fuga, seria demasiado tarde para perseguiros. Responded ahora: ¿tendreis valor para bajar por esa ventana y recobrar la libertad?

— Septimina, bien quisiera, pero...

— Pero teneis miedo. ¡Qué valiente!

— ¿Y quien me daría esa cuerda?

— Yo. Responded: ¿estais decidido? Es preciso daros prisa; los amigos de vuestro padre están en las cercanias, y vendrán durante dos noches á esperaros con los caballos cerca de las tapias del convento.

— Septimina, tendré valor para bajar.

— Oid, Chilperico, dijo la jóven con voz triste y conmovida, mi madre, mi padre y yo nos esponemos á castigos horribles... á la muerte tal vez favoreciendo vuestra fuga, pero no nos guia otro interes que la compasion que nos inspirais. Cuando han propuesto á mi padre que favoreciese vuestra evasion le han ofrecido dinero, pero se ha negado diciendo: «No quiero mas recompensa que la satisfacción de contribuir á la libertad del pobre niño que no hace mas

« que llorar desde que está aquí y se moriría al fin de pena. »

— No temas; cuando sea rey como mi padre te haré ricos regalos.

— No necesito vuestros regalos. Sois un niño digno de compasion, y eso es lo único que nos interesa, porque, como decia mi padre que sabe muchas cosas aunque es esclavo: « No me interesa ese niño « porque es hijo de rey sino porque da lástima el verle. » Pensadlo bien, Chilperico, la menor indiscrecion nos acarrearía terribles desgracias.

— Septimina, te prometo que no diré nada á nadie, que tendré valor y que esta misma noche trataré de huir para reunirme con los amigos de mi padre. ¡ Qué dicha ! añadió el niño palmoteando ; qué dicha ! Mañana seré libre y rey como mi padre...

— Esperad para alegraros á que esteis lejos de aquí. Ahora, escuchadme con atencion : os encierran todos los dias despues del toque de oraciones, y á esa hora la noche es ya oscura, pero tendreis que esperar cerca de media hora para atar la cuerda y bajar. Ya os he dicho que mi padre os esperará debajo de la ventana. ¿ Os decidís para esta noche ?

— Si.

— Pensadlo bien antes.

— Si, estoy resuelto. ¿ Donde está la cuerda ?

— Tomad, respondió Septimina sacando de entre el cáñamo que llevaba en el delantal una cuerda arrollada, delgada pero muy fuerte y llena de gruesos nudos.

— ¡ Qué dicha ! exclamó el príncipe.

— ¡ Silencio ! dijo la esclava poniéndose graciosamente el dedo en los labios.

— ¿ Llegará al suelo esta cuerda ?

— Si. Mirad, en un extremo hay un garfio de hierro, lo sujetareis en la barra de la ventana, y despues bajareis asiéndoos á los nudos hasta el suelo. Asi no debéis temer haceros daño.

— ¡ Oh ! ya no tengo miedo.

— Bien, ¡ Valor, Chilperico !

— ¿ Donde ocultaré la cuerda ?

— Debajo de los colchones de vuestro lecho.

— Tienes razon... Dámela pronto.

Y el príncipe escondió la cuerda con ayuda de Septimina en medio del lecho entre dos colchones.

Apenas acababan de arreglar otra vez el lecho cuando se oyó á lo

lejos el sonido de los clarines. Septimina y Chilperico se miraron un momento con sorpresa, pero la jóven dijo vivamente volviéndose á sentar en su taburete y cogiendo la rueca:

—Alguna cosa extraordinaria pasa fuera del convento, y tal vez van á venir aqui. Coged los dados, y poneos á jugar pronto... pronto.

Chilperico obedeció maquinalmente á la esclava, se sentó en el suelo y se puso á jugar mientras Septimina continuaba hilando cerca de la ventana. Pocos momentos despues se abrió la puerta del aposento, y entró el padre Clemente, abad del monasterio que dijo á Septimina:

—Déjanos solos.

Septimina se dió prisa á retirarse, pero creyendo aprovechar un momento en que el monje no la viera, se puso el dedo en los labios como encargando por última vez la discrecion á Chilperico. El abad se volvió entonces bruscamente, y la esclava solo tuvo tiempo para llevarse la mano al cabello y disimular la significacion del primer gesto; temió la jóven sin embargo haber despertado las sospechas del padre Clemente que la siguió con mirada penetrante, como lo advirtió cuando, al llegar al umbral de la puerta y volviéndose por última vez para saludar al abad, Septimina encontró los ojos del monje clavados en ella.

—¡Dios nos salve! dijo la jóven llena de angustia mortal al salir del aposento. Tiemblo por Chilperico y por nosotros.

Quando el príncipe vió al abad la palidez de sus mejillas se trocó en vivo carmin, y no apartó los ojos del lecho donde estaba oculta la cuerda.

CAPITULO II.

Exito que tuvo la empresa de Chilperico y Septimina.—Bertoaldo, capitán aventurero.—Carlos Martel
—Donacion de la abadía de Meriadek.

—Carlos Martel entró en el convento de San Saturnino, escoltado únicamente por un centenar de guerreros, pero debía reunirse muy pronto con un destacamento de su ejército que hacia alto á corta distancia del monasterio. El alcalde de palacio y uno de los gefes de la escolta acababan de ser introducidos en el aposento del padre Clemente mientras este se dirigia al del príncipe. Carlos Martel estaba entonces en todo el vigor de la edad, y exageraba con su lenguaje y sus arreos la rudeza de la raza germánica. Su barba y su cabello de un rubio claro, incultos é erizados, rodeaban su rostro rubicundo en que se revelaba una rara energia unida á una bondad á veces jovial y burlona, y su mirada audaz espresaba una inteligencia superior. Llevaba como el último de sus soldados una corta túnica de piel de cabra sobre su oxidada armadura; sus botines de grueso cuero estaban armados de espuelas de hierro, y de su tahalí de búfalo pendía una larga y ancha espada de *Burdeos*, que era entonces una ciudad célebre por la fabricacion de sus armas.

El guerrero que acompañaba á Carlos Martel era un jóven de unos veinte y cinco años, alto, airoso y robusto; llevaba con gracioso y marcial continente su brillante armadura de acero, medio oculta por un largo alquicel moruno, y su magnífico alfange con vaina y empuñadura de oro macizo, adornado de arabescos de coral y de diamantes y de origen árabe. Era imposible imaginar una figura de belleza mas completa que la de aquel guerrero: habia puesto su casco sobre una mesa; su cabellera negra y rizada, separada en medio de la frente, surcada por una profunda cicatriz, caia por ambos lados de su rostro varonil sombreado por una naciente barba de color mas clara que el cabello; sus ojos de color azul de mar, y su mirada por lo comun dulce y altiva, parecian sin embargo espresar á las veces el dominio de un pesar ó de un remordimiento oculto... Un estremecimiento nervioso fruncia entonces sus cejas y sus facciones presentaban durante algunos momentos una espresion sombría, pero muy pronto recobraban su dulzura habitual, lo cual era debido á la movi-

lidad de sus impresiones, al ardor de su sangre y á la impetuosidad de su carácter. Cárlos Martel permaneció un rato silencioso contemplando á su compañero con una especie de satisfaccion, y le dijo por fin con su voz áspera y fuerte:

— Bertoaldo ¿qué te parecen esta abadía y los campos que acabamos de recorrer?

— La abadía me parece vasta y fértiles los campos. Pero ¿porqué me haces esa pregunta?

— Porque quisiera hacerte un regalo que fuera de tu gusto.

El jóven miró al gefe de los francos con profunda sorpresa, y Cárlos Martel añadió:

— Escucha... En 732, dos años hará luego, cuando esos paganos de árabes establecidos en la Galia penetraron hasta Tours y Blois, marchaba contra ellos, y un dia se presentó en mi campamento un guerrero de pocos años seguido de cincuenta valientes que valian por mil...

— Aquel guerrero era yo...

— Eras tú... hijo de un señor franco que murió, segun me dijiste, desposeido de sus beneficios como tantos otros. Me importaba poco averiguar la nobleza de tu cuna, porque cuando la hoja es de buen temple me cuido muy poco de saber el nombre del armero, continuó Cárlos sin reparar en el ligero fruncir de las cejas de Bertoaldo, cuya frente se tiñó de carmin y cuya mirada se inclinó con cierta confusion involuntaria. Buscabas fortuna, habias formado tu banda con hombres resueltos y venias á ofrecermé tu espada y tus servicios. El dia siguiente tú y tus hombres peleasteis con tal ardor en las llanuras de Poitiers que perdiste las tres cuartas partes de tu gente, y tú mataste con tu espada á Abd-el-Raman, el general de aquellos paganos, y recibiste dos heridas libertándome de un grupo de ginetes árabes que á no ser por tí me hubieran muerto.

— Cumpí con mi deber de soldado al defender á mi gefe.

— Y mi deber de gefe era recompensar tu valor de soldado. Jamás olvidaré que tu arrojó me salvó la vida, y mis hijos no lo olvidarán tampoco porque leerán en algunas notas que he mandado escribir sobre mis guerras: *Cárlos debió la vida á Bertoaldo en la batalla de Poitiers; acuérdense mis hijos al ver la cicatriz que lleva en la frente este valiente y generoso guerrero.*

— Cárlos, tus alabanzas me sonrojan.

— Me complazco en ensalzarte porque te amo sinceramente; des-

de la batalla de Poitiers te he mirado como uno de mis mejores compañeros de armas, aunque algunas veces eres tenaz y caprichoso.

— ¿Porqué?

— Sí; cuando se trataba de pelear en el norte ó en el este contra los frisones y los sajones y en el mediodía contra los árabes, nadie manifestaba mas entusiasmo é impaciencia que tú; pero cuando dos ó tres veces ha sido forzoso comprimir algunas rebeliones de gente de raza gala, peleabas con tibieza y casi por fuerza...

— Carlos, cada cual tiene su gusto, respondió Bertoaldo sonriendo con esfuerzo y manifestando que ocultaba un pensamiento amargo. Sucede con frecuencia con los guerreros como con las mujeres; unas prefieren los rubios, otras los morenos, estas los altos y aquellas los bajos... Del mismo modo, prefiero á todas las guerras la que hacemos á los sajones y á los árabes.

— Pues, yo no soy tan escrupuloso en mis gustos, y lo mismo manejo la espada contra un enemigo como contra otro; el caso es pelear y dar mandobles. Y por vida mia que he peleado con tanto afán porque creí que la victoria secundaria mis intentos...

— ¿No los secunda acaso?

— No; creía que los árabes pasarían á toda prisa los Pirineos desde la batalla de Poitiers, y me he equivocado porque se sostienen sin cejar en el Languedoc, y á pesar del feliz éxito de nuestra última batalla, aun no hemos podido apoderarnos de Narbona, plaza de refugio de esos perros paganos. Me es preciso volver al norte de la Galia, donde los sajones nos amenazan otra vez, y siento dejar á Narbona en poder de los sarracenos; pero al menos hemos talado las cercanías de esa populosa ciudad, haciendo un inmenso botín, llevándonos numerosos esclavos y pasando á sangre y fuego al retirarnos el pais de Nimes, Tolosa y Beziers. Ha sido una buena leccion para los pueblos que tomaron partido por los árabes, y sabrán lo que han ganado al renegar de su Dios y de su patria. Por otra parte, me causan poca inquietud esos paganos aunque continuen dueños de Narbona, pues unos viajeros llegados de España me han dicho que acaba de estallar la guerra civil entre los dos califas de Granada y de Córdoba: ocupados en pelear entre sí, no enviarán nuevas tropas á la Galia y esos malditos sarracenos no se atreverán á salir del Languedoc de donde los arrojaré mas adelante. Tranquilo en el mediodía, vuelvo al norte, pero deseo antes premiar á su gusto y al mio á muchos esforzados guerreros que, como tú, me han servido con

valor, y darles ricas abadías, opulentos obispados ó estensos y fértiles feudos.

— ¿Quieres acaso hacerme abad ú obispo?

— ¿Porqué no?

— No te entiendo.

— Escucha. Ya has visto que solo he podido sostener mis grandes y continuas guerras del norte y del mediodia reclutando sin cesar tribus germánicas de allende el Rbin para reforzar mis ejércitos. Los descendientes de los señores feudatarios creados por Clodoveo y sus hijos se han enervado y han llegado á ser tan holgazanes como sus reyes; todo su conato se dirige á eximirse de sus obligaciones de llevar sus colonos á la guerra bajo el pretexto de que faltarian brazos para cultivar las tierras, y á escepcion de algunos obispos batalladores que han trocado la mitra por el casco y han acudido al frente de sus vasallos, el brazo eclesiástico no ha querido ni quiere contribuir á los gastos de la guerra. ¡Por vida de Cárlos Martel que esto no puede seguir así! Si mis valientes guerreros venidos de Germania y los capitanes aventureros como tú me han servido lealmente, quiero premiarles castigando á los cobardes y holgazanes. Quiero distribuir á mis hombres nuevamente llegados de Germania una buena parte de los bienes del clero y de los leudos... De este modo estableceré á mis gefes y á sus soldados, y de este modo me crearé una fuerte reserva aguerrida, pronta siempre á marchar al primer llamamiento. Así pues, para dar principio á mi proyecto, te nombro conde de este pais y te hago donacion de esta abadía (1) con sus tierras, edificios y esclavos con la obligacion de pagar una cantidad á mi fisco y de acudir con tus hombres cuando te llame para hacer la guerra.

— ¡Conde yo de este pais... y poseedor de tantos bienes! exclamó el jóven con alegría y dando apenas crédito á una donacion tan magnífica. Los bienes de esta abadía son inmensos...

— Mejor para tí, Bertoldo. Tú y tus hombres os estableceréis aqui porque esta abadía puede ser por su posicion un punto militar muy importante. Concederé al abad de este convento otras tierras porque me es adicto. Pero otro objeto me induce al hacerte este don y que prueba que me inspiras tanto cariño como confianza... Te ha-

(1) «Asi fué como Cárlos Martel despojó las iglesias del Señor otorgando á los capitanes aventureros y á sus soldados las santas abadías y los santos obispados con grande escándalo y dolor de la cristiandad.» (Boll., lib. V, p. 129).

go el don, y en esto se funda mi cariño, y mi confianza se funda en que pienso encargarte un deber tan importante...

— ¿Porqué te interrumpes, Cárlos? dijo Bertoaldo al ver que el gefe de los francos permanecía pensativo en vez de continuar.

— Escucha, respondió Cárlos despues de algunos momentos de silencio: hace cerca de siglo y medio que los alcaldes de palacio somos de hecho los reyes de los francos, y en cada asamblea de Mayo sacamos esos simulacros reales que reciben por mera fórmula el homenaje de los duques, condes y obispos de toda la Galia. Terminada la ceremonia, los reyes vuelven á su residencia de Compiègne, Kersy-sur-Oise ó Braine hasta el año siguiente, pero el verdadero rey, el único, es el que gobierna y combate. El último de ellos, Thierry IV, que murió hace diez y ocho meses, dejó un hijo, un niño de nueve años... que envié aqui...

— ¿Aqui? ¿Con qué objeto?

— Para tenerlo mejor custodiado. Los reyes holgozanes, como los llamamos, no son mas que un ídolo, una sombra que se ha respetado hasta ahora para honrar la memoria del glorioso Clodoveo, pero los alcaldes de palacio han ido subiendo lentamente las gradas del trono hasta ocupar el asiento y quitar de él á sus antiguos poseedores. Asi pues, en la última asamblea de Mayo creí inútil la presencia del fantasma de rey, y la mayor parte de los señores no le echaron de menos. Sin embargo, tal vez quieran algun año ver en la ceremonia al descendiente de Clodoveo segun la antigua costumbre, lo cual me importa poco con tal que yo reine, y para ese caso reservo el niño que tengo aqui. Es un holgazan, un ser degenerado como su padre, y hará su papel bajo el nombre de Chilperico III.

— ¡Un rey de doce años!

— ¿Te parece poco respetable? Pues casi ha sucedido lo mismo con el cargo de alcalde de palacio desde que es hereditario. ¿No he tenido un hermano de once años de edad alcalde de palacio de un rey de diez?

— Te chanceas, Cárlos.

— Hablo con formalidad. Y por cierto que fué una época nada divertida para mí. Mi madrastra *Plectruda* me encerró en un calabozo despues de la muerte de mi padre Pepino de Heristal, y como para aquella mujer no era yo mas que un bastardo, bueno tan solo para el hábito ó para el cadalso, logró que mi hermano Teobaldo obtuviese el cargo de alcalde de palacio, hereditario en nuestra familia,

de modo que el alcalde de palacio tenia once años y diez el rey Dagoberto III (1) que fué mas adelante abuelo de ese Chilperico que tengo preso en este monasterio. Tal rey y tal alcalde de palacio solo podian usurparse mutuamente los juguetes, y la ambiciosa Plectruda estaba segura de reinar en vez de los niños mientras jugaban á los dados ó á la peonza. Pero tanta audacia y necedad sublevó á los señores francos, y Plectruda cayó del poder con su hijo al cabo de algunos años en tanto que yo, Cárlos el maldito, el bastardo, salia de mi prision y llegaba á ser alcalde del palacio de Dagoberto III. Desde entonces he hecho tanto ruido en el mundo martillando en todas partes á sajones, frisonos y sarracenos, que me ha quedado el nombre de *Martillo* (Martel). Dagoberto dejó un hijo llamado Thierry IV que murió hace diez y ocho meses y que era padre del niño Chilperico que guardo en este monasterio. Al pasar por esta comarca he querido visitarle y saber como soporta el cautiverio. Escucha ahora... Te he hablado de una prueba de confianza que queria darte, y es que te encargues de la custodia de ese niño, último vástago de Clodoveo.

— ¡Yo... un oscuro soldado, exclamó Bertoaldo, custodiar el último vástago de tantos reyes!

— Si; de este modo acaba la estirpe de Clodoveo, tan valiente en otro tiempo y tan bastardeada desde que los alcaldes de palacio reinan por ellos. ¿Podia suceder otra cosa? Ellos son padres á los quince años, viejos á los treinta y están enervados por la ociosidad y los desórdenes precoces, en tanto que los alcaldes de palacio somos rudos hombres de guerra, viajando continuamente del norte al medio-dia y de oriente á poniente, siempre á caballo y batallando siempre...

— ¿Y crees, Cárlos, que la estirpe de los alcaldes de palacio, que ha llegado al apogeo de la gloria y del poder, no se bastardeará como la de Clodoveo, cuyo último vástago quieres confiar á mi custodia?

— ¿Nos hemos bastardeado acaso los hijos de Pepino el Anciano, alcaldes de palacio, hereditarios desde antes del reinado de Brunegilda?

— No, Cárlos, pero ¿quién puede hablar con certeza del porvenir?

Acababa apenas Bertoaldo de pronunciar estas palabras cuando

(1) *Hist. rev. franc.* cap. XII.

entró precipitadamente en la sala el padre Clemente, abad del monasterio, y dijo á Carlos:

— Señor, acabó de descubrir un horrible trama, y el príncipe se ha negado con obstinacion á venir aquí.

— ¡Una trama? ¡Tambien se intriga en tu abadía?

— Gracias al cielo, señor, mis hermanos y yo somos estraños á tan indigna traicion: los culpables son miserables esclavos que recibirán el castigo que merecen.

— Esplicáte luego.

— En primer lugar, señor, debo deciros que cuando llegó el príncipe al convento, el conde Hugo que le acompañó me encargó que pusiera al lado del niño una esclava que fuera linda y graciosa...

— Para divertir al niño... Comprendo la idea del conde; es digna de ese libertino que no ha cumplido mis órdenes. ¿Y no te avergüenzas de haber secundado un proyecto tan infame?

— Señor, los dos niños son puros como ángeles...

— Mas vale que sea así. Pero esa trama...

— Habia puesto una esclava al lado del príncipe, y esa jóven, inocente criatura hasta el crimen de hoy, se compadeció, lo mismo que sus padres, de la desgraciada suerte de Chilperico. Animados por su corazon compasivo, prestaron oido á proposiciones detestables, y esta misma noche el niño debia evadirse de su aposento por medio de esta cuerda (y el monje la sacó de entre su hábito) y con el ausilio del esclavo portero su cómplice, para reunirse despues con los mesnaderos del difunto rey Thierry que le esperan ocultos en las cercanias del convento.

— ¡Ah! ¿es decir qué se agita el partido real? Me creían ocupado para mucho en la guerra contra los árabes y querian restablecer la monarquía en mi ausencia. ¡Insensatos! Carlos parte pronto, obra pronto y vuelve pronto. Continua.

— Cuando entré ahora en el aposento del príncipe se despertaron mis sospechas; me llamaron la atencion su turbacion y su rumor; no apartaba los ojos del lecho, y habiendo acudido á mi mente una idea súbita, corrí al lecho, levanté el colchon y hallé esta cuerda. Entonces hice al hijo apremiantes preguntas, y me lo confesó todo...

El gefe de los francos exclamó afectando mas enojo del que sentia:

— ¡Traicion! ¡Hé aquí las consecuencias de haber encargado ese

niño á la custodia de monjes incapaces de defender á sus presos... de cobardes!

— Señor...

— ¿Te ofenden mis palabras? Responde, pues: ¿cuántos hombres ha enviado la abadía al ejército?

— Señor, nuestros colonos y esclavos apenas bastan para cultivar nuestras tierras y no pudimos enviar á nadie al ejército.

— ¿Cuanto habeis pagado al fisco por gastos de guerra?

— Señor, empleamos nuestras rentas en limosnas. Díganlo sino los habitantes de todas las comarcas vecinas que nunca dejan de volver consolados cuando llaman á las puertas del convento.

— No lo dudo, dijo Cárlos sin saber que responder, pero la guerra es antes que todo porque la hacemos contra los enemigos de nuestra religion.

— ¡Pero hay tantos pobres, señor..!

— ¿Qué monarca concedió sus tierras á esta abadía?

— La liberidad del piadoso rey Dagoberto; nuestra carta de donacion es del año 640 de nuestro Señor Jesucristo.

— ¿Y crees que los reyes hacian esas donaciones con el único aunque laudable fin de hacer limosnas, sin cooperar jamás á los gastos de la guerra en hombres y dinero?

— Señor...

— ¡Cómo! Se os confia un preso importante y no podeis custodiarlo con seguridad.

— Señor, somos inocentes é incapaces de...

— Si, incapaces... dices bien; por esta razon quiero establecer aquí hombres de guerra, capaces de custodiar un preso y en caso necesario de defender la abadía si los partidarios del rey tratasen de apoderarse de Chilperico.

Reinó un momento de silencio y Cárlos añadió dirigiéndose á Bertoaldo:

— Tú y tus hombres tomareis posesion de esta abadía.

El abad alzó las manos al cielo en ademan de mudo desconuelo, en tanto que Bertoaldo, que hasta entonces habia estado pensativo, decia al gefe de los francos:

— Cárlos, he reflexionado detenidamente y veo que el empleo del carcelero me repugna. Aunque motivos particulares me impelen á ser con gusto el custodio del último vástago de Clodoveo... no acepto.

— Tu negativa me aflige. ¿No has oído al abad? ¿no ves qué es preciso aquí un custodio vigilante? ¿no te ha dicho qué esta abadía ha de llegar á ser por su posición un punto militar de importancia?

— Carlos, otros guerreros de tu ejército custodiarán mejor que yo á ese niño y defenderán también este punto. Te repito que el oficio de carcelero me repugna.

El gefe de los francos permaneció algunos momentos silencioso y pensativo, y preguntó despues al monje:

— ¿Cuántas tierras, colonos y esclavos tienes aquí?

— Señor, poseemos cinco mil ochocientas fanegas de tierra, setecientos colonos y mil novecientos esclavos.

— ¿Oyes, Bertoaldo? Mira lo que rechazas, y además te hubiera nombrado conde en este país...

— No podría ser carcelero. Reserva para otros el favor que querías concederme: agradezco tu buen deseo.

— Señor, dijo el padre Clemente, sois gefe de los francos y disponéis de personas y haciendas, pero si estableceis vuestros hombres de guerra en este sitio y les dais nuestras tierras ¿qué será de nosotros?

— ¿Y qué será de mis compañeros de armas que me han servido con tanto valor mientras vosotros viviais en paz sin hacer sacrificio alguno por mi causa? ¿quién los albergará? ¿quién los vestirá? ¿He de permitir que mis valientes soldados se vean reducidos á robar ó á mendigar en los caminos?

— Señor, me habiais ofrecido vuestra protección en premio del servicio de que me encargasteis.

— Tienes razon, aunque lo has desempeñado mal.

— Quereis convertir esta abadía en punto militar. Confieso que vuestros hombres de guerra custodiarán mejor al príncipe que unos pobres y débiles monjes, pero ya que disponéis de esta abadía, dignaos, ilustre señor, vos que todo lo podeis, darnos otra.

— ¿Cuál?

— Existe cerca de Nantes la de Meriadek. Uno de nuestros hermanos que murió hace poco, vivió allí algunos años como mayordomo, y hasta nos ha dejado un Políptico que contiene una descripción exacta de los bienes y personas de la abadía. Se hallaba entonces bajo la regla de San Benito. Nos han dicho que posteriormente se ha convertido en comunidad de mujeres, pero no tenemos sobre esto ninguna certeza...

— ¿Y esa abadía, dijo Cárlos mirando fijamente al monje, te con-
vendra en cambio de la que posees?

— Si, señor.

— ¿Y qué será de los poseedores actuales de la abadía que solicitas?

— Cuando no les conocéis, es señal de que os han prestado me-
nos servicio, que nosotros.

— Tienes razón. ¿Es rica esa abadía?

— Bastará para indemnizarnos de la que perdemos.

— No puedes engañarme si tienes la exacta descripción de sus
bienes de que me hablabas hace poco.

— Si, señor, respondió el abad algo turbado y sacando varios
pergaminos que formaban el Político. Vereis por estos documentos
que los bienes y rentas de la abadía de Meriadek valen al menos
tanto como los que disfrutamos aquí, y que hasta podríamos pagar á
vuestro fisco doscientos sueldos de oro anuales.

— Me gusta tu generosidad, dijo Cárlos hojeando los documentos
del Político que designaban perfectamente la estension y los límites
de la donacion. ¿Tienes aquí pergamino para escribir?

— Si, señor, respondió el monje apresurándose á sacar de un co-
frecillo lo que Cárlos le pedía. Aquí teneis, señor, un pergamino.
Dignaos dictar... á no ser que prefirais la fórmula ordinaria. La sé,
y voy á escribirla al instante.

El abad se sentó y tomó la pluma, pero Cárlos le invitó con un
ademan á que se levantase y dijo sentándose delante de la mesa:

— Advertid, abad, que sé escribir y que soy muy aficionado á
despachar mis negocios sin auxilio de secretario.

Cárlos consultó los pergaminos que acababa de entregarle el abad
y principió á escribir lanzando de vez en cuando una mirada á Ber-
toaldo que permanecía pensativo y extraño á lo que pasaba en torno
suyo. El monje, por el contrario, seguía con avidez la mano de
Cárlos, y se felicitaba de haber tenido la feliz idea de proponer el
cambio de su monasterio por el de Meriadek. Asi pues, se apresuró
á obedecer al alcalde de palacio cuando le dijo:

— Necesito cera para poner mi sello en esta donacion.

— Cárlos se quitó del dedo un ancho anillo de oro, lo aplicó so-
bre la cera derretida y añadió:

— Hé aquí la donacion en regla.

El abad fué á tomarla, pero Cárlos se volvió hácia Bertoldo y le
dijo:

—Bertoaldo, por esta donacion te hago conde de Nantes y concedo á tí y á tus hombres la abadia de Meriadek.

El abad enmudeció de asombro, y el jóven exclamó lleno de júbilo y con acento de profunda gratitud:

—Cárlos, tu generosidad es incansable.

—Si, tan incansable como tu brazo en las batallas. Y ahora ¡á caballo... á caballo, mi noble conde! Si la abadia de Meriadek tiene á su cabeza uno de esos prelados guerreros que empuñan la espada tan bien como el báculo y se niega á obedecer mis órdenes, acero tienes tú y tus hombres lanzas; y si...

Cárlos no acabó porque en aquel momento se oyeron pasos precipitados detrás de la puerta que se abrió bruscamente, y entró Septimina pálida, aterrada, con el rostro bañado en lágrimas y sueltos los cabellos.

—¡Perdon! ¡perdon! exclamó arrodillándose á los piés del abad. Casi al mismo tiempo llegaron corriendo dos esclavos armados de látigos y cuerdas, pero se detuvieron respetuosamente en la puerta.

Septimina era tan hermosa, y estaba tan encantadora en su actitud humilde y suplicante, que Bertoaldo quedó al verla admirado y sintió al punto por ella un interés inexplicable. El mismo Cárlos no pudo menos de exclamar:

—¡A fé de Cárlos Martel que la esclava es preciosa!

—¿Qué quieres? ¿cómo te atreves á presentarte aquí? dijo el padre Clemente con severidad; y volviéndose hácia los dos esclavos, inmóviles en el umbral de la puerta, añadió: —¿Porqué no la habeis castigado aun?

—Señor, ibamos á desnudarla para atarla en el caballete cuando huyó.

—¡Padre... padre! exclamó Septimina con voz sofocada por los sollozos y tendiendo hácia el abad sus manos suplicantes, mandad que me maten, pero no permitais que me desnuden.

—Señor, dijo á Cárlos el padre Clemente, esta es la esclava que protegía la evasion del príncipe. La miserable ignora las desgracias que iba á ocasionar su imprudencia.

—Pues por la misma razon que lo ignora es mas digna de lástima que de castigo, dijo Bertoaldo.

—Será castigada sin tardanza, exclamó el abad que se dirigió á los esclavos con imperio añadiendo: ¡Sacadla de mi presencia!

Los esclavos entraron en el aposento, pero Bertoaldo les detuvo con un ademán amenazador, se acercó á Septimina, y le dijo ofreciéndole la mano:

—No temas, pobre niña; Cárlos, el gefe de los francos, no permitirá que te castiguen.

La esclava volvió su rostro encantador hácia Bertoaldo, pero sin atreverse á levantarse, y le admiró su generosidad tanto como su arrogante postura. En aquel momento se encontraron sus miradas, y Bertoaldo sintió una emocion profunda mientras Cárlos decía á Septimina:

—Te perdono, pero dime: ¿porqué querias favorecer la fuga del príncipe?

—¡Ah! señor... ¡es tan desgraciado! Mi padre y mi madre se compadecian tambien de él y éste es todo nuestro crimen. Señor, os juro por la salvacion de mi alma...

Los sollozos ahogaron la voz de la esclava, y solo pudo esclamar algunos momentos despues cruzando las manos:

—¡Perdon... para mi padre y para mi madre!

—No te desesperes, pobre niña; te ahoga el llanto, dijo Cárlos enternecido á pesar de su rudeza, de tanta juventud, dolor y hermosura. Prohibo que se castigue á tus padres.

—Señor... quieren venderme y separarme de ellos.

—¿Oís lo que dice? preguntó Cárlos al abad mientras Bertoaldo, sintiendo á cada instante crecer su turbacion, su admiracion y su ternura, no podia apartar sus miradas de Septimina.

—Señor, cuanto he dispuesto, respondió el abad, es por servirlos y porque creia que este delito era para vos digno del más severo castigo.

—Agradezco tu fidelidad.

—Creyendo, pues, que os servia mandé que despues de ser castigados los tres esclavos, el padre, la madre y la hija, fueran vendidos para alejarlos del convento. Casualmente ha llegado esta mañana uno de esos mercaderes de esclavos que recorren el pais y me ofreció dos carpinteros que necesitamos; yo le ofrecí en cambio esta jóven junto con sus padres, pero Mardoqueo no accedió.

—¡Mardoqueo! exclamó involuntariamente Bertoaldo cuyas facciones palidicieron y espresaron tanto temor como ansiedad: ¡ese judío aquí!

—¿Qué tienes? preguntó Cárlos al guerrero; estás tan blanco como tu capa.

Bertoaldo se esforzó en dominar la emoción que le vendía, bajó los ojos y respondió con voz alterada:

— Es tal el horror que me inspiran esos malditos judíos... que no puedo verles... ni oír tan solo su nombre sin estremecerme á pesar mio.

Y al pronunciar estas palabras, Bertoaldo tomó con presteza el casco que habia dejado sobre la mesa, y se lo puso hundiéndoselo hasta los ojos para que la visera ocultara al menos una parte de su rostro.

— Comprendo el horror que te inspiran los judíos, dijo Carlos; la misma repugnancia me inspiran las arañas, y eso que no soy una niña. Continua, abad.

— Mardoqueo consiente en comprar la esclava para quien tiene ya comprador, pero no quiere el padre ni la madre. Le he vendido por consiguiente esta jóven reservándome el derecho de castigarla antes de entregársela, y venderé los padres á otro mercader.

— Señor, dijo Septimina prorumpiendo nuevamente en llanto, dura y cruel es la esclavitud, pero parece mas suave cuando se vive al lado de los que se aman.

— La venta está ya hecha, dijo el abad; Mardoqueo me ha entregado una parte del dinero y espera aquí á la esclava.

Cuando Bertoaldo oyó decir que el judío estaba en el monasterio, volvió á estremecerse y se puso la capucha del alquicel sobre su casco, de modo que tenia oculto casi todo el rostro. Dirigióse entonces al gefe de los francos, y le dijo con voz precipitada como si tuviera prisa de salir de la abadia:

— Carlos, antes de separarme de tí, tal vez para muchos años, completa la generosidad con que me honras, devolviendo la libertad á los padres de esta pobre niña y rescatándola del judío para que no se separe de su familia. Si faltó fué porque la extravió la compasión. Vas á establecer aquí guerreros valientes, y ya no has de temer la evasión del príncipe. Perdona á estos pobres esclavos y dales la libertad.

Septimina, al oír las palabras compasivas y nobles de Bertoaldo, alzó hácia él su rostro que espresaba una gratitud inefable.

— Te concedo lo que me pides, Bertoaldo, dijo Carlos. Levántate, hija mia; esta abadia donde voy á establecer mis guerreros contendrá tres esclavos menos, pero no habré desairado á uno de mis gefes mas valientes.

— Toma, hija mía, dijo el jóven poniendo varias monedas de oro árabe en la mano de la esclava. Sé feliz con tus padres, bendice la generosidad de Cárlos, y acuérdate alguna vez de mí.

Septimina, cediendo á un impulso superior á su voluntad, tomó la mano que le tendia Bertoaldo, y sin recibir las monedas de oro que le ofrecia y que rodaron sobre el pavimento, la besó con una gratitud tan apasionada que el jóven no pudo reprimir las lágrimas. Lo vió Cárlos y dijo prorumpiendo en una carcajada:

— ¡Qué veo! ¡lloras como un niño!

Bertoaldo se aprovechó de las palabras de Cárlos para bajarse aun mas sobre el rostro la capucha del alquicel y ocultar casi enteramente sus facciones.

Cárlos le dijo entonces con tono irónico:

— Haces bien en bajarte la capucha hasta los ojos. ¿Te tapas acaso para ocultar las lágrimas?

— No te daré por mucho tiempo el espectáculo de mi debilidad, Cárlos.

— ¿Porqué?

— ¿No has dicho hace poco que partiera? Permíteme que parta al instante con mis hombres para ir á tomar posesion de la abadia de Meriadek.

— Parte, mi noble y esforzado compañero de guerra; perdono tu impaciencia.

Bertoaldo se disponia á salir del aposento, pero Cárlos le detuvo diciendo:

— Espera.

— ¿Tienes que darme alguna órden?

— No; un consejo. Te recomiendo que seas vigilante, que ejercites todos los dias á tus hombres, y que esten prontos, lo mismo que tú, á acudir á mi primer llamamiento, ó poder ir á tus órdenes á atacar y domar por fin esos malditos bretones que desde Clodoveo se resisten al poder de nuestras armas... Eres conde del pais de Nantes, cerca de las fronteras de la rebelde Armórica. Tu leal y valiente espada podrá prestarme tales servicios que yo seré el que debo darte las gracias por haberte elevado á la dignidad de conde.

Bertoaldo dobló una rodilla delante del gefe de los francos.

— ¡Adios! Tal vez nos volveremos á ver pronto. Te deseo un feliz viaje y una pingüe abadia.

Cuando Bertoaldo oyó decir á Cárlos Martel que tal vez algun dia

le daría orden de ir á combatir contra los indómitos bretones, fué tal su inquietud y su rostro se cubrió de tan vivo carmin, que á no ser porque la capucha ocultaba casi enteramente sus facciones, el gefe de los francos hubiese estrañado su emocion y le hubiese dirigido preguntas que tal vez habrían aumentado su confusion y revelado el secreto de su vida.

Bertoaldo salió del aposento con tanta ansiedad que ni siquiera dirigió una mirada á Septimina la esclava que continuaba arrodillada, en medio de las monedas de oro esparcidas en torno suyo, sin apartar los ojos de su libertador.

El capitán aventurero cruzaba por el patio de la abadia para ir á tomar el caballo cuando se encontró de pronto cara á cara de un hombrecillo de barba canosa y puntiaguda.

Era el judío Mardoqueo.

Bertoaldo se estremeció y pasó rápidamente, pero aunque habia ocultado cuanto le habia sido posible el rostro con la capucha del alquicel, sus ojos encontraron la mirada penetrante del judío que, sin espresar sorpresa, se sonrió con aire sardónico, mientras el jóven se alejaba deseando con afán verse lejos de la abadia de San Saturnino.

CAPITULO III.

La abadía de Meriadek. — Los esclavos plateros. — Una abadesa del siglo VIII. — Estado y tributos de los colonos y esclavos. — Castigos. — La carne viva y el falcon. — Corteza de Sauce.

Un taller de platería es un espectáculo agradable para el artesano, libre ó esclavo, que ha encanecido en la práctica del hermoso arte enaltecido por ELOY, el mas ilustre de los plateros galos. La mirada se detiene con placer en el horno candente, en el crisol donde hierve el metal fundido, en el yunque que parece de plata con venas de oro, colores que ha tomado de los metales preciosos que sobre él ha amoldado el martillo, en la mesa donde se ven amontonados con orden los crisoles, las limas, las azuelas, los buriles y los bruñidores de jaspe y de agata. Aqui se ven moldes de barro donde se vierte el metal fundido, allí modelos de cera copiados de los vestigios del arte antiguo encontrados entre las ruinas de la Galia romana, y hasta el estruendo de los martillos, el rechinár de las limas y el ruido anheloso del fuelle de la fragua, forman una música agradable para el artesano que ha encanecido en el oficio. Es tal la pasión al arte, que á las veces el esclavo olvida su servidumbre para no pensar mas que en las maravillas que fabrica para sus amos.

La abadía de Meriadek tenia, como los ricos conventos de la Galia, su pequeño taller de platería. Un anciano de mas de ochenta años vigilaba el trabajo de cuatro aprendices jóvenes, esclavos como él y reunidos en una sala abovedada, alumbrada por una ventana circular, guarnecida de rejas de hierro, que daba á un foso lleno de agua, pues el convento estaba construido en una especie de península cercada de inmensos estanques. La fragua estaba arrimada á una de las paredes en cuyo espesor habian abierto una especie de cueva, á donde se bajaba por varios escalones y contenia la provision de carbon necesario para los trabajos.

El anciano artífice, de rostro y manos ennegrecidas por el humo de la fragua, llevaba una chamarrá medio oculta por un ancho delantal de cuero, y cincelaba con afán un báculo abacial de plata.

— Os he prometido varias veces, dijo el anciano á los jóvenes

que trabajaban á su lado , hablaros de mi ilustre maestro , la gloria de los artifices de la Galia...

— Si , si ; del virtuoso *Eloy* , del amigo del rey Dagoberto.

— Decís muy bien , hijos míos , al llamarle virtuoso porque no ha existido en el mundo otro hombre de mas bellas prendas que él. El buen *Eloy* nació , hijos míos , en 588 en Catalecta , pueblo de las cercanías de Limoges ; sus padres eran libres pero de condicion oscura y pobre.

— Tio Bonaik , si *Eloy* nació en 588 , han pasado ya cerca de ciento cincuenta años desde su nacimiento.

— Si , hijos míos , porque luego vamos á entrar en el 738.

— Pues en ese caso , preguntó uno de los jóvenes con una sonrisa de incredulidad ¿ cómo habeis conocido al buen *Eloy* ?

— Por la sencilla razon de que voy á cumplir muy pronto los noventa y seis años de edad , y *Eloy* murió en el siglo pasado , en 659 , hace cerca de ochenta años.

— Erais muy joven , pues.

— Tenia diez y seis años y medio la última vez que le ví y lo recuerdo como si fuera ayer... Pero volviendo á la historia de *Eloy* , su padre se llamaba *Eugüero* y su madre *Terragia*. Advertiendo *Eugüero* que su hijo fabricaba desde niño figuritas ó utensilios de madera de un dibujo delicado , lo envió como aprendiz á casa de un hábil platero de Limoges , llamado *Abbon* , y que en aquella época dirigia al mismo tiempo para el fisco el taller de monedas en la ciudad de Limoges. Se perfeccionó de tal modo en el arte é hizo progresos tan rápidos y sorprendentes , que no tardó en superar á su maestro , y *Eloy* partió entonces de su pais causando pesar á todos los que le conocian porque le amaban entrañablemente por su jovialidad , su mansedumbre y su excelente corazon. Fué á buscar fortuna á Paris que era una de las residencias de los reyes francos. *Eloy* estaba recomendado por su maestro á un tal *Bobbon* , que era platero y tesoroero de Clotario II. Este elevado personaje le tomó por obrero , le distinguió al punto por su talento , y cierto dia en que Clotario II quiso que le labrasen una silla de oro macizo , enriquecido con piedras preciosas...

— ¿ Una silla de oro macizo , tio Bonaik ? ¡ Qué magnificencia !

— ¡ Ah ! hijos míos ¡ quién sabe las lágrimas que habia costado aquel oro ! Pues bien , habiéndole ocurrido al rey tener una silla de oro macizo , y como nadie se atrevia en los talleres del palacio á

emprender semejante obra, el tesorero Bobbon, que conocía la habilidad de Eloy, le propuso que se encargase de aquel trabajo. Eloy aceptó, puso manos á la obra, y con la enorme cantidad de oro que le habian dado para hacer una silla, hizo dos, y llevando una al palacio, ocultó la otra.

— ¡Ola! ¡ola! dijo riendo uno de los esclavos; ¡miren el buen Eloy, y como aventajaba á los mismos sastres en sisar el paño..!

— Dejadme acabar, hijos míos, y no forméis juicios temerarios. Admirado Clotario II de la finura y elegancia de la obra del artífice, mandó al momento que se le recompensase con liberalidad, pero Eloy enseñó entonces á Bobbon la otra silla que habia labrado diciendo: «Mirad en qué he empleado el resto del oro que me entregasteis con tanta abundancia.»

— Teniais razon, tio Bonaik, en decir que no juzgáramos con tanta precipitacion al virtuoso Eloy.

— Este rasgo de probidad, tan honroso para el pobre artesano, fué, hijos míos, el origen de su fortuna. Clotario II le nombró su platero, y Eloy hizo entonces sus mas hermosas obras: eran vasos cincelados, enriquecidos con rubies, perlas y diamantes; muebles de plata maciza de admirable dibujo, y relicarios, salvillas y cajas para Evangelios, trabajadas con calados é incrustadas de esmeraldas... Ví el caliz de oro esmaltado de mas de un pié de altura que hizo para la abadia de Chelles: era un portentó de esmalte y oro.

— Solo de oiros hablar de obras tan preciosas me deslumbro como si las estuviera viendo, tio Bonaik.

— ¡Ah! hijos míos, este aposento seria demasido angosto para contener las obras maestras de aquel artífice; gloria de la platería gala; las monedas que acuñó como monedero de Clotario II, de Dagoberto y de Clodoveo II son admirables por su relieve; son *tercios de sueldo de oro* admirablemente acabados. Finalmente, hijos míos, Eloy sobresalia en todos los géneros del arte, pero especialmente, como los plateros de Limoges, en la incrustacion de los esmaltes y en montar las piedras finas; cincelaba las alhajas tan delicadamente como los plateros de Metz, y las telas tejidas con hilos de oro, que se fabricaban bajo su direccion y segun sus dibujos, eran tan magníficas como las de Lion. Pero al mismo tiempo, hijos míos, ¡qué incansable trabajador era el virtuoso Eloy! Puesto junto á la fragua desde el amanecer, con su delantal de cuero, la lima, el buril ó el martillo en la mano, con mucha frecuencia nó salía del taller hasta

entrada la noche, ayudado especialmente por uno de sus discípulos predilectos, hijo de sajones y llamado *Thil*. Conocí á *Thil* que era ya entonces muy viejo.

—No siendo esclavo y gozando del fruto de su trabajo ¿llegó Eloy á ser muy rico, tío Bonaik?

—Si, hijos míos; muy rico, porque Dagoberto que sucedió á Clotario II, su padre, nombró también platero del palacio á Eloy, pero el buen maestro, acordándose de su dura condición de artesano y de la suerte cruel de los esclavos que habían sido sus compañeros de trabajo, gastaba cuando llegó á ser rico todas sus ganancias en rescatar esclavos, libertando á veces veinte, treinta y cincuenta en un día, y hasta iba con frecuencia á Ruen á comprar cargamentos enteros de cautivos de ambos sexos que llevaban de todos los países á aquella ciudad famosa por su mercado de carne humana. Veíanse entre aquellos desgraciados romanos, galos, ingleses y hasta moros, pero especialmente sajones. Muchas veces se agotaba el dinero que traía el buen Eloy para comprar esclavos, y entonces les daba todo lo que poseía para aliviar su miseria. — «¡Cuántas veces, me decía su predilecto discípulo *Thil*; he visto á mi maestro vender la capa, la faja y hasta el calzado por no tener un sueldo en el bolsillo!» — Pero es precio decirlo, hijos míos, que su capa, su faja y su calzado estaban bordados de oro y muchas veces enriquecidos de perlas, porque el buen Eloy, que adornaba los vestidos de los demás, se complacía también en adornar los suyos y siendo joven iba siempre magníficamente vestido.

—Era justo que se engalanase ya que engalanaba á los demás. No sucede así con nosotros que manejamos el oro y la plata y vamos cubiertos de harapos.

—Nosotros, hijos míos, somos unos pobres esclavos en tanto que Eloy tenía la dicha de ser libre, pero solo usaba de su libertad para dicha del prójimo. Tenía muchos criados que le adoraban, y he conocido á algunos de ellos que se llamaban *Boderico*, *Tituano*, *Buchin*, *Andrés*, *Martin* y *Juan*. Ya veis que al viejo Bonaik no le falta memoria, ¿pero quién no se acordará de todo lo que tiene relación con el virtuoso Eloy?

—¿Sabeis, maestro, que es un honor para nosotros, pobres esclavos plateros, el haber tenido un hombre tan virtuoso en nuestro oficio?

—Si, hijos míos, debemos enorgullecernos de este honor. Ima-

ginaos, pues, que la fama de caridad del buen Eloy era tan inmensa que se repetía su nombre en toda la Galia y en otros muchos países. Los extranjeros se complacían y honraban en visitar al platero, tan excelente artista á la par que hombre de bien. Así pues, cuando preguntaban en París por su casa, el primero que pasaba respondía: «¿Quieres saber donde vive el buen Eloy? Dirigete al parage «donde veas mayor número de pobres reunidos, y allí vive.» (1)

— ¡Buen Eloy, dijo uno de los jóvenes con los ojos humedecidos por las lágrimas, bendigo tu memoria!

— Si, hijo mio, porque era tan activo para la caridad como para el trabajo. Por la tarde á la hora de comer enviaba sus criados á diferentes puntos para reunir á los que tenían hambre y á los viajeros desgraciados. Se los presentaban y les daba de comer, hacia con ellos las veces de criado, quitando á unos sus cargas, vertiendo agua tibia en las manos de otros, poniendo vino en las copas, cortando el pan y la carne y repartiendo los manjares, y despues de haber servido á todos en particular, iba á sentarse en su silla, y únicamente entonces tomaba su parte de la comida que ofrecía á los pobres.

— ¿Qué cara tenía Eloy? Me gustaria saber, tio Bonaik, el aspecto que presentaba aquel hombre tan santo y virtuoso.

— Era alto y tenía el rostro encendido. Cuando era joven, me decia su discípulo Thil, sus negros cabellos estaban naturalmente rizados; sus manos, aunque, encallecidas por el martillo, era blancas y bien formadas; tenía cierta espresion angelical en su rostro, y su mirada franca y tranquila revelaba la inteligencia y la penetracion.

— Así me complazó en representarmelo, tio Bonaik, vestido con sus magnificos trajes que vendia para rescatar esclavos.

— Cuando llegó á la edad madura Eloy, renunció á la magnificencia y solo llevaba una tosca túnica de lana con una cuerda por cinturón. A los cuarenta años fué nombrado obispo de Noyon.

— ¡Obispo un platero!

— Si, hijos míos... Deseando prestar mayores servicios á los pobres, el buen Eloy pidió al rey el obispado de Noyon, y practicó en su nuevo estado con toda su pureza la moral de Jesucristo, sin renunciar á su arte hasta el fin de sus dias. Fundó varios monasterios donde estableció grandes talleres de plateria bajo la direccion de los dis-

(1) Véase la vida de san Eloy por Saint Ouen, en *la vida de los Santos*.

cípulos que habia formado , y uno de los mas famosos que fundó fué el de Solignac en el Limosin. Allí fué, hijos míos, donde estuve á los diez y seis años despues de pasar por muchas vicisitudes , porque yo nací en Bretaña , en ese pais libre aun y que no volveré á ver aunque esta abadia no está muy distante de la cuna de mi familia.

El anciano no habia cesado , mientras hablaba , de trabajar en el báculo abacial que cincelaba , pero al recordar su patria dejó caer sobre las rodillas el buril que tenia en la mano , y durante algunos instantes permaneció silencioso y pensativo. Volvió empero en si como sobresaltado y añadió dirigiéndose á los esclavos asombrados de su silencio :

— Hijos míos , me he dejado llevar á pesar mio por recuerdos dulces y amargos á un tiempo para mi corazon. ¿ Qué os decia ?

— Nos contabais , tio Bonaik , que os habian conducido esclavo á los diez y seis años al monasterio de Solignac , en el Limosin.

— Si , y allí fué donde por vez primera vi á aquel grande artífice. Todos los años partia de Noyon para ir á visitar el monasterio , donde habia colocado como abad á Thil el sajón su antiguo discípulo que dirigia el taller de platería. El santo Eloy era entonces muy anciano pero tenia un placer en venir al taller á vigilar y dirigir nuestro trabajo. Muchas veces nos quitaba de la mano el buril y la lima para enseñarnos como debíamos manejarlos , y lo hacia con una espresion tan cariñosa y paternal que se grangeaba todos los corazones. ¡ Ah ! qué época tan hermosa y feliz ! Los esclavos no podian salir del territorio del convento , pero eran tan felices como pueden serlo en la esclavitud , porque en cada visita interrogaba Eloy á alguno de ellos para averiguar si nos trataban bien. Todo cambió , empero , cuando murió Eloy , el padre de los pobres y los esclavos.

Pocos momentos habian trascurrido desde que el artífice terminara su relato , cuando se abrió la puerta del taller y entraron dos nuevos personajes : era el uno el señor Ricarico , mayordomo de la abadia , franco de aspecto rústico y duro , y el otro *Septimina la esclava* , cuya libertad habia pedido pocos dias antes Bertoaldo en el monasterio de San Saturnino. La pobre niña habia padecido tanto en aquel breve intervalo de tiempo que estaba casi desconocida : seguia al mayordomo silenciosa y confusa.

— Nuestra ilustre señora la abadesa Merofleda te envia esta esclava , dijo Ricarico al anciano designándole con el ademan á Septimina que , avergonzada de hallarse entre jóvenes , no se atrevia á levan-

tar los ojos. Merofleda la compró ayer al judío Mardoqueo. Es preciso que enseñes á esta jóven á limpiar las alhajas, porque nuestra abadesa la ha comprado con este objeto y me manda además que te diga que si antes de un mes no ha aprendido esta esclava su trabajo tú y ella sereis castigados.

La esclava se estremeció al oír estas palabras, y por primera vez se atrevió á levantar los ojos hacia el anciano que se acercó á ella y le dijo con bondad :

— No temas, hija mia: poniendo de tu parte deseo de aprender podremos dar gusto á la abadesa. Trabajarás aqui, á mi lado, y te prestaré toda clase de cuidados...

Las facciones de la jóven espresaron por vez primera, despues de mucho tiempo, sentimientos muy diversos del temor y el pesar. Alzó tímidamente los ojos hácia Bonaik, y admirada al ver la bondad de su rostro venerable, le dijo con acento de la mas profunda gratitud :

— ¡Gracias... gracias por haberos compadecido de mí!

Mientras los aprendices hablaban en voz baja ensalzando la hermosura de su nueva compañera de trabajo, Ricarico, que llevaba un cofrecillo debajo del brazo, dijo al anciano :

— Te traigo oro y plata para que hagas el cinturou de que te hablé ayer, y el vaso de forma griega: nuestra señora la noble Merofleda está impaciente por poseer estos dos objetos.

— Ya os dije, Ricarico, que lo que me habeis traído, ya en pedazos, ya en monedas de oro y plata, no es bastante; todo está en esa arca de hierro de la que teneis una llave. Se necesita además, para hacer uno de esos hermosos cinturones de oro, semejante á los que ví fabricar en los talleres fundados por el ilustre Eloy, unas veinte perlas y esmeraldas.

— Traigo en este saco y en este cofrecillo metal y pedreria suficiente... Toma.

Y Ricarico puso primero sobre la mesa donde trabajaba el platero, todas las monedas de plata que contenia el saco, y sacó despues del cofrecillo una crecida cantidad de monedas de oro, varias planchas del mismo metal abolladas, como si las hubiesen arrancado del objeto que adornaban, y finalmente, un relicario de oro enriquecido de diamantes.

— ¡Tendrás ahora bastante oro?

— Yo lo créo. ¡Qué piedras tan preciosas!.. Este relicario está adornado con rubies de elevado precio.

- Este relicario contiene un hueso de santo.
- ¿Qué haré del hueso cuando haya quitado los rubies y fundido el oro del relicario?
- Lo guardarás para colocarlo en otro de menos valor.
- Dejad que bese antes la reliquia.
- Tiempo tendrás de sobra para besarla. ¿Qué te parecen estas monedas?
- No me parecen algunas de muy buena ley.
- Algun colono me habrá estafado... Hoy es el día en que pagan su tributo. Se diría cuando dan su dinero que les arrancan la piel. Desgraciadamente es demasiado tarde para descubrir á los pícaros que me han dado esta mala moneda, pero ahora recuerdo que algunos colonos que están atrasados vendrán á pagar á la hora señalada para que los esclavos presenten en la abadia sus tributos en especie, y me parece que fuera conveniente que vinieras á examinar las monedas de plata. ¡Desgraciado del pícaro que entregue una moneda falsa!
- Haré lo que me mandeis... Vamos á depositar estos metales preciosos y las piedras en el arca de hierro, hasta que principie la obra.
- Esto me recuerda que ayer no visité el arca.
- Mientras el franco abria el arca y examinaba su contenido, el anciano se acercó á sus aprendices y les dijo en voz baja:
- Hijos míos, hasta ahora he tomado siempre vuestra defensa contra nuestros amos, disimulando ú ocultando vuestras faltas para evitaros castigos algunas veces merecidos...
- Es verdad, tío Bonaik.
- Pues bien, os pido en cambio que trateis como á una hermana á esta pobre niña que está allí temblando. Voy á salir con el mayordomo y estaré ocupado una hora tal vez; prometedme que sereis reservados en vuestras expresiones durante mi ausencia, y que no incomodareis á esta pobre jóven. Respetad el profundo dolor que espresa su semblante.
- No temais, tío Bonaik, no diremos palabra alguna que pueda avergonzarla.
- Eso no me basta; prometedme que hablareis como si estuvierais delante de vuestra madre.
- Lo prometemos, maestro.
- Esta conversacion tenia lugar en el extremo opuesto del taller,

mientras Ricarico contaba y examinaba los metales contenidos en el arca de hierro. El anciano volvió entonces al lado de Septimina, y le dijo en voz baja :

— Hija mia, voy á separarme de tí durante algunos momentos, pero tranquilízate porque esos muchachos te tratarán como á una hermana.

Apenas acaba Septimina de dar las gracias al anciano con una mirada llena de gratitud, cuando el mayordomo dijo cerrando el arca:

— ¿No has tenido noticias del esclavo fugitivo?

El anciano respondió eludiendo la pregunta:

— Ya veis, Ricarico, que nada falta en el arca.

— Todos los esclavos son ladrones por hábito, y si no roban, no es por falta de deseo, sino por temor al castigo. ¿No has sabido nada del esclavo fugitivo?

— Nada.

— ¿Dónde estará?

— No lo sabemos.

— Pero ¿no recordais si manifestaba deseos de evadirse? dijo Ricarico dirigiendo su mirada penetrante á los aprendices.

— Hacia mucho tiempo que manifestaba deseos de huir, respondió uno de los esclavos.

— Si, si, dijeron los demás, continuamente nos decia que queria huir.

— ¿Y porqué no me lo dijisteis? Eso indica que erais sus cómplices.

Los jóvenes callaron y permanecieron pensativos y cabizbajos.

— ¡Callais! exclamó el franco. ¿Estais reñidos con vuestras costillas?

— Ricarico, dijo el anciano, estos jóvenes charlan como urracas y no tienen mas seso que un mosquito. El fugitivo acostumbraba decir como tantos otros: «Preferiria correr por los campos y al aire libre á estar encerrado en el taller desde el amanecer hasta la noche.» He aqui lo que llaman estos muchachos sus confidencias. Perdonadlos, pues; además, nuestra señora abadesa está impaciente de ver acabados su cinturón y su vaso, y si haceis castigar mis aprendices, pasarán mas tiempo quejándose que manejando la lima y el martillo y no adelantará mucho la obra.

— Bien, se les castigará mas adelante pues no solo es forzoso que tú y tus aprendices trabajéis durante el día sino tambien por la no-

che. Durante el dia trabajareis en el oro y la plata y por la noche en el acero.

— No os entiendo...

— Esta noche te traerán armas que he enviado á comprar á Nantes.

— ¡Armas! dijo el anciano con sorpresa. ¡Armas! ¡Amenazan aun los árabes esta parte de la Galia?

— Esta noche te traerán armas; procura que las lanzas y las hachas queden bien afiladas, y no te cuides de nada mas. Pero ya llegó la hora en que los esclavos traen sus tributos, y los colonos atrasados estarán sin duda con ellos para pagar su canon en dinero. Sígueme para ver si esos pícaros presentan monedas de mala ley.

Bonaik dijo en voz baja á Septimina antes de salir del taller:

— No temas, hija mia; vuelvo luego.

Y pasando despues junto á la mesa de los aprendices añadió:

— Ya veis como os he salvado del látigo, sed reservados y prudentes con esta pobre esclava.

El anciano salió del taller y siguió á Ricarico á un inmenso cobertizo situado fuera de la abadia. Veíanse allí reunidos todos los esclavos y colonos que traian al monasterio sus tributos. Habia cuatro dias al año señalados para hacer el pago, y en aquellas épocas los productos de las tierras tan penosamente cultivadas por los siervos y vasallos afluían á la abadia, donde reinaba la abundancia lo mismo que en otros muchos monasterios y en los castillos, en tanto que los pueblos vivían abrumados por el trabajo en humildes chozas, la mayor parte de tierra, y en medio de la mas dolorosa miseria para atender á los tributos señoriales. El anciano y el mayordomo de la abadia de Meriadek entraron en el inmenso cobertizo donde se veían reunidas todas las riquezas de una tierra fecunda. Triste á la par que animado era el espectáculo que presentaba el dia en que se pagaban los tributos al señor feudal; los campesinos, cubiertos de harapientos trages, esclavos ó colonos, llegaban llevando sobre sus hombros ó en acémilas y carros los productos mas numerosos y variados; al tumultuoso rumor de la multitud se añadían los balidos de los carneros y ovejas, los gruñidos de los cerdos, los mujidos de los bueyes y el cacareo de las aves, animales que los vasallos presentaban vivos; otros se doblegaban bajo el peso de grandes cestos llenos de huevos, queso, manteca y miel; otros hacían rodar toneles de vino arrastrados hasta la abadia en carretones, y des-

cargaban mas allá los carros llenos de pesados sacos de trigo, centeno, avena y semilla de mostaza. Aquí amontonaban el heno y la paja, allá apilaban leña ó madera de construccion como tablones, vigas ó pequeñas tablas de encina para cubrir los techos, horquillas para las viñas y postes para los vallados; los esclavos monteros traían gamos y jabalíes, caza destinada para salazon; los colonos recibían perros que debían ejercitar para la caza ó jaulas de falcones y gavilanes que habían de enseñar con el mismo objeto; otros, á quienes se les imponía el tributo de cierto número de libras de plomo y de hierro, necesarios para la reparacion de los edificios de la abadía, presentaban estos metales, y mas allá se veían rollos de tela de lino, fardos de lana ó de cáñamo para hilar, inmensas piezas de sarga tegida, y montones de pieles de carnero, buey ó becerro curtidas y preparadas. Había tambien tributarios obligados á pagar cierta cantidad de cera, aceite, jabon y hasta antorchas de madera resinosa, cestos, mimbres, cuerdas, hachas, podaderas, horcas, azadas, hoces y otros instrumentos aratorios. (1)

Ricarico estaba sentado delante de una mesa para recibir la contribucion en metálico de los colonos atrasados, en tanto que varias legas del monasterio, vestidas con sus hábitos negros y sus velos blancos, iban de grupo en grupo, llevando un pergamino en que apuntaban los tributos en especie. El anciano artífice estaba en pié detrás de Ricarico examinando una tras otra las monedas de plata y cobre que daban en pago los vasallos, pero todas las hallaba de buena ley porque temia esponer con su negativa á aquellas buenas gentes á un riguroso castigo siendo el mayordomo un hombre tirano y desapiadado. Los colonos insolventes formaban aquel dia un grupo bastante numeroso, esperando con ansiedad que les llamasen por sus nombres, y algunos estaban acompañados de sus esposas y sus hijos. Cuando acabaron de pagar los que traían el dinero, Ricarico llamó en voz alta á Sebastian. El colono se acercó temblando: su mujer y sus dos hijos iban tan pobremente vestidos como él.

—No solo no has pagado tu cuota de veinte sueldos de plata, dijo el mayordomo, sino que la semana pasada te negaste á acarrear lanas, lienzos y pieles curtidas que la abadesa enviaba al mercado de Rennes.

—¡Ah! señor, no pagué mi cuota porque algunos dias antes de

(1) Véase la erudita disertacion de M. Guérard en sus *Prolegomenos del poliptico de Irminon* (V. I, introd.)

la siega el huracan tronchó las mieses. Hubiera podido recoger algún grano si las hubiese segado al instante, pero los esclavos que cultivan mis tierras tuvieron que ir á trabajar cinco dias por semana en los nuevos vallados del parque del monasterio y á limpiar uno de los estanques. Yo solo no podia segar el campo; vinieron grandes lluvias, el trigo se quedó en el suelo, y perdí la cosecha. Me quedaba un campo de espelta que no habia maltratado tanto el huracan, pero como está lindante con el bosque de la abadia, los ciervos devoraron la planta antes de sazonar, como me sucedió el año pasado.

Ricaricó se encogió de hombros y añadió: — Debes ademas seis carretadas de heno, y no las has traído; sin embargo, los prados de la hacienda que cultivas son escelentes, y con el precio de esas seis carretadas podias haberte proporcionado el dinero.

— Señor, nunca puedo disfrutar del primer corte de mis prados, porque los ganados que pertenecen á la abadia vienen á pacer en mis tierras en la primavera, y si para guardarlas envio mis esclavos, unas veces son apaleados por los del monasterio, otras son ellos los que apalean, pero siempre en perjuicio mio. Sabeis ademas, señor, que no pasa un dia sin que tengamos que hacer un servicio personal, hoy para ir á podar las viñas de la abadia, mañana para arar, sembrar ó estercolar sus tierras, acarrear sus cosechas ó construir sus vallados, y fué preciso ademas abrir zanjas en la calzada de los Estánques cuando la abadesa creyó que las tropas aventureras venian á atacar el convento. Durante este tiempo hemos tenido que pasar las noches de acecho. Asi pues, ¿ cómo podeis imaginaros, señor, que despues de perder una noche cada tres para velar por la seguridad de la abadia, que nos pongamos á trabajar desde que amanece? ¿ No conoecis qué el trabajo es excesivo y nos falta tiempo?

— ¿ Y porqué te negaste al acarreo?

— ¡ Negarme! No, señor; en el último acarreo que tuvieron que hacer mis caballos en servicio de la abadia, uno de ellos enfermó á consecuencia del exceso de la carga y del largo camino, y murió. Solo me quedaba un caballo muy flaco, y no podia arrastrar el carro cargado de lienzos, pieles y lanas que me entregaron.

— ¿ Es decir que solo tienes un caballo? ¿ Pues cómo cultivarás tus tierras? ¿ cómo pagarás tus atrasos y la cuota del año venidero?

— ¡ Ah! señor, me hallo en un doloroso conflicto. He traído con-

migo á mi esposa y á mis hijos, y se unen á mí para imploraros y pidiros que me perdoneis lo que debo: tal vez en lo sucesivo no me veré en tal estrémo.

Y á un ademan del desgraciado colono, su mujer y sus hijos se arrojaron á las plantas del mayordomo implorándole con sus lágrimas.

— Has tenido una idea prudente, dijo este, al traer á tu mujer y á tus hijos porque así me evitas el trabajo de enviarlos á buscar. Conozco á cierto judío de Nantes, llamado Mardoqueo, que presta sobre las personas (1); tu mujer y tus hijos, que están ya en edad de trabajar, pueden valer diez y ocho á veinte sueldos de oro, y el judío los pagará al contado, de modo que apartaré el valor del acarreo que debiste hacer y el de un buen caballo de tiro que te compraré para reemplazar al que has perdido... Cuando hayas pagado la deuda al judío, te devolverá la mujer y los hijos.

El colono y su familia escucharon al mayordomo con estupor doloroso, pero pronto prorumpieron en sollozos y súplicas.

— Señor, decia el colono, vendedme si quereis como esclavo pues mi condicion no será peor que la que tengo siendo libre, pero no me separeis de mi mujer y de mis hijos. Jamás podré pagar mis cuotas atrasadas ni el préstamo al judío... Prefiero la esclavitud con los míos á mi miserable vida de colono.

— ¡Silencio! dijo Ricarico. Eres un buen labrador, pero tienes que alimentar una familia muy numerosa y esa es la causa de tu ruina. Cuando solo tengas que atender á tus necesidades, podrás pagar tus tributos, y el préstamo de Mardoqueo te permitirá cultivar tus haciendas.

Y dirigiéndose á uno de sus criados, añadió:

— Traedme la mujer y los hijos de Sebastian... Casualmente el judío Mardoqueo se halla actualmente en el monasterio.

Bonaik se esforzó en aplacar al mayordomo y suplicar en favor de aquella desgraciada familia, pero fueron inútiles sus ruegos. Ricarico continuaba llamando por sus nombres á otros colonos, cuando trajeron á su presencia un jóven de diez y siete á diez y ocho años que luchaba vigorosamente contra los que le arrastraban gritando con enojo:

— ¡Dejadme! ¡dejadme! He traído por la cuota de mi padre tres

(1) M. Guerard, *Prolegómenos del poliptico de Irminon* V. I, introd. (1)

falcones y dos azores... Los cogí en el nido esponiéndome á romperme los huesos... ¿Qué mas quereis?

—Ricarico, dijo uno de los esclavos de la abadia que sujetaban al jóven, estábamos cerca del vallado del patio del *gallinero* cuando vimos un gavilan que aun estaba encapillado y que acababa sin duda de escaparse de las manos del falconero. El pájaro ha volado poco, y no pudiendo huir, ha ido á parar cerca del vallado. En seguida este mozo ha tirado su gorro sobre el gavilan, y despues se ha arrojado en el suelo para apoderarse del pájaro. Hemos corrido entonces y nos hemos apoderado del ladron. Lleva dentro del saco el gavilan, que aun está encapillado.

—¿Qué respondes? dijo Ricarico al jóven que permanecia sombriamente y silencioso. ¿No te atreves á negar que robaste el gavilan? ¿Sabes cómo castiga la ley el robo de un gavilan? Condena al ladron á pagar tres sueldos de plata ó á dejarse comer seis onzas de carne sobre el pecho por el pájaro (1). Por vida mia que me dan tentaciones de aplicarte la ley, porque seria un saludable ejemplo para los ladrones de gavilanes. ¿Qué respondes?

—Respondo, dijo con audacia el jóven, que si nuestra abadesa da por pasto á sus aves de caza nuestra carne, que es lo único que no nos quita, puede hacerlo porque no trataré de huir, pero digo tambien que es tan cierto como me llamo *Corteza de Sauce* que tarde ó temprano me vengaré.

—¡Insolente! exclamó el mayordomo furioso. Ya que me provocas, voy á aplicarte la ley del gavilan.

—Y si salgo con vida, contestaré con la ley del cuchillo para aplicártela á tí y á tu señora con mano segura...

—¡Prendedle! gritó Ricarico. Atadle sobre uno de los bancos que hay fuera del cobertizo para que sea público su castigo... Daré la carne de tu pecho por pasto al ave, y picoteará hasta que yo diga: ¡bastante!

—Verdugo, dijo Corteza de Sauce mientras le conducian al banco, si algun dia puedo cogerte en un sitio apartado á tí ó á tu abadesa, por mas que digais *bastante*, yo continuaré hiriendo y diciendo: ¡No, no es bastante!

—¡Miserable sacrílego! ¿te atreves á decir que levantarías el puñal contra tu señora, contra nuestra venerable abadesa?

La multitud de esclavos que presenciaba esta escena prorumpió

(1) Guerard. *ibid.*

en murmullos de indignación contra Corteza de Sauce, y se apresuraron á ocupar un sitio para asistir á un suplicio que nunca se habia ejecutado en el monasterio, aunque la ley lo imponía y no eran raros los robos de aves de caza.

Desnudaron al jóven, y lo ataron en un banco fuera del cobertizo. Ricarico, para escitar el apetito del ave carnífera, sacó una daga é hizo una ligera herida en el seno derecho del paciente, y cuando el gavilan vió la sangre, hundió sus agudas uñas en el blanco y ancho pecho de Corteza de Sauce y empezó á picotear en la carne viva. El esclavo, impasible á pesar de su dolor, se esforzaba en alzar la cabeza para ver el ave, y decia:

— ¡Come... come, gavilan de la abadesa Merofleda... come, que es carne de villano!

Oyóse de pronto el paso de varios caballos, y los esclavos y colonos testigos del suplicio de Corteza de Sauce se arrodillaron diciendo:

— ¡La abadesa!

Era la abadesa Merofleda montada con despejo en un brioso caballo negro. Deseando saber la causa del grupo de vasallos que veia junto al cobertizo, paró bruscamente el caballo que, mordiendo con impaciencia el freno de plata cubierto de espuma, escarbó con sus herrados cascos el suelo. Merofleda vestia una larga túnica negra y llevaba sobre la cabeza un velo blanco cuyos pliegues caian hasta la frente y estaban unidos por debajo de la barba, y encima del traje monástico llevaba abrochada en el cuello una especie de capa flotante de tela encarnada con capucha. La señora feudal era de elevada estatura, esvelta y graciosa; tendria entonces unos treinta años, y sus facciones hubiesen sido hermosas á no ser por su espresion severa. Su rostro pálido desafiaba con el brillo de su tez la blancura del velo que la rodeaba, asi como el color de su capa luchaba con sus labios de púrpura sobre los cuales asomaba un ligero vello rubio; su nariz era aguileña, y sus rasgados ojos de color verdemar brillaban bajo sus pobladas cejas rubias.

Cuando la multitud se arrodilló, la abadesa vió al jóven medio desnudo cuyo pecho empezaba á devorar el gavilan.

— Ricarico, dijo al mayordomo ¿porqué castigas á ese jóven?

— Le aplico, señora, la ley del gavilan, no porque ha robado uno, sino porque respondió con insolencia.

— Ese castigo es bárbaro... Sacadle el ave del pecho.

Ricarico y los esclavos obedecieron al momento, y Corteza de Sauce miró con espresion de gratitud á la abadesa.

— Señora, le dijo, os amenacé en mi enojo y no merezco perdón.

— Tu no puedes amenazarme, y te perdono.

— Señora, desde hoy es vuestra mi vida.

— Acepto la oferta porque necesitaré muy pronto el auxilio de todos mis vasallos: ¡Sigueme! Veo que eres osado, y quiero ver si tu lealtad iguala á tu osadia.

CAPITULO IV.

Llega Bertoaldo á la abadia de Meriadek.— El ataque.— Bertoaldo y Merofleda.— La traicion.— La madre de Bertoaldo.— Bonaik prepara la fundicion de los metales preciosos á despecho del mayordomo.— La inundacion.

Bertoaldo partió con sus soldados del convento de San Saturnino, y sin detenerse un instante, se dirigió á la abadia de Meriadek, generoso don de Cárlos Martel; pero se interrumpió su marcha dos veces con el desplome de dos puentes que encontraron medio demolidos en el camino, y por el mal estado de las carreteras donde se atascaron con frecuencia los carros que contenian la parte del botin de sus guerreros, así como varios esclavos árabes y galos que habian hecho prisioneros en el sitio de Narbona.

Dos dias despues del suplicio de Corteza de Sauce, Bertoaldo y sus guerreros llegaron por fin á las cercanias de Nantes. El sol se ocultaba y soplabla la fresca brisa de la tarde. El capitán aventurero iba algunos pasos delante de sus compañeros, y reprimia la fogosidad de su caballo de batalla porque el resto de sus gentes seguia sus pasos con lentitud estremá. Entre los soldados de Bertoaldo se veian varios francos recién llegados de Germania ó reclutados por Cárlos Martel allende el Rhin, cuyo aspecto era tan feroz y salvaje como el de los primeros soldados de Clodoveo, es decir, vestian de pieles y llevaban los cabellos atados sobre la cabeza, como los llevaba mas de dos siglos atrás el leudo Neroweg. Los demás guerreros ostentaban lujosas y completas armaduras.

Bertoaldo era reservado y casi altivo con sus soldados, que le acusaban de severidad y aspereza, pero el ascendiente de su heróico valor, de que tan brillante prueba habia dado combatiendo en su presencia, su fuerza física temible, su rara destreza en el manejo de las armas, la rapidez con que concebía sus ardidés de guerra, y finalmente, la amistad que le unía á Cárlos Martel, imponian á sus feroces guerreros. Desde que salió del monasterio de San Saturnino pensó con frecuencia en Septimina, y recordó con placer el rostro hermoso y cándido de la pobre esclava. En ella pensaba cuando Ridulfo, uno de los guerreros francos, se acercó á su gefe y le dijo:

— Segun los informes que hemos tomado en el camino, nos ha-

llamos cerca de Nantes, y nuestra *abadia* no ha de estar muy distante... ¿Qué os parece? ¿Preguntaremos á los esclavos que trabajan en los campos?

— Bertoaldo salió de su meditacion é hizo un ademan afirmativo con la cabeza á su compañero, y ambos se adelantaron con sus caballos.

— ¿Sabeis en qué estaba pensando? dijo Ridulfo que era un gigantesco germano de enorme vientre. Me reia al pensar en la cara que pondrá el abad de nuestro convento cuando le digamos: Estamos aquí por la gracia del buen Cárlos: cédenos el puesto y abre la bodega y la dispensa.

— Cuando Bertoaldo llegó á un campo donde trabajaban varios esclavos, preguntó á uno de ellos que se hallaba en el márgen del camino:

— ¿Está léjos de aquí la abadía de Meriadek?

— No señor. ¿Veis aquella senda con dos bileras de álamos? Pues ese es el camino de la abadía.

— ¿Es monasterio de hombres ó de mujeres?

— De mujeres. La abadesa se llama Merofleda.

— ¡Una abadesa! dijo Bertoaldo sorprendido. Y añadió sonriéndose: ¿Es linda?

— Señor, lo ignoro, porque siempre la he visto de léjos y tapada con el velo.

— Si se tapa con el velo será fea y vieja, dijo Ridulfo moviendo la cabeza. Pero dime, esclavo: ¿son fértiles las tierras de la abadía? ¿Tienen numerosas piaras de cérdos? Porque has de saber que me gusta en extremo la carne de cerdo.

— Las tierras de la abadía son muy fértiles, señor... y son numerosos los rebaños que pacen en sus prados y montes. Hacé dos dias que llevamos nuestros tributos á la abadía y los colonos su dinero, y el vasto cobertizo del monasterio no era bastante capaz para contener el ganado y las provisiones de toda especie.

— Bertoaldo, dijo el franco, Cárlos nos ha hecho un don espléndido, pero llegamos dos dias mas tarde de lo que convenia. Los vasallos han pagado el tributo, y talvez no encontremos ya mas que los restos.

El capitán no participó al parecer de los recelos de su compañero, y dijo al esclavo:

— ¿Dices, buen hombre, que esa senda con álamos conduce á la abadía de Meriadek?

— Si, señor; antes de media hora llegareis.

— Gracias, dijo Bertoaldo al esclavo.

Y se preparaba á volver á tomar el camino que seguian los demás guerreros, cuando Ridulfo le dijo lanzando una sonora carcajada:

— ¡Por las barbas de Satanás, que nunca vi un valiente tan amable como tu con los esclavos!

— Hago lo que me place.

— No me atreveré á oponerme á tus caprichos.

— En lo cual obrarás con prudencia.

— Pero sí te diré que eres muy extraño en el modo con que tratas á los esclavos. Cualquiera pensará que los odias ó los amas con exceso. Eres jóven, y á pesar de que traemos desde Narbona en nuestros carros mas de veinte esclavas, y entre ellas algunas muy lindas, ni siquiera te he visto acercarte una vez para mirarlas.

— Os he dicho cien veces que no quiero parte alguna del botin de los esclavos, respondió con impaciencia Bertoaldo, y si no me he acercado á mirar esas pobres mujeres, es porque me dan lástima. No habeis querido devolverles la libertad...

— ¡Me gusta la ocurrencia! ¿No podemos venderlas por quince ó veinte sueldos cada una? Un judio que vino á verlas en las cercanías del convento de San Saturnino nos dijo que...

— ¡Calla! no me hables de judíos ni de esclavos! exclamó Bertoaldo interrumpiendo á Ridulfo, y queriendo poner término á una conversacion que le parecia penosa, espoleó el caballo para reunirse con los demás guerreros francos y les gritó desde léjos haciendo un esfuerzo para sonreirse:

— ¡Compañeros... buena noticia! Nuestra abadía es rica y fertil, y vamos á beredar á una abadesa que no sé si es linda ó fea. Antes de una hora la veremos.

— ¡Viva Carlos Martel! dijo uno de los guerreros.

— Hubiera preferido un abad batallador que nos hubiese obligado á hacer un sitio en regla, pero me consuela el pensar que vamos á ser dueños de numerosas pjaras de cerdos.

— Ridulfo, solo piensas en las longánizas y en los jamones.

Y los guerreros tomaron el camino de los álamos hablando con jovial algazara, y mezclando con sus groseros chistes blasfemias é imprecaciones.

Vieron por fin á lo léjos la abadía, construida en medio de una

especie de península, á donde se llegaba por una angosta calzada que dividia dos estanques.

— ¡ Hermoso edificio ! Mira... mira, Bertoaldo.

— ¡ Inmensas granjas ! Y esos grandes bosques pertenecen sin duda á nuestra abadía.

— ¡ Que caza habrá allí tan abundante ! Pobres ciervos, gansos y jabalies, no sabeis la suerte que os espera. ¡ Viva Cárlos Martel !

— Pues digo, y los estanques que se estienden á cada lado del camino ? Nos distraeremos con la pesca cuando nos fastidie la caza.

— ¿ No advertís, compañeros, que esa abadía tiene cierto aspecto guerrero con sus altos paradones, sus escasas ventanas y esos estanques que la rodean como una defensa natural ?

— ¡ Mejor que mejor, Bertoaldo ! Allí estaremos átrincerados como en una fortaleza, y si algun dia ocurre á los descendientes de Cárlos el capricho de desposeernos, como vamos á hacer con esa pobre abadesa, verán cual nos portamos y que no somos débiles monjas.

— Si, si... nuestros cirios son lanzas y nuestras bendiciones mandobles...

— No nos detengamos en charlar porque se acerca la noche y tengo un apetito endiablado... Por vida de Ridulfo, que no me saciarán dos jamones y un monte de cebollas.

— ¡ Afila tus dientes, gloton ! Yo me propongo convidar á cenar á la abadesa y á sus monjas.

Mientras los guerreros se entregaban á su grosera alegría, Bertoaldo les guiaba pensativo y silencioso. Cárlos le habia revestido con la elevada dignidad de conde, y llevaba en sus carros un inmenso botin; la donacion de la abadía le aseguraba grandes bienes, y sin embargo, el jóven capitan estaba receloso y sombrío, y una sonrisa amarga y dolorosa contraia á intervalos sus labios. El sol acababa de ocultarse detras del bosque que se perdía en lontananza en el horizonte, y los guerreros francos marchaban por la angosta calzada á cuyos lados se perdian de vista dos inmensos estanques. Al cabo de algunos instantes Ridulfo dijo á su gefe :

— No sé si el crepúsculo ofusca mi vista, pero ¿ no te parece que la calzada está cortada por un amontonamiento de tierra ?

— Veámoslo desde mas cerca, respondió Bertoaldo galopando.

Signiéronle Ridulfo y Sigevaldo, y no tardaron los tres en encontrarse delante de una ancha y profunda cortadura practicada en la

calzada, cortadura llena de agua por la comunicacion de los dos estanques. Mas allá de aquella trinchera se alzaba una especie de parapeto de tierra reforzado con enormes troncos. El obstáculo era muy considerable, la noche se acercaba, y las primeras sombras confundian todos los objetos. Bertoaldo se volvió muy sorprendido hácia sus compañeros que no estaban menos asombrados que él, y les dijo:

— ¿Qué significa esto? La trinchera y la abadia tienen un aspecto guerrero.

— Esta cortadura es reciente, y la corteza de esos troncos está aun verde lo mismo que las ramas de esa especie de vallado que corona el parapeto. ¿Qué significan estos preparativos de defensa?

— ¡Por vida mia, dijo Bertoaldo, que la abadesa está versada en el arte de la fortificación! Habrá sin embargo algun otro camino que conduzca á la abadia, y...

Bertoaldo no pudo continuar porque una lluvia de piedras lanzadas con vigor por honderos emboscados detras de las ramas que coronaban el parapeto, alcanzaron á los tres guerreros; sus cascos y corazas amortiguaron el choque, pero Bertoaldo recibió una contusion en el hombro, y el caballo de Ridulfo, que estaba parado en el borde de la calzada, se encabritó con tal violencia al sentir en la cabeza el rudo golpe de una piedra, que cayó con su ginete en el estanque. El agua era tan profunda en aquel parage, que caballo y ginete desaparecieron completamente, pero no tardó el franco en subir á la superficie y en llegar al borde de la calzada, pero no sin trabajo y empapado en agua, mientras el caballo huia nadando hácia el estanque donde se ahogó rendido por el cansancio.

— ¡Traicion! grito Bertoaldo desenvainando inutilmente la espada, porque aquella profunda cortadura llena de agua tenia mas de veinte piés de anchura, y para obstruirla segun el arte de la guerra hubiera sido preciso ir al bosque á cortar quinientas ó seiscientas faginas y dar principio á un verdadero sitio; por otra parte, la oscuridad era por momentos mas densa. Mientras Bertoaldo consultaba con sus compañeros sobre este incidente imprevisto, una voz que salió de entre las ramas del parapeto dijo:

— Las piedras que os hemos lanzado son una lluvia de rosas en comparacion de lo que os espera si tratáis de forzar este paso.

— Quien quiera que seas pagarás caro este ataque, gritó Bertoaldo. Venimos aqui por orden de Cárlos, jefe de los francos, que me

ha hecho donacion de la abadia de Meriadek.

—Y yo, respondió la voz, te hago donacion por ahora de esta lluvia de piedras.

—Mira lo que haces, dijo Bertoaldo; mis guerreros me esperan á poca distancia y aunque no podamos forzar el paso esta noche, nos acamparemos en la calzada, y mañana al amanecer nos apoderaremos de esa trinchera. Te prevengo, pues, que como nos obligues á valernos de la fuerza, la abadesa de ese convento y sus monjas serán tratadas como las mujeres de una ciudad enemiga que se toma por asalto.

—Merofleda, nuestra noble abadesa y señora, se rie de tus amenazas, y se compadece de tí y de tus compañeros, respondió la voz. La abadesa consiente en recibirte á tí, gefe de esos bandidos, pero solo, y mañana te volverás á unir con ellos. Cuando les hayas contado lo que veas en el monasterio y el modo con que estamos dispuestos á recibirlos, conoceréis que lo mas prudente para vosotros es volver por donde habéis venido, y marchar á combatir al lado de Cárlos, de ese pagano tan impio como los árabes, que continua dando á los bandidos de su ejército los bienes sagrados de la Iglesia.

—¡Oh! Castigaré tu insolencia.

—Se ahogó mi caballo, añadió Ridulfo enfurecido, el agua me ha penetrado hasta los huesos, estoy muerto de hambre y hemos de pasar la noche así?

—Decidete, continuó la voz. Si aceptas mi oferta, voy á arrojar desde esta trinchera una larga tabla, y por poco seguro que sea tu pié, cruzarás facilmente la cortadura. Te conduciré á la abadia, y mañana volverás á reunirte con tus compañeros con quienes podrás dirigirte á donde el diablo te lleve.

Durante esta conversacion los demas francos siguieron sin desconfianza la calzada hasta llegar á la cortadura y Bertoaldo les contó lo que acababa de suceder enseñándoles la cortadura y la trinchera insuperables en aquel momento. Los nuevos poseedores de la abadia, no menos furiosos que su gefe, prorumpieron en amenazas é imprecaciones contra la abadesa, pero era de noche y fué preciso pensar en acamparse en la calzada. Se acordó tambien que Bertoaldo entrase solo en la abadia y que el dia siguiente al amanecer pensarian segun les contase, lo que debian hacer, aunque estaban muy decididos á recurrir á la fuerza. Se acordó tambien que si Bertoaldo no volvía á presentarse por haber sido victima de una traicion, no se

alejarían sin haberse apoderado del convento y vengarse del ultraje hecho á su gefe. Bertoaldo, que nunca se intimidaba por los peligros, insistió para entrar en la abadia, cediendo á su espíritu de aventura tanto como á la curiosidad de ver aquella abadesa guerrera.

Segun habia propuesto Ricarico, que era el gefe de los hombres armados que defendian la calzada, apareció horizontalmente desde el atrincheramiento una tabla que se dobló hasta que uno de sus extremos descansó sobre la calzada y el otro en la parte superior del parapeto donde estaba sólidamente asegurada.

— Que ninguno de vosotros trate de seguir á vuestro gefe, dijo Ricarico, porque la tabla es demasiado débil para sostener el peso de dos personas, y además la arrojaria en el agua.

Bertoaldo confió el caballo á uno de sus compañeros y con paso firme y ligero empezó á cruzar la cortadura por la angosta tabla.

El capitan reprimió su ira y siguió al mayordomo en tanto que una docena de honderos, colonos y esclavos, que estaban de acecho aquella noche por orden de la abadesa, custodiaban la cortadura á la confusa claridad que arrojaban las estrellas desde el despejado firmamento.

Bertoaldo vió dos caballos. El mayordomo le invitó á que montase en uno de ellos, y montado en el otro, siguió la calzada. El gefe le imitó en silencio, experimentando tanto enojo como curiosidad respecto de aquella abadesa batalladora que con tal heroismo defendia su monasterio, y encontró en otros dos puntos cortada la calzada y atrincherada pero practicable por medio de puentes de tablas. Llegaron á la primera pared que cercaba la abadia; estaba formada con estacas sólidamente unidas y clavadas á corta distancia de la orilla de los estanques que rodeaban el espacio donde se alzaban los edificios, convirtiendo aquel vasto terreno lleno de casas y granjas en una especie de península á la cual solo se podia llegar por aquel lado por la calzada puesta recientemente en estado de defensa, pues una prolongada lengua de tierra que se unia con el bosque cuya cima limitaba el horizonte ofrecia otro pasó por detrás del monasterio.

El gefe vió dentro del cercado vivos resplandores lanzados indudablemente por antorchas. El mayordomo descolgó del arzon de la silla una trompeta de cobre, se la aplicó á sus labios produciendo dos prolongados sonidos, y al instante se abrió una puerta forrada de hierro que caía en frente de la calzada. Bertoaldo entró en uno de

los patios del convento precedido de su guía, y allí se encontró en presencia de la abadesa que estaba á caballo, rodeada de varios esclavos con antorchas. Merofleda habia dejado caer sobre su frente la capucha de su manto de escarlata, y de su cintura pendia un cuchillo de caza con vaina de acero y empuñadura de oro. Bertoaldo quedó mudo de asombro al ver aquella mujer iluminada por la luz de las antorchas y cuyo traje á la vez monástico y guerrero hacia resaltar su esbelta y elevada estatura. El capitán la encontró hermosa en cuanto podia juzgarse entre la sombra que proyectaba sobre sus facciones la capucha.

— Sé quien eres: te llamas Bertoaldo, dijo Merofleda con voz vibrante y varonil ¿vienes á tomar posesion de la abadía?

— Si; Cárlos, el gefe de los francos, me ha hecho donacion de esta abadía, y traigo la concesion escrita por su mano y sellada con su sello.

Merofleda se sonrió con ademan de desden, y á pesar de la sombra que velaba su rostro, aquella sonrisa descubrió á los ojos de Bertoaldo dientes blancos como perlas; pero la abadesa espoleó su caballo y dijo al jóven:

— Sigüeme...

En el momento que el caballo de Merofleda principió á andar, Corteza de Sauce, que estaba curado sin duda de los picotazos del gavilan, pero ya no vestido de harapos, sino ostentando por el contrario una elegante túnica verde, botines de cuero y una rica gorra de pieles, siguió á la abadesa como palafrenero y mirándola con la expresion de la gratitud y del respeto. El ladron de falcones, impetuoso en el odio y en el afecto, se habia impuesto el deber de servir á la abadesa con la fidelidad y abnegacion de un perro y estaba pronto á derramar por ella hasta la última gota de su sangre. Los esclavos que llevaban las antorchas se pusieron tambien en marcha en tanto que la abadesa, al entrar en uno de los patios interiores del convento, indicaba al capitán unos cincuenta colonos formados en buen orden y armados de arcos y hondas.

— ¿Te parece si mi fortaleza está bien guardada? dijo Merofleda á Bertoaldo: ¿Qué respondes, valiente capitán?

— Para mi y para mis soldados un hondero ó un arquero no es mas peligroso que un perro que ladra de lejos. Dejamos silvar las flechas y zumban las piedras, y nos acercamos al alcance de las espadas. Mañana lo vereis, señora, al amanecer, si os empeñais en defender el monasterio.

— Merofleda se sonrió añadiendo :
 — Si deseas pelear de cerca , muy pronto podrás satisfacer tu deseo.

— ¡ Ahora... al instante ! gritó Corteza de Sauce mirando á Bertoaldo con espresion de desafio. Si quieres pelear ahora... aqui , en este patio , al resplandor de las antorchas y en presencia de nuestra noble abadesa y señora , estoy pronto , aunque no llevo casco ni coraza.

Merofleda tocó ligeramente con el puño del látigo la gorra de Corteza de Sauce y le dijo con severidad :

— ¡ Calla !

Bertoaldo se sonrió á su vez , no respondió á la provocacion del impetuoso mancebo , y continuó siguiendo á la abadesa que , saliendo del segundo recinto , se dirigió hácia un vasto edificio de donde salian gritos confusos. Se inclinó entonces sobre el caballo y dijo algunas palabras al oido de Corteza de Sauce ; este vaciló al parecer , pero la abadesa le dijo con voz imperiosa :

— ¡ Obedece !

— Señora...

— ¿ Te atreves á oponerte á mis mandatos ?

— Mandadme que muera , señora , y moriré , pero temo dejaros sola y espuesta á una asechanza.

— No temas.

El esclavo hizo un violento esfuerzo para vencerse , miró á Bertoaldo con desconfianza , y corrió á egecutar las órdenes de Merofleda.

Algunos instantes despues salieron tumultuosamente del edificio unos cien hombres de rostro siniestro y vestidos con harapientos trages , y se formaron en dos filas agitando las lanzas , las espadas y las hachas y gritando :

— ¡ Viva la abadesa Merofleda !

— ¿ Qué te parecen estos soldados ?

— Que mas que de soldados tienen aspecto de bandidos.

— No vas tan desacertado , Bertoaldo. La mayor parte de ellos pertenecen á una cuadrilla de aventureros que ofrecen sus servicios á quien les paga bien , y otros muchos no pueden salir de aqui porque el convento les sirve de asilo y están condenados á muerte. Habiendo sabido de antemano tu llegada y la injusticia de Carlos Martel , me preparé á la defensa , porque antes que abadesa soy señora

de mis vasallos y debo defenderlos; llamé, pues, á estos aventureros ó bandidos, como quieras llamarlos, que tambien oyen silvar las flechas y zumbar las piedras con indiferencia, y gustan de llegar pronto al alcance de las espadas. Ya ves, Bertoaldo, que el dar una abadia es muy fácil pero muy difícil tomar posesion de ella. No te hablo de los numerosos esclavos que me obedecen y que trato de armar. Ahora que sabes el número de las fuerzas de que dispongo, entremos en el monasterio, pues supongo que tras tan largo camino has de estar cansado. Te ofrezco la hospitalidad, y cenarás conmigo en lo cual no infringiré la regla, porque mis deberes de señora feudal me eximen de ella; además casi estamos en tiempos de guerra, y la guerra lo permite todo... Mañana al amanecer te reunirás con tus compañeros, y como creo que eres tan prudente como esforzado, convencerás á los tuyos de la inutilidad de la empresa, y partirás en busca de otra abadia mas indefensa.

— Veo con placer, señora abadesa, que la soledad y las austeridades del claustro no han alterado el buen humor que teniais sin duda en el siglo.

— ¿Crees que tengo buen humor?

— ¿No decis con una gravedad chistosa qué yo y mis guérreros, que desde la batalla de Poitiers peleamos contra los árabes, los frisones y los sajones, volveremos la espalda contra ese puñado de bandidos, reforzado por pobres colonos que han dejado el arado por la espada y el azadon por la honda?

— ¡Guerrero insolente! exclamó Corteza de Sauce que habia vuelto á ocupar su puesto al lado de Merofleda. ¿Quiéres que empuñemos cada cual una hacha? Nos pondremos desnudos hasta medio cuerpo, y entonces verás si los vasallos de la abadesa somos cobardes.

— Me pareces un mozo valiente, pero demasiado atrevido é indiscreto, dijo Bertoaldo sonriendo; si quieres quedarte con nosotros en la abadia, te daré la libertad si eres esclavo.

Corteza de Sauce iba á responder, pero Merofleda le impuso silencio y dijo á Bertoaldo:

— Hasta mañana guardaremos tregua... Forzosamente has de estar cansado; van á conducirte al baño, y despues cenaremos. No te daré un banquete igual á los que Santa Inés y Santa Rodegunda daban á su poeta favorito el obispo Fortunato en su abadia de Poitiers, pero no ayunarás.

Y dirigiéndose á Ricarico que la seguía añadió:

— Cumple las órdenes que te he dado.

Merofleda llegó entonces á la puerta interior del monasterio; bajó de un salto del caballo, y desapareció en el claustro despues de entregar las riendas á Corteza de Sauce que amenazó con el puño á Bertoaldo. Este, cada vez mas admirado del carácter extraño de aquella abadesa guerrera, permanecia pensativo, cuando Ricarico lo sacó de su meditacion diciéndole:

— Baja del caballo; estos dos esclavos te conducirán al baño y te ayudarán á quitarte las armas. Como tus bagages no están aqui, te darán un traje adecuado á tu categoria, y despues iré á buscarte para cenar con nuestra abadesa.

Media hora despues Bertoaldo salió del baño, se vistió, y entró en el aposento de Merofleda conducido por Ricarico.

La abadesa estaba sola; se habia quitado su hábito negro para adornarse con un largo vestido blanco; un ligero velo ocultaba en parte las trenzas de sus cabellos rubios, y adornaban su cuello y sus brazos un collar y brazaletes de diamantes. Los francos habian conservado la costumbre, introducida en otro tiempo en la Galia por los romanos, de rodear sus mesas con unos como lechos ó almohadones, y la abadesa que estaba reclinada en ellos apoyando la cabeza en un respaldo donde se veian las armas de su familia, invitó al capitan á que se sentase á su lado. Bertoaldo obedeció admirando la extraña belleza de Merofleda. Un fuego abundante ardía en la chimenea, rica vajilla de plata brillaba en la mesa cubierta con manteles bordados y ánforas preciosamente cinceladas se alzaban al lado de las copas de oro; los platos contenian apetitosos manjares, y un candelabro en que ardian dos velas de cera alumbraba con luz dudosa aquella sala inmensa que estaba oscura á algunos pasos de los dos convidados. El lecho estaba apoyado á una pared de madera en la cual se veian dos retratos, el uno rústicamente pintado sobre una tabla de encina segun la moda de Bizancio y que representaba un guerrero franco vestido bárbaramente con el traje que usaban tres siglos antes los leudos de Clodoveo, y debajo del cual se leia: *Gontrán Neroweg*. Al lado de este retrato se veia el de la abadesa envuelta en largos velos negros y blancos y llevando en una mano el báculo abacial y en la otra una espada desnuda. Aquella imágen, mucho mas pequeña que la primera, estaba pintada sobre pergamino, como las miniaturas con que adornaban entonces los

libros santos. Bertoaldo reparó en los dos retratos en el momento que iba á sentarse al lado de la abadesa, y al verlos, se estremeció y permaneció un momento sorprendido, pero fijando despues esclusivamente su mirada en Gontran de Neroweg y comparando su rostro con el de Merofleda, le pareció encontrar entre ellos una semejanza evidente porque la abadesa tenia como Gontran la nariz aguileña, los ojos de color azul verdoso y los cabellos rubios. El capitan no pudo ocultar su asombro, y la abadesa le dijo:

— ¿Porqué miras con tanta atencion el retrato de uno de mis antepasados que murió hace muchos siglos?

— ¿Perteneceis á la familia de Neroweg?

— Si, y mi familia vive aun en sus ricos dominios de Auvernia, conquistados por la espada de mis antecesores, ó concedidos por donaciones reales. Pero no hablemos de lo pasado, y dejemos que duerman en paz los muertos en sus sepulcros.

Y levantando con mano varonil una de las pesadas ánforas de plata, llenó de vino hasta el borde la copa de oro puesta en frente de Bertoaldo, y despues de aplicar en ella sus labios, se la entregó á su huésped diciéndole:

— Bebamos á tu feliz venida á este convento.

Bertoaldo tuvo un momento la copa en la mano, y mientras lanzaba la postrera mirada al retrato de Neroweg, se sonrió con expresion sardónica, reflexionó un instante, y dijo:

— ¡Bebamos!

— ¡Si, bebamos y brindemos á la guerra!

— ¡Y al amor! añadió Bertoaldo apurando la copa. El amor es el dios del mundo como decian los gentiles.

— Ya que has brindado á tu gusto, repite mi brindis y ten cuidado de no pronunciar palabras que profanen este sitio.

— Brindaré á lo que gustéis, y aunque esta copa estuviera llena de veneno, la apuraria por obedeceros.

— En este caso, dijo la abadesa lanzando al jóven una mirada penetrante, brindemos por el judio Mardoqueo.

Bertoaldo se llevaba la copa á los labios; pero al oír el nombre del judio, se estremeció; dejó la copa de oro sobre la mesa, se heló su sonrisa y exclamó casi con terror:

— ¡El judio Mardoqueo!

— ¿Tiemblas, hijo de Marte?

— ¡Brindar yo por el judio Mardoqueo!

— ¿No has dicho brindemos al amor y he bebido? ¿No has prometido brindar á lo que gustara, y hasta ofreciendo apurar la copa aunque estuviese llena de veneno?

— Merofleda, dijo Bertoaldo con impaciencia y turbacion; ¿quién es ese judío? ¿porqué quereis...

Una carcajada de la abadesa interrumpió al jóven.

— Te creia valiente, y te turbas por una niñeria. ¿Sabes porque quiero que brindes por el judío Mardoqueo?

— No...

— Escuchame con atencion... Si Mardoqueo no te hubiera vendido como esclavo al duque Bodegesil, no hubieses robado una noche el caballo y la armadura de tu amo para correr las aventuras y hacer ver á ese impío Cárlos que eres un noble de raza franca é hijo de un leudo desposeido, ni hubieses llegado á ser uno de los mejores capitanes del usurpador que te ha otorgado esta abadía, ni estarias aquí, á mi lado en esta mesa. Por tan poderosas razones apuro esta copa, valiente guerrero; en memoria de ese judío in-mundo.

Mientras Merofleda hacia tan terrible revelacion, Bertoaldo la contemplaba con sorpresa y ansiedad no sabiendo como responder.

La abadesa prorrumpió en otra carcajada.

— ¿Estas mudo? ¿Porqué, ya palídeces, ya te ruborizas? ¿Qué me importa que seas de raza gala ó franca, libre ó esclavo? Te has burlado de Cárlos Martel, y admiro tu destreza. ¿Dejas por eso de ser su amigo? ¿No eres capaz de hacer enmudecer con la espada al que se atreva á echarte en cara tu humilde origen y negarlo? ¿No eres ya conde por la gracia de Cárlos Martel, el sacrilego usurpador del trono y de los bienes de la Iglesia? ¿Porqué te turbas? Alza la frente, rie, y no te muestres débil como un niño delante de una mujer que sabe defender sus derechos como un hombre.

Bertoaldo creia que estaba soñando y no comprendia la amarga ironia que encerraban las palabras de Merofleda. Pero conocia que el secreto de su vida era una arma terrible en manos de la abadesa, y que no podria ya luchar con ella. Sin embargo, trató de hacer un alarde de audacia y dijo á Merofleda con voz firme y resuelta:

— Ya que perteneceis á la familia de Neroweg, ¿sabeis que no es la primera vez que se encuentra al través de los siglos con la familia de Joel?

— ¿Y cuál es la familia de Joel?

- La mia.
- Brindaremos tambien por Joel.. que tiene descendientes tan esforzados.
- ¿Sabeis como murió el hijo de ese Gontran Neroweg que representa el retrato?
- Una tradicion de mi familia cuenta que fué muerto en sus dominios de Auvernia por el gefe de una turba de bandidos y esclavos rebeldes.
- El gefe de aquellos bandidos se llamaba *Karadoc*, y era el visabuelo de mi abuelo.
- ¡Estraña coincidencia! ¿Y cómo mató aquel bandido á Neroweg?
- Vuestro antepasado y el mio combatieron como valientes, y el conde sucumbió.
- En efecto; despiertas mis recuerdos de infancia. ¿No escribió aquel bandido algunas palabras en el tronco de un árbol despues del combate?
- Escribió estas palabras: *Karadoc, descendiente de Joel, ha muerto al conde Neroweg.*
- Es cierto, y la esposa del conde dió á luz, algunos meses despues del combate, un hijo que fué el abuelo del mio.
- Estraño que siendo hija de los Neroweg escuches con calma esta revelacion.
- ¿Y qué me importan las batallas de nuestros antepasados y de nuestras familias? ¿He de vengar despues de tantos siglos la muerte de uno de los mios?
- Teneis razon. ¡Brindo por Neroweg!
- ¡Brindo por Joel!
- Somos enemigos, pero admito la tregua, y mañana combatiremos.
- Y espero que el instrumento del usurpador caerá hecho pedazos ante la defensora del derecho y de la justicia.
- Y continuó el banquete, y Bertoaldo espermentó un sueño estraño que dobló sus párpados hasta que quedó sumido en profundo sueño.
- Cuando se despertó se encontró en otro aposento al lado de Ricarico que llevaba en la mano una antorcha de resina encendida. El mayordomo se asomó á una ventana desde la cual se descubria á lo léjos el horizonte, agitó la antorcha tres veces mirando hácia

el oriente que empezaba á teñirse con los pálidos albores del nuevo día; y algunos instantes despues el resplandor de una llama inmensa se alzó en lontananza al través de las postreras sombras de la noche, como respondiendo á la señal de Ricarico. Su rostro brilló con alegría siniestra, y arrojó la antorcha en el foso lleno de agua que rodeaba el monasterio. Bertoaldo quiso llevarse las manos á la frente pero advirtió que las tenia atadas. Se incorporó entonces penosamente, con la mente turbada aun por el sueño en que habia estado sumido, y miró silenciosamente al mayordomo. Este tendió el brazo hácia el horizonte que empezaba á iluminar la aurora, y dijo á Bertoaldo:

— ¿Ves allá, á lo léjos aquella calzada que atraviesa los estanques y se prolonga hasta el recinto del monasterio?

— Si, respondió Bertoaldo luchando con el estraño adormecimiento que entorpecia su mente y su voluntad, pero sin oscurecer enteramente su inteligencia; si, la veo.

— ¿No se han acampado tus compañeros de armas esta noche en esa calzada?

— Si... respondió el jóven esforzándose en reunir sus recuerdos confusos; ayer tarde... mis compañeros...

— Escucha, dijo el mayordomo poniendo la mano sobre el hombro de Bertoaldo; escucha... ¿Qué oyes por ese lado por donde va á asomar el sol?

— Oigo un gran rumor que se va aproximando... Parece el ruido de un rio que sale de cauce.

— No te equivocas. Allá, hácia el oriente hay un lago inmenso contenido por diques y esclusas...

— ¿Un lago?

— El nivel de sus aguas se halla á seis pies sobre el de esos estanques... ¿Entiendes ahora la causa de ese estruendo?

— No, mi alma está sumida en densas sombras... no sé donde estoy... apenas recuerdo... y además... ¿porqué estoy atado?

— Para contener los arranques de tu alegría cuando hayas recobrado completamente la razon. Debes comprender, sin embargo, que estando abiertas las esclusas del dique, como lo están, las aguas de esos estanques van á subir hasta sumergir la calzada donde tus compañeros de armas se han acampado esta noche, con sus caballos y con los carros que contienen su botín y sus esclavos. Mira... mira como sube el agua. ¿No la ves? Ya llega al borde de la calza-

da... que antes de una hora estará sumergida. Ni uno de tus compañeros se librará de la muerte, y si quieren huir, una cortadura hecha por orden mia esta noche, en el extremo de la calzada por la parte del camino, les obstruirá el paso. ¿Entiendes ahora mi ardid de guerra, esforzado capitán?

— ¡Muertos todos! murmuró Bertoaldo sin salir de su sombrío estupor; ¡muertos todos! ¡Cuántos valientes guerreros sucumben!

— Veo que la muerte de tus compañeros no es bastante para despertarte de tu letargo. Ensayemos otro medio mas eficaz. Escucha, esclavo galo; entre las mujeres que traías desde Languedoc, había una mujer... que estará ahogándose ahora como las demás, y esa mujer, añadió el cruel Ricarico, acentuando sus palabras como si quisiera traspasar con ellas el corazón de Bertoaldo, esa mujer era tu madre... ¿oyes? ¡era tu madre!

Bertoaldo se estremeció, hizo un esfuerzo para romper sus ataduras, lanzó un grito terrible, contempló con desesperacion y horror aquella inmensa mole de agua que, enrojecida por los primeros rayos del sol, se estendia como un mar á lo lejos, y exclamó:

— ¡Madre mia! ¡madre mia!

— ¿Ves allá... como ha invadido el agua toda la calzada? Apenas se descubren los lienzos de los carros. El agua sube... sube, y tu madre está luchando ahora con la angustia de la muerte.

— ¡Mónstruo! ¿Pero ha podido concebir la abadesa un proyecto tan infernal?

— La abadesa me encargó la defensa de su monasterio con amplios poderes, y sin darle cuenta de mi plan de batalla, lo he llevado á cabo, persuadido de que cumplia con mi deber. Además, si hubieras vencido, me hubiese visto sumido en la miseria, y no soy hombre que repara en los medios para conseguir el fin. ¿Apruebas mi maniobra?

— Hombre bárbaro y cruel, mientes... mi madre no está allí... ¡mientes!

— Tu madre tiene cuarenta años, se llama Rosen-Aer, y vivia en el valle de Charoles en Borgoña...

— Es verdad... ¡Desventurado de mi!

— Tu madre fué conducida por los árabes al Languedoc cuando invadieron la Borgoña, y cayó en poder de los guerreros de Carlos Martel cuando el impío usurpador puso sitio á Narbona. En el reparto del botín y de los esclavos, Rosen-Aer cayó en tu poder

y fué conducida hasta aquí. ¿Dudas aun? Voy á darte la última prueba. Esa mujer tiene como tú grabadas en el brazo derecho en caracteres indelebles estas dos palabras : *Brenn-Karnak*.

— ¡Madre mia! exclamó el desgraciado lanzando una mirada bañada en lágrimas hácia los estanques.

— ¡Tu madre murió! Mira: la calzada ha desaparecido bajo las aguas y aun suben... Si, tu madre está ahogada en el carro donde la conducias entre las demás esclavas.

— Mi corazon se despedaza, murmuró Bertoaldo abrumado bajo el peso del dolor y la desesperacion.

— ¡Vengaré á la abadesa! dijo el mayordomo con espresion féroz. Esta noche oí tu conversacion durante la cena, pues velaba en el aposento inmediato, recelando tu traicion. No ignoro el secreto de tu vida, ni la historia de tu familia y de la de los Neroweg. Si Merofleda fué generosa y te perdonó, yo me alzo en nombre de mi señora y hago lo que ella debió hacer. Estúpido esclavo, galo renegado que ostentas sin vergüenza el nombre de un noble franco, si tu antepasado el gefe de los bandidos asesinó á un Neroweg é incendió su castillo, respondo en nombre de la familia de mi señora con la inundacion, y ahogo á tu madre. No es menos terrible la suerte que te espera.

— Mátame pronto, pero dime antes si mi madre sabia que era yo el gefe de los que la conducian esclava.

— Desgraciadamente lo ignoraba.

— ¿Quién te ha contado la historia de mi madre?

— El judio Mardoqueo, que se la contó tambien á Merofleda.

— ¿La conocia? ¿dónde la vió?

— En el alto que hiciste en el convento de San Saturnino con Carlos Martel, y allí te conoció el judio.

— ¡Gracias, Dios mio! Mi madre ignoró mi deshonra... Su muerte hubiera sido mas horrible entonces. Ahora, mónstruo, librame de la vida... deseo morir.

— Es preciso que lo mande la abadesa.

CAPÍTULO V.

El taller de Bonaik en el día de la inundación. — Rosen-Aer y su hijo. — Tribulaciones de una madre. — El subterráneo. — Recelos de Ricarico.

Bonaik el platero entró al amanecer en el taller como tenía de costumbre, y no tardaron en presentarse sus aprendices. El anciano encendió el fuego de la fragua, y con objeto de dar salida al humo, abrió la ventana que caía al foso, y vió con asombro que el nivel del agua había subido de tal modo que apenas quedaba un pié de distancia entre ella y el reborde de la ventana.

— Hijos míos, dijo á sus aprendices, temo que esta noche haya sucedido una gran desgracia. Hace muchos años que el agua de este foso no ha llegado jamás á tanta altura como hoy, á escepcion del año en que se rompió el dique del lago superior á los estanques. Mirad, mirad á la otra parte del foso; el agua se eleva hasta la ventana del subterráneo que hay debajo del edificio de en frente.

— Y parece que sigue subiendo, tío Bonaik.

— Si, hijos míos, aun sube. ¡ Ah! la inundación va á causar grandes desastres.

En aquel momento se oyó la voz de Septimina que gritaba:

— ¡ Tío Bonaik, abrid... abrid!

Uno de los aprendices corrió á la puerta, y entró la esclava sosteniendo una mujer con los largos cabellos colgando, los vestidos empapados en agua, lívida, arrastrándose penosamente y tan desfallecida que cayó desmayada á algunos pasos de la puerta en los brazos del anciano y de Septimina.

— ¡ Pobre mujer!.. está helada, dijo Bonaik que añadió dirigiéndose á los aprendices: ¡ Pronto... pronto! sacad carbon del reducto, soplad con fuerza en la fragua y tal vez volverá en calor esta desgraciada. ¡ Ah! bien lo decia... esta inundación habrá causado grandes desastres.

Dos aprendices corrieron al reducto ó cueva profunda practicada detrás de la fragua y bajaron para sacar carbon; los demás animaron el fuego, dieron con fuerza al fuelle, y el anciano se acercó á Septimina que estaba arrodillada delante de la mujer desmayada y decia llorando:

— ¡Dios mío!.. ¡va á morir!

— Tranquilízate, le dijo el anciano, las manos de esta pobre mujer, que no ha mucho estaban heladas, van recobrando el calor. ¿Pero qué ha sucedido? ¿porqué tienes el vestido empapado también en agua?

— Señor, esta mañana me levanté al amanecer como mis compañeras, y salimos al patio donde oímos que otras esclavas gritaban: ¡Se ha roto el dique! Y salieron corriendo para ir á ver los progresos de la inundación. Las seguí maquinalmente, y al llegar á los estanques me alejé de mis compañeras y me paré en una pequeña altura donde hay un sauce corpulento. No tardé en ver á corta distancia un carro medio sumergido, que flotaba entre dos aguas cubierto con un lienzo sostenido con aros de madera.

— Dios permitia que aquel lienzo tendido impidiese que el carro se sumergiese enteramente. Sigue, hija mia.

— El viento empujaba á esta especie de vela que arrastraba el carro hácia la orilla donde me hallaba. Entonces ví á esta desventurada asida sobre el lienzo y con la mitad del cuerpo dentro del agua.

— ¿Qué hiciste?

— Como el caso era urgente, y las manos desfallecidas de esta pobre mujer, cuyas fuerzas se agotaban por momentos, iban á soltar el lienzo, su único sosten, até el extremo de mi ceñidor á una de las ramas bajas del árbol y el otro extremo á mi muñeca y me lancé hácia ella gritando: ¡Anino! La desdichada me oyó, y cogió convulsivamente mis manos, pero en este brusco movimiento mis piés resbalaron y caí en el agua...

— Felizmente tu brazo izquierdo seguia atado á uno de los extremos del ceñidor...

— Si, buen anciano, pero la sacudida fué tan violenta que creí que me arrancaban el brazo del cuerpo. La pobre mujer se asió entonces de mi vestido, y cuando se calmó mi primer dolor, hice un esfuerzo desesperado, y con auxilio del ceñidor atado al árbol llegué á pisar la orilla y á sacar del estanque á la que iba á sucumbir. Como nuestro taller era el punto mas cercano, la traje aquí, aunque apenas podia sostenerse. Pero ¡ah! añadió la esclava llorando y mirando el rostro inanimado de Rosen-Aer, porque era la madre de Bertoaldo, solamente habré retardado su muerte... ¿No veis su palidez?

—No te desesperes, respondió el anciano; sus manos van recordando el calor por momentos... Acerquémola mas á la fragua, y el fuego la reanimará.

En efecto, con el auxilio de los aprendices, que no eran menos compasivos que el anciano y Septimina, Rosen-Aer fué colocada junto á la fragua sentada en un banco, y poco á poco sintió la saludable influencia de aquel penetrante calor hasta que recobró el sentido enteramente. Entonces reunió sus recuerdos, tendió los brazos á Septimina y le dijo con voz débil:

— ¡Hija querida, me has salvado!

La esclava se arrojó en los brazos de Rosen-Aer vertiendo suaves lágrimas.

— Hemos hecho lo que hemos podido, le respondió, somos unos pobres esclavos...

— Yo tambien, hija mia, soy esclava como vosotros y me han traído á este pais desde el Languedoc. Hemos pasado la noche en la calzada que separa los dos estanques que rodean este monasterio, y habian desuncido los bueyes de los carros cuando al amanecer nos sorprendió la inundacion, y...

Pero Rosen-Aer se interrumpió, se alzó con ímpetu del banco, su rostro espresó el estupor y despues una especie de alegría delirante, se precipitó hácia la ventana abierta y pasó los brazos al través de los hierros de la reja gritando:

— ¡Hijo mio! ¡Amael! ¡hijo mio!

Septimina y Bonaik creyeron que la desgraciada habia perdido la razon, pero cuando se acercaron á la ventana hácia la cual se habia precipitado Rosen-Aer, la jóven exclamó cruzando las manos:

— ¡El gefe franco! ¡él en un subterráneo de la abadia!

Rosen-Aer y Septimina veian al otro lado del foso á Bertoaldo asiéndose con ambas manos á las rejas de la ventana del subterráneo. Conoció al momento á su madre, y en medio de una especie de éxtasis gritó con voz vibrante que llegó hasta el taller á pesar de la distancia:

— ¡Madre mia!

— Septimina, dijo precipitadamente Bonaik á la esclava, ¿conoces á ese jóven?

— ¡Si... ha sido para mí un ángel de bondad! Le ví en el convento de San Saturnino; es el guerrero á quien Cárlos ha hecho donacion de esta abadia.

— ¡A él! dijo el anciano con sorpresa. ¿Pues cómo se encuentra en ese subterráneo? añadió con ademán pensativo.

— Bonaik, corrió á decir uno de los esclavos, oigo la voz de Ricarico. Se ha parado cerca de la puerta para reprender á un esclavo. Antes de pocos momentos estará aquí: viene á vigilar el taller como suele hacer todos los dias.

— ¡Gran Dios! exclamó el anciano con terror, va á encontrar aquí esta mujer, á interrogarla, y puede la infeliz confesar que es la madre de ese jóven...

Y el anciano corrió á la ventana, cogió á Rosen-Aer por el brazo, y le dijo obligándola á retirarse:

— ¡En nombre de la vida de vuestro hijo, venid... venid!

— ¿Quién amenaza la vida de mi hijo?

— Seguidme... ó está perdido y vos tambien!

Y Bonaik indicó á Rosen-Aer la cueva practicada detrás de la fragua.

— Ocultaos allí y no os movais, añadió y dijo á los aprendices despues de correr á sentarse delante de la mesa de trabajo: Vosotros, muchachos, manejad los martillos con fuerza y cantad en voz alta; tú, Septimina, pulimenta este vaso, y pensad todos que si el mayordomo sospecha alguna cosa nos castigará sin compasion. ¡No permita Dios que ese desgraciado jóven continúe en la reja del subterráneo y le vea Ricarico!

Y el viejo artífice se puso á martillar con toda su fuerza sobre el yunque entonando con voz sonora el antiguo canto de los plateros en alabanza de San Eloy:

«De la condicion de obrero subió á la de obispo, pero Eloy purifica al platero en su cargo de pastor.

«Su martillo es la autoridad de su palabra, su fragua la constancia del celo, su fuelle el inspirador y su yunque la obediencia.» (1)

Ricarico entró en el taller. El platero manifestó que no habia reparado en él, y no cesó de cantar mientras aplastaba á martillazos una lámina de plata con que terminaba el báculo abacial cuya cinceladura superior estaba acabada.

— ¡Buen humor tenemos hoy! dijo el mayordomo penetrando hasta el centro del taller. Dejad de cantar porque me asordais.

— No tengo una gota de sangre en las venas, dijo en voz baja Sep-

(1) *El platero San Eloy*, libro de oro de los oficios, por P. Lacroix (bibliófilo Jacob).

timina á Bonaik... Este hombre cruel se acerca á la ventana... ¡Si viera al gefe franco...!

—¿Porqué hay tanto fuego en la fragua? preguntó el mayordomo dando un paso hácia el parage donde estaba oculta Rosen-Aer. ¿Te diviertes en quemar carbon sin necesidad?

—¿Sin necesidad? No, porque voy á fundir ahora el oro y la plata que me entregasteis ayer.

—¡Mientes! Los metales se funden en el crisol y no en la fragua...

—Ricarico, no necesito lecciones de mi oficio, porque hace muchos años que lo aprendí en los talleres del grande Eloy. Voy á esponer primero mis metales al fuego ardiente de la fragua, á martillarlos despues y por último á ponerlos en el crisol; de este modo será mas perfecta la fundicion.

—Jamás te faltan razones.

—Porque siempre tengo justas que dar. Pero ya que estais aquí, Ricarico, voy á pedirvos varios objetos necesarios para la fundicion, que es la mas considerable que se ha hecho hasta el presente en este monasterio porque el vaso de plata ha de tener dos piés de altura, como podeis juzgar por el modelo que veis sobre esa tabla.

—¿Qué necesitas?

—Un barril que llenaria de arena y en medio del cual colocaria el molde...

—¿Y qué mas? Continua.

—He visto muchas veces que á pesar de los aros que cercan las tablas de los barriles, donde se ponian los moldes hundidos en la arena, las tablas rebentaban al arrojar en el hueco el metal en fusion, y por consiguiente necesito una larga cuerda que arrollaria con fuerza en derrédor del tonel: de este modo, aunque revienten las tablas, las conserva sujetas la cuerda. Necesito además una cuerda delgada pero de igual longitud para sujetar el molde.

—Tendrás el barril y las cuerdas.

—Perdonad si abuso de vuestra bondad, Ricarico, pero...

—¿No se han acabado aun las peticiones?

—Estos muchachos y yo nos veremos precisados á pasar una parte de la noche en el taller porque la operacion es detenida y los dias son muy cortos en esta estacion. Si nos enviarais un poco de vino, como no bebemos nunca mas que agua, este pequeño exceso sostendria nuestras fuerzas durante la noche pesada que nos espera.

Os advertiré que cuando se fundía en los talleres del grande Eloy, los esclavos comían y bebían como en un día de fiesta....

— Os enviaré vino... También es hoy día de júbilo para este convento porque el cielo acaba de hacer en su favor un gran milagro.

— ¿Un milagro?

— Si... el cielo ha castigado á una cuadrilla de aventureros á quienes Cárlos Martel el impio habia tenido la audacia de conceder esta abadía. Estaban acampados esta noche en la calzada, dispuestos á atacar el monasterio al asomar el día, pero un sorprendente prodigio ha frustrado sus inicuos planes. El agua del lago ha inundado los estanques ahogando á todos esos infames.

— ¡Dios haya tenido piedad de sus almas! dijo el anciano.

— Bien la necesitan. ¿Quieres alguna otra cosa?

— No, respondió Bonaik levantándose y examinando varios cajones; tengo aquí para la fundición azufre y betun en suficiente cantidad, y no me falta carbon. Uno de estos jóvenes os acompañará, Ricarico, y traerá el barril, las cuerdas y el vino. No os olvidéis, señor mayordomo.

— El vino vendrá después cuando os traigan la comida.

— Ricarico, no podremos salir un momento siquiera del taller á causa de la fundición, y desearia que nos enviasen esta mañana nuestra ración para no distraernos. Vamos á cerrar la puerta para que nadie nos moleste.

— Consiento: que me acompañe uno de tus aprendices y lo traerá todo, pero te advierto que sereis castigados si mañana no está fundido el vaso.

— Podeis asegurar á nuestra noble é ilustre señora la abadesa que el vaso será digno de un artifice que vió al grande Eloy manejar la lima y el buril.

— Mientras Ricarico se dirigia á la puerta, el anciano dijo en voz baja á uno de sus aprendices:

— Coge en el camino una docena de piedras gruesas como nueces, ocúltalas en el bolsillo y traélas.

— Y añadió levantando la voz:

— Acompaña al señor mayordomo, muchacho, y no te distraigas á la vuelta.

— No temais, maestro, dijo el aprendiz haciendo una seña de inteligencia al anciano y siguiendo al mayordomo; sereis obedecido.

El anciano permaneció algunos momentos en el umbral prestando

el oído al rumor de los pasos del mayordomo que se alejaba, después de lo cual, cerró la puerta con cerrojo, corrió hacia la cueva donde se ocultaba Rosen-Aer, y Septimina corrió al mismo tiempo á la ventana para ver si Bertoaldo se encontraba aun en la reja del subterráneo, pero al momento exclamó con terror:

— ¡Cielos! ¡pobré gefe! ¡El agua ha llegado á la abertura del subterráneo!

— ¡Perdido!.. ¡hijo mio! exclamó Rosen-Aer con desesperacion precipitándose á la ventana á pesar de los esfuerzos que hacia el anciano para contenerla. ¡Hijo mio!.. ¡volver á verte para perderte para siempre! ¡Amael! ¡Amael!

— Nos va á descubrir si oyen su voz, dijo Bonaik con terror esforzándose en vano en arrancar de la reja donde se asia convulsivamente aquella desventurada mujer que llamaba á su hijo con voz desgarradora.

Pero Amael (dejaré de darle el falso nombre de Bertoaldo) no apareció: el agua habia llegado á la abertura del subterráneo, y á pesar de la anchura del foso que separaba los dos edificios, se oia el sordo rumor de las aguas que caian en el fondo de la prision donde se hallaba el capitán aventurero. Septimina estaba pálida como un cadáver y se ahogaba la voz en su garganta, y Rosen-Aer, en el arrebató de su desesperacion, trataba de arrancar la robusta reja de la ventana murmurando con voz interrumpida por los sóllozos:

— ¡Oh! saber que está allí... en la agonía!

— No perdamos la esperanza, dijo el anciano que vertia lágrimas al ver el dolor sublime de Rosen-Aer. Estoy mirando hace rato aquella piedra cubierta de musgo que hay en la esquina de la abertura y el agua no la cubre, y continua subiendo. ¿No la veis?

Septimina y Rosen-Aer se enjugaron los ojos y miraron la piedra que les indicaba Bonaik. No fué en efecto sumergida, y hasta el rumor de las aguas que caian en el subterráneo se amortiguó y cesó poco á poco.

— ¡Se ha salvado! exclamó Septimina. ¡Gracias, Dios mio!

— ¡Salvado! murmuró Rosen-Aer con ademan de duda dolorosa. ¿Y si ha caido en esa bodega bastante agua para ahogarle? ¡Oh! si viviera hubiese respondido al oír mi voz. ¡No... no! Se muere... ha muerto!

— Tio Bonaik, llaman á la puerta, dijo uno de los aprendices. ¡Abro?

—Volved al instante á vuestro escondite, dijo el anciano á Rosen-Aer, pero al ver que no le escuchaba, añadió: ¿Quereis perderos y perdernos á todos cuando estamos dispuestos á salvar á vuestro hijo?

Rosen-Aer se apartó de la ventana al oír estas palabras y volvió á entrar en la cueva mientras el anciano se dirigia á la puerta y decía:

—¿Quién llama?

—Soy yo, maestro, respondió el aprendiz que habia salido con Ricarico.

—Entrá pronto, Justino, dijo el platero al jóven que traia en el hombro un barril vacío, en una mano una cesta con las provisiones y debajo del brazo un paquete de cuerdas.

El anciano corrió el cerrojo, sacó el vino de la cesta de las provisiones, y dirigiéndose á la cueva donde se ocultaba Rosen-Aer, le dijo:

—Bebed un poco de vino para fortaleceros; lo he pedido para vos.

Pero la madre de Amael rechazó el vino gritando con voz desesperada:

—¡Mi hijo! ¡mi hijo!

—Justino, dijo el anciano al aprendiz ¿traes las piedras?

—Si, maestro, las traigo en los bolsillos.

—Dame una.

El anciano cogió una piedra y corrió diciendo:

—Si esé desgraciado vive aun, al ver caer esta piedra en la bodega, conocerá sin duda que es una señal.

Y despues de haber apuntado y calculado el tiro de la piedra, el platero la arrojó á la abertura del subterráneo. Rosen-Aer y Septimina esperaban el resultado de la tentativa de Bonaik en medio de mortal angustia, y hasta los aprendices guardaban un profundo silencio. Trascurrieron algunos momentos de dolorosa espectacion y duda.

—Nada... murmuró el platero mirando con afan la abertura, nada...

—¡Ha muerto! exclamó Rosen-Aer mientras Septimina la tenia abrazada... ¡no volveré á verle jamás!

—¡Otra piedra! dijo el anciano. Y lanzó otra al subterráneo. Trascurrió otro momento de angustia en que se suspendieron todos

los alientos. Finalmente, algunos instantes después, Rosen-Aer gritó irguiéndose sobre sus piés:

— ¡Sus manos...! veo sus manos! Le veo asirse á la reja. ¡Gracias, Dios mio, gracias! ¡Me lo habeis devuelto!

Y cayó de rodillas.

Bonaik vió entonces el pálido rostro de Amael con los cabellos empapados en agua y que asomaba al través de la reja. El anciano le hizo seña de que desapareciese otra vez diciendo en voz baja y como si pudiera oírle el preso:

— ¡Ocultaos ahora, ocultaos y esperad! — Vuestro hijo me ha entendido, añadió dirigiéndose á Rosen-Aer, pero os suplico que os calmeis y seais prudente.

Fué entonces á su mesa de trabajo donde se veían varias hojas de pergamino de que se servía para dibujar los modelos de sus obras de platería, y escribió estas palabras: — «Si el agua del subterráneo se halla á una altura que os permita permanecer allí sin peligro hasta la noche, tirad tres veces de la cuerda á cuyo extremo va atada la piedra que cubre este pergamino. En tal caso, la cuerda nos servirá de medio de comunicacion. Cuando veais que se agita, preparaos á recibir un nuevo aviso, y no os presentéis hasta entonces en la reja. Vuestra madre confía como nosotros en salvaros. ¡Valor y confianza!»

El platero envolvió una piedra con el pergamino que era afortunadamente por naturaleza impermeable, lo ató todo con una cuerda, en medio de la cual colocó un pedazo de hierro para que se hundiese en el agua y quedase de este modo invisible el medio de correspondencia entre el taller y el subterráneo, y tiró á la abertura la piedra atada á la cuerda guardando el extremo en la mano. Algunos instantes después, tres sacudidas dadas á la cuerda anunciaron á Bonaik que Amael podía permanecer hasta la noche sin peligro en su cárcel y que ejecutaria lo que le decia el anciano. Esta esperanza reanimó á Rosen-Aer que en el arranque de su gratitud tomó las manos del platero diciéndole:

— ¿Le salvareis? ¿no es cierto que le salvareis?

— Haré cuanto pueda, pobre mujer. Pero dejadme reflexionar ahora con calma. A mi edad las emociones son terribles, y para salir airoso debemos obrar con prudencia y reflexion. La empresa es difícil... muy difícil...

Mientras el platero, pensativo y apoyado en la mesa con la mano

en la frente, combinaba su plan, y los aprendices permanecían silenciosos é inquietos, Rosen-Aer, despertando sus recuerdos, dijo á Septimina :

— Hija mía, has dicho que mi hijo había sido para tí un ángel de bondad. ¿ Dónde le has conocido ?

— Cerca de Poitiers, en el convento de San Saturnino. Mi familia y yo, compadecidos de un príncipe, un niño que está preso en ese monasterio, quisimos protegerle ayudándole á huir, pero todo fué descubierto, y me querían castigar de una manera vergonzosa é infame, añadió la esclava ruborizándose. Querían venderme y separarme de mis padres. Entonces vuestro hijo, favorito de Carlos, el gefe de los francos...

— ¡ Mi hijo !

— Sí, el noble Bertoaldo.

— ¿ Bertoaldo ?

— Así se llama el que está preso en ese subterráneo.

— ¡ Mi hijo Amael llamándose Bertoaldo ! ¡ Mi hijo favorito del gefe de los francos ! exclamó Rosen-Aer llena de asombro. ¡ Mi hijo combatiendo en favor de los enemigos de nuestra raza ! ¡ Mi hijo favorito de uno de ellos ! No... no ; te engañan los recuerdos...

— ¡ Engañarme mis recuerdos ! ¡ Oh ! aunque viviera cien años no olvidaría jamás lo que pasó en el convento de San Saturnino, la tierna compasion que tuvo conmigo el señor Bertoaldo. ¿ No alcanzó de Carlos mi libertad y la de mis padres ? ¿ No fué bastante generoso para darme además dinero ?

— Mi razon se confunde al penetrar el secreto de este misterio. Los aventureros que nos conducian esclavos se detuvieron en efecto en la abadía de San Saturnino, añadió Rosen-Aer con angustia. Pero si ese que llamas Bertoaldo alcanzó tu libertad del gefe de los francos ¿ cómo es que te hallas esclava aquí ?

— El señor Bertoaldo fió en la palabra de Carlos, y este en la del superior del convento, pero luego que partieron el gefe de los francos y vuestro hijo, el abad, que me había vendido á un judío, llevó adelante la venta. En vano imploré á los guerreros que Carlos había dejado en el monasterio para tomar posesion de él y custodiar al príncipe ; no hicieron caso de mis súplicas y me separaron de mi familia. El judío se apoderó del oro que me había dado vuestro hijo, y me trajo á este país, donde me vendió al mayordomo de esta

abadia, de la cual hizo donacion Cárlos al señor Bertoaldo, segun me contaron en el convento de San Saturnino.

— ¡ Esta abadía concedida á mi hijo ! ¡ Mi hijo compañero de esos malditos francos ! ¡ Mi hijo traidor ! ¡ Oh ! si es verdad lo que dices... le maldigo !

— ¡ Traidor el noble Bertoaldo... el mas generoso de los hombres, el que me hubiera arrancado de la esclavitud á no ser por la crueldad del que me entregó al judio Mardoqueo !

— ¿ Mardoqueo se llamaba el judio ?

— ¿ Le conoceis ?

— Oye, pobre niña y comprenderás mi dolor... Despues de una gran batalla travada cerca de Nimes contra los árabes, caí en poder de los guerreros de Cárlos. Fué tirado á la suerte el botin de los esclavos, y nos dijeron á mi y á mis compañeras que pertenecíamos al gefe Bertoaldo y á sus soldados.

— ¡ Vos... esclava de vuestro hijo ! Pero lo ignoraba...

— Si, como ignoraba yo que mi nuevo amo Bertoaldo era mi hijo Amael.

— ¿ No os vió vuestro hijo durante el viaje desde el Languedoc ?

— Ibámos en cada carro cubierto ocho ó diez mujeres esclavas, y seguíamos al ejército de Cárlos. A veces los soldados del gefe Bertoaldo venian á vernos, y no quiero, hija mia, ofender tu pudor contándote los infames ultrajes de que éramos víctimas. Mi edad me preservó de una deshonra que hubiera evitado con la muerte. Mi hijo no se acercó jamás á los carros. Llegamos á las cercanias del convento de San Saturnino, donde nos paramos algunas horas. El judio Mardoqueo se hallaba entonces en aquel monasterio, y sabiendo sin duda que los francos tenian esclavas para vender, se dirigió á nuestro campamento acompañado de algunos soldados de Bertoaldo. Tu, que has sido vendida ¿ recuerdas los ultrajes que hacen los francos á las esclavas ?

— Me estremezco al recordarlos, respondió Septimina ocultando con sus manos el rostro encendido de rubor.

— Pues bien, prosiguió Rosen-Aer, esos francos crueles que tantas humillaciones nos hacen sufrir son los compañeros de guerra de mi hijo. ¡ Qué horror ! ¡ Amael se une con ellos... combate como ellos... posee esclavas de su raza... y entre ellas á su madre ! ¡ Justicia del cielo !

— Si, es horrible; pero lo ignoraba... Por otra parte ¿ cómo

se ha unido á los francos siendo de vuestra raza?

— Eso confunde mi razon y me llena de dolor. Mi hijo desapareció cuando tenia quince años del valle de Charolles donde viviamos libres y felices. ¿Qué le ha sucedido desde entonces? Lo ignoro...

Cuando Bonaik oyó pronunciar el valle de Charolles se estremeció saliendo de su meditacion, y despues prestó atencion á lo que decian la esclava y la madre de Amael que añadió:

— Hablemos de ese judio... que posee tal vez el secreto de la vida de mi hijo.

— Ese judio... ¿cómo?

— A pesar de mi dolor, cuando ese judio vino á tratar de nuestra venta, sufrí la suerte comun y me desnudaron. ¡Ah! por la santidad de mi nombre de madre, que ignore mi hijo mi deshonra... Esta idea seria el eterno y justo remordimiento de su vida si ha de vivir... añadió Rosen-Aer en voz baja para que solo la oyera Septimina. Mientras sufría la vergonzosa suerte de mis compañeras de esclavitud, el judio vió en mi brazo izquierdo estas dos palabras grabadas con caracteres indelebles: *Brenn-Karnak*.

— ¡*Brenn-Karnak!* repitió la esclava en voz alta que llegó á oír el anciano. ¿Qué nombres son esos? ¿porqué están grabados en vuestro brazo?

— Hemos adoptado esta costumbre hace muchas generaciones porque, en los tiempos de turbulencias y guerras continuas que atrevamos, las familias están espuestas á ser separadas y alejadas, y con una señal indeleble pueden reconocerse.

Apenas habia pronunciado Rosen-Aer estas palabras cuando Bonaik se acercó á ella conmovido y turbado y exclamó:

— ¿Sois de la familia de Joel, el brenn de la tribu de Karnak?

— Si, buen anciano; pero cómo sabeis...

— ¿Viviais en Borgoña, en el valle de Charolles concedido en otro tiempo á Loysik, hermano de Ronan, por el rey Clotario I?

— ¿Pero cómo sabeis eso?

El anciano se alzó la manga de su chamarra y designó con la mano las dos palabras *Brenn-Karnak* trazadas en su brazo.

— ¡Vos tambien sois de la familia de Joel! exclamó Rosen-Aer.

— Uno de mis antepasados era Kervan, hermano de Ronan.

— ¿Vivia vuestra familia en Bretaña, cerca de Karnak?

— Si, y mi hermano Alan cuyos hijos no han abandonado sin duda la causa de nuestra raza.

—¿Y cómo llegasteis á ser esclavo?

—Nuestra tribu pasó la frontera, para ir, segun costumbre inmemorial, á vendimiar las viñas de los francos en el pais de Rennes. Tenia quince años y acompañaba á mi padre en aquella expedicion; una partida de francos nos atacó, y durante el combate me separé de mi padre y caí prisionero. Vendido de amo en amo, la casualidad me trajo á este pais donde vivo hace doce años. ¡Ah! mis ojos se han dirigido con frecuencia hácia los fronteras de nuestra querida Bretaña que continua independiente; pero mis muchos años y el hábito de un oficio que me gusta y me consuela, me han impedido pensar en mi evasion. ¡Somos, pues, parientes! ¡Y ese desgraciado que está preso en ese subterráneo es de nuestra sangre! ¿Pero cómo ha llegado á ser gefe de esos francos que acaba de tragarse la inundacion?

—Estaba contando á esta pobre niña que un judio, mercader de esclavos, vió en mi brazo las palabras *Brenn-Karnak*, y me preguntó con sorpresa: — «¿No tienes un hijo de veinte y cuatro años de edad que lleva como tú estas dos palabras grabadas en el brazo?» — A pesar del horror que me inspiraba el judio, su pregunta reanimó mi esperanza de encontrar á mi hijo, y le respondí: — Si, hace diez años que mi hijo desapareció del pais que habitaba. — ¿No viviais en el valle de Charolles? me preguntó el judio. — ¿Conoces á mi hijo? le dije; pero aquel hombre se alejó sin contestarme y sonriendo con ironia...

—¿Y no le habeis vuelto á ver desde entonces? preguntó Septimina.

—No. Los carros continuaron su camino hácia este pais á donde llegué con mis compañeras de esclavitud. Todas habrán sucumbido en la inundacion de esta noche, y á no ser por el sacrificio de esta animosa jóven, tampoco yo existiria...

—El judio Mardoqueo, dijo el anciano artífice reflexionando, es íntimo amigo del mayordomo Ricarico y durante estos últimos dias ha venido con frecuencia á la abadia. ¡Todo lo comprendo ahora! Se hallaba en el convento de San Saturnino cuando Cárlos hizo donacion á vuestro hijo de esta abadia, se habrá adelantado indudablemente para avisar á la abadesa, y por esta razon ha hecho el mayordomo los preparativos de defensa contra los guerreros francos.

—El judio ha viajado en efecto con rapidez desde que partió del convento de San Saturnino de donde me ha traído, dijo Septimina.

Solo íbamos tres esclavas y él en un carro ligero tirado por dos caballos, y ha debido llegar aquí dos ó tres dias antes que los guerreros de Bertoaldo, quien se habrá detenido en su marcha por sus numerosos bagages.

— Y de este modo el judío ha avisado á Ricarico revelándole sin duda que el gefe franco era de raza gala, añadió Bonaik, y el mayordomo ha hundido á vuestro hijo en ese subterráneo creyendo que le esponia á una muerte inevitable. Debemos pensar, pues, en salvarle y salvarnos, porque si permanecieramos en este convento despues de la evasion de vuestro hijo nos espondriamos todos á la venganza de la abadesa.

— ¡ Oh! ¿ Y cómo hemos de hacer para huir? dijo Septimina cruzando las manos. Nadie puede entrar en ese edificio debajo del cual está preso Bertoaldo...

— Llámale Amael, hija mia, dijo Rosen-Aer, con amargura. El nombre de Bertoaldo me recuerda sin cesar una deshonra que quisiera olvidar...

— No es empresa imposible sacar á Amael de ese subterráneo, dijo el platero moviendo la cabeza. En eso estaba pensando ahora, y creo que tenemos algunas probabilidades de conseguirlo.

— ¿ Pero no veis, Bonaik, dijo Rosen-Aer las barras de hierro que defienden la ventana de este taller y las que cubren la abertura del subterráneo? ¿ Y cómo hemos de cruzar ese ancho foso?

— Esos obstáculos no son dificiles de superar. Supongamos que llegue la noche y que Amael se ve libre y se reune con nosotros: ¿ qué haríamos entonces?

— Salir de la abadia, dijo Septimina, huir todos...

— ¿ Y por qué medio, hija mia? ¿ Ignoras que al anochecer cierran la puerta de la calzada? El que la custodia vela de noche, y además, aunque cruzáramos la puerta, la inundacion cubre la calzada, y se necesitarán dos ó tres dias para que se retiren enteramente las aguas, de modo que hasta entonces la abadia estará rodeada de agua como una península.

— Tio Bonaik, dijo uno de los aprendices ¿ os habeis olvidado de las barcas de pescar?

— ¿ Donde se hallan, hijo mio?

— Para llegar á donde están seria preciso atrevesar el patio interior del claustro, y la puerta está cerrada todos los dias por dentro.

— ¡ Ah! dijo Rosen-Aer ¿ no nos queda pues ninguna esperanza?

— Dios nos inspirará y hallaremos el medio de salvarnos. Ocupémonos primero de Amael. Suceda lo que quiera, cuando esté fuera del subterráneo, será menos desgraciada su suerte. Oid, hijos míos, lo que voy á deciros, añadió Bonaik dirigiéndose á los aprendices. El plan que voy á proponeros decidirá de vuestra vida y de la nuestra. No vacileis; es preciso que nos secundeis ó que descubrais nuestro proyecto de fuga. Descubrirnos seria una accion vil, y sin embargo, no tenéis en esta evasion otro interés que la incierta esperanza de recobrar vuestra libertad. ¿Queréis descubrirnos? Decidlo francamente, al momento... y en este caso no intentaremos nada y se cumplirá la desgraciada suerte de esta digna mujer y de su hijo, pero si por el contrario llegamos con nuestro auxilio á salvar á Amael y á salir de esta abadia, os diré cual es mi proyecto. Dicen que hay cuatro dias de camino desde aquí á las fronteras de la Armórica, única tierra libre de la Galia; trataremos de llegar, y al pisar el territorio de Bretaña, nada deberemos temer: seguiremos el camino de Karnak, encontraremos allí á mi hermano ó á sus descendientes, y nuestra tribu os acogerá como de la familia. De aprendices plateros os convertireis en mozos de labranza, á no ser que prefirais continuar vuestro oficio en alguna ciudad de Bretaña, no como artesanos esclavos, sino como hombres libres. Reflexionadlo con madurez y decidios: el tiempo urge.

Justino consultó en voz baja con sus compañeros, y después de algunos momentos respondió al anciano:

— No es dudosa nuestra eleccion, maestro; nos esforzaremos como vos en devolver un hijo á su madre, y á pesar de todos los obstáculos, seguiremos vuestra suerte.

— ¡Gracias... gracias, jóvenes generosos! dijo Rosen-Aer con los ojos bañados en lágrimas. ¡Ah! solo puedo ofreceros la gratitud de una madre.

— Y ahora, añadió vivamente el platero que recobró al parecer el ardor de la juventud, silencio y manos á la obra. Dos de vosotros se ocuparán en limar las barras de la ventana del taller, pero sin hacerlas caer.

— Comprendo vuestra idea, Bonaik, dijo Justino, limaremos las barras hasta que queden de modo que con un leve empuje podamos arrancarlas.

— Muy bien, y podreis hacerlo sin temor de que os vean, pues el edificio que se alza en frente del taller no tiene ventanas por este lado.

—¿Y las barras de la abertura del subterráneo donde está mi hijo?

—Las limará por medio de este instrumento que voy á enviar á Amael envuelto en un pergamino donde le escribiré lo que ha de hacer.

Y el anciano se sentó á la mesa de trabajo y escribió las siguientes líneas que la esclava, que estaba inclinada detrás de él, leía en voz alta: «Cortad con esta lima las barras de la ventana sin separarlas enteramente, y quitadlas cuando llegue la noche. Tres sacudidas dadas á la cuerda nos advertirán que estais dispuesto. Acercad entonces hácia la ventana el barril vacío que habremos atado al estremó de la cuerda.»

—¡Oh! exclamó Septimina; ahora comprendo porque habeis pedido el barril.

—¡Cómo! dijo Rosen-Aer no menos asombrada que la esclava ¿habeis tenido, buen anciano, suficiente presencia de ánimo para pensar tan pronto en este medio de evasion?

—Era forzoso pensarlo entonces ó nunca, hijos míos, respondió el platero que continuaba escribiendo.

—Y nosotros que somos del oficio creíamos sin embargo que se trataba de la fundicion, dijo Justino. ¡Qué ardid tan ingenioso! El mismo Ricarico nos ha proporcionado la cuerda y el barril.

—«Cuando el barril esté cerca de la abertura del subterráneo,» dijo Septimina que continuó leyendo lo que escribía el anciano, «coged con fuerza y con ambas manos la cuerda que rodeará el barril, y apoyándoos en él, arrojaos al agua empujándolo hácia adelante, y nosotros lo atraeremos poco á poco hasta la ventana que os será fácil escalar entonces con nuestra ayuda.»

—¡Oh! buen anciano, dijo Rosen-Aer enternecida ¡ya está salvado!

—Aun no, pobre mujer. Os he dicho que es posible sacarle de ese subterráneo, pero será forzoso salir despues de este maldito convento, y esto no es tan fácil.

Y volvió á escribir las últimas líneas que leyó tambien en voz alta Septimina: «Supongo que sabeis nadar, pero no seais imprudente porque los nadadores mas diestros se ahogan. Cuando hayais leído este pergamino, rompedlo como el primero en pequeños fragmentos, y arrojadlos en el rincon mas oscuro de vuestro calabozo porque es posible que vayan á sacaros de allí antes de la noche.»

— ¡Cielos! dijo Rosen-Aer cruzando las manos con dolor; no habíamos pensado en eso... esa desgracia es muy posible.

— Es preciso preverlo todo, dijo el anciano acabando de escribir estas palabras. «No os desesperéis y confiad en el Dios de vuestros padres.»

— ¡Ah! murmuró dolorosamente Rose-Aer; Amael habrá olvidado la fé de sus padres, las lecciones de su familia y los padecimientos de su raza...

— Pero al ver á su madre se habrá acordado de todo, respondió el anciano y tiró de la cuerda para avisar á Amael, el cual respondió al momento.

Bonaik envolvió entonces la lima en el pergamino, la arrojó al otro lado del foso apuntando nuevamente con certero tino y entró por la ventana en el subterráneo: Amael apareció pocos momentos despues, y cuando acabó de leer las instrucciones del anciano, apareció detrás de la reja de su calabozo, y buscó con ávidas miradas á su madre.

— Os busca con los ojos, dijo la esclava á Rosen-Aer sin poder contener las lágrimas; no le negueis este consuelo.

La matrona gala suspiró, y apoyándose en Septimina, dió dos pasos hácia la ventana: entonces levantó al cielo uno de sus dedos con ademán solemne y resignado como para decir á su hijo que confiase en el dios de sus padres. Cuando Amael vió á su madre y á Septimina, cuya dulce imágen estaba grabada en su alma desde su primera entrevista en el convento de San Saturnino, cruzó las manos con fuerza y sus facciones espresaron á un tiempo la resignacion, el respeto y el reconocimiento.

— Y ahora, hijos míos, dijo el platero á los esclavos, tomad las limas y manos á la obra. Venga uno de vosotros á ayudarme á poner el crisol en la fragua para fundir los metales. Ricarico puede venir, y es preciso que nos halle ocupados en nuestra fundicion. La puerta está cerrada por dentro. Vos, Rosen-Aer, os colocareis cerca de la entrada de la cueva para ocultaros en el caso de que el maldito mayordomo volviera, lo cual no es probable porque habiendo terminado su ronda, á Dios gracias nunca le vemos durante el día, ¡pero la menor imprudencia pudiera perdernos á todos!

CAPITULO VI.

Amael sale del subterráneo. — La fuga. — El mensaje. — La fundicion al estilo del grande Eloy. — El mayordomo toma un baño. — Bernardo el portero. — La barca de los pescadores.

Era de noche. La abadesa estaba reclinada en la sala del banquete donde el día anterior había estado Amael sentado junto á ella. Su pálido rostro y su ademán pensativo indicaban que se travaba en su alma una reñida lucha de sentimientos opuestos. Ricarico entró en la estancia con una carta y le dijo:

— Señora, solo teneis que poner vuestra firma en el mensaje que envío al obispo de Nantes contándole vuestra defensa heroica y la destruccion de los guerreros del impio Cárlos Martel.

Pero Merofleda estaba tan abismada en su meditacion que el mayordomo repitió en voz alta:

— Señora, espero vuestra firma.

Merofleda dijo entonces á Ricarico con voz lenta y sin apartar la vista del objeto que miraba distraida sin dejar de apoyar la frente en una de sus manos:

— ¿Qué te ha dicho cuando has ido esta mañana á su calabozo?

— ¿De quién hablais, señora?

— ¿De quién he de hablarte sino de Bertoaldo?

— Estaba silencioso y sombrío.

La abadesa se levantó con precipitacion, y haciendo un esfuerzo para dominar su emocion, dijo al mayordomo:

— Trae á mi presencia á Bertoaldo.

— Señora...

— ¡Obedece!

— El mensajero que ha de llevar esta carta al obispo de Nantes espera en la antesala y el barco está pronto con cuatro remeros.

— ¿Qué me importa tu mensaje? Trae á Bertoaldo...

— Obedezco, dijo el mayordomo dirigiéndose lentamente á la puerta de la sala, y ya iba á desaparecer detrás del cortinaje cuando Merofleda le dijo despues de vacilar un momento:

— ¡Espera!

El mayordomo volvió con precipitacion.

— No sabes, dijo la abadesa, la terrible lucha que hay en mi al-

ma. Tu espantoso ardid de la inundacion despierta mi remordimiento, la sombra de esos desgraciados me persiguen acusándome de barbarie, y diera la mitad de mi vida por olvidar su muerte horrible.

— Nos defendiamos con justicia contra una inicua usurpacion.

— Pero tantas víctimas...

— Dios las tenga en su gloria.

— Puedo al menos salvar á Bertoaldo.

— Olvidadle, señora.

— ¡Imposible! Ese hombre me inspira odio por ser hijo de una familia que tantas desgracias ha ocasionado á la mia, y al mismo tiempo me inspira compasion...

— ¡Compasion!

— Si, á pesar de ser mi enemigo. Mientras viva ese hombre, las víctimas de esta noche me perseguirán hasta en mis sueños.

— Hay sin embargo un medio de libraros de esas angustias. Ya os he propuesto...

— ¡Calla! Tus consejos infernales serán causa de mi perdicion.

— ¿Pues cuales son vuestros designios?

— Si hubiera de escuchar la voz del deber y de mi conciencia, me arrojaria á sus piés, le pediria su perdon y le entregaria los bienes que me usurpa Carlos...

— Estais delirando, señora. Sosegaos...

— ¿Donde está la llave de su calabozo?

— En este manajo, respondió el mayordomo designándole varias llaves que colgaba de su cinturón de cuero.

— Dame esa llave.

— ¿Qué vais á hacer?

— ¡Dame esa llave!

— ¿Vais á humillaros delante de un esclavo?

— ¡Obedece!

— Obedezco, señora, dijo el mayordomo sacando del manajo de llaves una enorme y enmohecida. Merofleda la tomó, la miró en silencio y permaneció algunos instantes pensativa.

— Señora, añadió Ricarico, voy á enviar el mensajero que espera la carta del obispo de Nantes.

Merofleda no respondió.

— Voy tambien á entrar en el taller del platero... Hoy fundé el gran vaso de plata.

— Ya no pienso en el vaso.

— Pues yo no lo olvido. No sé porqué he sospechado del anciano; me ha parecido esta mañana advertir en sus facciones cierta emoción y me ha dicho que iba á encerrarse todo el día. Creo que urde alguna trama con sus aprendices para ocultar una parte del metal. La fundicion principia al anochecer, y como ya es de noche voy á presenciar la operacion. ¿Teneis que darme alguna orden?

Merofleda estaba sumida en su meditacion mirando la llave del calabozo de Amael que tenia en la mano, y despues de algunos momentos de silencio, dijo al mayordomo sin levantar los ojos:

— Dirás á Magdalena que me traiga el manto y una luz.

— ¿ El manto, señora? ¿ Queréis salir? ¿ Vais al calabozo de ese esclavo?

Merofleda impuso silencio con un ademan imperioso al mayordomo que salió lentamente de la sala.

Bonaik, sus aprendices, Rosen-Aer y Septimina, que habian esperado con impaciencia la noche, habian hecho en tanto los preparativos necesarios para la evasion de Amael. El resplandor del fuego de la fragua iluminaba el taller, y acababan de desaparecer las barras de hierro de la ventana.

— Sois jóvenes y robustos, dijo el anciano á los esclavos, y á falta de armas, podrán servir las barras de hierro de la ventana: colocadlas, pues, en un rincon. Pasad ahora el barril por la ventana y atad á uno de los aros esta cuerda cuyo extremo opuesto está en las manos de Amael, que se halla dispuesto como acaba de indicarme.

Rosen-Aer y la esclava estaban junto á la ventana con el corazon palpitante de esperanza y angustia. Los aprendices arrojaron el barril en el agua, y las tinieblas eran tan profundas que ni siquiera se distinguia la blancura del edificio en cuyo subterráneo esperaba Amael. El barril desapareció en la sombra atraido por el preso, y á medida que se alejaba, uno de los aprendices aflojaba poco á poco la cuerda que debia servir para acercar el barril cuando Amael se apoyara en él para cruzar el foso.

Reinó entonces en el taller un solemne silencio; parecia que todas las respiraciones estaban suspensas, y á pesar de la noche, que era tan oscura que no se distinguia ningun objeto, todas las miradas se esforzaban en penetrar aquellas tinieblas. Finalmente, el aprendiz que, inclinado en la ventana, sujetaba la cuerda destinada á acercar el barril, dijo al anciano tras algunos minutos de ansiedad:

— Maestro, el preso ha salido del subterráneo, y se apoya sobre el barril; acabo de advertir que la cuerda está tirante.

— Tira pues, hijo mio, poco á poco y sin sacudidas.

— Ya viene, añadió con júbilo el aprendiz, el cuerpo del preso pesa ahora sobre el barril.

— ¡Gran Dios! exclamó Rosen-Aer; ¿no veis una luz en el subterráneo?

— ¡Una luz! gritaron todos acercándose á la ventana.

— ¡Estamos perdidos!

En efecto, un vivo resplandor producido por la luz de una antorcha aparecía de pronto en el interior de la bodega, y la abertura semicircular se dibujó al través de las sombras, proyectando los reflejos de la luz interior hasta el agua del foso que iluminó al fugitivo medio sumergido y sosteniéndose apoyado con ambas manos en el barril flotante. En aquel momento apareció Merofleda cubierta con su capucha en la abertura del subterráneo y asiéndose en dos barras que Amael no había limado porque las otras le dejaban suficiente espacio para huir. Al ver al fugitivo, la abadesa lanzó un grito y pronunció dos veces el nombre de Bertoaldo. Despues desapareció llevándose la antorcha, de modo que el foso volvió á quedar envuelto en densas tinieblas.

El aprendiz que atraía el barril se aterró al ver á la abadesa, y dando un paso atrás, abandonó la cuerda salvadora, pero felizmente la cogió el anciano platero que atrajo el barril hasta el bordé de la ventana, y dijo en medio del espanto de todos:

— Salvemos primero á Amael...

Como el barril flotaba al nivel de la ventana, la escaló fácilmente el preso, cuyo primer movimiento al entrar en el taller fué arrojar-se en los brazos de su madre... Los dos olvidaban el peligro en un abrazo apasionado cuando llamaron con estruendo á la puerta.

— ¡Desgraciados de nosotros! murmuró uno de los aprendices; es la abadesa!

— ¡Es imposible! dijo el platero, necesita al menos doce minutos para subir del calabozo, dar vuelta al claustro, cruzar los patios y llegar aquí.

— ¡Bonaik! dijo en la parte posterior de la puerta la áspera voz de Ricarico, abre al instante la puerta...

— ¡Qué haremos? La cueva del carbon es demasiado estrecha para ocultar á Rosen-Aer y á su hijo, murmuró el anciano, y res-

pondió en voz alta volviéndose hácia la puerta: — Señor mayordomo, estamos ocupados en la fundicion y no podemos interrumpirla...

— Vengo para presenciar la operacion, dijo el mayordomo. Abre al instante...

— Vos, vuestro hijo y Septimina, quedaos cerca de la ventana é inclinaos hácia fuera porque lo que voy á hacer os sofocaria, dijo el anciano á Rosen-Aer despues de un momento de reflexion. Y empujando hácia la ventana á Amael, á su madre y á la esclava, dijo á uno de sus aprendices: — Vierte en la fragua la caja llena de azufre y betun.

El esclavo obedeció maquinalmente, y en el momento que Ricarico daba en la puerta redoblados golpes la humareda sulfurosa, que empezaba á esparcirse por el taller, llegó á ser tan intensa que apenas se veian los objetos mas cercanos. Asi pues, cuando el anciano fué por fin á abrir la puerta al mayordomo, este, cegado y sofocado por una bocanada de aquel espeso y acre vapor, retrocedió vivamente en vez de entrar.

— Entrad, señor mayordomo, dijo Bonaik; es el efecto de la fundicion segun las reglas del grande Eloy... No hemos podido abrir antes temiendo que se enfriasen los metales en fusion que arrojamos en el molde. ¡Entrad, señor, entrad!

— ¡Vete al demonio! respondió Ricarico tosiendo y retrocediendo á la parte exterior del umbral. Esto es un infierno... me ahogo.

— Es el efecto de la fundicion, señor.

El anciano vió entonces el manojo de llaves que pendia del cinturon del mayordomo que con ambas manos se frotaba los párpados doloridos y bañados en lágrimas por causa de la acritud del humo, y asiéndole con fuerza por el cuello gritó:

— ¡A mi, hijos míos! Tiene las llaves de las puertas.

Los aprendices y Amael corrieron, se precipitaron sobre el mayordomo y ahogaron sus gritos apretándole el cuello, mientras Bonaik se apoderaba de las llaves y decia:

— Ya tengo las llaves. Entrad á este hombre al taller y arrojadle al instante al foso. Perdonad, señor mayordomo; es indispensable para la fundicion...

Ejecutáronse las órdenes del anciano á pesar de la resistencia furiosa del conde.

Pronto se oyó el ruido de un cuerpo que caia en el agua.

—Ahora, dijo el anciano, venid todos y seguidme. La abadesa no puede tardar en llegar con sus hombres de guerra.

Apenas había dado el anciano algunos pasos por el corredor cuando vió á lo lejos al esclavo portero que se acercaba con una linterna en la mano.

—Permaneced ocultos en la sombra, dijo el platero en voz baja á los fugitivos. Y se dirigió apresuradamente al portero que le dijo:

—¿No está el mayordomo en tu taller, Bonaik? No sé en qué piensa: hace dos horas que el mensajero espera en la barca.

—¿Qué barca?

—La que ha mandado preparar Ricarico. Los remeros esperan al mensajero.

—No esperarán mucho rato porque ese mensajero soy yo.

—¿Tú?

—¿Conoces estas llaves?

—Son las que lleva siempre el mayordomo.

—Me las ha confiado para que pueda salir del monasterio en el caso de que no te hallases en tu puesto. Guiame á donde está la barca.

El portero, persuadido por el acento de sinceridad del anciano, cuya presencia de ánimo y sangre fría aumentaba al parecer con los peligros, marchó delante, pero Bonaik se detuvo un momento y llamó en voz baja á uno de los aprendices.

—Justino, le dijo, seguidme á alguna distancia; la noche es oscura, y os guiará el resplandor de la linterna del portero, pero cuando me oigais silvar, acudid al momento.

Y dirigiéndose al portero, que se hallaba ya bastante lejos, le gritó:

—¡Bernardo, no andes tan aprisa! ¿Te olvidas de que soy un pobre viejo?

Bonaik llegó al patio exterior del monasterio, precedido del portero y seguido de lejos en la oscuridad por los fugitivos. De pronto Bernardo se paró á escuchar.

—¿Qué sucede? le preguntó el platero ¿porqué te detienes?

—¿No ves brillar la luz de las antorchas en las ventanas del patio interior del monasterio? ¿no oyes ese tumulto?

—¡Anda, anda! Mas grave es aun lo que me ocupa que esas antorchas y ese tumulto: necesito cumplir sin pérdida de tiempo el encargo de Ricarico. No puedo detenerme un momento.

—Algun suceso extraordinario tiene lugar en el convento.

— Por eso me envía el mayordomo tan precipitadamente. Apresurate : el tiempo urge.

— En ese caso... es diferente de lo que creía... Sospeché de vos... os lo confieso, dijo Bernardo acelerando el paso, y no tardó en llegar á la puerta exterior del monasterio.

El anciano silvó entonces, y el portero le preguntó con sorpresa:

— ¿Porqué silbais ?

— ¿Yo ?

— Si.

— ¿Como ?

— ¿Estais sordo ? ¿Os pregunto porqué silbais ?

— ¿He silbado acaso ?

— Si. Ya está abierta la puerta : sal, pues, ya que tienes tanta prisa. Pero oigo pasos... vienen por ese lado. ¿Qué gente es esa ? dijo Bernardo levantando la linterna. Hay dos mujeres...

Bonaik interrumpió las reflexiones del portero gritando :

— ¡Quitad la llave de la puerta y salid al instante !

Apenas habia pronunciado el anciano estas palabras, cuando Amael, los aprendices, Rosen y Septimina se precipitaron fuera de la puerta; uno de los aprendices empujó con violencia á Bernardo en el interior del patio, quitó la llave de la cerradura, tiró hacia sí la puerta y la cerró por fuera en tanto que Bonaik gritaba levantado del suelo la linterna :

— ¡ Ah de la barca !

— ¡ Por aqui ! respondieron varias voces ; por aqui ! Está amarrada al sauce grande.

— Maestro, dijo uno de los aprendices, nos persiguen. El portero está pidiendo auxilio. ¿ Veis esas luces ? Aparecen ya en el patio de donde acabamos de salir.

— No temais, hijos míos ; la puerta está forrada de hierro y cerrada por fuera y antes que la fuercen estaremos embarcados.

El anciano continuó mientras respondia dirigiéndose hácia el sauce, y viendo entonces un zurrón que Justino llevaba en la espalda, le dijo :

— ¿ Qué llevas en ese saco ?

— Mientras estabais hablando con el mayordomo tomé por precaucion mi zurrón donde puse el resto de los víveres, y Gervasio hizo lo mismo con el vino.

— Habis tenido una idea escelente porque no podremos pararnos en todo el dia.

El anciano y sus compañeros llegaron al suace al cual estaba amarrada una barca con cuatro remeros en los bancos y el piloto en el timon.

— ¡Gracias á Dios que habeis llegado! dijo con acento de enojo el piloto: hace mas de tres horas que esperamos muertos de frio y tenemos que remar dos horas...

— Voy á daros una buena noticia, amigos míos, respondió el platero á los barqueros. Traigo gente para remar, y podeis volver al monasterio; únicamente se quedará el piloto para guiar la barca.

Los remeros saltaron en tierra ligeros y alegres, y el piloto se resignó, pero no sin quejarse. Bonaik hizo entrar en la barca á Septimina y á Rosen-Aer, y Amael y los aprendices se apoderaron de los remos. El piloto asió del timon, la embarcacion se alejó de la orilla, y el anciano artífice dijo enjugándose la frente y exalando un suspiro de alegría:

— ¡Ah! Hoy es, hijos míos, el dia mas feliz que he disfrutado desde que conocí al grande Eloy.

CAPITULO VII.

Las quejas de una madre. — El conde Becfran. — Amael rechaza las grandezas. — Reconciliacion. — Llegan los fugitivos á Bretaña.

Los fugitivos no descansaron durante aquella noche, y el día siguiente al mediodía se detuvieron en un bosque restableciendo sus fuerzas con las provisiones y el vino que habian tenido la precaucion de llevar los aprendices. Los viajeros se sentaron en la yerba bajo una corpulenta encina cuyas hojas habia teñido de color amarillento el otoño; corria á sus piés un cristalino arroyuelo, y detrás de ellos se alzaba una colina que habian subido y bajado despues siguiendo una antigua via romana, que estaba rota y surcada de barrancos: aquella via se prolongaba á cierta distancia hasta la falda de un bosque detrás del cual desaparecia. Finalmente, dibujábanse en lontananza terminando el horizonte las azuladas cimas de altos montes, límites y fronteras de Bretaña. Los fugitivos, guiados por uno de los aprendices que conocia las cercanias del monasterio, habian llegado fácilmente al antiguo camino romano el cual conducia á las fronteras de la Armórica donde César habia construido siete siglos antes varios campamentos atrincherados para proteger sus colonias militares. Amael, acostumbrado durante la guerra á medir las distancias, creia que andando hasta ocultarse el sol y volviendo á ponerse en camino despues de una hora de descanso, seria posible llegar á la tarde del día siguiente á los confines de Bretaña.

Septimina estaba sentada al lado de Rosen-Aer y de Amael: los aprendices tendidos en el cesped terminaban su frugal comida, y el anciano artífice, habiendo restablecido tambien sus fuerzas, sacó del bolsillo de su pobre chamarra un objeto cuidadosamente envuelto en un pedazo de cuero. Los jóvenes observaron con curiosidad los movimientos del anciano, y vieron con gran sorpresa que sacaba del envoltorio el báculo abacial de plata que estaba cincelando hacia algun tiempo. En el paquete se veian tambien dos buriles. Bonaik dijo á los aprendices al ver su asombro:

— ¿Os admira, hijos míos, que me haya llevado de la abadia este báculo de plata? ¿Creeis acaso que me ha tentado el valor del metal?

No, no; en primer lugar este objeto no tiene gran precio, y por otra parte hace doce años que trabajo sin salario en el taller del monasterio, y hubiera podido pagarme al huir con objetos de mas valor.

— Es cierto, Bonaik ¿pero porqué os habeis llevado ese báculo?

— Es tanta mi afición al oficio, que, temiendo no poder ejercerlo mas en los escasos años que me restan de vida, he traído mis dos mejores buriles para cincelar este báculo con tanta finura y pureza que, trabajando en él un rato todos los dias, emplearé en mi obra todo el tiempo que medie hasta mi muerte.

— Nos felicitabais, maestro, de qué éramos jóvenes de precaución porque habíamos pensado en el vino y las provisiones, pero vemos que vuestra prevision supera la nuestra.

— Buen anciano y vosotros, amigos míos, dijo Arael dirigiéndose al platero y á los aprendices, dignaos acercaros porque deseo que oigais lo que voy á decir á mi madre. He faltado y debo tener el valor de confesarlo todo en voz alta...

Rosen-Aer suspiró y esperó el relato de su hijo con una curiosidad triste y severa. Septimina la miraba con ademán casi suplicante como si implorase para Arael la indulgencia de aquella madre tan justa y dolorosamente enojada.

— Desde que ha cesado el peligro para mí, continuó Arael, mi madre no me ha dirigido la palabra durante nuestra larga marcha de dia y de noche, y hasta ha rehusado el apoyo de mi brazo prefiriendo el de esta pobre niña que le salvó la vida. La severidad de mi madre es justa y no me quejo. ¡Dios quiera que el relato de mis faltas y mi arrepentimiento alcancen mi perdon!

— Una madre perdona siempre, dijo Septimina mirando tímidamente á Rosen-Aer, pero esta respondió con voz conmovida y grave:

— El abandono de mi hijo ha destrozado mi corazón durante muchos años, y luchando con angustias que renacían sin cesar, ora me entregaba á la desesperacion, ora á una esperanza insensata. Perdonó á mi hijo tan continuos tormentos, pero no puedo perdonarle su alianza criminal con los opresores de mi raza, con los encarnizados enemigos de Bretaña.

— Escuchadme, madre mia... Grande es mi crimen, pero os juro que antes de haberos vuelto á ver me despedazaban los remordimientos. Voy á deciros la verdad. Hace diez años partí del valle de Charollés donde vivía sin embargo feliz al lado de mi familia, pero

¿qué os diré para escusarme? Cedió á la curiosidad, á una invencible necesidad de aventuras porque creía que fuera de nuestro valle me reservaba el mundo desconocidos encantos. Una noche partí vertiendo lágrimas...

— En mi niñez, dijo el anciano, mi padre me contaba con frecuencia que Karadoc, uno de nuestros antepasados, habia abandonado así á su familia para hacerse bandido contra los francos. Rosen-Aer, el recuerdo de nuestro antepasado debe inspiraros indulgencia para con vuestro hijo.

— Los bandidos de aquellos tiempos peleaban contra los romanos y los francos nuestros opresores en vez de ir á combatir con ellos como ha hecho mi hijo.

— Vuestra acusacion es justa, madre mia, y os confieso que mas de una vez me la he dirigido. Pocas horas despues de salir del valle caí en poder de una partida de francos que regresaban de Auvernia y se dirigian al norte. Me hicieron esclavo, y su gefe me destinó durante algun tiempo para cuidar sus caballos y bruñir sus armas. Tenia el instinto de la guerra, y el aspecto de un caballo brioso era mi delicia desde mi mas tierna infancia. ¿No lo recordais, madre mia?

— Sí, los dias de júbilo para tí eran los que dedicaban los colonos del valle al ejercicio de las armas.

— No traté de huir mientras fui esclavo de aquel gefe franco porque me habia grangeado su aprecio, y por otra parte, era para mí un placer el limpiar sus armas y montar durante el camino sus caballos de batalla. ¡Ah! por fin veia un pais nuevo, porque las tierras devastadas, las casas convertidas en escombros y la espantosa miseria de los pueblos esclavizados que cruzábamos formaban un doloroso contraste con la independiente y venturosa existencia de los habitantes de nuestro pacífico valle. Entonces, madre mia, — creedme porque digo el mal lo mismo que el bien, — al recordar nuestro feliz pais y al pensar en vos y en mi padre, vertia lágrimas y mi corazon se despedazaba. Muchas veces traté de huir, pero me contenia el temor de ser recibido por vos como lo merecia.

— ¡Es tan natural! dijo Septimina que escuchaba á Amael con tierno interés. Hubiera experimentado igual temor á haber cometido la misma falta.

— Finalmente, continuó Amael, despues de permanecer un año al servicio de aquel gefe franco llegué á ser un buen escudero y domaba los caballos mas fogosos, asi como al perfeccionarme en el ar-

te de limpiar las armas aprendí también á manejarlas. Murió el franco, y sus herederos me pusieron en venta. Un judío llamado Mardoqueo, que como tantos otros recorría la Galia negociando en carne humana, se hallaba entonces en Amiens y vino á visitar los esclavos. Me compró diciéndome que me destinaba para servir á un rico señor franco llamado Bodegesil, duque del pais de Poitiers, el cual poseía, segun añadió el judío, magníficos caballos y soberbias armaduras. — «Si huyes, me harás perder una crecida cantidad, me dijo «Mardoqueo, porque te he comprado sin reparar en el precio, segu-
«ro de que Bodegesil no vacilará en aceptarte, pero perderás tal
«vez una ocasion de hacer fortuna, pues el franco es un señor gene-
«roso, y si le sirves fielmente, te emancipará y te llevará á la guer-
«ra á su lado cuando el monarca le llame á la guerra. Si eres ambi-
«cioso, te advierto que en la época de guerra en que vivimos, mas de
«un liberto ha llegado á ser conde.» La ambicion me cegó, me em-
briagó el orgullo, dí crédito á las promesas del judío y no traté de
huir. Mardoqueo contribuyó al mismo tiempo á que persistiera en
mi resolucion tratándome con bondad y hasta prometiéndome que
por conducto de otro judío que debía partir á Borgoña haría llegar
hasta vos, madre mia, una carta que os escribí...

— Ese hombre no cumplió su promesa, dijo Rosen-Aer; no tuve de tí noticia alguna.

— No me sorprende esta falta de palabra porque el judío era avaro y pérfido. Me condujo al castillo del duque Bodegesil, el cual tenia en efecto magníficos caballos que pacian en los inmensos prados de sus dominios, y una de las salas de su castillo estaba llena de espléndidas armaduras; pero el judío me habia engañado acerca del carácter del duque que era violento y cruel. Sin embargo, le admiró desde mi llegada la destreza con que domé un potro salvaje que habia sido hasta entonces el terror de sus esclavos y escuderos, y me trató con menos dureza que á mis compañeros galos ó francos; porque ya sabeis, madre mia, que por las vicisitudes de los tiempos, muchos descendientes de los primeros conquistadores de la Galia han llegado á la miseria y de la miseria á la esclavitud. Bodegesil era tan cruel con los esclavos de raza germánica como con los galos, pero yo, á caballo siempre y ocupado constantemente en limpiar y manejar las armas, llevé á cabo un proyecto que ideaba hacia mucho tiempo. La fama de Cárlos, alcalde de palacio, habia llegado hasta mí, y habia oido decir á los francos amigos de

Bodegesil que el héroe, obligado á defender la Gália en el norte contra los frisones y en el mediodía contra los árabes, y no viéndose secundado en sus guerras por los antiguos señores feudatarios ni por el clero, que solo le proporcionaban poco dinero y escaso número de hombres, acogia favorablemente á los aventureros, algunos de los cuales llegaban á hacer fortunas inesperadas combatiendo con valor á sus órdenes. Tenia veinte años cuando supe que Cárlos se acercaba al Poitou con objeto de rechazar á los árabes que amenazaban invadir esta comarca. Habia llegado por fin el momento que durante tanto tiempo anhelaba mi ambicion. Un dia, bajo el pretexto de limpiarla, me llevé y oculté pieza por pieza la mas preciosa armadura de Bodegesil, y oculté tambien una espada, una hacha, una lanza y un escudo. Cuando llegó la noche fuí á buscar en la caballeriza el corcel mas brioso del duque, y cubriéndome con la armadura, me alejé del castillo. Quería presentarme á Cárlos decidido á ocultar mi origen y pasar por hijo de un señor de raza germánica para interesar por mi suerte al gefe de los francos. A cinco ó seis leguas del castillo fuí atacado al amanecer por una cuadrilla de esos bandidos que infestan la Gália, pero me defendí con vigor, di muerte á dos bandidos y dije á los demás: — «Cárlos necesita hombres valientes y les da una buena parte del botin. Venid conmigo. Vale mas pelear en el ejército que atacar los viajeros en los caminos, pues aun que el peligro es igual, es mayor el provecho.» Los bandidos siguieron mi camino y me acompañaron, y nuestra reducida partida se aumentó en el camino con hombres desalmados y sin hogar pero valientes. Llegamos al campamento de Cárlos el dia que precedió á la batalla de Poitiers; le dije que era hijo de un noble franco que habia muerto pobre y sin dejarme otra herencia que su caballo y sus armas. Cárlos me recibió con su habitual rudeza y me dijo: — «Mañana nos batimos y si estoy contento de tí y de tus hombres tambien quedareis contentos de mí.» Quiso la casualidad que en aquella batalla contra los árabes salvase la vida del gefe de los francos ayudándole á defenderse contra varios ginetes que le atacaban con furia, y en la refriega recibí algunas heridas entre otras esta... en la frente. Desde aquel dia conquisté el afecto de Cárlos. No os hablaré, madre mia, del aprecio de que tantas pruebas me ha dado en cinco años, porque tan elevada fortuna estaba envenenada por esta idea que me perseguia sin cesar: — «He mentado, he re-negado cobardemente de mi raza por una ambicion culpable; he

«prestado el apoyo de mi espada á los opresores de mi patria para rechazar á esos sajones y árabes tan bárbaros como los francos.» Aun mas, madre mia; mas de una vez, en esos combates incesantes de los señores de Austrasia contra los de Neustria ó Aquitania, guerras impías en que los condes, los duques y los prelados llevan á sus colonos como soldados, he combatido contra hombres de mi raza, y he teñido mi espada con su sangre.

— ¡Qué baldon! murmuró Rosen-Aer ocultándose el rostro con sus manos.

— Si, negro baldon... que cae sobre mí, no sobre vos, madre mia, porque cedia al impulso de una primera falta, y combatía contra los de mi raza por no parecer cobarde á los ojos de Cárlos y por temor de desmentir mi pasado. El orgullo me embriagaba cuando me veia honrado por los francos mas altivos... siendo hijo del pueblo por ellos esclavizado. Pero cuando pasaban esos momentos de vértigo envidiaba á veces á los mas miserables esclavos, porque tenían al menos derecho al respeto que inspira la desgracia. En vano busqué la muerte en las batallas; estaba condenado á vivir... y solo encontraba una distraccion pasajera en la embriaguez del combate, en las empresas peligrosas. ¡ Ah! ¡ cuantas veces pensé con amargura en el valle de Charolles donde vivia mi familia! Cuando supe despues la invasion de los árabes y la desesperada resistencia de los pacíficos habitantes de aquel tranquilo retiro, pensé que mi espada, ofrecida al gefe de los francos por una culpable ambicion, hubiera podido defenderos ó vengaros, madre mia, y desde aquel dia el remordimiento acibaró mi existencia.

— Tu padre combatió entonces hasta exhalar el postrer suspiro por su libertad y por la de los suyos. Yo le vi caer á mis piés bañado en sangre y traspasado de heridas. ¿ Y donde estabas mientras tu padre defendía con el heroismo de nuestros antepasados su hogar, su libertad y su familia... donde? Al lado del gefe de los francos, mendigando sus favores ó combatiendo contra tus hermanos.

Amael ocultó el rostro entre sus manos y respondió con un sollozo ahogado.

— ¡ Por piedad... no le desespereis! dijo Septimina á Rosen-Aer. ¿ No veis cuan desgraciado es... cuál se arrepiente?

— Rosen-Aer, añadió el anciano, pensad que ayer era aun favorito del gefe soberano de la Galia y habia llegado al colmo de una fortuna inesperada, y hoy renuncia ya á esos favores que le habian

embriagado. Vedle tan miserable como nosotros sin abrigar mas deseo que el de volver á vivir pobre é ignorado , pero libre en Armórica , cuna de nuestra comun familia.

— Pero esos bienes , esas tierras y esos favores , dones malditos de Cárlos , exclamó Rosen-Aer ¿ los abandona mi hijo voluntariamente ? ¿ No le habéis sacado , buen anciano , del calabozo donde á no ser por vos hubiera perecido ? ¡ Ah ! Dios es justo ! Mi hijo debía su fortuna á una ambicion impía y por eso le ha sido funesta. Ensalzado y enriquecido por los francos , ha sido vergonzosamente castigado y despojado por una mujer de su raza.

— ¿ Creéis que Amael , dijo Septimina prorumpiendo en llanto , ni aun en el colmo de la fortuna , no hubiera renunciado á ello por seguimos ?

— El hombre que reniega de su patria y de su raza hubiera podido renegar de su madre. Tengo ahora el horrible derecho de dudar del corazon de mi hijo.

— Maestro , dijo de pronto uno de los aprendices con acento de terror ¿ veis allá en el ángulo del camino aquellos guerreros ? Se acercan con tanta rapidez que antes de breves momentos estarán cerca de nosotros.

Los fugitivos se levantaron , y hasta Amael , olvidando momentáneamente el dolor que le causaba la justa severidad de su madre , se enjugó el rostro bañado en lágrimas , y dió algunos pasos para asegurarse de la llegada de los guerreros.

— ¡ Gran Dios ! exclamó Septimina ; ¿ si perseguirán á Amael ? Bonnik , es forzoso que nos ocultemos en esos matorrales.

— Hija mia , nos espondriamos á que nos persiguieran porque esos guerreros nos han visto ya , y nuestra fuga despertaria sus sospechas. Por otra parte , en vez de venir de Nantes siguen un camino opuesto , y por consiguiente no nos persiguen.

— Maestro , dijo uno de los jóvenes , tres ginetes se adelantan y nos hacen seña con la mano para que vayamos hácia ellos.

— ¡ Tal vez nos amenaza un nuevo peligro ! dijo Septimina acercándose á Rosen-Aer que era la única que no se habia levantado y que parecia indiferente á cuanto pasaba en torno suyo. ¡ Ah ! ¿ Qué va á ser de nosotros ?

— ¡ Pobre niña ! dijo Rosen-Aer , poco me importa ahora la vida... y sin embargo , la esperanza de encontrar algun dia á mi hijo me habia consolado en mis penas.

— Pero ya habeis encontrado al hijo que tan tiernamente llorabais.

— No, respondió la gala con sombrío dolor, no; ese no es mi hijo.

Amael se habia acercado con inquietud á los tres guerreros francos que precedian á un grupo mas numeroso. Uno de ellos paró el caballo y preguntó al hijo de Rosen-Aer:

— ¿Eres del pais?

— Si.

— ¿Es este el camino de Nantes?

— Si.

— ¿Se llega por él á la abadía de Meriadek?

— Si, volvió á responder Amael tan sorprendido de aquel encuentro como de las preguntas.

— Arnulfo, dijo el guerrero á uno de sus compañeros despues de interrogar á Amael, vé á decir al conde Bectran que no hemos errado el camino; voy á dar de beber al caballo en este arroyo.

El guerrero partió, y mientras sus compañeros dejaban beber á sus caballos en la corriente, Amael, que no habia podido ocultar su asombro al oír nombrar al conde Bectran, dijo á los guerreros:

— ¿Sois soldados de Bectran?

— Si.

— ¿Qué objeto le trae á este pais?

— Viene de mensajero de Cárlos, gefe de los francos. Pero dime ¿tenemos qué andar mucho para llegar á la abadía de Meriadek?

— Será muy entrada la noche cuando llegueis.

— ¿Es muy rica esa abadía?

— Muy rica... ¿pero porqué me haces semejante pregunta?

— ¿Porqué? dijo alegremente el guerrero; porque Bectran y nosotros vamos á tomar posesion de esa abadía, que nos ha concedido Cárlos.

— ¿Cárlos os la ha concedido?

— ¿Eso te asombra?

— Dicen en el pais que Cárlos habia concedido ese monasterio y sus bienes á cierto Bertoaldo.

— ¿Conoces al conde?

— Si.

— En ese caso conoces á uno de los guerreros mas famosos y valientes de los francos. Es privado del generoso Cárlos, lo cual es su-

ficiente elogio porque solo elige sus validos entre las mejores espadas. Los demás guerreros se reunieron durante esta conversacion con los que les servian de vanguardia, y se veian á lo lejos varios carros y mulos cargados de bagages y algunos caballos conducidos de las riendas por esclavos. A la cabeza del grupo principal se distinguia á Bectran, guerrero de barba canosa y de una fisonomia ruda y estúpida.

Amael dió algunos pasos hácia el conde, y este detuvo brusca-mente el caballo, soltó las riendas, se frotó los ojos como quien se resiste á creer lo que vé y exclamó contemplando con asombro al hijo de Rosen-Aer:

— ¡Bertoaldo! ¡el conde Bertoaldo!

— Si, soy yo... Te saludo, Bectran.

— Apenas doy crédito á lo que veo.

— Soy Bertoaldo.

Bectran bajó del caballo, se acercó al jóven para mirarle con mas atencion y dijo:

— ¡Es él... es él indudablemente! ¿Qué haces aqui con estos mendigos?

— Habla en voz mas baja, respondió Amael haciéndole una seña misteriosa. Voy á desempeñar un encargo de Cárlos.

— ¿Con la cabeza descubierta, sin armas, con el traje lleno de lodo y hecho girones?

— ¡Silencio! Es un disfraz que he tomado para no despertar sospechas.

— ¡Ah!.. ya sé que eres astuto. Cuando el buen Cárlos tenia algun negocio atrevido y delicado te elegia con predileccion, porque si nosotros eramos tan valientes como tú, eras mas astuto que nosotros y mas que yo especialmente. Cárlos me decia con frecuencia: «Viejo Bectran, serias un hombre superior si tu cerebro valiera tanto como tus puños...» Pero ignoras sin duda que te traigo un message.

— ¿Qué message?

— Voy á reemplazarte con mis hombres en la abadía de Meriadek.

— ¿Te ha hecho donacion de ella?

— Si.

— Cárlos es dueño de dar y de quitar.

— No lo consideres como un disfavor, todo lo contrario; la carta

que te traigo te probará que te ama como siempre y te distingue. Cárlos te eleva á la categoría de duque y te reserva el mando de su vanguardia en la guerra que va á hacer contra los frisonos y que habia aplazado hasta la primavera. «Por vida mia, nos dijo, que esta-
«ba loco al confinar á una abadía á uno de mis mas jóvenes y esfor-
«zados capitanes en estos tiempos en que con tanta fuecuencia es
«preciso pelear de improviso, y por otra parte, desde que no veo
«á Bertoaldo á mi lado, conozco que su presencia me es indispensa-
«ble. El puesto que le he dado sin saber que tendria que combatir
«tan pronto con los frisonos es mas propio de un veterano y te con-
«viene á tí, Bectran. Parte, pues, á reemplazar á Bertoaldo y á sus
«guerreros; entregale esta carta, y en prenda de amistad constan-
«te, le llevarás dos de mis mejores caballos tomados á los árabes
«para que esté mas pronto de regreso. Le regalarás además de mi
«parte una magnífica armadura de Burdeos: es aficionado á las ar-
«mas y á los caballos y el presente será de su aprobacion.» Y ahora
vas á ver en efecto, Bertoaldo, añadió Bectran, los caballos que
conducen dos esclavos. Es imposible imaginarse animales mas ad-
mirables; el uno es negro como las alas de un cuervo y el otro blan-
co como un cisne. En cuanto á la armadura, el mismo Cárlos la ha
comprado y ya puedes figurarte que será preciosa. No puedo ense-
ñártela porque está empaquetada con cuidado en mis bagages, pero
tiene adornos de plata y oro y es una obra maestra del mas famoso
armero de Burdeos. Solamente el casco es un prodigio. Vas á juzgar
al instante del mérito de los caballos, añadió Bectran dirigiéndose á
uno de sus guerreros. ¡Trae, le dijo, los dos caballos árabes!

—Agradezco la nueva prueba del cariño de Cárlos, respondió Amael, y me pondré á sus órdenes luego que haya desempeñado mi encargo.

—Quiere que vayas á reunirte con él sin tardanza como vas á verlo por la carta que llevo dentro de la coraza, dijo el guerrero buscando el pergamino.

—Cárlos tendrá paciencia de esperarme un dia ó dos si llevo felizmente á cabo la empresa que me ha encargado, y me entregará los caballos y la armadura en la abadía á donde iré mañana. Pero segun el camino que has tomado supongo que has hecho un largo rodeo.

—Cárlos me habia encargado el mando de un cuerpo de ejército que envia á las fronteras de la maldita Bretaña.

— ¿Intenta acaso atacarla?

— No lo sé: he dejado las tropas atrincheradas en el recinto de dos antiguos campamentos romanos, uno á la derecha y otro á la izquierda de este camino.

— ¿Es numerosa esa tropa?

— Se compone de dos mil hombres repartidos en los dos campamentos.

— Cárlos no puede invadir la Bretaña con tan pocos soldados.

— Creo que únicamente quiere observar las fronteras de ese país para ir al terminar la guerra con los frisones á atacar y soguzgar la maldita Armórica, porque ¿no es un baldon, Bertoaldo, para los francos que esa provincia se esté resistiendo de nuestras armas hace mas de tres siglos, desde qué el glorioso Clodoveo conquistó la Galia?

— Si, la independenciam de la Armórica es un baldon para las armas de los francos.

— Toma la carta de Cárlos, dijo Bectran sacando por fin de debajo de su coraza un pergamino y entregándoselo á Amael, y añadió despues al ver conducir los caballos cubiertos con ricas gualdrapas: Mira... ¿has visto jamás animales mas briosos y de mejor estampa?

— No, respondió Amael no pudiendo menos de admirar los dos soberbios caballos que, penosamente contenidos por los esclavos, ora se encabritaban con violencia, ora escarbaban el suelo con su ligero casco. El primero era negro con brillantes reflejos azules y el otro de un blanco de nieve con matices plateados, y ambos azotaban el aire con su cola flotante como un penacho mientras sus narices se estremecian y brillaban sus ojos bajo las largas crines.

— ¿Qué te parecen, Bertoaldo? replicó Bectran.

— Son soberbios corceles, respondió Amael ahogando un suspiro del cual se avergonzó; y haciendo una seña á los esclavos para que quitasen las gualdrapas á los caballos murmuró: ¡Adios, hermosos caballos de batalla! ¡Adios, ricas armaduras! Te deseo un viaje feliz, Bectran.

— ¡Adios, Bertoaldo! Pero me ocurre una duda; ¿se negarán tus soldados á recibirme en la abadía en tu ausencia?

— No lo temas, y por otra parte puedes conservar esta carta de Cárlos y manifestar con ella mi voluntad á mis soldados.

— Tienes razon; parto pues, Bertoaldo, á reemplazarte en la abadía. ¿Es opulento el edificio? Pero hago mal en hacerte tan ocio-

sa pregunta, porque si Cárlos te otorgó ese monasterio, siendo tu su favorito, el regalo será excelente. ¡Adios, Bertoaldo! Te espero en el monasterio.

— Antes de separarnos desearía que me dijeras quienes son los gefes que mandan las tropas acampadas cerca de las fronteras de Bretaña.

— Dos amigos nuestros, Herman y Gondulfo: me han encargado que te saludase de su parte.

— ¡Hasta mañana pues, Bectran!

— ¡Hasta mañana, Bertoaldo!

El gefe de los guerreros francos continuó su marcha, seguido de su tropa y sus bagages, y no tardó en alejarse y desaparecer á los ojos de los fugitivos. Amael se acercó al árbol bajo el cual estaban reunidos sus compañeros, y apenas dió algunos pasos hácia su madre cuando esta le tendió los brazos diciendo:

— ¡Ven, hijo mio! Todo lo he oido, y sé los nuevos favores que te ofrecia Cárlos. Ahora estoy segura de que renuncias voluntariamente á una suerte brillante que hubiera podido deslumbrarte.

— ¡Deslumbrarme! No, madre mia; estabais á mi lado, y al mismo tiempo veia allá las fronteras de Bretaña.

— ¡Ah! exclamó la matrona gala estrechando en sus brazos á Amael con inefable ternura; este dia me hace olvidar todo lo que he padecido.

— Madre mia, hoy es el único dia de felicidad pura que gozo hace diez años.

— Ya veis que no debiais dudar del corazon de vuestro hijo, dijo Septimina á Rosen-Aer con dulzura; yo no dudé jamás.

— Septimina, dijo Amael fijando en la esclava su mirada enterrecida ¿dudareis en adelante de un corazon de que jamás habeis dudado?

— No, Amael, respondió Septimina con sencillez mirando al jóven con espresion de timidez y sorpresa; pero ¿porqué me haceis esta pregunta?

— Madre mia, esta amable y animosa niña os salvó la vida; vedla fugitiva y separada tal vez para siempre de los suyos. ¿La tomariais por hija si consintiera en concederme su mano?

— ¡Oh!.. con júbilo... con reconocimiento! dijo Rosen-Aer. Pero, ¿consentiriais en esta union, Septimina?

— La esclava se ruborizó de sorpresa, de dicha y dulce confusion,

se arrojó en los brazos de la madre de Amael y ocultó el rostro en su seno murmurando :

— Le amaba desde el día en que se mostró conmigo tan generoso en el convento de San Saturnino.

— ¡Rosen-Aer! dijo el anciano que hasta entonces había estado sumido en piadoso recogimiento, Dios ha bendecido mi vejez pues me reservaba este día.

Reinó un intervalo de silencio, y después de algunos momentos de una emoción que sintieron también los aprendices, el anciano añadió :

— Creedme, amigos míos; continuemos nuestro camino pues tendremos que andar mucho para llegar mañana por la noche á las fronteras de Bretaña.

— Madre mía, dijo Amael, apoyaos en mí : ¿ rehusareis ahora el apoyo de mi brazo ?

— ¡ No, hijo mío, no ! respondió con ternura Rosen-Aer apoyándose en el brazo de su hijo.

— Y vos, buen anciano, dijo Septimina al platero, apoyaos en mí. Los fugitivos continuaron su camino.

Después de andar sin tener un mal encuentro hasta al anochecer, así como durante la noche y el día siguientes, llegaron al asomar la luna á las primeras faldas de los salvajes y altos montes que sirven de límites y de defensa á la Armórica. El aspecto del suelo natal despertó como por encanto en Bonaik los recuerdos de su primera juventud : habiendo cruzado en otro tiempo las fronteras con su padre para ir á las *vendimias bretonas*, se acordó de que se alzaban cuatro piedras drúidicas colosales cerca de una senda abierta al través de los peñascos y tan angosta y oculta, que solo podía dar paso á una persona de frente. Los fugitivos se internaron unos tras otros por aquel paso, y comenzaron á subir la escarpada pendiente llevando á la cabeza á Amael. El camino que apenas era transitable, serpenteaba al través de enormes peñascos de granito de color oscuro, cuya parte superior iluminaba vivamente el resplandor brillante de la luna que se veía á intervalos en el fondo de aquel oscuro barranco. Rosen-Aer, Amael y el anciano sentían una emoción profunda y religiosa al pisar el suelo de la Armórica. No tardaron en llegar á una especie de eminencia rodeada de precipicios y dominada por inmensos peñascos, y de pronto los fugitivos oyeron á una grande altura sobre su cabeza una voz sonora que vibró en medio del

profundo silencio de la noche y que cantaba melancolicamente estas palabras:

¡Era hermosa, joven y santa!

¡Se llamaba Hena... Hena, la virgen de la isla de Sen!

Rosen-Aer, Bonaik y Amael, los tres descendientes de Joel, permanecieron un momento llenos de asombro, pero cediendo á un impulso irresistible se arrodillaron piadosamente, y brotaron las lágrimas de sus ojos. Septimina y los aprendices, participando de una emoción que no se esplicaban, se arrodillaron tambien, y todos escucharon hasta que la voz sonora, que parecia bajar del cielo, acabó la antigua balada que tenia ya mas de ocho siglos.

—Dios mio, dijo por fin Rosen-Aer alzando su noble rostro bañado en lágrimas hácia el firmamento estrellado donde brillaba el astro sagrado de la Galia, veo un divino presagio en ese canto tan caro para la memoria de los descendientes de Joel... ¡Bendito sea ese canto! Nos saluda y nos acoge en esta hora solemne en que pisamos esta tierra libre y volvemos á la antigua cuna de nuestra familia.

Amael, su madre, Septimina y los aprendices, guiados por Bonaik, llegaron á las cercanias de las piedras sagradas de Karnak y fueron acogidos con ternura por el hijo del hermano del platero. Amael se hizo labrador, y los aprendices le imitaron estableciéndose en la tribu. Cuando murió Bonaik el *báculo abacial* formó parte de las reliquias de la familia de Joel asi como esta leyenda escrita por Amael poco tiempo despues de su regreso á Bretaña.

FIN DEL BÁCULO ABACIAL.

LAS MONEDAS CARLOVINGIAS

ó

LAS HIJAS DE CARLOMAGNO.

(727 — 814.)

Las hijas del emperador le acompañaban en todos sus viajes por el interior de la Galla. Eran muy hermosas, las amaba con pasión, no quiso casarlas nunca y las tuvo á su lado hasta su muerte. Aunque feliz en todo, *sufrió en sus hijas la malignidad de la mala fortuna*, pero disimuló este pesar, y las trató con tanto cariño como si nunca le hubiesen hecho concebir sospechas injuriosas.

(CRÓNICA DE EGINHARDO, p. 443, Col. de Hist. de Franc.)

CAPÍTULO PRIMERO.

La Galla en el siglo VIII.—Carlomagno (*Karolus magnus*).—Amael y Vortigern.—Los rehenes.—El romano.—La ciudad de Agulsgran.—Las hijas de Carlomagno.—Entrada en el palacio imperial.

Setenta y cuatro años habian trascurrido desde que Amael recobró á su madre Rosen-Aer en el convento de Meriadek. Se habia realizado la ambiciosa esperanza de Cárlos Martel, pues el descendiente de tantos alcaldes de palacio llegó á ser padre de reyes: once años despues de su muerte acaecida en 741, su primogénito PEPINO EL BREVE fué proclamado rey de los francos por sus tropas y sus leudos en 752 y consagrado por el obispo de Soissons en la basilica de esta ciudad.

El último vástago de Clodoveo, aquel Chilperico III que tan generosa compasion inspiró á Septimina la esclava, y de quien no quiso hacerse carcelero Amael cuando llevaba el nombre franco de Bertaldo, aquel pobre niño fué encerrado, despues de cortarle la caballera, en el monasterio de Fontenelle en Neustria donde murió oscuramente.

Durante el reinado de Pepino el Breve, la Galla se vió saqueada y ensangrentada por las guerras civiles lo mismo que bajo los reyes de la estirpe de Clodoveo. Griffon, hermano del rey usurpador, se armó contra él y contra su hermano Carloman, y los señores francos establecidos en Aquitania y en Gascuña se empeñaron en esta lucha

fratricida, en tanto que los frisones y los sajones volvian á amenazar la Galia. Los árabes, contenidos momentáneamente, renovaron sus invasiones, y los pueblos, diezmados por el hambre y por las guerras interminables, bastaban apenas para cultivar los dominios de sus señores los duques, condes, obispos ó abades.

Principiaba el mes de noviembre de 811 y una numerosa cabalgata se dirigia hácia la ciudad de Aguisgran, capital entonces del imperio de Carlomagno, imperio rápidamente aumentado por incessantes conquistas en Germania, en Sajonia, en Baviera, en Bohemia, en Hungría, en Italia y en España, de modo que la Galia no era mas que una provincia de sus numerosos Estados lo mismo que durante la dominacion de los emperadores de Roma. Ocho ó diez soldados de caballeria precedian á la cabalgata que se dirigia á Aguisgran, y á cierta distancia de esta escolta se veian cuatro ginetes, dos de los cuales llevaban brillantes armaduras á la moda germánica. El uno tenia por compañero de camino á un anciano de fisonomia marcial y despejada y de larga barba blanca como la nieve que le caia sobre el pecho, que llevaba un gorro de pieles, una túnica gala de lana parda sujeta en el talle por un cinturón del cual pendia una larga espada de empuñadura de hierro, y anchos calzones de tela blanca, que llegaban hasta debajo de la rodilla, y dejaban descubiertas las mártingalas de cuero sin curtir estrechamente atadas en la pierna y terminando en los borceguies en cuyo talon brillaban las espuelas. Aquel anciano era Amael que iba á cumplir los cien años. Apesar de su vejez y de su talle algo encorvado, parecia aun muy robusto, y maneja con destreza un fogoso caballo negro. Amael se volvia de vez en cuando sobre la silla para dirigir una mirada de solicitud paternal á su nieto VORTIGERN, mancebo de diez y ocho años apenas que acompañaba el otro guerrero franco. El rostro de Vortigern, de rara hermosura para un hombre, estaba cercado por largos cabellos castaños naturalmente rizados que saliendo de su gorra de paño encarnado llegaban hasta su cuello que era tan gracioso como el de una mujer: sus rasgados ojos azules de cejas negras como sus párpados delicadamente arqueados tenian un mirar ingenuo á la par que altivo; sus rojos labios sobre los cuales asomaba un naciente y sedoso vigote, enseñaban al sonreir dos hileras de dientes blancos como perlas, y su nariz ligeramente aguileña y su tez sonrosada y pura, aunque algo tostada por el sol, completaban el armonioso conjunto del rostro encantador del mancebo. Su traje igual al de su

abuelo se diferenciaba tan solo por el color y una especie de elegancia debida á la mano de una madre tiernamente enorgullecida con la belleza de su hijo, de modo que la túnica azul del jóven estaba adornada en el cuello, en los hombros y el extremo de las mangas con bordados de lana blanca; un cinturón de búfalo del cual pendía una espada con puño de acero bruñido, sujetaba su esbelto talle; sus calzones de lienzo ocultaban en parte sus martingalas de piel de gamo, estrechamente atadas á su nerviosa pierna y se unían con sus borceguies de cuero curtido, armados de anchas espuelas de cobre brillantes como el oro. Aunque llevaba el brazo derecho sostenido por un lienzo negro, Vortigern manejaba con la mano izquierda su caballo con tanta facilidad como destreza. Su compañero de viaje era un jóven guerrero de facciones agradables, osadas y burlonas, de mirar jovial y penetrante, y la movilidad de su rostro no recordaba la sombría pesadez germánica. Llamábase Octavio. Nacido en Roma y romano por su exterior y carácter, conseguía despertar á veces la sonrisa de su compañero con su inagotable facundia meridional, pero Vortigern volvía á quedar sumido al momento en una especie de meditacion silenciosa y sombría. Hacia algun tiempo que marchaba al paso de su caballo absorbido en sus tristes pensamientos, cuando Octavio le dijo jovialmente con tono de reprension amistosa: —

— ¡Por Baco! ¿Aun estás meditabundo y silencioso?

— Estoy pensando en mi madre, respondió el mancebo ahogando un suspiro; estoy pensando en mi madre, en mi hermana, en mi país.

— Arroja de tu mente esos pensamientos tristes.

— Octavio... la alegría no es propia de un prisionero.

— Tu no eres prisionero, vienes en rehenes, y no tienes mas lazo que tu palabra, en tanto que se conduce al prisionero bien atado al mercado de los esclavos. Asi pues, tú abuelo y tu viajais con nosotros libremente y os conducimos libremente al palacio del emperador Carlomagno, el monarca mas poderoso del mundo. Finalmente, se desarma á los prisioneros y tu abuelo y tu llevais espadas.

— ¿De qué nos sirven las espadas? dijo Vortigern con dolorosa amargura. ¡La Bretaña ha sido vencida!

— Es la ley de la guerra. Cumpliste con tu deber de soldado y te batiste como un leon al lado de tu abuelo. El anciano salió ileso, tú no recibiste mas que una lanzada, y ¡por el valiente dios Marte!

descargabais los mandobles con tanta furia que no sé como no os hicieron pedazos en la pelea.

— ¡Al menos no hubieramos sobrevivido á la deshonra de la Armórica!

— No hay baldon en la derrota cuando se pelea con valor. ¿No habeis combatido cómo héroes diezmando el aguerrido ejército de Carlomagno?

— Ni uno solo de los soldados de tu emperador debió salir con vida de Bretaña.

— ¿Ni uno solo? preguntó con jovialidad el romano. ¿No me esceptuas á mí que tanto interés me tomo por tí desde que te acompaño?

— Octavio, no te odio personalmente; odio á los de tu raza que han hecho la guerra á mi patria injustamente.

— En primer lugar, amigo mio, yo no soy franco sino romano... Te permito que odies á esos groseros germanos, tan salvajes como los osos de sus bosques, pero hablando con franqueza, la guerra contra Bretaña no era injusta. Dime: ¿no fuisteis vosotros los que atacasteis y esterminasteis el año pasado la guarnicion franca establecida en Vannes?

— ¿Y con qué derecho invadió Cárlos hace veinte y cinco años nuestras fronteras?

La voz de Amael que volviéndose sobre su silla llamaba á su hijo interrumpió la conversacion de Vortigern y de Octavio. El jóven breton, para acercarse mas pronto á su abuelo y cediendo al mismo tiempo á un impulso de cólera provocado por la discusion con el romano, atacó bruscamente con la espuela los hijares de su caballo; el animal se encabritó tan violentamente en su sorpresa que en dos ó tres saltos pasó delante de Amael, pero Vortigern, conteniendo á su caballo con mano firme, le obligó á marchar de frente con su abuelo y el otro guerrero franco el cual dijo al anciano:

— No me asombro de la superioridad de vuestra caballeria bretona al ver que un mancebo de la edad de tu nieto maneja de ese modo el caballo á pesar de la herida que le estorba, y tú mismo vas á cumplir un siglo y te mantienes tan firme en la silla como un jóven.

— Tenia apenas seis años cuando su padre y yo montábamos ya á este mozo sobre los potros criados en nuestras praderas, respondió el anciano.

La frente del anciano se arrugó ligeramente, recordando sin du-

da aquellos años pacíficos, y añadió despues de un momento de silencio dirigiéndose á Vortigern:

— Te he llamado para saber si sientes aun dolor en la herida.

— No siento dolor alguno, abuelo, y si me lo permitierais, me quitaría este lienzo que solo me sirve de estorbo.

— No cometas la menor imprudencia porque la herida podría volver á abrirse. Piensa en tu madre, en tu hermana y en su esposo que te ama como á un hermano.

— ¡ Ah! ¿ volveré á ver á mi madre y á mis hermanos queridos?

— Paciencia, respondió Amael en voz baja para que no le oyese el guerrero franco que iba á su lado, volverás tal vez á Bretaña mas pronto de lo que crees... paciencia.

— ¿ Será cierto? exclamó impetuosamente el mancebo. ¡ Oh! abuelo... ¡ qué dicha!

Pero el anciano hizo á Vortigern una seña para que se moderase y añadió en voz alta:

— Temo que el cansancio del camino inflame nuevamente tu herida. Felizmente estamos ya cerca del término de nuestro viaje; ¿ no es cierto, Hildebrando? añadió dirigiéndose al guerrero franco.

— Antes de ocultarse el sol entraremos en Aguisgran, respondió el franco. A no ser por esa colina que vamos á subir veriais ya á lo lejos la ciudad.

— Reunete otra vez con tu compañero, hijo mio, dijo Amael; vuelve á ponerte el brazo en cabestrillo y conduce el caballo con juicio: los movimientos demasiado bruscos podrian abrir la herida apenas cicatrizada.

El jóven obedeció y fué á reunirse con Octavio al paso de su caballo. Es tanta la movilidad de la juventud que las palabras de su abuelo, inspirándole la esperanza de volver á ver pronto su familia y su pais, le apaciguaron y fortalecieron, y la dulzura de su esperanza se reflejó tan visiblemente en sus facciones ingenuas, que Octavio le dijo con buen humor:

— Tu abuelo es un hechicero. Te separaste de mí enojado y sombrío hundiendo de cólera las espuelas en el vientre de tu caballo, y vuelves tranquilo y reposado como un obispo en su mula.

— Tienes razon, Octavio; la magia de mi abuelo ha desvanecido mi tristeza.

— ¡ Mejor! Asi podré dar rienda suelta á mi buen humor sin temor de exasperar tu tristeza.

— ¿Porqué estás de tan buen humor?

— ¿Porqué el caballo mas torpe acelera el paso y se alegra á medida que se acerca á la casa donde sabe que le espera el pienso?

— No creia que eras tan gloton.

— Mi rostro es pues engañoso, porque soy gloton... muy gloton de las delicadas golosinas que se encuentran en la corte.

— ¿Acaso, preguntó ingénuamente Vortigern, ese grande emperador cuyo nombre abarca, segun dicen, el mundo está rodeado de una corte donde solo se piensa en golosinas?

— Es verdad, respondió gravemente Octavio haciendo un esfuerzo para contener la risa que le causaba la sencillez del jóven breton, y el emperador Cárlos es mas gloton de las golosinas de que te hablo que todos sus condes, duques y sabios. Tiene aposentos en su palacio destinados esclusivamente á custodiar sus golosinas...

— Y los visita con sobrada frecuencia ¿no es cierto? preguntó desdenosamente el jóven mientras Octavio se reia á carcajadas. Me parece un vicio muy vergonzoso para un rey tan respetado.

— ¿Qué hemos de hacer, Vortigern? Es preciso perdonar sus flaquezas á un gran príncipe, y lo peor es que su vicio se hace hereditario y que sus hijas...

— ¿Son tan golosas como su padre?

— Si; son seis golosas que dan mucho que hablar á la corte.

— Creo que estás burlándote de mí, dijo Vortigern al jovial romano. Tus palabras tienen un doble sentido... y me ofende la tentacion de risa burlona que te esfuerzas en contener.

— No te enojas, Vortigern; no me burlo de tí, pero respetando el candor de tu edad me sirvo de una imágen para decirte la verdad. En una palabra, esa golosina que gusta tanto á Cárlos, á sus hijas y á mí... es el amor.

— ¿El amor! replicó Vortigern ruborizándose y bajando por primera vez los ojos delante de Octavio. Y añadió despues con turbacion creciente: ¿Son acaso casadas las hijas de Cárlos?

— ¡Oh inocencia de la edad de oro! ¡oh sencillez armoricana! ¡oh castidad gala! exclamó Octavio; pero, viendo que el jóven breton fruncia el entrecejo al oír esta broma sobre su pais natal, el romano añadió: No creas que trato de burlarme de la esforzada Armórica. Te diré, pues, sin mas rodeos, jóven gracioso que representas á Adonis antes que Venus le hubiese esplicado el sentido de la dulce palabra *amor*, te diré que las hijas de Carlomagno no son casa-

das, porque nunca ha querido darles esposos. — ¿Por orgullo? — ¡Oh! se dan sobre este capricho muchas esplicaciones... pero lo cierto es que no ha querido separarse de ellas. Las ama con tal delirio que á no ser que vaya á la guerra, las tiene siempre á su lado asi como sus damas, ó si prefiere tu pudor otra palabra, sus golosinas, porque despues de haberse casado y de repudiar sus cuatro esposas *Desiderata*, *Hildegarda*, *Himiltruda*, y *Luitgarda*, el emperador ha vivido conyugalmente con la graciosa *Matalgarda*, la amable *Gerswinta*, la jovial *Regina* y la encantadora *Adalaida*, en lo cual no ha hecho mas que imitar á los árabes en sus expediciones á España (1). Voy á contarte una aventura chistosa que nadie ignora en la corte para que te formes una idea del genio vivo y alegre de las hijas de Carlomagno. *Imma* es una de las mas bellas y se enamoró perdidamente del secretario de su padre, el discreto y sabio *Eginhardo*. Como temia que el emperador castigase á su amante, solo se veian de noche, en secreto, y *Eginhardo* era introducido por una dama de la princesa que vigilaba mientras los dos amantes estaban en sabroso coloquio. Sucedió que en una noche de invierno cayó tanta nieve que la tierra quedó cubierta. *Eginhardo* se separó de su hermosa á media noche, pero en el momento de salir por la puerta vió á favor de la luna, que alumbraba como el sol, la tierra cubierta de nieve y dijo:

— ¡Estoy perdido! no puedo salir de aqui sin dejar impresas en la nieve la huella de mis pies...

— ¿Y qué hizo entonces? preguntó *Vortigern* cada vez mas interesado en el desenlace de aquella aventura: ¿Como evitaron el peligro?

— *Imma*, que es una jóven robusta y resuelta, cogió por una pierna á su amante mientras la dama confidente lo cogia por la otra, y atravesaron de este modo llevando á *Eginhardo* en el aire, un inmenso patio que separa su habitacion de una de las galerias de palacio. Las buellas de aquellos piés femeninos debian alejar toda sospecha respecto de *Eginhardo*, pero por desgracia, como verás cuando lleguemos á *Aguisgran*, el emperador *Cárlos*, que es estremadamente curioso, ha mandado construir su palacio de tal modo que desde una especie de terrado que comunica con su estancia y domina todo el edificio descubre como desde un observatorio á todos los

(1) *Hechos y hazañas de Carlomagno* por un monge de San Gall.

que entran, salen ó atraviesan los patios. Pues bien, el emperador, que tiene costumbre de levantarse por la noche, vió al resplandor de la luna á su hija cruzando el patio del modo que acabo de explicarte.

— Terrible seria el enojo de Cárlos.

— Terrible, si: ¿pero habia de desposar á su hija con un secretario?

— ¿Condenó á muerte á ese desgraciado?

— ¡A muerte por un delito en que incurre el emperador con tanta frecuencia! No; se enojó, gritó, juró y amenazó, pero las lágrimas de Imma le enternecieron, y Eginhardo continuó siendo su privado (1).

— ¿Y todas las hermanas son tan imprudentes como Imma?

— Con poca diferencia. *Berta*, cuando partí de la corte hace seis meses, amaba con delirio á Engilberto, *Adeltrada* ha preferido siempre al conde *Lantberto*, uno de los mas valientes oficiales del ejército imperial, y la graciosa *Rothaita* ha hecho locuras por *Romualdo* que se ha adquirido un nombre glorioso en nuestras guerras contra los bohemios. No te hablaré de las demás princesas porque hace mas de seis meses que partí de la corte y temeria faltar á la verdad, pero te diré que es justo exceptuar á *Tetralda*, la menor de todas que es aun demasiado novicia para amar. ¡Apenas tiene quince años! ¡Es una flor... ó mas bien el capullo de una flor que va á abrirse! No he visto jamás una mujer mas encantadora. Cuando partí de la corte *Tetralda* prometia oscurecer con su grata y fresca hermosura de Hebe á todas sus hermanas y sobrinas, porque me olvidaba decirte, amigo mio, que las hijas de los hijos de Cárlos, educadas con sus hijas, son tambien encantadoras. Ya las verás; tu admiracion no sabrá á quien elegir entre *Adelaida*, *Atula*, *Gostrada*, *Berta*, ó *Tedora*.

— ¡Como! ¿todas viven en el palacio del emperador?

— Si, y eso sin contar sus criadas, ayas, camaristas, lectoras, cantatrices y otras innumerables mujeres de servicio. ¡Por Venus! En el palacio imperial se ven mas justillos que corazas ó trages de sacerdote porque el emperador tiene mas placer en verse rodeado de mujeres que de soldados ó clérigos, aunque no olvida á los sabios, los retóricos, los dialécticos, los sofistas, los peripatéticos y los gramáticos. Carlomagno es tan apasionado por la gramática como por el amor, la guerra, la caza y el canto llano. ¿Qué puedo decir-

(1) Ibid.

te? En su entusiasmo de gramático, hasta inventa palabras. Por ejemplo: ¿como llamas en lengua gala al mes en qué estamos?

— Noviembre.

— Y nosotros tambien los bárbaros italianos, pero el emperador lo ha cambiado por su volutad soberana y gramatical, y sus pueblos dirán, si es que pueden hacerlo sin ahogarse, en vez de *noviembre* HERBISMANOHT, en vez de *octubre* WINDUMMEMANOHT...

— Octavio...

— En vez de *marzo* LENZHIMANOHT (1); en vez de *mayo*...

— ¡No prosigas... te lo suplico! exclamó Vortigern; esos nombres bárbaros me hacen estremecer. ¿Quién tiene una garganta capaz de articular semejantes sonidos?

— Amigo mio, las gargantas germánicas son capaces de todo, y ya puedes preparar tus oídos al mas horrible concierto de palabras roncas, guturales y salvages que habrás oído en tu vida á no ser que hayas oído á un tiempo el cacareo de las ranas, el maullido de los gatos monteses, el mugido de los toros, el bramido de los asnos y el ahullido de los lobos, porque á escepcion del emperador y su familia que saben hablar el galo y el romano, que son lenguas humanas, no oirás hablar mas que el franco en esta córte germánica donde todo es germano; es decir, bárbaro: language, costumbres, trages, usos, comidas; en una palabra, Aguisgran no es ya la Galia sino la pura Germania.

— Y sin embargo Cárlos reina en la Galia... ¿No es un baldon para mi pais? El emperador que lo gobierna sin otro derecho que el de la conquista es un rey franco, rodeado de una corte franca y de generales y dignatarios de la misma raza que ni siquiera se dignan hablar nuestra lengua.

— ¿Vuelves á entristecerte, Vortigern? ¡Por Baco! Imita mi indiferente filosofia. ¿Acaso no desciendo yo de aquella altiva raza romana que despues de la tuya y como ella hizo temblar al mundo durante muchos siglos? ¿No he visto el trono de los Césares ocupado por estrangeros ambiciosos? ¿No se han ido los descendientes de nuestros emperadores romanos á vegetar á Constantinopla donde abrigan aun la ilusion de dominar el mundo? Creeme, Vortigern; en vez de irritarnos contra un pasado fatal, bebamos, olvidemos, amemos á las bellas, y empuñando la copa, cantemos los versos de Ti-

(1) El emperador cambió el nombre de los meses: llamó á *enero* WINTHERMANOHT, á *febrero* HORMUNE, etc., etc. (Vida de Carlomagno, por Eginhardo, p. 149.)

bulo, Ovidio ú Horacio. Si, amigo mio; bebamos, amemos y goce-
mos. La vida es el placer. Jamás encontrarás una ocasion mas propi-
cia para gozar... El Dios de los placeres te envia á la corte del em-
perador.

— No te entiendo, dijo casi maquinalmente Vortigern cuya alma
candorosa se sentia, no pervertida sino deslumbrada por la sensual
filosofia de Octavio. ¿Qué quieres que haga en medio de esa corte
extranjerá?

— ¡Niño!... ¡cuantos hermosos ojos se fijarán en tí!

— Octavio ¿te burlas aun? ¿Quién ha de fijar los ojos en mí, en
el hijo de un labrador... de un pobre breton prisionero?

— ¿En nada aprecias tu fama de breton indómito? He oido hablar
mas de una vez de la ardiente curiosidad que inspiraban veinte y
cinco años ha los rehenes traídos á Aguisgran en la primera guerra
del emperador contra tu país. Las mujeres mas encantadoras que-
rian ver á aquellos terribles bretones que solo el poderoso Cárlos ha-
bia podido vencer; su aspecto rudo y altivo, el interés que inspiraba
su gloriosa derrota, todo, hasta su extraño trage, que actualmente
es el tuyo, les atraía las miradas y simpatias de las mujeres que son
muy simpáticas en Germania. Aquellas hermosas entusiastas son
ahora madres ó abuelas, pero felizmente tienen hijas ó nietas dignas
de apreciarte. Mira, yo que conozco la corte y sus costumbres, si
tuviera tus diez y ocho años, tu gallardo aspecto, tu herida, tu gra-
cia á caballo y tu fama de breton, á buen seguro que antes de ocho
días...

El jóven romano fué interrumpido por Amael que, volviéndose
hácia su nieto y tendiendo la mano al horizonte, le dijo:

— Mira á lo lejos, hijo mio: allá está la ciudad de Aguisgran.

Vortigern se apresuró á reunirse con su abuelo cuya mirada evitó
por primera vez quizás con cierto embarazo. Los consejos de Octavio
le parecian malos y peligrosos, y se acusaba de haberlos escuchado
con complacencia. Al reunirse con el anciano dirigió la mirada hácia
donde le indicaba Amael, y vió á gran distancia una masa imponente
de edificios en cuyo centro se alzaban las altas torres de una basíli-
ca, y despues distinguió los techos y terrados de una multitud de ca-
sas que se perdían en el horizonte entre la neblina de la tarde: eran
el palacio del emperador Cárlos y la basílica de la ciudad de Aguis-
gran. Vortigern contemplaba con curiosidad aquel espectáculo nue-
vo para él cuando Hildebrando, que habia ido á interrogar al con-

ductor de un carro que pasaba por el camino, dijo á los dos bretones:

— Se espera de un momento á otro al emperador en el palacio; sus corredores han anunciado su llegada desde el norte de la Galia: tratemos de llegar antes á Aquisgran para poder saludarle al entrar.

Los ginetes aceleraron el paso de sus caballos, y antes de ocultarse el sol entraron en el primer patio del palacio, patio inmenso rodeado de edificios de formas y de techos variados y con innumerables ventanas. (1) Por un arreglo extraño, el piso bajo de un gran número de aquellos edificios estaba descubierto formando una especie de pórtico cuyas pilastras de piedra sostenian la pared de los pisos superiores. Una multitud de oficiales subalternos, servidores y esclavos del palacio, vivian en aquellos abrigos abiertos á todos los vientos, y se calentaban en el invierno en anchas chimeneas encendidas de día y de noche. Construccion tan extraña habia sido ideada por la curiosidad del emperador porque así veía desde su observatorio todo lo que pasaba en aquellas habitaciones ó pórticos. (2) Varias largas galerias enlazaban entre si otros edificios adornados de columnas ricamente esculpidas al estilo romano: un pabellon cuadrado, de bastante elevacion, dominaba el conjunto de aquellos innumerables edificios. Octavio indicó á Vortigern una galeria ó balcon corrido en el frontis de aquel pabellon: era el observatorio del emperador.

El movimiento y animacion anunciaban en el palacio y en la ciudad la llegada de Carlos: clérigos, soldados, mujeres, oficiales, retóricos, monges y esclavos se cruzaban en todas direcciones apresuradamente en tanto que varios obispos, deseosos de ser los primeros en presentar sus homenajes al emperador, se dirigian hácia el peristilo del palacio. Hasta sucedió que en el momento en que la cabalgata de que formaban parte Vortigern y su abuelo entró en el patio, varias personas, engañadas con la apariencia guerrera de nuestros viajeros, gritaron:

— ¡ El emperador! ¡ Ya está aquí la escolta del emperador! —

Este grito corrió de boca en boca, y al cabo de algunos instantes inundó el inmenso patio una multitud compacta, al través de la cual

(1) La descripcion del palacio de Carlomagno está textualmente sacada de los *hechos y hazañas de Carlomagno* por el monje de San Gall (p. 230 á 355) y de la *crónica de Ermoldo el Negro* (p. 127 á 142.)

(2) Idem.

la escolta de los dos bretones pudo difícilmente abrirse paso para dirigirse al pórtico principal. Hildebrando había elegido este sitio para ser uno de los primeros en hablar con Cárlos y presentarle los rehenes que traía de Bretaña. La multitud conoció que se había engañado aclamando al emperador, pero habiéndose esparcido esta falsa noticia en el interior del palacio, las hijas y nietas de Carlomagno con sus damas y ayas acudieron al momento y se agruparon en una vasta galería que se extendía encima del pórtico donde se hallaban los dos bretones y su escolta.

— Levanta los ojos, Vortigern, dijo riendo Octavio á su compañero, y verás que enjambre de hermosas encierra el palacio del emperador.

El joven breton alzó los ojos ruborizado hácia la galería y quedó lleno de asombro al ver veinte y cinco ó treinta mujeres, hijas y nietas de Cárlos, y damas vestidas á la moda franca, y ofreciendo á la vista la mas seductura variedad de rostros, cabelleras, talles, edades y belleza que puede imaginarse: veíanse allí rubias, morenas, altas, pequeñas, gruesas y esveltas formando en una palabra una muestra completa de la raza femenina germánica desde la niña hasta la respetable matrona de cuarenta años. La mirada de Vortigern se fijó con preferencia en una niña de quince años, vestida con una túnica verde claro bordada en plata. Era imposible figurarse un rostro mas sonrosado y coronado de largas trenzas rubias tan copiosas que su delicado cuello, blanco como el de un cisne, parecía doblarse bajo el peso de sus cabellos. Otra joven de veinte años, morena, alta, de ojos atrevidos y cabello negro, vestida con una túnica de color de naranja, estaba asomada sobre la barandilla de la galería y apoyaba familiarmente el brazo sobre el hombro de la rubia: las dos llevaban en la mano un ramo de romero cuyo aroma aspiraban á intervalos hablando en voz baja y mirando el grupo de los ginetes con curiosidad creciente porque acababan de saber que la escolta no era la del emperador pero que conducía rehenes bretones.

— Da gracias á mi amistad, Vortigern, dijo Octavio en voz baja al mancebo, porque voy á hacer admirar tus gracias ante esas bellas.

Y al acabar de pronunciar estas palabras el romano aplicó á hurtadillas tan violento latigazo en el vientre del caballo de Vortigern, que á no haber sido este tan diestro jinete, hubiese caído en el suelo con el salto furioso que dió el animal. En efecto, el caballo, al recibir tan imprevisto castigo, se encabritó y subió á tanta altura que

la cabeza de Vortigern llegó casi al arco que sostenia la galeria donde estaba el grupo de mujeres. La rubia de quince años palideció de espanto y gritó ocultándose el rostro con las manos:

— ¡Desventurado!.. va á estrellarse.

Vortigern, cediendo á la impetuosidad de su edad y á un sentimiento de orgullo al verse objeto de las miradas de la multitud reunida en un círculo en torno suyo, castigó con violencia á su caballo cuyos saltos llegaron á ser furiosos, pero el mancebo, sin dejar de manejarlo con tanta serenidad como destreza y á pesar de llevar el brazo derecho en cabestrillo, hizo alarde de tal gracia en aquella lucha, que la multitud exclamó palmoteando:

— ¡Victor al jóven breton!

En aquel instante cayeron dos ramos de romero á los piés del caballo que, domado por fin, tascaba el freno y escarbaba el suelo con sus cascos.

Vortigern levantaba la cabeza hácia la galeria de donde acababan de arrojar los ramos cuando oyó á lo lejos un estruendo formidable y resonó de pronto el grito de ¡el emperador! ¡el emperador!

Todas las mujeres desaparecieron al momento de la galeria para bajar á recibir al monarca en el pórtico del palacio. La multitud se arremolinó gritando: — ¡Viva Cárlos!

El nieto de Amael vió entonces acercarse al galope una multitud de guerreros que parecian estátuas de hierro. De hierro eran los jaces de los caballos, los cascos que cubrian sus facciones, las corazas, los guanteletes, los faldares, las escarcelas, las canilleras y los escudos; los últimos rayos del sol brillaban en la punta de sus lanzas, y solo se oia el choque del hierro. (1) Al frente de aquellos guerreros, y cubierto como ellos de hierro de piés á cabeza, apareció un hombre de estatura colosal. Apenas llegó en frente del pórtico principal, bajó pesadamente del caballo y corrió cojeando hácia

(1) «Apareció entonces el mismo Cárlos, aquel hombre de hierro con la cabeza cubierta con un casco de hierro, las manos guarnecidas de guanteletes, el pecho y los hombros de mármol defendidos por una coraza todo de hierro y la mano izquierda armada de una lanza que podia sostener en el aire; el interior de los muslos, que los demás dejaban hasta sin correas para montar con mas desahogo á caballo, estaba rodeado de planchas de hierro, sus borceguies eran de hierro, solo se veia hierro sobre su escudo, y hasta su caballo tenia el color y la fuerza del hierro. Todos los que precedian al monarca, los que marchaban á su lado y los que le seguian, llevaban armaduras iguales, y las lanzas de hierro reflejaban los rayos del sol. El pueblo que llevaba aquel hierro tan duro tenia un corazon mas duro aun que el hierro.» (MONGE DE SAN GALL, t. I, p. 258.)

el grupo de mujeres que le esperaban y les dijo con voz débil y aguda que contrastaba con su enorme estatura :

— ¡ Os saludo , queridas hijas mias !

Y sin ocuparse de responder á los vivas de la multitud y á los saludos respetuosos de los obispos y los grandes que acudian á recibirle , el emperador Cárlos , aquel gigante de hierro , desapareció en el interior del palacio seguido de su cohorte femenina.

En aquel instante cayeron dos ramos de romero á los pies del caballo que , domado por fin , trascaba el freno y escapaba el suelo con sus cascos.

Victor al joven preton !
Luchó la multitud escarminó palmeando :
Prázo derecho en cabestrillo , lixo alargo de tal gracia en aquella manarito con tanta seriedad como destreza y á pesar de llevar el cuerpo salido , llegaron á ser furiosos , pero el mancho , sin dejar de andar en un círculo.

Todas las mujeres desaparecieron al momento de la galería para bajar á recibir al monarca en el pórtico del palacio. La multitud se arremolinó gritando : — ¡ Viva Cárlos !

El nieto de Ansel vió entonces acercarse al galope una multitud de guerreros que parecían estatuas de hierro. De hierro eran los picos de los caballos , los cascos que cubrían sus facciones , las corcas , los guanteles , los albardes , las escarcelas , las cañilleras y los escudos ; los últimos rayos del sol brillaban en la punta de sus lanzas ; y solo se oía el choque del hierro. (1) Al frente de aquellos guerreros , y cubierto como ellos de hierro de pies á cabeza , apareció un hombre de estatura colosal. Apenas llegó en frente del pórtico principal , bajó pesadamente del caballo y corrió corriendo hacia

(1) « Apareció entonces el mismo Cárlos , aquel hombre de hierro con la cabeza enhierta con un casco de hierro , las manos vendadas de kantátilos , el pecho y los hombros de hierro , defendidos por una coraza todo de hierro y la mano izquierda armada de una lanza que podía sostener en el aire ; el interior de los muslos , que los brazos dejaban hasta sin correa para no dar con las resacas á caballo , estaba rodeado de placas de hierro , las botas eran de hierro , solo se veía el torso sobre un casaca y hasta en el caballo tenía el color y la fuerza del hierro. Todos los que rodeaban al monarca , los que marchaban á su lado y los que le seguían , llevaban armaduras de hierro y las lanzas de hierro colgaban los rayos del sol. El grito que llevaba aquel hijo de la tierra en su corazón mas duro que el hierro. » (Historia de San Carlos, t. I, p. 103.)

CAPITULO II.

El palacio real de Carlomagno. — La rubia Tetralda y la morena Hildruda. — La escuela palatina. — Los niños pobres y los niños ricos. — El facistol. — El obispo y el raton. — Aspirantes á un obispado. — Bernardo.

Amael y su nieto fueron conducidos por Hildebrando á uno de los aposentos altos del palacio donde descansaron, les sirvieron la cena y se acostaron. Octavio llamó á la puerta de la habitacion de los dos bretones al amanecer y les dijo que el emperador queria verles al momento. Aconsejó á Vortigern que se pusiera el traje mas elegante, pero el mancebo no podia dudar en la eleccion porque solo traia dos vestidos en su modesto equipage, el que llevaba en el camino y otro de color verde con bordados de lana de color naranjado. Sin embargo, cuando Vortigern se puso este traje nuevo mezclado con colores armoniosos que realzaban su gracioso rostro, Octavio le dijo que le parecia digno de presentarse delante del emperador mas poderoso del mundo. El anciano no pudo menos de sonreirse con cierto orgullo al oir ensalzar la gallardia de su nieto por el jóven romano que le aconsejaba que se apretase mas el cinturon de su espada para lucir todo el garbo de su talle.

Mientras Octavio daba estos consejos á Vortigern con su habitual buen humor, le dijo en voz baja:

— ¿Viste caer ayer á los piés de tu caballo dos ramos de romero?

— No sé... creo que sí... respondió el jóven breton balbuceando y se puso encendido como la grana, pensando á pesar suyo (no era la vez primera desde el dia anterior) en la encantadora niña de cabellos rubios. Me parece, añadió, que ví caer esos ramos.

— ¡Ah! ¿con que te parece? ¡Hipócrita! ¿Y á quién debes tan inmenso favor? Al latigazo que sacudí para hacer brillar tu destreza de escudero. ¿Y sabes qué manos imperiales arrojaron aquellos dos ramos á los piés de tu caballo como un homenaje á tu destreza y tu valor?

— ¿Qué dices? ¿fueron arrojados por manos imperiales?

— Naturalmente, porque Tetralda, la tímida rubia, é Hildruda, la airosa y resuelta morena, son hijas de Cárlos, la una iba vestida de verde, color de tu traje, y la otra de naranjado, color de tus

bordados... ¡Por Venus! ¿puede darse un mortal mas feliz?

Amael estaba ocupado en el extremo opuesto del aposento, y no oyó las palabras de Octavio que llenaron de vivo carmin las megillas de Vortigern. Cuando se terminaron los preparativos de presentacion, los dos rehenes siguieron á su guia para dirigirse á la estancia del emperador, y despues de atravesar infinitos corredores y escaleras donde encontraban mas mujeres que hombres, llegaron á unos espaciosos salones. Tan imposible seria describir su suntuosa magnificencia; como enumerar las pinturas que los adornaban: artífices venidos de Constantinopla, donde florecia entonces la escuela de pintura bizantina, habian cubierto las paredes de composiciones gigantescas; aquí se veian las conquistas de Ciro en Persia, allá los crímenes del tirano Falaris, presenciando el suplicio de sus víctimas que arrastraban para ser quemadas vivas en el vientre de un toro de bronce candente, y mas allá la fundacion de Roma por Remo y Rómulo, las conquistas de Alejandro y de Anibal, y otros muchos asuntos heróicos, estando una de las galerias del palacio dedicada esclusivamente á las batallas de Cárlos Martel. Se le veia triunfar de los árabes y sajones, aherrojados á sus piés é implorando su clemencia, y la semejanza era tan asombrosa, que Amael se paró al cruzar el salon y exclamó:

— ¡Es él! ¡son sus facciones... su ademan! ¡Vive... es Cárlos!

— Cualquiera diria que le habeis conocido, dijo sonriendo el romano á Amael: ¿Os acordais de Cárlos Martel?

— Octavio, respondió melancólicamente el anciano, tengo cien años... y combatí en la batalla de Poitiers contra los árabes.

— ¿En las tropas de Cárlos Martel?

— Si, y le salvé la vida, dijo Amael contemplando la gigantesca pintura. Y añadió hablando para sí y suspirando: ¡Ah! ¡qué recuerdos tan gratos y tristes me despierta aquella época!

Octavio miraba al anciano con creciente sorpresa, pero pareció reflexionar y apresuró el paso con ademan distraido. Vortigern examinaba absorto y con la curiosidad propia de su edad las riquezas amontonadas en aquel palacio, pero no pudo menos de pararse delante de dos objetos que llamaron especialmente su atencion: el primero era un gran mueble de madera preciosa, y enriquecido con molduras doradas; varios tubos de cobre, de bronce y de estaño de diferente grosor, colocados unos junto de otros, se alzaban sobre uno de los lados de aquel mueble.

— Octavio, preguntó el jóven breton ¿ qué mueble es este ?

— Es un *órgano* griego enviado á Cárlos por el emperador de Constantinopla. Este instrumento es verdaderamente prodigioso; por medio de tubos de bronce y de fuelles de piel de toro que no puedes ver, llega el aire á estos tubos, y cuando están en juego, tan pronto se cree oír los bramidos del trueno, como los dulces sonidos de la lira y del címbalo. Pero mira un objeto no menos curioso en esa ancha mesa de oro macizo donde está figurada en relieve la ciudad de Constantinopla; es un réloj persa que envió hace cuatro años al emperador, el rey de los persas Abdhallah.

Y Octavio enseñó al jóven breton y á su abuelo, no menos admirado que Vortigern, un gran réloj de bronce dorado: los guarismos de las doce horas rodeaban el cuadrante colocado en el centro en uno como palacio de bronce tambien dorado; doce puertas con arcadas se veían en el piso bajo de aquella imitacion monumental.

— Cuando da la hora, dijo Octavio á los dos bretones, las bolas de bronce caen sobre el pequeño címbalo, y al mismo tiempo, segun el número de las horas, se abren esas puertas y por cada una de ellas sale un caballero armado de lanza y escudo. Si dan dos, tres, cuatro ó mas horas otras tantas puertas se abren, los caballeros salen, saludan con la lanza, vuelven á entrar y se cierran las puertas.

— ¡ Prodigiosa es en verdad esta obra! dijo Arael. ¿ Se saben los nombres de los que fabricaron los prodigios que estamos admirando... esas magníficas pinturas, esa mesa de oro donde está figurada toda una ciudad, ese órgano y ese reloj ?

— ¡ Por Baco! Me haceis, Arael, una pregunta chistosa, respondió Octavio sonriendo. ¿ Quién se cuida del nombre de los oscuros esclavos que crearon esas cosas ?

— ¡ Y cruzarán los siglos los nombres de los tiranos, de los feroces conquistadores y de los verdugos de la humanidad! murmuró el anciano.

— Apresuremos el paso, dijo en tanto el romano á Vortigern. El emperador nos espera. Se necesitarian dias y meses para admirar uno por uno los tesoros que enriquecen este palacio porque es la residencia favorita del emperador. Sin embargo, ama tanto como su morada de Aquisgran, su viejo castillo de Heristall, cuna de su poderosa familia de alcaldes de palacio.

Los dos rehenes siguieron á su guia y salieron de las suntuosas é

inmensas galerías para subir por una escalera de caracol que conducía al aposento particular del emperador, y en el cual estaba el balcón que servía á Carlos de observatorio. Dos chambelanes ricamente vestidos estaban en pié en la antesala.

— Esperadme aquí, dijo Octavio á los bretones, voy á anunciar al emperador vuestra llegada y á preguntarle si se digna recibirnos.

Vortigern, á pesar de su odio de raza y de familia contra los monarcas francos, conquistadores y opresores de la Galia, experimentaba cierta emoción al pensar que iba á hallarse en presencia de aquel poderoso Carlos, soberano de casi toda la Europa, pero á esta emoción se agregaba otra, porque aquel poderoso emperador era el padre de Tétralda, la hermosa niña que el día anterior le había arrojado el ramo. Es preciso advertir que el mancebo no había reparado en la morena y graciosa Hildruda. Al cabo de algunos instantes se presentó Octavio é hizo una seña á Amael y á su nieto para que entrasen, diciéndoles en voz baja:

— Doblad la rodilla delante del emperador.

El anciano miró á Vortigern y le hizo con la cabeza una seña negativa, el jóven la comprendió, y ambos penetraron en la cámara de Carlos que se hallaba entonces con su favorito Eginhardo, su secretario, el antiguo amante de Imma. Un servidor de la cámara imperial esperaba las órdenes de su soberano. Cuando los dos rehenes entraron en el aposento, el monarca, que era de estatura colosal (tenia *siete veces* la longitud de su pié) estaba sentado cerca del lecho y se vestía. Sus cabellos eran casi blancos, la cabeza redonda, los ojos rasgados y vivos, la nariz larga, el cuello ancho y corto como el de un toro, el vientre muy abultado, y su fisonomía, franca y bondadosa, recordaba las facciones de su abuelo Carlos Martel. (1)

(1) «El traje ordinario del rey era el de sus padres, el de los francos; llevaba sobre la piel una camisa, encima una túnica sujeta con un cinturón de seda, las piernas envueltas en cintas y los piés abrigados con sandalias. En el invierno le abrigaba del frío los hombros y el cuello una esclavina de piel de nutria; llevaba corta espada con empuñadura y tahalí de oro ó plata, y á veces usaba una enriquecida de piedras preciosas, pero únicamente en los días de fiesta ó cuando daba audiencia á los embajadores, en cuyas ocasiones llevaba un gaban con bordados de oro, diamantes en sus sandalias y una diadema de oro. En sus comidas solo se servían cuatro platos, además del asado, caza que sus monteros le presentaban humeante y de la cual comía con más gusto que de los demás manjares, y durante la comida le recitaban ó leían con preferencia las historias y crónicas de los pasados siglos. Se levantaba tres y cuatro veces durante la noche. Por la mañana, cuando se vestía y calzaba, no solamente recibía á sus amigos,

El emperador se levantó medio vestido, y cogeando de un pié cuando entraron los bretones, dió dos pasos hácia Amael, sintiendo al parecer cierta emoci6n mezclada de viva curiosidad. Despues gritó con su voz atiplada que tan notable contraste formaba con su gigantesca estatura:

—Anciano, Octavio me ha dicho que hiciste la guerra con Cárlos Martel mi abuelo y que le salvaste la vida en la batalla de Poitiers, ¿es cierto?

—Es cierto, respondió Amael.

Y llevándose el dedo á su frente donde se veian aun las huellas de una cicatriz profunda, el anciano breton añadió:

—Recibí esta herida en la batalla de Poitiers.

El emperador volvió á sentarse en el borde del lecho, acabó de calzarse y dijo dirigiéndose á su secretario:

—Eginhardo, tú que has reunido en tu crónica los hechos y hazañas de mi abuelo y que tienes tan feliz memoria, ¿recuerdas haber oido contar lo qué dice este anciano?

Eginhardo permaneció un momento pensativo y respondió:

—Recuerdo haber leído en unos pergaminos, escritos de letra del glorioso Cárlos y custodiados en tu cartulario augusto, que en la batalla de Poitiers... efectivamente...

El secretario se interrumpió entonces y preguntó al anciano:

—¿Cuál es tu nombre?

—Amael.

—Aunque no lo tengo presente en la memoria, no era ese el nombre del guerrero que salvó la vida á Cárlos Martel en la batalla de Poitiers, dijo el secretario despues de reflexionar un momento y moviendo la cabeza; era un nombre franco, pero no el que dices.

—¿Ese nombre era el de Bertoaldo? preguntó el anciano.

—Si, respondió al instante Eginhardo, ese es el nombre... y el

sino que cuando el conde del palacio le daba cuenta de algun proceso que no podia fallar sin su mandato, hacia entrar á las partes y pronunciaba su sentencia como si estuviera sentado en un tribunal; y no solo despachaba entonces los procesos sino todo lo que habia de hacerse durante el día y las órdenes que habia de dar á sus ministros. Cárlos era gordo, robusto y de elevada estatura, pero bien proporcionado y que escedia en altura siete veces la longitud de su pié. Tenia la cabeza elevada, los ojos grandes y vivos, la nariz larga, los cabellos hermosos, la fisonomia franca y jovial, el cuello grueso y corto y el vientre abultado; su voz era mujeril aunque penetrante, y cogeaba de un pié cuatro años antes de su muerte.» (*Vida de Carlomagno*, por Eginhardo, t. I, p. 149 á 152).

glorioso Cárlos recomendaba en algunas líneas escritas de su mano á sus hijos á ese Bertoaldo á quien debia la vida.

El emperador continuó vistiéndose con ayuda de su servidor de cámara, mientras mediaba esta conversacion entre el anciano breton y Eginhardo. Cuando Cárlos acabó de vestirse se sentó en un sillón no lejos de una cortina destinada á ocultarse cuando así le parecia una de las ventanas que daban al balcon que le servia de observatorio. El servidor salió á una seña de Cárlos, y cuando este se quedó solo con Eginhardo, Vortigern y Amael, dijo al anciano: —

—Creo que ha dicho mi secretario que un franco llamado Bertoaldo salvó la vida á mi abuelo. ¿Cómo es que ese Bertoaldo y tú sois una misma persona?

—Voy á contaros la historia en breves palabras, respondió Amael. Tenia quince años cuando, arrastrado por mi genio osado y ansioso de aventuras, abandoné á mi familia de raza gala que se hallaba establecida entonces en Borgoña. Despues de muchos sucesos reuní una cuadrilla de hombres resueltos: tenia entonces veinte años. Cometí el vergonzoso delito de fingirme franco, tomé un nombre falso y dije que pertenecia á una familia noble y desgraciada para grangearme la proteccion de Cárlos Martel. Deseando hacer fortuna, le ofrecí mi espada y la de mis soldados pocos dias antes de la batalla de Poitiers, y en aquella sangrienta jornada le salvé la vida. Desde entonces, colmado de favores, combatí á sus órdenes durante cinco años.

—¿Y despues?

—Despues, arrepentido de mi mentira y avergonzado de servir con los francos, me separé de Cárlos Martel para regresar á Bretaña, mi pais natal. Troqué entonces la espada por el arado...

—¡Por la capa de San Martin! ¿Luego tambien eres rebelde? dijo el emperador con su voz atiplada que tomó entonces un tono de falsete. Si, ya sé que te han elegido entre los rehenes porque eres el instigador y el alma de las rebeliones y las guerras que han estallado en Bretaña durante el reinado de mi padre Pepino y durante el mio, pues en esta última guerra tus malditos bretones han diezrado mis ejércitos mas aguerridos.

—He combatido como el primero en todas nuestras guerras.

—¡Como el primero, traidor! ¿Es decir qué, colmado de favores por mi abuelo, no has temido rebelarte y pelear contra su hijo y contra mí?

— Solo abrigo un remordimiento.

— ¿Cuál es?

— El de haber merecido el favor de tu abuelo. Hasta la muerte me reprocharé el haber peleado en su defensa en vez de combatir contra él.

— ¡Anciano! gritó el soberano con las mejillas encendidas de cólera; tienes mas audacia que años.

— Cárlos, dejemos este punto. Si tu te consideras soberano de la Galia, los bretones no reconocemos tu derecho que, como conquistador, proceden...

— ¡De Dios! dijo el emperador dando con el pié en el pavimento é interrumpiendo á Amael; proceden de Dios... y de mi espada.

— De la espada, concedo, pero de Dios... lo niego. Dispones de un ejército innumerable, has devastado ya y vencido á Bretaña, y puedes devastarla y vencerla otra vez, pero sojuzgarla... ¡nunca! He dicho, Cárlos. No hablaré mas sobre este punto. Soy tu prisionero... tuya es mi vida.

El emperador, que varias veces estuvo á punto de estallar de indignacion mientras hablaba el anciano, se volvió hácia Eginardo, y le dijo con tono de calma despues de un momento de silencio:

— Tú que escribes los hechos y hazañas de Cárlos Augusto Emperador de las Galias, César de Germania, Patricio de los romanos y Protector de los suevos, búlgaros y húngaros, escribirás que un anciano usó con Cárlos un language de inaudita audacia, y que no pudo menos de apreciar la franqueza y el valor del hombre que de tal modo le hablaba.

Y cambiando repentinamente de acento, el emperador, cuyas facciones momentáneamente airadas, tomaron una espresion de bondad y de finura, dijo al anciano:

— ¿Es decir, señores bretones de la Armórica, que bajo ningun concepto me quereis por emperador? Y sin embargo ¿me conoces acaso?

— Cárlos, solo te conocemos en Bretaña por los males de las guerras que nos habeis hecho tú y tu padre. Sabemos tambien tus numerosas conquistas en Europa, pero los pueblos conquistados no admiran á sus conquistadores.

— ¿Es decir, que para vosotros, los de la Armórica, no soy mas que un hombre de conquista, de violencia, de batalla?

— Si.

— Pues bien, sígueme y tal vez consiga que cambies de opinion, dijo Cárlos despues de reflexionar un momento.

Y levantándose, tomó su baston y su gorra. Vió entonces á Vortigern que hasta entonces habia estado en un extremo de la estancia y dijo:

— ¿Quién es este gallardo jóven ?

— Mi nieto.

— Octavio, dijo el emperador volviéndose hácia el romano, me traes rehenes de muy tierna edad.

— Augusto príncipe, he debido elegir á este jóven por varias razones. Su hermana está casada con *Morvan*, simple labrador, pero uno de los gefes bretones mas intrépidos que en la última guerra mandaba la caballeria.

— ¿Porqué no has traído á *Morvan* ?

— Príncipe augusto, para traerle aquí hubiera sido preciso antes prenderle, pero *Morvan*, aunque gravemente herido, consiguió huir auxiliado por su esposa que es una heroína, y fué imposible alcanzarle en los montes inaccesibles donde ambos se refugiaron. Se han elegido pues por rehenes otros dos gefes de tribu muy influyentes que hemos dejado en el camino á consecuencia de sus heridas, además á este anciano que ha sido el alma de estas últimas guerras, y finalmente á este jóven que por su familia está unido á uno de los gefes mas peligrosos de la Armórica. Confieso que se ha cedido tambien á las súplicas de la madre de este mancebo porque deseaba vivamente que acompañase á su abuelo durante este largo viaje, bastante penoso para quien cuenta un siglo.

— ¿Qué dices, muchacho? preguntó el emperador á Vortigern á quien habia mirado con atencion é interés mientras hablaba Octavio ¿tambien tú aborreces á Cárlos el conquistador?

— El emperador Cárlos tiene la cabeza cana y yo he cumplido apenas diez y ocho años, respondió el jóven breton ruborizándose y bajando los ojos; ya veis que no puedo contestaros.

— Anciano, dijo Cárlos volviéndose hácia *Amael*, la madre de tu nieto debe ser feliz. Pero ahora que recuerdo ¿no te viste ayer antes de mi llegada espuesto á hacerte pedazos cayendo del caballo?

— ¡Yo! exclamó Vortigern ruborizándose de orgullo ¡yo... caer del caballo! ¿Quién se atrevió á decirlo?

— ¡Muy bien... muy bien, muchacho! te has puesto encendido

como la púrpura, dijo el emperador riendose. Tranquilizate, no es mi ánimo herir tu amor propio de escudero, porque antes de verte, me habian hablado mucho de tu gracia y tu osadia en el manejo del caballo. Mis queridas hijas, y especialmente Tetralda é Hildruda, me repitieron mas de diez veces durante la cena que habian visto un jovenzuelo breton que, apesar de tener un brazo herido, manejaba el caballo como el mejor de los escuderos.

— Si merezco algun elogio es preciso hacérselo á mi abuelo, respondió modestamente Vortigern; él me ha enseñado á montar á caballo.

— Me gusta tu respuesta porque me prueba tu modestia y tu respeto á los ancianos. Dime, pues: ¿eres instruido? ¿sabes leer y escribir?

— Si, me ha enseñado mi madre.

— ¿Sabes cantar la misa?

— ¡Yo! respondió Vortigern asombrado. No; en nuestra tribu no se canta la misa.

— ¿Qué dices? ¿Luego sois unos gentiles? ¡Qué lástima que un jóven tan bello y modesto se vea sumido en tan diabólica ignorancia!

Y poniéndose su gorra de pieles y apoyándose en el baston, el emperador dijo al anciano:

— Sigüeme. ¿Con que no conocias mas que á Cárlos el batallador? Pues voy á hacerte ver otro Cárlos que no conoces. ¡Ven, ven!

Y el emperador se dirigió hacia la puerta cogiendo y apoyándose en su baston, pero al llegar al umbral dijo á Octavio:

— Corre á avisar á Hugo mi montero mayor que voy á salir á cazar el ciervo al bosque de Oppenheim, y que envíe allá la trahilla.

— Augusto principe, se hará lo que mandais.

— Dirás tambien al Nomenclator de mi mesa que tal vez comeré en el pabellon del bosque si se prolonga la caza. Mi comitiva comerá tambien: que sea suntuoso el banquete. Le advertirás que mi gusto no ha cambiado, y que prefiero á todos los manjares un trozo de carne asada.

El romano volvió á inclinarse, y Cárlos salió de la estancia siguiéndole Eginhardo y Amael. Octavio se acercó entonces á Vortigern y le dijo en voz baja:

— Voy á anunciar en las habitaciones de las princesas que el em-

perador va á salir de caza. ¡Por Venus! la madre de los amores te proteja, amigo mio.

El mancebo se ruborizó nuevamente y vacilaba en responder al romano, cuando Amael volvió el rostro, le llamó y le dijo:

— Ven, hijo mio; el emperador quiere apoyarse en tu brazo para bajar la escalera.

Vortigern, cada vez mas turbado, se acercó á Carlos que decia á los chambelanes:

— No, nadie me acompañará mas que Eginhardo y estos dos bretones.

Y añadió entonces dirigiendose al turbado jóven:

— Tu brazo será mejor apoyo que mi baston. La escalera es pendiente; ven y anda despacio.

El emperador bajó lentamente, apoyado en el brazo de Vortigern, por la escalera que conducia á los pórticos de un patio interior. Cuando llegó al postrer escalon dejó el brazo del jóven y le dijo volviendo á tomar el baston:

— Has andado con mucho juicio y eres un buen guia. ¡Qué lástima que seas idólatra!

Carlos entró en una galeria que daba vuelta al patio, seguido de las personas que le acompañaban, y no tardó en ver un esclavo que cruzaba el patio, y llevaba en los hombros un enorme cesto.

— ¡Ven acá! le gritó el emperador con voz penetrante. ¿Qué llevas en ese cesto?

— Huevos, señor.

— ¿A dónde los llevas?

— A las cocinas del augusto emperador.

— ¿De dónde son esos huevos?

— De la granja de Mulsheim, señor.

— ¿De la granja de Mulsheim? repitió el emperador reflexionando, y añadió al momento: ¿hay trescientos veinte y cinco huevos en el cesto?

— Si, señor; es el tributo que cada mes se trae de la granja.

— Sigue tu camino, y ten cuidado de no romperlos.

El emperador se paró entonces un momento apoyado en el baston, y volviéndose hácia Amael, le dijo:

— ¡Eh! señor breton, venid á mi lado.

Amael obedeció, y el emperador continuó andando y añadió:

— Carlos el Batallador sabe tambien gobernar su casa. ¿Qué te

parece? Sabe á punto fijo los huevos que ponen las gallinas de sus granjas (1). Si vuelves á Bretaña, ¿contarás esta particularidad á sus amas de casa?

— Si vuelvo á mi país diré la verdad sobre lo que veo aquí.

Cárlos llamó á una puerta que daba á la galería, y á los pocos momentos salió á abrir un sacerdote vestido de negro que exclamó sorprendido y doblando la rodilla:

— ¡El emperador!

Y como el sacerdote hiciera un movimiento para correr á la puerta de una sala vecina, cuya entrada se veía, Cárlos le dijo:

— No te muevas. ¿Explica la lección el maestro Clemente?

— Sí, príncipe Augusto.

El emperador mandó al sacerdote que esperase y dijo á Amael:

— Señor breton, vas á ver una escuela que he fundado y que dirige el maestro Clemente, famoso retórico, que he hecho venir de Escocia. Los hijos de los mas grandes señores de mi corte vienen, segun mi voluntad, á estudiar en esta escuela con los hijos de mis mas pobres servidores.

— Cárlos, te felicito por esa idea.

— Y esa idea que apruebas pertenece sin embargo á Cárlos el Batallador. Ven, entremos.

La escuela *palatina*, dirigida por el escocés Clemente, y á la cual siguieron los dos bretones al emperador, contenía cerca de doscientos alumnos; todos se levantaron al ver á Cárlos, pero el emperador les hizo seña de que volbiesen á sentarse, y les dijo:

— No os movais, hijos míos; prefiero veros con la cara inclinada sobre vuestros cuadernos, que alzada al aire bajo el pretexto de saludarme.

Clemente, director de la escuela palatina, se disponía á bajar de la cátedra, pero Cárlos le dijo:

— No te muevas de tu trono de sabiduría, mi digno maestro; en este recinto no soy mas que uno de tus súbditos. Únicamente deseo examinar los adelantos de estos muchachos y saber si secundan tus buenos deseos. Veamos las tareas de este día.

El emperador se preciaba de literato. Se sentó en una silla cerca de la cátedra de Clemente, y examinó detenidamente varios cuadernos que le fueron presentados por diferentes alumnos, pero los

(1) «Cárlos sabia hasta en los mas ínfimos detalles el producto de sus granjas» (MONTE DE SAN GALL. p. 171).

discípulos pertenecientes á padres nobles y ricos no enseñaron al emperador mas que trabajos medianos ó detestables, mientras por el contrario los discípulos mas pobres ó de categoria menos, elevada presentaron obras tan distinguidas que Cárlos exclamó volviéndose hácia Amael:

— Si fueras mas letrado, señor breton, apreciarías como yo estas cartas y estos versos que acabo de leer; el mas suave sabor de la ciencia se hace sentir en la mayor parte de estos escritos.

Y continuó hablando á los alumnos:

— Os ensalzo, hijos míos, por vuestro celo en secundar mis intenciones. Esforzaos en llegar á la perfeccion y os daré ricos obispados y magníficas abadias.

Después frunció el entrecejo, lanzó una mirada de enojo á los nobles perezosos y á los ricos holgazanes, y añadió:

— En cuanto á vosotros, hijos de los magnates de la nacion, niños delicados y mimados, que, confiando en vuestra cuna y vuestras riquezas, despreciais mis mandatos y descuidais el estudio prefiriendo el juego y la pereza... en cuanto á vosotros, exclamó cada vez mas enojado golpeando con el baston el pavimento, os advierto que ningun caso hago de vuestra cuna y vuestra riqueza. Oid lo que os digo y retenedlo bien en la memoria: si no os apresurais á reparar vuestra negligencia por medio de una aplicacion constante, nada alcanzareis jamás de mí. (1)

Los nobles holgazanes bajaron los ojos temblando. El emperador se levantó entonces y dijo á un jóven clérigo llamado Bernardo, que era uno de los alumnos cuyos distinguidos trabajos acababan de inspirarle admiracion, y que apenas tenia veinte años:

— Sigüeme, hijo mio, te nombro desde hoy clérigo de mi capilla (2) y no se limitará á esto mi proteccion. — Ya lo ves, breton, continuó dirigiéndose á Amael; Cárlos el Batallador obra en su humilde humanidad como Dios nuestro Señor en su divinidad; separa la zizaña de la buena semilla, y coloca los buenos á su derecha y los malos á su izquierda. Si vuelves á Bretaña dirás á los preceptores de tu pais que Cárlos vigila la escuela que ha fundado.

— Diré, Cárlos, que obra en esto con prudencia, justicia y verdad.

(1) Este hecho y las mismas palabras del emperador se hallan en la crónica del monje de San Gall, t. I, p. 171.

(2) Idem.

—Quiero que las bellas letras y las ciencias illustren mi reinado. Si fueras mas instruido te haria asistir á una sesion de nuestra Academia. Hemos tomado nombres de la antigüedad: Eginhardo se llama *Homero*, Clemente *Horacio* y yo soy el *rey David*. (1) Estos nombres inmortales nos sientan como armaduras de gigantes á enanos, pero al menos honramos á aquellos genios como mejor podemos. Y ahora, añadió el emperador continuando su marcha, vamos como buenos cristianos á oír misa.

El emperador siguió una larga galeria precediendo á las personas que le acompañaban, y entró en la basilica de Aguisgran que estaba inmediata al palacio imperial. Vortigern y su abuelo quedaron sorprendidos ante la increíble magnificencia de aquel templo en el cual se hallaban reunidos todos los moradores del palacio. El jóven breton vió á lo lejos á las hijas y nietas de Cárlos lujosamente engalanadas y entre ellas á la rubia y encantadora Tetralda al lado de su hermana Hildruda. El emperador ocupó su sitio acostumbrado en el coro en medio de los cantores suntuosamente vestidos. Uno de ellos entregó respetuosamente al emperador una varilla de ébano con la cual seguia el compás, y dió la señal de los diferentes cantos indicados por la liturgia. Un momento antes del final de cada versículo Cárlos lanzaba un grito de falsete tan extraño (2) que Vortigern, cuya mirada acababa de encontrar por casualidad los rasgados ojos azules de la rubia Tetralda clavados en él, estuvo á punto de prorumpir en indiscreta risa al oír el grito del emperador, á pesar de la santidad del lugar y de la creciente turbacion que le ocasionaban las miradas de Tetralda. Cárlos dijo á Amael:

—Confiesa, breton, que en caso de necesidad, aunque rudóguerrero, podria servir de clérigo y capiscol.

—Ignoro el mérito de tu canto, pero te diré que has lanzado un grito mas discordante que el graznido del cuervo de mar de nuestras playas.

—Tu juicio descubre que eres un idólatra, dijo el emperador saliendo de la basilica.

En el momento en que Cárlos salia del atrio de la iglesia, uno de los grandes de su córte se acercó y le dijo:

—Augusto príncipe, acaban de anunciar ahora la muerte del obispo de Limburgo

(1) Monge de San Gall.

(2) Ibid.

— ¿Ahora nada mas? Eso me asombra, pues mas de una vez me han anunciado la muerte de los obispos con dos ó tres dias de antemano. ¿Ha muerto en olor de santidad? ¿Ha partido al otro mundo dejando muchas limosnas á los pobres?

— Augusto príncipe, dicen que no ha dejado á los pobres mas que dos libras de plata.

— ¡Pobre es el viático para tan largo viaje! (1) exclamó una voz: era la de Bernardo el pobre y sabio estudiante que Cárlos habia nombrado ya clérigo de su capilla, y que segun las órdenes del emperador, iba á su lado desde que salió de la escuela palatina. Cárlos volvió el rostro hácia el jóven que se ruborizó de confusion, arrepintiéndose ya de su osado language, y le dijo saliendo del atrio:

— Sigueme.

Y Cárlos añadió al ver que los grandes de su corte se preparaban á acompañarle:

— No, no; solo me acompañarán estos dos bretones, Eginhardo y este clérigo; preparaos vosotros para la caceria.

La brillante multitud se paró, y el emperador entró en las galerias del palacio sin mas comitiva que Vortigern, Amael, Eginhardo y el pobre Bernardo el cual iba el último, mas muerto que vivo, temeroso de haber enojado al emperador con su indiscreta ocurrencia criticando la avaricia del difunto obispo. Pero fué grande la sorpresa del estudiante cuando al cabo de algunos pasos Cárlos volvió hácia él el rostro y le dijo:

— ¡Acércate! ¿Crees pues qué el obispo de Limburgo ha dejado poco dinero para los pobres?

— Señor...

— Responde. Si te diera ese obispado ¿serias mas liberal que el obispo de Limburgo en el momento de aparecer delante de Dios?

— Augusto príncipe, respondió el pobre clérigo, absorto con fortuna tan inaudita, arrojándose á los piés del emperador; la voluntad de Dios y vuestra omnipotencia pueden tan solo decidir mi suerte.

— Levántate... te nombro obispo de Limburgo, y sigueme para que veas cual se agitan é intrigan mis cortesanos para alcanzar para sus protegidos no tan solo los cargos civiles, sino hasta las mas altas dignidades de la Iglesia. Como príncipe católico é hijo predilecto del Soberano Pontífice, he hecho cuantos esfuerzos me han sido posibles para estirpar los abusos que épocas de turbulencias é ignoran-

(1) Monge de San Gall.

cia habian introducido en la casa del Señor, y tengo orgullo en decir que ocupan actualmente las sillas episcopales varones eminentes en virtud y en ciencia y que los prelados son el apoyo y el honor de mi reinado. Existen, sin embargo, obispos que deben su dignidad á su valor guerrero y á los disturbios de los reinados de mi abuelo y de mi padre, pero son raras escepciones como la que voy á citar. ¿Se ha arreglado ya, Eginhardo, con el judío el negocio del *raton* embalsamado?

—Si, señor, respondió Eginhardo sonriendo; ayer cerró el trato el obispo.

—El obispo de que voy á hablarte, breton, es una de esas raras escepciones pero á quien he castigado como se merece halagando el vicio que le domina. Pronto le verás, porque era un guerrero espléndido cuando mi padre trocó su espada por el báculo y frecuenta asiduamente mi corte.

Mientras mediaba esta conversacion el emperador habia entrado en el palacio y en su aposento acompañado de Eginhardo, Amael, su nieto y Bernardo, nuevo obispo de Limburgo.

Apenas entró Cárlos en su observatorio cuando uno de sus chambelanes le dijo:

— Augusto emperador, varios grandes dignatarios del palacio han solicitado el honor de ser admitidos en vuestra presencia para hablaros de una peticion muy urgente. La princesa Adalinda ha venido tambien dos veces con el mismo objeto.

— Introduce á los que piden audiencia, dijo Cárlos al chambelán que salió al momento, y volviéndose hácia el jóven clérigo é indicándole la cortina de la ventana cerca de la cual estaba su asiento habitual, el emperador añadió sonriendo: — Ocúltate detrás de esta cortina y verás los numerosos rivales que tiene tu obispado (1).

Apenas desapareció el clérigo detrás de la cortina cuando invadió la estancia una multitud de dignatarios del palacio y oficiales ó señores de la corte, y todos pidieron para sus recomendados la vacante esponiendo sus méritos y los de sus protegidos. Se hallaba entre ellos un prelado lujosamente vestido y de aspecto altivo y guerrero, que se acercó á Cárlos cuando le tocó el turno.

— Este es el obispo del *raton*, dijo en voz baja Eginhardo al emperador, y la cantidad que ha dado al judío es de diez mil sueldos de

(1) Monje de San Gall. El relato de este hecho se ha tomado textualmente del

plata... El judío me ha entregado escrupulosamente el dinero segun vuestras órdenes.

— Obispo de Bergues ¿ con qué objeto pediste audiencia ?

— Príncipe Augusto, os suplico que me concedais en cambio del obispado de Bergues el de Limburgo.

— ¿ Con qué objeto ?

— Siendo mayores sus rentas podré hacer mas limosna á los pobres.

— Oid todos los que os hallais aquí presentes, dijo el emperador con acento severo. Conociendo la aficion de este prelado á las frivolidades curiosas y caras que compra á precios fabulosos, encargué á Salomon el judío que cazase un raton en su casa, lo embalsamase con los mas preciosos aromas, lo envolviese en telas orientales bordadas de oro, se lo ofreciese al obispo de Bergues como un rarísimo raton de Judea traido por una nave veneciana y se lo vendiese como un animal prodigioso. ¿ Sabeis el precio á que ha pagado este animal ? ; Diez mil sueldos de plata ! Tengo la suma en mi poder porque el judío me la ha traido y será distribuida entre los pobres (1). Obispo de Bergues, si publicamente cito este hecho para tu confusion, no lo hago con intento de humillar la clase á que perteneces y á la que respeto como el mas humilde de los hijos de la Iglesia, pero soy monarca y tengo deberes que cumplir, y uno de los principales es estinguir los abusos en todas las categorias y premiar y castigar á mis súbditos como lo merecen por sus obras. No te concedo el obispado de Limburgo ; conserva el tuyo, y hazte digno de mi clemencia. Vosotros sabed que he prometido el obispado á un jóven digno de desempeñarlo y que no puedo faltar á mi promesa.

Los cortesanos se apartaron entonces para abrir paso á la princesa Adalinda que se acercó al emperador con ademan confiado y seguro de feliz éxito de su peticion y le dijo graciosamente :

— Señor, está vacante el obispado de Limburgo, y lo he prometido á un sacerdote que protejo no dudando de vuestra aprobacion.

— Hija querida, nada puedo negarte, pero he dado el obispado á un jóven, y no puedo faltar á mi palabra.

El emperador separó entonces la cortina detrás de la cual se ocultaba el clérigo, le tomó de la mano y dijo presentándole á los cortesanos.

— Aquí teneis el nuevo obispo de Limburgo !

(1) El relato de este hecho se ha tomado textualmente del monje de San Gall. (1)

Y añadió sin hacer caso de los murmullos de asombro que producía entre los aspirantes la poca edad del electo:

—Bernardo, no te olvides jamás de hacer abundantes limosnas... ellas serán algún día tu viático para ese largo viaje del que no se vuelve (1).

La hermosa Adalinda salió bruscamente y con el rostro encendido de despecho al ver frustrada su esperanza, y no tardaron en seguirla los cortesanos y el obispo de Bergues que había hecho sin saberlo una rica limosna á los pobres.

—Señor breton, dijo el emperador haciendo una seña á Amael para que se acercase á la ventana que abrió para salir al balcon á disfrutar del suave calor del sol de otoño, ¿qué opinion has formado de mí?

—Al terminar el día, si me concedes algunos momentos de conversacion, te diré sinceramente lo que pienso sobre lo que veo aqui. Ensalzaré lo bueno... y vituperaré lo malo.

—¿Qué ves de malo aqui?

—Aqui... y en otras partes.

—¿En otras partes?

—¿Crees que tu palacio y tu ciudad de Aguisgran, tu corte predilecta, forman toda la Galia?

—Acabo de recorrer el norte de sus comarcas, y he llegado hasta Boloña donde he mandado construir un faro, y en todas las ciudades he creado establecimientos útiles para mis súbditos... Pero esta noche hablaremos...

Interrumpió al emperador el estruendo producido por los ladridos de una trahilla numerosa y el sonido de las trémpas.

—Deseo que tu nieto me acompañe á la caza. Deseo ver por mis propios ojos si es tan diestro ginete como dicen mis hijas. La caza es un simulacro de la guerra y casi mi diversion favorita cuando me dejan algun momento de ocio los negocios del Estado.

(1) Monje de San Gall, t. I.

CAPÍTULO III.

La caza. — Tetralda é Hildruda en el bosque. — Tetralda y Vortigern en la choza.

Octavio fué á buscar á Amael y á su nieto despues del desayuno, y mientras se dirigian á uno de los patios del palacio, el romano, aprovechándose de un momento en que el anciano no podia oirle, dijo en voz baja y riendo á Vortigern :

— ¡Venturoso mancebo! Estoy seguro de que dos pares de hermosos ojos, unos negros como el ébano y otros azules como el cielo han buscado ya con afan entre la turba de cortesanos...

Pero interrumpiéndose al ver el vivo carmin que invadia las mejillas del jóven breton, Octavio añadió :

— Espera á que acabe de hablar para ponerte encarnado... Decia que dos hermosos ojos azules y dos hermosos ojos negros han buscado ya mas de una vez entre la turba de cortesanos... el venerable rostro de tu abuelo, porque no hay nada que atraiga mas los hermosos ojos que una larga barba blanca. Esto es tan cierto que hoy en misa la rubia Tetralda y la morena Hildruda olvidaban el oficio divino para mirar incesantemente... á tu abuelo que estaba á tu lado. ¡Cómo! ¿te ruborizas otra vez? ¿Temes que las encantadoras hijas del emperador se enamoren de un anciano?

— Dejame... tus bromas son insufribles, dijo Vortigern con impaciencia. No entiendo lo que quieres decirme.

— ¡Qué contagioso es el aire de la corte! exclamó Octavio. Miren al breton que apenas salió de sus montes y ya es tan disimulado como el mas astuto cortesano.

Vortigern, cada vez mas embarazado con las bromas de Octavio, balbuceó algunas palabras, y pronto el anciano, su nieto y Octavio, montados en escelentes caballos que encontraron guardados por esclavos en uno de los patios del palacio, se reunieron con el emperador.

Carloman y Luis (*Hlut-wig*, como dicen los francos), que habian llegado aquel mismo dia del castillo de Heristall, acompañaban á Cárlos asi como ocho ó diez princesas. Entre las cazadoras se distinguian Imma que llegaba ya á la edad en que desaparece la juven-

tud; Berta, que dirigia á hurtadillas miradas amorosas á Engilberto; Adlruda que sonreía á Audoino, uno de los mejores capitanes del emperador, y finalmente, la morena Hildruda y la rubia Tetralda que buscaban con los ojos... al breton anciano sin duda, como habia dicho Octavio á Vortigern. La mayor parte de los señores de la comitiva llevaban trages caprichosos, traídos de Pavia, que era el centro mercantil de las riquezas de Oriente: algunos iban engalanados con túnicas teñidas de púrpura de Tiro y adornadas con anchas esclavinas bordadas ó de plumas de aves de Fenicia, de modo que las plumas nacientes del cuello, de la espalda y de la cola de los pavos reales de Asia hacian resplandecer aquellos ricos trages con todos los reflejos del azul, del oro y de la esmeralda; otros cortesanos llevaban preciosos justillos de pieles de lirones ó comadreas de Judea, gorras con plumas flotantes, calzones de seda y borceguies de cuero oriental encarnados ó verdes bordados de oro ó plata. La rústica sencillez del traje del emperador formaba notable contraste con la magnificencia de los cortesanos: sus grandes y recias botas de cuero, con espuelas de hierro, le subian hasta los muslos, llevaba encima de la túnica un ancho gaban de piel de cordero con el pelo hacia fuera, una gorra de piel de tejon, y empuñaba un látigo de mango corto para castigar á los perros de caza. Como su estatura era tan elevada, que escedia de mucho á la de sus oficiales, Cárlos vió á lo léjos á Vortigern y á su abuelo y gritó:

— Señor breton, dignaos venir á mi lado; quiero ver si tu nieto es tan buen ginete como dicen mis hijas.

Los caballeros abrieron paso para que se aproximaran Arael y su nieto que seguia modestamente á su abuelo sin atreverse á alzar los ojos hacia el grupo de mujeres que rodeaban al emperador. Este examinó atentamente á Vortigern que manejaba el caballo con su habitual gracia y destreza, y le dijo:

— Cárlos juzga de una mirada de la habilidad de un escudero. Manejas con destreza el caballo. ¡Lástima que seas un idólatra! ¿Qué os parece, hijas mías? ¿No haria este jóven un brillante papel entre mis caballeros?

— Me parece que ha nacido para vivir en la corte y no en las rústicas montañas de la Armórica, respondió Hildruda lanzando una mirada atrevida á Vortigern.

La rubia Tetralda no se atrevió á hablar como su hermana, se ruborizó y miró á Hildruda con celosa cólera.

— Veo que es preciso ensalzar á este jóven idólatra para no disgustar á mis hijas, dijo el emperador.

Inclinóse entonces al oído de Arael, y le dijo en voz baja enseñándole con una mirada maliciosa la turba de sus cortesanos, tan resplandeciente con las plumas de sus túnicas:

— ¿No te parece que mis caballeros van lujosamente vestidos? Mira-les con atencion, y no olvides la magnificencia de sus trages; ya te lo haré recordar en tiempo oportuno.

Y el emperador partió á galope seguido de toda su corte despues de haber dicho á los cortesanos lo mismo que á los dos bretones:

— Cuando lleguemos al bosque, cada cual podrá seguir la direccion que se le antoje. En la caza no hay emperador ni corte; no hay mas que cazadores.

La caceria se efectuaba en un vasto bosque situado á las puertas de Aguisgran. El sol de otoño, que habia aparecido radiante, fué ocultándose poco á poco bajo una de esas nieblas tan frecuentes en esta estacion y en aquel país del norte. Segun la órden del emperador, ninguno de sus cortesanos siguió sus pasos: los cazadores se diseminaron; unos, más atrevidos no se separaban de la trahilla encarnizada en la persecucion del ciervo al través de las malezas, y otros, monteros menos intrépidos, guiándose por el sonido de las trompas ó los ladridos de los perros, veian á lo léjos y á intervalos el ciervo, la trahilla y los cazadores que salian de los vallados y atravesaban los senderos. Cárlos, arrastrado por su ardimiento, habia abandonado desde el principio de la caza á sus hijas, incapaces por otra parte de seguirle por los espesos matorrales donde el emperador de los francos penetraba como el último de sus monteros.

Vortigern, separado de su abuelo en medio de aquel tumulto en que cerca de cien caballos, reunidos en una enrucijada y escitados por las trompas, relinchaban y se encabritaban, se alzó sobre los estrivos y buscaba con la mirada á Arael, cuando su caballo, desviándose con violencia partió á escape con tanta rapidez, que cuando el jóven breton llegó á dominar su montura despues de grandes esfuerzos, se halló muy léjos de los cazadores. Trató entonces de penetrar con la vista la niebla que por momentos era mas densa, y se vió solo en una larga avenida cuyas salidas no podia distinguir en medio de la neblina. Prestó el oído, esperando oir á lo léjos el estruendo de la caza que le hubiera guiado para reunirse con los demás caza-

dores, pero el mas profundo silencio reinaba en aquella parte del bosque, cuyas sendas ignoraba Vortigern.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes llegó á su oido el rápido galope de dos caballos que le seguian; resonó despues un grito lanzado mas bien de ira que de espanto, y no tardó en ver al través de la niebla, una forma vaga que fué haciéndose cada vez mas distinta, hasta que apareció á los ojos del breton la rubia Tetralda, la hija del emperador de los francos. Vestía un traje de paño azul zafiro, bordado de armiño blanco como la piel de su hacanea; llevaba sobre sus rubias trenzas una gorrita tambien de armiño, y ceñía su esbelto talle un cinturon de seda de Tiro de vivos colores, y cuyos largos extremos ondeaban al soplo del viento. El rostro ingenuo y encantador de la hija del emperador, animada por el ardor de la carrera, brillaba con vivo cármin, y ruborizándose aun mas al aspecto de Vortigern, bajó sus rasgados ojos azules, en tanto que las ondulaciones de su seno de quince años indicaban la emocion que sentia. La turbacion de Vortigern era igual á la de Tetralda, y como ella, permanecia mudo y embarazado, como ella tenia los ojos bajos, y como ella en fin sentia latir con violencia el corazon.

La silenciosa turbacion de los dos jóvenes fué interrumpida por Tetralda que con voz tímida y balbuciente dijo al breton sin atreverse á mirarle:

— Creí que no te iba á alcanzar jamas; era tanta la ventaja que llevaba tu caballo...

— El caballo me ha arrebatado sin poderlo dominar...

— Lo advertí lo mismo que mi hermana Hildruda, añadió Tetralda frunciendo sus lindos ojos; entonces nos lanzamos las dos detrás de tí... temiendo que te estraviases ignorando las sendas del bosque.

— Me ha parecido oir el galope de dos caballos... y despues un grito.

— Mi hermana queria pasar delante, pero descargué un latigazo á la cabeza de su caballo que se lanzó aterrado por otra senda sin que lo pudiera sujetar Hildruda: por eso exhaló aquel grito de cólera.

— ¿Pero corre algun peligro?

— No, no; mi hermana conseguirá detener su caballo, pero como la niebla es tan densa, no podrá reunirse con nosotros, de lo que me alegro.

Vortigern estaba en ascuas, y sin embargo, un sentimiento de inefable dulzura se mezclaba en su angustia.

Los dos jóvenes permanecieron nuevamente callados, y la hija del emperador fué otra vez la que rompió el silencio, diciendo á Vortigern:

— No hablas... ¿Te pesa el que me haya reunido contigo?

— ¡Oh! no... no!

— ¿Me crees mala porque he pegado al caballo de mi hermana? ¿Qué quieres? Cuando he visto que queria pasar delante no he podido dominarme.

— Confio que no habrá sucedido mal alguno á vuestra hermana.

— Yo tambien confio.

Tetralda y Vortigern permanecieron otra vez silenciosos durante algunos momentos. La niña añadió con un ligero acento de des- pecho:

— Estas muy callado...

— No es culpa mia. No sé qué decir...

— Ni yo tampoco; y sin embargo tenia muchos deseos de hablarte.

¿Cómo te llamas?

— Vortigern.

— Vortigern... ¿es un nombre de tu pais?

— Si.

— Yo me llamo Tetralda... Pronuncia mi nombre.

— Tetralda...

— Me gusta oírte pronunciar mi nombre... lo dices dulcemente.

— Es dulce de pronunciar.

— El tuyo tambien, aunque algo bárbaro... Vortigern.

— ¿Hacia que lado estará la caza? dijo el breton mirando á todas partes con ansiedad creciente; será difícil encontrar á los cazadores porque la niebla es cada vez mas densa.

— ¡Si nos perdieramos! dijo Tetralda riendo. No sé las sendas del bosque.

— Entonces ¿porqué os habeis separado de los caballeros de la corte?

— No lo sé. He visto que te alejabas rapidamente y te he seguido á pesar mio.

— ¡Nos vemos ahora en grande apuro!

— ¿Te enoja el hallarte aquí solo conmigo?

— ¡Enojarme! exclamó el pobre Vortigern, pero temo por vos

que esta espesa niebla se convierta en lluvia porque os mojareis hasta los huesos, especialmente si nos estraviamos mas. Debiamos tratar de reunirnos con los cazadores.

— Como gustes... ¿ hacia qué lado iremos ?

— Me ha parecido oír no ha mucho á lo lejos el sonido de las trompas.

— Escuchemos, dijo Tetralda inclinando su encantadora cabeza mientras Vortigern se apartaba á corta distancia para escuchar por otro lado.

— ¿ Oyes algun ruido ? preguntó la hija del emperador de los francos alzando su dulce voz y dirigiéndose á Vortigern. Yo no oigo nada.

— Ni yo tampoco, respondió acercándose á Tetralda. ¡ Qué desgracia ! ¿ Qué haremos ?

— ¡ Nos hemos perdido ! dijo la niña riendo á carcajadas. Y si llega la noche... ¡ pobres de nosotros !

— ¿ Os reis en este momento ?

— ¿ Tienes miedo acaso siendo soldado y habiendo combatido ya ?

Pero el lindo rostro de Tetralda espresó de pronto la inquietud y la hija del emperador añadió con ternura :

— ¿ Y tu herida ?

— No hablemos de mi herida, hablemos de vos... ¿ No veis ? La niebla es cada vez mas densa. ¿ Cómo encontraremos el camino ?

— Pues yo quiero hablar de tu herida, dijo la hija de Carlos con infantil impaciencia. ¿ Porqué no llevas el brazo sostenido como ayer ?

— Porque me hubiera estorbado en la caza.

Tetralda se quitó rapidamente su largo cinturon de seda tiria, y se lo ofreció á Vortigern diciéndole :

— Toma, sosten el brazo herido con mi cinturon.

— Os aseguro que es inútil.

— ¿ Te niegas ? dijo tristemente Tetralda teniendo en la mano el cinturon que ofrecia á Vortigern; y fijando en él sus hermosos ojos azules con espresion suplicante, añadió : Aceptalo... te lo ruego.

Vencido el breton por aquella tímida y preciosa mirada, aceptó el cinturon pero como tenia en la mano las riendas del caballo, no podia colocarselo en el brazo.

— Espera, le dijo Tetralda, y acercando su hacanea al caballo de Vortigern, se inclinó sobre la silla, tomó los dos estremos del cinturon y los ató detrás del cuello del mancebo.

Vortigern sintió las manos de la joven tocando sus cabellos y se estremeció tan vivamente, que Tetralda le dijo acabando de hacer el nudo :

— Tiembas...

— Si, respondió Vortigern con creciente turbación. La niebla es tan densa y tan húmeda... ¿No teneis frio?

— ¿Frio?... No. Pero si tienes frio sigámonos andando al paso de nuestros caballos. Es inútil ir mas de prisa... la caza que buscamos volverá tal vez de este lado.

— ¡Si tuviéramos tanta dicha...! respondió el breton exhalandos un suspiro.

Los dos jóvenes continuaron andando uno al lado del otro por una ancha senda donde nada se distinguía á veinte pasos de distancia. La noche se aproximaba y la niebla era mas densa.

Tetralda dijo despues de algunos instantes de silencio :

— Tu abuelo tiene un aspecto bondadoso y venerable.

— Por eso le amo tanto como le venero.

— ¿Y tu padre?

— ¡Murió!

— ¡Cómo!... ¿no tienes padre? ¿Vive aun tu madre?

— ¡Oh! felizmente... sí...

— ¿Te se parece?

— Así lo dicen.

— ¡Cuanto lloraria cuando te separaste de ella!

— Mi madre tiene valor. Sus últimas palabras fueron estas : «Vas en rehenes á un pais enemigo; suceda lo que quiera, honra y haz que se honre el nombre breton.»

— ¿Será cierto? Los francos somos los enemigos de tu pais, y sin embargo no siento por tí ninguna enemistad. ¿Y tu... ¿la sientes contra mí?

— ¿Cómo he de ser enemigo de una mujer?

— ¿Tienes hermanas?

— Tengo una.

— ¿Te se parece?

— Los dos nos parecemos á mi madre.

— ¡Cuán pesaroso estarás de verte lejos de tu pais! ¿Quieres que pida al emperador, mi padre, que os perdone... á tí y á tu abuelo?

— ¡Pardonar! Un breton no pide perdón jamas, respondió Vortigern con altivez. Mi abuelo y yo somos rehenes, prisioneros sobre

palabra, y sufriremos la ley de la guerra sin pedir jamás perdon.

— ¡Mejor...! ¡mejor!

— ¿Qué decís?

— De ese modo estareis aquí más tiempo.

Nuevo silencio siguió á este diálogo, y muy pronto, como lo había previsto Vortigern, la densa niebla se convirtió en lluvia fresca y penetrante.

— Ya llueve, dijo el breton, y vais á mojaros. ¡Qué desgracia! No se oye nada, nada, y cualquiera diría que esta senda es interminable. Mirad otra á la derecha. ¿Qué os parece? ¿La tomamos?

— Como gustes, respondió Tetralda con indiferencia y cambió la dirección de su hacanea.

Vortigern paró de pronto el caballo, se quitó el cinturón de la espada y lo puso sobre el arzón de la silla para poderse quitar la túnica.

— ¿Qué haces? le preguntó Tetralda.

Vortigern se quitó la túnica sin responder y quedándose con un justillo de recia tela blanca como sus anchos calzones.

— He consentido en tomar vuestro cinturón, dijo á la hija del emperador, y ahora me permitireis que os cubra con mi túnica, atando las mangas por debajo del cuello: os servirá de capa y os abrigará de la lluvia.

— Pero con ese justillo de lienzo te mojarás más que yo.

— No temais; estoy acostumbrado á la intemperie de las estaciones. He aceptado vuestro cinturón y habeis de aceptar mi túnica.

— Atámela, pues, sobre los hombros, dijo Tetralda ruborizándose. No me atrevo á soltar las riendas de mi hacanea.

Vortigern, tan conmovido como su compañera, se acercó y puso la túnica sobre los hombros de Tetralda, pero cuando tuvo que atar las mangas sobre el cuello de la graciosa jóven que, con los ojos bajos, el seno palpitante y las mejillas encendidas, levantaba todo lo que podía su sonrosada barba para que Vortigern cumpliera con toda facilidad su galante servicio, las manos del mancebo temblaron tanto, tanto que dos veces tuvo que atar las mangas.

— ¿Ves como tiembblas de frío? dijo Tetralda; te estremeces aún más que antes.

— ¡Oh! no me estremecó de frío.

— ¿Qué tienes pues?

— No lo sé... la inquietud que tengo por vos, porque la noche se acerca, la lluvia se aumenta y no sabemos que camino tomar.

Tetralda interrumpió súbitamente á su compañero, lanzó una exclamacion de alegria y dijo tendiendo la mano hácia uno de los lados de la senda que seguian :

— ¿ Ves allá una choza ?

Vortigern vió en efecto bajo el ramaje de castaños seculares una choza construida con ladrillos sin cocer y puestos unos sobre otros sin argamasa. Una angosta abertura daba entrada á aquella guarida delante de la cual humeaban algunos restos de ramas encendidas.

— Es una de las cabañas donde los esclavos leñadores se retiran durante el dia cuando llueve, dijo Tetralda : alli estaremos al abrigo de la lluvia. Ata el caballo á un árbol y ayudame á bajar de la hácana.

Vortigern sintió que su corazon se oprimia y se ensanchaba sucesivamente al pensar que iba á estar al lado de la hermosa niña en aquella choza solitaria, y un calor abrasador le subió al rostro y sin embargo temblaba, pero despues de un momento de vacilar, ató el caballo á un árbol, y para ayudar á Tetralda, que se inclinaba hácia él, á bajar de su montura, le tendió los brazos y no tardó en recibir en ellos el cuerpo esbelto y ligero de la hija del emperador. Vortigern esperimentó con aquel contacto una emocion tan profunda que casi perdió el sentido, pero Tetralda corrió hácia la cabaña con infantil curiosidad y exclamó con júbilo :

— Hay en la choza un banco de césped y provision de leña seca. Vamos á encender fuego con estas ascuas. ¡ Ven... ven pronto !

El mancebo acudia á reunirse con su compañera cuando tropezó con un cuerpo redondo que rodó bajo su pié : se inclinó y vió en el suelo un gran número de gruesas castañas espinosas caídas de los corpulentos árboles que cubrian la choza. Cediendo entonces á la movilidad de las impresiones de su edad dijo vivamente :

— ¡ Gran descubrimiento ! ¡ Castañas ! ¡ castañas !

— ¡ Qué dicha ! dijo con no menos alegria Tetralda : las asaremos... Voy á recogerlas mientras enciendes fuego.

El breton accedió gustoso á los deseos de su compañera esperando encontrar en estos juegos un refugio contra los pensamientos vagos, tempestuosos, ardientes y llenos de encanto y angustia que le perseguian desde su encuentro con Tetralda. Entró, pues, en la choza, cogió algunas ramas y reanimó el fuego en tanto que la hija de Carlos, corriendo de uno á otro lado, recogia una gran provision de castañas que trajo en un doblez del vestido. Sentóse entonces en

el banco de césped colocado en el centro de la cabaña cuyo interior estaba vivamente iluminado por el fuego encendido cerca de la puerta, y dijo á Vortigern invitándole á que se sentara á su lado :

— Sientate aquí, y ven á ayudarme á pelar las castañas.

El mancebo se sentó cerca de Tetralda luchando con ella en presteza, y como la niña se punzaba mas de una vez los dedos para sacar el fruto maduro de entre su cubierta espinosa, le dijo riendo :

— He aquí á la hija del emperador de los francos sentada en un banco de césped dentro de una choza y limpiando castañas como la hija de un esclavo leñador.

— Vortigern, me creerás si quieres, dijo Tetralda mirando á su compañero con ademan radiante de gozo, pero jamás la hija del emperador de los francos ha estado mas contenta.

— Y yo, Tetralda, os juro que desde que me separé de mi madre y mi hermana no he tenido un dia mas venturoso que hoy.

— ¿ Dices lo que piensas ?

— ¡ Si... si !

— ¿ Y si mañana se pareciese á hoy, si vivieramos asi mucho tiempo, mucho tiempo... siempre ¿ estarias contento ?

— ¿ Y vos, Tetralda ?

— ¿ Porqué no me tuteas ?

— El respeto...

— Yo te tuteo y no te respeto menos, respondió la jóven riendo. ¿ Me preguntabas si seria feliz pensando que todos los dias serian iguales á este ?

— Si.

— Vortigern, ese pensamiento seria mi dicha.

Tetralda, calló, permaneció pensativa teniendo en sus delicados dedos una gruesa castaña entreabierta, y añadió despues de algunos instantes de silencio :

— Vortigern ¿ está muy léjos de aquí Bretaña ?

— ¿ Bretaña ?

— Si.

— Hemos empleado un mes en venir á caballo.

— ¡ Qué viaje tan divertido seria, Vortigern !

— ¡ Qué dices ?

Tetralda hizo un ademan de impaciencia lleno de gracia, mandó á Vortigern que callase aplicándose el dedo á sus rosados labios, y añadió :

— ¿Tienes dinero ?

— No.

— Aun guardó en este bolsillo algunas monedas porque al venir desde el palacio al bosque he dado casi todo lo que tenía á los pobres.

Tetralda sacó entonces un saquillo bordado y vertió sobre las rodillas todo lo que contenía, es decir, varias monedas de oro voluminosas, y un número mayor de monedas mas pequeñas de plata y de cobre. Dos de estas últimas, una de plata y otra de cobre, estaban ahugeradas y unidas por un hilo de oro.

— ¿Qué monedas son estas unidas? preguntó Vortigern mirándolas con curiosidad.

— ¡Oh! estas no las gastaremos; las guardaremos preciosamente. ¿Sabes porqué las he mandado unir? Porque la una, la de cobre, fué acuñada en el año de mi nacimiento, y la otra, la de plata, es te en que voy á cumplir quince años. Fabio, el astrónomo de mi padre, ha grabado en estas monedas cortos signos mágicos correspondientes á los astros cuya influencia es feliz y el obispo de Aquisgran las ha bendecido despues.

— ¿Es un talisman ?

— Si.

— ¡Qué lástima!

— ¿Porqué?

— Si no hubiera sido un talisman, Tetralda, te hubiera pedido en recuerdo de este dia esas dos monedas que indican tu edad.

— ¿Porqué guardar un recuerdo de este dia mas bien que de los otros? ¿No deseas como yo que todos sean iguales? Pero si quieres estas monedas, tómalas, però ponlas aparte y consérvalas religiosamente. Un talisman es cosa muy útil para un largo viaje. Toma, ponlas aparte en el bolsillo.

Vortigern obedeció casi maquinalmente mientras Tetralda añadía despues de haber contado ingénuamente su pequeño tesoro:

— Tenemos cinco sueldos de oro, ocho dineros de plata y doce de cobre además de mi brazalete, mi collar y mis pendientes. ¿Crees que con esto tendremos bastante dinero para llegar á Bretaña?

— Como... Tetralda ¿quisieras..?

— Déjame acabar. Tu caballo es escelente y fuerte mi hacanea; llegará pronto la noche que pasaremos albergados en esta choza, y cuando el esclavo leñador que se retira aquí durante el dia venga

mañana al amanecer le daremos un sueldo de oro para que nos conduzca á Worsten, aldea situada cerca del bosque á dos leguas de Aquisgran. Compraremos allí vestidos mas sencillos para mi, una buena capa de viaje de paño...

—Tetralda, escucha...

—Te escucharé cuando haya acabado. Decia que nos pondremos en camino mañana al amanecer. No creas que temo el cansancio; no soy tan alta ni tan robusta como mi hermana Hildruda, y sin embargo, si estuvieras cansado ó herido, te apoyarias en mi brazo y Dios me daría fuerza para sostenerte. Ya están las castañas peladas; ven á ayudarme á ponerlas debajo del rescoldo y sobre todo tengamos cuidado de no quemarnos los dedos.

Y Tetralda alzó con una mano el vestido donde guardaba los frutos y corrió á la hoguera. Vortigern la siguió. Creia que estaba soñando y su razon se oscurecia en medio de una especie de amoroso y ardiente vértigo. Se arrodilló silencioso y turbado al lado de Tetralda que estaba pensativa delante del fuego arrojando lentamente una á una las castañas.

La lluvia habia cesado, pero aumentando de intensidad la niebla al acercarse la noche, la oscuridad era ya completa. Los reflejos de la hoguera alumbraban los graciosos rostros de los dos jóvenes arrodillados uno cerca de otro, y cuando quedó dentro de la ceniza la última castaña, Tetralda se levantó apoyándose familiarmente en el hombro de Vortigern y le dijo tomándole la mano:

—Ahora, mientras se cuece nuestra cena, vamos á sentarnos en el banco de césped, y acabaré de explicarte mis proyectos.

La noche era oscura. En vano la llama de la hoguera vacilante y moribunda parecia pedir nuevo alimento... en vano las castañas estallando con estruendo en su cubierta parecian anunciar que estaba cocida su sabrosa pulpa... en vano el caballo y la hacanea de Vortigern y de Tetralda reclinaban como si pidieran su pienso nocturno. El fuego se apagó, las castañas se convirtieron en carbon y los reclinchos de los caballos resonaron en medio del silencio del bosque... Tetralda y Vortigern no salieron de la cabaña.

CAPITULO IV.

Conversacion entre Amael y Carlomagno. — El pabellon del bosque. — Amael y Vortigern regresan á Bre-
taña. — Tregua.

El emperador de los francos se lanzó con su impetuosidad habitual detrás de la trahilla desde el principio de la caza. Amael, á quien habia causado poca impresion la desaparicion de su nieto en medio de tan gran concurso de caballos, se dirigió por casualidad hácia la parte del bosque donde el ciervo se hacia perseguir, y hasta asistió poco antes de anochecer á la muerte del pobre animal que, rendido de cansancio tras cuatro horas de correr, hizo frente á los perros cuando le alcanzaron por fin y trató de defenderse de ellos por medio del enorme ramaje que coronaba su cabeza. El emperador no se habia separado casi un momento de su trahilla, y llegó al galope tras ella así como algunos de sus monteros. Saltó del caballo, corrió cojeando hácia el ciervo que con sus agudos cuernos habia traspasado ya á varios perros, y eligiendo entonces con una ojeada esperta el momento oportuno, sacó el cuchillo de caza, se lanzó sobre el animal, le hundió el arma en el costado, lo arrojó á sus piés y lo abandonó á los perros, los cuales se precipitaron sobre la víctima palpitante y la devoraron al ruidoso estruendo de las trompas que anunciaban el fin de la caza y llamaban á los cazadores. El emperador, que estaba con el cuchillo sangriento en la mano despues de haber contemplado largo rato con viva satisfaccion á sus perros con los hocicos ensangrentados que se disputaban los girones del ciervo, vió á Amael y le dijo en voz alta y con alegria:

— ¿Qué te parece, breton? ¿Es buen montero Cárlos?

— Buen montero eres, pero no me gusta el aspecto que ofrece tu vestido lleno de manchas de sangre, respondió el anciano. Perdona mi sinceridad.

— Mis perros han cazado tan valerosamente que estoy muy alegre y dispuesto á la indulgencia.

El emperador se rió entonces y añadió en voz baja al anciano con acento burlon:

— ¿Te acuerdas de lo que te he dicho esta mañana? Mira allá á

los señores de mi corte, tan brillantes y galanes al principiar la caza.

Efectivamente, la mayor parte de los cortesanos y dignatarios del emperador acudían á caballo de diferentes puntos respondiendo al toque de las trompas. Dos horas hacia que llovía, la noche tendía sus primeras sombras, y aquellos señores, tan magníficamente vestidos al principiar la caza, tan orgullosos bajo sus ricas túnicas adornadas con el deslumbrante plumage de las aves mas raras, ofrecían al regresar un aspecto tan lastimoso como ridículo. Todas aquellas plumas, antes tan brillantes con sus colores, estaban descoloridas, erizadas ó aplastadas sobre las túnicas, manchadas de lodo y casi despedazadas por las espinas de los matorrales ó las ramas de los árboles; los penachos de las gorras de pieles colgaban mojados, rotos ó erizados pareciéndose en su mayor parte á largas aletas de pescado; los delicados borceguies de cuero oriental desaparecían bajo una recia capa de barro, y otros, destrozados por las espinas, dejaban ver las medias y hasta la piel de los cazadores. Cárlos por el contrario, vestido con sencillez y abrigado con su recia túnica de piel de cordero que le llegaba hasta las botas de recio cuero y con la cabeza cubierta con su gorro de pieles, se frotaba las manos con aire burlon al ver á sus cortesanos calados hasta los huesos y estremeciéndose de frio.

Cárlos hizo entonces una seña de inteligencia á Arael y le dijo en voz baja:

— En el momento de salir á caza te dije que te acordaras de la magnificencia de los trages de esos caballeros tan vanos y tan vacíos de cerebro como los pavos reales de Asia cuyos despojos ostentaban. ¡Míralos ahora!

Arael se sonrió con ademan de aprobacion en tanto que el emperador, alzando su voz atiplada, decia á aquellos señores encojiéndose de hombros:

— ¡O locos é incautos! ¿cuál es ahora el traje mas útil y precioso? ¿el mio que me ha costado un sueldo ó los vuestros que habeis pagado á precio de oro? (1)

Los cortesanos permanecieron silenciosos y confusos al oír esta juiciosa observacion, y el emperador prorumpió en una prolongada carcajada.

— Cárlos, le dijo en voz bāja Arael, prefiero oírte hablar con

(1) Eginhardo, *Vida de Carlomagno*.

tanta sabiduría á verte matar un pobre ciervo abatido.

Pero el emperador, en vez de responder al anciano, le dijo de pronto tendiendo á lo léjos la mano:

— ¡Mira qué jóven tan linda!

Amael siguió con los ojos la direccion que indicaba la mano de Cárlos, y vió entre varios esclavos leñadores del bosque atraidos por la curiosidad de la caza, una jóven vestida pobremente pero de notable hermosura que llevaba de la mano un niño y que estaba acompañada de una anciana tambien miserablemente vestida.

El emperador llamó á uno de los señores de su comitiva que desmontó al instante y acudió á donde estaba Cárlos que le habló al oido alejándose de Amael. El cortesano, muy honrado sin duda con la comision que le encargaba su soberano, se inclinó respetuosamente, y llevando de las riendas el caballo, se dirigió á la anciana y á las jóvenes, les hizo seña de que le siguiesen y desapareció con ellas detrás de un grupo de cazadores. Un vivo carmin tiñó las mejillas de Amael que adivinó el motivo de aquel mensaje, y sus facciones expresaron tanta indignacion como repugnancia. De pronto vió al emperador mirar en torno suyo con cierta inquietud diciendo en voz alta:

— ¿Donde están mis hijas? No vienen... ¿Se han retirado de la caza?

— Augusto emperador, respondió uno de los cortesanos, Ridulfo que acompañaba á vuestras hijas ha dicho que cuando empezó á llover, unas se decidieron á volver á Aquisgran y otras á refugiarse en el pabellon del bosque donde habeis mandado preparar la cena.

— ¡Perezosas! ¡abandonar la caza por la lluvia! Apostaria que Tetralda es una de las que temen una gota de agua y de las que han regresado apresuradamente al palacio. Siendo asi, no debo inquietarme por ellas. Lleguemos al pabellon del bosque porque tengo apetito.

El emperador montó á caballo y añadió:

— Encontraremos en el pabellon á las que han querido cenar con su padre, y premiaré tal prueba de cariño.

Cuando Amael oyó á Cárlos que manifestaba cierta inquietud por sus hijas principió á inquietarse igualmente por Vortigern á quien varias veces habia buscado ya con la mirada. Viendo entonces á Octavio que acababa de reunirse con los señores de la corte, preguntó al romano:

— Octavio ¿has visto á mi nieto?

— No, nos separamos casi al principio de la caza.

— No viene, dijo Amael con inquietud. La noche se aproxima y no conoce ninguna de las sendas del bosque. ¿Se habrá perdido?

— No te inquietes por tu nieto, dijo el emperador de los francos que habia vuelto á acercarse á Amael y oyó su pregunta. Si se ha perdido hoy, mañana encontrará el camino. ¿Se morirá por pasar una noche en el bosque? ¿No es la caza la escuela de la guerra? Ven y tranquilízate; y además ¿quién sabe? añadió Cárlos con tono burlon, tal vez ha tropezado con alguna linda hija de un leñador en alguna choza del bosque. Es propio de la edad, y supongo que no le educas para monje.

El emperador de los francos se dirigió al pabellon donde debia cenar con sus cortesanos antes de regresar á Aquisgran. Llamó y mandó poner á su lado á Amael que continuaba inquieto por la desaparicion de Vortigern.

— Señor breton, dijo jovialmente el emperador al anciano, hablemos. ¿Qué piensas de lo que has visto hoy? ¿Han desaparecido tus prevenciones contra Cárlos el Batallador? ¿Me crees algo digno de gobernar los diversos pueblos de mi imperio tan vasto como el antiguo imperio romano? ¿Me crees sobre todo algo digno de reinar en tu reducida y salvaje comarca armoricana?

— Te responderé con sinceridad.

— Así lo espero.

— Cárlos, tu abuelo, me propuso en mi juventud que fuese carcelero del último descendiente de Clodoveo, un desgraciado niño, preso en una abadia que apenas tenia vestido con que cubrirse. Aquel niño cuando fué hombre fué rapado por orden de Pepino tu padre y encerrado en un monasterio donde murió oscuro y olvidado.

— ¿Qué quieres deducir de eso?

— Que tal es el fin pronto ó tardío de las razas conquistadoras.

— ¿De modo que mi raza, la raza del que el mundo entero llama Carlomagno, dijo el emperador con sonrisa de desdeñoso orgullo, acabará oscuramente y con cobardia como ese rey imbecil y holgazán, último vástago de Clodoveo?

— Si.

— Creia, breton, que tenias criterio y sana razon, dijo el emperador encogiéndose de hombros, pero veo que eres un loco.

— Cárlos , esta mañana has advertido en tu escuela palatina que los niños pobres estudian con afición y que los ricos son perezosos. La razon es muy sencilla : los primeros sienten la necesidad de trabajar para ascender y los segundos están seguros de dominar sin trabajar. Tus antepasados los alcaldes de palacio imitaron á los niños pobres para llegar á ceñirse la corona , y como tus descendientes no tendrán que conquistar un trono obrarán como los niños pobres.

— Tu comparacion es falsa á pesar de cierta apariéncia de lógica. Mi padre conquistó una corona y me legó tan solo el reino de las Galias , pero actualmente la Galia no es mas que una provincia del inmenso imperio que he conquistado : luego ya no soy perezoso como el niño rico.

— Hablo de tu descendencia , no de tí. Pero ¿ qué importa ? Las mismas causas producen siempre los mismos efectos.

— Dejemos el porvenir y hablemos de lo presente. ¿ Qué piensas de mi ?

— Hallo en tí cualidades buenas y malas , pero creo que te enorgulleces mas de lo malo que de lo bueno.

— ¿ De qué me enorgullezco mas ?

— De tus conquistas estériles y desastrosas.

— ¿ Y de qué mas ?

— De los falsos homenajes que te envian por medio de embajadores los emperadores de Persia , Asia ó Africa.

— ¿ De eso solo ?

— Te enorgulleces además de haber reconstruido en parte la administracion de los emperadores romanos y de hacer pesar como ellos tu voluntad de un confin á otro de tus innumerables Estados. Pues bien ¿ qué quedará de todo eso despues de tí ? Nada. Todos esos pueblos conquistados y sometidos por tus armas se sublevarán tarde ó temprano , y tu inmenso imperio compuesto de reinos que ningun lazo comun de origen , costumbres y lenguaje une entre si , se desmembrará y se desmoronará hundiéndose á tus descendientes bajo sus ruinas.

— ¿ Es decir que Carlomagno habrá pasado sobre el mundo como una sombra sin fundar ni dejar nada en pos de sí ?

— No , tu vida no habrá sido inútil. Al combatir sin cesar contra los frisones y los sajones , esas hordas salvages de raza germánica como tú que querian tambien invadir la Galia , has contenido , sino

para siempre al menos para mucho tiempo, esas invasiones continuas que asuelan el norte y el este de nuestro desgraciado país; pero si has cerrado la tierra de las Galias á los bárbaros, les queda el mar. Los piratas *normandos* (*north-mans*) desembarcan todos los días en las costas de tu imperio, y con frecuencia suben por el Mosa, el Gironda ó el Loira, y los barcos de esos intrépidos marinos han llegado hasta el corazón de tus posesiones.

El emperador se estremeció al oír estas palabras, sus facciones expresaron una especie de angustia mezclada de abatimiento y dijo suspirando:

—Anciano, temo que tu prediccion es verdadera. ¡Los normandos! Los normandos son el único pesar de mis insomnios. No sé por qué al pensar en esos gentiles, experimento un temor extraño é involuntario. Un día, hallándome en Narbona, algunas barcas de esos malditos bárbaros llegaron hasta el puerto, y un negro presentimiento hizo á pesar mio acudir las lágrimas á mis ojos. Uno de mis oficiales me preguntó la causa de tan súbita tristeza. — «¿Sabeis, caballeros, dije á los que me acompañaban, sabeis por qué lloro amargamente? No temo que esos normandos me dañen con sus miserables piraterias, pero me aflige profundamente porque si, viviendo yo, tienen la audacia de llegar á una de las orillas del imperio, estoy presintiendo los males que esos normandos causarán á mi descendencia y á mis pueblos.» (1)

Y el emperador permaneció durante algunos instantes como anadado bajo aquella siniestra prevision que acudia de nuevo á su mente.

—Pero olvidemos á esos malditos normandos, y hablemos de lo que, segun tu parecer, he hecho de bueno. Tus alabanzas son escasas y por eso me satisfacen.

—No eres cruel por gusto aunque te podría acusar por la abominable matanza de mas de cuatro mil sajones degollados por orden tuya despues de una batalla sangrienta.

—No me recuerdes ese día, dijo vivamente Carlos interrumpiendo á Amael. Fué horrible... una verdadera carniceria, pero era preciso aterrar á aquellos bárbaros con un ejemplo. ¡Fatal necesidad de la guerra! La he deplorado, y la deploro aun todos los días.

—Lo creo porque á pesar de aquella carniceria verificada en el feroz entusiasmo de una batalla, no tienes fama de cruel; tu cora-

(1) Eginhardo, *Vida de Carlomagno*, p. 232.

zon es accesible á ciertos sentimientos de justicia y de humanidad, y te has ocupado en tus Capitulares en mejorar en parte la suerte de los esclavos y colonos.

— Era un deber de cristiano.

— ¿Te precias de buen cristiano?

— ¡Justicia de Dios! ¿Me crees judío?

— No creo que seas perfecto cristiano.

— ¿Porqué?

— Porque tus pueblos están llenos de esclavos, y los cristianos no pueden tener en esclavitud á sus semejantes.

— Así lo exige la costumbre.

— ¡La costumbre! ¿Quién te impide dar la libertad á los esclavos?

— Anciano, en todos los siglos han existido y existirán esclavos. ¿De qué servirían entonces los derechos de la conquista? ¿Crees qué soy un bárbaro? ¿No he promulgado leyes, fundado escuelas y fomentado las letras, las artes y las ciencias? ¿Hay en el mundo una ciudad qué pueda compararse con mi corte de Aquisgran?

— Tu suntuosa corte de Aquisgran, capital de tu imperio germánico, no es la Galia. La Galia es para tí una comarca estraña, y aunque aprecias sus bosques propicios para tus cazas de otoño y sus ricas tierras de donde traen todos los años ópimos frutos á tus residencias del Rhin, su territorio está despoblado y yermo á consecuencia de tus continuas guerras; la mas espantosa miseria asuela sus provincias, y en cambio de algunos miles de señores que viven en la abundancia y el lujo, millones de seres humanos vejetan en la indigencia casi sin pan, sin abrigo y sin consuelo. ¿Qué me importa que des instruccion á algunos niños en tu escuela palatina cuando tantos otros nacen, viven y mueren como irracionales? Tal es la Galia bajo tu reinado, Carlomagno el emperador, tal es la consecuencia de tu insensato afan de estériles y sangrientas conquistas.

— ¡Ira de Dios! exclamó el emperador haciendo esfuerzos para contener su enojo, esperaba de tí otro lenguaje despues de haberte tratado todo el día como á un amigo.

— Te hablo con sinceridad y como hablaba siempre á tu abuelo.

— En memoria de mi abuelo y en gratitud al servicio que le prestaste en la batalla de Poitiers queria ser generoso contigo.

— Soy tu prisionero: no te pido gracia alguna.

— No se trata ahora de gracias: deseaba llevar á cabo una cosa

buena para mi, para tu pueblo y para tí. Si; esperaba que despues de este dia pasado en mi intimidad verias desvanecidas tus preven- ciones y que podria decirte: — He vencido á los bretones con la fuer- za de mis armas y voy á consolidar mi conquista con la persuasion. Vuelve á tu pais, cuenta á tus compatriotas lo que has visto en el dia que has pasado con Cárlos, el conquistador, el tirano, y creerán lo que dices porque se que tienen en tí absoluta confianza. Has sido el alma de las dos últimas guerras que han sostenido contra mi, y serás el alma de pacificacion que deseo. Una conquista basada en la fuerza es por lo comun efimera, pero llega á ser imperecedera quan- do la consolidan el aprecio y el cariño. Creo haberte probado que se puede apreciar y amar á Cárlos, y confio en tu lealtad para gran- gearme el corazon de los bretones. — Si, tal era mi esperanza, es- peranza que ha desvanecido la amarga injusticia de tus palabras. No hablemos, pues, mas de este punto. Permanecerás aquí en rehe- nes, te trataré como á un soldado valiente que salvó la vida á mi abuelo, y tal vez con el tiempo me juzgarás con mas justicia. Cuan- do llegue ese dia podrás regresar á tu pais, y estoy seguro de que dirás acerca de mi todo lo bueno asi como todo lo malo.

— Cárlos, aunque tu pensamiento no puede en ningun caso lograr su objeto, es generoso.

— ¡ Por la capa de San Martin! Los bretones sois un pueblo estra- ño. ¡ Cómo! si tu aseguraras que merezco el aprecio y si participa- sen de tu opinion, ¿ no aceptarían con alegria mi imperio que sufren hoy por la fuerza?

— No se trata de tener un soberano mas ó menos meritorio... queremos gefes de nuestro pais é independencia.

— ¿ Lo quereis?... Bien ves que os he dominado y sois mis súb- ditos.

— Hasta el dia que rompamos el yugo.

— Juro al cielo que os esterminaré.

— Estermina hasta el último breton, manda pasar á cuchillo á to- dos sus hijos y entonces podrás reinar en la Armórica desierta, pero mientras respire un hombre de nuestra raza, podrás vencerlo pero no someterlo.

— ¿ Tan terrible es mi dominacion?

— No queremos dominacion estrangera. Nuestro deseo es vivir segun la ley de nuestros padres, encerrarnos en nuestras fronteras y defenderlas. Acéptalo y nada tendrás que temer de nosotros.

— ¡Imponerme condiciones... á mí que reino en toda Europa!
¡Imponerme condiciones un miserable pueblo de pastores y labriegos... á mi cuyas armas han conquistado el mundo!

— Podria responderte que para vencer ese miserable pueblo de pastores y labriegos, atrincherados en medio de sus montes, peñascos, pantanos y bosques, has tenido que enviar á la Armórica tus tropas veteranas de las guerras de Sajonia y de Bohemia.

— Si, exclamó el emperador con despecho, y para conservar tu maldito pais en obediencia tengo que dejar en él mis tropas escogidas que de un momento á otro me harán falta en Germania.

— Supongo que no debe ser esto de tu gusto, Cárlos, y sin hablar de las invasiones marítimas de los normandos, los bohemios, los húngaros, los bávaros y los pueblos conquistados por tus armas como los bretones pero no sometidos pueden sublevarse de nuevo y, lo que es mas grave aun, amenazar el corazon de tu imperio. Nosotros por el contrario solo pedimos vivir libres y en paz sin salir de nuestras fronteras.

— ¿Y quién me garantizará vuestra neutralidad? ¿Quién me asegura que en el momento que salgan mis tropas de tu infernal pais no renovareis vuestras escursiones y vuestros ataques contra las tropas acantonadas fuera de vuestras fronteras?

— Tendríamos derecho para hacerlo.

— ¡Derecho!

— Si; ¿no sois nuestros encarnizados enemigos? Pero escucha, Cárlos; ¿tienes confianza en mi palabra y en mi influencia sobre los bretones?

— ¿No deseaba enviarte á tu pais?

— ¿Confiesas que es peligroso para tí verte obligado á tener en Bretaña una parte de tus mejores tropas?

— Lo confieso.

— Llama tu ejército, y te doy mi palabra de breton, palabra que estoy autorizado á darte en nombre de nuestras tribus, de que hasta tu muerte no saldremos de nuestras fronteras.

— ¡Vive el cielo! ¿Te burlas de mi? ¿me crees tan necio? ¿Ignoro acaso que si retirando mis tropas os concedo una tregua os aprovecharéis de ella para prepararos á la guerra despues de mi muerte?

— Si; si tus hijos no respetan nuestras libertades.

— ¡Yo... vencedor, y consentir en una tregua vergonzosa! ¡Consentir en retirar mis tropas de un pais que con tanto trabajo he dominado!

—Deja, pues, tus tropas en Bretaña, pero prepárate á sofocar antes de dos ó tres años nuevas insurrecciones.

— Viejo insensato ¿te atreves á usar semejante lenguaje cuanto tú, tu nieto y cuatro gefes bretones mas estais aquí en rehenes? ¡Oh! juro á Dios que á la primera demostracion hostil rodarian vuestras cabezas. Créeme, no confies demasiado en la bondad de Cárlos, porque si no soy sanguinario, el terrible ejemplo que hice con los cuatro mil sajones, te demostrará que no retrocedo en un caso extremo.

— Los gefes bretones que se han quedado en el camino á consecuencia de sus heridas, pero que pronto se reunirán con nosotros en Aquisgran, no hubieran aceptado, asi como mi nieto y yo, el puesto de rehenes, sino hubiera sido peligroso; pero créeme, Cárlos, cualquiera que sea la suerte que nos espera, no faltaremos á nuestro deber. Estamos aquí en el centro de tu imperio para poder juzgar de la oportunidad de los acontecimientos, y daremos desde aqui mismo, si es preciso, la señal de una nueva guerra cuando creamos que ha llegado el momento favorable.

— ¡Ira de Dios!... Me asombra tanta audacia, exclamó el emperador pálido de enojo. Juro que desde mañana... desde esta noche tú y tu nieto sereis encerrados en los mas oscuros calabozos, y será preciso que tengais ojos de lince para ver lo que pasa aqui. ¡Por la capa de San Martin! Tanta insolencia me haria feroz. Ni una palabra mas, anciano. Felizmente hemos llegado al pabellon donde encontraré á mis hijas y su aspecto me consolará de tanta ingratitud.

— Y el emperador de los francos se lanzó al galope para llegar mas pronto al pabellon de caza situado á corta distancia. Los señores de la comitiva de Cárlos se preparaban á apresurar como él el paso de sus caballos, pero se volvió hácia ellos gritando con voz enojada:

— ¡Nadie me siga! Quiero estar solo con mis hijas. Esperad mis órdenes fuera del pabellon.

Un profundo y respetuoso silencio acogió las palabras del emperador, y mientras se alejaba, los señores de la comitiva continuaron lentamente su camino hácia el punto de cita, y Arael, confundido entre ellos, los acompañó reflexionando sobre su conversacion con Cárlos y sintiéndolo acrecentarse tambien la inquietud que le causaba la ausencia prolongada de Vortigern.

Los cortesanos, temblando de frio bajo sus trages de seda emplumados y desarreglados, murmuraban en voz baja contra el capricho de su soberano que retardaba el momento en que esperaban calen-

tarse en el pabellon y fortalecerse cenando. Habian desmontado y hablaban hácia un cuarto de hora cuando Amael que, habiendo desmontado tambien, estaba pensativo y apoyado en un árbol, vió llegar apresuradamente á Octavio que le dijo con voz conmovida y precipitada :

— Os buscaba, Amael ; venid pronto.

El breton ató el caballo á un árbol, siguió á Octavio, y cuando los dos se alejaron algunos pasos del grupo de los señores francos, el romano añadió :

— Siento una mortal inquietud por Vortigern.

— ¿ Que dices ?

— Oid lo que acabo de saber en el pabellon. Tetralda é Hildruda, dos hijas del emperador, siguieron al principiar la caza á vuestro nieto que se internó en el bosque arrebatado por su caballo. Ignoro lo que pasó despues, pero aseguran que Hildruda, que parecia muy enojada, regresó á Aquisgran con dos de sus hermanas ; es decir que Tetralda se quedó sola con Vortigern en algun parage del bosque.

— Acaba...

— Amael, cónozco por experiencia la ligereza de costumbres de esta corte. Tetralda reparó en vuestro nieto ; tiene quince años y se ha educado en medio de sus hermanas que tienen numerosos amantes. Vortigern ha enamorado á pesar suyo á Tetralda : son dos niños, han desaparecido juntos, y juntos se habrán perdido... porque tres de las hijas de Cárlos han vuelto al palacio y otras dos aquí. Únicamente á Tetralda no se encuentra. Ahora bien, si como creo se ha extraviado en compañía de Vortigern, es de esperar, hubiera dicho esta mañana... es de esperar, diré esta noche...

— ¡ Cielos exclamó el anciano palideciendo ¿ tienes valor de burlarte ?

— Confieso que esta mañana me hubiera parecido chistosa la aventura, pero esta noche me parece temible. Voy á deciros porque ; cuando el emperador ha mandado que nadie le siguiera, se ha dirigido á todo escape al pabellon...

— Si, si ; decia que queria estar solo con sus hijas.

— ¡ Maldito acceso de cariño paternal ! Rotaida y Berta, hijas de Cárlos, creyendo sin duda que les avisarian de antemano de su llegada ú oirian el tumultuoso ruido de los caballos, estaban en los pisos superiores con sus amantes Egilberto y Andoino cantando versos amorosos.

— ¡Qué costumbres! ¡qué corte!

— El emperador llega solo, desmonta y los enamorados no oyen nada. — «¿Dónde están mis hijas?» pregunta bruscamente al Nomenclador de su mesa que dirigía los preparativos de la cena. El es quien me ha contado estos pormenores porque no hace mucho rato que, transido de frío y mojado hasta los huesos, entré á pesar de las órdenes de Cárlos en el pabellon para calentarme en la cocina...

— Deja á un lado las digresiones.

— «¿Dónde están mis hijas?» preguntó pues el emperador con acento de ira pues creo que está furioso... Vos lo debéis saber porque le habeis acompañado todo el camino.

— Octavio... me despedazas el corazon. ¡Acaba por piedad!

— El Nomenclador, como todos los oficiales de palacio, está muy enterado de las galanterias de las hijas del emperador, de modo que cuando las vió subir á las habitaciones superiores con Andoino y Egilberto, supuso con razon que iban á solazarse libremente y sin temor de ser sorprendidas. Al ver tan inesperadamente á Cárlos que le pregunta por sus hijas el Nomenclador se turba y responde: — «Augusto emperador... voy á anunciar á las augustas princesas que «su augusto padre ha llegado; creo que han subido á los aposentos «superiores á descansar un rato hasta la hora de la cena.» «Voy á «verlas,» dice Cárlos, y he aquí que sube también al piso superior. El viejo Vulcano, al sorprender á Marte y á Venus en amoroso solaz, no debió enfurecerse tanto como el augusto emperador al sorprender á sus hijas y á sus galanes, porque el Nomenclador, que se habia quedado en la puerta de la escalera, no tardó en oír un estruendo infernal en las habitaciones superiores: el irascible Cárlos descargaba latigazos á diestro y siniestro. Reinó despues un profundo silencio. El emperador, que se esfuerza en ocultar los excesos de sus hijas, volvió á bajar tranquilo en la apariencia, pero pálido de cólera y...

Tumultuosos gritos interrumpieron el relato de Octavio el cual vió, lo mismo que Amael, varios esclavos que salian del pabellon con antorchas. La voz aguda y penetrante del emperador dominó el tumulto gritando:

— ¡A caballo! Mi hija Tetralda se ha perdido en el bosque... no ha vuelto al palacio... ni ha venido á este pabellon. ¡Encended antorchas! ¡A caballo! ¡á caballo al momento!

— Amael... en nombre de la salvacion de vuestro nieta, seguid-

me desde lejos, dijo Octavio precipitadamente; nos queda una esperanza de salvar á Vortigern del enojo del emperador.

Y el romano desapareció en medio de los señores de la corte que corrían á sus caballos en tanto que Cárlos cuya cólera, reprimida momentáneamente, volvía á estallar, gritaba:

—¿Qué haceis? Tome cada cual su antorcha y siga uno de los caminos del bosque llamando en voz alta á mi hija. ¡Venga uno de vosotros con la antorcha delante de mi!

Octavio tomó una antorcha y se acercó al emperador mientras los demás señores se alejaban rápidamente en diversas direcciones para ir en busca de Tetralda. Amael comprendió entonces el sentido de la recomendacion de Octavio, montó á caballo como Cárlos y el romano que le alumbraba, y dejándoles tomar una considerable distancia, les siguió desde lejos guiándose por la luz de la antorcha que brillaba al través de las tinieblas.

El emperador, como contó despues Octavio á Amael, luchaba con la cólera que le causaba la nueva prueba de la ligereza de sus hijas y con la inquietud que le inspiraba la desaparicion de Tetralda, y estos dos sentimientos se espresaban con algunas palabras que llegaban á oido del romano que precedía á Cárlos á distancia de algunos pasos.

—¡Desventurada! ¿dónde estará... dónde? Muriéndose de frio y de terror... en medio de algun matorral tal vez... murmuraba el emperador, y luego la llamaba á grandes voces: ¡Tetralda! ¡Tetralda!

Solo el silencio le respondia ó el aleteo de las aves que huían despavoridas ante la luz de la antorcha.

—¡Ah! no me oye..! añadía gimiendo. ¡Rey de los cielos, compadeceos de mi! ¡Tan niña y tan delicada..! Una noche de frio puede matarla... ¡Desgraciada vejez que esa niña hubiera consolado! No se parece á sus hermanas, no; su frente de quince años no se ha ruborizado jamás por un mal pensamiento. ¿Si habrá muerto tal vez? ¡Muerta! No, no... la juventud resiste á la intempérie, y además he criado á mis hijas en medio de mis viajes. Pero esta noche tan profunda... este frio... el terror de verse sola... es horrible para una tierna niña. ¡Tetralda! ¡Tetralda!

Se paró entonces de pronto y prestando el oido dijo al romano despues de un instante de silencio;

—¿Has oido el relincho de un caballo?

— En efecto , augusto príncipe , me parece...

— Escucha... escucha...

Octavio calló , y un nuevo y lejano relincho se oyó en medio del silencio del bosque.

— No hay duda ; mi hija , desesperando de hallar el camino , habrá atado la hacanea á un árbol , dijo Cárlos palpitante de esperanza.

— También lo creo así , augusto señor.

— ¡ A galope , pues , á galope !

Y el emperador de los francos gritó al espolear el caballo :

— ¡ Tetralda ! ¡ hija mia ! ¡ Aquí estoy !

Amael , que seguía á Cárlos á gran distancia en las tinieblas , al ver que la luz de la antorcha con que se guiaba se alejaba rápidamente entre las sombras , partió también á escape dejando siempre al emperador á igual distancia. Este llegó precedido de Octavio al parage de la senda donde Vortigern y Tetralda habían atado los caballos antes de entrar en la choza del leñador , y el resplandor de la antorcha alumbró la forma blanca de la montura favorita de la princesa dejando en la sombra el negro corcel de Vortigern atado en un árbol inmediato.

— ¡ La hacanea de Tetralda ! exclamó Cárlos , y viendo despues la cabaña á la luz de la antorcha que llevaba Octavio , añadió : Dios de los cielos , te doy las gracias... mi querida hija ha encontrado un albergue.

Bajó del caballo y dijo al romano al dirigirse á la choza que se hallaba á unos veinte pasos de la senda :

— ¡ Ven ! Mi hija está allí... ¡ Anda delante de mi y alumbra !

Octavio , cuya vista era mas perspicaz que la de Cárlos había reconocido estremeciéndose el caballo de Vortigern atado cerca de la hacanea de Tetralda , de modo que presintiendo el acceso de furor en que iba á entrar el emperador al ver el espectáculo que le esperaba sin duda , recurrió á un medio extremo : fingió que tropezaba y se dejó caer la antorcha de la mano con la esperanza de apagarla con los piés como por casualidad ; pero Cárlos se inclinó al momento y la recogió gritando :

— ¡ Torpe !

Despues corrió á la entrada de la choza.

El romano seguía con terror á Cárlos cuando de pronto le vió pararse como petrificado en el umbral de la cabaña , alumbrada inte-

riormente por la antorcha que llevaba y cuyo resplandor continuaba guiando á Amael. Este desmontó y como el suelo estaba cubierto de una gruesa capa de hojarasca, pudo acercarse sin ser oido por el emperador de los francos en el momento que este se habia quedado inmóvil y lleno de estupor.

He aquí lo que vió Amael á la claridad de la antorcha. Vortigern, profundamente dormido y tendido con la espada desnuda á su lado, defendia la entrada de la cabaña, porque para penetrar en ella hubiera sido preciso andar sobre su cuerpo colocado al través en el umbral, y Tetralda reclinada sobre un lecho de césped y solícitamente abrigada con la túnica del mancebo, dormia tambien profundamente en el fondo de aquel albergue con la cándida y encantadora cabeza inclinada sobre uno de sus brazos doblado. Era tan profundo su sueño que la luz de la antorcha no despertó á la princesa ni á Vortigern. Gruesas gotas de sudor caian de la frente pálida del emperador de los francos pues al primer estupor de hallar á su hija en aquella choza solitaria en compañía del jóven breton habia sucedido en las facciones de Carlos la espresion de una terrible angustia, pero estas dudas crueles sobre la castidad de su hija dieron lugar despues á la esperanza cuando advirtió la serenidad del sueño de los dos jóvenes. Tranquilizaba además al emperador la precaucion que habia tenido Vortigern de acostarse cruzado en el umbral de la cabaña, cediendo sin duda á un pensamiento de respetuosa solicitud y valerosa proteccion.

Tetralda fué sin embargo la primera en despertarse. La claridad de la antorcha hirió los párpados cerrados de la niña, que levantó primero la cabeza, se puso la mano en los ojos, los abrió desmesuradamente, se incorporó, y al ver á su padre lanzó un grito de alegría tan sincera y sus encantadoras facciones espresaron un júbilo tan puro de turbacion y vergüenza al arrojarse en los brazos de Carlos, que la estrechó contra su corazon con embriaguez murmurando:

— ¡ Ah! ya no temo... no se ha ruborizado su frente pura!

Estas palabras llegaron á los oidos de Amael que estaba entonces en pié inmóvil detrás del emperador, el cual se vió pronto espuesto á un gran peligro, porque habiendo Tetralda tocado á Vortigern al pasar por encima de su cuerpo al correr hácia su padre en el primer ímpetu de su alegría, el jóven breton, despertándose sobresaltado, deslumbrado por el resplandor de la antorcha y entorpeci-

da aun su mente con el sueño, se levantó de un salto, y viendo en la entrada de la choza dos hombres, uno de los cuales tenia á Tetralda estrechada en sus brazos, creyó en un rapto y cogiendo con una mano á Cárlos del cuello y amenazándole con la espada desnuda, gritó:

— Eres muerto si...

Pero conociendo al momento al padre de Tetralda, soltó la espada, se frotó los ojos y dijo dando un paso atrás:

— ¡ El emperador de los francos !

— No te equivocas, respondió con alegría Cárlos volviéndose á besar con cierto frenesí la frente y los cabellos de su hija. Defendías la entrada de la choza acostándote al través del umbral, y la fuerza de tus puños me demuestra que hubiera quedado mal cualquiera que se hubiese atrevido á maltratar á mi hija.

— Somos tus enemigos, y sin embargo nos has acogido con bondad, respondió sencillamente el joven bretón sin bajar los ojos ante la penetrante mirada de Cárlos, y he velado por tu hija como lo hubiera hecho por mi hermana.

Vortigern acentuó tan notablemente la palabra *hermana*, que Amael murmuró en voz baja al oído de Cárlos:

— Asi como tú, no dudo de la pureza de estos jóvenes.

— ¡ Tú aquí ! exclamó el emperador volviéndose con sorpresa.

¡ Bien venido seas ! ¿ De dónde sales ?

— Buscabas á tu hija... y yo buscaba á mi nieto.

— Y la he hallado... ¡ Hija querida ! dijo Cárlos con inefable ternura besando otra vez á Tetralda en la frente. ¡ Oh ! la amo... la amo más que nunca !

Y teniéndola enlazada en uno de sus brazos entró en la choza donde se sentó rendido por la emocion. Mandó entonces á Tetralda que se sentase en sus rodillas y le dijo contemplándola gozoso:

— Cuéntame, hija mia, tu aventura... ¿ Cómo te has perdido en la caza ? ¿ Cómo te has extraviado ? ¿ cómo te has resignado á pasar la noche en esta choza aunque custodiada por este valiente soldado ?

— Padre mio, respondió Tetralda bajando los ojos y ocultando un instante su rostro en el seno de Cárlos sobre cuyas rodillas estaba sentada, deja que reuna mis recuerdos y voy á contártelo todo.

Vortigern se acercó á Amael durante un momento de silencio que siguió á la respuesta de Tetralda, y el anciano le estrechó con

ternura contra su corazón en tanto que Octavio, con la antorcha en la mano y alumbrando aquella escena, parecía más sorprendido que entusiasmado de la continencia de Vortigern.

— Padre mio, continuó Tetralda alzando la cabeza y lanzando una mirada cándida al emperador de los francos; ¿quieres qué te lo cuente todo... todo?

— Si, todo, hija mia.

Pero Carlos reflexionó y dijo á Octavio:

— Clava esa antorcha en el suelo y marcha con este joven á cuidar de los caballos.

El romano obedeció, se inclinó y salió con el nieto de Amael.

— ¿Porqué despides á Vortigern, padre mio? dijo Tetralda con acento de dulce queja. Hubiera querido que estuviese presente para asegurarte que digo la verdad.

— Creeré todo lo que me digas, hija mia. Habla, habla sin temor delante de mi y del abuelo de tu protector.

— Ayer, continuó Tetralda, estaba en la galeria del palacio cuando Vortigern entró en el patio. Al saber que venia como prisionero, siendo tan joven y estando herido, me interesé al momento por él; y despues cuando casi fué derribado y muerto tal vez por su caballo, tuve tanto miedo... tanto, que lancé un grito de horror; pero cuando Hildruda y yo le vimos hacer alarde de intrépido jinete, en nuestra admiracion le arrojamos nuestros ramos.

— Me habiais hablado ya de vuestra admiracion por ese muchacho como hábil escudero, mas no de esos ramos... Pero continua.

— Me alegré muchísimo de tu venida, querido padre, pero te confieso que tal vez pensaba mas en Vortigern que en tí, y toda la noche estuvimos hablando mi hermana y yo del joven breton, de su gracia, de su rostro simpático, de...

— Bien, bien... adelante, hija mia.

— ¿No quieres qué te lo diga todo?

— Si... si... continua.

— Al amanecer me dormí pero fué para soñar en Vortigern; le volvimos á ver en la iglesia y cuando no miraba su rostro agraciado y altivo, rezaba por la salvacion de su alma. Despues de misa y cuando supe que saldrias á caza mi único temor fué que él no viniera, pero juzga cual seria mi alegría cuando le ví. De pronto su caballo parte á escape, y yo sin casi reflexionar, porque obraba verdaderamente como á pesar mio, castigué con el látigo á mi hacanea

para alcanzar á Vortigern. Hildruda me siguió y quiso pasar delante de mí. ¡Oh! su accion me llenó de enojo; y descargué un latigazo en la cabeza del caballo de mi hermana que partió á escape por otro sendero. Llegué entonces sola al lado de Vortigern; nos sorprendieron la niebla, la lluvia y la noche; vimos esta choza y una hoguera media apagada, y dijimos: Ya que no podemos encontrar el camino pasemos aqui la noche. Afortunadamente vimos castañas caidas de los árboles, las recogimos, las pusimos á cocer en la ceniza, pero nos olvidamos de comerlas...

— Porque estabais muy cansados ¿no es cierto? De modo que para descansar os acostasteis tú en este banco de césped y él en la puerta.

— No, no, padre mio... antes de dormirnos hemos hablado mucho y hasta disputado, y nuestra disputa ha sido la causa de que nos olvidásemos de las castañas... Despues nos ha rendido el sueño y nos hemos dormido.

— ¿Porqué has disputado con él, hija mia?

— ¡Ah! Yo habia concebido malos pensamientos y Vortigern los combatia con toda su fuerza: por eso hemos disputado. Sin embargo, conozco que en el fondo tenia razon porque nunca podrás perdonar lo que pensaba.

— ¿Qué pensabas, hija mia?

— Quería huir de Aquisgran y partir á Bretaña con Vortigern... para casarnos.

— ¡Separarte de mí! ¿No sabes qué te amo tanto?

— Lo mismo me decia Vortigern. — «¿Qué intentas, Tetralda? «¿Abandonar á tu padre que te ama tanto! me decia. ¿Cómo! ¿tendrías valor para causarle tal pesar? ¿Y habia de ser tu cómplice yo «despues de habernos tratado á mi abuelo y á mí con bondad? No, «no; por otra parte, estoy aquí prisionero sobre mi palabra, y la «fuga seria mi deshonor. Mi madre no volveria á verme mas...» —

¿Tanto te ama tu madre? pregunté á Vortigern. Pues en ese caso te perdonaria, y mi padre nos perdonará tambien... ¿es tan bueno!

¿Y qué mal hacemos en amarnos? Una vez casados, volveremos al lado de mi padre que en su alegría de verme lo olvidará todo y viviremos en su palacio felices y unidos hasta la muerte. — Pero Vortigern estaba inflexible, me hablaba sin cesar de la promesa de prisionero y del pesar que te causaria mi fuga, lloraba como yo amargamente consolándome y reprendiéndome como á una niña, y final-

se ha portado como un hombre honrado, y nada mas. El honor es lo primero para los galos de la Armórica que tenemos por divisa: *Jamas un breton fué traidor*. Escucha, Carlos: ¿quieres concederme una gracia?

— Habla.

— Al volver de la caza he advertido que te ha llamado la atención la hermosura de una esclava, y adivino tus intentos. Sé generoso para esa desgraciada criatura, devuélvele la libertad, no solo á ella sino á toda su familia, y da á esas gentes medios con que vivir trabajando pero honradamente.

— Te prometo por quien soy que se cumplirá tu deseo. ¿Tienes que pedirme alguna otra gracia?

— No.

— Escucha, pues; esta noche me has dicho en nombre de tu pueblo: Carlos, retira tus tropas; y te doy mi palabra de breton de que durante tu vida no saldremos de nuestras fronteras.

— Si, te he hecho esa oferta, y te la repito.

— La acepto.

— Y obras con prudencia. Cumplé tu palabra y cumpliremos la nuestra.

— Amael, dame tu mano leal.

— Tomala y que sea la de un traidor si nuestro pueblo falta á su promesa. Viviremos en paz contigo, y si tus descendientes respetan nuestras libertades viviremos en paz con ellos.

— Amael, te lo juro.

— Carlos, te lo juro.

— En vez de volver á Aquisgran, tú y tu nieto pasareis la noche en el pabellon del bosque, y mañana al amanecer os enviaré los bagages y una escolta encargada de acompañaros hasta las fronteras de Armórica. ¿Os pondreis en camino al instante?

— Si.

— Voy á volver al pabellon con mi hija prometiéndola para no desesperarla que mañana verá á Vortigern. Diré á mis cortesanos que la he hallado sola en esta choza. ¡Ah! la maledicencia de la corte es cruel. ¡Se cree tan poco en la inocencia! Si se supiera que Tetralda ha pasado una parte de la noche en este sitio con tu nieto, se diria de ella lo que dicen de sus hermanas.

El emperador de los francos se llevó la mano á sus ojos humedecidos por las lágrimas y añadió dolorosamente:

— Mi corazón de padre padece crueles angustias. Amo demasiado á mis hijas y soy muy indulgente con ellas. Y además, mis continuas guerras fuera de mi reino y los negocios de Estado me impiden velar por mis hijas. Dios, que siempre me ha prestado su auxilio en todas mis empresas, castiga mis pecados con disgustos de familia... ¡Hagase su voluntad! Soy un padre muy desgraciado.

Cárlos llamó entonces al romano y le dijo con acento severo: — Octavio, nadie... ¿oyes? nadie ha de saber que mi hija ha pasado una parte de la noche en esta choza con este jóven, porque la malicia no respeta lo que hay de mas casto y respetable en el mundo. El secreto de esta noche solo lo sé yo, mi hija y estos dos bretones, y estoy seguro de su discrecion como de la mia y de la de Tetralda. Recuerda bien lo que voy á decirte: eres perdido si llega á circular en la corte una sola palabra de esta aventura, porque en ese caso tu solo habrás hablado, y si por el contrario, me guardas el secreto, puedes contar con mi proteccion.

— Augusto emperador, este secreto bajará conmigo al sepulcro.

— Confio en tu promesa. Trae mi caballo y la hacanea de mi hija. Nos acompañarás hasta el pabellón y después á Aquisgran; mandarás la escolta que doy á estos bretones para regresar á su pais: te entregaré una orden para el gefe de mis tropas en Bretaña. Mañana al amanecer irás al pabellon del bosque con la escolta y partireis al momento para la Armórica.

Octavio se inclinó, y el emperador dijo á Amael.

— Ha salido la luna y alumbrá con claridad el camino. Monta á caballo con tu nieto, sigue esta senda hasta que llegues á un punto donde se divide en dos, y espera allí al que por orden mia te conducirá al pabellon de donde saldrás mañana al amanecer. Sea tu pueblo fiel á su promesa y yo cumpliré la mia. Si crees que Cárlos merece que hables bien de él, cuenta lo que has visto aquí cuando llegues á tu pais. ¡Adios, Amael!

— ¡Adios, Cárlos!

Amael fué á reunirse con su hijo que encontró sumido en profunda meditacion, sentado en el márgen del camino sobre el tronco de un árbol y con el rostro oculto entre las manos. Lloraba silenciosamente y no oyó al anciano cuando llegó á su lado.

— Vamos, hijo mio, le dijo Amael con voz dulce y grave, montemos otra vez y partamos.

— ¡Partir! dijo Vortigern estremeciéndose y se levantó brusca-

mente enjugándose las lagrimas; ¡ partir! ¡ Tan pronto!

— Si, hijo mio, mañana nos pondremos en camino para Bretaña donde volverás á ver á tu madre y á tu hermana. Tu noble conducta ha producido su fruto: somos libres, y Cárlos llama sus tropas de la Armórica.

EPÍLOGO.

Mi abuelo Amael escribió este relato poco tiempo despues de nuestro regreso de Aquisgran y lo he unido á la leyenda de nuestra familia. Yo, Vortigern, he visto morir á mi abuelo á la edad de ciento cinco años poco tiempo despues de mi casamiento con mi querida Joselina. Cárlos murió en Aquisgran el año 814.

En 818, siete años despues del viaje de Anisel y de Vortigern á la corte de Cárlos, el emperador de los francos, tres ginetes y un peon subian penosamente por una de las escarpadas colinas de las Montañas negras que se extienden hacia el sudoeste de la Armórica. Cuando los viajeros dejaban sus miradas desde el amontonamiento de peñas, cosa al través de las cuales serpenteaba el camino, veian á sus pies una larga serie de colinas y llanuras, ora cubiertas de centenos y trigo ya sazonados, ora desartrollándose como inmensas alfombras de matortales; allí se extendian hasta perderse de vista vastas pantanos, y algunas aldeas á las que se llegaba por una calzada, se alzaban en medio de aquellos pantanos invadibles que los servian de defensa. Allí se veian repaños de carneros negros que pastaban en los matortales ó en los verdes valles que repaaban numerosos arroyuelos. Veianse tambien en los prados buyes, vacas y especialmente caballos de la infatigable raza bretona, toda para el trabajo y ardorosa en la guerra. Los tres ginetes continuaban subiendo por la escarpada pendiente del monte guiados por el peon, y uno de ellos era el mayor domo de palacio del Luis el Piadoso, el opulento Víctor, cuyos inmensos bienes llegaban hasta las fronteras de Bretaña, y le acompañaban dos caballeros de la corte. Víctor era de pedregosa estatura, de mirada penetrante y de sonrisa fría pero aguda; él guia que era un montañés en la fuerza de su edad, robusto y ágil, llevaba el antiguo traje de los calos bretones; anchos calzones de lienzo atados con un cinturón de cuero, túnica de lana, y sobre los hombros, colgando por el mismo lado que el zurron, una chaqueta de piel de cabra, aunque era el verano; sus cabellos, medio ocultos por un gorro de lana, le caian sobre los hombros, y se apoyaba sobre

LAS MONEDAS CARLOVINGIAS.

EPILOGO.

(818—912.)

I.—Los viajeros.

En 818, siete años después del viaje de Amael y de Vortigern á la corte de Cárlos, el emperador de los francos, tres ginetes y un peon subian penosamente por una de las escabrosas colinas de las *Montañas negras* que se estienden hácia el sudoeste de la Armórica. Cuando los viajeros dirijian sus miradas desde el amontonamiento de peñascos al través de los cuales serpenteaba el camino, veían á sus piés una larga serie de colinas y llanuras, ora cubiertas de centenos y trigos ya sazonados, ora desarrollándose como inmensas alfombras de matorrales: allí se estendian hasta perderse de vista vastos pantanos, y algunas aldeas á las que se llegaba por una calzada, se alzaban en medio de aquellos pantanos invadeables que les servian de defensa, allá se veían rebaños de carneros negros que pacian en los matorrales ó en los verdes valles que regaban numerosos arroyuelos. Veíanse tambien en los prados bueyes, vacas y especialmente caballos de la infatigable raza bretona, ruda para el trabajo y ardorosa en la guerra. Los tres ginetes continuaban subiendo por la escarpada pendiente del monte guiados por el peon, y uno de ellos era el mayordomo de palacio del Luis el Piadoso, el opulento Vitcario cuyos inmensos bienes llegaban hasta las fronteras de Bretaña, y le acompañaban dos caballeros de la corte. Vitcario era de pequeña estatura, de mirada penetrante y de sonrisa fria pero astuta: el guia que era un montañés en la fuerza de su edad, robusto y agil, llevaba el antiguo trage de los galos bretones; anchos calzones de lienzo atados con un cinturon de cuero, túnica de lana, y sobre los hombros, colgando por el mismo lado que el zurron, una chaqueta de piel de cabra, aunque era el verano; sus cabellos, medio ocultos por un gorro de lana, le caian hasta los hombros, y se apoyaba sobre

su largo palo de boj que terminaba en un cayado. El sol de agosto lanzaba sus ardorosos rayos sobre el guía, los dos caballeros y Vitcario.

El mayordomo paró el caballo y preguntó al montañés:

— El calor es sofocante: estos peñascos de granito lo arrojan como si saliera de la boca de un horno, y nuestros caballos están rendidos de cansancio. Veo á la falda del monte un bosque que nos convida con su sombra ¿puedes conducirnos hasta allí?

Karouer, que así se llamaba el guía, movió la cabeza y respondió designando el bosque con la punta del palo.

— Para llegar allí sería preciso dar un salto de doscientos piés ó hacer un rodeo de cerca de tres leguas: elige.

— Continuemos, pues, nuestro camino; ¿pero cuando llegaremos al valle de Lokfern?

— ¿Veis allá, en el horizonte la última de aquellas cimas azuladas?

— Si.

— Es el *Menez-é Hom*, la mas alta de las montañas Negras, y aquella otra mas cercana que se vé hácia el poniente es el *Loch-Renau*: por entre esas dos montañas se halla el valle de Lokfern donde vive MORVAN el labrador, gefe de los gefes de Bretaña.

— ¿Estás cierto de que le encontraremos en su granja?

— El labrador vuelve todos los dias á su casa al ocultarse el sol.

— ¿Conoces á Morvan?

— Soy de su tribu, y he peleado á sus órdenes en las últimas guerras contra los francos cuando vivia Cárlos su emperador.

— ¿Está casado tu gefe?

— Y su esposa Nobleda compite con él en valor. Es de la familia de Joel, y eso basta.

— ¿Quién es ese Joel?

— Uno de los hombres mas valientes que ha tenido la Armórica. Su hija Hena, la vírgeñ de la isla de Sen, ofreció su vida en sacrificio para salvar la Galia cuando los romanos invadieron este pais como intentan hacerlo los francos, segun nos han dicho.

— ¿Temeis que *Luis el Piadoso* os declare la guerra?

— ¿No has visto los preparativos de defensa que hacen todos los pueblos que has cruzado desde que pasaste la frontera?

— No: he visto los labradores en los campos, los pastores guardando sus rebaños y los pueblos indefensos y pacíficos, pero ya sé que al primer grito de guerra pastores, labradores y ciudadanos se truecan aquí en soldados.

— Si, cuando les atacan.

— ¿Temeis acaso que os ataquen?

Karouer miró fijamente al mayordomo, se sonrió con espresion sardónica, no respondió, empezó á silvar y haciendo el molinete con el palo continuó su camino con paso ligero.

Se acercaba la noche, y los viajeros llegaban á uno de los puntos culminantes del camino montuoso que seguian, cuando Vitcario detuvo el caballo ante un espectáculo estraño: vió en lontananza en el horizonte alumbrado por los rogizos resplandores del crepúsculo un fuego que la distancia hacia apenas perceptible, y casi al mismo tiempo se encendieron fuegos semejantes en todas las cimas escarpadas de la larga cordillera de las montañas negras, y que eran mas brillante cuanto mas próximos estaban al punto donde se hallaba Vitcario. De pronto vió brotar á veinte pasos de distancia un fulgor rogizo al través de una densa humareda, y este resplandor se convirtió en una llama brillante que, lanzándose hácia el cielo estrellado, lanzó una claridad tan viva, que el mayordomo, los caballeros, el guía, los peñascos y una parte de la falda del horizonte quedaron alumbrados como en medio del dia. Algunos momentos despues hogueras semejantes continuaban encendiéndose de colina en colina y parecian indicar el camino que los viajeros acababan de recorrer y se perdieron á lo lejos entre las primeras sombras de la noche. Vitcario permaneció mudo de asombro. Karouer lanzó tres gritos guturales que resonaron como los de una ave nocturna, y le respondió un grito semejante detrás de la planicie de peñascos donde brillaba la hoguera.

— ¿Qué significan esas hogueras que se encienden asi de monte en monte? dijo el franco despues de un momento de sorpresa ¿es algun señal?

— En este instante, respondió el guía, hogueras como estas brillan en todas las cimas de la Armórica desde los montes de *Arres* hasta las montañas Negras y el Océano.

Responde, gritó el franco ¿cuál es el objeto de estas hogueras?

Karouer, segun de costumbre, no respondió y aceleró el paso haciendo el remolinete con el palo.

II. — La paz ó la guerra.

La mansion de Morvan el labrador, elegido gefe de Bretaña, estaba situada en medio del valle de Lokfern y cerca de las últimas colinas.

nas de las montañas Negras; fuertes estacadas de troncos de encina sin labrar, enlazados por recios tablones y colocados sobre el borde de profundos fosos, defendían la parte exterior de la granja. Fuera de este cercado fortificado se estendían al norte y á oriente estensos bosques, y al mediodía los verdes prados bajaban en suave pendiente hasta las sinuosidades de un río de rápida corriente con orillas pobladas de sauces y álamos. La habitación de Morvan, sus pajares, sus caballerizas y sus establos, tenían el exterior agreste de las construcciones galas de los antiguos siglos: una especie de pórtico rústico se estendía delante de la entrada principal de la casa, y se veían en él y gozando de la fresca brisa de la tarde, *Nobleda*, mujer de Morvan, y *Joselina*, la jóven esposa de Vortigern cuya hermosura era encantadora é infantil, y que daba el pecho á su hijo mas tierno, teniendo á su lado dos niños mas, *Ewrag* y *Rosneven* de edad de cuatro y cinco años. *Caswallan*, druida cristiano, anciano de rostro venerable y cuya barba era tan blanca como su ancha túnica, sonreía dulcemente al tierno Ewrag que tenía sobre sus rodillas. Nobleda, esposa de Morvan y hermana de Vortigern, de unos treinta años de edad, era muy hermosa; aunque se revelaba en su fisonomía una vaga tristeza porque á pesar de sus diez años de matrimonio, no conocía aun la felicidad de ser madre, su grave ademan y su elevada estatura recordaban aquellas matronas que en los días de la independencia de la Galia se sentaban al lado de sus esposos en los consejos supremos de la nación. Nobleda y Joselina estaban hilando, en tanto que las demás mujeres de la familia de Morvan se ocupaban en los preparativos de la cena ó en diversas tareas domésticas, llenando de heno los pesebres para cuando los animales volvieran del campo.

El druida cristiano Caswallan tenía sobre sus rodillas al tierno Ewrag y acababa de hacerle recitar su lección religiosa bajo esta forma simbólica diciéndole:

— «Hijo blanco del druida, responde ¿qué deseas que te explique?»

— «Esplicame la division del número tres, respondió el niño.

— «Hay tres partes en el mundo, tres principios y tres fines para «los hombres como para las encinas y tres reinos celestiales, frutos «de oro, flores brillantes y niños que rien.» (1) Estos tres reinos celestiales donde se encuentran los frutos de oro, las flores brillantes y los niños que rien, son los puntos á donde van á renacer y á continuar viviendo cada vez mas felices los que en este mundo han

(1) Aurelino de Courson, *Historia de Bretaña*, tom. 1, p. 267.

llevado á cabo acciones puras y celestiales. ¿Qué es preciso hacer, hijo mio, para merecer esa nueva vida de felicidad?

—Ser prudente, bueno y justo, no temer la muerte porque renacemos de mundo en mundo con un cuerpo siempre nuevo, amar la Bretaña como á una tierna madre y defenderla.

—Si, hijo mio, dijo Nobleda abrazando al hijo de su hermano, acuérdate siempre de estas palabras sagradas: «Defender la Bretaña como á una madre.»

—¡Madre! ¡Madre! gritó Rosneven palmoteando con alegría y saliendo del pórtico y siguiéndole al momento su hermano Ewrag, aquí está mi padre.

Caswallan, Nobleda y Joselina se levantaron al oír las alegres exclamaciones de los niños y salieron al encuentro de dos grandes carros pesadamente cargados de doradas gabillas y arrastrados por bueyes. Morvan y Vortigern estaban sentados en la delantera de los carros y les rodeaban ó seguían varios jóvenes y hombres de edad de la familia ó de la tribu del jefe de los jefes llevando hoces, horcas y rastrillos. A alguna distancia detras de ellos venían los pastores y sus rebaños cuyas cencerros se oían á lo lejos. Morvan se hallaba entonces en la fuerza de su edad, era robusto como la mayor parte de los habitantes de las montañas Negras y llevaba su traje rústico: anchos calzones de lienzo blanco y una camisa de lino que dejaba entrever su pecho y su cuello tostado y sudoroso; sus largos cabellos castaños como su espesa barba rodeaban su pecho varonil de ancha frente y mirar intrépido y penetrante. La viril gravedad del hombre, del esposo y del padre habia reemplazado en Vortigern á la flor de la adolescencia; sus facciones espresaron una dulce alegría al ver á sus dos hijos que corrieron hácia él, y los abrazó con ternura buscando con los ojos á su esposa y á su hermana que no tardaron en llegar acompañadas de Caswallan.

—Esposa querida, la cosecha será buena y abundante, dijo Morvan á Nobleda.

Y añadió dirigiéndose hácia los carros cargados de gabillas:

—¿Has visto jamás espigas mas hermosas, paja mas dorada?

Morvan, dijo Joselina, segais este año muy pronto los de la tierra de Karnak. Nosotros dejaremos las mieses durante quince ó veinte dias mas; ¿no es verdad, Vortigern?

—No, querida Joselina, respondió este, porque imitaré á Morvan y mañana volveremos á casa para dar principio sin tardanza á la siega.

— Y aun os va á sorprender mas lo que voy á deciros, Joselina, replicó Morvan, y es que en vez de dejar como acostumbramos las gabillas sin desgranar para que se madure el trigo, el que acabamos de segar va á ser desgranado esta misma noche, y Vortigern y yo no seremos los últimos en manejar el azote dentro del pajar... Asi pues, Nobleda, adelanta la cena.

— ¡ Como, Morvan! dijo Joselina ¿ vos y Vortigern vais á pasar la noche trabajando despues de haber segado todo el dia?

— Será una noche divertida, dijo Vortigern, porque mientras azotemos el trigo, tú y Nobleda nos cantareis alguna balada, Caswallan nos contará alguna historia antigua y de vez en cuando vaciaremos un tonel de hidromiel para dar aliento á los trabajadores.

— Vortigern, dijo sonriendo el druida ¿ crees qué mis brazos están tan debilitados por la edad que ya no puedo manejar un azote?

— ¡ Y nosotras, hijas y esposas de labradores, dijo jovialmente Joselina, hemos perdido la costumbre de repartir las gabillas ó de recoger el grano en los sacos?

— ¡ Y nosotros? dijeron tambien el tierno Ewrag y su hermano Rosneven; nosotros queremos llevar gabillas.

— Sois animosos, hijos míos, respondió Vortigern abrazando á los niños mientras Morvan decia á su esposa:

— Nobleda, no te olvides de preparar cena para los huéspedes.

— ¿ Esperas huéspedes, Morvan? preguntó con alegría Joselina. ¡ Bien venidos sean! Nos ayudarán á desgranar las gabillas.

— Querida Joselina, respondió sonriendo el gefe de los gefes, los huéspedes que espero comen trigo puro, pero nunca se han tomado el trabajo de sembrarlo y segarlo.

— Está preparada la habitacion de los huéspedes, respondió Nobleda, y el pavimento está cubierto de hojas frescas. ¡ Ah! nadie ha dormido alli desde la muerte de nuestro abuelo Arael.

— ¡ Querido abuelo! exclamó Vortigern suspirando. Vino á vuestra casa para acabar sus dias en santa paz á vuestro lado.

— ¡ Bendita sea su memoria! dijo Joselina. Le conocí poco tiempo pero le amaba y veneraba como á un padre.

La familia de Morvan y todos los que cultivaban sus tierras, hombres, mujeres y niños en número de unas treinta personas, se sentaron delante de una larga mesa puesta en una sala espaciosa que servia á un tiempo de cocina, comedor y sitio de reunion para las veladas de invierno. Veíanse en las paredes colgadas en clavos ó

estacas armas de caza y de guerra, redés de pescar, bridas y sillas de caballo, y aunque era el verano, se advertía tal frescor en aquel pais de bosques y montes que el calor del hogar donde acababa de cocerse la cena agradaba y atraía á los segadores. Su deslumbrante claridad se unía á la de las antorchas de madera resinosa colocadas sobre brazos de hierro clavados en la pared.

— Cuando los trabajadores acabaron de cenar, Morvan se levantó de la mesa y dijo:

— Ahora, amigos míos, al trabajo. La noche es serena y azotaremos la mies fuera de la granja. Dos ó tres antorchas plantadas entre las piedras del pozo nos alumbrarán hasta que salga la luna, y como acabaremos el trabajo á la una de la noche, dormiremos hasta el amanecer y volveremos al campo para dar fin á la siega.

Las antorchas clavadas en las piedras del pozo lanzaron su vivo resplandor sobre una parte del patio y de los edificios encerrados dentro del recinto fortificado; hombres, mujeres y niños principiaron á descargar los carros llenos de gabillas mientras que los que debían azotar la mies, sin más traje que los calzones y la camisa, y entre ellos se veían á Morvan, á Nortigern y al anciano Caswallan, esperaban las gabillas empuñando los látigos compuestos de un palo, una tira de cuero atada al extremo y una tablita estrecha pero resistente puesta en la punta de la tira de cuero. Trajeron las primeras gabillas y no tardó en oírse el ruido sordo y precipitado de los azotes vigorosamente manejados por los robustos brazos de los labradores. Los bretones, temiendo una guerra próxima, se apresuraban á segar y desgranar para librar su cosecha de los estragos del enemigo y de privarle de recursos porque los granos debían ser encerrados en los silos ó en cavidades cubiertas de tierra. Morvan, cuya frente empezaba á surcar el sudor, dijo manejando con rapidez el látigo:

— Caswallan, nos has prometido una leyenda; descansa un momento y canta y tu voz nos dará ánimo para trabajar.

El anciano cantó *Lez-Breiz*, antigua leyenda nacional (1) tan grato á los bretones y que principia así:

Ya se traba el combate en ancha liza

Entre *Lez-Breiz* y el orgulloso franco.

— ¡Dios conceda al breton lauro y victoria!

— Ya cubre su cabeza con el casco,

(1) *Cuentos populares de Bretaña*, por M. de Villemerqué, t. I, *Lez-Breiz*.

Y empuñando la lanza vencedora,

La hace vibrar su poderoso brazo.

— Ven, le dice; teñir con sangre franca

Quiero mis armas hoy. Tiembla, insensato,

Que á luchar con *Lez-Breiz* tambien te atreves...

¡ Como tú morirán todos los francos!

— Caswallan! dijeron los labradores cuando acabó de cantar la primera estancia que hizo hervir su sangre con ardor guerrero, que vengan á atacarnos los francos malditos, y diremos como *Lez-Breiz*: Temblad, insensatos, que os atreveis á luchar con los bretones.

Los perros de los pastores que hacia algun rato gruñian sordamente, ladraron entonces precipitándose hácia la puerta del recinto. Algunos instantes despues se vió á Karouer precediendo á Vitcario y á sus dos compañeros.

— Esta es la casa de Morvan, dijo el guia al mayordomo, puedes desmontar.

— ¿ Qué antorchas son esas? preguntó el mayordomo bajando del caballo que entregó á uno de sus compañeros de viaje; ¿ qué ruido sordo es ese que llega á mis oídos?

— Morvan está sin duda desgranando la mies. Sígueme, y te llevaré á su presencia.

El mayordomo de Luis el Piadoso y su guia se aproximaron al grupo de labradores alumbrado por las antorchas, pero Morvan estaba tan ocupado en su tarea y tan asordado por el estruendo de los látigos que no pudo oír los pasos de los recién venidos. Karouer tocó el hombro del gefe de los gefes para llamar su atención, y Morvan se volvió y preguntó al guia:

— ¡ Ah! eres tú y el viagero?

— Aquí está, respondió Karouer designándole á su compañero de viaje.

— ¿ Tu eres, Vitcario? dijo Morvan con voz anhelosa por el cansancio, y añadió despues cruzando los robustos brazos en el mango del látigo y apoyándose en él: Te esperaba ¿ Quieres cenar?

— Prefiero hablar antes contigo.

— Nobleda, dijo Morvan enjugándose con el dorso de la mano el sudor que bañaba su frente, dame una antorcha, y volviéndose hácia el mayordomo añadió: ¡ Sígueme!

Nobleda tomó una antorcha, pero en vez de dársela á su esposo se dirigió á la habitacion de los huéspedes á donde le siguieron Vitcario y Morvan. Se habian preparado allí dos grandes camas y una mesa

cubierta de fiambres, leche, pan y frutas. Nobleda colocó la antorcha en uno de los brazos de hierro clavados en la pared, y se disponía á salir cuando Morvan le dijo con acento significativo :

— ¿ Volverás á saludarme cuando hayamos terminado el trabajo ?

Una mirada de Nobleda respondió á su marido que había entendido la significacion de la pregunta, y salió del aposento donde Morvan se quedó solo con Vitcario el cual dijo al gefe de los gefes :

— Te saludo, Morvan. Te traigo un mensaje del rey de los francos, Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno.

— ¿ Qué mensaje traes ?

— Es muy breve, respondió sacando un pergamino.

Y leyó lo siguiente: « Los bretones ocupan una provincia del imperio del rey de los francos y se niegan á pagarle tributo en prenda de su real soberania; por otra el clero breton, generalmente infectado de idolatria druídica, desconoce la supremacia del arzobispo de Tours. Son tales las consecuencias de esta heregia que Lambert, conde de Nantes, ha escrito al rey Luis el Piadoso. : *La nación bretona es orgullosa é indómita, no tiene de cristiana mas que el nombre, pues en cuanto á la fé, al culto y á las obras, se buscaria en vano en Bretaña.* (1) Luis el Piadoso quiere poner fin á una rebelion tan denigrante para la iglesia católica y la autoridad real, y manda al pueblo breton que pague el tributo que debe al soberano del imperio de los francos y se someta á las decisiones apostólicas del arzobispo de Tours: de lo contrario, Luis el Piadoso obligará al pueblo breton á obedecer por medio de la fuerza de sus armas invencibles. »

— Vitcario, respondió Morvan despues de algunos instantes de reflexion, Amael, abuelo del hermano de mi esposa, hizo un convenio en 811 con el emperador Cárlos segun el cual no habria guerra jamás entre los francos y nosotros si no saliamos de nuestras fronteras. Hemos cumplido nuestra promesa y Cárlos la suya; su hijo, á quien llaman el Piadoso, no nos habia inquietado hasta ahora, y quiso imponernos tributo, pero nos negamos.

— Luis el Piadoso es rey, soberano y señor de la Galia, y como la Bretaña forma parte de sus estados, le pertenece y le debe pagar tributo.

— No pagaremos á tu rey ningun tributo, y en cuanto á los sacerdotes, te diré que ejercen libremente su sagrado ministerio y que

(1) *Hechos de Luis el Piadoso*, por Ermoldo el Negro. t. I, p. 97 á 164.

respeto sus opiniones. Si quieren obedecer al arzobispo en materias religiosas, no me opondré á tanto porque no tengo suficiente instruccion para dilucidar cuestiones de tanta importancia, pero te advierto que estamos resueltos á no reconocer señor alguno extranjero y á defender nuestra independencia.

— Morvan, eres sensato y estoy seguro de que voy á convencerte. ¿Se trata acaso de esclavizaros ó de desposeeros de vuestra tierra? No. ¿Qué dice Luis el piadoso? que le pagueis tributo en homenaje de su soberania y nada mas.

— Es demasiado, es injusto.

— Escucha, Morvan. Compara las espantosas desgracias que sufrirá la Bretaña si se niega á reconocer la soberania de Luis el Piadoso. ¿Prefieres que talen tus campos y tus mieses, la pérdida de tus ganados, la ruina de tu casa y la esclavitud de tus deudos y amigos, al pago voluntario de algunos sueldos de oro que te costará el tributo?

— Es verdad que preferiria pagar veinte sueldos de oro y no ser arruinado, pero...

— Déjame acabar. No se trata tan solo de los bienes de la tierra, porque tienes además una esposa, una familia, amigos. ¿Querrás esponer por un vano orgullo tantas personas queridas á tu corazón á las horribles probabilidades de la guerra, de una guerra sin piedad? Considera además que el pueblo breton ha perdido la energía indómita que en otro tiempo le aseguraba la victoria.

— Tienes razón, respondió con ademan sombrío y pensativo, apoyando los codos en las rodillas y oculta la frente entre las manos; el pueblo breton no es lo que ha sido.

— La religion ha suavizado el carácter feroz de los bretones, y si la invencible Bretaña ha rechazado tantas veces victoriosamente la invasion de los francos ¿crees que vencerá tambien ahora? No. Y sin embargo de estar seguro de sucumbir, quieres intentar una lucha sangrienta en vez de pagar libremente un tributo que en nada perjudica tu libertad ni la de los tuyos.

Morvan vaciló al oír las insidiosas razones de Vitcario, y permaneció callado algunos instantes, pero dijo por fin lentamente y con esfuerzo:

— ¿A cuánto ascenderia el tributo que exige tu rey?

Vitcario se estremeció de alegría al oír la pregunta de Morvan á quien creyó decidido á una fácil sumision, pero en aquel instante

entró Nobleda y su esposo se ruborizó y quedó turbado al ver á su esposa. La gala adivinó casi la verdad en el ademán embarazado y sombrío de Morvan y en la fisonomía triunfante del franco, pero disimulando su pesar, se acercó á su esposo que estaba sentado, le besó en la mejilla como tenia costumbre todas las noches, y el gefe breton se estremeció, su voluntad vacilante se fortaleció, y estrechó apasionadamente á su esposa con grande enojo de Vitcario que veía destruido en un momento el resultado de su conversacion. La gala, contenta y enorgullecida al sentir que los latidos del corazon de su esposo respondian á los suyos, dijo sin desprenderse de los brazos de Morvan y lanzando una mirada desdeñosa al franco:

—¿ De dónde viene este extranjero? ¿ Qué quiere? ¿ Nos trae la paz ó la guerra?

Morvan no respondió, pues nueva incertidumbre combatia su resolucion y dominaba la saludable influencia de la presencia de Nobleda. Sorprendida esta con el silencio de su esposo volvió á preguntar con dignidad y tristeza:

—Morvan ¿ este extranjero nos trae la paz ó la guerra?

—Es un enviado del rey de los francos, respondió bruscamente el gefe breton, y si trae la paz ó la guerra, no es cuestion que han de decidir las mujeres sino los hombres.

Nobleda, dolorosamente afectada con las palabras de su esposo, le miraba con creciente sorpresa cuando el franco, creyendo que habia llegado el momento oportuno para alcanzar de Morvan una decision favorable, le dijo:

—Voy á partir sin demora: ¿ qué respuesta llevaré á Luis el Piadoso?

—No podeis partir sin descansar al menos esta noche, se apresuró á decir Nobleda interrogando con la mirada á su esposo que parecia abismado otra vez en la incertidumbre; partireis al amanecer.

—No, no, respondió el mayordomo temiendo la influencia de la gala en el ánimo del esposo, voy á partir al momento. Responde, Morvan: ¿ llevaré á Luis el Piadoso palabras de paz ó de guerra?

Pero el gefe breton se levantó y, dirigiéndose á la puerta, respondió á Vitcario:

—Mañana te responderé: quiero reflexionar esta noche.

Y á pesar de las instancias del franco salió del aposento con Nobleda.

Algunos instantes despues, Morvan, su esposa, Vortigern y Cas-

wallan estaban reunidos cerca de la casa debajo de una inmensa encina. La luna aparecía radiante en el horizonte.

El gefe breton tendió la mano á Nobleda y le dijo:

— Esposa querida, te hablé con dureza... perdoname.

— Tus palabras me han afligido pero no me ofenden. No te acuso á tí, no: acuso á ese estrangero.

— Si; vencido por su lenguaje, iba á acceder á su deseo, pero al verte sentí el remordimiento de mi debilidad.

— ¿Qué quiere el mensajero del rey de los francos? preguntó Vortigern.

— Si consentimos en pagar tributo á Luis el Piadoso y á reconocerle como soberano evitaremos una guerra implacable. Confieso que he vacilado un momento y que vacilo aun ante los desastres de una nueva lucha.

— ¡Vacilar! exclamó Vortigern ¡ceder á la amenaza!

— Hermano mio, respondió tristemente Morvan, el pueblo breton no es ya lo que fué en otro tiempo.

— Tienes razon, dijo Caswallan, el patriotismo de un gran número de nuestras tribus se ha entibiado, y los lazos de religion que unen á la mayor parte de los pueblos con los francos han borrado el odio antiguo. ¿Pero quieres extinguir el resto del patriotismo breton? Aceptemos una paz vergonzosa y antes de un siglo la Bretaña será esclava.

— Morvan, añadió Vortigern al gefe de los gefes, reflexiona lo que vas á hacer... Si cedemos á la amenaza en vez de enardecer la energia bretona con la lucha contra el estrangero, nos perdemos con envilecimiento. Hoy pagaremos tributo al rey de los francos para evitar la guerra, mañana le concederemos la mitad de nuestras tierras para que nos deje dueños de lo restante, y mas adelante sufriremos la esclavitud para conservar la vida. Cuando carguemos sobre nuestro cuello la cadena, la arrastraremos para siempre.

— ¡Baldon y muerte sobre Bretaña! exclamó Nobleda con indignacion dolorosa: ¿tan abatidos estamos ya que vienen á tomar medida de nuestra cadena? ¡Qué veo! ¡qué escucho! He aquí tres hombres valientes y experimentados que pierden el tiempo y las palabras para discutir la amenaza insolente del franco cuando para responderle solo se necesita un instante, una palabra!

— ¿Una palabra?

— Si; ¡la guerra!

Los tres bretones se estremecieron al oír la palabra guerra pronunciada por Nobleda con heróico entusiasmo. La gala continuó en su exaltacion creciente:

— Galos degenerados, ocho siglos ha César, el mas famoso capitán del mundo, que mandaba el ejército mas formidable que se ha conocido, envió tambien mensajeros á Bretaña intimándola á que pagara tributo. ¿ Como respondieron nuestros antepasados á los romanos? Arrojárndolos vergonzosamente de la ciudad de Vannes, y aquella misma noche la vírgen de la isla de Sen ofrecia su sangre á Heso por la libertad de la Galia, y el grito de guerra resonaba de un confin á otro del país. ¿ No es verdad, astro sagrado, tu que iluminaste aquella noche sublime? exclamó Nobleda alzando las manos hácia el firmamento. Albinik el marino y su esposa Meroe hacian un viaje de veinte leguas al través de las mas fértiles comarcas de Bretaña incendiadas por sus habitantes; César no veia ante sus pies mas que un desierto de ruinas humeantes, y el dia de la batalla de Vannes toda nuestra familia, mujeres, doncellas, niños y ancianos, combatian ó morian con valor. ¡ Ah! ¡ Qué poca inquietud les causaba á ellos el temor de la guerra! Su creencia y su fé era vivir libres, la sellaban con su sangre á iban á renacer á los mundos desconocidos.

Nobleda hablaba asi cuando el mayordomo del rey, que habia preguntado á los de la granja donde encontraria á Morvan, se acercó á la encina en rededor de la cual vió al gefe breton, á Caswallan, á Nobleda y á Vortigern. Aunque la luna brillaba con todo su esplendor en el firmamento estrellado, los primeros rayos del alba, que tan presurosa asoma en el mes de agosto, teñian de tenue color de oro el oriente.

— Morvan, dijo Vitcario, el dia va asomar y no puedo esperar mas tiempo; ¿ Qué respuesta das al mensaje de Luis el Piadoso?

— No tendrás que hacer mucho esfuerzo para recordarla: *dirás á tu rey que le pagaremos tributo... con hierro* (1).

— ¿ Quieres la guerra? la tendrás, pero será una guerra á muerte, exclamó Vitcario con ira, y subiendo sobre su caballo que acababan de traerle sus dos compañeros, añadió volviendose hácia el gefe de los gefes:

— La Bretaña será desvastada é incendiada y no quedará una casa en pié. ¡ Tiembla! Ha llegado el último dia de este pueblo.

Y al pronunciar estas palabras, el franco amenazó con el ademán

(1) Ermoldo el Negro, t. I.

al gefe breton. Espoleó entónces el caballo con corage y partió rapidamente seguido de los dos caballeros.

Un cuarto de hora habia trascurrido apenas cuando Vitcario oyó el galope de un caballo que le seguia; se volvió y vió á Vortigern, que se dirigia en su alcance á todo escape. Vitcario se paró cediendo á la postrera esperanza y dijo al hermano de Nobleda:

— ¿Será tu venida un feliz presagio? ¿Se arrepiente Morvan de su insensata resolucion?

— Morvan ha advertido que en tu precipitacion partias sin guia, y como podrias estraviarte en nuestras montañas, te acompañaré hasta la ciudad de Guenhek: alli te daré un guia seguro que te conducirá hasta las fronteras.

— Me han dicho que eres hermano de la esposa de Morvan; trata por la salyacion de Bretaña de hacer desistir á tu gefe de su insensata resolucion.

Vitcario, las hogueras encendidas durante la noche eran una señal de alarma dada á nuestras tribus para que se preparasen á la guerra y se apresurasen á recoger sus mieses. ¡Tu rey quiere guerra y habrá guerra! No hablemos mas de este asunto. Te suplico que respondas ahora á lo que voy á preguntarte. ¿Vienes de la corte de Aquisgran? ¿Qué ha sido de las hijas del emperador Cárlos?

El mayordomo del rey miró á Vortigern con sorpresa y le dijo:

— ¿Qué te importa la suerte de las hijas del emperador?

— Hace ocho años acompañé á mi abuelo á Aquisgran, y vi alli á las hijas de Cárlos. Esta es la causa de mi curiosidad acerca de su suerte.

— Luis el Piadoso ha encerrado en un monasterio á las hijas de su hermano Cárlos, respondió bruscamente Vitcario. ¡Dios quiera que su arrepentimiento las alcance el perdon de sus culpables devaneos!

— ¿Tambien Tetralda está encerrada en un monasterio?

— Tetralda ha muerto.

— ¡Ha muerto! exclamó Vortigern sin poder ocultar su emocion. ¡Morir tan jóven!

— De ella al menos nunca tuvo que avergonzarse el augusto Cárlos.

— ¿Cual ha sido la causa de su muerte?

— Se ignora. Hasta la edad de quince años habia gozado de una salud envidiable, pero de pronto empezó á enflaquecer y apenas tenia diez y seis años cuando murió de una lenta y misteriosa enfermedad en los brazos de su padre que la lloró amargamente. Pero

bastante hemos hablado de las hijas de Carlomagno. Por última vez: ¿quieres inducir á Morvan á que desista de su fatal resolución que causará la ruina de Bretaña?

Vortigern estaba tan abismado en su meditacion que permaneció mudo y triste pensando en aquella jóven que habia muerto tan jóven y cuyo tierno recuerdo habia llenado tanto tiempo su corazon.

— ¿No me respondes? ¿te niegas? decia Vitcario.

Pero Vortigern no oia las palabras del franco. Impaciente este con el prolongado silencio del breton, le puso la mano en el hombro y le dijo:

— ¿Quieres aconsejar á Morvan que desista de su insensata resolución?

— Ya te he dicho que si tu rey quiere guerra, habrá guerra.

Y Vortigern volvió á quedar sumido en sus reflexiones, y acompañó silencioso á Vitcario hasta llegar á la ciudad de Guenhek, donde dió al mayordomo del rey un guia seguro. Y en tanto que el mensajero franco se dirigia á las fronteras de Bretaña, el hermano de Nobleda regresó á la morada de Morvan.

III.—El desfiladero de Glen-Clan.

El desfiladero de Glen-Clan es el único paso transitable al través de la última cordillera de las *montañas Negras*, cinturón de granito que defiende el corazon de Bretaña. Es tan angosto el desfiladero que apenas puede pasar por él un carro, y tan rápida su pendiente, que seis pares de bueyes bastan á penas para arrastrarlo pues su escarpada falda es casi perpendicular y una piedra lanzada desde la cima rodaria con precipitacion por su propio peso hasta el camino abierto como el álveo de un torrente en el fondo de inmensos peñascos de mas de cien piés de altura. Un ruido lejano, primeramente confuso y por momentos mas próximo, turba el profundo silencio de aquella soledad; distinguese poco á poco el rumor de la caballeria, el choque de las espadas sobre las armaduras de hierro, el paso acompasado de numerosas tropas de á pié, el chirrido de las ruedas de los carros sobre el suelo pedregoso, los relinchos de los caballos y los mugidos de los bueyes, y todos estos ruidos se acercan, crecen, se confunden y anuncian la proximidad de un cuerpo de ejército considerable. De pronto el grito lúgubre y prolongado de una ave nocturna se oye en la cima de los peñascos que dominan el desfiladero; otros gritos cada vez mas lejanos responden al primer señal como

un eco cada vez más débil, y después no se oye nada... nada más que el ruido tumultuoso del ejército que avanza. Aparece una avanzada en la entrada de aquel tortuoso paso, y la guía un breton á caballo. Va á su lado un guerrero de elevada estatura, cubierto con rica armadura; su escudo blanco, en el cual se ven pintadas tres garas de águila, cuelga del arzon de su silla y cuelga del otro lado una maza de hierro; detrás del jefe franco avanzan algunos ginetes acompañados de unos veinte arqueros sajones que se distinguen por sus anchas aljabas.

—Hugo, dice el jefe de los guerreros á uno de sus hombres, toma dos ginetes, que te precedan seis arqueros y adelántate para asegurarte de que no debemos temer una emboscada. Al menor ataque retirarte lanzando el grito de alarma. No quiero internarme imprudentemente en este desfiladero con el grueso de mis tropas.

Hugo obedeció á su jefe, y la reducida vanguardia apresuró el paso á pesar de la rápida pendiente del tortuoso camino, y desapareció detrás de un grupo de gigantescos peñascos.

—Neroweg, la medida es prudente, dijo el breton, es necesaria mucha precaucion para internarse por estos montes.

—¿No entraremos en un pais llano al salir de este desfiladero?

—Si, pero antes tendremos que atravesar el pantano de *Peulven* y el bosque de *Cardik*, y después llegaremos á las vastas landas de *Kennor*, punto de reunion de los otros dos cuerpos de ejército de Luis el Piadoso que se dirijen á este punto atravesando el rio *Vilaine* y el desfiladero de los montes *Oroch*. Morvan se verá atacado por tres puntos á la vez y no podrá resistirse.

—No ceso de temer una emboscada ¿Cómo no está defendido un paso tan importante?

—Voy á explicártelo. Te he dicho cual era el plan de campaña de Morvan, segun me lo ha confiado Kervor, jefe de las tribus del sud que acabamos de atravesar sin encontrar la menor resistencia.—

—Es verdad; esos pueblos nos traian víveres y nos recibian como libertadores.

—En otro tiempo hubieras dejado la mitad de tus tropas en ese pais cruzado de pantanos, matorrales y bosques, pero la religion ha civilizado á los habitantes del mediodia, y la idolatria conserva sus guaridas únicamente en las comarcas donde manda Kervor.

—A pesar de tus explicaciones no puedo comprender porqué está abandonado el paso de estos desfiladeros.

— Nada es mas sencillo, sin embargo; Morvan, segun su plan de campaña, contaba con la resistencia de las tribus que acabamos de atravesar y que esta resistencia duraria dos ó tres dias, pero Kervor gefe de esas tribus que estan inmediatas á las que yo mando cerca de la frontera me comunicó los designios de Morvan y me aseguró que sus pueblos no combatirian. Esta es la causa de que hayas cruzado en un dia y sin desenvainar la espada un pais que debia costarte tres dias de batalla y la cuarta parte de tus tropas. Como Morvan no sospecha que llegues tan pronto á los desfiladeros de Glen-Clan, no los ocupará hasta mañana pues no tiene bastantes combatientes para dejarlos uno ó dos dias ociosos, especialmente cuando le atacan por tres puntos diferentes y con tres respetables ejércitos.

— No te haré más observaciones, y me convenzo al reflexionar que conoces el pais mejor que yo. ¡Ah! si la guerra tiene buen éxito segun me ha prometido Luis el Piadoso, llegaré á ser tan poderoso señor en Bretaña como Gontran mi hermano mayor lo es en Auvernia desde la conquista de Clodoveo.

— Y no te olvidarás de los amigos y de los gefes de tribu que, como yo, te ayudan en tan noble empresa.

— El rey premiará tus servicios y te hará conde de tu tribu.

— Así lo espero.

— Dime, fiel breton, tu que sabes los usos de este pais, ¿ dónde ocultan sus tesoros los montañeses? ¿ Es verdad que cuando buyen de sus casas solo dejan las cuatro paredes desnudas y se retiran con sus tesoros á guaridas inaccesibles?

— Cuando lleguemos á las comarcas donde está concentrada la resistencia te indicaré el medio de descubrir esos ricos escondites; por lo regular están sepultados al pié de ciertas piedras druidicas hácia las cuales conservan un culto idólatra un gran número de paganos bretones, y creen poner sus tesoros bajo la proteccion de sus execrables dioses.

— ¿ Pero dónde hallaremos esas piedras? ¿ cómo las conoceremos?

— Es mi secreto, Neroweg, y será nuestro cuando lleguemos, como te he dicho, á las comarcas donde se encuentra la resistencia.

Y el breton y el gefe franco subian lentamente por la escarpada pendiente del desfiladero hablando de los tesoros y de los medios de descubrirlos. De vez en cuando algunos ginetes ó peones, enviados de avanzada, venian á dar parte á Neroweg de sus observaciones,

y por fin volvió Hugo á anunciar á su gefe que nada podia hacer sospechar una emboscada. Neroweg, completamente tranquilizado, dió órden á las tropas de que avanzasen, primero los de á pié, despues la caballeria y detrás los bagajes con una retaguardia de infanteria. El ejército se movió y se internó por aquel paso tan estrecho por donde apenas podian marchar cuatro hombres de frente. Aquella larga y tortuosa hilera de hombres cubiertos de hierro, empujándose unos á otros y andando lentamente ofrecia un aspecto extraño desde la cima de los peñascos que dominaban el angosto camino; parecia una gigantesca serpiente de escamas de hierro desenvolviendo sus pliegues sinuosos en un barranco abierto entre dos murallas de granito. La confianza de los francos vaciló al entrar en aquel paso tan propicio para las emboscadas, y á cada instante esperaban verse acometidos. La vanguardia que precedia á Neroweg estaba en la salida del desfiladero de Glen-Clan mientras entraban apenas los carros de los bagages tirados por bueyes y la retaguardia compuesta de ginetes taringios y arqueros sajones. Oyóse entonces el grito lúgubre de una ave nocturna, grito semejante á los que habian saludado la llegada de los francos, y se repitió de cima en cima á lo largo del desfiladero, y casi al mismo tiempo se desprendieron, movido por manos invisibles, varios enormes trozos de peñasco que rodaron desde las cimas de los montes con el estruendo del trueno y cayeron en medio de los carros despedazando un gran número y aplastando ó mutilando sus tiros. Rotos los carros, los bueyes muertos ó furiosos con sus heridas, cayendo ó revolviéndose unos sobre otros causaron un espantoso desórden en la vanguardia de los francos que, no pudiendo avanzar entre aquellos obstáculos y separada del resto de las tropas, se vió reducida á rendirse. En todo el desfiladero de Glen-Clan cayeron enormes peñascos desde las cimas aplastando y diezmando la fila compacta de los guerreros, aquella gigantesca serpiente de hierro, se retorcia convulsivamente en el fondo del barranco mutilada y dividida en varios trozos ensangrentados, cuando las crestas del monte se vieron coronadas por una multitud de bretones, que habian permanecido hasta entonces ocultos y que arrojaron una granizada de flechas y piedras sobre las cohortes francas aterradas, indefensas y agrupadas entre aquellas dos murallas de granito, desde cuya eminencia enviaban nuestros esforzados guerreros una muerte pronta y segura.

Vortigern mandaba aquellos valientes con el arco en una mano y

su aljaba al costado, y ninguno de sus dardos erraba el blanco. ¡Terrible carnicería! los gritos de triunfo de los galos armoricanos respondían á las imprecaciones de los francos; ¡Terrible carnicería que no paró hasta que los nuestros agotaron las piedras, las flechas y los venablos!

Cuando Vortigern arrojó su última flecha, gritó desde la cima de un peñasco haciendo á los francos un ademán de reto:

—Así defenderemos nuestro suelo y cada paso que deis dejará una huella de sangre vuestra ó nuestra. No son todas nuestras tribus tan cobardes y traidoras como la de Kervor.

Y Vortigern entonó el canto guerrero legado por su antepasado Scanvoch, el hermano de leche de la gran Victoria:

«Esta mañana decíamos: ¿Cuántos son esos francos?»

«Esta noche diremos: ¿Cuántos eran esos francos?»

IV. — El pantano de Peulven.

El pantano de *Peulven* es inmenso; forma á Oriente y á sud una especie de bahía, y sus orillas son los lindes de la poblada selva de Cardik; al norte y al ocaso baña la suave falda de las colinas que suceden á las últimas cordilleras de las montañas Negras cuyas cimas asoman en el horizonte iluminadas por los purpúreos resplandores del crepúsculo, y una calzada ó lengua de tierra que termina en los confines del bosque cruza el pantano de Peulven en toda su longitud. Reina silencio profundo en aquella soledad, las tranquilas y remansadas aguas reflejan las tintas inflamadas de las nubes, y de vez en cuando bandadas de aves acuáticas se alzan de entre los cañizares de que en parte está cubierto el pantano, y giran ó suben hácia el cielo lanzando gritos plañideros.

Varios ginetes francos suben por la falda de la colina, llegan á la cima detienen los caballos, y sus miradas se dirigen á lo lejos abarcando el pantano y la selva. Despues de algunos momentos de examen retroceden para reunirse con Neroweg cuyos soldados han sido diezmados algunas horas antes en el fondo del desfiladero Glen-Clan, y despues, continuamente hostigados en su camino por reducidas cuadrillas de bretones que, emboscados detras de las malezas ó en profundos hoyos medio cubiertos con ramas, atacaban de improviso la vanguardia ó la retaguardia de los francos, y desaparecian tras encarnizados encuentros al través de aquel terreno obstruido por obstáculos de toda especie, impracticable para la caballe-

ría y completamente desconocido de los soldados de á pié que no se atrevían á alejarse de la columna principal, temiendo caer en nuevas emboscadas.

Neroweg estaba acompañado del gefe breton en la cima de una colina poco lejana de la que habían subido la descubierta, y donde esperaba que volviese para continuar su camino. La vanguardia hacia alto á corta distancia de Neroweg y mas allá estaba parado tambien el grueso del ejército; una parte de la retaguardia había tenido que quedarse á una legua de allí para custodiar los bagages, los carros y los heridos.

Neroweg estaba abatido y sombrío y dijo al breton:

— ¡Qué guerra! ¡qué guerra! He combatido con los normandos cuando atacaron nuestro campamento fortificado en las bocas del Somma y del Sena; aquellos condenados piratas son terribles enemigos, tan diestros en acometer como en retirarse en los ligeros barcos sobre los cuales vienen desde los mares del Norte hasta las costas de la Galia, pero ¡por san Martín! que estos malditos bretones son mas terribles, mas indómitos y mas condenados que los normandos. ¿No llenaron de inquietud los últimos años de Cárlos, el gran emperador? ¿no son el desconsuelo de su hijo? ¡Qué guerra! ¡qué guerra!

El guía se volvió sobre su silla y dijo á Neroweg tendiendo la mano hácia los montes que acababan de atravesar los francos.

— Mira hácia occidente.

El gefe de los francos siguió la indicacion del guía y vió de trecho en trecho á lo léjos torbellinos de humo con rogizos fulgores que se alzaban de las colinas que dejaba á su espalda el ejército. El guía dijo entonces al franco:

— El incendio indica por todas partes nuestro paso; las aldeas abandonadas por sus fugitivos habitantes han sido entregadas por órden tuya á las llamas, y los bretones no tienen como los normandos el recurso de sus bajeles para huir por el Occéano con sus riquezas. Empujamos delante de nosotros á sus habitantes, y como los otros dos ejércitos de Luis el Piadoso egecutan la misma manobra y deben llegar como nosotros mañana al amanecer al valle de *Lokfern*, se hallarán allí acorralados los bretones atacados durante algunos dias por mediodia, por oriente y por norte, y encerrados en un círculo de hierro, serán por fin irrevocablemente aniquilados ó reducidos á la esclavitud. ¿Qué te importa que tus guerreros ha-

yan sido diezmados? Las tropas que te quedan unidas á los demás cuerpos de ejército ¿no bastarán para esterminar á los bretones?

—Breton, respondió bruscamente Neroweg, tus palabras no me consuelan de la muerte de tantos valientes guerreros cuyos huesos blanquearán en el fondo del desfiladero de Glen-Clan y en los bosques de este maldito pais.

—Envidia su suerte, pues han muerto por la gloria de su patria.

Neroweg movió la cabeza y dijo despues de un intervalo de silencio:

—Me has prometido que me indicarias los sitios donde encierran los bretones sus riquezas.

—Escucha: mas allá del pantano de Peulven que vamos á atravesar hay un bosque profundo dõnde se encuentra gran número de piedras drúidicas, y estoy seguro de que haciendo allí escavaciones hallaremos inmensas cantidades de plata y oro enterradas desde el principio de la guerra.

—¿Y cuando llegaremos á ese bosque?

—Esta tarde antes de anochecer.

—¿He de internar tan tarde mis tropas en ese bosque y caer en alguna emboscada semejante á la del desfiladero? No, no, dijo Neroweg: el sol va á ocultarse, y nos acamparemos esta noche en medio de las colinas descubiertas donde nos hallamos: aquí no debemos temer sorpresas.

—Ya vuelven los soldados que has enviado á reconocer el terreno, dijo el guia al gefe de los francos; consúltales antes de tomar una resolucion.

—Neroweg, dijo uno de los ginetes que acaban de bajar por la pendiente de la opuesta colina, tan lejos como puede descubrir la mirada no se ve nada en el pantano.

—¿Estás seguro?

—No se ve hombre alguno ni barca y sobre sus orillas ninguna choza ni trinchera. En el extremo del horizonte solo se distingue un espeso bosque.

El gefe franco, impaciente de juzgar de la disposicion del terreno llegó al momento seguido del guia á la cima del collado, y vió desde allí la inmensa superficie del pantano, cuyas tranquilas aguas reflejaban los últimos resplandores del sol al ocultarse, y la verde calzada que obstruida por cañizares llegaba hasta los lindes del bosque.

—Me parece que no debemos temer ninguna emboscada en esta

soledad, dijo Neroweg, y antes de media hora podemos llegar al bosque.

—Y aun queda una hora de dia, dijo el breton. El bosque que ves al otro lado del pantano se llama de Cardik, y se extiende á larga distancia á derecha é izquierda pues por oriente llega hasta la orilla del mar armoricano, pero la parte que está en frente de la calzada apenas tiene medio cuarto de legua de anchura, y podremos atravesarla antes de anoecer. De este modo llegaremos á las llandas de *Kennor*, llanura inmensa donde podrás acamparte con toda seguridad. Mañana volveremos al amanecer á hacer escavaciones al pié de las piedras druídicas donde están sepultadas las riquezas que buscamos.

Neroweg, despues de vacilar algunos momentos, tentado por la codicia, envió un soldado de su escolta á dar órden á sus tropas de que se pusieran en marcha para atravesar la calzada, cuya anchura era de treinta piés y estaba cubierta de yerba fina y accesible á las miradas de un extremo á otro. Neroweg no temia una emboscada, pero acordándose de los peñascos de Glen-Clan, mandó prudentemente á varios caballeros que precediesen á las tropas, las cuales comenzaron á desfilar por la calzada seguidas de su gefe que no tardó en hallarse en el extremo opuesto del pantano, y á lo léjos veíanse agrupadas desde la falda hasta la cima del collado las últimas cohortes del ejército poniéndose en movimiento á medida que les tocaba el turno de entrar en la calzada.

De pronto se oyeron de trecho en trecho y en medio de varios espesos cañizares esparcidos á lo largo de la lengua de tierra, gritos de aves nocturnas parecidos á los que habian resonado ya en la cima de los peñascos de Glen-Clan.

A esta seña respondieron golpes sordos y reiterados, y la calzada se hundió en diferentes puntos bajo los piés de los soldados. ¡Desgraciados de los que se hallaron sobre estas especies de trampas construidas de troncos y ramajes cubiertos bajo una capa de tierra! Esta invencion, debida á Vortigern que durante sus largas veladas de invierno se entretenia en obras de carpinteria, era muy sencilla y de éxito seguro: aquellos puentes movibles podian sostener el peso de las tropas que los atravesaban, ó bambolear bajo su paso si se cortaban con el hacha ciertas enormes palancas, único punto de apoyo de aquellos tablados volantes.

Vortigern y un crecido número de hombres de su tribu, hundidos

en el agua hasta el cuello, habían permanecido inmóviles, silenciosos é invisibles en medio de las cañas que cercaban la calzada donde estaban las trampas, y cuando el paso se llenó completamente de soldados, cayeron á hachazos las palancas, y la calzada quedó cortada de pronto por varias trincheras de veinte piés de anchura en cuyo fondo cayeron amontonados peones, caballos y ginetes, recibidos en su caída sobre la aguda punta de un gran número de estacas clavadas á flor de agua.

Un espantoso desórden seguido de un terror pánico se apoderó de los francos al ver aquellos terribles lazos abriéndose bajo sus piés, y creyendo minada la calzada por todas partes, retrocedieron empujándose tumultuosamente ó avanzaron pavoridos, y los caballos espantados se encabitaron ó se lanzaron furiosos en los pantanos donde desaparecieron con sus ginetes. En lo mas azaroso de la derrota Vortigern y sus bretones, elegidos entre los mejores arqueros, se levantaron de entre los cañizares y arrojaron una granizada de flechas sobre aquel amontonamiento de guerreros pisoteados por los caballos y llenos de terror. Otros gritos de guerra lejanos respondieron al llamamiento de Vortigern, y una multitud de Bretones salidos del bosque se formaron en batalla en la orilla del pantano dispuestos á disputar el paso á los francos.

La presencia de aquellos nuevos enemigos lleva al colmo el terror de las tropas de Neroweg que en vez de marchar hácia el bosque vuelven atrás para reunirse con el grueso del ejército formado aun en la colina, y corren en retirada con tal furia que las profundas cortaduras se llenan al momento con los cuerpos de los guerreros heridos, moribundos ó muertos, y este amontonamiento de cadáveres sirve de puente á los fugitivos acribillados con las saetas de los bretones.

Vortigern y sus valientes repitieron entónces el canto de guerra que se había oido ya en los desfiladeros de Glen-Clan.

«Esta mañana decíamos: ¡ Cuántos son esos francos ?

«Y esta noche decimos: ¡ Cuántos son esos francos ?»

V.—El bosque de Cardik.

— ¡ Qué guerra ! ¡ qué guerra ! decían los guerreros de Luis el Piadoso dejando á cada paso los huesos de sus compañeros en medio de los peñascos y pantanos de la Armórica.

¡ Qué guerra ! Cada vallado de los campos, cada hoyo de los pra-

dos oculta un breton de ojo avizor y mano firme; la piedra de la honda y la flecha del arco silvan y no yerran nunca el blanco. ¡Qué guerra! El fondo de los precipicios y el limo de las aguas estancadas se tragan los cadáveres de los soldados francos, y si penetran en los bosques, el peligro aumenta porque cada matorral y cada copa de árbol oculta un enemigo.

Neroweg, salvado del desastre del pantano de Peulven, no se había atrevido á penetrar en el bosque de Cardik defendido de pronto por un cinturón de valientes y había huido diciendo:

— ¡Qué guerra! ¡qué guerra!

Y pasó la noche con los restos de su ejército en las colinas donde no temia las emboscadas.

Asoma el alba, y el gefe franco con el corazón rebotando de vergüenza y furor hace tocar las trompetas y los clarines y quiere entrar á viva fuerza en el bosque de Cardik. Peones y ginetes pisan otra vez los cadáveres amontonados en las profundas zanjas y ninguna emboscada retarda el paso de los francos. Sale el sol cuando las últimas cohortes acaban de cruzar el pantano y están formadas delante del bosque á donde se han retirado los galos armoricanos.

Los árboles seculares se estienden al occidente hasta las escarpadas orillas de un río que desagua en el mar y al oriente hasta insondables precipicios. El gefe franco, furioso por su derrota del día anterior, apenas puede contener su ardor feroz y le estimula la esperanza de desenterrar las riquezas ocultas al pié de las piedras druidicas, y se interna en el bosque acompañado del guía que había sido gravemente herido en los pantanos. Las encinas, los olmos y los fresnos estrechan sus troncos gigantescos y enlazan sus ramas, y entre los troncos se alzan espesos matorrales, no presentándose mas que una senda tortuosa á la vista de Neroweg. La sigue con resolución, y apenas la luz puede penetrar por aquella bóveda de verdor formada por las copas de los árboles gigantescos. Vallados de box de siete á ocho piés de elevación cubren el camino y sus hojas espinosas forman una muralla impenetrable. Los soldados, no pudiendo separarse á derecha ni á izquierda, se ven obligados á seguir aquel desfiladero de verdura, y aterrados aun con el recuerdo de sus recientes desastres, avanzan con desconfianza al través del sombrío bosque de Cardik hablando en voz baja é interrogando de vez en cuando con la mirada la espesa copa de los árboles ó los matorrales de los linderos del camino.

Sin embargo, nada ha justificado aun sus temores, y únicamente turban el silencio del bosque el ruido sordo y acompasado de su marcha y el rumor de sus armaduras. Este silencio aumenta el vago terror de los francos: también estaban silenciosos al internarse en los desfiladeros de Glen-Clan y en el pantano de Peulven. La mitad del ejército se hallaba ya en medio del bosque, cuando en uno de los ángulos del camino, Neroweg, que iba á la cabeza acompañado del guia, se para de pronto... Tan lejos como puede abarcar su vista delante, á derecha y á izquierda ve un inmenso monton de troncos de árboles de cien piés de altura y quince ó veinte de grosor que cubren el suelo tan enlazados entre si que sus enormes ramas forman una barrera insuperable para la caballeria, y únicamente los de á pié podian tras inauditos esfuerzos escalar aquellos obstáculos y abrirse paso con el hacha.

— ¡Qué guerra! volvió á esclamar Neroweg apretando los puños. ¡Después del desfiladero el pantano, y después del pantano el bosque! Apenas me quedará una tercera parte de mis tropas cuando me reuna con los demás gefes.

— ¡Animo, Neroweg! dijo el guia. Vencido este último obstáculo, llegaremos á las landas de Kennor, donde nos reuniremos con los dos cuerpos del ejército de Luis el Piadoso y penetraremos en el valle de Lokfern donde sucumbirán esos malditos rebeldes.

— ¿Me falta acaso el valor? dijo Neroweg furioso. ¿Me has visto vacilar alguna vez? Tu, que nos guias, nos has hecho caer dos veces ya en emboscadas. ¡Por san Martin! Aunque estuvieras de acuerdo con el enemigo no nos hubieras guiado de otro modo.

— ¿No he arrojado los mismos peligros que tu? respondió con desden el guia enseñándole el brazo izquierdo sostenido por un lienzo ensangrentado. ¿No responde de mi lealtad esta herida que recibí ayer en el pantano de Peulven? Estos troncos de árboles, aunque parecen ocupar un terreno inmenso, solo se estienden en muy limitado espacio.

— ¿Qué importa? ¿Cómo encontraremos otro camino? ¿No has dicho que era el único que atraviesa este bosque el cual es impenetrable por todas partes á un ejército.

El guia movió la cabeza con ademan pensativo y no respondió.

Las tropas empezaban á murmurar cediendo al desaliento y á un creciente terror, cuando dominaron el tumulto tres gritos de aves nocturnas, y repentinamente los honderos y arqueros bretones,

emboscados detrás de los troncos y encaramados en las copas de los árboles, lanzaron á los francos una lluvia de piedras y flechas, y enormes ramas cortadas en la copa de las encinas caian aplastando ó mutilando á los soldados. Nuevo terror, nueva carnicería de los francos causó aquel ataque, y se vieron muy pronto ginetes derribados de sus caballos, peones aplastados por los troncos y precipitándose ciegos y pavoridos en medio de los bojes erizados de espinas.

¡Qué espectáculo tan grato para los ojos de un gallo de Armórica! Gemidos de moribundos, imprecaciones de los heridos, amenazas de muerte contra el guia á quien acusaban de traicion, todos los gritos, ayes y maldiciones se confundian en un tumulto horrible que formaba contraste con los cantos de victoria de los bretones.

La carnicería iba en aumento en medio del desorden, cuando Vortigern apareció á la vista de los francos con el arco en una mano y asido á las ramas que dominaban el punto mas culminante de la trinchera de troncos, y dijo con voz sonora:

— Atravesad ahora si podeis este bosque, nuestras aljabas estan vacias, y vamos á esperaros á las cercanias del valle de Lokfern.

Y viendo entónces al gefe de los francos que habia bajado del caballo y oponia á las piedras y flechas de sus enemigos su ancho escudo blanco donde estaban pintadas tres garras de águila doradas, reconoció en este emblema un hijo de los Neroweg, lanzó una exclamacion de sorpresa y odio, puso sobre la cuerda la última flecha y gritó arrojándola el gefe de los guerreros.

— Yo, descendiente de Joel, te envío esto á tí, descendiente de Neroweg, muerto por mi antepasado Karadoc el bandido.

La flecha silvó y, rozando el borde inferior del escudo del franco, le atravesó la rodilla.

Neroweg sintió un vivo dolor, cayó arrodillado y gritó designando el gallo á los arqueros sajones:

— ¡Tirad... tirad á ese bandido!

Tres flechas sajonas volaron, y dos de ellas se clavaron vibrando en la rama del árbol á la cual estaba asido Vortigern, pero la tercera le hirió en el brazo izquierdo. El descendiente de Joel se arrancó de la herida el dardo acerado, lo arrojó ensangrentado contra los francos con un ademan de desdeñoso reto y desapareció detrás de las ramas.

El grito de ave nocturna se oyó tres veces en el bosque, y los bretones se dispersaron por sendas de ellos tan solo conocidas ento-

nando el antiguo canto de guerra que se perdió lentamente en aquellos desiertos.

«Esta mañana decíamos: ¿Cuántos son esos francos?»

«Esta noche decimos: ¿Cuántos eran esos francos?»

VI.—Las landas de Kennor.

Las landas de Kennor tienen cerca de cuatro leguas de longitud y tres de anchura, forman una vasta planicie que se inclina por el norte hacia el valle de *Lokfern* y termina por occidente con un ancho río que á corta distancia desagua en el mar armoricano y por el mediodía con el bosque de Cardik y las últimas faldas de la cordillera de *Men-Brez*, y están cubiertas en toda su estension de yerbas de dos ó tres piés de elevacion y casi abrasadas por el ardor del sol canicular. Aquella inmensa llanura desnuda y desierta ofrece un aspecto triste y sombrío, y el viento que sopla con violencia de oriente, hace ondular como olas las altas yerbas de color amarillento. El cielo está despejado y azul; el sol de agosto inunda con su luz aquel desierto cuyo silencio turba tan solo el grito agudo de las cigarras ó los prolongados gemidos del viento.

Una masa negra y confusa que sigue la orilla del río se presenta, se estiende, se aumenta y se dirige hacia el centro de la llanura de Kennor. Es uno de los tres cuerpos de ejército que Luis el Piadoso dirige en persona contra los galos bretones. Mucho rato antes de su aparicion, otras tropas formadas en cohortes compactas bajaban por las últimas faldas de la cordillera de *Men-Brez* avanzando tambien hacia la llanura, sitio indicado para la reunion de los tres ejércitos que habian invadido la Armórica incendiando y talando el país por donde pasaban y rechazando á los habitantes hacia el valle de *Lokfern*. Solo faltaban á la cita las tropas de Neroweg que se hallaban desde el amanecer en el bosque de Cardik, pero salen por fin en desorden de entre los árboles y reforman las falanges. Las tropas de Neroweg, despues de fatigas y trabajos inauditos, abriéndose paso con el hacha en la mano y abandonando la caballería que se habia visto obligada á retroceder á los pantanos de Peulven, llegan á cruzar el bosque disminuidas casi en una mitad, tanto por las pérdidas experimentadas en el paso de los desfiladeros y los pantanos, como por la defeccion de numerosas cohortes que en su creciente terror y á pesar de las órdenes de sus gefes, habian seguido el movimiento de la caballería.

Los tres cuerpos de ejército se vieron y se dirigieron hacia la llanura hasta que la distancia que los separaba era tan corta que se veían mutuamente reflejar en sus armaduras, en sus cascos y en el acero de sus lanzas los rayos del sol. Las falanges de Luis el Piadoso, que fueron las primeras en bajar á la llanura por las faldas del *Men-Brez* hicieron alto para esperar á los demás cuerpos. Aquellas tropas desmoralizadas y diezmadas como las de Neroweg tras su larga marcha al través de los peligros y emboscadas de toda clase, volvían á recobrar su presencia de ánimo, pues iban á combatir por fin en tierra llana después de atravesar montes, bosques y desfiladeros. Allí no podía ocultarse ningún lazo, la última batalla debía dar fin á la guerra, y los bretones, acorralados en el valle de Lokfern, iban á ser aniquilados por fuerzas tres ó cuatro veces superiores á las suyas.

Las primeras cohortes de los dos ejércitos que salían del río y del bosque iban á reunirse con las tropas de Luis el Piadoso, cuando se alzaron de pronto hacia el oriente, de donde soplaba un viento seco y violento, pequeñas nubes de humo en un principio casi imperceptibles y se extendieron sobre los confines de la landa que se prolongaba hasta la última falda de los *Men-Brez*. Aquellos puntos humeantes se propagaron enlazándose entre sí en un espacio de más de dos leguas, y formaron poco á poco un inmenso cinturón de humo negruzco, enrojecido con ardientes reflejos... ¡Acababan de prender fuego en cien puntos á un tiempo los bretones en las yerbas secas de las landas de Kennor!

Aquella oleada de llamas, empujada por la violencia del viento, avanzó desde las faldas de *Men-Brez* al bosque con la rapidez de las grandes mareas que precipita el soplo del viento. Los francos vacilan aterrados al ver aquellas olas de fuego que les acometen por la derecha con la velocidad del huracán, y que á su izquierda hay un río profundo, á su espalda el bosque de Cardik y detrás la falda de las montañas que se inclinan hacia el valle de Lokfern. Luis el Piadoso, huyendo á todo escape en dirección á este valle, da á sus tropas la señal de la fuga, esperando salir de la landa antes que las llamas hayan cortado el paso al ejército, y la caballería, en su impaciencia de salvarse del peligro, rompe las filas, sigue el ejemplo del rey franco, atraviesa por entre las cohortes de infantería, las derriba y pasa sobre sus cuerpos. Las tropas se dispersan, llegan á su colmo el desorden, el tumulto y el terror, las olas de fuego avanzan, y el

galope del caballo mas ligero no les escede en rapidez. La inmensa capa de fuego alcanza primero á los soldados derribados y mutilados por el choque de la caballeria, envuelve despues el grueso del ejército, y las falanges aterradas se ven en un momento con llamas hasta la cintura.

Los peones dan saltos terribles para huir del fuego que los alcanza, y abrasados sus piés hasta los huesos, no puedan dar un paso y caen en aquel horno lanzando espantosos alaridos; los caballos se enfurecen al sentir la llama que los persigue y les devora los costados á pesar de su anheloso galope, se encabritan y arrojan sobre sus ginetes, y caballos y caballeros ruedan en medio del fuego. Los animales relinchan y mujen, los hombres gimen ó ahullan, y un inmenso concierto de imprecaciones y gritos de dolor y rabia sube hácia el azul del cielo con la llama de aquel horrible hecatomba de guerreros francos. ¡Qué aspecto tan sorprendente presentaba la landa de Kennor, roja y húmeante aun, una hora despues de su incendio que habia convertido en cenizas hasta las raices de las yerbas; ¡Inmenso brasero de tres leguas de estension cubierto de millares de restos humanos, informes y calcinados sobre los cuales revolotean ya bandadas de cuervos del bosque de Cardik!

— ¡Qué guerra! ¡qué guerra! decia tambien Luis el Piadoso.

Si, guerra terrible, guerra de un pueblo que defiende su libertad, su familia, su campo y su hogar, y en que todo se convierte en armas desde los peñascos y los precipicios, hasta los pantanos, los bosques y las praderas inflamadas.

VII. — El valle de Lokfern.

El ejército de los francos, diezmado por el incendio de la landa de Kennor, habia huido en desórden hácia el valle de Lokfern que dominaba la inmensa planicie donde se habian reunido los tres cuerpos de tropas. Los primeros guerreros que llegaron á los confines de la planicie pertenecian á la caballeria que siguió á Luis el Piadoso y se libró del desastre con la ligereza de sus caballos, y al momento vieron en la falda del valle la numerosa caballeria bretona formada en batalla y mandada por Morvan y Vortigern, caballeria rústica pero aguerrida y bien armada. Los francos no habian podido dominar aun el ímpetu de sus caballos ni formarse en linea de ataque, y se lanzaron á todo escape en masas confusas con la esperanza de rechazar la caballeria enemiga bajo el irresistible embate de aquel

descenso impetuoso, pero los ginetes armoricanos se dividieron en dos cuerpos mandados el uno por Morvan y el otro por Vortigern, y huyeron á derecha é izquierda en vez de atacar á los francos.

El vasto espacio que se extendía desde la falda de la colina hasta el río quedó desierto en un instante con la rápida maniobra de los galos, y las primeras filas de los francos á duras penas lograron detener sus caballos á cien pasos de la orilla del Scoer. Morvan y Vortigern, aprovechándose del desorden de los enemigos, sucesivamente detenidos por la anchura del río, volvieron al combate, acometieron por el flanco á derecha é izquierda y causaron una terrible carnicería á los francos arrojando en las aguas á los que se libraron de sus espadas ó sus hachas. Durante este encarnizado combate fueron llegando en desorden los restos de la infantería de Luis el Piadoso que huían también de la landa abrasada de Kennor, pero estas tropas se formaron en cohortes en la falda de la colina y se lanzaron sobre los ginetes bretones que rechazaron en un precipicio el ataque, pero la superioridad del número dió por fin la victoria á los francos. La última barrera de los bretones era la orilla opuesta del río donde estaba formada la rústica infantería gala compuesta de labradores y pastores armados de lanzas, hoces y hachas, y detras de ellos estaban reunidos en un recinto atrincherado las mujeres y los hijos de los combatientes.

¡Llora, llora, Bretaña, pero no te avergüenzes! tus hijos vencidos por el número se resistieron hasta caer heridos ó muertos defendiendo su independencia. ¡Llora, llora Bretaña!

El río era vadeable por un punto, y el guía que había acompañado á Neroweg indicó á las tropas de Luis el Piadoso este paso que atravesaron despues del esterminio de la caballería de Morvan. Los armoricanos defendieron heroicamente el terreno pié á pié, hombre á hombre, replegándose hácia el recinto fortificado, último refugio de sus familias. Los francos tomaron este punto por asalto, pasaron á cuchillos á los niños y ancianos, y se llevaron esclavos á los hombres que no sucumbieron en el combate.

Ermoldo el Negro, historiador contemporáneo que acompañó á Luis Piadoso á aquella guerra, escribió las hazañas de los francos en Bretaña en versos latinos. He aquí como cuenta la muerte de Morvan:

«Pronto se esparce el rumor de que han presentado al rey de los francos la cabeza del gefe de los bretones.

«Los francos acuden lanzando gritos de júbilo á contemplar tan grato espectáculo.

«Pasa de mano en mano la ensangrentada cabeza de Morvan, horriblemente destrozada por la cuchilla que la separó del tronco.

«Llaman á Vitcario para que reconozca si es verdaderamente la cabeza del gefe de los bretones.

«Vitcario arroja sobre ella agua, y despues haberla lavado, separa la larga cabellera y declara que reconoce las facciones de Morvan.

«Así recobraron los francos la Bretaña.» (1)

Vortigern, nieto de Amael, ha escrito este relato de la guerra de los francos contra la Bretaña. Le habian dejado por muerto entre los cadáveres en la orilla del Scoer, y cuando recobró el conocimiento, habian trascurrido un dia y una noche desde la derrota de los bretones. Algunos druidas cristianos guiados por Caswallan, que se habia salvado de la matanza, aunque herido, fueron al campo de batalla á sepultar los cadáveres. Vortigern se curó de sus heridas y supo que su hermana Nobleda, esposa de Morvan, y algunas otras mujeres y doncellas refugiadas en el recinto fortificado se habian dado muerte para librarse del deshonor y la esclavitud.

Vortigern volvió á Karnak donde encotró á su esposa y á sus hijos. Los francos no se habian atrevido á llevar su invasion mas allá del valle de Lokfern y dejaron la Armórica devastada y des poblada de sus mas esforzados defensores, pero no sometida enteramente.

FIN DE LAS MONEDAS CARLOVINGIAS.

Yo, hijo de Vortigern escribo aquí la fecha de la muerte de mi padre. Le perdí ayer, el quinto dia del mes de febrero de 889.

La Bretaña ha visto épocas calamitosas y nuestra familia dias mas tristes aun por la division de mis dos hermanos: el uno partió de nuestro país para ir á los países del Norte con los piratas *normandos*. El corazon se despedaza de dolor al evocar estos recuerdos, y no tengo valor para escribir tan funestos acontecimientos. Tal vez mi hijo Gomer tendrá algun dia el valor que me falta.

(1) *Hechos y hazañas de Luis el Piadoso*, por ERMOLDÓ EL NEGRO. (t. 1, p. 97 á 161.)

LA FLECHA

EL MARINERO PARISIENSE Y LA VIRGEN DEL ESCUDO

818-912.

Des toiles des attels prisses.

De los lienzos robados en los altares

Faisaient braies et kamises;

(Los normandos) hacían calzones y camisas;

Li provisoires se desconfortent

Los sacerdotes se desalientan,

Autre parz li corz sainz portent

Y trasladan á otros puntos los cuerpos santos

Portent messaux, portent sautiers

Llevándose los misales, los atriles,

Ils emportent mitres e encensiers.

Las mitras y los incensarios.

N'i liessent rien ke porter puissent

No dejan nada que puedan llevarse,

El coue porter ils ne poent

Y lo que no pueden llevarse,

En terre muchent et eufoent.

Lo ocultan debajo de tierra.

(Roman de Rou, V. I, v. 443-480)

.... En aquellos tiempos desastrosos (durante las guerras de los normandos) el siervo se hace libre y el hombre libre se ve reducido á la esclavitud, se convierte el señor en criado y el criado en señor.

Abbon, Sitio de Paris por los normandos I, p. 5 / Colección de Hist. franc.

CAPÍTULO PRIMERO.

Paris en el siglo X.—Eidiol, decano de los marineros parisienses.—Ana.—Guyrion el buzo.—Rústico el alegre.—El conde de Paris—Fultrade.

Nuestro antepasado Amael preveía el porvenir cuando hace un siglo apenas, al hablar á Carlomagno de los últimos descendientes de Clodoveo, decía al poderoso emperador: « Tu estirpe se extinguirá como la de Clodoveo. » ¿Quién era el soberano que reinaba en la Galla y en el mundo entero?
¡ Carlomagno !

¿Y quien es el que reina actualmente , en 912 , en algunas provincias de la Galia ?

Cárlos el *Simple* , descendiente de Carlomagno.

Tambien el augusto emperador preveia el porvenir cuando pronunciaba vertiendo lágrimas aquellas palabras proféticas citadas por Eginhardo : —¿ Sabeis por qué lloro amargamente al ver los barcos piratas de los normandos ? Porque preveo los males con que esos gentiles afligirán á mis descendientes.

Y tenias razon de llorar por el porvenir de tu estirpe , Carlomagno , porque sesenta y ocho años despues de tu muerte dos gefes de piratas normandos *Gorm* y *Half* subieron por el Rhin , el Mosa y el Escalda , talaron el territorio de Colonia , Maestricht , Worms y Tongres , saquearon estas ciudades , redujeron á cenizas tu espléndido palacio de Aquisgran , tu residencia favorita , y la soberbia basílica donde tanto te complacias en cantar en el coro y donde descansan tus augustos huesos , sirvió de caballeriza á los piratas.

¡ Pobre estirpe carlovingia que despues de llegar el apojeo del poder y la grandeza con Carlomagno descende hasta un Cárlos el Simple !

¿ Pero que ha sucedido á esta estirpe descendiente de los alcaldes de palacio , de que fué el modelo el esforzado Cárlos Martel ? ¿ Cómo ha decaido tanto ?

He aquí en sucintas palabras la historia de los descendientes de Carlomagno de 818 hasta 912.

El hijo de Cárlos , *Luis el Piadoso* , el que atacó y pasó á sangre y fuego la Bretaña defendida por Morvan y Vortigern , subió al trono en 814. Cuando murió su padre tenia cuatro hijos : *Lotario* , *Luis* , *Pepino* y *Bernardo*. Se reservó una parte de la Germania y de la Galia y nombró á su primogénito emperador de Italia , al segundo rey de Baviera , al tercero rey de Aquitania y no dió reino alguno á Bernardo. Luis el Piadoso no era de costumbres mas severas que su padre y en 818 se casó por segunda vez con Judit , hija del conde Wolp. La reina Judit era hermosa , jóven y envenenó con sus desvanos la vida de Luis el Piadoso que esperimentó para mayor desconsuelo pesares continuos con la rebelion de sus hijos que le disputaban el poder y los reinos que se habia reservado. El primero que se rebeló contra su padre fué Bernardo el cual cayó prisionero tras un combate sangriento y pagó su rebelion con un espantoso suplicio. Luis el Piadoso tuvo un hijo de la hermosa Judit llamado mas adelante *Cár-*

los el Calvo, y le concedió la Alemania, la Rethia y una parte de la Borgoña desmenbrada de los Estados de Lotario, de Luis y de Pepino. Enojados estos al verse despojados en favor de su hermano, marchan contra Luis el Piadoso y le obligan á retirarse en un convento con la reina Judit; pero pronto estalla la guerra entre los tres hijos rebeldes, y á favor de esta division, Luis el Piadoso sale del convento y vuelve á empuñar el cetro en la dieta de Nimega. Sus tres hijos se rebelaron segunda vez contra él en 834, reunen sus tropas entre Basilea y Estrasburgo en un parage llamado el campo de la *Mentira*, se apoderan de su padre, le obligan á abdicar y lo encierran vestido con un cilicio en la abadía de San Medardo en Soissons.

Nuevas guerras estallan entónces entre los tres hermanos; algunos partidarios de Luis el Piadoso se aprovechan de sus disensiones para sacarle de la prision; el abad de San Dionisio vuelve á consagrarle rey, y el bondadoso padre, creyendo apaciguar el odio de los tres hijos, les reparte nuevamente sus estados. Descontentos, empero, de la particion, se sublevan otra vez, los combate y en esta última guerra muere del miedo que le inspira un eclipse de sol.

Tras las luchas parricidas vienen las luchas fraticidas. Cárlos el Calvo, hijo de Luis el Piadoso, se sienta en el trono en 840 á los diez y siete años, y hace alianza con su hermano Luis de Baviera contra Lotario. Durante los treinta y seis años que reinó este rey (de 840 á 876), la Galia, la Germania y la Italia, herencia de Carlomagno, fueron incesantemente devastadas por las guerras de Cárlos el Calvo contra sus hermanos ó de sus descendientes contra él; los árabes y los húngaros invadieron la Galia, los piratas normandos, dueños de las bocas de los rios principales, saquearon las riberas, hicieron pagar varias veces rescate á Paris, y un gran número de ellos que se establecieron por fin en campamentos atrincherados en la desembocadura del Sena, del Somma, del Gironda y del Loira, saquearon varias veces á Orleans, Blois y Tours.

Los grandes feudatarios, descendientes de los leudos de Clodoveo, desprecian la autoridad de Cárlos el Calvo, construyen á pesar de sus edictos inespugnables castillos, y atrincherados en sus fortalezas, se declaran condes ó duques soberanos, hereditarios y propietarios de los condados y ducados que habian poseido hasta entónces como beneficios temporeros ó gobernados en nombre de los reyes francos. Entre estos grandes señores, la familia que se mostró con mayor

audacia rebelde al trono fué la de Roberto el Fuerte, que poseía de padres á hijos el condado de Paris y el ducado de Francia. Estos condes de Paris estaban destinados á ser para la estirpe degenerada de Carlomagno lo que fueron sus antepasados, los alcaldes de palacio, para la enervada familia de Clodoveo.

Cárlos el Calvo murió envenenado al regreso de Italia, en 876, en la aldea de Bries, situada en la cima del monte Cenis. Sucede al rey difunto *Luis el Tartamudo*; estallan nuevas guerras civiles entre el *Tartamudo* y sus sobrinos, descendientes de Cárlos el Calvo; los normandos, los árabes y los húngaros redoblan sus desastres en la Galia, y los siervos, desesperados con la esclavitud y la miseria, se unen á los piratas, y se vengan de la opresion de sus señores. Muere por fin Luis el Tartamudo en Compiègne el 10 de abril de 879 dejando á su segunda mujer en cinta del príncipe que fué mas adelante Cárlos el Simple. De su primera esposa habia tenido á Luis III y á Carloman, los cuales se reparten los Estados de su padre, y estallan largas guerras entre ellos ó contra su tío *Cárlos el Gordo*. Este se apodera del trono, con exclusion de su sobrino *Cárlos el Simple*, despues de la muerte de Luis III y de Carloman, y muere en 888, despreciable y despreciado habiendo presenciado antes cobardemente desde las alturas de Montmartre el sitio y saqueo de Paris por los piratas normandos sin socorrer la ciudad.

Muerto *Cárlos el Gordo*, reina en Germania *Arnulfo*, bastardo de Carloman, en perjuicio de Cárlos el Simple, heredero natural de los reinos de Alemania y de la Galia. Eudo, conde de Paris, hijo de Roberto el Fuerte, se apodera de una parte de la Galia y se hace proclamar por sus guerreros rey de Francia y le consagra y corona como tal *Gautiero*, arzobispo de Sens.

El usurpador Eudo muere en 893, y Cárlos el Simple sube al trono y está reinando aun en este año de 912, justificando su sobrenombre de Simple, incapaz de oponer resistencia á los piratas normandos ni á los grandes señores que le arrancan su herencia ciudad por ciudad y provincia por provincia.

La leyenda siguiente pasa en Paris, noble ciudad, que desde los siglos de la antigua Galia fué valiente entre las mas valientes. Los galos de la comarca de Paris habian vivido libres hasta la invasion de nuestro suelo por César y posteriormente por Clodoveo, y fueron los primeros en tomar las armas contra las legiones romanas. Habiéndose presentado *Libieno* á la cabeza de numerosas tropas de-

lante de París, sus heróicos habitantes, viendo que era imposible defender la ciudad, la entregaron á las llamas y se retiraron á las colinas que la rodean. Trabóse un combate encarnizado, y «ningun «galo de París abandonó su puesto, escribe César en sus comenta- «rios al hablar de aquella sangrienta batalla; todos perecieron con «las armas en la mano. El anciano Camulógenes, su gefe, tuvo la «misma suerte.»

Aquella derrota, funesta para el ejército romano que fué diezmado, léjos de desalentar á los parisienses, los inflamó con nuevo ardor, y muy pronto enviaron ocho mil hombres al ejército del *gefe de los cien valles*.

El espíritu patriótico de los parisienses enojó á César que clasificó á París entre las ciudades *vegtigates*, sobre las cuales pesaba la conquista romana con mas crueldad que sobre las demás. París abrazó el cristianismo desde los primeros siglos de nuestra era. El emperador romano Juliano edificó en 356 el palacio de las Termas que debian habitar mas adelante los reyes francos, y en 494 Clodoveo se apoderó de París, fijó en ella la residencia de su trono y reunió á sus leudos antes de partir á esterminar á los *arrianos* del mediodia de la Galia haciendo el voto de emplear una parte de los despojos de los hereges en edificar una basilica en París si el cielo le daba la victoria. Clodoveo cumplió su promesa y construyó una basilica dedicada á San Pedro y á San Pablo y donde fué sepultado en 511. Mas adelante fué dedicada á santa Genoveva. Despues de la muerte de Clodoveo, reinó en París Childeberto cuyos restos fueron trasladados á la basilica de San Dionisio. Este Childeberto y su hermano Clotario I degollaron á los hijos de Clodomiro en el antiguo palacio romano edificado por el emperador Juliano, y en 584, en los primeros años del reinado de Clotario II, Fredegonda se refugió con sus tesoros en la basilica de París para librarse de la persecucion de Brunegilda. Posteriormente Dagoberto fundó cerca de esta ciudad la abadia de San Dionisio. Los últimos vástagos de Clodoveo, dominados por los alcaldes de palacio, vivieron raras veces en París, y los descendientes de Cárlos Martel prefirieron á esta ciudad sus residencias germánicas de las orillas del Rhin. Por otra parte, á escepcion de algunas calles ó trozos de ellas que dependian del feudo del conde de París, gobernadores por los reyes de los francos, la mayor parte de la ciudad dependia del obispo que poseia casi todo el territorio de la comarca. Segun un *Cartulario* de la basilica de Nues-

tra Señora en que estan inscritos todos los bienes del obispado de París, estos consistian por el norte en nueve aldeas con sus tierras, por el mediodia en cuarenta y una aldeas, por oriente en veinte y nueve y por occidente en veinte. Entre los derechos que disfruta he visto poner en práctica el mas importante cuando tomó posesion de su silla el actual obispo: Cárlos el Simple, rey de Francia, ayudado por varios señores francos, entre los cuales se hallaban *Burchart*, señor del pais de Montmorency, y *Conrado*, conde de la ciudad de San Pol, llevaron sobre sus hombros la litera de oro, donde estaba sentado el obispo como en una silla, desde su palacio hasta el coro de su catedral (1).

La casa de maese *Eidiol*, decano de la corporacion de los marineros de París, estaba situada cerca del puerto de San Landry y de las murallas de la Cité, bañadas por los dos brazos del Sena y flanqueadas de torres en la entrada del grande y del pequeño puente que eran los únicos que daban acceso á la ciudad y nadie podia pasar por ellos sin pagar un dinero al peajero del obispo, y la casa del marinero estaba construida, como todas las de los plebeyos, de madera, de un piso y con tejado de bálago. Las basílicas, las ricas abadías de San German de los Prados, de San German de Auxerre y otras y las casas ocupadas por los condes, vizcondes y obispos de París estaban tan solo edificadas con piedra y cubiertas con tejados de plomo con frecuencia dorado. En el piso superior de la casa de *Eidiol*, su esposa *Marta* cosia al lado de su hija *Ana* que estaba hilando. *Eidiol*, segun el espíritu de la época que desde las familias de los reyes y los grandes se habia estendido hasta la plebe de las aldeas y de las ciudades, habia dado á sus hijos un sobrenombre, y llamaba á su hija *Ana la humilde*, porque era en efecto un modelo de humildad, y á su hijo *Guyrion el Buzo* porque era uno de los nadadores mas diestros que habian cruzado hasta entónces la rápida corriente del Sena.

Ana estaba hilando cáñamo sentada al lado de su madre, una buena mujer de mas de sesenta años, de aspecto enfermizo, vestida de negro y ostentando en el cuello varios relicarios. *Marta* dijo á su hija indicándole los alegres rayos del sol que penetraban por la estrecha ventana del aposento:

(1) *Guerard, Prefacio del Cartulario de Nuestra Señora de Paris* p. LVI.

— ¡Qué hermoso día! Tal vez veremos hoy á Fultrade, el mayordomo de la abadía de San Dionisio. Venir aquí no será para él mas que un paseo, pues tiene un magnífico caballo.

— En un día tan hermoso de mayo preferiría pasearme á pié. ¿Te acuerdas, madre mia, del día en que *Rústico* apostó con mi hermano que andaria tres leguas en una hora? Pues ganó la apuesta.

— ¡Qué niña eres! ¿Crees que el mayordomo de la abadía de San Dionisio puede andar dos leguas á pié como un plebeyo?

— Pero Fultrade es j6ven y robusto como *Rústico*.

— No compares á *Rústico* con el respetable mayordomo. ¿Ignoras que aunque no es sacerdote le respetan como á un gran señor y que es favorito de Roberto, el poderoso conde de Paris? ¿Quién nos ha traído las preciosas reliquias con las cuales me salvó de la muerte en mi última enfermedad?

— ¡Pobre madre! Esa tos no cesa de inquietarnos á mi padre, á mi hermano y á mi, y sin embargo estariáis tal vez curada si hubieseis consentido en probar un remedio que dicen que es excelente.

— ¿Y qué remedio es ese?

— El que emplean los marineros del puerto; ponen breá en el agua, la hacen hervir y se bebe el agua. *Rústico* dice que esta bebida produce efectos sorprendentes.

— Continuamente tienes en los labios el nombre de *Rústico*.

— ¿Yo, madre mia? respondió ingenuamente Ana sin manifestar la menor turbacion y sosteniendo con su cándida mirada la de su madre; si os hablo de él continuamente es sin advertirlo.

— Lo creo, hija mia; ¿pero como quieres que un remedio humano me cure completamente cuando mi enfermedad se resiste á las reliquias? Es lo mismo que si dijeras que un poder humano podria devolverme la hija que desapareció diez años antes de nacer tu hermano.

— ¡Pobre hermana! Lloro por ella sin haberla conocido.

— Podria servirte de madre.

Un gran ruido mezclado de gritos que se oyó de pronto en la calle interrumpió la conversacion de Marta y de su hija.

— Madre, dijo Ana estremeciéndose, será tal vez algun pobre penitente que la multitud maltrata sin compasion. El desgraciado que perseguian ayer se cayó en medio de la calle sin sentido y bañado en sangre.

— Era justo, respondió Marta moviendo la cabeza; si la multitud

los maltrata es porque son penitentes, y hacen penitencia porque han sido impios.

—Sin embargo, madre mia, bastante cruel es la penitencia que les impone la iglesia en espacion de sus pecados, obligándoles á andar con los piés descalzos y cargados de cadenas durante diez ó doce años y á veces mas, á vestirse con un saco, á cubrirse la cabeza con ceniza y á mendigar la subsistencia porque se les prohíbe el trabajar. (1)

—Hija mia, esos penitentes que la multitud se complace en maltratar deberian bendecir los golpes que reciben para su salvacion. Pero ¿qué es eso? Crecen el ruido y el tumulto; abre la ventana y veamos lo que pasa en la calle.

Ana y su madre se levantaron y corrieron á la angosta ventana, por la cual se asomó Marta mientras su hija, apoyada sobre sus hombros, vacilaba en mirar á la calle. Felizmente para ella no se trataba de una de esas persecuciones salvages y mortíferas á que se entregaban los fanáticos con encarnizamiento feroz contra los penitentes á quienes consideraban como animales inmundos. Hé aquí la causa del tumulto: la calle era estrecha y formada de casas de madera y cubiertas de paja como la de Eidiol, y solo ofrecia un paso muy reducido; el dia anterior habia llovido tanto que el suelo estaba cubierto de una récia capa de lodo, y un carro tirado por cuatro bueyes y llevando una voluminosa carga de leña, se habia atascado en medio de la calle. Los bueyes, que hacian inútiles esfuerzos para sacar el carro del profundo carril, obstruian completamente la calle y se oponian al paso de varios caballeros que venian en direccion inversa y á cuya cabeza se veia un noble señor franco, ROBERTO, conde de Paris y duque Francia, hermano de Eudo que antes de su muerte se habia hecho coronar rey en detrimento de Carlos el Simple, actualmente reinante. Roberto y su escolta de cinco á seis caballeros se vieron detenidos por el carro atascado.

El conde, de aspecto altanero y duro y vestido con una completa armadura como si partiera á la guerra, montaba un arrogante caballo negro, y se quejaba del carro, de los bueyes y de su conductor

(1) «La duracion de las penitencias públicas era mas ó menos larga, y variaba por lo comun de siete á doce ó á quince y veinte años. Los penitentes iban descalzos y con la cabeza rapada; les ponian cadenas, se les prohibia toda clase de empleo público y de comercio, y el pueblo tenia inclinacion á maltratarlos con violencia. (GUERARD, *pref. del Cartulario*. p. X X.)

que aterrado con las amenazas del noble caballero, se habia ocultado debajo del carruaje.

El conde de Paris, cada vez mas enojado, dijo á uno de sus caballeros:

— Hostiga á ese esclavo vil con la lanza y obligale á salir de debajo del carro: castigarás despues á ese miserable.

El guerrero desmontó, y se inclinó armado con su lanza para punzar al siervo que retrocedió rápidamente encorbado sobre las manos y las rodillas; el franco blasfemaba hundiendo la lanza en el carro, cuando advirtió que desviaban su arma con el agudo hierro de un garfio puesto en la punta de una larga palanca que salió por debajo del carro, y al mismo tiempo gritó una voz firme y sonora:

— Si los caballeros del conde tienen lanzas los marineros de Paris tienen garfios.

El franco retrocedió al ver la punta acerada del garfio en tanto que el conde de Paris gritaba pálido de cólera:

— ¿Dónde está el villano que se atreve á amenazar á uno de mis guerreros?

El garfio desapareció al momento, y un jóven de elevada estatura, de aspecto varonil, vestido con una túnica de paño burdo y con los anchos calzones de los marineros del puerto, se lanzó de un salto sobre la leña amontonada en el carro, y empuñando el largo garfio con que acababa de amenazar al guerrero, dijo el osado marinero:

— Yo soy el que ha impedido que se traspase á un pobre siervo con la lanza. Me llamo Guyrion el Buzo y soy marino parisiense.

— ¡Hermano mio! gritó la tímida Ana con voz aterrada asomándose con rapidez á la ventana; Guyrion ¡por amor de Dios! no desafies á esos caballeros.

Pero el impetuoso jóven no hizo caso del temor de su madre y de su hermana y desafiaba á los soldados desde el carro enarbolando su terrible garfio y diciéndoles:

— ¿Quién da principio al asalto?

Y volviéndose hácia el siervo aterrado que permanecía oculto detrás del carro, añadió:

— Huye, pobre hombre, huye; ya vendrá tu amo á reclamar sus bueyes.

El esclavo siguió este prudente consejo y desapareció. El conde de Paris, cada vez mas irritado, enseñó á Guyrion el Buzo su guantele-

te de hierro con ademán amenazador y gritó dirigiéndose á sus guerreros:

—¿Os dejareis insultar por ese villano? Desmontad y apoderaos de ese cangrejo de tierra.

—Cangrejo, no, pero si escorpion, porque tengo mi dardo, respondió Guyrion esgrimiendo en su robusta mano el garfio que era una arma terrible, de modo que los caballeros del conde, que habian bajado del caballo, seguian con recelo los movimientos rápidos y amenazadores del instrumento náutico y se aproximaban con prudente lentitud. Marta y su hija, asomadas á la ventana, suplicaban á Guyrion que renunciase á una lucha tan peligrosa, cuando un nuevo personage de barba y cabellos canos y vestido como el joven marinero subió detrás de él en el carro, y dijo poniendo la mano sobre el hombro de Guyrion:

—¡Hijo mio, no te espongas á la cólera de esos soldados!

Y en el momento en que Guyrion se volvia muy sorprendido con la presencia de su padre, este dijo al conde de Paris quitando con un ademán de autoridad el garfio de que estaba armado el marinero:

—Roberto, acabo de llegar del puerto de San Landry y sé lo que ha pasado: mi hijo ha cedido á la impetuosidad de su edad y no tiene razon, pero tampoco la tienen tus guerreros al querer traspasar con la lanza á un pobre siervo inofensivo. Voy á retirar el carro con auxilio de mi hijo y mis vecinos para abrirte paso: eso es lo primero que debió haberse hecho.

Y volviéndose hácia su hijo que le obedecia á la fuerza, añadió:

—¡Baja del carro, Guyrion!

Las palabras sensatas del viejo marinero no apaciguaron la cólera del conde de Paris porque habló en voz baja á sus guerreros, en tanto que Eidiol, Guyrion y varios vecinos sacaron el carro del lodo y dejaban paso libre á Roberto y á sus caballeros; pero mientras uno de ellos tenia en sus manos las riendas de los caballos de sus compañeros, estos, en vez de montar, se arrojaron sobre Eidiol y su hijo quesucumbieron á aquel ataque inesperado, cayeron en poder del conde con terror de Marta y Ana y sin que sus vecinos se atreviesen á defenderlos. Cuando las pobres mujeres vieron maltratar al viejo marinero y á su hijo, se alejaron precipitadamente de la ventana, salieron de casa y se arrojaron en actitud suplicante á los piés de Roberto pidiendo el perdon de los presos, pero Eidiol dijo frunciendo las cejas con espresion altiva:

— ¡ Levantaos y volved á casa !

Marta y Ana no se atrevieron á desobedecer al anciano , y ambas se levantaron y entraron sollozando en su casa.

— Roberto , dijo Eidiol , no tienes derecho de aprisionarnos porque gracias á Dios no estamos abandonados al capricho de los señores como los siervos del campo. Tenemos algunas franquicias en la ciudad , y si somos culpables , debemõs como marineros ser juzgados por el *Locutorio de los MERCADERES DE AGUA* (1).

— El que está encargado de cortar las orejas de los bandidos de tu ralea delante de la cruz del *Traidor* te probará que tengo derecho para desorejarte , respondió el conde montando á caballo.

Dirigió entonces la palabra á sus guerreros diciéndoles :

— Seguidme dos de vosotros , y los demás conducirán los presos á la cárcel del Chatelet : mi preboste los juzgará esta noche y mañana serán castigados.

— Señor conde , dijo un hombre que salió de entre la multitud y se acercó á Roberto , soy sargento del obispo de Paris.

— Lo veo por tu traje. ¿ Qué quieres ?

La jurisdiccion de la parte izquierda de esta calle pertenece á mi señor el obispo : reclamo estos presos , y los vecinos me ayudarán para conducirlos al obispado donde los juzgará nuestro preboste.

— Si la izquierda de la calle pertenece á la jurisdiccion del obispo , me pertenece la derecha (2) , dijo el conde de Paris , y no entrego los presos.

— Señor , estariais en vuestro derecho si el delito se hubiera cometido en el lado de la calle donde teneis el feudo , pero...

— ¡ Silencio ! gritó Roberto interrumpiendo al sargento ; estos dos villanõs estaban sobre un carro que obstruia de un extremo á otro la calle , y no se trata de lado derecho ó izquierdo.

— En ese caso , señor conde lo mismo pertenecen estos presos al obispo como á vos.

— Y yo pretendo , dijo Eidiol , que solo al *Locutorio de los mercaderes de agua* pertenece el derecho de juzgarnos.

— Tanto caso hágo yo del *Locutorio* como del obispado , gritó el conde y no soltaré los presos.

(1) Veas. Dupping , *Introd. al libro de los Oficios* , de ESTEBAN BOILEAU.

(2) « En la calle Nueva construida delante de la iglesia de Nuestra Señora , el obispo tiene justicia fuera de las casas , pero la justicia pertenece al conde de Paris en el interior de las casas de la misma calle. Del mismo modo tenemos la justicia de la mitad de la calle de la *Culture-l' Eveque* á la derecha del puenteillo. (Ond. R. VII.)

El sargento y Eidiol se disponían á seguir reclamando, pero el sargento dijo al ver un nuevo personage á quien saludaba la multitud :

— Señor Fultrade, venid en mi auxilio; vos convenceréis mejor que yo al señor conde que el obispo tiene mas derecho que él para juzgar á estos presos.

Fultrade, mayordomo de la abadia de San Dionisio, á quien se dirigia el sargento, era un hombre de unos treinta años que montaba un brioso caballo y respondia á la multitud que respetuosa le saludaba. Tenia un cuerpo hercúleo, el rostro muy encendido, las orejas de color de escarlata, y la negra barba le caia hasta su robusto pecho.

Fultrade reconoció al conde de Paris, y desmontando y entregando las riendas del caballo á un marinero, se dirigió apresuradamente hácia Roberto al través de la multitud cada vez mas tumultuosa y agitada, porque unos (y en gran número) defendian en voz alta las pretensiones judiciales del sargento del obispado, otros las de los marineros, y finalmente una insignificante minoria sostenia las pretensiones del conde. Asi pues, como este sabia que los habitantes de las ciudades, aunque muy miserables, no estaban en la triste posición de los villanos y siervos de las aldeas que ninguna ley protegía contra la opresion de los señores, y gozaban de ciertas franquicias que era imprudente á veces infringir, dijo á Fultrade cordialmente tratando de grangearse su apoyo :

— Bien venido seas, Fultrade; eres un hombre docto y vas á ser indudablemente de mi opinion respecto de estos dos malvados que han tenido la audacia de ultrajarme. Pretenden ser juzgados por el Locutorio de los mercaderes de agua, el sargento del obispo los reclama, y yo pretendo que pertenecen á mi preboste.

Fultrade, que conocia á Eidiol y á su hijo, les dirigió una mirada afectuosa y dijo á Roberto :

— Señor conde, hay un medio de conciliarlo todo: te han ofendido, pero eres caritativo: ponlos en libertad. No te nieges á mi súplica, se apresuró á añadir el mayordomo respondiendo á un movimiento de impaciencia del conde; recuerda el cariño que me profesabas cuando era tu secretario, y concédeme la libertad de estos dos hombres. Les conozco hace mucho tiempo y salgo fiador de su arrepentimiento.

— Fultrade, dijo impetuosamente Guyrion el Buzo, poco satisfe-

cho de la intervencion del mayordomo, no hables de mi arrepentimiento, porque si tuviera las manos libres me la habian de pagar cara estos valientes que acometen á traicion.

— ¿Oyes á ese miserable? dijo el conde de Paris. ¿Merece el perdón?

— Roberto, respondió Eidiol imponiendo silencio á su hijo con la mirada, la juventud es fogosa y merece indulgencia; yo, que tengo la barba blanca, te pido, no perdón, sino justicia. Manda que me conduzcan al tribunal que tiene derecho para juzgarme.

— Noble conde, dijo Fultrade en voz baja á Roberto, no irrites al pueblo, porque tal vez de un momento á otro tendremos que recurrir á él. ¿Te olvidas que estamos en la primavera?

El señor franco miró á Fultrade con asombro que parecia decir: ¿Qué tiene que ver con eso la primavera? Fultrade le comprendió y añadió bajando mas la voz:

— ¿No es la estacion del año que los malditos piratas normandos eligen por hallarse crecidas las aguas del Sena para llegar hasta Paris? Si el pueblo está irritado, en vez de rechazar al enemigo, dejará como acostumbra que impongan rescate á la ciudad, y ya sabeis que el rescate lo pagan los señores y la Iglesia y no la plebe que nada tiene.

La observacion de Fultrade era justa, é hizo reflexionar al conde de Paris que respondió sin embargo:

— Nada induce á presagiar una nueva invasion, y si sus barcos se hubiesen presentado en el Sena lo sabríamos ya.

— ¿No vienen esos malditos de improviso como la tempestad? Créeme, conde; olvida tu resentimiento por prudencia y política.

Roberto vacilaba en aceptar una transaccion que ofendia su orgullo cuando mirando por casualidad hácia la casa de Eidiol, en cuya puerta estaban Marta y Ana, trémulas y acongojadas, reparó en la angelical hermosura de la hija del viejo marinero, y dijo á Fultrade sonriendo con ironía:

— ¡Qué necio era! Esa linda muchacha me explica la causa de tu entusiasmo en defender á los dos villanos.

— Conde, respondió Fultrade confuso, si crees...

— Accedo á tu peticion, dijo Roberto mandando con una seña á sus soldados que le trajeran el caballo, pero cree que no consiento por temor á los normandos sino por el deseo de grangearle la gratitud de esa hermosa niña.

— Noble conde, estás en un error; solo me une á ella la mas pura amistad.

— Te conozco hace mucho tiempo, dijo Roberto montando á caballo y añadió en voz alta dirigiéndose á sus guerreros: Dejad en libertad á esos hombres, pero si tienen la andacia de ponerse delante de mí, rompedles en las espaldas las astas de las lanzas.

Y el conde de Paris partió á galope seguido de su escolta.

Algunas palabras de Fultrade al sargento del obispado le hicieron renunciar á una acusacion inutil porque el conde ofendido habia perdonado. La multitud se dispersó, y el viejo marinero entró con Guyrion en su casa á donde Fultrade les precedió con ademan solemne y protector. Luego que entró en la casa, Marta se arrojó á sus piés y le dijo llorando:

— ¡ Gracias, señor, gracias! Habeis salvado á mi esposo y á mi hijo.

— Levántate, buena mujer, respondió Fultrade. Tu hijo ha sido imprudente, pero repréndele para que sea mas juicioso en adelante.

— Fultrade, dijo el viejo marinero, tenia la justicia en mi favor en la disputa con el conde, pero te doy las gracias por tu intercesion. Marta, prepara para mi hijo y para mi un jarro de cerveza y algunas provisiones porque vamos á partir al bajo Sena y no volveremos hasta mañana por la noche.

Eidiol advirtió (de lo cual se acordó demasiado tarde) que cuando anunció su partida Fultrade, que en la apariencia estaba impassible, no pudo contener un ligero estremecimiento.

— ¿ Partís, padre? dijo Ana al anciano.

— Tenemos que llevar un pepueño cargamento al puerto de San Andoin, respondió Eidiol. Tranquilízate, hija; mañana por la noche estaremos de vuelta. Marta, espero que nos darás de comer y prepararás las provisiones porque el tiempo urge.

Eidiol salió de casa con su hijo á hacer los preparativos del viage y Fultrade se quedó con Marta y Ana.

— Marta, dijo Fultrade, no puedo detenerme y únicamente he venido para anunciarte que si quieres visitar la abadia y ver todos los tesoros que encierra, hoy se presenta una ocasion favorable pues está ausente el abad y podrás recorrer todo el edificio libremente.

— Partiremos cuando hayan salido Eidiol y mi hijo.

— Bien; os esperaré dentro de dos horas fuera de la puerta del pequeño puente.

Fultrade salió de la casa y encontró en la calle al anciano marinero.

— ¿Tan pronto te vas?

— No puedo detenerme. Te deseo un viaje feliz, Eidiol.

— Gracias, Fultrade, respondió el marinero, pero creo que el viaje será favorable porque bajamos por el Sena, la corriente nos llevará, mi barco está recientemente calafeteado, mis remos de fresno son nuevos y soy antiguo piloto.

Eidiol entró en su casa acompañado de Guyrion y Rústico, y después de comer, dijo á Marta y á su hija:

— ¡Adios! Cerrad con cuidado esta noche la puerta de casa y no os dejeis sorprender por los penitentes hambrientos.

— El señor velará por nosotras, respondió Marta bajando los ojos ante la mirada de su esposo, rezaremos para que Dios te de un feliz viaje.

— Adios, madre mia, dijo Guyrion, siento haberte dado un disgusto, y conozco que mi padre tiene razon en reprenderme por mi caracter violento.

— Gracias á Dios, hijo mio, dijo Marta, el señor Fultrade estaba allí como un ángel bajado del cielo.

— Si los ángeles tienen esa figura ¿que será la que tendrán los demonios? dijo Rústico que ayudaba á Ana á arreglar las provisiones para los viajeros.

— ¡Calla, blasfemo!

— Fultrade es un ángel que me huele á infierno.

— ¿Qué dices? Rústico? dijo Ana con acento de dulce reprobacion. ¿Te atreves á hablar mal de nuestro amigo y protector?

— Figúrate, pues, que no he dicho nada, respondió Rústico con humildad.

Guyrion puso sobre sus hombros dos grandes remos de repuesto y su terrible garfio, y en el momento que Rústico salía de la casa acompañando á Eidiol y á su hijo, Ana dijo al jóven en voz baja:

— Ten cuidado de mi padre y de mi hermano; mi madre y yo rezaremos por vosotros.

— Ana, respondió el jóven marinero, amo á tu padre y á tu hermano como si fueran los míos, tengo valor y brazo robusto, y no te digo mas.

Y después de haber lanzado una mirada amorosa á Ana que se puso encendida como la grana, salió á reunirse con Eidiol y Guyrion y los tres desaparecieron por la calle en direccion al Sena.

CAPÍTULO II.

Los normandos. — Gaelo. — La hermosa Signa. — Simon el Orejudo. — ¡A San Dionisio!

El mismo día en que Eidiol bajaba por el Sena dirigiéndose al puerto de San Andoin, dos buques subian por el rio en direccion á Paris á fuerza de remos. Ambos eran de forma estraña, de treinta piés de longitud, poco elevados sobre el nivel del agua y prolongados como serpientes de mar; su proa, construida lo mismo que la popa, les permitía navegar sin virar de bordo pues el timon se colocaba segun la evolucion marítima, ora detrás, ora delante, y llevaban un mástil y una vela cuadrada, plegada entonces sobre la verga porque no soplaba la brisa mas suave. Aquellos dos *Holkers*, que es el nombre que dan los normandos á sus buques, estaban tripulados por doce remeros, un piloto y un gefe, y eran de tan poco peso que los piratas podian llevarlos en hombros durante un largo espacio y lanzarlos despues al agua; pero aunque de igual velocidad y de construccion semejante, se parecian como un hombre robusto á una jóven esbelta. El uno estaba pintado de negro y adornado en la proa con una *águila de mar* de color encarnado y con pico y garras de bruñido acero; en el extremo del mástil, una veleta que representaba tambien un *águila de mar* y era de metal, daba vueltas al soplo del viento, cuya direccion se indicaba por medio de una banderola encarnada puesta en el costado izquierdo del holker, y en la cual se veia tambien bordada en negro la misma ave marina. Debajo de las aberturas necesarias para manejar los remos brillaban á los rayos del sol una hilera de escudos de acero y las armaduras de los piratas adornadas con escamas de hierro que cubriéndoles de piés á cabeza les daba el aspecto de peces gigantescos.

¡Terribles eran aquellos piratas! Venian en pocos dias á la Galia desde las costas de Suecia, Noruega ó Dinamarca, y se vanagloriaban en sus *Sagas* ó cantos populares «de no haber dormido jamás sobre un techo de tablas ó vaciado su copa de cuerno junto á un hogar abrigado.» Saqueaban los templos, los castillos y las abadias, convertian los altares en caballerizas, se hacian camisas y calzones con los lienzos del altar, pasaban á sangre y fuego los paises que pi-

saban y «cantaban tambien, segun ellos decian, la *misa de las lanzas* que principiaba con el dia y terminaba por la noche. Las cualidades de un buen pirata consistian en guiar su barco como maneja un buen ginete su caballo, correr durante la maniobra sobre los remos en movimiento, lanzar como cosa de juego tres venablos al estremo de un mástil, recibirlos en la mano y volverlos á lanzar sin errar el blanco.

«Burlémonos de la tempestad, decian sus cantos de mar; el hu-
«racan es nuestro servidor, ayuda á nuestros remos, hincha nues-
«tras velas y nos empuja á donde queremos ir. En cualquiera parte
«á donde llegamos nos apoderamos de la comida preparada para
«otros, y despues de matar al huesped y de entregar la casa á las
«llamas, seguimos el camino azulado de los cisnes.»

Los normandos tenian por divinidad á *Odin*, dios del Norte, que prometia á los valientes muertos en la batalla la dicha del *Walhalla*, risueña morada de los heroes celestiales, pero confiaban en su valor mas que en la intercesion de su dios y le invocaban pocas veces. «Mi hermano de armas y yo, decia á sus piratas *Gunkator*, famoso rey del mar, que varias veces saqueó los castillos y las iglesias de la *Galia*, no sacrificamos nunca, ni tenemos fe mas que en nuestras armas y nuestras fuerzas, y asi nos va muy bien.» (1) Varios gefes de estos piratas se creian descendientes de los *Trolls*, genios de los mares, y de las *Asas* y las *Dwalinas*, graciosas hadas que se divertian en bailar al resplandor de la luna sobre el hielo de los lagos del Norte ó en jugar en las ramas de los corpulentos pinos cubiertos de nieve.

Gaelo, que mandaba el holker negro adornado en su proa con una águila de mar, no atribuia su nacimiento á la union sobrenatural de un *Troll* y una *Dwalina*, pero decia como el famoso *Gunkator* que solo tenia fe en su fuerza y en sus armas. *Gaelo* podia fiarse en su fuerza que igualaba á su valor, y su valor igualaba á su destreza, pero superaba á la destreza, la fuerza y el valor del gefe de piratas su varonil belleza.

Miradle con una mano apoyada en su harpon y en pié en la proa de su nave, cubierto de piés á cabeza con su flexible armadura de escamas de hierro; penden de su costado una larga espada y el cuerno de marfil de sonido tan conocido de sus piratas; su casco elevado y terminado en punta y casi sin visera descubre sus facciones tostadas

(1) DEPPING, *Historia de las expediciones marítimas de los normandos*, t. I, p. 36.

por el sol y el viento porque Gaelo, lo mismo que el heroe de la *Saga*, «nunca durmió bajo un techo ni vació su copa junto á un hogar abrigado.» Se adivina por la intrepidez de su mirada y por el pliegue irónico de su labio, que mas de una vez ha dicho la *misa de las lanzas* desde el amanecer hasta la noche y que ha incendiado la abadía despues de comerse la cena del abad, pero que no ha dado la muerte á su huesped si era inofensivo, porque la fisonomia de Gaelo no tiene nada de feroz, y el gallardo gefe es de aquellos que practican la ley dada por *Troadd el Danés* al pais de Garderig: «Un buen pirata no busca jamas abrigo durante la tempestad ni cura sus heridas antes de acabar el combate: debe atarcar á un enemigo solo, no ceder á tres y huir sin vergüenza delante de cuatro.» Gaelo practica tambien la ley del buen gefe *Half* que dice: «No ha de matarse á las mujeres ni arrojar á los niños en el aire para recibirlos por diversion en la punta de la lanza» (1). No, Gaelo no tiene aspecto feroz; por el contrario, y su rostro espresa en este instante los mas tiernos sentimientos; sus ojos brillan con dulzura cuando vuelve á intervalos la cabeza hácia el holker que lucha en velocidad con el suyo.

Nunca se vió en efecto un buque mas precioso que el que voga al lado de el de Gaelo; construido en las mismas proporciones, es mas fino, mas elegante el holker pintado de blanco; sus remos colocados fuera de los costados son azules, un cisne dorado adorna su proa, en la punta del mastil un cisne de metal con las alas desplegadas gira al soplo del viento que hace flotar tambien una banderola azul donde se ve bordado un cisne blanco. En la parte interior del buque, las espadas, las lanzas y las hachas simétricamente puestas, estan al alcance de los remeros cubiertos con flexibles armaduras, pero no de escamas sino de mallas de hierro y la cabeza abrigada con cascos de corta visera. El gefe del holker blanco está tambien como Gaelo en pié en la proa, y apoyada la mano en un largo harpon, se sirve de él con destreza para desviar con destreza al barco en su camino cuando pasa cerca de algunos islotes plantados de sauces que obstruyen el curso del Sena. Aquel gefe normando de talle mas es-

(1) «Segun la religion de Odin se consigue con una muerte heroica ser admitido en el Valhalla, morada de los heroes celestiales, pero los heroes famosos no sacrificaban á los dioses. Los Reyes del mar se vanagloriaban de descender de los *Trolls* ó genios de los mares y de las hadas *Asas-Alfas-Dwalinas*, que protegian á los heroes.» DEPPING, *Historia de las expediciones maritimas de los normandos*, t. I.

belto pero de menos estatura que Gaelo, es una mujer, una vírgen de unos veinte años llamada la *hermosa Signa*. Lleva, como las guerreras que la acompañan una armadura de acero tan fino y delicado que parece una brillante tela de seda, y esta especie de túnica, abierta por el cuello, revela los contornos de su seno y baja hasta las rodillas, sujeta por un cinturón bordado del cual penden por un lado un cuerno de marfil y por el otro una espada. La pierna de la hermosa Signa se dibuja también bajo una malla de acero, y calza borceguies de becerro marino estrechamente atados hasta el tobillo.

La hermosa Signa había dejado el casco á sus piés, y sus cabellos de color rubio claro, separados sobre su ancha frente y cortados al nivel del cuello, rodean con sus trenzas su altivo y blanco rostro ligeramente rosados; el frío azul del cielo del Norte parecía reflejarse con sus rasgados ojos, y su nariz aguileña y su boca grave y altanera, daban una expresión austera á su varonil hermosura. Los *Sagas* habían cantado ya el valor de la hermosa Signa, una de las más esforzadas *vírgenes de los escudos* ó *SHOLDMOES*, como dicen los normandos. El número de guerreras era muy considerable en aquellos países del Norte, tomaban parte en las expediciones de los piratas y con frecuencia les superaban en valor. No puede figurarse nada más indómito y salvaje que aquellas altivas mujeres; juzguese por el siguiente rasgo que elijo entre mil. *Toborga*, hija del pirata *Erik*, vírgen del escudo, hermosa y casta, siempre armada y pronta siempre á combatir, había rechazado á todos los que pretendían su mano, y no solo les despreciaba sino que les hería ó mataba cuando la hablaban de amor. *Sigurd*, pirata famoso, atacó á *Toborga* en su casa de la isla de *Garderig* donde se había fortificado con sus compañeras de guerra, y en cuya defensa combatió tan heroicamente que murieron en gran número los piratas y las vírgenes de los escudos. Habiendo *Sigurd* herido á *Toborga* con el hacha, la vírgen se declaró vencida y se casó con el pirata (1).

Tal era la castidad temible de aquellas valerosas hijas del Norte, y la hermosa Signa se mostraba digna de esta raza. Huérfana desde la pérdida de sus padres, muertos en un combate en el mar, había sido adoptada por *ROLF*, viejo jefe de piratas normandos, célebre por sus numerosas escursiones á la Galia. En menos de quince días había venido aquel año de los mares del Norte hasta las bocas del Sena, y subía por este río á sitiar á *Paris* á la cabeza de dos mil bar-

(1) DEPPING, *Hist. de las exped. marít. de los norm.* t. I. p. 31.

cos de guerra, que avanzaban lentamente á fuerza de remos por falta de viento precedidos de los holkers de Gaelo y Signa, los cuales por desafio estaban separados de la escuadra cerca de una legua.

— Los brazos de mis vírgenes son mas robustos que los de tus *campeones*, habia dicho la hermosa Signa á Gaelo. Desafio á tu holker á que iguale en velocidad al mio: los brazos de tus soldados se cansarán antes que mis compañeras moderen el movimiento de sus remos.

— Signa, acepto el desafio, pero si sales vencida ¿mi holker combatirá bordo á bordo del tuyo durante esta guerra?

— ¿Esperas acaso mi auxilio si estás en peligro? respondió Signa con una sonrisa de altiva ironia mandando con una mirada á sus compañeras que remasen con fuerza. Gaelo habia dado la misma órden á sus campeones, y los dos holkers se habian alejado rápidamente de la escuadra de los normandos esforzándose en superarse en ligereza. Durante largo tiempo la ventaja estuvo de parte de las vírgenes de los escudos, pero los campeones de Gaelo (asi llaman los gefes normandos á sus soldados) recobraron la distancia perdida haciendo un vigoroso esfuerzo. El sol desaparecia detrás de los árboles de una de las islas del Sena en el instante en que las dos naves avanzaban con igual velocidad.

— Signa, se ha ocultado el sol, dijo el jóven pirata, nuestras barcas estan bordo á bordo y no se han cansado los brazos de mis campeones.

— Grande es su vigor puesto que ha competido con mis compañeras, respondió la heroina con su irónica y altiva sonrisa.

— ¿Ensalzas á mis campeones ó te burlas de ellos?

— Si no hubiéramos de combatir contra los francos, te diria: Desembarquemos en una de estas islas y combatamos siete contra siete... Entonces verias si mis vírgenes valen tanto como tus campeones.

— ¿Es forzoso acaso vencerte para complacerte?

— Lo ignoro porque jamas fui vencida. *Orwarodd* me pidió en matrimonio al viejo Rolf nuestro gefe, y Rolf le respondió: «Te doy á Signa si puedes apoderarte de ella; mañana estará en la isla de *Garni*, sola y armada... véncela y es tuya.» — Vino *Orwarodd*: nos batimos; me traspasó el brazo con la espada y yo le atravesé el corazon. Algun tiempo despues quiso tambien *Oloff* casarse conmigo, pero me dijo cobardemente en el momento del combate:—

«Mujer, no tengo valor para levantar la espada contra ti.»

—Signa, no seas injusta... los Sagas han cantado las hazañas de Olaff, el valiente entre los valientes. Si no combatió contra tí no fué por corbadia sino por amor.

La guerrera se sonrió desdeñosamente y añadió:

—Herí á Olaff en el rostro con la punta de mi espada porque merecia mi desprecio.

— ¡ Ah! tu corazon es mas frio que el hielo de los lagos de tu pais. Pero no, rechazas mi amor porque soy de raza gala.

— ¿ Qué me importa tu raza? Olaff y Orwarodd habian nacido como yo en una isla de Dinamarca; no pudieron vencerme, y maté al uno y herí al otro por desprecio.

—Prometeme al menos que no serás esposa de nadie.

—Fácil es la promesa. ¿ Donde encontraré un guerrero bastante valiente para vencerme?

—Eres tan orgullosa que si llegases á ser vencida odiarias á tu vencedor.

—No... admiraria su valor.

—Signa, no podemos combatir ahora porque debemos atacar á los francos; de lo contrario te propondria el combate para que me matases ó llegaras á ser mi esposa aunque tuviera que teñir mi espada con tu sangre. Pero ya que esto no es posible ¿ me amarás si llevo á cabo alguna hazaña notable, si los sagas de tu pais cantan mi nombre como el de los heroes?

—Tu valor no asombrará jamas el mio.

—Escucha: un siervo fugitivo se presentó ayer al viejo Rolf para decirle que los francos habian fortificado de tal modo la abadia de San Dionisio que actualmente es inexpugnable.

—No hay nada inexpugnable, pero tal vez nos será forzoso detenernos algunos dias delante de esa abadia de la que Rolf confiaba apoderarse por medio de una sorpresa. Es un puesto importante por su cercanía á Paris.

—Me amarás si me apodero con mis campeones de la abadia de San Dionisio?

El rostro de la vírgen del escudo se tiñó de viva púrpura, los latidos de su seno de mármol alzaron las mallas de su armadura, y despues de erguirse con orgullo, respondió á Gaelo:

—Si la abadia de San Dionisio es inexpugnable la tomaré yo.

Apenas la hermosa Signa habia pronunciado estas palabras cuan-

do mandó á sus compañeras que regresasen á la escuadra de Rolf y la nave se alejó rapidamente.

Gaelo permaneció silencioso, pensativo y siguiendo con triste mirada el ligero holker que conducia á la guerrera, en tanto que sus piratas descansaban sobre sus remos. El piloto, hombre de unos treinta años y de rostro vulgar, vestia la túnica y los anchos calzones de los marineros del Sena y se llamaba *Simon el Orejudo*. Este sobrenombre tan legitimo lo debia á un enorme par de orejas muy separadas de las sienes y no menos rojas que su abultada nariz. Simon, en otro tiempo siervo pescador de la abadia de San Paterno, así como tres de sus compañeros sentados en los bancos de los remeros, llevaba casco y coraza de escamas de hierro como los normandos; como otros muchos siervos de raza gala, habia ido á ofrecer á los piratas sus servicios como piloto luego que aparecieron en las bocas del Sena las innumerables naves de la escuadra de los normandos. Simon, y sus compañeros, los que manejaban el remo, pidieron segun costumbre parte en el botin de la espedicion.

Gaelo estaba en pié, silencioso y pensativo y veia alejarse y desaparecer el holker de la hermosa Signa al través de la ligera bruma que al ocultarse el sol se alza con frecuencia de la superficie de los rios. Simon el Orejudo que estaba sentado en la popa y manejaba el timon como piloto dijo á uno de sus compañeros llamado *Robin Mandibula* porque tenia la mandíbula muy prominente

—¿Has oido la conversacion de la hermosa Signa y de Gaelo?

—La he oido.

—¡Son unos verdaderos demonios las muchachas normandas! Es preciso obsequiarlas á mandobles, acariciarlas con el filo del hacha y llegar á su corazon abriéndoles el pecho, ó de lo contrario esas malditas os hacen casar con la muerte. ¿Qué te parece de esa clase de galanteo?

—Me parece que preferiria hacer el amor á una de las leonas africanas de que nos hablaba dias pasados Ibrahim el sarraceno.

Y volviéndose hácia su compañero de banco, gigante normando de barba tan rubia que casi era blanca, añadió:

—Lodbrog, si todas las hembras de tu raza acogen de ese modo á los amantes, se contarán en tu pais mas muertos que recién nacidos.

—Si; pero los hijos de esas guerreras que no se poseen hasta vencerlas con la espada llegan á ser hombres que cada cual vale por diez,

respondió el gigante con voz grave. Y añadió con altivez irguiendo su enorme cabeza: Esos nacen como yo *berserkes*.

— Si, si, dijeron los demas normandos en voz baja con un acento de deferencia casi temerosa; Lodbrog nació berserke.

— No digo que no, amigos míos, respondió Simon pero no me explicareis lo que significa berserke?

— Un guerrero terrible siempre para sus enemigos, dijo uno de los normandos, y á las veces terrible para sus amigos.

El gigante Lodbrog inclinó la cabeza con ademan afirmativo en tanto que Simon y Robin le miraban con sorpresa porque no habian entendido las palabras misteriosas de los piratas.

Gaelo salió porfin de la meditacion profunda en que le habia sumido la desesperacion de la virgen del escudo, y volviéndose hacia sus compañeros, les dijo:

— Amigos míos, es preciso que nos apoderemos antes que Signa de la abadía de San Dionisio.

— Nosotros bastamos para llevar á cabo la empresa, dijo uno de los normandos.

— Y será para vosotros el botin y para mi la gloria.

— Gaelo, dijo Simon, cuando oí que hablabas de esa hazaña á tu guerrera, creí que lo decias por baladronada de amante, pues he estado en la abadía de San Dionisio, especialmente el año pasado que era siervo pescador de San Paterno, y sé que es imposible conquistarla con quince hombres. ¿ Ignoras que está fortificada con recias murallas y que puede resistirse de quinientos y hasta de seiscientos hombres resueltos?

— Mis valientes, respondió Gaelo despues de un momento de silencio, ¿ qué me responderiais si os dijese que un siervo porquerizo es actualmente conde, señor y dueño de una provincia que le otorgó Cárlos el Calvo, abuelo de Cárlos el Simple, actualmente rey de los francos? Me responderiais que es imposible.

— A fé de Orejudo que no responderia otra cosa.

— Y sin embargo, añadió Gaelo ¿ quién es actualmente conde de Chartres y poseedor de esta provincia sino un pirata que fué en otro tiempo siervo y porquerizo de *Trancout*, pobre aldea situada cerca de Troyes?

— ¿ Hablas de Hastain, del viejo bandido que como nosotros ha peleado en defensa de los normandos? dijo Robin Mandíbula.

— Del mismo.

— Tienes razon. ¿Y sabes la cancion que relata sus hazañas ?

— ¿Qué cancion es esa ?

— Voy á recitártela. Escucha : « Cuando Hastain dejó exhaustos á los francos y vió sus naves colmadas de rico botin , habiendo oído hablar de Roma , dijo que iria á la ciudad santa , y que haria « rey de Roma á su amigo Boern , Costillas de hierro. » (1)

— Simon , dijo Gaelo , prepara tus enormes orejas para escuchar el fin de la cancion. Sigue , Robin , sigue.

— La cancion acaba muy bien , dijo Robin y la terminó asi : « Cuando sus piratas saquearon la Italia y cargó sus naves con los despojos de las iglesias , Hastain quiso volver á Francia , y volvió. Aterrado el rey de los francos con el regreso de los piratas , dijo á Hastain : « No saquees mas las santas abadias ni los castillos de los señores y te « haré conde de Chartres. Hastain el pirata respondió : Accedo. Y « llegó á ser conde de Chartres. »

— ¡ Viva Hastain ! dijo Simon el Orejudo. Confieso que todo es posible.

Y unió su robusta voz á los de los piratas que cantaban golpeando á compás con sus remos los escudos colocados en los costados del holker :

— Hastain el pirata respondió : Accedo. Y llegó á ser conde de Chartres.

— Pues bien , dijo Gaelo cuando cesaron de cantar sus campeones , si un siervo ha llegado á ser conde y señor de una provincia ¿ creeis imposible que quince hombres resueltos se apoderen de la abadía de San Dionisio que es la mas rica de la Galia ? ¿ Retrocedeis ?

— ¡ No ! ¡ no ! gritaron los piratas inflamados con la esperanza del saqueo volviendo á golpear con los remos en los escudos ; ¡ á San Dionisio !

La atronadora voz de Lodbrog el gigante dominaba las voces de los normandos , y en pié sobre su banco , manejaba con una mano el remo como si fuera una espada y continuaba gritando :

— ¡ A San Dionisio ! ¡ á San Dionisio !

Y embriagándose con sus propios clamores , sus feroces facciones espresaron una exaltacion que llegó á convertirse en una especie de delirio ; sus ojos giraron rápidamente en su órbita y sus labios brotaron azulada espuma ; lanzó despues de súbito un grito terrible , do-

(1) Crónica de *Raoul Flaber* , lib III , p. 84

bló entre sus manos el remo y lo rompió como una varilla. Al ver esta prueba de fuerza sobrehumana, los normandos que habían observado hasta entónces á Lodbrog con ansiedad, gritaron:

— ¡Cuidado! ¡ya está berserke!

Y antes que Gaelo hubiere podido oponerse á sus movimientos, los piratas se lanzaron sobre el gigante que estaba aun en pié en su banco, y reuniendo sus esfuerzos, le precipitaron en el Sena gritando:

— ¡Nos va á matar á todos!

Gaelo habia mandado anclar su barco á corta distancia de una de las islas bañadas por el rio y cubiertas de árboles. Lodbrog cayó entre el holker y la orilla, pero salió de un salto del agua poco profunda en aquel sitio y llegó á la orilla gritando:

— ¡A San Dionisio! ¡á San Dionisio!

El frenesí duplicó entonces la fuerza prodijiosa del gigante que desgajó un álamo de veinte piés de altura, y armándose con él como con una maza, rompía los árboles que estaban á su alcance. El furioso vértigo del coloso se aumentaba por instantes; las ruinas de una casa medio cubierta con su techo que se alzaba cerca de la orilla oponian con sus paredones un obstáculo al berserke; pero creció su rábia insensata, el tronco del álamo le sirvió de ariete y los golpes que descargaba sin descanso principiaron á hacer bambolear la pared, que se desmoronó por fin con estruendo. Una parte del techo sostenido por los maderos clavados en la pared opuesta quedaba aun en pié, y el gigante trepó por los escombros, asió con ambas manos los maderos del techo y los sacudió con furor gritando:

— ¡A San Dionisio! ¡á San Dionisio!

Los maderos ceden, se doblan con estampido formidable y el techo cubierto de ramas y paja cae sobre Lodbrog que desaparece durante algunos momentos en medio de un torbellino de polvo, pero habiéndose disipado esta nube, vuelve á aparecer el gigante, protegido por su casco y su armadura de hierro, sobre aquel monton de ruinas, mira en torno suyo, y no viendo nada mas que destruir, se inclina, arranca maderos, coge piedras enormes y las arroja en torno suyo con la furia irresistible de aquellas máquinas de guerra llamadas catapultas. El berserke lanza, empero, de pronto un rugido parecido al del leon, alza sus robustos brazos hácia el cielo, su cuerpo se dobla, permanece un momento inmóvil como una gigantesca estátua de hierro, y despues vacila como un coloso que pierde su base, cae y rueda desde el monton de escom-

bro hasta la orilla donde yace inanimado como un cadaver.

Gaelo y los piratas normandos no manifiestan sorpresa al presenciar el frenesí de Lodbrog, pues sabian que algunos guerreros del norte estaban sujetos á estos arrebatos, terribles como la furia de un demente, especie de epilepsia particular á los berserkes, y cuyos accesos provocaban el ardor del combate, la cólera ó la embriaguez (1); pero Simon el Orejudo y Robin Mandíbula, que presenciaban por primera vez aquel espectáculo, le contemplaban con sorpresa y terror.

— Cuando Simon vió á Lodbrog tendido é inanimado, exclamó:

— Felizmente ha muerto ya.

— Los normandos tenian razon, dijo Robin; semejantes locos son peligrosos para sus compañeros como para el enemigo. Si ese berserke, como llaman á esos locos, hubiera permanecido en medio de nosotros en el holker, nos hubiera acogotado ó ahogado á todos.

— Y despues hubiera arrojado el barco como una piedra porque así arrojaba maderas que debian pesar como tres ó cuatro hombres, añadió el Orejudo. ¡Qué fuerzas tan malogradas! ¡Qué hermosa carnicería y que estrago hubiera hecho ese hombre en la abadia de San Dionisio donde creia estar peleando! Sin embargo, es lástima que haya muerto.

— No está muerto, dijo Gaelo, zarpad, campeones, y acerquémonos á la isla. Ya vereis como antes de pocos momentos Lodbrog volverá en si como si despertase de un profundo sueño.

— ¡Por el diablo... y qué sueño! exclamó Simon. Temo que ese gigante vuelve á soñar y las pegue conmigo; como no conozco los síntomas con que se distingue si está soñando ó despierto, deseo guardar el barco con mi compadre Robin.

Y el Orejudo lanzaba en tanto que remaba una mirada de desconfianza al cuerpo del berserke que continuaba inmóvil á algunos pasos del rio.

— Los normandos irán si quieren en auxilio de ese loco, añadió Simon en el momento en que el holker tocaba la orilla; Lodbrog

(1) «El Berserker era un guerrero que padecia una especie de frenesí periódico durante el cual devoraba ascuas y andaba sobre el fuego. Cuentan los sagas que cuando los hijos de Arngrim se hallaban en este estado de frenesí durante sus viages, mataban á sus soldados, destruian sus buques, ó desembarcando en algun sitio desierto, ejercian su furor contra las rocas y los árboles. Despues de estos accesos de frenesí quedaban largo rato desmayados.» (DEPPING, *Historia de las expediciones marítimas de los normandos*, t. I, p. 47.)

tendrá una satisfacción en ver rostros de su país al recobrar los sentidos; ¿no es verdad, Robin?

— Si, si, porque tal vez al vernos volveria á enfurecerse.

El barco se acercó á la orilla, y Gaelo y los normandos se dirigieron con precaucion á donde estaba tendido el coloso. Uno de los piratas se quitó el casco, lo llenó de agua, puso ademas un puñado de arena y revolvió esta mezcla en tanto que sus compañeros se esforzaban aunque en vano para incorporar á Lodbrog cuyo cuerpo estaba sin movimiento. Les fué imposible arrancar de su mano crispada una piedra, y sus facciones estaban lívidas é inmóviles, sus mandíbulas contraídas, sus labios espumosos y sus ojos fijos, ditalados y vidriosos. Uno de los normandos sacó del casco la arena mezclada con el agua y arrojó un puñado á los ojos del gigante.

— ¡Cuidado! dijo Gaelo; vas á cegarle.

— No, no, respondió el pirata repitiendo sus aspersiones arenosas, y no le producirá buen efecto hasta que le peneire en los ojos.

No le engañaba al pirata la esperiencia; pronto agitaron las facciones de Lodbrog estremecimientos convulsivos, sus dedos crispados cedieron dejando escapar la piedra que apretaban, y al cabo de algunos instantes se movieron todos sus miembros. Uno de los normandos trajo en su casco agua clara y fresca, la arrojó en los ojos del berserke, el cual murmuró palabras ininteligibles frotándose los párpados.

— ¡Cómo me duelen los ojos! ¿Estoy ya en la celestial Walhalla que Odin promete á los valientes despues de la muerte?

— Estás entre tus compañeros de guerra, valiente campeon, respondió Gaelo, has roto una docena de árboles y demolido una choza y has dado prueba de tu fuerza de gigante.

— Cuando gritaste: ¡á San Dionisio! dijo Lodbrog moviendo su enorme cabeza y frotándose los ojos, me creí trasladado á la abadia y que estaba allí matando y destruyendo.

— No te desconsueles, dijo Gaelo; pronto asomará la luna, y remando toda la noche, llegaremos mañana á San Dionisio y pasado mañana á Paris.

CAPITULO III.

La abadía de San Dionisio. — Ataque inesperado.

Marta y Ana acudieron á la cita, y partieron á la abadía de San Dionisio acompañadas de Fultrade, pero el infame mayordomo encerró á las incautas mujeres en dos subterráneos, é iba á lograr su vil intento deshonrando á Ana, cuando toda la abadía se puso en un instante en movimiento; los monges salieron de su celdas con antorchas y aparecieron en los pórticos del claustro veinte guerreros francos. Fultrade abandonó á su víctima especialmente al oír la voz del abad que venia apresuradamente de Paris con los guerreros mandados por Roberto, y preguntaba por el mayordomo.

— ¿Con qué es cierto, señor, preguntaba el abad á Roberto que los normandos han aparecido en el Sena y vienen á Paris?

— Es cierto, respondió el conde con voz sombría. Los manda uno de sus mas intrépidos reyes del mar llamado Rolf, y su escuadra es tan numerosa que ocupa toda la anchura del Sena en su desague en el mar.

— Y como no han enviado antes los de la ciudad de Ruen esparciendo de pueblo en pueblo la alarma?

— ¿Qué les importa á los de Ruen? Como los normandos no han atacado la ciudad se cuidan muy poco de las demás comarcas. Hasta esta noche no he tenido noticia de la llegada de los piratas por medio de los mensajeros de los señores que viven á orillas del río; ellos me han dicho tambien que la plebe vil que nada tiene que perder, se alegra en todas partes de los males con que esos gentiles quieren aniquilar á la Iglesia y á los nobles; á nosotros, pues, nobleza y clero, toca el unirnos para la comun defensa!

Nada podemos esperar de Cárlos el Simple; como sus antecesores Cárlos el Calvo y Cárlos el Gordo solo pensará en defender, si puede, sus reales posesiones, y dejará á los normandos que devasten nuestros estados!

— ¡Cielos! exclamó el abad de San Dionisio, ¿cómo sufrir tantas calamidades? ¿Quiera Dios librarnos de los horrores y de las abominaciones pasadas!.. ¿No vimos á Cárlos el Calvo dar el condado de Chartres al execrable Hastain, gefe de los piratas normandos?

á un vil siervo rebelde, á un bandido manchado con todos los crímenes, con abominables sacrilegios! ¡En qué tiempos vivimos! ¡Ayudadnos, Señor, ayudadnos!

— Lo repito, exclamó Roberto, en vez de cifrar en un rey imbécil nuestras esperanzas, contemos únicamente con nuestras propias fuerzas; organicemos nuestra defensa, armemos á nuestros colonos, á nuestros villanos... Tú, Fultrade, hombre de energía é inteligencia, vas á partir ahora mismo con algunos de mis guerreros y una buena escolta para invitar á los obispos y abades de mi ducado de Francia á poner sobre las armas sus siervos y villanos; parte de esa gente permanecerán en las abadias y castillos para su defensa, y los demás marcharán á Paris para la defensa común. Marcha, Fultrade, en tu pecho late un corazón de soldado, y sé que desempeñarás con valor la misión que te confío.

— ¿Qué estás diciendo? exclamó el abad levantando las manos al cielo. ¿Quieres arrebatarme á Fultrade en el momento del peligro?

— Nada temas, contestó Roberto, al salir de Paris he mandado á cien guerreros que se dirigiesen á este sitio á toda prisa. Esta posición es muy importante, y desde ella se domina el Sena; siempre que los normandos han puesto sitio á Paris, se han apoderado de la abadía en que nos encontramos.

— ¡Ay! verdad es! dijo el abad prorumpiendo en lágrimas.— Cinco veces los paganos han invadido, saqueado y profanado la abadía; y ni aun fortificada como está podrá resistirles la sesta. ¿Quién resiste á esos demonios?

— Fortunato, te engañas. A menos de un sitio en toda forma, los cien soldados que van á llegar de un momento á otro, bastan para defender la abadía. Fultrade ¡á caballo! un rico presente recompensará tu celo.

Fultrade que hasta entonces escuchára á Roberto con la cabeza inclinada, levantó sus ojos brillantes de entusiasmo, y dijo á Roberto:

— Señor, si nuestro santo abad me da su licencia, pronto estoy á cumplir sus órdenes y las tuyas, y mediante el auxilio divino, espero llevar á buen fin la misión que me confías.

En aquel momento entró uno de los guerreros del conde, y le dijo:

— Según vuestras órdenes, se han apostado en la orilla del Sena

algunos arqueros llevados en grupa por nuestros ginetes. A la luz de la luna, han divisado una gran barca que subia por el rio, y amenazando á los marineros con sus arcos ya tendidos, les han obligado á bajar á tierra. El patron es conducido á este sitio.

— Que venga, contestó Roberto. Y dirigiéndose al abad añadió:

— He dado orden de detener cuantas barcas pasen por este sitio y de interrogar á los marineros, á fin de obtener de ellos algunas noticias de los piratas que quizás hayan encontrado.

Acababa el conde de pronunciar estas palabras, cuando uno de sus servidores introdujo á Eidiol. Al ver al decano de la corporacion de los marineros, tan maltratado por él algunas horas antes, Roberto no pudo ocultar su sorpresa; pero dando luego á su fisonomía una expresion de cordialidad, dijo:

— No esperaba verte á ver esta noche, esforzado marinero.

É indicando con un gesto el anciano abad, añadió:

— Ese hombre venerable es el decano de los marineros parisien-
ses, la mas honrada corporacion de mi ciudad de París.

Eidiol, muy admirado por la acogida del conde que con tanta violencia le hablara aquella misma mañana, le consideraba con atentos ojos tratando de penetrar la causa da aquel repentino cambio de language. Fultrade, conmovido con la aparicion del padre de Ana, permaneció un momento como herido de estupor; y en seguida dijo á Roberto:

— Los momentos son preciosos, y deseo llenar cual corresponde la mision que de tí he recibido.

— No esperaba menos de tu celo contestó el conde. Marcha, y convence á los señores y abades de que divididos, nuestra perdida es segura; de que unidos, somos invencibles.

Fultrade desapareció, y Roberto, afable y placentero, dijo á Eidiol:

— Sé bien venido... no podias llegar mas á propósito.

— Así lo habian creido tambien tus arqueros, cuando nos han amenazado con sus flechas, si no acercábamos nuestro buque á la orilla.

— Semejantes medidas son indispensables en estos momentos, mi buen Eidiol. ¿No sabes la noticia?

— ¿Qué noticia?

— ¿Ignoras que los normandos han aparecido otra vez en la desembocadura del Sena?

— ¡Ah! se trata de los normandos! repuso Eidiol con completa indiferencia.—Siendo así, sé la noticia. El patron de una barca que subia por el rio me ha dicho que la escuadra de los piratas se encontraba anclada esta noche junto á la isla de Oissel, uno de sus antiguos refugios.

— ¡Por la espada de mi abuelo, Roberto el Fuerte que me confundes! exclamó el conde de París estupefacto al ver la indiferencia con que el anciano marinero hablaba de la invasion normanda.

— ¡Como! semejante apatía, cuando amenazan el pais terribles males!

— No miro con tanta indiferencia como pensais la llegada de los piratas, puesto que en vez de bajar por el rio hasta Saint-Audoín á donde debia conducir un cargamento, lo subo para regresar á París.

— Entónces me engañé; no es indiferencia lo que revelan tus ojos, sino la tranquilidad de un valiente en presencia del peligro.

— ¿Qué peligro?

— ¿Acaso no has huido al saber la llegada de esos paganos?

— No huyo, vuelvo á París para abrazar á mi esposa y á mi hija, á quienes no esperaba ver hasta mañana, y luego me pondré de acuerdo con mis compadres.

— ¿Quiénes son tus compadres?

— Los decanos de las corporaciones de París: los herreros, los carpinteros, los armeros, los tejedores, y otros.

— Y el objeto de vuestro consejo es organizar la defensa de París contra los piratas... ¡Gloria á vosotros, ciudadanos! me envanezco al contar en mi ciudad valientes como vosotros.

Y volviéndose gozoso hacia el abad, añadió:

— ¿Fortunato, oyes á ese hombre?

— La bendicion del señor caerá sobre él y los suyos, contestó maquinalmente el abad helado por el terror.— Benditos los que defienden á la Iglesia; todos sus pecados les serán perdonados.

— ¡Ah! exclamó Robertó mostrando á Eidiol, al frente de tales hombres me siento invencible!

— No obstante, repuso el anciano, esta mañana has mandado á tus caballeros que rompieran sus lanzas sobre nuestras espaldas.

Roberto se mordió los labios, frunció las cejas, y contestó con cierta turbacion:

— Un momento de ira... ¿piensas todavía en semejante cosa?

— La habia olvidado; pero las palabras que me diriges en este momento me recuerdan tus violencias de la mañana. Ahora poco era yo un bribon, bueno á lo mas para ser encarcelado, y en este momento soy una especie de heroe.

— Fortunato, repuso el conde reprimiendo su despecho y dirigiéndose al abad, ese buen hombre gusta de chancearse; sin embargo, la ocasion no es oportuna, y cuando esos malditos normandos nos amenazan, vale mas correr á las armas.

— No tan malditos, dijo sonriendo Eidiol, pues gracias á ellos he merecido que me colmáras de elogios.

— ¡Basta de chanzas, anciano! exclamó Roberto, sintiéndose de nuevo dominado por su caracter altivo y violento, no quieras que me arrepienta de mis bondades.

— Acabemos, conde, pues deseo marchar cuanto antes para abrazar á mi mujer y á mi hija. Escucha: hará veinte y siete años, en 885, que los Normandos acaudillados por Hastain, dueño y señor en el dia del pais de Chartres, vinieron por quinta ó sesta vez á poner sitio á Paris.

— Si, y al menos entónces, si bien por única vez, la plebe de Paris mandada por mi hermano Eudo, resistió con valor y denuedo, y los piratas no entraron en la ciudad. Lo mismo sucederá ahora, pues juro por Dios vivo, villanos, que de grado ó por fuerza habeis de ir á las murallas.

— Escucha: Hasta el año de que hablas Paris no habia resistido á los piratas; y ¡sabes por qué, conde? Por que el pueblo, y las corporaciones de artesanos lo habian mirado con completa indiferencia.

— Es cierto, repuso Roberto con ira con centrada, la cobarde plebe dejaba saquear, devastar é incendiar iglesias, abadías y castillos.

— ¿Qué quieres? Los normandos solo atacan á los ricos, y á los ricos toca el defenderse.

— ¡Por la sangre de Jesucristo... ese viejo está loco! exclamó el conde de Paris mirando al abad que levantó los ojos y las manos al cielo. Y dirigiéndose luego á Eidiol, dijo:

— ¿Podemos por ventura defendernos sin el auxilio del pueblo? ¿Podré con dos mil guerreros que mantengo en mi ducado de Francia rechazar á treinta mil normandos?

— Nada podeis sin el pueblo, lo sé, y por esto tu hermano, el

conde Eudo, quiso como tú, llegado el día del peligro, halagar al mismo pueblo hácia el cual tenia, como tú, desprecio y encono. Convocó en su fortaleza de Paris á los decanos de las corporaciones de artesanos, y como tú tambien, llamóles sus valientes servidores, sus queridos ciudadanos... Mi padre, decano de los marineros, contestó á tu hermano lo siguiente: «Nosotros, gente de rio, entendemos en esto de anzuelos y no picaremos en el tuyo. Nos hallamos «estenuados por los tributos, el conde se apodera de nuestros calzones, y el rey de nuestra camisa, de modo que solo nos queda el «pellejo, esto es, que nada poseemos. Quien nada tiene, nada tiene «que perder, y quien nada tiene que perder nada debe defender. «Vosotros, reyes y nobles, necesitais de nosotros para librar vuestros bienes de la rapacidad de los normandos; hagamos, pues, un «tratado: aliviad nuestras cargas, haced que la vida sea para nosotros menos dura, y defenderemos vuestras riquezas.» — Sea, dijo el conde Eudo, y convinose en ciertas franquicias para el pueblo de la ciudad. El día siguiente, el buen pueblo, tan crédulo como animoso, corrió á las murallas y combatió con gran valor; muchos fueron muertos, otros heridos, entre ellos mi padre y yo, y los normandos fueron rechazados... Pero ¿qué sucedió? que pasado el peligro el rey y los nobles olvidaron sus promesas y trataron al pueblo con la misma crueldad que antes. Siguese de aquí que instruido por la esperiencia de lo que gana batiéndose para defender los bienes de sus señores, dice el pueblo, y te digo yo, Conde: — «Vosotros, nobles, debeis temerlo todo de los normandos; defendeos, «pues, contra ellos; mas nosotros seriamos en verdad muy locos «si nos espusiéramos para salir á vuestra defensa. Nos habeis engañado una vez, y no es probable que sea la última.»

Durante la contestacion de Eidiol, el conde de Paris habia refrenado con dificultad su enojo, y por fin exclamó enfurecido:

— ¿De modo qué el pueblo se negará á defender la ciudad?

— Así lo creo, y opino que hará su deber. Los marineros tomaremos á bordo de nuestras barcas nuestras familias y las de los compadres que quieran seguirnos, saldremos de Paris por un lado mientras que los normandos entrarán por otro, y nos dirigiremos por el Sena hácia el Marne, dejando que vosotros os compongais con los normandos como mejor os sea posible.

— ¡Apenas puedo creer tanta audacia ó por mejor decir tan infame cobardia! exclamó el conde de Paris: esos miserables no son

hombres, son liebres! ¡ Como! tu vil corazón de esclavo, no siente cólera ni vergüenza al pensar que los normandos, que los extranjeros pueden entrar en París?

—¿ Los extranjeros? repuso Eidiol encogiéndose de hombros, ¿ y quienes sois vosotros, reyes y nobles de raza franca, para nosotros de raza gala? Habeis conquistado la Galia, defended vuestra conquista.

—¡ Oh! raza infame! balbuceó el conde de París con tanto furor como desprecio, ¿ puede existir pueblo mas vil?

A este nuevo ultrage coloróse la frente de Eidiol, un rayo de cólera brilló en su mirada, pero se contuvo, y dijo:

— Conde, una palabra no mas: mi abuelo ha leído en antiguos pergaminos de familia que una reducida colonia de hombres de nuestra raza, hace de esto tres siglos y mas, vivia libre y feliz en un rincón de la Borgoña; llegó el tiempo en que los árabes, como ahora los normandos, invadieron y devastaron la Galia...

— Y aquella colonia de cobardes, repuso el conde con terrible desprecio, temblando ante los árabes como ante los normandos, ¿ permitió como vosotros que los paganos asolasen é incendiasen su territorio?

— Conde, dijo con orgullo el anciano, los hombres de aquella colonia murieron hasta el último peleando con los extranjeros, porque defendian sus derechos, su familia, su tierra y su libertad;

pero como aquel puñado de valientes eran, escepto los indomables bretones, los únicos hombres libres de la Galia, los árabes pudieron devastar las demás provincias y establecerse en el Languedoc.

Conde, lo mismo sucederá con los normandos: el pueblo esclavo en los campos, oprimido, degradado, miserable en las ciudades, permanece indiferente, y aun á veces se complace al ver los males que

le vengan al heriros. El esclavo no tiene patria, Roberto; solo el hombre libre reputa por tal el suelo en que nació, y sabe morir en su defensa. Adios.

Mientras Eidiol hablaba, el conde habia dicho algunas palabras á uno de sus guerreros, el cual salió precipitadamente. El anciano se dirigia hácia la puerta, cuando Roberto gritó con voz amenazadora indicando á sus servidores que le impidiesen el paso:

— Detente: no quiero que vayas á sembrar la discordia y la rebelion en mi ciudad de París; no saldrás. Sea ese hombre conducido á los calabozos.

Eidiol no pudo contener un movimiento de sorpresa, y de pesar, y luego dijo al conde: — Mi hijo se encuentra á bordo de mi barca; permíteme que le vea y podrá instruir de mi suerte á mi mujer y á mi hija.

— Voy á satisfacerte, contestó Roberto con cruel sonrisa, he mandado venir aquí á los marineros de tu barca.

— ¡Traicion! exclamó el anciano, la cárcel les espera.

— Tu lo has dicho, repuso el conde de Paris; y mostrando con el gesto á Eidiol á uno de sus guerreros, dijo:

— ¡Llevalle!

— ¡Esposa querida, hija de mi corazón! ¡cual será vuestra inquietud cuando mañana nos esperareis en vano! murmuró el marinero, y siguió sin resistencia al servidor del conde que le condujo á los calabozos subterráneos de la abadía.

CAPITULO IV.

Las monjas — Ataque inesperado.

Después de la partida del conde de Paris, llegaron á la abadía los cien guerreros que prometiera enviar para defender aquel punto; su gefe se ocupó durante toda la noche en sus preparativos de defensa, y los siervos y los villanos, amenazados con el látigo y la tortura, transportaron á la plataforma de las murallas gruesas piedras y troncos de árboles destinados para servir de proyectiles contra los enemigos, sin contar los barriles de aceite y de pez, que puestos en ebullicion debian ser arrojados contra los que escalasen los muros, lo mismo que un gran número de sacos de cal y tierra. Durante toda la noche y parte de la mañana, los rebaños del territorio de la abadía fueron llevados á su recinto, y acudieron en su defensa, obedeciendo las órdenes del abad, gran número de siervos y villanos. Otros, por el contrario, emprendieron la fuga, resueltos á reunirse con los normandos luego de su desembarque; varios hombres *francos*, nombre que se dá á los libres poseedores de reducidas haciendas, que habitaban en los alrededores de San Dionisio, tomaron consigo sus objetos mas preciosos y fueron á buscar un asilo detrás de los muros de la abadía. Los patios, las galerias se llenaban de una multitud azorada, mientras que en los jardines y en un vasto prado comprendidos en el recinto de la fortificacion, se apiñaba toda clase de ganado; el abad ayudado por sus canónigos armados con picos y azadones, enterraba en un apartado patio los vasos sagrados y las riquezas de la Iglesia, y otros sacerdotes arrodillados en la basilica, imploraban con lágrimas el auxilio del cielo.

Mas de la mitad del dia se pasó en preparativos; los centinelas colocados en la muralla á las inmediaciones de la puerta, habíanla visto abrir con mucha frecuencia para dar paso á siervos y á rebaños rezagados, ó á carros cargados de heno, indispensable para alimentar á la multitud de animales reunidos en el fortificado recinto. Dos carros cargados de heno, tirados cada uno por cuatro bueyes y guiados por un hombre de siniestro rostro, cubierto apenas con algunos andrajos, se acercaron á las murallas; al ver á aquel hombre, muy

conocido en la abadía, el monje que se encontraba en la puerta exclamó:

— ¡Gracias á Dios que has llegado, Saviniano! tenemos aquí tanto ganado que teníamos carecer de provisiones. ¿Sabes algo de esos paganos normandos? ¿han entrado ya sus barcas en el Sena? —

— Dicen que están cerca; pero á Dios gracias, la abadía es insuperable. ¡Malditos sean los normandos! contestó Saviniano con una extraña sonrisa y arrojando una mirada oblicua á los montones de heno que se elevaban sobre los carros. He aguijoneado tanto á mis bueyes para obedecer cuanto antes las órdenes de nuestro abad, que los pobres animales apenas pueden sostenerse.

— No deberán sostenerse por mucho tiempo, pues sin duda serán muertos para alimentar á la multitud que ha venido á refugiarse aquí, repuso el monje. Y levantando con el auxilio de otros hermanos las enormes barras y descorriendo las gruesas cadenas de hierro que aseguraban interiormente la maziza puerta, se disponía á abrirla, cuando se oyeron á lo lejos lúgubres gemidos, dados por voces mugeriles. Era tal el terror que inspiraba la proximidad de los normandos, que el monje portero, asustado por las lamentaciones que á cada momento se acercaban, no se atrevió ya á abrir la puerta de la abadía, y negó el paso á los carros de Saviniano á pesar de sus instancias. De repente, y saliendo de entre unos frondosos árboles plantados no lejos de las murallas, vióse aparecer una procesion de monjas, que tales parecían por sus hábitos negros y blancos, y por los largos velos que ocultaban su rostro á las miradas profanas; llevaban entre cuatro una especie de camilla, formada de ramas de árboles, y en ella iba tendido el cuerpo de una de sus compañeras. Las monjas que formaban el lúgubre cortejo, prorumpían sin cesar en lamentos y gemidos, y una mujer jóven, que con el rostro descubierto las precedía de algunos pasos, pareciendo por su traje criada del convento, retorcia sus brazos con desesperacion, y exclamaba de tiempo en tiempo con voz desolada:

— ¡Señor! ¡Señor! ¡apiadaos de nosotras! ¡nuestra santa abadesa ha muerto!

Saviniano que no habia cesado de lanzar inquietas miradas al heno de sus carros desde que se le habia negado la entrada en la abadía, hincóse devotamente de hinojos al pasar junto á él la procesion mortuoria, precedida por la mujer desconsolada. Esta, adelantándose á sus compañeras con rápido paso, se acercó á la puerta de la abadía

y al través del ventanillo exclamó con voz ahogada por el llanto.

— Hermanos, abrid ese santo refugio á las pobres ovejas que huyen de los hambrientos lobos. ¡Nuestra madre en el Señor ha sucumbido, y traemos sus venerables restos!

— ¿Sois vos, Inés? dijo el monje portero. ¿Han invadido ya los normandos el convento de Santa Plácida?

— ¡Ay! hermano mio, esta noche han desembarcado no léjos del monasterio algunos de aquellos bandidos, contestó la jóven sollozando. Despertadas por el resplandor del incendio, por los gritos de espanto de los siervos que ocupaban los edificios exteriores de nuestro convento, varias de las hermanas y algunas criadas hemos podido vestirnos y huir azoradas con nuestra santa abadesa, por una puerta que daba á la campiña; pero, ¡ay! nuestra venerable madre débil y enferma, sintió tal terror, que despues de un cuarto de hora de marcha, desmayóse en nuestros brazos y en breve... añadió Inés, cuyos sollozos estallaron de nuevo, en breve nuestra venerable madre pasó desde la tierra al cielo... Hemos traído sus amados restos para tributarles al menos los últimos honores.

Al terminar Inés estas palabras reunióse con ella el fúnebre cortejo; el hermano portero, despues de escuchar la relacion sollozando y golpeándose el pecho, abrió la puerta, y envió á uno de los monjes á dar parte al abad de la nueva desgracia. El cuerpo de la superiora y las monjas que le acompañaban entraron en el interior de la abadía, seguidas por los dos carros de Saviniano. El sombrío rostro del siervo se iluminó con un rayo de siniestra alegría, difícilmente contenida, luego que se hubo cerrado la puerta detrás de sus carros. Los fugitivos que llenaban los patios de la abadía, se arrodillaron al pasar las monjas, las que guiadas por un hermano se dirigieron hácia la basílica, seguidas por la multitud que repetía en coro la plegaria que se elevaba hacia un siglo en todas las iglesias de la Galia: ¡Señor, apiadaos de nosotros! ¡Señor, libradnos de los normandos! ¡Señor, esterminad á esos malditos!

Al llegar el lúgubre cortejo á la puerta de la basílica, fué recibido por un diácano, que se habia revestido á toda prisa de sus hábitos sacerdotales. Algunos sacerdotes con la cruz y los cirios se mantenían detrás del celebrante sombríos, pálidos y temblorosos; y entonaron los salmos mortuorios con distraída precipitacion y ocupados en las horrosas ideas que les inspiraba la proximidad de los piratas. Despues de las primeras oraciones, el cuerpo llevado por las monjas

en la camilla de ramaje, fué introducido en el coro y depositado sobre el mármol. Un desorden inesplicable reinaba entonces en el interior de la inmensa basílica; varios monjes, ayudados por muchos siervos, se daban prisa en despojar la magnífica iglesia de sus preciosos ornamentos, corriendo presurosos por entre los mansoleos que se elevaban en el crucero á muchos reyes y reyes de la raza de Clodoveo y de Carlos Martel. Carlomagno habia sido sepultado en la basílica de Aquisgran, convertida por los normandos en caballeriza. Los azorados rostros de los monjes de San Dionisio, sus lamentos al despojar los altares de sus sagrados ornamentos, los cantos funerales, repetidos con voz sorda por el descanso eterno de la abadesa y los sollozos de la turba refugiada en el santo lugar, aumentaban el terror general.

La mayor parte de los guerreros enviados por el conde de Paris para la defensa de la abadía habian seguido hasta la iglesia la procesion mortuoria impulsados por un sentimiento de devocion y curiosidad, y habianse abierto paso hasta las inmediaciones del carro donde yacia el cuerpo de la abadesa rodeada por sus religiosas. Algunos de aquellos soldados, feroces, groseros y poco sencibles al religioso carácter de la ceremonia y á la magestad del lugar, fijaban sus licenciosas miradas en las hijas del Señor, cuyos rostros procuraban descubrir á través de sus espesos velos, y Sigefredo, arrodillado cerca de una de ellas y que de hinojos tambien y con la frente inclinada parecia rezar devotamente, atrevióse á apretar el codo de la santa mujer. Estremecióse esta, pero nada dijo; y alentado por su silencio, y levantando suavemente el velo que desde la cabeza de la monja caia hasta su cintura, deslizó su mano por los hombros de la religiosa, pero apenas hubo cometido tan torpe profanacion, cuando retirandose como si hubiese tocado un carbon hecho ascua, gritó admirado:

— ¡ Voto al diablo ! esa monja tiene piel de hierro.

No pudo decir mas y cayó bañado en su sangre. La religiosa de la piel de hierro le habia atravesado la garganta de una puñalada.

Los demás guerreros permanecieron por un momento inmóviles viendo que bajo los anchos pliegues de su negro hábito, la religiosa mostraba en sus brazos y manos un cutis que parecia de hierro, cubiertas como estaban por un fino tejido de mallas de acero.

— ¡ Milagro ! gritaron algunos testigos de la impúdica tentativa de Sigefredo. ¡ Milagro ! el Señor defiende el pudor de sus vírgenes cubriéndolas con una piel de hierro.

— ¡Traición! exclamaron los hombres de armas empuñando sus espadas. Esas monjas son guerreros disfrazados de mujeres. ¡Traición! ¡A las armas! ¡á las armas! ¡vengüemos á Sigefredo!

— ¡Sholdmoé! gritó de repente con voz atronadora la abadesa, cuyos funerales se cantaban... y levántandose arrojando su velo y dejando caer á sus piés su negro vestido, *Signa, la vírgen del escudo*, apareció cubierta con una armadura de guerra.

— ¡Sholdmoé! exclamó repitiendo su grito de guerra, empuñad vuestras armas, vírgenes que obedecéis mi voz! ¡piedad para las mujeres! no haya compasion no haya compasion, para los hombres! Y blandiendo un hacha de dos filos, saltó como una pantera y derribó á sus piés á uno de los guerreros francos que se lanzaba contra ella.

— ¡Sholdmoé! repitieron las demás vírgenes arrojando léjos de sí sus velos, sus vestidos, y precipitándose contra los guerreros. Los fieles, poco antes en oracion, huian locos por el terror hacia las puertas de la basilica, y los monges se ocultaban detrás de los sepulcros reales, ó se postraban gimiendo al pié de los altares; las bóvedas de la iglesia resonaban con gritos de horror, gemidos é invocaciones supremas, dominando la confusion la voz de Inés, de la traidora criada que habia introducido en la abadía á las mujeres piratas, que gritaba:

— ¡Venganza! ¡venganza! ¡mueran los francos!

Los guerreros, mas numerosos que las mujeres piratas, trataban de reunirse al través de la espantada multitud; mas la novedad de aquella lucha con mujeres, algunas de ellas muy hermosas, admiraba á los jóvenes soldados que vacilaban en descargar sus golpes. Otros por el contrario, insensibles á la emocion de sus compañeros, y furiosos al encontrar tanto valor y denuedo en adversarios femeniles, peleaban con encarnizamiento. Muchas vírgenes habian ya perecido, otras se encontraban heridas, pero sin que pareciesen sentir sus dolores, combatian con creciente ardor. Los fugitivos se precipitaban fuera de la basilica por todas las salidas, y Fultralde, que de regreso de la mision que le confiara el conde de Paris, corria á la iglesia, atraído por el estrépito del combate, fué casi derribado por la multitud. Signa no habia recibido aun herida alguna; con el rostro encendido, los ojos despidiendo rayos, apoyada en el sepulcro de Clodoveo luchaba contra dos guerreros francos; la heroína manejaba su arma con tan fuerte mano, que su hacha despedia

chispas al encontrar las espadas de sus adversarios. Rotó la espada de uno de los guerreros, Signa iba á darle muerte, cuando Fultrade, que durante el encarnizado combate, se habia deslizado y ocultado detrás del sepulcro de Clodoveo, en el que se apoyaba la vírgen, se adelantó arrastrándose, y la cogió por las piernas; sorprendida ella por el inesperado ataque, vacila y cae prorumpiendo en un grito de concentrada rabia. En su caída, Signa deja escapar el hacha de sus manos, y los dos francos, arrojándose sobre ella, la mantienen inmóvil á pesar de sus desesperados esfuerzos.

— ¡Sholdmoé! gritaba la vírgen á sus hermanas.

Pero su voz se perdió entre el estrépito de las armas, entre los furiosos gritos que proferian los demas guerreros y las heroínas que se batian y se perseguian bajo las sombrías bóvedas de la iglesia. En vano llamaba la vírgen á sus compañeras. Fultrade arrodillado cerca de ella para ausiliar á los dos guerreros á vencer su resistencia, púsole la mano en la boca y ahogó sus gritos é imprecaciones. Admirado entonces por su rara belleza, Fultrade cuyos ojos brillaban con feroz lujuria, dijo á los soldados:

— Compañeros, esa hechizera, es jóven y hermosa; llevémosla á la cripta de ese mausoleo.

Y estremeciéndose de dolor al sentir su mano desgarrada por los blancos dientes de Signa, añadió:

— ¡Ah! á pesar de tus mordeduras, ya eres nuestra!

Los francos, prorumpieron en una salvaje carcajada al escuchar las palabras de Fultrade; protegidos por la noche que se acercaba, arrastraron á la prisionera hasta la cripta abierta debajo del funeral monumento, reducido subterráneo sin cesar alumbrado por una lámpara mortuoria. Fultrade y los dos soldados, á pesar de los sobrehumanos esfuerzos de la vírgen, acababan de tenderla en el suelo, cuando un rumor creciente, formidable, dominado por el grito de guerra de los piratas: — ¡Roempe! ¡Roempe! resonó bajo las bóvedas de la basílica, y llegó hasta el fondo del subterráneo. Fultrade y sus dos cómplices iban á prodigar á Signa el último de los ultrages, pero al oír de nuevo estrépitos de armas, cesaron por un momento de ahogar la voz de su víctima, la que gritó entonces con todas sus fuerzas:

— ¡A mí, hermanas! ¡Sholdmoé! ¡Sholdmoé!

— ¡Maldición! dijo Fultrade prestando el oído, oigo el grito de guerra de los normandos.

— ¡Cómo habrán entrado en la abadía? repuso uno de los soldados, ¡esos demonios parecen vomitados por el infierno!

— ¡A mi, hermanas! gritó de nuevo la virgen, sugetada todavía por las rodillas de los soldados. ¡Sholdmoé! ¡Sholmoé!

A estas palabras contestó la sonora voz de Gaelo que gritaba:

— ¡Signa, aquí estoy! ¡aquí estoy!

Y casi el mismo momento el joven pirata con su espada ensangrentada en la mano, apareció en la puerta del subterráneo, seguido de Simon, de Robin y del siervo que había conducido á la abadía los dos carros cargados de heno. A la vista de tan inesperado refuerzo, Fultrade y sus cómplices, entre cuyos brazos luchaba la heroína, la abandonaron, y levantándose esta, y cogiendo la espada que uno de los soldados había arrojado al entrar en el subterráneo, sepultóla en el pecho de Fultrade. Luego, temblorosa aun de rabia y de vergüenza, airada al considerar que Gaelo había sido testigo de la violencia que se le pretendía hacer, precipitóse contra el joven pirata, gritándole con voz insegura por la cólera:

— ¡Te mataré ó me matarás! mientras yo viva, no ha de haber hombre alguno que diga haberme visto espuesta á los últimos ultrajes.

Diciendo esto, la heroína atacó con furor al pirata, y sorprendido este por la ira manifestada por la mujer á quien había socorrido, se limitó á defenderse diciendo:

— ¡Signa, porqué te encolerizas? mi deseo era salvarte.

— Si... y en esto se cifra mi venganza, y esto va á costarte la vida, repuso la virgen redoblando la impetuosidad de sus ataques; defiendete porque sino te heriré en el rostro.

Gaelo, aunque exasperado por el feroz orgullo de la virgen, limitándose á recibir sus golpes, vacilaba en contestar á sus ataques, cuando sintió en su rostro la espada de Signa; entonces se precipitó contra ella gritando:

— ¡Tu lo has querido, mujer altiva! me matarás ó te mataré; ¡tu presencia no causará por mas tiempo mi suplicio!

Y Gaelo atacó á su vez con encarnizamiento á la hermosa Signa, mientras que Simon y Robin, que habían dado muerte sobre el cadaver de Fultrade á los dos guerreros refugiados en el subterráneo, se decían:

— De modo que las monjas que gemían en la puerta de la abadía al mismo tiempo que nosotros nos hallábamos ocultos en los carros,

apelaban como nosotros á una estratagema para introducirse aqui?

— ¡ Ah! Simon, contestó Robin mostrando á la heroína y á Gaelo que peleaban cada vez con mayor furor. ¡ Qué lástima! ¡ querer matarse tan arrogante mozo y tan gentil doncella!

Los dos piratas, retenidos por la curiosidad que en ellos escitaba tan estraña lucha, no se mezclaron durante algunos momentos en la pelea que tenia por teatro las bóvedas de la basílica. Una reserva de guerreros francos apostados en las murallas, y que no habian tomado parte en el primer combate contra las fingidas religiosas, acababan de penetrar en la iglesia en pos de los normandos, que, en vez de esperar la noche ocultos en los carros de heno, los habian abandonado al escuchar el tumulto causado por el ataque de las mujeres piratas.

Gaelo no habia encontrado jamás adversario mas temible que la hermosa Signa, que á una fuerza poco comun unia gran destreza, valor y sangre fria. Cegado por el ardor del combate, el pirata olvidaba su amor apasionado, ó si recordaba que peleaba con una mujer, irritábase aun mas al encontrar en ella tan indomable resistencia, hasta que por fin logró descargarle un violento golpe en la cabeza, del que no pudieron librarla ni el capuchon de malla, ni su rubia y espesa cabellera; la sangre inundó su rostro; el arma se le escapó de la mano, y cayó primeramente sobre ambas rodillas, y luego sobre uno de sus costados.

— ¡ Infeliz de mí! exclamó Gaelo desesperado, ¡ la he muerto! — Y arrojándose cerca de la jóven para socorrerla, levantó su hermosa cabeza, pálida y sangrienta.

— Gaelo, murmuró la vírgen con voz débil, no me pesa de que me hayas vencido, tu valor es grande... ¡ te amo! y sus ojos se cerraron. Robin y Simon, acongojados por lo que veian, se habian acercado á Gaelo, cuando dominando el estruendo de la batalla que continuaba en la iglesia, resonaron estos gritos, proferidos por los piratas:

— ¡ Berserke! ¡ Berserke!

— ¡ Lodbrog el Gigante está enfurecido! exclamó Simon, el Berserke es tan terrible para sus amigos como para sus enemigos. Gaelo, los combatientes pueden venir hácia este sitio; quizás quede aun á tu amante un resto de vida: aprisa, tras la derrota al estruendo del subterráneo.

Gaelo siguió el consejo de Simon, y cogiendo en sus robustos bra-

zos á la exánime heroína , depositóla en el fondo de la cripta , mientras ofrecia la basilica un espectáculo increíble para quien no lo haya presenciado : los guerreros francos apostados en las murallas habian acudido en auxilio de sus compañeros atacados por las vírgenes de Signa y por los piratas ; Lodbrog el gigante habia hasta entónces combatido valerosamente sin que se oscureciera su inteligencia ; pero la embriaguez de la batalla , el olor de la sangre , la vista del refuerzo de guerreros que se precipitaron en la basilica gritando : ¡ Mueran los normandos ! produjeron en el gigante un nuevo acceso de furor . Blandiendo su maza erizada de puntas , rugie y se lanza contra el grupo compuesto de los francos : la gigantesca estatura del berserke se eleva sobre cuantos le rodeaban , y diez grandes martillos golpeando sobre diez yunques á la vez formarian un ruido sordo comparado con el terrible estruendo de la maza de Lodbrog cayendo , volviendo á caer y levantándose para caer de nuevo sobre los cascos y las armaduras de los guerreros ; unos quedan inertes bajo sus espantosos golpes sin proferir un grito ni un gemido ; su cráneo ha quedado pulverizado dentro de su casco , como la nuez dentro de su cáscara ; otros , con los miembros rotos , se arrastran por el suelo con imprecaciones de dolor y de rabia ; los cadáveres forman ya un monton á los piés de Lodbrog , el gigante sube sobre ellos como sobre un pedestal , y su estatura parece aun mas elevada . Las ciméras de los cascos de los soldados que combaten alcanzan apenas á la altura de su cinturon , y Gaelo que acudia á tomar parte en la lucha , vió por un momento á los guerreros que sobrevivian rodear al berserke el cual habia llegado al paroxismo de su frenesí ; parecia que subiesen al asalto de una torre ; veinte brazos , veinte espadas se levantaban á la vez para herir al gigante ; pero es superior á esos brazos , á esas espadas , parecia el terrible busto del coloso , y su maza de hierro alzándose y cayendo , rompiendo espadas , cabezas , miembros y armaduras ! Gaelo , los piratas y las vírgenes se precipitan contra los Francos que atacan á Lodbrog , y les dispersan ; de repente el berserke exhala un nuevo rugido , arroja al aire su maza de armas , se inclina y levanta sujetando por los cabellos y por el cinturon , á un guerrero que se agita en vano , y lo lanza con rabia contra los últimos soldados que aun combatian . Algunos de ellos ruedan por el suelo , y Lodbrog les aplasta bajo sus piés monstruosos con el furor del elefante que pisotea y magulla á sus víctimas ; luego , no viendo enemigos á quienes combatir , pues todos los guerreros francos habian

perecido á sus manos ó peleando con los piratas, preso de un vértigo de destruccion, lleno de heridas cuyo dolor no siente, pero que tiñen en sangre su rota armadura, divisa un gran mausoleo de mármol negro: el sepulcro de Fredegonda... El gigante coge con sus poderosas manos una de las columnas que sostienen el monumento, la sacude, la conmueve con fuerza sobrehumana; la columna cede, y arrastra en su caída parte del monumento; el estruendo causado por las ruinas, aumenta la rabia del berserke, y distinguiendo entónces la luz sepulcral que sale de la cripta donde yace la hermosa Signa, se precipita hacia el subterráneo exhalando feroces alaridos.

La oscuridad mas profunda reinaba en el recinto que servia de pila-
 rion á Ana; á sus primeros esfuerzos, á la desesperacion que le cupo
 saber el ver se separada de su madre, habia sucedido cierta postu-
 rion; sus lágrimas se habian secado á fuerza de correr, y sentada
 en las gradas de su calabozo, apoyada en la pared, la joven, con los
 brazos cruzados sobre las rodillas, con la frente apoyada en sus pa-
 nos, se hallaba entregada á un delirio turbado por apariciones
 misteriosas; ya se le aparecia el infame Foltrado, y entónces se dis-
 peraba con un estremamiento de horror, cuando nuevo es-
 punto las imágenes que la rodeaban; ya sonando haber sido olvidada
 en aquel recinto subterráneo, sentase presa de los tormentos del
 hambre, y oia los desagradables gritos de su madre condenada al
 mismo suplicio. De repente un rumor de voces y precipitados pasos
 distingo á mas de tan crueles visiones: la cautiva levantó la cabeza,
 presó el oido y se precipitó hacia la puerta que golpeó con todas sus
 fuerzas, gritando:

— Padre mio! hermano mio! ¡libertadme!

Ana acababa de reconocer las voces de Eddi y de Guýrion el Buxo
 que gritaban:

— ¡Hija mia! ¡hermana!... ¿dónde estás?

— ¡Adi, padre mio! contestó la joven golpeando recientente la
 puerta, ¡adi!

— ¡Apártate del dintel, hija mia, grítele el marinero; vamos á der-
 ribar la puerta, y podrás verte al caer.

La joven, loca de alegría, retrocedió algunos pasos; la puerta,

CAPÍTULO V.

Rolf, el jefe de los piratas.

Una noche y casi un día habían pasado desde que Ana, conducida por Fultrade á una de las celdas subterráneas de la abadía de San Dionisio, se había librado por milagro de las violencias de aquel hombre, el cual, obligado á abandonar á su víctima para acudir al llamamiento de Roberto, conde de Paris, había vuelto á la abadía, luego de cumplida su misión, para recibir allí su castigo de las viriles manos de la hermosa Signa.

La oscuridad mas profunda reinaba en el recinto que servia de prisión á Ana; á sus primeros terrores, á la desesperacion que le causaba el verse separada de su madre, había sucedido cierta postracion; sus lágrimas se habían secado á fuerza de correr, y sentada en las gradas de su calabozo, apoyada en la pared, la jóven, con los brazos cruzados sobre las rodillas, con la frente apoyada en sus brazos, se hallaba entregada á un sueño febril, turbado por apariciones siniestras; ya se le aparecía el infame Fultrade, y entonces se despertaba con un estremecimiento de horror, causándole nuevo espanto las tinieblas que la rodeaban; ya soñando haber sido olvidada en aquel recinto subterráneo, sentíase presa de los tormentos del hambre, y oía los desgarradores gritos de su madre condenada al mismo suplicio. De repente un rumor de voces y precipitados pasos distrajo á Ana de tan crueles visiones: la cautiva levantó la cabeza, prestó el oído y se precipitó hácia la puerta que golpeó con todas sus fuerzas, gritando:

— ¡Padre mio! ¡hermano mio! ¡libertadme!

Ana acababa de reconocer las voces de Eidiol y de Gyrion el Buzo que gritaban:

— ¡Hija mia! ¡hermana!.. ¿donde estás?

— ¡Aqui, padre mio! contestó la jóven golpeando reciamente la puerta, ¡ aqui!

— Apártate del dintel, hija mia, gritóle el marinero; vamos á derribar la puerta, y podria herirte al caer.

La jóven, loca de alegría, retrocedió algunos pasos; la puerta,

sacudida con fuerza, se abrió con estrépito, y á la luz de una antorcha sostenida por Rústico el Bullicioso, Ana vió á su hermano y á su padre, en cuyos brazos se arrojó derramando lágrimas de contento. En seguida dijo mirando á su alrededor.

— ¿Y mi madre?

— Pronto la verás, hija mia; ¡ella me ha referido hace poco la traicion de aquel infame! contestó el decano de los marineros que no cesaba de abrazar á su hija con frenesí. Al verme, añadió, la pobre Marta, perdió el uso de sus sentidos; por fortuna ha vuelto en sí, pero se encuentra tan débil que no ha podido abandonar una de las celdas inmediatas á esta, y allí nos espera.

— ¿Vos aqui en esta abadía, padre mio? repuso la jóven admirada, luego que se hubo calmado su primera emocion, ¿tú tambien hermano mio? ¿y vos Rústico? ¿Estoy soñando?

— El conde de Paris habia apostado arqueros en la orilla del Sena á fin de detener las barcas que subiesen por el rio, contestó el anciano; dos guerreros me condujeron á la presencia de Roberto, y despues de una discusion con él, mandó que me encerráran en estos subterráneos.

— Además, el traidor envió á uno de sus servidores para decirnos que mi padre nos ordenaba reunirnos con él, añadió Guyrion, y saltamos en tierra sin desconfianza....

— Y apenas habíamos puesto los piés en la abadía, continuó Rústico, cuando los soldados del conde se arrojaron de improviso sobre nosotros, y participamos todos de la suerte de maese Eidiol.

— ¿Y quién os ha dado libertad, padre mio? preguntó Ana.

— Los piratas normandos, hija mia.

— ¡Cielos! exclamó la jóven aterrorizada juntando las manos, ¡Cómo, padre mio... esos paganos normandos!

— Ana, los normandos que nos libertan valen mas que los francos que nos encarcelan, observó Rústico; además esos normandos son guerreros muy atrevidos y astutos; se han introducido por medio de una estratagema, y han esterminado á un centenar de guerreros francos.

— Despues de lo cual, hermana mia, añadió Guyrion, han saqueado la abadía; hay en el patio un gran monton de botin que pasa de las arcadas del claustro.

— Y en seguida, guiados por los siervos, dijo Rústico, los normandos han bajado á las bodegas deseosos de probar el vino de la

abadia, y creyendo encontrar riquezas ocultas en estos recintos subterráneos, han derribado la puerta del calabozo donde nos ballábamos encerrados; su gefe, á quien llaman Gaelo, les ha mandado que nos trataran bien, y que nos ayudaran á libertar á los demás presos, si algunos quedaban en estos subterráneos.

— ¡Así fué como descubrimos el calabozo de tu madre, Ana! dijo Eidiol abrazando de nuevo á su hija.

— El hombre á quien dan el nombre de Gaelo se ha separado de nosotros para reunirse con el anciano Rolf, el gefe de esos normandos, repuso Gyrion, que acababa de desembarcar y de entrar en la abadía con una numerosa banda; sus piratas abren trincheras á toda prisa en los afueras de la abadía por la parte de Paris, pues antes de navegar hácia la ciudad, quieren fortificarse aqui para tener un lugar de refugio en caso de retirada.

— ¡Ola! ¡los marineros de Paris! gritó á lo lejos Gaelo, venid, buena gente; el anciano Rolf quiere hablaros.

— Joven, dijo Eidiol al pirata que se acercaba, te debemos nuestra libertad, y por tí hemos podido darla á mi mujer y á mi hija; ¡gracias por todo! Te seguiremos, pero mi hijo se quedará cerca de su hermana y de su madre, harto débiles aun para salir de aqui.

— Sea como dices, contestó Gaelo; y mientras Ana y su hermano iban á reunirse con Marta, el decano de los marineros de Paris, Rústico y los demás siguieron á Gaelo á fin de dirigirse al encuentro de Rolf que se encontraba en la celda del abad de San Dionisio. El joven pirata dejó por un momento á sus compañeros y corrió á una de las salas bajas de la abadía, donde habia sido trasladada la hermosa Signa, cuya herida, aunque grave, no era mortal. Cuando Lodbrog el berserke, entregado á su vértigo furioso, se hubo precipitado en la cripta de Clodoveo donde yacia exánime la heroína, hubiera sido despedazada por el gigante si tropezando en la primera grada de la escalera, no hubiese caido espirante, perdiendo su sangre por las innumerables heridas á las que habia permanecido insensible durante su frenesí, pero que acabaron por causar su muerte.

Rolf, rey del mar y jefe supremo de los piratas normandos, era ya anciano; su barba y su cabellos, de un rojo subido, blanqueaban en muchos puntos; numerosas cicatrices surcaban su rostro, quemado por el sol y el aire del mar; herido algunos años antes de un sablazo que le habia privado del ojo izquierdo y cortado la nariz hasta el hueso, el viejo pirata tenia una fisonomía repugnante: su ojo

único brillaba como una ascua bajo sus espesas cejas, y sus labios carnosos, medio ocultos por su espeso bigote y su erizada barba, daban á su boca una espresion burlona y sensual. De estatura regular pero de atléticas formas, Rolf tenia los brazos tan largos que estando en pié, llegábanle las manos hasta la rodilla; como sus campeones, usaba una armadura con escamas de hierro; pero á la sazón habiase quitado la coraza, y llevaba un justillo de piel de rengífero, ennegrecido en varios puntos por el roce de la armadura y que entreabiéndose de cuando en cuando dejaba ver su camisa cortada probablemente en alguna saabanilla de altar. El pirata terminaba su comida; los francos, hechos prisioneros servian á Rolf de rodillas y helados de espanto; para traer ó cambiar los platos y las copas, no podian andar de otro modo, y si el paso de los sirvientes no era tan rápido como se deseaba, los piratas apresuraban á latigazos la marcha de aquellos infelices.

Rolf terminaba, pues, su festín, y parecia hallarse de un humor escelente; medio ébrio por el rancio vino de las Galias, habia hecho sentar á dos mujeres en sus rodillas, la una Inés, la traidora criada del convento de Santa Plácida, y la otra una jóven sierva, de lindo rostro, haraposa y desgredada como todas sus compañeras. Sentados en el suelo, en los muebles ó en el lecho del abad, que habia muerto de terror, otros piratas reian, comian, cantaban y bebian. Inés, como muchacha resuelta, mojaba con frecuencia sus labios en la copa de Rolf ó acariciaba sus bigotes con maligna sonrisa, mientras que la pobre sierva, mas temerosa, lanzaba á hurtadillas inquietas miradas á aquel hombre tan terrible. Gaelo, de regreso de su visita á la encantadora Signa, y tranquilo ya acerca de la vida de su amante, entró acompañado de Eidiol, de Rústico y de los marineros.

—¿Con qué os hallabais presos en la abadia? dijo Rolf á los marineros pasando su mano por su espeso bigote; siendo así debéis uniros con nosotros contra nuestros comunes enemigos. ¿Sois de Paris?

—Si, contestó Eidiol.

—¿Saben alli la proximidad de nuestra escuadra?

—Ayer á mi partida, se ignoraba aun tu llegada pero hoy debe ya saberse.

—¿Crees que los parisienses se defenderán?

—Si, si por estéril deseo de hacer el mal te indispones con la

gente pobre; pero si te limitas á saquear las abadías y los palacios de los nobles francos, os dejaremos en toda libertad; ¿qué nos importa á nosotros?

—Mira, Rolf, añadió Rústico, los pobres habitantes de Paris se asemejan mucho á un rebaño de carneros pertenecientes á un lobo (el lobo es nuestro conde). Al ver á otros lobos (tu y tus piratas) olfatear los alrededores del redil, el lobo dueño del rebaño, grita á los carneros: ¡Sus! cobardes animales, corred contra los lobos! A lo que el buen pueblo contesta: señor de largos dientes, ¿qué diferencia hay para nosotros en ser comidos por los lobos francos ó por los lobos normandos? Batanse en buen hora aquellos que deseen carneros; á nosotros nos basta ver la presa que ellos se disputen.

Inés, que continuaba al lado de Rolf lanzó una carcajada al oír las palabras de Rústico; el anciano pirata golpeó con su mano en la mejilla de la jóven, y dijo el marinero:

—Gracias á tí esa linda muchacha me ha enseñado otra vez sus dientes blancos como los de la nutria. ¿Con qué los buenos habitantes de Paris no se defenderán? harán bien; pues con la reserva de soldados que dejaré en esta abadía fortificada y mis dos mil barcas dispuestas ya á subir por el Sena hasta Paris, no serán Roberto ni Carlos el Simple quienes puedan resistirme. El rey, como lo han hecho hace un siglo todos los de su raza, nos pagará un tributo, y cargados de botín, emprendemos de nuevo el camino del Norte, á no ser que me plazca establecerme en este pais de las Galias como lo ha hecho en el condado de Chartres mi compadre Hastain. ¡Ah! ¡ah! campeones que me acompañais, voy haciendome viejo, y quizás debería fijarme en este país, en alguna fértil provincia rica en hermosas mujeres y en buen vino! ¡Ah! compañeros, como dice el Saga soy un pobre viejo cuervo de mar; hace cuarenta años que raso con mis alas las aguas dulces de los rios, y las saladas olas del Oceano; y todo debe tener un fin, valientes camaradas!

—Sigue mi consejo, anciano Rolf, dijo Rústico con tono chancero. Carlos el Simple tiene una hija llamada Gisela, una niña de diez y seis años, hermosa como un ángel; el año pasado la ví en el monasterio de Argenteuil donde iba á hacer sus oraciones. Casate con la hija de Carlos el Simple, y exige una provincia en calidad de dote.

—Por los *Trolls* y las *Dwalinas* de que desciendo, ¡magnífica idea! exclamó riendo el pirata que no habia cesado de llenar y vaciar su copa, y cuya reciente embriaguez se habia convertido en una em-

briaguez completa; si, Carlos el Simple me dará su hija, y una provincia á mi eleccion en dote... á no ser asi, no he de dejar piedra sobre piedra en castillo ni abadía! Si... tomaré por esposa á esa Gisela... el nombre me agrada.

Luego redoblando su hilaridad, miró lúbricamente á Inés y á la sierva, diciéndoles:

— No tengais celos; os haré camarista de mi princesa.

Al escuchar estas palabras, los piratas, no menos ébrios que su jefe, prorumpieron en grandes carcajadas, y gritaron:

— ¡ Todos beberemos en tu vaso viejo Rolf! Gloria al esposo de Gisela, hija de Carlos el Simple.

— El pobre está como una cuba, maese Eidiol, dijo Rústico en voz baja, y no tomes por lo serio sus palabras de casarse con la hija del rey de los francos.

Un gran tumulto, mezclado con imprecaciones y amenazas, que se dejó oír en la parte interior, interrumpió las reflexiones de Rústico; casi al mismo momento entraron muchos piratas, arrastrando á pesar de su resistencia á Guyrion el Buzo, cuyo rostro chorreaba sangre.

— ¡ Hijo mio! exclamó Eidiol corriendo hacia el jóven! ¡ mi hijo herido!

— ¡ Qué sucede? preguntó Rústico, y su madre y su hermana, ¿ donde están?

— Esos bandidos han dado muerte á mi madre queriendo arrancar á Ana de sus brazos, contestó Guyrion con desesperacion; quise defenderlas y he recibido un tajo en la cabeza.

— ¡ Muerta mi mujer! exclamó el anciano con estupor; y luego con lastimoso acento dijo:

— ¡ Rolf, justicia, justicia y venganza!

— ¡ Si, Rolf, justicia y venganza! gritaron los piratas que sujetaban á Guyrion, ese perro ha dado muerte á uno de nuestros compañeros. Tú qué gustas de hacer justicia por si misma, hazla ahora.

Rolf, cada vez mas ébrio, no cesaba de vaciar su copa, y contestó con voz ronca:

— Si, compañeros, voy á hacer justicia, dejad que dé fin á esa ánfora de vino; no puedo saciar mi sed.

Otros piratas entraron en aquel entonces llevando en sus brazos á Ana desmayada; depositaronla á los piés del jefe de los normandos, y le dijeron:

— Rolf, te traemos una jóven muy linda; reservada para tí, ha sido respetada.

En vano Eidiol, Rústico, Guyrion y los marineros que les acompañaban quisieron socorrer á Ana; los piratas les rechazaron y contruvieron. Inés y la sierva asustadas habian huido de Rolf, el cual vacilante y arrojando una distraida mirada sobre Ana tendida sin sentido á sus piés, dijo á su gente:

— Compañeros, voy á hacer justicia.

Y dirigiéndose á Guyrion el Buzo, que olvidando la herida que ensangrentaba su frente, contemplaba con desesperacion, ya á su padre, ya á su hermana desmayada, dijo:

— ¿Quién eres? ¿de donde vienes?

— Es mi hijo, contestó Eidiol con voz sorda; es como yo, marinero de Paris.

— Rolf, exclamó Rústico fuera de sí, ya que tú y tus soldados nos maltratan de ese modo, nuestra corporacion de marineros sublevará á las demás corporaciones de Paris, y vereis como en 885, lo que pueden los Parisienses cuando quieren defenderse.

Rolf acogió la amenaza con grandes carcajadas, y balanceándose sobre sus vacilantes piernas, contestó con voz entrecortada:

— Me has ofrecido en matrimonio la hija de Cárlos el Simple... y esto te grangea mi indulgencia... te perdono, si; y además, para celebrar mis reales nupcias, perdono tambien á tus compañeros parisienses, pero guardo á la niña, que me parece hermosa, añadió Rolf fijando sus ojos en Ana, tendida á sus piés pálida y exánime, dividirá mi amor con Inés y la sierva, en tanto que tomo por esposa á Gisela, hija de Cárlos el Simple. Parisienses, podeis volver á Paris, estais libres; prohibo á mis guerreros que os causen daño alguno. ¡Oh, oh...! pierdo la cabeza, voy á acostarme en el lecho del abad.

— ¡Rolf, escuchame, repuso Eidiol adelantándose hácia el lecho, devuélveme mi hija, permite que llevemos en nuestra barca el cuerpo de mi mujer!

— ¡Compañeros! baluceó Rolf, poned á esos perros en la puerta de la abadía, y vayan á decir cuanto antes á Cárlos el Simple que... quiero casarme... con su hija Gisela.

Y Rolf se dejó caer en el lecho del abad.

— ¡Si! ¡si! te casarás con la princesa, exclamaron los piratas celebrando la chanza de su gefe; y apoderándose de los marineros

arrojáronles de la abadía de San Dionisio á pesar de su desesperada resistencia, gritando:

—Decid al rey simple que si niega su hija á nuestro gefe, iremos nosotros á buscarla; celebraremos para su enlace la misa de las lanzas, y conduciremos á Gisela al lecho del viejo Rolf.

La inmensa escuadra de los piratas compuesta de mas de dos mil naves, tripuladas por veinte y cinco mil combatientes, abandonando las aguas hasta la abadía de San Dionisio, y empujada por un viento favorable, se habia dado á la vela algun tiempo despues de salir el sol, y habia hecho rumbo hácia Paris. El órden de marcha de los buques era indicado por la mayor ó menor profundidad de las aguas del rio; los barcos ligeros, como los *holkers*, navegaban cerca de ambas orillas, luego mas en medio del rio, los *suecars*, buques de veinte bancos de remeros, y por fin en la parte mas profunda los *drekers*, buques de alto bordo, muy semejantes á las grandes galeras romanas; gruesas planchas de hierro defendian sus costados, y en su popa se elevaba un *Rastali*, parapeto semicircular de ocho ó diez piés de altura. Apostados en aquella plataforma, los normandos lanzaban á sus adversarios piedras, flechas, venablos, materias inflamables, vigas, y tambien vasos muy frágiles llenos de un polvo corrosivo que cegaba á los enemigos, mientras que otros piratas armados con largas hoces procuraban cortar las cuerdas de los buques con que combatian.

Los buques normandos que subian entonces el Sena, cubrian el rio desde una orilla á otra en el espacio de una legua, y sus aguas desaparecian bajo aquella masa de embarcaciones atestadas de piratas; de todas partes ofrecian un inesplicable enjambre de hombres, de carros, de armas, de corazas, de escudos, de singulares figuras pintadas ó doradas, colocados ya en en la proa de las naves, ya en lo alto de los mástiles; pabellones de todos colores flotaban á merced del viento que hinchaba las holgadas velas donde se veian representados animales fabulosos, dragones alados con dos cabezas, peces con cabezas de leon y otros monstruos. A menudo dominaban el estrepitoso rumor ocasionado por la multitud, los feroces cantos guerreros de los normandos, á los que contestaban con un lejano eco los salvajes y vengadores gritos de los siervos rebelados que, pálidos, araposos, armados con palos, hoces y orquillas, costeaban el Sena, por entre los bosques que se elevaban en las márgenes, y aquella multitud no menos ávida que los normandos de apoderarse

de las riquezas de Paris, arreglaba su paso á la marcha de la escuadra, que habia dejado ya tras sí las aguas dominadas por las altas colinas de Saint-Cloud. El viento arreciaba, y los normandos llegaron á una parte del rio desde donde se divisaban á lo lejos las torres y murallas de la ciudad de Paris, encerrada en su isla, en cuyo centro se elevaba la catedral. En las márgenes de ambos brazos del rio donde empezaban los campos y arrabales, veíanse tambien muchos campanarios y los suntuosos edificios de las abadias de San German de Auxerre, de San German de los Prados, de San Esteban, y en el horizonte, la colina donde se halla edificada la basílica de Santa Genoveva. A la vista de aquella ciudad tantas veces atacada, y saqueada por los hombres de su raza, los normandos prorumpieron en alaridos de triunfo; ¡Paris! ¡Paris! amenazadoras voces que el viento del oeste, favorable á los piratas, debió llevar hasta la ciudad.

Al frente de la escuadra navegaba el *drekar* de Rolf, el rey del mar; aquel buque llamado GRIMSNOTT, habia sido apresado por Rolf á otro pirata despues de un encarnizado combate, y segun el Saga (el canto) de *Gothrek*, sobrepujaba á los demás *drekars* del mar del Norte por sus dimensiones y su magnificencia, como sobrepujaba Rolf por su valor á todos los piratas. El Grimsnotts se asemejaba á un gigantesco dragon; su cabeza de cobre y su cuello de escamas salian de la proa que representaba un pez con dos alas replegadas hácia la popa y esta imitaba la cola de un monstruo marino; en la inmensa vela cuadrada pintada de rojo, veíase tambien un dragon dorado, y en la popa se elevaba el Rastali, pequeña fortaleza semicircular, con saeteras, desde donde los arqueros colocados en el interior podian disparar á mansalva contra el enemigo; una espaciosa plataforma coronaba la fortaleza, y formaban el parapeto varios escudos de hierro unidos entre sí.

El anciano Rolf se mantenía en pié en su Rastali mostrando un continente feroz é inspirado; sus armas y sus manos chorreaban sangre, y á sus piés, en medio de un charco sangriento, palpitaba en las ansias de la muerte un caballo blanco, solemnemente inmolido en honor de Odin y de los dioses del Norte. Terminado el sangriento sacrificio, el anciano pirata que desde lo alto de su Rastali dominaba todos los buques de su escuadra, empuñó su cuerno de marfil y tocó tres veces, dando á cada sonido un tono particular; los gefes de buque repitieron á su vez la señal de Rolf, que llegó de

este modo al último extremo de la escuadra; los cantos de guerra de los piratas cesaron como por encanto, y cumpliendo en breve la ordenada por sus gefes, mantuvieron sus buques inmóviles en medio del río. Los holkers de Gaelo y de la hermosa Signa, que servían de exploradores al drekar de Rolf, navegaban á poca distancia del mismo; el jefe pirata mandó á ambos jóvenes que pasasen á su bordo, y estos obedecieron arrojando una estrecha plancha desde su holker al GRIMSNOTTS. La heroína, pálida por la pérdida de sangre, pero harto animosa para no tomar parte á pesar de su herida, en el próximo combate, llevaba la frente ceñida con una venda de lino, bajo las mallas de hierro que le servían de casco; y en el momento en que se disponía á subir al Rastali de Rolf, acercósele Gaelo y le dijo:

— Signa, la guerra tiene sus azares; quizás encuentre mañana la muerte; sé hoy mi esposa.

La vírgen se ruborizó, y sus ojos que jamás habían bajado ante los de un hombre, no pudieron resistir á la ardiente mirada de Gaelo. Signa contestó en voz baja y alterada por la emoción.

— Me has vencido, Gaelo... te pertenezco y siento orgullo al decir que no podía pertenecer á un hombre mas esforzado. Rolf ha sido para mí un padre, y debo consultarle sobre tu demanda; si consiente en ella, seré tuya.

Sin añadir una palabra la vírgen precedió á Gaelo en la plátforma del Rastali donde se hallaba el viejo pirata.

— Gaelo, dijo Rolf, tú y Signa os adelantareis á la escuadra, y os dirigireis á Paris con vuestros dos holkers.

— Jamás te habré obedecido con mayor alegría.

— Os presentareis al conde de Paris, y Signa le dirá: El rey de los francos tiene una hija muy hermosa, y Rolf la quiere por esposa.

Gaelo y la heroína miraron al pirata con admiracion, y el primero le dijo:

— ¿Rolf, hablas seriamente?

— Muy seriamente. Ayer uno de esos marineros parisienses, muchacho festivo y osado, me dijo en chanza: «¿Porqué no tomas por esposa á Gisela, hija del rey de los francos, pidiéndole en dote una de sus provincias?» Entonces me hallaba ébrio, la idea me pareció graciosa, y encargué al marinero que pidiese para mí la mano de la hija de Cárlos el Simple; no es esto todo, sino que al recobrar la razon he creído el consejo tan bueno... que te envio á tí y á Signa á Paris como embajadores.

Luego soltando una carcajada añadió:

— Dicen que soy un bandido manchado con todos los crímenes, y llevo sin embargo mi galanteria hasta el punto de hacer pedir por mí vírgen á una vírgen en matrimonio. En cuanto á la provincia, dirás al conde de Paris, que quiero la Neustria, fértil y rica provincia bañada al norte por el mar; un viejo marino como yo gusta de ver espumar á lo lejos los olas del Occéano. Asi como Hostain obtuvo de Cárlos el Calvo el pais de Chartres, yo deseo la Neustria; la convertiré en *Normandia*, y nos estableceremos en ella, compañeros.

— Transmitiremos tus órdenes al conde de Paris, pero es probable que responda á ellas con el suplicio de Signa y el mio.

— Si á tanto se atreviera... exclamó el pirata; pero luego calmándose, repuso: ¡No, no se atreverá! Para que Roberto se apresure á comunicar mis órdenes á su rey, que se encuentra, segun dicen, en el castillo de Compiégne, dirás al conde que mi escuadra anclará cuanto antes bajo los muros de Paris; y que si mañana antes de ponerse el sol, no os hallais Signa y tú en las naves normandas, entraré en la ciudad á sangre y fuego. Si, si mañana antes de terminar el dia, no me ha dado Cárlos el Simple la mano de su hija, la Neustria y diez mil libras de plata en rescate de la ciudad de Paris, no ha de quedar dentro de sus muros piedra sobre piedra.

— Rolf, tus órdenes serán cumplidas, pero escucha: Signa consiente en tomarme por esposo, y al suplicarle que se celebre el enlace esta noche, me ha contestado: Si Rolf consiente en tu demanda seré tuya.

— ¡Rolf no consiente en ella! contestó el pirata en tono burlon. Gaelo se enlazará con la hermosa Signa el dia en que Rolf el pirata tome por esposa á Gisela, hija del rey de los francos!

CAPÍTULO VI.

La hija de Carlos el Simple.

Al abandonar el drekar de Rolf, Signa y Gaelo volvieron á sus holkers, y haciendo fuerza de remos dirigiéronse rápidamente hácia la isla fortificada en que se elevaba la ciudad de Paris, mientras que la escuadra les seguia con lentitud y de léjos.

— Gaelo, dijo Simon el Orejudo remando con vigor lo mismo que sus compañeros, ¿ ves las bandadas de siervos que nos han seguido á lo largo del rio? miralos como corren hácia las abadías que se elevan por la campiña.

— ¡ Son capaces de empezar el saqueo sin esperarnos! repuso Robin con voz lamentable, á la que se unieron en breve las imprecaciones de los demás piratas, que cesaron por un momento de remar contemplando con cólera y envidia aquellas hordas de hombres haraposos y de feroces ademanes, que agitando sus palos, sus horquillas y sus hoces lanzaban furiosos gritos.

— ¡ Si Lodbrog no hubiese muerto como un verdadero berserke, sentiria un acceso de frenesí al mirar semejante espectáculo! ¡ ver á esos miserables llegar al saqueo antes que nosotros! ¡ qué horror! exclamó Simon abandonando su remo y levantándose sobre su banco á fin de ver mejor la direccion de las hambrientas hordas; nos roban, ¡ infames!

— ¡ A vuestros remos, compañeros, á vuestros remos! dijo Gaelo, no echareis á menos vuestra parte de botin; ¡ á vuestros remos! Y mostrándoles la barca de Signa que les habia adelantado, añadió: permitireis que lleguen antes las mujeres que vosotros?

A la voz siempre obedecida de Gaelo, los piratas tomaron otra vez sus remos á fin de alcanzar el holker de las vírgenes. En la orilla derecha del Sena subiendo hácia Paris veianse muchos y frondosos árboles plantados en medio de vastas praderas, dependientes de la abadia de San German de los Prados, cuyos vastos edificios se elevaban á lo léjos; en la orilla izquierda encajonaba el rio ocultando la vista del horizonte un escarpado ribazo, en cuyo pié habia una estacada para proteger á los buques en las épocas en que subian las aguas;

ambos holkers, haciendo fuerza de remos, pasaban á lo largo de la estacada, cuando saliendo de repente de aquel abrigo un buque parisiense tripulado por Eidiol, Guyrion, Rústico y otros marineros, impidió el paso á los holkers, les envió una granizada de flechas, arrojó sus gárfios sobre el de Gaelo que se encontraba mas á su alcance, y los marineros armados con cuchillos, puas y hachas se precipitaron al abordage, escitados por la voz de Eidiol que gritaba:

— ¡Esterminad á esos normandos! ¡han dado muerte á mi mujer y me han robado mi hija! ¡apoderaos con vida de los jefes, y nos servirán de rehenes!

Al sufrir tan inesperado ataque, la hermosa Signa y Gaelo, el cual recibió una flecha en el brazo á causa de no llevar puesto el brazal, se encontraban segun costumbre cerca del timon; precipitábanse hacia la proa de sus barcas al mandar Eidiol el esterminio de los piratas; pero al oír su voz salió un grito de sorpresa y de gozo del holker que montaban las vírgenes, y en seguida llegaron estas palabras al oído del decano de los marineros:

— ¡Padre mio! ¡padre mio! ¡no ataques á esas guerreras; la jóven que las manda me ha protegido y me conducia á Paris á vuestro lado.

Y Ana, en pié en medio del buque tendia sus brazos á Eidiol. — ¡Guyrion! ¡Rústico! ¡suspended la lucha! exclamó el anciano tratando de distinguir á su hija á través del combate trabado ya desde uno al otro buque! Ana se halla en la barca de esas guerreras! Cese la lucha, hijos míos.

Gaelo, que irritado por el dolor que la causara su herida habia cedido á un primer impulso de ardor belicoso durante el cual habia devuelto golpe por golpe á los enfurecidos parisienses, les gritó:

— Este combate es inútil; vamos á Paris como enviados de Rolf.

Estas palabras y sobre todo la voz de Eidiol que gritaba hallarse su hija á bordo del buque de las mujeres piratas, hicieron cesar la lucha despues de algunas heridas recibidas por una y otra parte; la hermosa Signa, conmovida aun, dió á sus compañeros la órden de depóner las armas, y Ana, tendiendo los brazos á Eidiol, le decia:

— ¡Benedicid á esa jóven, padre mio! gracias á ella me he librado de los ultrages de los piratas.

— Yo he sido quien te ha lanzado esa flecha, y lo siento, decia al mismo tiempo Guyrion á Gaelo, viendo que el guerrero intentaba en vano arrancar de su brazo la flecha que recibiera; ahora te reco-

nozcó, continuó Guyrion, tu fuiste quien nos abrió las puertas de los calabozos de la abadía.

Rústico, que tenia aun en la mano su cuchillo, miraba á Simon que despues de quitarse el casco, se llevaba dolorosamente la mano á su cabeza ensangrentada, y dijo:

—Tambien sentiria yo el haber quitado media oreja á ese normando si la parte que le queda no me pareciese mas que suficiente.

—Otra vez que nos encontremos, gritó Simon el Orejudo enseñando el puño á Rústico, seré yo quien te corte la lengua, á fé de Simon.

—¿ Con qué eres tan normando como yo, á lo que veo? dijo Rústico reconociendo á un compatriota por el nombre de Simon, entonces siento mas todavía el dejarte con tal desigualdad en las orejas; habria debido cortar tambien la otra.

Simon nada contestó á esas palabras ocupado como estaba en resañar la sangre de su herida que lavaba con agua, mientras que su compañero Robin le decia por todo consuelo:

— Si tuvieramos fuego, enrojeceria la punta de mi espada, y la herida quedaria cicatrizada en un instante.

Algunos momentos despues del corto abordage pasó Ana desde el holker de la hermosa Signa á la barca de Eidiol, y refirió á este, á Guyrion y á Rústico, como encontrándose al recobrar sus sentidos en medio de los piratas que la habian conducido cerca de Rolf, y viendo entrar á la guerrera se habia arrojado á sus piés, suplicándole que la protegiese; como Signa, movida á compasion, obtuvo de Rolf la libertad y la condujo á su holker, donde habia permanecido hasta el momento de su inesperado encuentro con su padre. Este á su vez refirió á Ana que, desesperado al verla en poder de los normandos, y sabiendo que acostumbraban estos á enviar como avanzadas de sus escuadras algunos buques ligeros, se habia ocultado en la empalizada del puerto de la Greve, con la esperanza de esterminar los piratas á fin de vengar la muerte de Marta y apoderarse con vida de su gefe á fin de obtener por rescate la libertad de Ana. Los dos holkers y la barca parisiense desembarcaron sus tripulantes en la orilla á poca distancia de las murallas donde los normandos debian esperar el regreso de Signa y de Gaelo, encargados de transmitir al conde de Paris la voluntad de Rolf. En el momento de abandonar la márgen del rio para dirigirse hácia la ciudad en la que no se podia entrar sino por uno de los dos puentes defendidos con torres, Eidiol dijo al pirata:

— Si deseais llegar con seguridad al palacio del conde de Paris, cubrid vuestras armaduras con los capotes de nuestros marineros; vuestra calidad de mensajeros de Rolf no seria respetada por los soldados del conde, y aunque no os espanten los peligros, ¿de qué sirve el valor combatiendo dos contra ciento? os guiaré hasta el palacio; preguntareis alli por alguno de los servidores de Roberto y podreis llevar vuestra mision.

— Acepto tu oferta, contestó Gaelo despues de decir á Signa algunas palabras en voz baja. Deseo con ardor salir con bien de la mision que me han confiado; espero el momento de ver al conde de Paris.

— Además, dijo Guyrion dirigiéndose al pirata, estás herido, y por el modo como llevas el brazo conozco que sufres mucho. El hierro de mi flecha ha quedado en la herida, entra en mi casa antes de ir á palacio y procuraremos estraerlo.

— Si, dices bien, respondió el jóven. Aunque he recibido varias heridas, confieso que jamás habia sentido el dolor que siento ahora.

Signa y Gaelo, despues de envolverse en los capotes de dos marineros, abandonaron la orilla, y se dirigieron hácia el puente. A medida que se acercaban á la ciudad, llegaba á sus oidos un creciente tumulto, y en breve se encontraron en medio de gran número de siervos que, dirigiéndose á toda prisa hacia la puerta de la torre que defendia el puente, llevaban á la ciudad las riquezas de los santos lugares, incendiados por otros siervos rebeldes, consistentes en imágenes de plata y oro, y en magnificas urnas conteniendo venerables reliquias. La multitud devotamente arrodillada contestaba con lamentos á los cantos de los sacerdotes, pero parecia poco dispuesta á correr á las murallas, y á las exhortaciones que se le dirigian, contestaba:

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios! ha querido castigar á sus indignos servidores con la venida de los normandos, y solo nos toca sufrir el azote con resignacion.

En vano por su parte los servidores del conde de Paris recorrian las calles á caballo gritando:

— ¡A las armas, villanos y ciudadanos! ¡á las murallas!

Mas los villanos y los ciudadanos se dirigian con presteza á sus casas cuyas puertas atrancaban, dejando que los soldados del conde y del obispo se ocupasen en la defensa de la ciudad. Despues de atravesar algunas calles tortuosas, Eidiol y sus compañeros llegaron á la

puerta de la casa del barquero ; Guyrion la abrió , y Gaelo , Signa , Rústico , Ana y su padre se encontraron reunidos en la sala baja de la habitacion.

— Hermana mia , dijo Guyrion , enciende una lámpara , y trae agua , vendas y aceite.

Dirigiéndose luego á Gaelo mientras que Ana se ocupaba en los preparativos de la curacion , añadió :

— Cuando tu herida , lavada con agua fresca estará cubierta de un lienzo empapado en aceite , sufrirás mucho menos.

Gaelo se despojó de su armadura , levantó la manga de su justillo de rengífero , y presentó desnudo su brazo ensangrentado. El pirata , al querer sacar de su herida la acerada flecha , habia roto el asta y solo el hierro quedaba hundido en la carne , sin embargo como salia poco ó mucho , pudo Eidiol cogerlo y estraerlo con tanta precaucion como destreza. La operacion causó gran alivio á Gaelo , y el anciano , antes de vendar la herida mojó un lienzo en agua á fin de lavar los bordes de la herida cubiertos de sangre cuajada. De repente profirió un grito de sorpresa , dió un paso atrás , miró á Gaelo con ansiedad , y le dijo vivamente :

— ¿ Quién trazó en tu brazo esas palabras galas : *Brenn-Karnak* ?

— Mi padre poco tiempo despues de mi nacimiento.

— ¿ Tu padre... y donde está ?

— ¡ Ha muerto lo mismo que mi madre !

— ¿ Y era de la raza de los normandos ?

— No , era de raza gala , aunque combatia con ellos y habia nacido en su pais... pero , ¿ qué significan esas preguntas ?

— Por piedad , respóndeme. ¿ Y en qué época fué tu abuelo á habitar el pais de los normandos ?

— A mediados del siglo pasado.

— ¿ Poco tiempo despues de una gran insurreccion de la Bretaña , cuando para combatir á las francos los bretones se aliaron con los normandos establecidos en la desembocadura del Loira , no es verdad ?

— Si , contestó Gaelo mas y mas sorprendido ; ¿ pero como puedes saberlo ?

— ¡ Respóndeme ! exclamó Eidiol , mientras que su hijo , su hija , Rústico y Signa le escuchaban con visible interés : ¿ qué acontecimientos obligaron á tu abuelo á unirse con los normandos ?

— Despues de la insurreccion de la Armórica en un principio triun-

fante, introdújose la division entre los gefes bretones; la discordia alcanzó tambien á la familia de mi abuelo, y á consecuencia de un violento altercado con uno de sus hermanos, sacaron la espada uno contra otro; herido en aquel combate fratricida, mi abuelo abandonó para siempre la Bretaña y embarcóse con una banda de normandos que dejaban el Loira para regresar á Dinamarca, donde mi padre y yo hemos nacido.

— Tu abuelo se llamaba *Ewrag*, repuso Eidiol con emocion, y era hijo de *Vortigern*, uno de los esforzados compañeros de armas de *Morvan*, que resistió heroicamente al ejército de Ludovico Pio entre los pantanos y las rocas de la Armórica. *Vortigern* tenia por abuelo á *Amael*, que vivió cien años y mas, se negó á ser el carcelero del último vástago de Clodoveo, y fué uno de los gefes de las bandas de *Cárlos Martel*, antecesor de *Carlomagno*, cuyo descendiente reina en el dia bajo el nombre de *Cárlos el Simple*.

— ¡Anciano! exclamó Gaelo, ¿quien ha podido instruirte de este modo de las aventuras de mi familia?

— Tu familia es la mia, contestó Eidiol con los ojos humedecidos en lágrimas; como tú, desciendo de *Joel*, el *Brenn* de la tribu de *Karnak*; mi abuelo era hermano de tu abuelo.

— ¿Qué dices? preguntó Gaelo; ¿eres como yo de la raza de *Joel*?

— Si; y yo, mi hijo y mi hija llevamos trazadas en el brazo las palabras que se ven en el tuyo, segun lo dispuso *Ronan*, uno de nuestros antepasados, que vivia en el tiempo de la infame *Brune-gilda*.

— ¡Somos parientes! exclamó á la vez *Ana* y *Guyrion* acercándose á Gaelo, mientras que *Signa* y *Rústico* escuchaban la conversacion con interes cada vez mayor.

— ¡Somos parientes! repuso Gaelo mirando alternativamente al anciano, á *Ana* y á *Guyrion*; luego dirigiéndose á la heroína añadió.

— *Signa*, debo darte dobles gracias, pues la jóven á quien tan generosamente has salvado, es de mi familia.

— Sea para mí una hermana, dijo la virgen con su voz grave y sonora, mi espada la defenderá siempre.

— Y á falta de vuestra espada, hermosa heroína, repuso *Rústico*, mis dos brazos junto con los de maese Eidiol y de mi amigo *Guyrion* protegerán á *Ana*, aunque haya querido la desgracia que desde ayer no le hayan servido de mucho.

—Padre, dijo Gaelo á Eidiol, ¿cuando abandonasteis la Bretaña para venir á Paris?

—Tu abuelo Ewrag tenia dos hermanos, hijos como él de Vortigern, y cuando, despues de la division que has mentado, Ewrag abandonó la Bretaña para dirigirse al pais de los normandos, sus dos hermanos *Rosneven y Gomer*, (este último fué mi abuelo) continuaron habitando cerca de las sagradas piedras de Karnak; *Nominoe, Judicael y Allan el de la fuerte barba*, fueron elegidos sucesivamente jefes de los jefes de la Armórica, y si bien los ejércitos francos invadieron y asolaron mas de una vez nuestro pais, no pudieron establecerse en él de un modo tan sólido como en las demás partes de la Galia. La influencia drúidica mantuvo vivo durante mucho tiempo en nuestras poblaciones el odio contra el extranjero; mas por desgracia el ejemplo de los nobles francos convertidos poco á poco en poseedores hereditarios de las tierras y de los hombres de la Galia por derecho de conquista, ejerció un funesto influjo entre los jefes bretones; elegidos en un principio libremente por los pueblos segun la antigua costumbre gala, en razon de su valor, de su sabiduría y de su patriotismo, aquellos jefes nacidos de la eleccion, quisieron convertir el poder en hereditario en sus familias, á imitacion de los demás señores de la Galia. La Bretaña perdió poco á poco sus antiguas franquicias; los jefes, antes electivos y temporales, y entonces hereditarios é investidos de su poder absoluto, arrebataron á los pueblos bretones casi todas sus libertades, pero jamás hasta ahora les han degradado hasta el punto de tratarles como esclavos ó siervos. Pensando en la horrible servidumbre que pesa sobre los demás paises de la Galia, puede creerse que existe la libertad en Bretaña, y los señores de la Armórica son al menos de raza bretona. Esto no obstante Gomer, mi abuelo, vió con dolor y enojo la humillacion de la Bretaña; Gomer era marino, y establecido en el puérto de Vannes como Albinik, uno de nuestros antepasados, que por pundonor no quiso destruir la escuadra de César, hacia frecuentes viajes á Inglaterra y tambien al Somme y al Sena. Cierta dia llegó por el rio hasta Paris; su oficio de marino le puso en relacion con el decano de los barqueros parisienses que tenia una hija muy bella y virtuosa; mi abuelo la tomó por esposa, y mi padre nació de esa union. Como su padre, fué marinero, y como el mio, lo he sido yo tambien. Mi vida ha sido hasta aqui tan feliz como puede serlo en tan calamitosos tiempos; solo dos infortunios han cai-

do sobre mí: la muerte de mi pobre Marta, á quien perdí ayer, y hace treinta años, la desaparicion de mi primer hijo, de una niña llamada Jeanika.

— ¿Cómo desapareció?

— Mi mujer, entonces enferma, confió la niña á una vecina para que la llevara á paseo fuera de la ciudad, y jamás hemos sabido la menor cosa ni de mi hija ni de la vecina.

— Por fortuna los hijos que os han quedado han debido hacer menos amarga vuestra pena, dijo Gaelo; ¿y habeis sabido alguna noticia de la raza de nuestra familia que permanece en Bretaña?

— ¡Ay! ninguna; he sabido únicamente por un viagero que la tirania de los señores bretones sobre los hombres á quienes llaman sus *súbditos* se aumenta de dia en dia, y como mi padre, he abandonado toda esperanza y todo deseo de volver á Bretaña.

— Eidiol, repuso Gaelo recogiendo el hierro de la flecha que el anciano habia dejado caer al suelo, guardad esta flecha, que aumentará el número de reliquias de nuestra familia, si alguna vez encontráis á nuestros parientes de Bretaña conservadores quizás de las leyendas de nuestros abuelos.

Un tumulto, lejano en un principio, pero que se acercaba á cada momento interrumpió á Gaelo; en breve oyéronse las pisadas de varios caballos y Rústico, que habia entreabierto la ventana, dijo á media voz:

— Es el conde Roberto acompañado del arzobispo de Ruan y de sus hombres de armas; sin duda viene de las murallas y vuelve á su castillejo.

— Padre, dijo Gaelo, nos habeis prometido acompañarnos al palacio del conde de Paris; el tiempo urge y deseo dar cima á mi extraña mision.

— ¿Y cual es esa? preguntó Eidiol.

— Signa debe manifestar al conde que Rolf, el pirata normando, quiere enlazarse con Gisela, hija de Cárlos el Simple, rey de los francos, y yo que Rolf exige por dote la Neustria.

Eidiol permaneció un momento mudo de estupor, mientras que Rústico, riendo á carcajadas exclamaba:

— ¡Cómo! ¡el viejo Rolf ha seguido mis consejos! ¡Por el ojo que falta á aquel maldito tuerto que no me creia tan escelente consejero!

— ¡Oh santa augusta providencia! exclamó Eidiol, ¡Cómo desaparecen las poderosas razas engendradas por la conquista! Uno de

los descendientes de Joel se negó á ser el carcelero del postrer vástago de Clodoveo, y otro de sus descendientes, ó Joel, está encargado de decir al nieto degenerado de Carlomagno; «¡ Entrega tú hija á un pirata manchado de crímenes, y abandónale una de las hermosas provincias que te restan, sino, tiembla por tu corona! »

Algunos momentos despues, Signa y Gaelo, se encaminaban guiados por Eidiol, al palacio del conde Roberto.

Uno de los pabellones del sitio real de Compiègne servia de habitación á Gisela; hija de Carlos el Simple, rey de los francos, la que ocupaba de ordinario con sus damas el gran salon del piso bajo. Aquella mañana, Gisela que acababa de cumplir catorce años, pues Carlos casado á los diez y seis había sido padre á los diez y siete, trabajaba en una labor de tapicería, cerca de una estrecha ventanilla abierta en una pared de diez pies de espesor, que dejaba ver el interior y sombrio bosque en medio del cual se elevaba el castillo de Compiègne. El rostro de Gisela era infantil y agraciado, y junto á ella se veia á su novicia, mujer de unos treinta y seis años que le daba las tareas de varias labores que necesitaba la niña para su traje. A sus pies, sentada en un escalón, se encontraba Ivona, su hermana de leche, y mas lejos algunas jóvenes, sentadas sobre sus labores, hilaban ó se ocupaban en diferentes trabajos de costura.

— ¡ Juanita, decía Gisela á su novicia, mi padre que viene á buscarme todas las mañanas, no ha venido hoy todavía, y eso que sera ya tarde.

— Ya os he dicho que el conde Roberto y el señor Francon, arxobispo de Reims, acompañados de una numerosa escolta, han llegado esta noche de París; el chambelán ha despertado al rey y me ha llamado, y desde las cuatro de la mañana se encuentran en conferencia con el señor conde y el señor arxobispo.

— Ese viaje nocturno me indigna; con tal de que no se trate de una mala noticia...

— ¿ Que mala noticia podemos tener? ¿ acaso están los normandos en París? como dice el proverbio: vray, hija mia, no os desconsoléis de ese modo.

— ¡ Así se, Juanita, que los normandos no están en París. ¡ Dios nos libre de esos piratas malditos!

— Los piratas aguardan el otro día, dijo Ivona, que tienen pies de macho caprío y cuernos de buey.

CAPÍTULO VII.

Rolf pide la mano de Gisela.

Uno de los pabellones del sitio real de Compiègne servía de habitación á Gisela; hija de Cárlos el Simple, rey de los francos, la que ocupaba de ordinario con sus damas el gran salon del piso bajo. Aquella mañana, Gisela que acababa de cumplir catorce años, pues Cárlos casado á los diez y seis habia sido padre á los diez y siete, trabajaba en una labor de tapicería, cerca de una estrecha ventana abierta en una pared de diez piés de espesor, que dejaba ver el inmenso y sombrío bosque en medio del cual se elevaba el castillo de Compiègne. El rostro de Gisela era infantil y agraciado, y junto á ella se veía á su nodriza, mujer de unos treinta y seis años que le daba las lanas de variados colores que necesitaba la niña para su trabajo. A sus piés, sentada en un escabel, se encontraba Ivona, su hermana de leche, y mas léjos algunas jóvenes, sentadas sobre sus talones, hilaban ó se ocupaban en diferentes trabajos de costura.

—Jeanika, decia Gisela á su nodriza, mi padre que viene á abrazarme todas las mañanas, no ha venido hoy todavía, y eso que será ya tarde.

—Ya os he dicho que el conde Roberto y el señor Francon, arzobispo de Ruan, acompañados de una numerosa escolta, han llegado esta noche de Paris; el chambelan ha despertado al rey vuestro padre, y desde las cuatro de la mañana se encuentra este en conferencia con el señor conde y el señor arzobispo.

—Ese viage nocturno me inquieta; con tal de que no se trate de una mala noticia...

—¿Qué mala noticia podemos tener? ¿acaso *están los normandos en Paris?* como dice el proverbio; vaya, hija mia, no os desconsoléis de ese modo.

—Ya sé, Jeanika, que los normandos no están en Paris. ¡Dios nos libre de esos piratas malditos!

—Los pages aseguraban el otro dia, dijo Ivona, que tienen piés de macho cabrío y cuernos de buey.

— ¡Calla por Dios! exclamó Gisela estremeciéndose; no hables de esos paganos, pues su solo nombre me hace estremecer. ¡Ay! ¡á ellos debo el encontrarme sin madre!

— Es cierto, repuso con tristeza la nodriza. ¡Ah! noche fatal aquella en que esos demonios, acaudillados por Rolf el maldito, atacaron el castillo de Kerry, subiendo por el Oise. La reina vuestra madre os amamantaba, y fué tal su espanto que su pecho se secó y no tardó en sucumbir. Desde aquel momento compartisteis mi leche con Ivona; y si hasta entonces habia sido ya muy desgraciada, huérfana, vendida en mis tiernos años al intendente del sitio real de Kerry, mi suerte mejoró al ser vuestra nodriza, y mi hijo German es guarda-bosques del castillo de Compiègne.

— ¡Ah! nodriza, dijo suspirando Gisela cuyos ojos se llenaron de lágrimas, ¡todos tenemos en el mundo nuestras penas! ¡Yo soy hija de un rey y no tengo madre! ¡Por piedad, no pronuncies jamás en mi presencia el nombre de los normandos que me han privado de los cuidados y besos maternos!

— Hija mia, no lloreis así, dijo Jeanika conmovida, enjugando los ojos de Gisela, mientras que su hermana de leche, arrodillada en su escabel, no podia contener el llanto al ver el desconsuelo de la jóven princesa.

En aquel momento levantóse la cortina que ocultaba la puerta de la estancia, y entró Carlos el Simple, rey de los francos. El descendiente del emperador Carlos, tenia entonces treinta y dos años; sus ojos saltones, su labio inferior colgante, su barba poco saliente, daban á su fisonomia un aire de estupidez que con solo verle se le hubiera apellidado *el Simple*; sus largos cabellos, símbolo de raza real, caian al rededor de su rostro entumecido. El monarca parecia profundamente abatido, y dijo al entrar:

— ¡Salid, nodriza! ¡salid todos!

— Carlos quedó solo con Gisela quien le abrazó tiernamente, como si buscara en él un consuelo de los tristes pensamientos que despertara en su alma el recuerdo de su madre; el rey correspondió á las caricias de su hija y le dijo:

— ¡Buenos dias, hija mia! ¿Pero qué veo? ¿has llorado?

— No ha sido nada, padre mio; estaba triste, pero vuestra vista me ha hecho olvidar todos los pesares. ¿Por qué habeis venido tan tarde esta mañana? Mi nodriza me ha dicho que esta noche han llegado el conde de Paris y el señor arzobispo de Ruan.

El rey hizo con la cabeza una señal afirmativa y exhaló un profundo suspiro.

—¿Espero, continua Gisela que no os habrán traído malas noticias?

—¡Ay! contestó Carlos suspirando de nuevo; ¡muy desastrosas serian, si no aceptase yo ciertas condiciones!

—¿Y está en vuestra mano llenar esas condiciones? preguntó Gisela fijando en su padre tan cándida y amorosa mirada, que Carlos el Simple, pero de excelente corazón, pareció turbado y enternecido, bajó los ojos delante de su hija, y contestó balbuceando:

—¡Ay, hija mia! lo que de mí se exige es muy duro; ¿pero qué haré? en vano quisiera oponerme. ¿Qué quieres que haga si no puedo tener voluntad?

—¿No podeis tener voluntad, vos, padre mio, vos, rey de los francos?

—¡Yo rey de los francos! exclamó Carlos con amargura y cólera. ¿Hay por ventura un rey de los francos? ¡Los reyes son los condes, los duques y los marqueses! ¿Acaso no hace un siglo que los nobles se han hecho dueños, y soberanos hereditarios por nuestra debilidad, de los condados y ducados que no podian hacer mas que gobernar en nuestro nombre? Dime Gisela, ¿quién reina en el Vermandois... yo por ventura? No, el conde Eriberto... ¿Quién reina en el pais de Melun? el conde Berenger; ¿y en Provenza? el duque Luis el Ciego; ¿y en Turena? el duque Luis IV, ¿y en Borgoña? el duque Rodolfo; ¿y en Bretaña? el duque Allan... ¡Ah! provincia por provincia, pedazo por pedazo, hemos sido despojados de la real herencia de nuestros antepasados... Dígote esto, hija mia, para convencerte de que por duras que sean las condiciones que se me impongan, no me queda mas recurso que aceptarlas. Los nobles mandan, yo obedezco; y ¿como resistirles? ¿No les ves encerrados en las fortalezas de que han cubierto el suelo de la Galia, contravieniendo á los mandatos de mis antecesores? A duras penas puedo reunir yo bastantes soldados para defender el reducido territorio que me resta; ¿pues dónde reino yo en el dia, yo, el descendiente de Carlomagno que daba leyes al mundo? En el Orleanés, en la Neustria, en el pais de Laon, y en mis posesiones de Compiègne, de Fontainebleau, de Braine y de Kerry. ¿Como quieres, pues, que resista á la nobleza y que diga no cuando ella dice si? Luego golpeando el suelo con el pié, continuó en un arrebato de cólera: ¡Oh!

¡mi querida Gisela, si tuviéramos para defendernos á nuestro antepasado Carlomagno, no nos harían la ley de este modo! ¡ah! el animoso emperador anonadaria en sus antros fortificados á esos insolentes señores que me obligan á... Y no atreviéndose á concluir, el infeliz exclamó sollozando: ¡Ay! ¡no tengo valor, ni poder, ni voluntad! ¡Me llaman el Simple, y hacen bien! ¡Si, soy un simple! ¡pero un pobre simple muy desgraciado, sobre todo en este momento, hija mia!

— ¡Padre mio! exclamó Gisela arrojándose deshecha en llanto al cuello de su padre, no os afliais de este modo; ¿acaso no os quedarán siempre bastantes posesiones para vivir en paz con vuestra hija, que os idolatra, y con vuestros servidores que darían su vida por vos?

El rey miró fijamente á Gisela, y enjugándose sus ojos con la mano, le dijo con voz que los sollozós hacían insegura: ¡Cómo!

— ¿Sabes lo que el conde Roberto ha venido á decirme esta noche...

Mas ¡ah! cuanto aborrezco á esa infama raza de los condes de Paris que nos han robado nuestro ducado de Francia... Creeme, hija mia, esos hombres son nuestros más terribles enemigos y ya verás como llegará un dia en que ese Roberto me destronará del todo, como su hermano Eudo destronó á Carlos el Gordo! ¡Raza de felones y de bandidos! ¡con qué placer te esterminaria si tuviese el poder de Carlomagno! Pero soy débil... y ni siquiera me atrevo á hacerles matar. ¡Ellos lo saben y por esto me humillan! añadió el rey sollozando.

— Padre mio; deseched tan tristes pensamientos... ¿qué os ha dicho el conde Roberto?

— Qué los normandos se hallan delante de Paris.

— ¡Los normandos! exclamó Gisela con espanto al mismo tiempo que se apoderaba de su cuerpo un temblor convulsivo. ¡Los normandos delante de Paris! ¡ah! ¡desgraciados de nosotros! Y ocultó entre sus manos su rostro bañado en lágrimas, mientras que el rey, no atreviéndose á fijar en ella sus miradas, continuaba con voz balbuciente:

— El conde de Paris me ha dicho que los normandos se hallaban delante de su ciudad, y yo le he contestado: ¿Qué quieres que haga? no tengo soldados ni dinero; vosotros, los nobles, que sois dueños de casi toda la Galia conquistada por mis antepasados, debéis defender vuestros Estados. ¿Y sabes lo que ha replicado el orgulloso conde?

—No, padre mio, dijo Gisela con voz ahogada por los sollozos y el terror invencible que le causaban los piratas.

—Me ha dicho: «Los normandos amenazan con entrar en Paris á sangre y fuego, con devastar de nuevo la Galia, y es imposible resistirles. La mayoría de los siervos y villanos, cuando no se unen á esos malditos en su obra de destrucción, se niegan á combatir; nuestros guerreros son en número harto reducido para resistir á los piratas y es fuerza negociar con ellos.» Entónces como es natural, dije al conde: «Pues bien, arreglate, negocia: esos son asuntos tuyos, puesto que los paganos sitian tu ciudad de Paris y se hallan en el corazón de tu ducado de Francia. Así lo he hecho, me respondió Roberto, he negociado en tu nombre con los enviados de Rolf, jefe de los normandos.»

—¡Cómo! ¡padre mio! ¡Rolf vive todavía! murmuró Gisela juntando sus manos con horror, vive aun el pirata sacrilego y maldito, el monstruo que causó la muerte de mi madre!

—Si, vive, para nuestra comun desgracia, hija mia; pues ese Roberto, deseoso de salvar su ciudad de Paris y su ducado de Francia de las garras del pirata, le ha prometido en mi nombre que le abandonaria la Neustria... la Neustria, la mejor provincia de las pocas que me restan, y además...

Pero como el rey vacilase en concluir su frase, Gisela preguntóle casi maquinalmente enjugando sus lágrimas:

—¿Y qué mas, padre mio?

Carlos guardó silencio y su cuerpo se estremeció; luego, haciéndose superior á la imbecil debilidad de su carácter, exclamó prorumpiendo en llanto:

—¡No, no, no lo quiero! por simple que yo sea, jamás permitiré semejante cosa... y obraré como rey una vez á lo menos en mi vida.

Y estrechando á su hija entre sus brazos, cubrióla de lágrimas y de besos, diciendo:

—No, no, tú enlazarte con él, tú, nieta de Carlomagno, tú, una niña de catorce años... Mira: antes que verte esposa de Rolf, te mataré y me mataré yo despues.

Gisela escuchaba á su padre sin comprenderle apenas, creyendo que sus palabras le eran dictadas por el delirio; contemplábale con una mezcla de duda y estupor cuando entró en la estancia un nuevo personage, Francon, arzobispo de Ruan, hombre de rostro bonda-

do y venerable. Al verle corrió Carlos hácia él como si buscara un apoyo; el arzobispo tomó con cariño sus manos entre las suyas y el monarca le dijo con voz desgarradora:

— Ya lo veis! ¡quieren arrebatarme la Neustria! ¡quieren robarme á mi hija!

— La salvacion de tu pueblo lo exige, contestó el prelado con voz persuasiva; y el monarca debe estar pronto á sacrificar siempre sus intereses, sus afecciones, y hasta su vida antes que permitir la ruina de su pueblo.

El rey no contestó, y ocultando el rostro entre sus manos, prorumpió en sollozos. El arzobispo le dirigió una mirada de indecible compasion, y acercándose luego á Gisela, tomóle una mano con ademán de entrañable cariño y le dijo:

— Escucha, Gisela, hija mia: tu padre solo es rey de nombre; la Galia se halla dividida entre cien señores, y no pueden los francos defenderla contra los nuevos invasores. Si tu padre se niega, pues, á acceder á las condiciones que estos quieren imponerle, si tú, hija mia, no comprendiendo la sublimidad del sacrificio que de tí se exige, si desconociendo al Dios que murió en la cruz para salvar á su pueblo, si sorda á la voz de la abnegacion y de la caridad, no se conmueve tu corazon al contemplar los males que van á caer sobre tus hermanos, si te niegas á ser la Esther del pueblo franco, el blanco cordero que le salve; entónces, hija mia, empezaria de nuevo en la Galia la terrible y sacrilega guerra que mas de una vez ha dejado los campos sin labradores, las ciudades sin ciudadanos, los palacios sin señores y los altares sin sacerdotes. Y piensa, hija mia, añadió el arzobispo, con voz que se hacia á cada momento mas solemne, que Jesucristo puede pedirte cuenta de la sangre que se derrame, de las horribles devastaciones de sus santos lugares por cuanto en tu mano estaba el impedirlo, y piensa tambien que puedes espiar los abominables crímenes de qué serás causa, en la tierra con la excomunion, y allá en la otra vida con el fuego eterno!

Gisela dió un grito y cayó de rodillas.

Carlos en el colmo tambien de su terror, juntó las manos, se hincó de hinojos y no pudo hacer mas que llorar.

— ¡Oh Señor! ¡amparadles! exclamó el arzobispo con los ojos vueltos al cielo, y estendiendo sus manos sobre las cabezas del padre y de la hija; iluminad su mente, encended en su pecho la santa llama de la caridad y haced que la casa de Francia sea otra vez para

ejemplo de sus sucesores la víctima espiatoria de un pueblo!

— ¡ Mi hija esposa de un pagano! murmuró Cárlos.

— ¡ Unirme al asesino de mi madre! ¡ ah! ¡ antes morir!

— ¡ Rolf recibirá el bautismo! contestó el arzobispo con voz solemne; el agua lustral lavará su alma, y entrará en la cámara imperial vestido con la túnica blanca del catecúmeno, símbolo de inocencia.

— ¡ Ah! ¡ padre mio! exclamaron á la vez Cárlos y Gisela.

— ¡ Pensad en Dios! ¡ pensad en vuestro pueblo! dijo el arzobispo y salió con paso lento.

CAPITULO VIII.

Bautismo, consagración y casamiento de Rolf.

—La ciudad de Ruan mostraba un aspecto festivo, el gentío que llenaba las calles, se dirigía en tumulto hácia la basílica, en cuya parte superior resonaba un bullicioso campaneó. Entre la multitud que se dirigía á los alrededores de la iglesia encontrábanse Eidiol, su hija Ana, Guyrion y Rústico, los cuales salidos de Paris dos dias antes habian descendido el Sena en la barca del decano de los marineros parisienses; su viaje habia sido de recreo y de utilidad, pues al mismo tiempo que Eidiol habia conducido á Ruan un cargamento de mercancías, iba á asistir al enlace de la hija de Cárlos el Simple, rey de los francos, con Rolf, jefe de los normandos, soberano de la Neustria que tomaba el nombre de Normandia. Eidiol y su familia participaban de la general curiosidad y se apresuraban á llegar á la plaza de la basílica á fin de ver el desfile del cortejo nupcial; Ana daba el brazo á su padre y á su hermano, y Rústico les precedía, forcejeando para abrirles paso á través de la multitud cada vez mas compacta que ocupaba las cercanías de la catedral; por fin llegaron al ángulo de una calle que daba á la plaza.

—Maese Eidiol, dijo Rústico, haced subir á Ana sobre esta piedra, y podrá ver el cortejo.

—No, Rústico, contestó con timidez la jóven, no me atrevo.

—Sube tu á ella, Rústico, dijo el anciano, ya que no podemos ver por nuestros ojos, veremos por los tuyos.

En aquel momento el lejano sonido de los clarines se unió al alegre campaneó, y la multitud se agitó produciendo un rumor confuso y prolongado.

—Ya está aquí el cortejo, exclamó Rústico; ahora entra en la plaza. Abren la marcha algunos trompeteros á caballo, y luego vienen muchos caballeros francos, llevando lanzas con flotantes banderolas, y suspendidos á su cuello escudos pintados y dorados. ¡Ah! he aquí los piratas normandos cubiertos con sus armaduras, y el estandarte del viejo Rolf, en el que se ve un cuervo marino con las garras y el pico abiertas. ¡Bien puede el cuervo batir sus

alas! ¡ la presa ha sido magnífica! ¡ una provincia de la Galia y la hija de un rey!

— Rústico, no os chanceis de este modo, dijo Ana con curiosidad. ¡ Pobre Gisela! ¡ casarse con tal mónstruo para salvarnos á todos! ¿ La veis ya, Rústico?

— Todavía no. Ahora pasan las mujeres piratas ostentando con altivo continente sus cotas de mallas de acero y llevando en el brazo sus azules escudos. Vienen en seguida los nobles del séquito del conde Roberto, con largas túnicas bordadas de oro y guarnecidas de pieles; ¿ pero que sucede?

Y Rústico, apoyándose en la pared se levantó de puntillas á fin de ver á mayor distancia, y al cabo de un momento exclamó:

— ¡ Pobrecilla! Ana, ¿ razon teniais en decir que la hija del rey era digna de lástima.

— ¿ Hablais de Gisela? preguntó la jóven, ¿ que ha sucedido?

— Adelantábase apoyada en el brazo de Cárlos, mas pálida que un cadáver bajo de su blanco vestido de desposada, cuando de repente le han faltado las fuerzas, y á no sostenerla algunos señores, hubiera caido desmayada al suelo.

— ¡ Ah! padre mio, dijo Ana con los ojos arrasados en llanto, ¿ qué horrible suerte la de esa desgraciada!

— Horrible en verdad, contestó tristemente Eidiol.

— Maese Eidiol, continuó Rústico de pié todavía sobre la piedra, la hija de Cárlos ha recobrado sus sentidos, y se adelanta apoyada en su padre y en el conde de Paris. Ya veo á Rolf; sobre su armadura de guerra lleva una larga túnica blanca.

— Símbolo de la inocencia que debe al bautismo, dijo Guyrion.

— Detrás de Rolf, continuó Rústico, marchan nuestro pariente Gaelo y la hermosa Signa; el cortejo llega á la basílica y el clero, precedido por el arzobispo Francon, sale á recibirle. ¡ Ah! ¡ maese Eidiol, qué hermoso espectáculo! ¿ oís los cánticos de los sacerdotes, el sonido de los órganos portátiles, el estruendo de las trompetas y el repique de las campanas? El rey, su hija y Rolf entran en la basílica; los incensarios de oro se elevan y se bajan, y su oloroso vapor se eleva hasta el cielo.

En aquel momento una oleada de la multitud que empezaba á retirarse, desalojó á Rústico de su observatorio, y reuniéndose con sus compañeros de quienes le habia separado el gentío, siguieron todos la direccion de la muchedumbre que mostraba entonces tanto afan

para abandonar la plaza como pocos momentos antes para llegar á ella.

El matrimonio de Rolf y de Gisela fué bendecido en la suntuosa basílica de Ruan por el arzobispo Francon, el cual bendijo también la union de Gaelo y de Signa, despues de llenar estos los indispensables requisitos. Terminada la ceremonia, Gisela, que sucumbió á un nuevo desmayo, fué sacada de la iglesia en brazos de sus mujeres, y Cárlos el Simple, el conde de Paris, Rolf y los señores de su séquito subieron á la gran sala capitular del arzobispado de Ruan. Cárlos, con la corona de los reyes francos en la cabeza, el cetro en la mano y arrastrando el manto real, sube y se mantiene en pié sobre un estrado de poca elevacion; á la derecha de Cárlos y también en pié se colocan el arzobispo de Ruan y los obispos de las diócesis inmediatas, y á la izquierda, Roberto, conde de Paris, duque de Francia, los condes y vizcondes de los paises de Montlhéry, de Argenteuil y de Pantoin, y otros nobles francos entre los cuales se distingue por su gigantesca estatura Burehart, señor del pais de Montmorency. En medio de la sala y dando el rostro al rey y á la reunion de nobles y prelados, se encuentra Rolf, acompañado de Gaelo, de Signa y de los principales normandos; el pirata lleva aun sobre su armadura la túnica blanca de neófito, y su fisonomia es triunfante, insolente casi. Cárlos el Simple, triste y abatido, enjuga sus lágrimas á hurtadillas, pues aquel padre que idolatra en su hija se siente espantado al contemplar la suerte que le espera.

El conde de Paris, el arzobispo de Ruan y los demás señores y prelados, conmovidos con aquel mudo dolor, hallábanse además abatidos y sombríos al ver la nueva humillacion de la Galia.

El arzobispo Francon bajó del estrado con magestuoso paso, y acercándose á Rolf, díjole con voz solemne:

—Cárlos, rey de los francos, ha tenido á bien darte á tí y á tu gente los campos, bosques, ciudades, valles y aldeas, habitantes y rebaños de la Neustria.

—Si el rey Cárlos, dijo Rolf interrumpiendo al prelado, no me hubiese dado esta provincia, la habria yo tomado.

—Rolf, continuó el arzobispo con severidad, desde el momento en que la luz de la fé ha disipado las tinieblas con que el paganismo oscureciera tu espíritu, has debido deponer la altivez gentílica, para hacer gala de humildad y obediencia cristiana.

—Al oír la palabra obediencia circuló un sordo rumor entre los indomables campeones normandos.

—Cárlos ha tenido á bien darte la Neustria... repitió el arzobispo.

—Sea; Cárlos me ha dado su hija Gisela y la Neustria; pero no es bastante todavía; la hija de un rey debe recibir mas espléndido dote. Mi ducado de Normandía confina por el oeste con la Bretaña, y quiero poseer tambien esa provincia.

—¡La quieres! exclamó Cárlos el Simple saliendo por primera vez de su sombrío abatimiento, y manifestando cierta amarga alegría: ¡ah! ¡pides la Bretaña! no quiero disgustarte y te la doy... Toma posesion de ella lo mas pronto posible, y será para mí un dia feliz aquel en que sepa que hayas puesto la planta en aquel hermoso pais... Si... si, Rolf, marcha á la dócil y pacífica Armórica.

Sorprendido el pirata al ver la facilidad con que le hiciera el rey cesion tan considerable, se volvió hácia sus guerreros, y Gaelo le dijo en voz baja:

—Te tienden un lazo... Cárlos te da el pais de los Bretones porque es inconquistable.

—¡Nada hay inconquistable para mí ni para vosotros, mis valientes campeones!

—Rolf, en seiscientos años no han podido los francos establecerse en aquel indomable pais; varias veces lo han invadido... pero sometido, jamás.

—Los normandos harán lo que no han podido hacer los hombres francos.

—Cuidado, Rolf; la Armórica será el sepulcro de tus mas valientes soldados.

El pirata se encogió de hombros con impaciencia, y adelantándose dos pasos hácia el rey, dijo:

—Con que la Bretaña es mia... así lo has dicho.

—Si... tuya es... duque de Normandía y de Bretaña.

—Rolf, repuso Gaelo á media voz, por última vez te aconsejo que renuncies á tus pretensiones sobre la Armórica, pues preveo que han de serte muy fatales.

—Basta, replicó el pirata con altivez. Rolf quiere lo que quiere.

—¡Sea! dijo Gaelo; pero desde hoy no me cuentes entre tus guerreros.

El gefe normando iba á preguntar al jóven la causa de tan repentina resolucion, cuando el arzobispo de Ruan, dirigiéndose al pirata, le dijo:

— Cárlos te ha investido con la soberanía de los ducados de Normandía y de Bretaña, y debes prestarle fé y homenaje como á tu señor feudal.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¿ y por qué ?

— Así lo exige la ley... Tu investidura no será completa hasta que hayas cumplido esa formalidad.

— Cumplámosla pues , pero pronto.

— Rolf, repite conmigo la fórmula acostumbrada, dijo el arzobispo de Ruan ; y pronunció las siguientes palabras que el gefe normando repetía á medida que iban saliendo de sus labios :

« En nombre del Padre , del Hijo y del Espíritu Santo , Trinidad indivisible , yo , Rolf , duque de Normandía y de Bretaña , juro fé y homenaje á Cárlos , rey de los francos ; juro guardarle la mas completa fidelidad , prestarle apoyo y ausilio en todas ocasiones , y no defender jamás á sus enemigos. Y hago este juramento en presencia de la divina Magestad y de las almas de los bienaventurados , esperando la gloria eterna en recompensa de mi fidelidad. *Amen.* »

— ¿ No hay mas ? preguntó el pirata al arzobispo.

— Falta cumplir la postrera formalidad ; en señal de respeto debes besar el pié del rey.

— Rolf creyó haber comprendido mal , y despues del primer momento de sorpresa , dijo al prelado :

— Repite tus palabras...

— He dicho que en señal de respeto debias besar el pié del rey.

Al oír al arzobispo estallaron entre los normandos imprecaciones y amenazas ; el acto humillante que de su gefe se exigía les llenaba de furor , y Rolf , con el rostro encendido por la cólera , hizo tan terrible gesto de amenaza , que el arzobispo retrocedió algunos pasos. Sin embargo, despues de un momento de reflexion , el pirata calmó los tumultuosós gritos de sus guerreros , y acercándose con ademan feroz á Francon , le dijo :

— ¿ Es indispensable lo que pides de mi ?

— Si , así lo quiere la ley.

— Guerreros , dijo el gefe normando á sus piratas dirigiéndoles una seña de inteligencia , Rolf , conformándose con la ley , quiere probar el gran respeto que profesa al rey de los francos.

Y adelantándose con gravedad hácia Cárlos , le dijo :

— Dame tu pié para que lo bese.

—El infeliz rey, que continuaba en pie en el estrado, tendió su pié derecho á Rolf; pero cogiendo el bandido la pierna que el rey le alargaba, tiró de ella con tanta fuerza, que Cárlos el Simple cayó de espaldas en el estrado, mientras que Rolf gritaba: —

—El duque de Normandia y de Bretaña manifiesta así su respeto al rey de los francos.

Los nobles francos que rodeaban al monarca quedaron inmóviles de admiracion; y cuando, desvanecida su sorpresa, llevaron mano á la espada para vengar tal ultraje, los normandos se alejaban ya con su gefe celebrando con grandes carcajadas la humillacion de Cárlos y la brutalidad de Rolf.

Eidiol, su hijo, su hija y Rústico, que habian regresado de Ruan hacia dos dias, se hallaban reunidos por la noche en su pobre vivienda de Paris, donde observaban mas que en cualquier otra parte, el vacío que dejara la pérdida de Marta en el hogar doméstico. La calle estaba silenciosa, y oscura la noche; de repente llaman á la puerta, y Rústico que la abrió, vió entrar á Gaelo y á Signa, embozados en sus capas, bajo las cuales relucian sus brillantes armaduras. El anciano marinero no habia visto á ambos jóvenes desde la noche en que, despues de manifestar al conde de Paris, la voluntad de Rolf, habian vuelto á la casa de Eidiol esperando que Roberto regresase de Compiégne, á donde se dirigió para instruir á Cárlos el Simple de la voluntad del pirata.

—Padre mio, dijo Gaelo á Eidiol, mi esposa y yo venimos á despedirnos de ti, y á darte una noticia muy grata á tu corazon.

—¿Qué quieres decir?

—No hace mucho que deploraste delante de mí la desaparicion de tu primer hijo, de una niña, ¿no es cierto? vengo á decirte que no ha muerto, que yo la he visto.

—¿Cómo! exclamó el anciano con angustiosa alegría y juntando sus manos; ¿Jeanika vive todavía? ¿la has visto?

—¿Donde está? ¿donde está? digeron á la vez Ana y Guyrion.

—Al lado de Gisela, esposa de Rolf, duque de Normandia.

—¿Jeanika! ¿seria verdad? repuso Eidiol con un acento que revelaba la felicidad y sorpresa que llenaba su alma. ¿Pero porqué se encuentra al lado de Gisela?

—Tu hija, segun sus vagos recuerdos, fué robada por esos men-

digos que se apoderan de los niños para comerciar con ellos; vendida en su infancia al intendente de las posesiones reales, vivió y creció siendo sierva en el castillo de Kersy. Enlazada despues con un siervo de la misma residencia, Jeanika perteneció como su marido á la servidumbre de palacio, y tuvo dos hijos; un hijo, ahora guardabosque en Compiègne, y una hija á quien amamantaba al mismo tiempo que la reina criaba á Gisela. La reina murió de terror en cierto desembarco que practicaron los normandos en Kersy y se buscó una nodriza para su hija; como te he dicho, Jeanika tenia una hija de la misma edad que Gisela y dividió su leche entre ambas. Emancipada despues, jamás se ha apartado de la pobre niña que es en el dia esposa de Rolf.

— ¡Ob estraña casualidad! dijo Eidiol con emocion profunda. ¿Pero por qué no te ha acompañado Jeanika? ¿Acaso no le has dicho que tú y yo éramos parientes y que yo residia en Paris?

— Gisela se halla moribunda... El horror que Rolf le inspira la ha puesto al borde del sepulcro; ha suplicado á tu hija que no la abandonára, y no ha podido rehusarselo.

— ¡Ah! ¡padre mio! dijo Ana llorando, la hermana que encontramos se ha compadecido tambien de la pobre hija del rey.

— La mujer bastante vil para partir su lecho con un hombre aborrecido, merece su muerte, dijo Signa con salvaje altivez no comprendiendo la sublimidad del sacrificio de Gisela. No haya piedad para los corazones débiles.

— ¡Ay! dijo Ana, ¿qué podia hacer?

— ¡Matar á Rolf, contestó la heróina; y si no fuera su mano bastante fuerte para descargar el golpe debia matarse... ó decir á su nodriza: ¡Mátame!

— ¡Dime Gaelo, preguntó Eidiol, ¿cómo has reconocido á mi hija?

— El dia del matrimonio de Rolf; despues de prestar fé y homenaje al rey de los francos...

— Le hizo caer de espaldas tirándole por el pié, dijo Eidiol interrumpiendo á Gaelo; lo sé, la noticia del ultraje se esparció aquella misma noche por la ciudad de Ruan.

— Despues de la ceremonia de su matrimonio y de la investidura de los ducados de Normandía y de Bretaña, continuó Gaelo, Rolf cenó, se embriagó y luego que se encontró ébrio, exclamó: «¡Voy á ver á mi esposa!» Compadecido yo, de la suerte de Gisela, hícele

comprender no sin trabajo, que era indispensable anunciar á su esposa su llegada, y habiéndome confiado esta comision, me dirigí á la estancia de la jóven; recibíome su nodriza, y la escité á ocultar por aquella noche al menos á la pobre desposada, á fin de sustraerla á las brutalidades á y la embriaguez de Rolf; y sucedió que hablando con la nodriza, observé escritas en sus brazos, que llevaba desnudos, las palabras: *Brenn-Karnak*.

— ¡Ahora lo comprendo todo! exclamó Eidiol; reconociendo por aquella señal que la nodriza pertenecía á nuestra familia, y recordando la angustia que sentia yo por mi hija, se han despertado tus sospechas...

— Y en breve me he convencido de que la nodriza era tu hija... Juzga de su alegría al escuchar mis palabras. Obligada por el estado de Gisela á permanecer á su lado, Jeanika no ha podido correr á abrazarte cual hubiera deseado; pero no tardarás en verla con Ivona y su hijo German, el guardabosque. Y ahora, padre mio, adios... Me voy contento pues con haberte revelado la existencia de tu hija: dejo en tu corazon un buen recuerdo de mi.

— ¿A dónde vas?

— Me vuelvo con Signa á los paises del Norte.

— ¿Y qué harás en aquellas lejanas tierras?

— ¡La guerra! contestó la heróina. Los reyes del mar pelean siempre entre sí, y vamos á reunirnos con ellos. Gaelo y yo no nos parecemos á los viles que olvidando su juramento de no dormir jamás bajo techado, abandonan las luchas y el Océano para vivir en tierra, como Rolf y sus compañeros.

— Y no es esto todo, añadió Gaelo; Cárlos el Simple ha dado á Rolf el ducado de Bretaña, y en vano me he esforzado para persuadir á mi antiguo jefe de que aquel país seria la tumba de sus valerosos soldados. Pretendia darme el mando de la escuadra que se dispone á enviar á las playas de la Armórica para tomar posesion del territorio.

— ¿Has rechazado semejante proposicion?

— Si... Pero observad el singular destino de nuestra familia. Amael, uno de nuestros antepasados y favorito de Cárlos Martel, sirvió á los francos impulsado por una juvenil y culpable ambicion; pero supo al menos reparar su falta, cuando Cárlos Martel le propuso invadir la Bretaña, sagrada patria de nuestra familia. Un siglo despues, mi abuelo, mi padre y yo, hemos combatido contra los

francos por el odio que les profesábamos y Rolf me propone ser el jefe de esa guerra impía contra la Armórica. ¡Ah! aunque se vea actualmente oprimida por señores de raza bretona, aquella tierra es libre aun comparada con las demás provincias de la Galia, y habría querido defender su libertad hasta contra los normandos.

— ¿Qué te lo impide?

— Anciano, repuso Signa, los hombres de Rolf son de mi raza... ¿Pelearías tú contra los hombres de tu raza?

— No, contestó Eidiol, yo apruebo tu resolución.

— Antes de darnos el último adiós, dijo Gaelo entregando á Eidiol un rollo sellado, guarda estos pergaminos que contienen la relación de mis aventuras hasta mi enlace con Signa; también encontrarás en ellos algunas noticias acerca de las costumbres de los piratas normandos y de la estratagema de que nos valimos mi compañera y yo para apoderarnos de la abadía de San Dionisio. Si tú ó tu hijo, cumpliendo el voto de nuestro abuelo Joel, escribís algún día una crónica destinada á continuar vuestra leyenda, podrás decir algo de mi vida, y unir á la relación la *flecha* que has estraido de mi brazo. Ese objeto aumentará el número de reliquias de nuestra familia.

— Gaelo, tus deseos se verán cumplidos, contestó el anciano conmovido. Por oscura que haya sido mi vida hasta el momento actual, había pensado escribir los acontecimientos sucedidos desde la aparición de los piratas normandos bajo los muros de París hasta el enlace de Rolf con la hija de Carlos el Simple; y gracias á las notas que me entregas podré completar mi relación.

Diéronse todos un último y prolongado abrazo, y Gaelo y la hermosa Signa abandonaron la casa de Eidiol. Sus dos holkers tripulado el uno por las vírgenes de los escudos, y el otro por los campeones de Gaelo, les esperaban en el puerto de San Londry; y los dos ligeros buques siguieron en breve la corriente del Sena, para tomar el azulado camino de los cisnes á través del Occéano del Norte.

Yo, Eidiol, he escrito la crónica que antecede pocos días después de la partida de Gaelo, sirviéndome de su relación en la que hace referencia á sus aventuras ó á los pormenores de la vida de los piratas normandos y de las vírgenes de los escudos.

El día siguiente de la marcha de Gaelo, me dirigí á Ruan para ver á mi querida hija Jeanika, á cuyos dos hijos, Ivona y German, el

guardabosque, he abrazado con efusion. Despues de manifestarme su gozo y su ternura, Jeanika me ha referido la escena entre Gisela, su padre y el arzobispo de Ruan, y luego la llegada del conde de Paris á Compiegne; su hija oyó esas varias conversaciones y gracias á ella he podido referir con exactitud los hechos referentes al enlace de Gisela, la que en este momento se encuentra moribunda.

He terminado la presenta leyenda hoy, undécimo dia de las calendas de agosto del año 912, dia feliz, pues esta misma mañana he desposado á Ana con nuestro amigo Rústico.

¡Ay! ¡solo mi pobre Marta faltaba en nuestro hogar doméstico!

Las obras aumentan el número de copias de nuestra familia. — Gato, las cosas se van cumpliendo, contestó el sueno con morbo. Por ocurrir que haya sido mi vida hasta el momento actual, había presado escribir los acontecimientos sucedidos desde la aparición de los pueros nombrados para los muros de Paris hasta el enlace de Hoff con la hija de Carlos el Simple; y gracias á las notas que me entregas podré completar mi relación. Diciendo todos un último y prolongado abrazo, y Gato y la bar-

most sigan abandonaron la casa de Eñibal. Sus dos bolsos tripulados el uno por las vírgenes de los escudos, y el otro por los ramponeos de Gato, les aguardaban en el puerto de San Landry; y los dos ligeros buques siguieron en breve la corriente del Sena, para tomar el exitoso camino de los riuas á través del Orsano del Norte.

Yo, Eñibal, he escrito la crónica que antecede pocos dias despues de la partida de Gato, sirviéndome de su relación en la que hace referencia á sus aventuras ó á los porvenirios de la vida de los pueros nombrados y de las vírgenes de los escudos. El dia siguiente de la marcha de Gato, me dirigí á Ruan para ver á mi querida hija Jeanika, á cuyos dos hijos, Irena y German, el

EL CRÁNEO DE UN NIÑO

o

EL FIN DEL MUNDO É YVON EL MONTERO.

912-1042.

.... Es general creencia que el mundo debe concluir antes del año 1000 de la Encarnacion.

RAUL GLABER *lib. V. c. I.*

... En el año 1033 se hallaba la Francia asolada por el hambre; luego que se hubo agotado el recurso de alimentarse con toda clase de animales, fué preciso devorar los cadáveres, la corteza de los árboles ó la yerba de los campos; ... los horrores del hambre renovaron los atroces tiempos en que los hombres comian la carne de sus semejantes.... El viajero, atacado en su camino; sucumbia bajo los golpes de sus agresores... sus miembros eran despedazados, asados y devorados... otros recibían la muerte de manos de sus huéspedes y servían para saciar su hambre. Había quien seducía a los niños con un juguete y los inmolaba luego para comer su carne. Los cadáveres fueron desenterrados para figurar en fúnebres banquetes... Un malvado había construido una cabaña en el bosque de Chatenay y después de matar á los viajeros los devoraba... En su vivienda halláronse cuarenta y ocho cabezas humanas de otras tantas víctimas. (*Crónica de Raul Glaber, l. IV*)

CAPÍTULO ÚNICO.

El fin del mundo.— La cabaña del monstruo.— La caza del gamo.— La taberna de Gregorio.— La comida.
— La familia de Ivon.— Den—Braò, el albañil.

Antes de empezar la tercera relacion, debo decir algunas palabras acerca de los reyes de la raza carlovingia que ocuparon el trono hasta la estincion de la misma, como tambien de los primeros capetos que ciñen la corona.

Después que Cárlos el Simple hubo dado á Rolf su infeliz hija Gisela (muerta en breve de pesar) junto con la Bretaña y la Neustria en dote, Roberto condé de Paris rebelóse contra el rey en 922 y se hizo coronar y consagrar en Reims. Otros señores francos, celosos al ver sentado en el trono á Roberto su igual, se unieron con-

tra él y le mataron , pero su muerte en nada aprovechó á Cárlos el Simple , el cual murió destronado en el castillo de Peronne , prisionero de Herberto , conde de Vermandois. La reina se refugió con su hijo al lado de su hermano Adelestan , rey de Inglaterra. Muerto el conde Roberto , Radulfo ó Roul , duque de Borgoña , se apoderó del trono vacante en perjuicio del hijo de Cárlos el Simple , y durante su reinado devastaron la Galia (desde 924 hasta 936) nuevas expediciones de los piratas normandos procedentes de los mares del norte. Los Húngaros la invadieron á su vez , y las incesantes é intestinas guerras de los señores , llevaron á su colmo los males del país. El usurpador Roul murió sin hijos , y esto dió ocasion á que se formara un poderoso partido en favor de Luis , hijo de Cárlos el Simple ; llamado este de Inglaterra , por cuyo motivo se le dió el nombre de *Luis de Ultramar* , reinó desde 936 hasta 964 en cuyo año murió en Reims á consecuencia de una caída de caballo. Durante su reinado la Galia vióse agitada por frecuentes guerras civiles y extranjeras y sobre todo por las ambiciosas miras de los condes de Paris , descendientes de Eudo y de Roberto el Fuerte , poderosa familia que debia ser tan fatal al linage de Cárlos Martel , como funestos habian sido á la raza de Clodoveo , sus antepasados los *Alcaldes* de palacio. Hugo el abad , hijo de Roberto , y cuñado de Luis de Ultramar por haberse este enlazado con su hermana Herberga , dejó al morir cinco hijos , tres varones y dos hembras : el primogénito Hugo apellidado *Capeto* á causa de la capa de abad que constantemente llevaba , fué duque de la isla de Francia y conde de Paris y de Anjou ; sus dos hermanos Oton y Enrique fueron duques de Borgoña , y sus dos hermanas se casaron , la una con Ricardo , duque de Normandia , nieto de Rolf , y la otra con Federico , duque de Lorena. Luis de Ultramar tuvo un hijo llamado Lotario muerto en Reims el día 2 de marzo de 986 , víctima á lo que se cree de un veneno. Este dejó un hijo de veinte años llamado *Luis el Perezoso* , el cual , envenenado tambien despues de un año de reinado , tuvo por sucesor en el trono y en el tálamo al conde de Paris , Hugo Capeto , proclamandose rey por sus guerreros en 3 de julio del 987.

Semejante usurpacion fué causa de largas y sangrientas guerras entre Cárlos , duque de Lorena , tio del difunto rey , que se consideraba con derecho á la corona , y Hugo Capeto. Este murió en 996 dejando por sucesor á su hijo Roberto , príncipe imbécil y piadoso , cuyo reinado fué continuamente turbado por las encarnizadas luchas

de los señores. Roberto, hijo de Hugo murió en 1031 y le sucedió su hijo Enrique I siendo causa su elevacion al trono de nuevas guerras civiles promovidas por su hermano. Roberto, apellidado *el Diablo*, duque de Normandía y descendiente de Rolf el pirata, tomó parte en esos combates y se apoderó de Gisors, de Chaumont y de Pontoise. Llegó entónces el año 1033 en el que acontecieron los terribles sucesos que voy á referir, sucesos inauditos é increíbles... y sin embargo antes de esta época calamitosa, habia asistido á un espectáculo sin igual en los siglos pasados y quizás en futuros; hablo de los últimos meses del año 999, época en que la creencia popular habia fijado el fin del mundo, en que se desencadenaron las pasiones todas, en que se vieron actos de sublime abnegacion y de refinada maldad, acciones heroicas é insensatas, hechos ridículos y atroces.

Los nobles, esperando conjurar la próxima justicia del Eterno, abandonaron á la Iglesia tierras, casas, castillos, siervos, rebaños, oro, ricas armaduras y suntuosos vestidos, y, cubiertos con un toscó sayo, iban mendigando y cantando:

— «¡Hemos sido injustos, hemos sido crueles para con Dios y para con nuestros hermanos; pero arrepentidos, hemos abandonado nuestros bienes á los hombres del Señor, su imágen viva en la tierra, y esperamos gozar de eterna gloria!»

— ¡*Ya llega el fin del mundo!* exclamaba la gente descreída. ¡Como! apenas nos queda un año, un mes, una semana, un día de vida, y cuando nos sentimos llenos de juventud, de ardor y de deseos, ¿pasaremos entre el terror, el ayuno, la mortificacion y la abstinencia, los pocos instantes que nos restan? No, no, abramos nuestros cofres, vaciemos nuestros toneles, cubrámonos con nuestros mas ricos vestidos, vivamos en un mes, en un día, en una hora si preciso fuere, los dilatados años que quizás nos estaban destinados. ¡Goce- mos! ¡embriaguemonos de oro, de vino, de flores, de mujeres! ¡apuremos todos los placeres y la orgía del universo no tendrá mas término que el caos del mundo derrumbándose en el abismo de la inmensidad!

— ¡*Ya llega el fin del mundo!* decian los amantes á sus queridas, ¿para qué esperar, luchar y resistir? ¡riámonos de los padres y de los maridos! ¡Consagremos al amor el día que nos queda de vida!

— ¡*Ya llega el fin del mundo!* decian mercaderes y artesanos, ¿de que sirve comprar, vender, tegir la tela, forjar el hierro ó labrar

la madera? Y los unos daban sus mercancías á los pobres, y otros las vendian á cualquier precio. ¿De que sirve hacer provisiones cuando tan cercano está nuestro último dia?

— ¡ *Ya llega et fin del mundo!* gritaban con feroz alegría, con siniestra esperanza los millones de siervos poseidos por el rey y los señores. ¡Ya llega el fin de nuestras miserias, termina ya nuestra trabajosa jornada, jornada fatal que se cuenta no por horas, sino por años, de la que nuestra cuna es el alba y nuestro sepulcro la tarde!.. ¡Por fin descansarán en una eterna noche nuestros cuerpos fatigados y hambrientos! ¡oh! ¡bendito sea el fin del mundo, pues lo es tambien de nuestras miserias!

Y los siervos que nada podian dar, que nada podian prodigar, quisieron al menos anticiparse al eterno reposo, y abandonaron al llegar el otoño el azadon y el arado. ¿Para qué cultivar una tierra que debe abismarse en el caos antes de la cosecha? Algunos, deseosos de gozar de los bienes mundanos, aunque solo fuera durante una hora, saquearon los castillos y se entregaron á todos los excesos. ¡Los últimos dias del año 999 ofrecieron en la Galia un espectáculo inaudito, fabuloso! ¡bravatas y gemidos! ¡carcajadas y lamentos! ¡cantos báquicos y cantos funerales! ¡Aquí los gritos, las frenéticas danzas de la suprema orgía, allí los contritos ayes, el religioso recogimiento, los sonidos del supremo cántico!... ¡Llegó en fin la última hora del año 999! ¡Un minuto, un instante mas... el reloj da media noche y el año 1000 empieza.

Entonces, en aquel terrible momento, los corazones mas endurecidos, las almas que mas confiaban en su salvacion, las inteligencias mas dóciles y las mas rebeldes, experimentaron una sensacion que no tiene, que no tendrá jamás nombre en lengua alguna.

— ¡Es media noche!...

— ¡Empieza el año 1000!...

— ¡O sorpresa! ¡ó estupor! los muertos no se levantan de sus sepulcros, las profundidades de la tierra no se entreabren, los océanos no salen de sus abismos, los astros no son lanzados fuera de su órbita ni se entrechocan en la inmensidad! Ni un relámpago, ni un trueno, nada! jamás hubo noche tan tranquila, tan serena como la del último dia del año 999; jamás luna y estrellas brillaron con tan vivo fulgor en el azul del firmamento. Ni un soplo de aire agitó la copa de los árboles, y los hombres, en el silencio de su estupor, pudieron percibir el murmullo del arroyuelo al deslizarse por entre la

yerba. Aparece el alba, brilla el día... ¡Jamás sol mas radiante deramó sobre la creacion sus torrentes de luz!

Asi como el temor del último día produjo en los corazones una sensacion que no tiene ni tendrá nombre en lengua alguna, tampoco puede espresarse lo que siguió á la universal decepcion. Los hombres religiosos que se habia creido próximos á entrar en la morada de los justos, sentian cierto pesar y tristeza; los que habian arrojado sus tesoros al viento en aquellos días de embriaguez y de vértigo, veíanse pobres, sin haberes y quizás con largos años de vida. Los millones de siervos que esperaban el descanso eterno veian de nuevo lucir para ellos el alba fatal de un largo día de miserias y dolores. La tierra que se habia dejado sin cultivo creyendo en el próximo fin del mundo, no podia alimentar á sus habitantes, y preveíanse horribles calamidades.

Sin embargo, la creencia popular que á pesar de las amonestaciones de la Iglesia se habia abandonado á tan loco frenesi, confesó entonces haberse equivocado, no en cuanto al hecho, sino en cuanto á la fecha del mismo. El fin del mundo debia acontecer mil años despues de la venida del Salvador; esto era indudable para la generacion que poblaba la Galia, y el principio feliz y ordinario del año 1000 no bastó á desvanecer la piadosa creencia. Dijóse entónces que Jesucristo no mostró su divinidad hasta despues de su pasion, cuando por su milagrosa resurreccion subió desde la tierra á los cielos para sentarse á la derecha de su Padre; que si bien el Salvador habia nacido mil años antes de la época que entonces corria, no se manifestó como Dios hasta el momento de su muerte, es decir treinta y dos años despues de su nacimiento, de modo que el terrible suceso anunciado para el año 1000 debia aplazarse para el año 1032. Esta creencia, sin ser tan general como en el año 1000, produjo los mismos fatales resultados. En 999 el temor del fin del mundo suspendió el cultivo de las tierras, y fué causa de la horrorosa hambre del año 1000, hambre seguida de una terrible mortandad; sin brazos la agricultura, engendrando cada año de escaséz una nueva mortandad, la Galia se despobló rápidamente, el hambre se hizo casi estacionaria durante mas de treinta años y los de 1000, 1001, 1003, 1008, 1010, 1014, 1027, 1029, 1031 presenciaron indecibles horrores, hasta que por fin el año 1033 sobrepujó á los demás en toda clase de atrocidades. Los siervos, los villanos y el pueblo de las ciudades espiraban en las torturas del hambre: los caminos estaban cubiertos de

cadáveres, y aquellos cuerpos corrompidos viciando el aire, engendraban pestes y enfermedades desconocidas hasta entónces y diez-maban á las poblaciones que se habian librado de los horrores del hambre. En treinta años perdió la Galia mas de la mitad de sus habitantes, pues los recién nacidos morian al salir del seno de sus madres.

Y ahora, hijos de Joel, leed la siguiente relacion escrita por mi, *Ivon el Montero*.

He sido educado por mi padre como él lo fué por el suyo, sufriendo el ódio de los conquistadores de nuestra patria. Mi abuelo Guyrion, muerto por unos francos que habian insultado á su hermana Ana, y obediente al mandato de Joel trasmitido á su descendencia de generacion en generacion, habia enseñado á su padre á leer y á escribir para que pudiese aumentar la crónica de nuestra familia. Mi padre conservaba piadosamente como conservo yo *la flecha* de Gaelo el pirata, y la relacion legada por su abuelo Eidiol, decano de los barqueros parisienses. Ignoramos lo que ha sido de la raza de nuestra familia que residia en Bretaña cerca de las sagradas piedras de Karnak... ¡ Ah! ¡ quién sabe si volveremos á ver á aquellos hermanos de nuestra raza! Mi abuelo y mi padre nada han escrito sobre su existencia oscura; pero por las noches, en la profunda soledad en que vivimos, Ludueg, mi padre, montero como yo en Compiègne, en la fuente de las Corzas, me referia lo que le dijera mi abuelo Guyrion acerca de las aventuras de los hijos de Joel, tradiciones que Guyrion habia recibido de Eidiol y este de su abuelo, establecido en Bretaña, antes de la separacion de los nietos de Vortigern. Apenas contaba diez y ocho años cuando murió mi padre recibiendo antes mi juramento de no unirme con los francos, conquistadores de nuestra patria, y de escribir la historia de mi vida en caso de presenciar algun acontecimiento de importancia. Voy á cumplir mi promesa.

Era á fines de diciembre del año 1033; mi querida esposa Marcellina habia muerto hacia cinco años, y yo habitaba aun la cabaña de la fuente de las Corzas con mi hijo Den-Brao, su esposa Gervasia y mis tres hijos: el mayor llamado Nominoe, contaba nueve años; Julian, el segundo, siete, y Juanito, el último, dos. Mi hijo, siervo como yo, habia sido empleado desde su adolescencia en estraer piedras de una cantera inmediata, y desenvolvióse en él una aficion particular al oficio de albañil; en sus momentos de ócio construía

pequeñas casas y castillos, y habiendo observado sus buenas disposiciones, el gefe albañil de Compiègne le enseñó á tallar piedras y á dibujar planos, y le empleó á menudo en dirigir con él la construcción de las fortalezas que el rey Enrique I hacia construir en los límites de su posesion de Compiègne. Mi hijo Den-Brao, apacible, laborioso y resignado á la esclavitud, amaba con pasion su oficio de albañil. «Hijo mio, le decia yo, esos castillos cuyo plano trazas, y que levantas con tanto ardor como habilidad, sirven ó servirán para la opresion de nuestra raza; los cadáveres de nuestros hermanos yacerán sepultados en esos calabozos subterráneos abiertos con arte infernal.

— «¡ Ah! verdad es por desgracia, me contestaba; pero otros los construirian tambien, y entregado á esos trabajos que amo con pasion, olvido las penas de la servidumbre.»

Gervasia, esposa de mi hijo, mujer cuidadosa y excelente madre, me mostraba un afecto casi filial; y hacia que respirase el orden y el aseo en nuestra reducida vivienda, situada en uno de los puntos mas solitarios del bosque. Hasta el maldito año en que escribo habíamos sufrido menos que otros del hambre que despoblaba la Galia; de tiempo en tiempo cazaba yo un gamo ó un ciervo, y su carne nos ponía por algun tiempo al abrigo de la necesidad; pero al principiar el año 1033, los animales del bosque fueron atacados de la epidemia que diezma á veces al ganado, y enflaquecidos y sin fuerzas, morian en los sotos y en los senderos, y su carne corrompida en un momento se desprendía de sus huesos. A falta de venado vimonos reducidos al terminar el otoño á alimentarnos con los racimos silvetres ó con los frutos de algunos árboles y comíamos tambien culebras que sorprendíamos aletargadas en los sitios á que se habian retirado al aproximarse el invierno. El hambre nos atormentaba cada vez mas, y para acallarla, di muerte derramando lágrimas á mi compañero de caza, á mi pobre perro llamado Deber-Trud en memoria del perro de guerra de nuestro antepasado Joel; en seguida comimos hojas de árboles hervidas en agua, pero cuando las desprendieron de las ramas los vientos y el frio, se nos hicieron insoportables. Entonces recordé que en épocas anteriores algunos desgraciados habian sostenido su existencia, segun se decia, alimentándose de arcilla; no léjos de nuestra vivienda existia una veta de aquella tierra, y al verla nos creimos salvados; era una arcilla verdosa, fina y pesada sin mas sabor que un gusto insulso y desabrido. Mi hijo, su

mujer, sus hijos y yo la devoramos con afán, pero al día siguiente nuestro estómago contraído rechazó aquel alimento pesado como plomo. Pasáronse treinta y seis horas, y el hambre empezó de nuevo á roernos las entrañas; durante aquel tiempo habia nevado mucho, y dejando á mi angustiada familia, salí de nuestra cabaña, llevando la muerte en el alma, para inspeccionar las redes que habia tendido con esperanza de coger algunas de las aves que atraviesan el pais en tiempo de nieve. Corrí desalado al sitio en que las tendiera, pero mis esperanzas quedaron frustradas. A poca distancia se encontraba el riachuelo de la fuente, helado entonces; la nieve cubria sus márgenes, y reconocí con júbilo las huellas de un gamo; la dimension de su pezuña impresa en la nieve anunciaba su corpulencia, y pude juzgar de su peso al ver quebrado el hielo del arroyo que acababa de atreverse, hielo de tal espesor que no se habria roto bajo mis plantas. Muchos meses hacia que buscaba en valde el rastro de un gamo; ¿habríase librado casualmente de la comun mortandad? ¿llegaba de una lejana selva? lo ignoraba, y seguí con ardor sus recientes huellas. Tenia conmigo mi arco y mis flechas: alcanzar al animal, matarlo, ahumar su carne, era asegurar por un mes quizás la vida de mi familia moribunda. La esperanza redobló mis fuerzas, y emprendí la persecucion del gamo; la huella de sus pasos me probaba que habia seguido tranquilamente uno de los grandes senderos del bosque, y además, sus pisadas se hallaban tan profundamente impresas en la nieve, que debia haber atravesado el arroyo hacia una hora á lo mas, pues de lo contrario sus huellas impresas en la nieve habrian perdido su forma al derretirse esta al contacto del aire; en menos de una hora podia, pues, siguiendolo su pista, alcanzarle, sorprenderle y darle muerte. En el ardor de la caza, echaba en olvido mi hambre. De repente, y despues de una hora de anhelante marcha, el viento llevó á mis oidos un lejano bramido; lleno de sorpresa y temiendo haberme engañado pues los animales de los bosques no gritan sino de noche, aplico mi oido á la tierra... No hay duda, el gamo bramaba á unos mil pasos del sitio en que me encontraba. Por fortuna un recodo del camino me ocultaba á su vista, pues aquellos animales se detienen á menudo para mirar trás de sí ó escuchar los ruidos lejanos; entonces en vez de seguir el sendero, penetré en la espesura, esperando adelantar al gamo cuyo paso era muy lento, emboscarme entre las ramas del camino y disparar contra él á su paso. El cielo estaba som-

brío; algunas ráfagas de viento agitaron las ramas, y ví con espanto que arremolinaban algunos copos de nieve; si esta llegaba á caer en abundancia antes que hubiese dado muerte al gamo, borraría las huellas de sus pasos y no podría seguir ya su pista. Mis temores se realizaron; el viento se convirtió en huracan y la nieve cubrió árboles y senderos. Salgo entonces de la espesura, me dirijo á un punto donde el camino se dividia en dos largas avenidas, miro á lo léjos y no veo ya el gamo. Sintiendo sin duda mi proximidad se habrá emboscado entre los árboles inmediatos al sendero; ¿qué direccion habrá tomado? imposible me es saberlo pues sus pisadas habian desaparecido bajo la nieve. Dominado por una rabia insensata, me arrojo al suelo profiriendo furiosos gritos; el hambre, que me hiciera olvidar el ardor de la caza, despertábase implacable y desgarraba mis entrañas; mordí uno de mis brazos y el dolor me hizo volver en mí; luego, preso otra vez de un vértigo de rabia, me levanto con la idea fija de encontrar al gamo, de matarlo, de tenderme junto á él mientras quedara en sus huesos un giron de carne para devorar; si en aquel momento hubiese poseido mi presa, la hubiera defendido hasta contra mi propio hijo. Cegado por una idea fija, por el deseo de dar muerte al gamo, corria al azar sin saber á donde dirigia mis pasos; la noche se acercaba, y la nieve impelida por el huracan azotaba con fuerza mi rostro, cuando un acontecimiento extraño desvaneci6 en parte el extravío de mi mente. De repente llegó á mi olfato el olor de carne asada; me detengo, husmeando aquí y allá como un lobo que olfatea á lo léjos un campo de matanza; miro á mi alrededor para examinar á favor de la luz del crepúsculo el sitio en que me encontraba, y reconozco el camino que guia desde Ormesson á Compiègne. Cerca de allí habia una taberna ó meson donde acostumbraban á detenerse los viajeros, y cuyo dueño era un siervo de la abadia de San Maximino, llamado Gregorio *Ventre vacío* porque nada, segun decia, bastaba para saciar su devorador apetito. Hostigado por el hambre, exasperado por el olor que salia de la taberna, me acerco con precaucion á la puerta que estaba cerrada, y veo que Gregorio habia entreabierto la ventana para dar salida al humo; protegido por la oscuridad, me deslizo hasta la ventana, y á la luz de un gran fuego que chisporroteaba en el hogar, distingo á Gregorio sentado en un banquillo junto á la lumbre, y asando la carne cuyo olor habia irritado mi voracidad. Con gran sorpresa mia, el tabernero, hombre robusto y en la flor de sus

años, no parecía como antes nervioso y membrudo, sino que se hallaba gordo hasta la obecidad; en su abultado rostro rodeado por una luciente barba negra, brillaban los colores de una salud excelente; cerca del tabernero habia un cuchillo, una pica y una hacha cubierta de sangre, y un enorme dogo tendido á sus piés roía con placer un hueso muy provisto de carne. Esto me enfureció; yo y mi familia habríamos vivido un día con los restos abandonados á aquel perro. Sin embargo, ¿como tenia el posadero tanta carne á disposicion suya, cuando apenas los nobles podian proporcionársela? Un buey costaba cien sueldos de oro, un carnero cien sueldos de plata, y á pesar de que Gregorio habia sido siempre para mi casi un amigo, sentí contra él violento enojo al verle nadar en semejante opulencia. No podia apartar mis ojos del sabroso manjar, pensando en la alegría de los míos si volviera á casa con semejante cena; tentado estuve de llamar á la puerta del siervo y pedirle que dividiera conmigo su comida, ó que me diera al menos los huesos que roía su perro; pero juzgué al posadero por mi mismo, y sabiendo que estaba bien armado, dije para mí:

— En los tiempos que corremos el pan y la carne son mas preciosos que el oro y la plata; siento un hambre tan horrible que ignoro si despues de haberla saciado, y pensando en el dia siguiente, abandonaria á los míos lo que me quedase. Implorar de Gregorio que parta conmigo su cena, es locura; se negaria á ello, ó armado como está, quizás me daria muerte.

Estas reflexiones sucedianse con rapidez en mi delirante imaginacion, cuando el enorme dogo que sin duda me olfateára, empezó á gruñir encolerizado sin abandonar su hueso. Gregorio, que en aquel momento retiraba la carne del asador, dijo á su perro cuyos gruñidos se hacian cada vez mas amenazadores:

— ¿Qué tienes, Fillot? ¡Animo, valeroso compañero! Defendamos nuestra cena, tú con tus dientes, yo con mis armas: pero nada temas, nadie se atreveria á entrar aquí... ¡Silencio, pues, Fillot!

El dogo léjos de calmarse, abandonó su hueso y se puso á ladrar con furor acercándose á la ventana.

— ¡Oh! ¡oh! dijo el posadero colocando la carne en un gran plato de madera que habia sobre la mesa, Fillot deja su hueso para ladrar... alguien hay fuera...

Aparteme al momento del sitio que ocupaba junto á la ventana, y oculto en las tinieblas, ví á Gregorio armado de su pica, abrir la ven-

tana y asomar en ella medio cuerpo gritando con voz amenazadora:

—¿Quién va? Si alguien busca la muerte aquí la hallará...

Anticipándose la acción al pensamiento cojo mi arco, coloco en él una flecha, é invisible para Gregorio merced á las profundas tinieblas de la noche, le apunto en medio del pecho: la flecha silba, el posadero da un prolongado gemido, y cae dando con el pecho contra la ventana; su pica se escapa de sus manos; me apodero de ella en el momento en que el dogo, furioso saltando por encima de las espaldas de su dueño, se arroja contra mi, y le clavo en tierra atravesándole el cuerpo con el arma. Habia cometido un asesinato con la ferocidad de un lobo ambriento, y no pensé mas que en saciar mi hambre; al cabo de algun tiempo desvaneciése el vértigo que ofuscaba mi mente, recobré la razon y me encontré solo en la taberna teniendo delante de mi el pedazo de carne cuya mitad acababa de devorar. Creyendo despertar de un terrible sueño, miro á mi alrededor con estrañeza, y de repente á la luz del hogar, fijanse mis ojos en los huesos abandonados por el dogo: entre aquellos sangrientos restos parecianse reconocer una mano y un brazo medio devorados... Sobrecogido de horror me acerco á los huesos de los que pendian aun sangrientos girones... ¡Tenia á mi vista los restos de un cadáver humano! Una espantosa idea atraviesa entónces mi mente. Recuerdo la sorprendente obesidad del tabernero. No hay duda, el monstruo, alimentado con carne humana, asesinaba á los viageros que se detenian en su casa. La carne asada que habia yo comido provenia de un reciente acesinato... Mis cabellos se erizan, no me atrevo á volver la vista hácia la mesa, en la que se encontraba aun el resto de aquel manjar decaníbales, me pregunto como mi boca no lo ha rechazado; pasado sin embargo el primero é instintivo horror, trato de recordar el sabor de aquella carne, que diferia muy poco en el gusto de la carne de buey que alguna vez habia comido. Entónces digo para mi:

—Mi mujer y mis hijos sufren en este momento todos los tormentos del hambre: la mia se ha calmado merced á ese alimento; pues bien, por abominable que sea me llevaré el resto. Como yo lo he ignorado en un principio, mi familia ignorará lo que come... y al menos la habré arrancado por un dia á los horrores del hambre!

Tomada esta resolucion, disponiame á salir de la taberna cuando

el huracan que rugia en el exterior, abrió la puerta de un aposento inmediato á la sala baja en que me hallaba, y al momento salió de él un penetrante olor de cadáveres como de un carnerario... Corro al hogar, cojo un tizon ardiendo, é iluminado por su luz, entro en la pieza inmediata; sus paredes estaban salpicadas en varios puntos de sangre negruzca, y en un extremo ví un monton de ramas secas las cuales se destinan en este pais para encender fuego; de entre ellas salian un pié y una pierna; las aparto... y ofrecese á mis ojos un cadáver recientemente mutilado, del cual restaba la mitad del tronco, un muslo y una pierna... El olor de carniceria, cada vez mas penetrante, debia proceder de un recinto mas profundo; descubro una especie de trampa, la levanto y exhálase de la abertura tan infecto vapor que debí retroceder algunos pasos; sin embargo, queriendo llevar hasta el fin mi siniestro exámen, acerco mi tizon á la abertura y descubro un aposento subterráneo lleno casi del todo de huesos, de cabezas, de miembros humanos, sangrientos restos de los viageros á quienes Gregorio asesinaba para devorar despues... A fin de librarme de tan horrible espectáculo, arrojo en el mortuorio subterráneo mi hachon encendido que se apaga al momento; sobrecogido de espanto permanezco un momento inmóvil, vuelvo luego á la sala baja, y despues de nuevas vacilaciones, el recuerdo de mi hambrienta familia vence mi perplejidad, y meto en mi zurrón el pedazo de carne asada. En el exterior de la taberna, el huracan redoblaba su violencia, y la luna, aunque velada por torbellinos de nieve, daba bastante luz para que me fuese fácil encontrar mi camino. Tomé, pues, el sendero que guiaba á la fuente de las Corzas con paso firme y seguro; el infernal alimento que habia tomado en la taberna me habia devuelto mis fuerzas, pero al llegar á dos leguas de mi casa, me detuve sobrecogido por un repentino pensamiento; el perro que habia yo muerto estaba muy gordo, y podia asegurar por dos ó tres dias al menos la existencia de mi familia. Retrocedo al momento, me dirijo de nuevo á la taberna á pesar de la distancia que de ella me separa, y al tocar casi el término de mi camino distingo por entre la nieve que continuaba cayendo, una brillante luz que salia por la puerta y la ventana de la casa. Dos horas antes, cuando mi partida, se hallaba todo sumido en tinieblas; alguien habria encendido el fuego. Con la esperanza de apoderarme del perro sin ser visto, me deslizo cerca de la casa, pero un rumor de voces que llegó hasta mi detuvo mis pasos y oí las siguientes palabras:

— Camarada, esperemos un poco mas, y el perro estará en su punto.

— ¡Tengo hambre!

— Yo tambien... pero tengo mas paciencia que tú, que habrias comido crudo ese magnífico perrazo... ¡Oh! ¡cuan mal huele ese fúnebre depósito, y eso que la puerta y la ventana estan abiertas!

— ¡Qué importa!... tengo hambre...

— ¿Con qué maese Gregorio asesinaba á los viajeros para robarles? Sin duda... uno de ellos, mas afortunado que los otros, le habrá dado muerte esta noche... ¡Pero vaya al diablo el posadero! Su perro está ya cocido... ¡comamos!

— ¡Comamos!

— Solo y viejo, ¿cómo podia yo disputar su presa á aquellos dos hombres? Dirigíme pues á mi casa á la que llegué al terminar la noche, y al entrar en ella, la luz de una antorcha resinosa clavada en la pared, ofreció á mis ojos un desgarrador espectáculo: mi hijo Den-Brao, tendido cerca del hogar, habia ocultado su rostro con su blanco capote de albañil; moribundo ya, no queria presenciar la agonía de los suyos. Su mujer Gervasia, tan flaca que podian contarse los huesos de su rostro bajo su tez lívida, estaba arrodillada cerca de un lecho de paja, donde se agitaba convulsivamente Julian, el segundo de sus hijos, menos débil que los otros merced á su robusta naturaleza; Gervasia, casi desfallecida, luchaba con su hijo que prorumpia ya en gemidos, ya en furiosos gritos, y trataba en el frenesí de su martirio, de llevar á sus dientes uno de sus brazos... Nominoe, el mayor, tendido boca abajo junto á su hermano, me hubiera parecido muerto á no ser por los ligeros estremecimientos que de cuando en cuando agitaban su cuerpo enflaquecido, mientras que Juana murmuraba en su cuna con voz espirante:

— ¡Madre mia... tengo hambre!

Gervasia al oír el ruido de mis pasos, volvió el rostro hacia mí, y me dijo con desesperacion:

— ¡Padre mio, si no nos traeis nada mataré á mis hijos para abreviar mi agonía... y me mataré yo en seguida!

Sin proferir una palabra, arrojé al suelo mi arco, y quitéme el zurrón de mis espaldas. Por su peso y volúmen, conoció Gervasia que estaba lleno, y arrancándolo de mis manos con feroz impaciencia, lo abrió, sacó el pedazo de carne asada, lo elevó por encima de su cabeza para enseñarlo á toda la familia, y gritó con voz jadeante:

— ¡Carne!... ¡oh! ¡no moriremos aun! ¡Den-Brao!... ¡hijos míos! ¡carne! ¡carne!

Al oír estas palabras, mi hijo se incorporó, Nominoe, harto débil para levantarse, tendió á su madre sus ávidas manos, la tierna Juana sacó también las suyas fuera de su cuna, mientras que Julian cesando de ser contenido por su madre y no oyendo ni viendo nada, preso del delirio del hambre, llevaba el brazo hacia sus dientes. ¡Ay! ninguno de nosotros observó el movimiento del niño; todos los ojos se hallaban fijos en Gervasia, la que dirigiéndose hácia la mesa y tomando un cuchillo, partió la carne en varios trozos, sin cesar de dar gritos de febril y delirante alegría.

— Dame, dame... dijo mi hijo á su mujer corriendo hacia ella con las manos estendidas, y recibiendo un pedazo que devoró en un momento.

— ¡Para tí, Juana! añadió Gervasia arrojando otro pedazo á su hija que exhaló un grito de gozo, mientras que su madre, no pudiendo resistir al hambre que la acosaba, mordió la tajada que daba á Nominoe. Este, apoderándose con avidez de su presa, puso á comerla como los demas con voracidad silenciosa.

— ¡Para tí ahora, Julian! repuso Gervasia; mas el niño no contestó... su madre se inclinó hácia él y le dijo:

— ¡Julian, no te muerdas así el brazo! toma, aqui tienes carne.

Pero Nominoe que habia comido ya su parte, se apoderó con violencia del que su madre ofrecia á Julian.

— ¡Hijo mío, quita tu brazo de entre los dientes! decia Gervasia viendo que su hijo continuaba mudo é inmóvil; y luego volviéndose hacia mí añadió:

— ¡Venid, padre mío! su brazo está helado, y no puedo arrancarlo de entre sus mandíbulas.

Acudí á la voz de Gervasia, y ví que Julian acababa de espirar víctima del hambre, por ser mas débil y mas enflaquecido que sus dos hermanos.

— ¡Aléjate! dije á mi nuera; aléjate.

Gervasia comprendió que Julian habia muerto, y aunque hubiera dado la vida por sus hijos, me obedeció en aquel momento, pensando únicamente como su hijo en saciar el hambre. Cuando esta se hubo calmado, ambos prorrumplieron en sollozos.

— ¡No lloreis á Julian! le dije; no sufrirá ya mas, y debemos por el contrario envidiar su muerte.

— ¡Pobre Julian! decia Gervasia anegada en llanto; ¡ah! ¡hijo mio! algunos momentos mas, y hubieras comido como los demás, y te salvabas... por hoy á lo menos.

— Padre mio, me dijo Den-Brao, ahora que atino en ello ¿como os habeis procurado esa carne?

— Por primera vez desde mucho tiempo divisé ayer las huellas de un gamo, contesté bajando los ojos ante la mirada de mi hijo; por mucho tiempo seguí la pista al animal, pero en vano, y llegué de este modo á la taberna de Gregorio... Este cenaba y me dió lo que habeis comido.

— Semejante regalo y en los tiempos que corremos, padre mio, cuando hasta los nobles padecen de hambre, es apenas creible.

— Referí al posadero nuestra triste situacion, contesté con fuerza á mi hijo para dar fin á sus preguntas que me desgarraban el corazon. Pero me hallo fatigado y necesito descansar.

Pasé entonces al aposento inmediato y me tendí en el lecho; mi hijo y su mujer permanecieron de rodillas junto al cuerpo del tierno Julian, y sus dos hijos se durmieron diciendo que tenian hambre. Al acercarse la noche me desperté despues de un sueño agitado por terribles visiones; Gervasia continuaba arrodillada cerca de Julian, y los niños gritaban:

— ¡Madre! dadnos de comer... sentimos tanta hambre como la noche pasada.

— Despues, despues, hijos mios, contestaba la infeliz á fin de consolarles al menos con la esperanza.

Mi hijo sentado en un banquillo y con el rostro oculto entre sus manos, levantó la cabeza y me dijo al verme salir:

— ¿A donde vais, padre mio?

— A cavar la sepultura de Julian... quiero evitarte ese trabajo y ese nuevo pesar.

— ¡Cavad la de todos nosotros, padre mio! añadió Den-Brao con sombrío abatimiento; esta noche moriremos todos. El hambre, per un instante satisfecha, se despierta mas terrible aun que la noche pasada... Cavad una sepultura en que quepamos todos nosotros.

— No perdamos la esperanza, hijos mios; ha cesado ya de nevar y quizás encuentre la pista del gamo que perseguí ayer.

Lléveme conmigo un azadon y un pico á fin de cavar la sepultura de mi nieto no léjos del punto en que habia enterrado á mi padre.

Ludueg; cerca de allí habia un monton de troncos de árboles y de ramas secas preparadas hacia algun tiempo por unos siervos leñadores para convertirlos en carbon. Abierto el hoyo, dejé el pico y el azadon; no nevaba ya, y como faltaba aun una hora para llegar la noche, esperaba encontrar de nuevo la pista del gamo. Pero en vano recorrí muchos senderos; no pude distinguir la huella de sus pasos, y la noche envolvió el bosque en profundas tinieblas. La luna salia muy tarde, y juzgaba del hambre que debian experimentar los míos por la que desgarraba mis entrañas. Dirigime á mi cabaña, y allí me esperaba un espectáculo mas desgarrador aun que el de la víspera... Los convulsivos gritos de mis nietos hambrientos, las lágrimas de su madre, la siniestra postracion de mi hijo, tendido en el suelo esperando la muerte y acusándome de haber prolongado por algunas horas su agonía, fué lo que ví al pasar el dintel de la puerta; y era tanto el abatimiento de aquellos desgraciados, que pude llevarme en mis brazos el cuerpo de Julian sin que levantáran siquiera la cabeza.

Pasada una hora regresé á nuestra cabaña; reinaba en ella una oscuridad profunda, ni una tea ardia en el hogar, y un estertor sordo y convulsivo interrumpia solo el sepulcral silencio. De repente Gervasia esclamo corriendo hácia mi á través de las tinieblas:

—Percibo el olor de carne asada... como la otra noche... ¡Ah! ¡no moriremos aun! ¡Den-Brao, tu padre nos trae carne... ¡ Pronto una... luz!

—¡No, no, no encendeis fuego! exclamé yo con los cabellos erizados de espanto. Tomad, dije á Gervasia que me arrancaba el zurrón de las espaldas, tomad... y comed en la sombra!

Los infelices devoraron su presa entre la oscuridad, harto hambrientos para dirigirme la menor pregunta, mientras yo huia de la choza casi loco de horror...

Mucho tiempo divagué sin direccion ni camino; la nieve que cubria el suelo se habia helado y la luna brillaba en el sereno firmamento; el frio me devolvió el uso de mi razon y me arrojé desesperado al pié de un árbol esperando la muerte. De repente oigo como á cincuenta pasos, el crugido de ramas que anuncia el paso de una fiera... Por desgracia no habia llevado conmigo el arco ni las flechas.

— ¡Es el gamo! dije para mí... ¡le mataré!

Y esta resolución fué superior á la postracion de mis fuerzas y á mi pesar, por verme sin armas en el momento en que sin duda iba á ofrecérseme una presa. El crugido de las ramas se hacia cada vez mas distinto; encontrábame bajo un grupo de robles seculares, y enfrente de mí se hallaba la espesura que atravesaba en aquel momento el animal. Levantéme á lo largo del enorme árbol á cuyo pié me habia tendido, los ojos y los oídos atentos, sujeté entre los dientes mi cuchillo de montero, y esperé... Despues de algunos instantes de mortal angustia, pues el gamo podia olfatearme ó salir de la espesura sin pasar por mi lado, oigo que se acerca, y que se detiene cerca del árbol que me ocultaba á su vista; tampoco yo podia verle, pero á seis piés de mi escondite, á la derecha, veia dibujarse en la nieve la negra sombra del gamo y de sus altos cuernos.. Suspendiendo mi respiracion, permanezco inmóvil mientras la sombra permanece inmóvil tambien; pasados algunos momentos, el animal se adelanta hácia mí, y de un salto me lanzo sobre él y le cojo por los cuernos. Es fuerte y corpulento, se resiste con vigor, pero colgándome de sus cuernos con la mano izquierda, le sepulto con la derecha mi cuchillo en la garganta. El animal cae sobre mí, espira, aplico mis labios á su herida y bebo su sangre que salia á borbotones.

Aquella sangre me reanimó, pues nada habia comido aquella noche...

Despues de algun tiempo de reposo, até los dos piés traseros del gamo con una rama flexible, y arrastrándole no sin trabajo á causa de su mucho peso, llegué con mi caza á nuestra choza de la fuente de las Corzas. Mi familia se encontraba por mucho tiempo al abrigo del hambre pues el gamo debia proporcionarnos unas trescientas libras de carne, que, tajada y ahumada á la manera de los monteros, podia conservarse por espacio de muchos meses.

Réstame ahora hacer una horrible confesion que mi hijo, su mujer y mis nietos no sabrán hasta despues de mi muerte, cuando lean estas líneas. Junto al hoyo que destinaba para sepultura de Julian habia un monton de troncos de árboles y de ramas secas puestas allí para ser reducidas á carbon, y dije para mí:

— El abominable alimento que proporcioné ayer á mi familia impidió que espirara en medio de las torturas del hambre; mi nieto ha muerto... ¿Es preferible enterrar su carne ó emplearla en prolongar la vida de los que le dieron el ser?

Después de vacilar ante tan espantosa idea, resolvíme á ponerla por obra pensando en la agonía de los míos: prendí fuego al montón de ramas, arrojé en él la carne de mi nieto, y á la luz de la hoguera enterré sus huesos, ésepto un fragmento de su cráneo que conservé como una triste y piadosa reliquia, sobre la cual gravé estas siniestras palabras en lengua gala: FIN-AL-BRET (*fin del mundo*). Retirando después del brasero la carne ya cocida, llevéla á mi familia espirante, y los infelices la comieron en la sombra... ignorando lo que comían.

Dos días después de aquellas dos funestas noches, supe por un siervo leñador que uno de mis camaradas, montero como yo en los bosques de Compiègne, que encontró el cadáver de Gregorio atravesado por una flecha, había reconocido que era una de las mías, y me había denunciado como reo de asesinato. El baile de Compiègne me detestaba; y á pesar de que mi crimen había purgado al país de un monstruo que asesinaba á los viajeros para devorarlos, dió orden para que me prendiesen. Instruido de ello á tiempo y resuelto á huir, me despedí de mi hijo, pero este se negó á abandonarme lo mismo que su mujer y sus dos hijos; por otra parte, era imposible que fuésemos ya mas miserables: la carne del gamo ahumada que llevábamos en nuestros zurrones podía asegurar nuestra existencia durante un largo viaje, y servidumbre por servidumbre, quizás seríamos menos infelices en otro país, pues decíase que el hambre, aunque general, era menos intensa en otros territorios. Llegada la noche, abandonamos nuestra cabaña de la fuente de las Corzas; mi hijo y su mujer llevaban alternativamente en brazos á la tierna Juana, y Nominoe caminaba junto á mí. Fuera de los límites del territorio real, hallábame al menos en seguridad, y sabiendo algun tiempo después unos peregrinos que el Anjou sufría del hambre menos que otras provincias, nos pusimos en marcha hácia ese país; además el Anjou confina con la Bretaña, cuna de nuestra familia, y deseaba acercarme á ella con la esperanza de encontrar en la Armórica á algunos parientes nuestros. Hicimos nuestro viaje durante los primeros meses del año 1034 sufriendo mil vicisitudes, casi siempre en compañía de peregrinos, de mendigos ó de vagabundos que vivían del pillage, y por todas partes distinguíamos las horribles huellas del hambre y los estragos causados por las guerras intestinas de los señores. La tierna Juana murió de fatiga en el camino.

.

— Mi padre Ivon el Montero, víctima de una aguda enfermedad, no ha podido dar fin á esta relacion y antes de espirar me ha entregado este pergamino, á mi, su hijo *Den-Brao el Albañil*, junto con un hueso del CRÁNEO de mi pobre hijo Julian y la FLECHA que va unida á la leyenda legada por nuestro antepasado Eidiol, el barquero parisiense, y piadosamente conservada por mi padre, como la conservaré yo para legarla á mi vez á mi hijo Nominoe... Quizás verán unidas estas leyendas á las crónicas de nuestra familia, poseidas sin duda por nuestros parientes de Bretaña... ¡ Mi padre Ivon murió el día nono del mes de setiembre del año 1034, y cumpliendo su deseo, y á fin de acercarnos á Bretaña, continuamos nuestro viaje hácia el Anjou. Llegamos á dicha provincia y al territorio del señor Guiscardo, conde del pais y del castillo de Mont-Ferrier. Los viageros que pasaban por sus tierras debian satisfacer cierto tributo, y los pobres que no podian hacerlo veíanse obligados, segun el capricho de los empleados del señor, á acceder á actos penosos, humillantes ó ridículos, como á recibir latigazos, á andar á gatas, á bailar ó á besar los hierros de la puerta del pontazgo; las mujeres debian someterse á las mas escandalosas obscenidades. Las muchas personas que con nosotros venian, miserables todas, sufrieron aquella verguenza y humillacion, pero deseoso yo de librar de las mismas á mi padre y á mi esposa, dije al baile del señorío, que se encontraba allí por casualidad :

— El castillo que veo allí arriba amenaza ruina en varios puntos á consecuencia de un incendio ó de un reciente sitio; yo soy albañil y he construido varias fortalezas; empleadme y trabajaré á gusto de vuestro señor, pidiéndoos por única merced que no maltrateis á mi padre, á mi mujer ni á mis hijos, y que nos deis abrigo y pan mientras duren mis trabajos.

El baile aceptó mi oferta pues no habia reemplazado aun el albañil del señorío muerto durante la última guerra y quedó contento de mi. Dionos una cabaña, y debíamos participar del rancho de los siervos. Mi padre cultivaba un reducido huerto dependiente de nuestra vivienda, y mi hijo Nominoe me ayudaba en mi trabajo, que podia durar hasta el invierno, en cuya época pensábamos ir á Bretaña. Aqui vivimos de cinco meses á esta parte, pero hace tres dias que he perdido á mi padre, el cual por las noches, despues de su trabajo, habia escrito la relacion anterior.

Hoy, undécimo dia del mes de junio del año 1035, yo, Den-Brao,

voy á referir un acontecimiento muy triste. Las reparaciones que debían hacerse en el castillo de Mont-Ferrier no pudieron terminarse antes del invierno del 1094, y el baile del señor me propuso poco tiempo despues de la muerte de mi padre, que continuara los trabajos en la próxima primavera, y acepté porque tengo gran afición á mi oficio, y porque además de que mi familia no era mas desgraciada aqui que en Compiègne, no experimentaba el mismo deseo que mi padre de marchar á Bretaña, donde quizás no existe ya miembro alguno de mi familia. Acepté pues las ofertas del baile, pensando con gusto en la construcción de cierto paso secreto que en tiempos de continuas guerras permitiría al señor salir del castillo en caso de sitio ó de una lucha desesperada; y habia terminado ya mis trabajos, cuando hace algunos dias acercóseme el baile y me dijo:

— Uno de los aliados del señor de Mont-Ferrier ha venido á visitarle, y se ha sorprendido al ver las obras que has llevado á cabo; ha dicho que desea reparar las fortificaciones de su castillo, y el conde nuestro señor consiente en cederte á su amigo en cambio de un siervo muy hábil armero.

— Yo no soy siervo del conde de Mont-Ferrier, contesté, pues me ajusté para trabajar libremente.

El baile se encogió de hombros y repuso:

— He aquí la ley: *Cualquier hombre QUE NO SEA FRANCO que resida por mas de un año y un dia en el territorio de un señor, queda siervo de dicho señor, y como tal, sugeto á su merced y misericordia.* Tú resides aqui desde el dia décimo de junio del año 1034, y contamos hoy el undécimo dia del mes de junio del año 1035: luego resides desde hace un año y un dia en el territorio del señor de Mont-Ferrier, y eres por lo tanto un siervo, le perteneces y tiene derecho para permutarte con los siervos del señor de Plouernel. No intentes resistir á la voluntad de nuestro soberano, pues Neroweg IV, señor y conde del pais de Plouernel, quiere poseerte y te poseerá como siervo albañil; ha enviado dos de sus servidores y estos te llevarán por fuerza atado á la cola de un caballo si te niegas á servirles de buen grado.

Sin gran pesar me habria resignado á este nuevo infortunio, pensando que durante cuarenta años habia vivido siervo en Compiègne, y que poco debia importarme trabajar en uno ó en otro señorío; sin embargo, no estoy tranquilo; mi padre me ha referido varias veces que sabia por su abuelo Guyrion, que una antigua familia de

raza franca llamada Neroweg, y establecida en la Galia desde la conquista de Clodoveo, se habia encontrado al través de los tiempos y para nuestra desgracia, con la familia de los descendientes de Joel. ¡Quiera el cielo que el nuevo encuentro con un Neroweg no sea funesto para mí ni para los míos!.. ¿Pero porqué ha de serlo? Mi carácter es temeroso, resignado y sumiso, mi condicion es la de siervo y la acepto sin quejarme; haré todo lo posible para contentar á mi nuevo señor y este no podrá querernos mal. Esto no obstante, experimento un vago recelo, y por esto yo, Den-Brao, hijo de Yvon el Montero, escribo las siguientes líneas:

« ¡Quiera Dios que el porvenir no realice mis temores! ¡Quiera Dios que mi querido hijo Nominoe solo tenga que escribir en este pergamino la fecha de mi muerte con estas palabras:

— Mi padre Den-Brao ha terminado tranquilamente su trabajosa vida de siervo albañil! »

INDICE

De las materias contenidas en el tomo segundo.

KARADOC EL BANDIDO Y RONAN EL PROSCRITO.

PRÓLOGO. — Las korriganas.	Pag. 5
------------------------------------	--------

PARTE PRIMERA.

I.....—Ronan y su cuadrilla.	27
II.....—Gilda.	32
III.....—Colbiac y el conde Neroweg.	35
IV.....—El subterráneo de las Termas.	40
V.....—El tribunal de los bandidos.	43
VI.....—Loysik.	49
VII...—El combate.	60
VIII..—El castillo del conde Neroweg.	63
IX....—El rey Chram.	67
X—Proyectos de Chram	71
XI....—El titiritero y su oso.	75
XII...—El ergástulo.	81
XIII..—El festin.	83
XIV...—Salvacion inesperada.	99
XV...—Muerte de Neroweg.	105
XVI.—Dos años despues.	111

PARTE SEGUNDA.

I.....—El valle de Charolles.	131
II.....—El monasterio.	134
III....—La barca.	139
IV....—El mensaje.	141
V.....—Brunegilda.	148
VI....—El alcalde de palacio.	152
VII...—Loysik y Brunegilda.	157
VIII...—Los nietos de Brunegilda.	166
IX.....—Clotario II y Brunegilda.	171
X.....—Tres dias de suplicio.	175
XI.....—Regreso al monasterio.	182

EL BACULO ABACIAL Ó BONAİK EL ARTIFICE Y SEPTIMINA LA ESCLAVA.

CAPÍTULO PRIMERO.	187
CAP. II.	202

CAP. III.	217
CAP. IV.	233
CAP. V.	250
CAP. VI.	267
CAP. VII.	275

LAS MONEDAS CARLOVINGIAS O LAS HIJAS DE CARLOMAGNO.

CAPÍTULO PRIMERO.	289
CAP. II.	303
CAP. III.	320
CAP. IV.	332

EPILOGO.

I.....— Los viajeros.	354
II.....— La paz ó la guerra.	356
III.....— El desfiladero de Glen-Clan.	368
IV.....— El pantano de Peulven.	372
V.....— El bosque de Cardik.	376
VI.....— Las landas de Kennor.	380
VII.....— El valle de Lokfern.	382

LA FLECHA O EL MARINERO PARISIENSE Y LA VIRGEN DEL ESCUDO.

CAPÍTULO PRIMERO.	385
CAP. II.	400
CAP. III.	412
CAP. IV.	420
CAP. V.	430
CAP. VI.	441
CAP. VII.	450
CAP. VIII.	457

EL CRÁNEO DE UN NIÑO O EL FIN DEL MUNDO É YVON EL MONTERO.

CAPÍTULO ÚNICO.	467
-------------------------	-----

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.